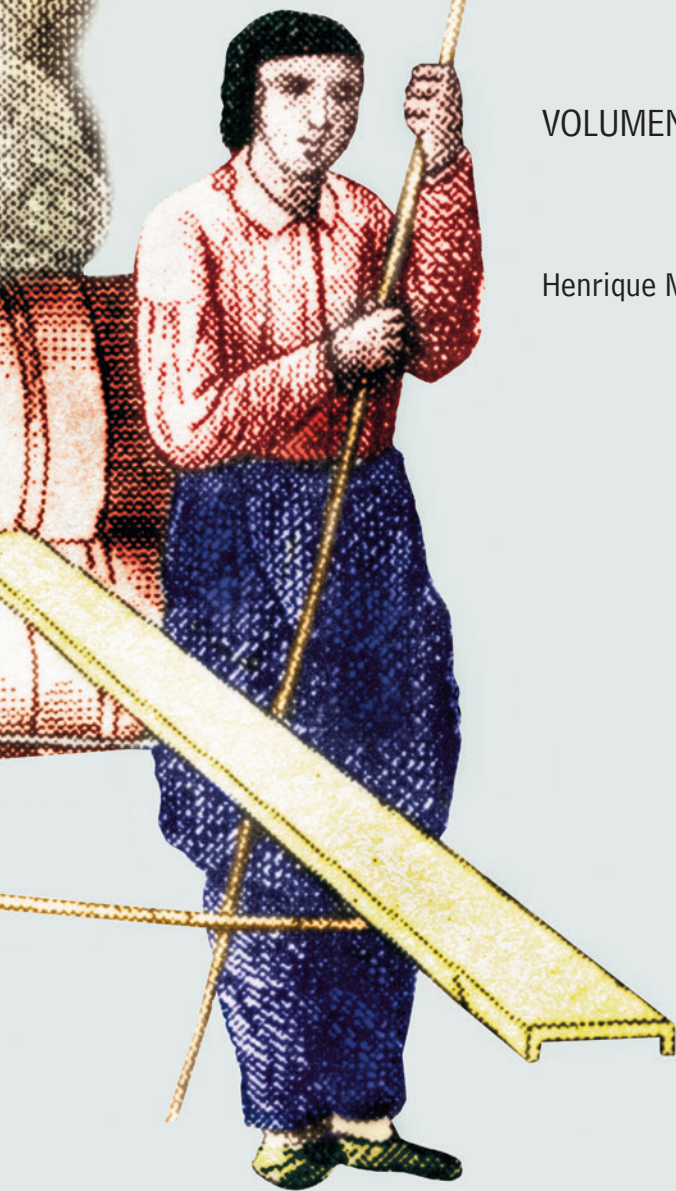


# DE HISTORIA NATURAL Y DE TODO GÉNERO DE ERUDICIÓN

**Obra de 660 pliegos**

VOLUMEN III

Henrique Monteagudo (ed.)



*Martín Sarmiento*

OBRAS DE MARTÍN SARMIENTO

*Antiguos; y si son Góticos, y algo maltratados*











## OBRAS DE MARTÍN SARMIENTO



# VOLUMEN 3.º



De la Obra de 660. Pliegos de el Reverendissimo Padre Maestro Fray MARTIN SARMIENTO, Benedictino.

## QUE TRATA

*De Historia Natural, y de todo genero de Erudicion, con motivo de un papel que parece se havia publicado por los Abogados de la Coruña, contra los Foros, y Tierras, que poseen en Galicia los Benedictinos: Y lo escribió en Madrid por los años de 1762. y siguientes.*



*Sacada esta Copia de su Original, para el Uso de el Excelentissimo Señor Duque de Medina-Sidonia.  
En Madrid, Año de 1772.*



DE HISTORIA NATURAL Y DE  
TODO GÉNERO DE ERUDICIÓN  
Obra de 660 pliegos

VOLUMEN III

DE LA *OBRA DE 660 PLIEGOS* DEL REVERENDÍSIMO PADRE  
MAESTRO FRAY MARTÍN SARMIENTO, BENEDICTINO,  
QUE TRATA

DE HISTORIA NATURAL Y DE TODO GÉNERO DE ERUDICIÓN,  
CON MOTIVO DE UN PAPEL QUE PARECE SE HABÍA PUBLICADO  
POR LOS ABOGADOS DE LA CORUÑA CONTRA LOS FOROS Y  
TIERRAS QUE POSEEN EN GALICIA LOS BENEDICTINOS. Y LO  
ESCRIBIÓ EN MADRID POR LOS AÑOS DE 1762 Y SIGUIENTES.  
SACADA ESTA COPIA DE SU ORIGINAL PARA EL USO DEL EXCE-  
LENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE MEDINA SIDONIA.

EN MADRID, AÑO DE 1772.

**Sarmiento, Martín (1695-1772)**

[De la Obra de 660 pliegos. Castellano]

Obra de 660 pliegos : De historia natural y de todo género de erudición. Volumen III / Martín Sarmiento ; [edición, Henrique Monteagudo]. — Santiago de Compostela : Consello da Cultura Galega ; Madrid : Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008. — 259 p. : il. ; 26 cm. — (Obras de Martín Sarmiento ; 3)

En la portada: Volumen 3º de la Obra de 660 pliegos del reverendísimo padre maestro fray Martín Sarmiento, benedictino, que trata de Historia Natural y de todo género de erudición, con motivo de un papel que parece se había publicado por los abogados de La Coruña contra los foros y tierras que poseen en Galicia los benedictinos. Y lo escribió en Madrid por los años de 1762 y siguientes. Sacada esta copia de su original para el uso del Excelentísimo Señor Duque de Medina-Sidonia. En Madrid, año de 1772.

Índices

D.L. C 4727-2008

ISBN 978-84-96530-34-8 (Obra completa). ISBN 978-84-96530-37-9 (V. III)

ISBN 978-84-00-08683-1 (Obra completa). ISBN 978-84-00-08749-4 (V. III)

1. Historia natural. 2. Galicia-Situación económica-S. XVIII. 3. Galicia-Situación social-S. XVIII. I. Monteagudo, Henrique. II. Serie: Obras de Martín Sarmiento.

**EDICIÓN**

Henrique Monteagudo

**TRANSCRIPCIÓN /ASISTENTES DE EDICIÓN**

Raquel López

Silvia Viso

**CON LA COLABORACIÓN DE**

Serafín Alonso Pintos

Xosé Antón López Silva

**COMISIÓN CIENTÍFICA DEL PROYECTO “OBRAS DE MARTÍN SARMIENTO”**

Xosé Ramón Barreiro Fernández

Carlos Casares Mourinho (†)

Manuel Cecilio Díaz y Díaz (†)

Francisco Díaz-Fierros Viqueira

Francisco Fariña Busto

Henrique Monteagudo Romero

Eduardo Pardo de Guevara y Valdés

Pegerto Saavedra Fernández

Antón Santamarina Fernández

Ramón Villares Paz

Alfonso Zulueta de Haz

**© CONSELLO DA CULTURA GALEGA**

Pazo de Raxoi, 2º andar

Praza do Obradoiro s/n

15705 Santiago de Compostela

Tel. 981 957 202 • Fax 981 957 205

correo@consellodacultura.org

**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS**

Serrano 117

28006 Madrid

Telf. +34 91 5855000/5001/5050 • Fax: +34 91 41113077

webmaster@csic.es

**DISEÑO GRÁFICO**

Imago Mundi

**IMPRESIÓN**

Eurográficas

Depósito legal: C 4727-2008

ISBN 978-84-00-08749-4 (V. III)

ISBN 978-84-00-08683-1 (Obra completa)

NIPO 472-08-087-X

e-NIPO 833-23-147-2

ISBN 978-84-96530-37-9 (V. III)

ISBN 978-84-96530-34-8 (Obra completa)

La edición de esta obra fue posible gracias a un Convenio con la Consellaría de Innovación e Industria de la Xunta de Galicia

Ilustración página 2:

Grabado de Fray Martín Sarmiento de Francisco Muntaner



DE HISTORIA NATURAL Y DE  
TODO GÉNERO DE ERUDICIÓN  
Obra de 660 pliegos

Sarmiento





## PRÓLOGO DE ESTE TERCER VOLUMEN

{Sigue el autor en este tercer volumen con la historia natural de España por lo que toca al reino mineral, tratando del hierro, estaño y cobre, y señalando los sitios individuales de Galicia en que se pueden establecer muchas fábricas de manufacturas de estos metales, como las hubo en lo antiguo, de que hace una larga historia para el fin de que se aprovechen los actuales gallegos del ejemplo de sus pasados, como lo dice al número 3670. Pero en lo que ocupa la mayor parte del volumen es en declamar contra la avaricia de los mercaderes y compañías exclusivas de comercio, que atraen todo el dinero de España a un corto número de individuos, dejando sin un ochavo el todo de la nación y siendo los tales mercaderes unos meros factores de los extranjeros donde últimamente van a parar todos los caudales y riquezas de España y de nuestras Indias, los cuales por vender sus géneros a precios desmedidos no quieren haya fábricas de ellos en el Reino. También manifiesta el exorbitante número de empleos creados modernamente para el gobierno de los pueblos y administración de la Real Hacienda, con crecidos salarios, los cuales son una corma del Rey y del Reino, sin servir de nada para la agricultura y artes mecánicas y destruyendo, por consecuencia, la población. Después, carga sobre médicos y boticarios descubriendo su ignorancia perjudicial de la botánica. Para fomentar esta, indica varias providencias y hace ver que es inicua y contra la mente del Rey la condición que pusieron en la vacante de don Joseph Quer el año 1764 para dar la dirección del jardín botánico de Madrid, de que no se había de admitir a la oposición sino a los profesores de medicina, botánica o cirugía, probando al contrario que estos debían ser precisamente los excluidos, por el interés que tienen en que vengan de afuera (como hasta aquí) las drogas medicinales, para venderlas a precios subidos y enriquecerse a costa de la vida y hacienda de los enfermos. Es un sermón todo este volumen.

En los números §§ 3526, 3797, 3842 y 4421 señala que escribía esta obra en el año 1764 y al número § 3582 manifiesta lo que en otras partes de ella tiene ya dicho de haberse ido empeñando en su composición sin designio formado y que por eso tendrá algunas repeticiones, aunque nunca contradicción.

En el número § 3631 pronostica lo que se dirá de esta obra: que es larga, atestada de latines y digresiones, y que en ella no sabe salir de Galicia; a cuyos reparos y otros de este jaez responde allí con gracia, y lejos de ceñirse a Galicia, dice en el número § 4385 que este escrito habla con toda la península de España}.

### **Estampas de este volumen**

Meandros o revueltas del río Sil y el Monte Furado § 3433.





I. PROSIGUE EL REINO MINERAL

J. Martín Sarmiento



## METALURGIA Y MINAS EN LA GALICIA ROMANA

[1r] (§ 3390) De todos los metales conocidos, es el hierro el más útil para la vida humana. No digo que el hierro sea *simpliciter* necesario. En el mundo pasa por *simpliciter* necesario mucho que ni aun su noticia lo es. Aturde, si es verdad, lo que se escribe de los bárbaros de las Islas de los Ladrones, que no tenían el uso del fuego. Pero es indisputable que los del Nuevo Mundo no tenían uso ni aun noticia del metal hierro y sin él hacían sus edificios, canoas, ajuares y utensilios, y sin hierro se mataban unos a otros en las batallas. Con pedernales suplían el hierro y con sus flechas envenenadas [1v] aún hoy suplen la pólvora —y en sus cacerías son más diestros que los que tienen el uso del hierro y de la pólvora— y que no querrán que los llamen bárbaros.

(§ 3391) Al contrario, el hierro es tan antiguo en el Mundo Viejo como el mismo mundo. Es de fe que el hijo de Lamech y de Sella, Tubalcaín, ya trabajaba los metales cobre y hierro: “Tubalcain, qui fuit malleator, et faber in cuncta opera aeris et ferri”<sup>1</sup>. Todo eso pertenece al tiempo antediluviano. Después del diluvio será superfluo comprobar la existencia del hierro y sus usos para bien y para mal. He reparado que en la fábrica y adornos del tabernáculo de Moisés no hay noticia del hierro, sino de los tres metales: oro, plata y cobre. Así consta del capítulo treinta y cinco del Éxodo, en donde se dice que Dios dio habilidad especial a Beseleel para trabajar en esos metales: “Ad excogitandum et faciendum [2r] opus in auro et argenteo et aere”<sup>2</sup>.

(§ 3392) No uso de la voz *bronze*, pues si es mezcla de cobre y de estaño, no tenían los judíos bronce, porque no tenían estaño hasta que mucho después se lo llevaron los fenicios y cartagineses, como consta del 27 de Ezequiel<sup>3</sup>. Sobre eso se funda la cuestión sobre cuál es más antiguo: el uso del cobre o el uso del hierro. Los profanos dan la primacía y preeminencia al uso del cobre, aun para las armas ofensivas y defensivas. Everhardo Feithio escribió un tomo en octavo muy curioso cuyo título es *Antiquitatum Homericarum Libri IV* y el asunto observar las antigüedades, usos y costumbres que ya se refieren en Homero. Siendo este el escritor más antiguo que aún se conserva de los profanos —a no entrar Hesíodo en la cuenta— deben reputarse por claves las antigüedades que constan de Homero, después de las que constan de la [2v] Escritura.

(§ 3393) Prueba convincentemente el citado Feithio, en el capítulo 10 de su libro IV, que las armas de los antiguos héroes no eran de hierro sino de cobre o bronce. Cita unos versos muy del caso que están en el libro V de Lucrecio:

“Arma antiqua, manus, ungues, dentesque fuerunt  
Et lapides; item silvarum fragmina rami

<sup>1</sup> Tubalcaín, que fue forjador y artesano en todos los trabajos con el bronce y hierro. Génesis 4, 22.

<sup>2</sup> Para proyectar y realizar trabajos en oro, plata y cobre. Éxodo 35, 22.

<sup>3</sup> Ezequiel 27, 12.



Et flammae, atque ignes, postquam sunt cognita primum:  
 Posterius ferri vis est aerisque reperta:  
 Et prior aeris erat, quam ferri cognitus usus”<sup>4</sup>.

Gradúa Lucrecio las armas como se fueron siguiendo, verbigracia: las manos, uñas, dientes, piedras, palos, llamas, fuego, hierro, cobre o bronce. Pero este ha sido anterior al hierro “et prior aeris erat, quam ferri cognitus usus”<sup>5</sup>. Las antiquísimas armas que en lo antiguo habían sido de los héroes y que se conservaban por reliquias todas eran de bronce.

(§ 3394) El filisteo Goliath solo tenía de hierro la punta de la lanza. En lo demás todo era de bronce, verbigracia: el morrión, [3r] las botas, la cota y el broquel. Aunque esta cuestión es curiosa, hace poco a mi asunto. Este solo es hablar del hierro de España, en cuánto puede servir para el comercio o en bruto o en trabajado en manufacturas. En lo mucho y vario de que he tratado en este escrito siempre he procurado prescindir de lo que aunque curioso no me hacía al caso. Así, siempre prescindí de lo físico y de las virtudes medicinales; aun para la longitud, prescindí de la figura y configuración del globo terráqueo; de su movimiento *annuo* y *diurno*, que no pocos creen; y de todo sistema celeste que cada día sale flamante. Por lo mismo, prescindo aquí de la naturaleza física del hierro y de sus virtudes medicinales, como asimismo de los modos de fabricarle.

(§ 3395) Nicolás Monardes, insigne médico sevillano, imprimió en castellano unos diálogos sobre la naturaleza, [3v] propiedades y virtudes del hierro. Merecen leerse esos diálogos, si bien nada toca que venga a mi asunto. Es constante que el hierro se podrá mirar a muchos visos. Cada autor lo miró por la parte que hacía a su intento: unos ex profeso, y otros en cúmulo, tratando en general de los metales. El principal es Jorge Agrícola, que imprimió más hace de doscientos años un tomo en folio con doce libros *De re metallica*. El padre Bernardo Caesio dio a luz otro tomo en folio con sus cinco libros *De mineralibus*, y con el título *Mineralogia*. Desde la página 619 trata del hierro mirado a todas luces, pero nada dice del comercio ni de las manufacturas —no obstante que juntó lo que habían ya dicho los autores anteriores a él, que imprimió su tomo en 1636.

(§ 3396) Lo que el padre Caesio hizo juntando lo que los antiguos han dicho de los minerales, eso mismo ha hecho Manuel König juntando lo que han escrito los [4r] modernos. Dio a luz en 1703 un grueso volumen en cuarto con el título *Regnum minerale* y todo el largo capítulo cuarto “De metallis” le ocupa en hablar del hierro, y carga la mano a las operaciones químicas que de él se hacen. Da la primacía al hierro después del oro y la plata. En cuanto a lo brillante y hermoso, bien es que el oro y la plata vayan delante del hierro, pero en cuanto a las utilidades para la vida humana debe ir el hierro delante. Ni hay que capitular al hierro de las iniquidades que con él se ejecutan, porque de las más de ellas tiene la culpa el oro: “Iamque nocens ferrum”, dijo Ovidio, “ferroque nocentius aurum prodierat. Prodit bellum quod pugnat utroque”<sup>6</sup>.

(§ 3397) Pero la obra más selecta que hay en el asunto son los tres tomos en folio de Manuel Swedenborgio que se imprimieron en Lypsia el año de 1734. El primero es especulativo y trata del imán; el segundo [4v] todo se emplea en la fusión y manipulación del hierro; y el tercero en la del cobre. Es edi-

<sup>4</sup> Las armas antiguas fueron manos, uñas y dientes, y piedras, y luego ramas de los bosques desgajadas, y llama y fuegos, tan pronto fueron conocidos. Más tarde se descubrió la violencia del hierro y el bronce, y antes se usó el bronce que el hierro. Lucrecio, *De rerum natura* v, 1283 y ss.

<sup>5</sup> Y antes se usó el bronce que el hierro.

<sup>6</sup> Y ya traía el hierro dañino, y el oro, más dañino que el hierro. Trae la guerra que a uno y otro enfrenta. Ovidio, *Metamorfosis* i, 141 y ss.

ción magnífica y cargada de láminas y figuras. En el tomo segundo se pone un grandísimo mapa de la Siberia y Rusia, con las señales de los sitios en donde hay fábricas de hierro y de cobre. Los cuatro autores citados —Agrícola, Caesio, König y Swedenborgio— son extraños para España. Así, es razón citar algunos autores españoles.

(§ 3398) Tres son los más famosos: Barba, Vargas y Carrillo. Por ser estos autores poco comunes, tomó a su cargo monsieur Gosford traducirlos del castellano al francés y los imprimió en dos tomos en doceavo con el título *Metallurgie*. El primero contiene los tres autores españoles y el segundo trata de las minas de Francia, y los dos se imprimieron en París, año de 1751. Alonso Barba ha sido cura del Potosí y su libro es muy estimado. Tratando del hierro dice que en el Perú hay muchas minas de hierro y también de cobre, estaño, plomo, etc., [5r] pero que no se benefician, porque toda la atención, codicia y cuidado se la lleva la plata, y que con ella compran el hierro de Vizcaya. ¡Raro modo de comercio! Tiénese por necesidad el llevar hierro a Vizcaya, como en lo antiguo el llevar lechuzas a Atenas y el llevar leña al monte.

(§ 3399) Ya no hay que admirar que los extranjeros hagan con los españoles lo que los españoles hacen con los indios. Es preciso cerrar mucho los ojos para que haya sombra siquiera de comercio en la provincia, a la cual para chuparle la moneda le embocan de afuera los géneros que hay o puede haber en el país. De los géneros que son superfluos y para el lujo, vicio y corrupción de costumbres, solo un fatuo podrá decir que son materia de comercio. No ignoro que hay no pocos que bocinan que el lujo es necesario para que se ocupen muchos. ¿Y quiénes son esos muchos? Aun en el deplorable caso de que [5v] en España no fuese el lujo reprehensible, se debía mantener con los géneros de España, no con los extraños y que los extraños introducen en España para apurar todo el dinero. De manera que esos muchos son los extranjeros que se ocupan en introducir en España el lujo y vicio a peso de oro y plata. Mucho tiene de mala esa conducta cuando Dios, por Sofonías, amenaza castigar esas monadas: “Visitabo... et super omnes, qui induti sunt veste peregrina”<sup>7</sup>.

(§ 3400) El segundo autor de la *Metallurgia* es Bernardo de Vargas. Jamás he visto a ese autor; monsieur Godford solo pone unos extractos, en especial el de preparar las agujas de los metales según todos los quilates para tirar con ellas unas rayas en la piedra de toque —o *Lapis lydius*— y para contrastar por ellas los metales preciosos. Ese modo de probar los metales es muy superficial y falaz porque [6r] solo se toca a la piedra paragona, o de toque, la superficie exterior de la moneda o alhaja de oro o de plata, y cada día sucede que hay monedas falsas con la sola superficie exterior de oro fino y cuyo interior es de otro metal muy bajo.

(§ 3401) Para evitar los chinos estas falacias y falsedades, y para atajar el chorrillo que había de monederos falsos, tomaron el arbitrio de que no hubiese moneda acuñada. Usan, pues, de traer consigo unos bollitos o barras de oro o de plata. Traen también consigo un instrumento para cortar el metal, una balancita para pesarle y una piedra de toque o paragona para parear o comparar (de ahí se formó *paragona*) el pedazo de metal que se ha de dar o recibir con el señalado en la piedra de tantos o tantos quilates o dineros. Algo se remediará con eso, pero no todo. El verdadero [6v] modo será usando del fuego o del agua para contrastar los metales, compararlos o parangonarlos. Pero porque el fuego destruye las alhajas, digo que el modo más cómodo y seguro de averiguar las calidades de los metales es pesarlos en el agua por medio de la hidrostática, atendiendo a la gravedad específica de cada uno, la cual se sabe por tablas.

(§ 3402) El tercer autor castellano de la *Metallurgia* es don Alonso Carrillo, que escribió de las antiguas minas de España. Aunque poseo la reimpresión castellana de Alonso Barba, ni tengo ni he visto el

<sup>7</sup> Visitaré a los príncipes y a los hijos de los reyes, y a todos los que lleven vestimenta extranjera. Sofonías 1, 8.

texto castellano de Carrillo. Pero he leído la traducción francesa que hizo monsieur Gosford y porque dice “description abrégé” sospecho que no es traducción completa sino un compendio. Por su lectura conozco que Carrillo había leído los autores antiguos y que la obra es muy curiosa, y que sería mucho más si un erudito toma a su cargo añadirla, corregirla e imprimirla [7r] en un buen volumen en cuarto. Ese tal debía averiguar antes todos los sitios de España en donde hoy se reconocen minas de todo género de metales y minerales, que se benefician o no —y con esa previa noticia se entenderán mejor los autores antiguos.

(§ 3403) Por lo mismo de haberse conservado tan poco de los escritos antiguos tocantes a las minas de España es preciso, aun para sacar en limpio muy poco, leer mucho, repasar, reflexionar y combinar varios textos sueltos que de intento o por incidencia se hallan en los autores. Los benedictinos de San Mauro tomaron el trabajo de entresacar de los autores griegos y latinos de la antigüedad todos los pasajes y textos que hablan de las Galias. Esa preciosa colección se imprimió en París en un corpulentísimo volumen en folio de más de doscientos cincuenta pliegos. Salió con el nombre del padre Don Martín Bouguet y sirve [7v] de cabeza o de tomo primero de la grande y magnífica obra *Rerum gallicarum et francicarum scriptores*. Creo que ya salieron ocho o diez tomos. Yo solo tengo los tres primeros tomos y, por lo dicho, aprecio mucho el tomo primero que salió a luz el año de 1738.

(§ 3404) Mucho antes de tener yo esa noticia había deseado que en España se formase una colección semejante de los pasajes y textos de los autores antiguos pertenecientes a las dos Españas antiguas. El título *Hispaniarum Rex* es muchos siglos anterior al descubrimiento de la América —advierto esto porque sé que no pocos creen que el *Hispaniarum* alude a la Nueva España y a la España Vieja. Hace seiscientos años que don Fernando de León, abuelo de san Fernando, firma en los instrumentos “*Hispaniarum Rex*”, y todo se funda en que los godos españoles dominaban la *Gallia gothica*. Si como en [8r] Francia hubiese en España una semejante colección, sería un tesoro para inquirir en sus antigüedades y hacer fundadas combinaciones y felices conjeturas en todo género de erudición y crítica.

(§ 3405) Pocos asentirán a lo que voy a añadir. Digo que aun supuesta la dicha colección, es indispensable otra colección de voces y sitios geográficos antiguos y modernos de España, para rastrear las minas de sus minerales y metales. Es constante que infinitos lugares han tomado el nombre de la abundancia de algún mixto de la historia natural de España —verbigracia, de un animal, de una ave, de un vegetal, de un mineral o de algún metal. Por ser tan abundante de minas de hierro y tan precisa su manipulación para fabricar utensilios, por eso hay tantos sitios que tienen sus nombres del hierro. El lugar Orense viene de [8v] *auriense* y este de *auria*. Valdebría, sobre el Sil, y otro sobre o cerca de Mondoñedo, vienen de Valdeauria, y hay muchos sitios con el nombre *Val del Oro*.

(§ 3406) Todos creen —y yo viví mucho tiempo en ese error— que Valdeorras venía de Val de Oro. No hay tal cosa. Nunca se llamó Val de Orras, sino Val de Orres, en los instrumentos Val de Jurre y Geurres, y todo del latín *Gigurres* y *Geurres*, cuya voz está traspuesta en Ptolomeo en *egurrorum* en lugar de *geurrorum*. Y yo probé con evidencia en un pliego de papel que el *Forum egurrorum* de Ptolomeo es San Esteban, capital de Val de Orres, por donde iba una de las vías militares desde Braga hasta Astorga. Y aludiendo a ese camino, ruta o rúa, aún hoy se llama San Esteban de la Rúa. En el *Itinerario de Antonino* solo se llama *Forum*, pero en el anónimo de Rávena que le copió se añade *Forum gigurnion*.

(§ 3407) El verdadero nombre de [9r] aquellos pueblos es Giguri y Cigurri (que usa Plinio) de donde vino el *Geurres*, *Jurres* y *Jorres* o *Orres*. Junto a la Rúa está sobre el río Sil un puente que llaman *de la cigarrera*, sin alusión a cigarras sino a los pueblos cigurros. El error se fundó en que Val de Orres abunda de oro, pero no tomó de él el nombre. El que caracteriza al dicho valle de que abunda de oro es el nombre

Valdebría, que tiene la cuesta que está junto al puente de Domingo Flores, y en frente de Quereño, en donde hoy se coge el oro en el Sil. Escríbase con *u*, *Valdeauria* o *Valdevría*. Allí oí este dicho: “Val de Uría, Val de Vría, mucho bien en ti se cría”, aludiendo al oro.

(§ 3408) Estoy en que igual transposición de letras hay en el nombre de los pueblos aobriguenses que se refieren en la famosa inscripción de Chaves. *Briga*, significa ‘lugar o pueblo’. Lo que precede alude a [9v] *aurum*. Digo que Orense se llamó *Aurobriga* y sus pueblos *aurobriguenses* en latín puro, y los vulgares pronunciarían *orobriguenses*, y *aorobriguenses*, y *aobriguenses*. Sería reparable que los pueblos de Orense no concuerden entre los diez de la inscripción, concurriendo en ella los tamaganos, que sin duda son los del valle de Monterrey; los límicos, que son los de Jinzo, capital de La Limia; los cuarquernos, que probé en otro escrito ser los de Allariz; y estando tan contiguos con los de Orense, sin duda que estos son los aobriguenses. Los que ponen allí la ciudad Abobrica, que era puerto de mar, aprovecharon mal el sonsonete.

(§ 3409) No pretendo que todos se ocupen en estas nimias investigaciones gramaticales y etimológicas. Sé que la multitud las desprecia y aun aborrece. ¿Qué importa? A mi me ha ido bien las veces que me ejercité en ellas y puedo protestar [10r] que por su medio he descubierto algunas noticias curiosas que jamás se podrán saber por los libros. Esto con alguna especialidad en los nombres de geografía, pues los nombres de los lugares son los que menos se alteran y, cuando más, se trasponen algunas de sus letras. El estudio de rectificar esas trasposiciones y reducir la voz a sus principios es el estudio de las etimologías. Pero ese estudio debe suponer la identidad de los significados y se debe arreglar a la general analogía de la lengua vulgar, y al genio y propiedad de los provincianos en corromper las voces.

(§ 3410) Pondré un ejemplo muy al propósito de la materia y muy al caso del hierro. Bien celebrado es el texto de Justino, que copió a Trogo Pompeyo, hablando de las minas de hierro de Galicia. Dice que Galicia es abundante de oro, “ditissima” de cobre, de plomo y de minio o bermellón. [10v] Ya dije algo del monte de oro que Justino colocó en Galicia. Conjeturé que hoy no hay tal monte de oro, pero que le hubo y que la *auri sacra fames*<sup>8</sup> de los romanos hizo de él lo que los españoles van haciendo del cerro del Potosí. Sospeché que ese monte de oro ocupaba todo el hueco del boquerón por donde se emboca todo el río Sil en Montefurado.

(§ 3411) He celebrado que el citado don Alonso Carrillo hubiese pensado en ese monte que en la traducción francesa se llama *Turado* por error de imprenta. No hay tal *Monte Turado* en Galicia. Es sí bien conocido el Monte Furado, por el eterno puente en que presenta a los hombres pasajeros y por el boquerón que sirve para que el río Sil pase como taladrando y horadando el monte. Si el castellano conservase la *fradical*, debía decir *foradar*. Consérvala el gallego. Así, del latín, *foro*, *as*, *are*, *foratum*, ‘agujerear’, dice *furado* en lugar de Monte Forado. Carrillo supone existente ese [11r] Monte de Oro, porque hacia allí hay minas de oro. Yo supongo que allí las hay y que en el Sil se cogen arenas de oro. Pero al Monte Oro de Galicia le sucedió lo que al Monte de Plata de junto a Cartagena, con uno y con otro monte cargaron los romanos.

(§ 3412) Lo que en Justino hace más a mi asunto es lo que dice del hierro de Galicia. Supone que es durísimo a causa de las aguas en las cuales se temple, y con tanta ponderación que afirma que esa agua era más violenta que el mismo hierro “Sed aqua ipso ferro violentior”<sup>9</sup> —porque el hierro que se caldeaba en esas aguas se hacía más duro, fuerte y activo— “Temperamento eius ferrum acrius redditur”<sup>10</sup>. Esas aguas eran las de los ríos Chalybe y Bilbilis. Estando tan claro el texto de Justino, que solo habla de Gali-

<sup>8</sup> Maldita hambre de oro. Virgilio, *Eneida* III, 57.

<sup>9</sup> Más duro que el propio hierro a causa de la agua utilizada. Justino, *Epítome* XLIV, 3, 8.

<sup>10</sup> Pues debido a sus características el hierro se vuelve más duro. Justino, *Epítome* XLIV, 3, 8.



cia, estoy aturdido de que algunos hayan fingido que esos dos ríos Chalybe y Bilbilis están en Aragón, junto a Calatayud.

[11v] (§ 3413) ¡Rara manía de los hombres en fingir dificultades dejando intactas las verdaderas! Como si no hubiese bastantes dificultades geográficas, fingen otras que no hay, la pasión, ignorancia y necedad de los que se meten a escribir embarcándose —como se dice— con poco bizcocho. Es indisputable que Bilbilis en Marcial, por ser su patria, estaba junto a Calatayud y que su río era *Saló, onis*, hoy Jalón. Esto, ni aun con más de cien leguas tiene conexión alguna remota con todo lo que Justino dice en particular de Galicia, sin acordarse de Aragón. Así pues, solo en Galicia se deben buscar sus dos ríos, Chalybe y Bilbilis, y los pueblos Chalybes y Bilbalos, o Bibalos. Sospecha Carrillo que ese río Chalybe es el río Sil de Galicia. Y yo sospecho que no ha estado en aquel país del cual habla Justino.

(§ 3414) El nombre *Chalybs, Chalybis*, es puro griego, pero que hace cerca de dos mil [12r] años que pasó al latín. Significa muy en general ‘el hierro’, con alguna restricción ‘el hierro muy duro’ y especialmente significa ‘el acero’, por ser un hierro muy duro, puro y depurado, y porque el material de la agua magnética es hierro o acero, se llama en los libros *Aqua chalybea*. Atendiendo a lo dicho, se llamaban en lo antiguo pueblos *chalybes* aquellos en donde se forjaba y trabajaba el hierro. Con el nombre de *chalybes* se hallan muchos pueblos antiguos en los escritores. Justino, expresamente, llama *chalybes* a los gallegos que habitaban en las orillas del río Chalybe: “Unde etiam, chalybes, fluvii huius finitimi appellati: ferroque caeteris praestare dicuntur”<sup>11</sup>.

(§ 3414bis) Los que no han estado en Galicia, y con especialidad en los países que comprenden los ríos Cabe, Bibey, Sil y Montefurado, formarán idea confusa de lo que diré. Yo pasé y repasé los tres ríos y vi de lejos el dicho monte. Crucé todo aquel [12v] terreno, pero siempre de paso. Los eruditos deben suponer que todo ese terreno es el mismo en donde se juntaban en tiempo de los romanos los tres conventos jurídicos o chancillerías que describe Plinio: de Braga, de Lugo y de Astorga. Y los que son de corta lectura, hagan idea de que el mismo territorio es todo aquel en donde hoy confinan los tres obispos: el de Lugo al norte, el de Orense al mediodía y el de Astorga al oriente.

(§ 3415) Digo, pues, en conclusión, que el río Chalybe de Justino es el río Cabe, bien famoso por sus anguilas en las llanuras y por la multitud de herrerías que aún existen en sus cabeceras. Nace ese río Cabe, o Chalybe, en las caídas y quebradas occidentales de El Cebrero e incorporando diferentes ríos menores se entra en el Valle de Lemos; atraviesa y baña todo el valle de norte a sur; pasa por la villa de Monforte —que evidentemente [13r] es el *Dactonium* de Ptolomeo, y cabeza de los pueblos lemosos, de donde se formó la voz *lemos*—; desde Monforte camina el Cabe tres o cuatro leguas hasta meterse precipitado en el río Sil, en cuya confluencia está la barca de San Esteban de Ribas de Sil. En vista de esto, se conoce que el citado Carrillo, por no saber que había río Cabe en Galicia, creyó que el Chalybe de Justino era el río Sil. Es muy caudaloso el Sil para admitir herrerías, las cuales se colocan en ríos menores.

(§ 3416) En la demarcación de los términos que se señalaron a San Vicente de Monforte en tiempo de don Alonso el Magno, que está en el tomo IV de Yepes, hay mucha noticia de este río Cabe. Y reparo que aún no se había perdido la letra *ch*, pues las cuatro veces que se nombra, siempre se escribe *Chave*, que se acerca más a Chalybe. Pero merece especial reflexión una práctica inconcusa que aún hoy [13v] se conserva hacia el origen del Cabe. Este pasa por el lugar Incio, en donde está la célebre cantera de mármol blanco. Todos los herreros y cerrajeros de aquella comarca están persuadidos a que el hierro, para ser más

<sup>11</sup> De donde también se denominan *cálibes* los que viven junto a este río y se dice que aventajan al resto en la calidad de su hierro. Justino, *Epítome* XLIV, 3, 9.

fuerte y activo, se ha de temprar y caldear en la agua del río Cabe. A ese fin van al lugar del Incio, cogen allí el agua del Cabe y la llevan a las fraguas de su casa.

(§ 3417) Esta persuasión es idéntica con la que refiere Justino: “Nec ullum apud eos telum probatum, quod non aut Bilbili fluvio, aut Chalybe tinguatur”<sup>12</sup>. Si esta costumbre viene de los antiguos es cosa notable, y si es posterior justifica lo que dice Justino. La especial virtud de las aguas del Cabe, y hacia el Incio (tan cerca de su origen) procede a mi ver de que todas aquellas montañas abundan de metales y de minas de hierro, de cuyas partículas más sutiles y espiritosas se impregna el agua que pasa por ellas. Por eso es más espiritosa cuanto más [14r] cerca está de las minas. Y si allí viviese un hombre inteligente en la metalurgia, es muy creíble que de esa vena se sacase mucho acero, o chalybe, y que por ser así se le dio al Cabe ese nombre con toda propiedad. Esto porque los antiguos gallegos eran más diestros en el arte de los metales que los de hoy, que son unos pobres hombres.

(§ 3418) Aquel nombre Incio me ha dado mucho que entender en cuanto a su origen. Crece la dificultad porque en los apeos de Samos del año de 1082 se escribe *Onicio* —comúnmente se dice *Ò Incio*. De los mismos consta que en Val de Humano, que hoy se llama San Eufrasio, se sacaba la vena del hierro, la que hoy no se saca: *tras illas cobas de Humano; ubi sacatur vena ferrea*<sup>13</sup>. Pase por sueño el que adivine si acaso *Incio* vendría del latín *Ignitio* que se usaría como acción del verbo *ignio, is, ignire, ignitum*, que significa ‘encender, inflamar y caldear’. El sitio del Incio, sobre el Cabe, sería el más a propósito [14v] para temprar y caldear el hierro. Hoy se llaman *lavaderos* los sitios de los arroyos en donde se lavan las lanas. El que soñare mejor debe ser oído.

(§ 3419) Voy al río Bilbilis, que Justino hace compañero del Chalybe y de sus virtudes para temprar el hierro. Tengo observado que han sido no menos perniciosas las confusiones que ha ocasionado la homonimia de los lugares que la homonimia de las personas. Es *homonimia* cuando muchas cosas diversas tienen un mismo y solo nombre, y se llama *sinonimia* cuando una sola cosa tiene muchos nombres distintos, que son sinónimos. Las confusiones de la mitología proceden de que hubo muchos falsos dioses y héroes de un mismo nombre, y las interminables cuestiones de la historia proceden de haber tenido un mismo nombre personajes diferentes. Por eso las hazañas de los unos y las acciones de los otros se han atribuido casi todas a uno determinado. Los griegos, tan embusteros como charlatanes, cargaron sobre su Hércules tebano [15r] —que es poco anterior a los argonautas, pues ha navegado con ellos— todo cuanto había hecho el Hércules tirio o egipcio.

(§ 3420) Lo mismo ha sucedido con los lugares de un mismo nombre cuando uno de ellos ha tenido algún patriota bocinante que le ensalzase y vistiese de lo ajeno. El nombre *Bilbilis* significa la patria de Marcial, que la hizo famosa, como si no hubiese otro Bilbilis en Galicia. El Bilbilis de Justino significa ‘río’ “aut Bilbili fluvio, aut Chalybe tinguatur”<sup>14</sup>. El entender el Bilbilis de Justino por el lugar de Marcial —que aún no se sabe cual es, sino que estaba hacia Calatayud— es confundir un río con un lugar. Hasta ahora ninguno ha señalado hacia allí río alguno llamado Bilbilis, sino el Salo o Jalón. En Cellario se cita a Jerónimo Paulo Catalán, que soñó que el río Jalón se llamaba Bilbilis.

(§ 3421) No me opongo a que allí hubiese metales, si bien Plinio lo niega: “cum ferraria metalla in his locis non sint”<sup>15</sup> [15v] (libro XXXIV, capítulo 24). Y con todo afirma que la agua del país era buena

<sup>12</sup> Ni se acostumbra entre ellos a usar arma alguna que no haya sido templada en el río Bilbilis o Cállybe. Justino, *Epítome* XLIV, 3, 8.

<sup>13</sup> Tras aquellas cuevas de Humano de donde se saca la vena del hierro.

<sup>14</sup> Que no haya sido templada en el río Bilbilis. Justino, *Epítome*, 3, 8.

<sup>15</sup> Aunque en estos lugares no hay hierro. Plinio, *Naturalis Historia* XXXIV, 41, 144.

para templar el hierro. No agua de río Bilbilis, sino las aguas medicinales que en Antonino se llaman *bilbilitanas* y que estaban a veinticuatro millas del lugar Bilbilis. Y no es razón confundir aguas termales con las aguas corrientes de un río *aut Bilbili fluvio*<sup>16</sup>. Sería horrendo despropósito de Justino decir que los gallegos que habitan entre los ríos Cabe y Bibey no apreciaban las armas que no estuviesen templadas con las aguas del río Cabe y con las termales bilbilitanas en Aragón que jamás habían oído.

(§ 3422) No les sobraba otra cosa a los gallegos que aguas medicinales, termales y aun hirvientes, cuya virtud se arregla a los minerales por donde pasan, de manera que Galicia es por antonomasia la provincia de ese género de aguas. Jerónimo Paulo tanta autoridad tiene para hablar de las cosas del tiempo de Cristo, sin positivo texto delante, como el que [16r] no tiene ninguna. Cellario, que apuró la geografía antigua, hace memoria de los Chalybes de Paflagonia, de los del Ponto y de los Chalybones; y de la provincia chalybonítida cuya cabeza es Chalybon, que es el Alepo de hoy. No obstante, no se acuerda de los Chalybes de Galicia ni tampoco del río Bílbilis. Justino compendió a Trogo Pompeyo, este es más antiguo que Plinio y Marcial: así, la más antigua memoria de Bílbilis es la del río Bílbilis en Galicia.

(§ 3423) Es, pues, el río Bílbilis —no muy lejos del río Chalybe— el famoso río que hoy llaman Bibey, que baña los cimientos del célebre y devoto santuario de Nuestra Señora de Las Ermitas. No sé el verdadero significado de la voz *bilbilis* ni aun de qué lengua es de las muchas lenguas que se hablaron en España y se han perdido. No es inverosímil que sea voz céltica, pues el Bílbilis de Marcial está sin duda en la Celtiberia. Con solos cuatro nombres [16v] generales se explicaban los antiguos para significar todos los habitantes del Mundo Viejo. A los orientales llamaban *indos*, a los meridionales *etíopes*, a los boreales *escitas*, y a los occidentales *celtas* —y a todos tenían por bárbaros.

(§ 3424) Pero los celtas con más restricción son los mismos antiguos galos y los que habitaban las caídas occidentales de los Alpes. Estos, o porque no cabían en el país o por miseria —o, lo que es más creíble, por su genio inconstante, altanero y amigo de tunar—, se derramaron por todas partes como enjambres de abejones y langostas. Pasaron los Alpes y pasando por Italia y la Grecia llegaron a hacer asiento en la Asia Menor, hacia el Ponto, en la provincia de Galatia, que tomó el nombre de los galos —o gálatas a la griega— que se apoderaron del país. Otros enjambres de celtas se entraron por los Pirineos y se avecindaron en las riberas del río Ebro —o Ibero— ínterin les daba [17r] la ventolera de proseguir con su tuna. Esos, mezclados con los íberos indígenas, se llamaron celtíberos. Más, a mi ver, por razón del río que de los hombres, al modo que Ptolomeo pone la *celtopalatia*.

(§ 3426) Es muy cierto —y consta de Estrabón— que una porción de esos celtas caminaron con su tuna al mediodía y asentaron entre el Guadalquivir y Guadiana, y que allí se mezclaron con los túrdulos. Y como si no tuviesen un país admirable y muy feraz, les vino otra ventolera de hacer la última tuna y vagabundería. Unidos celtas y túrdulos, caminaron hacia el norte, y esparramándose por la Extremadura y Lusitania pasaron el Duero, y después el río Limia. Sucedió que pasado ese río murió el capitán general y se excitó una disensión entre los tunantes y, olvidados ya en su país, se esparcieron no pocos por el país de entre el Limia y el Sil, y la gruesa prosiguió su camino atravesando toda la Galicia de sur a norte y, finalmente, pararon en Trastámara, Bergantiños [17v] y en las marinas de La Coruña, Betanzos, Viveiro y Ribadeo.

(§ 3427) Todos estos celtas en sus varias expediciones o inundaciones iban poniendo nombres a los lugares y aun provincias que habitaban —no de otro modo que los españoles y portugueses lo hicieron

<sup>16</sup> O en el río Bilbilis.

en el Nuevo Mundo y antes lo habían hecho los romanos en toda España. Es del caso tener presente todo lo dicho para no extrañar la homonimia de los lugares de España, y menos el que haya un Bilbilis en la Celtiberia y otro Bilbilis en Galicia, en el país por donde transitaban los celtas, con la diferencia que el Bilbilis de la Celtiberia solo significa lugar y el Bilbilis de Galicia significa el río que llaman Bibey.

(§ 3428) Al modo que los gallegos perdieron por su analogía la *l* del río Chalybe y dijeron *Chaybe*, *Chabe* y *Cabe*, así perdieron las dos *ll* de *Bilbili* y solo quedó *Bibii* o *Bibie* y al fin solo quedó en [18r] *Bibei* y *Bibey*. Los que dijeron que el río Búbal de Galicia es el antiguo río Bálbilis, no erraron mucho por razón de las letras pero sí por razón del sitio. El río Búbal viene del poniente al oriente y desagua en el río Miño vulgar que baja de Lugo a entrarse en el río Sil. Del Búbal tomó el nombre de arcedianato de Búbal, de Orense, y se junta con el arcedianato de Castela, de la misma iglesia de Orense, y ese comprende los castellanos de Orense en cien feligresías.

(§ 3429) El chasco que por acá dan algunos a los gallegos que no pronuncian bien el castellano llamándolos por ironía *castellanos de Orense* es como otros muchos chascos que se dan a los gallegos. Ni estos saben lo que oyen ni los bufones papanatas saben lo que dicen. Estos confunden la gramática con la geografía. El nombre de castellanos de Orense es más antiguo que el de *castellanos de Burgos*. Sobre esto escribí un pliego curioso. Dije atrás [18v] “el Miño vulgar”, pues el verdadero Miño es el verdadero río Sil que pasa por Ponferrada. El que viene de Lugo, o perdió el nombre que tenía o se ignora que se debe llamar *Baenis*. En prueba de que el río Miño y el río Sil solo es un único río, escribí tres pliegos en los cuales convenzo con evidencia que el Sil es el Miño de los romanos.

(§ 3430) Pocos saben que el *Sil*, *Silis* ya era latino en tiempo de Vitrubio y de Plinio. Ausonio no supo determinar si *Sil* era latino puro o si era bárbaro. Yo creé que es voz céltica. *Sil* significa lo mismo que ‘tierra colorada’, que es la matriz del minio. El Sil ático es el mejor. El castellano traduce, en Vitrubio: “*Sil Athico*”<sup>17</sup> y debe ser Sil ático, de la Ática. De manera que *Sil* en céltico y *Minium* en latín son dos nombres de un mismo mineral y Miño y Sil son dos nombres del mismo río en donde se meten el Cabe y el Bibey. Y es el famoso [19r] río Sil, al cual por sus laderas de tierra colorada, por sus minas y arenas de oro, y por el bermellón llamaron los romanos *Miño* —y aún en tiempo de Paulo Orosio se llamaba Miño el Sil, no el que viene de Lugo y se entra en el Sil.

(§ 3431) Ya queda reflexionado el texto de Lucio Floro, que afirma que todo el valle del Bierzo y Valdeorras abundaban de oro, de minio y de crisocola. Y siendo notorio que el río Sil nace en Asturias y que bajando al Bierzo le atraviesa y corre por Valdeorras, Quiroga, Caldelas, etc., se infiere que a ese río se le puso el nombre de *Minio*. Ptolomeo coloca los gallegos bracarenses entre el Duero y el Miño y los cuales alcanzaban hasta Valdeorras y entre el río de Lugo y el Sil no hay pueblo sujeto al convento jurídico de Braga, luego el Miño de Ptolomeo es el Sil. El Sil desde Ambasmestas —en donde recibe [19v] el río de Lugo— pasa por Orense hasta el Océano con el nombre de Miño, y con razón, pues su más remota guía es el Miño de Floro, de Ponferrada.

(§ 3432) No me detengo en averiguar otros ríos que tienen el nombre de Sil, o que se le parece. Plinio dice que el río Iaxarte, que desagua en el Caspio, se llamaba Sil entre los escitas: “*Flumine Iaxartae, quod Scythae Silim vocant*”<sup>18</sup>. Pero no es razón omitir otro río Sil más cercano y que hoy corre con ese nombre por los cantones hasta donde se extendían los celtas. El suizo Juan Jacob Scheuzero repasó todos los Alpes en nueve viajes distintos para informarse de la historia natural. Imprimiéronse todos esos viajes

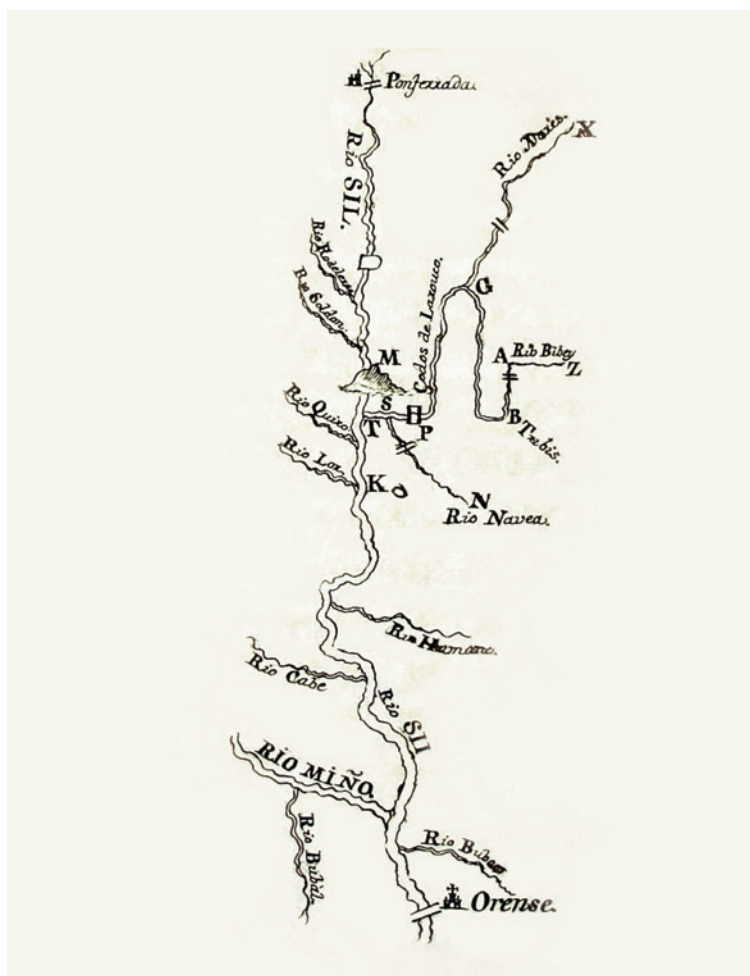
<sup>17</sup> Vitrubio, *De architectura* VII, 14, 1: “*sil atticum imitari*”.

<sup>18</sup> Por el río Iaxarte, que los escitas llaman Silis. Plinio, *Naturalis Historia* VI, 18, 49.



en Leiden (año de 1723) con muchísimas láminas. En el mapa general se ve el río Sil que pasa por Zurich y en la página nueve da noticia del valle del Sil: “Vallis Silina, ita dicta, a Sila fluvio”<sup>19</sup>. Añade que allí en un monte se halla *terra rubra*. Ese es el verdadero Sil de los latinos. De esto se infiere que *Sil* es voz céltica, y que lo mismo significa en Galicia que en las caídas de los Alpes.

(§ 3433) ¡Oh! ¡Y cuánto habrá de estas sinonimias en la geografía de España! No es menor la abundancia de las homonimias, aún sin salir de [20r] Galicia. Naro, Narayo, Naraya, Neyra, el *Narius* de Pomponio Mela, etc. Acaso todos vendrán de la primitiva voz oriental *nahar*, que significa ‘río’. El río Bilbilis, o Bibey, tiene una singularidad que me hizo perder el sueño a causa de sus meandros o revueltas. Por ruin que sea el borrón de la margen, muy rudo ha de ser el que no me ha de entender.



Meandros o revueltas del río Sil  
y el Monte Furado

[20v] Desde Ponferrada a Orense camina el río Sil de oriente a poniente y en M pasa por el Montefurado. Por el lado del norte recibe seis ríos con el orden y nombres del borrón, y todos los he cortado. El río Bibey incorpora el río Jares y el río Navea, y le entra al Sil por el mediodía después que taladró el Montefurado.

<sup>19</sup> Valle del Sihl, así llamado por el río Sihl. Se refiere Sarmiento al río Sihl, pequeño afluente del Limmat, en el que desemboca en el centro de Zürich.

(§ 3434) En Z, hacia Viana del Bollo, nace el río Bibey —o el Bilbils de Justino— en Galicia. Corre de mediodía al norte y casi hace ángulo recto en A en donde está el santuario de Las Ermitas. Desde A corre de oriente a poniente hasta B, en donde está Sobrado de Trives, y porque allí tropieza con un monte revuelve su curso y vuelve hacia atrás de poniente a oriente hasta G. En G recibe el río Jares, que nace en X (en donde está la famosa mina de cobre) y vuelve a tomar el curso de oriente a poniente, y dejando a la derecha los célebres codos de Larouco llega hasta P, en donde está el famoso puente romano que llaman *ponte Bibey*. Desde allí corre al norte incorporando el río Navea y se entra en el Sil en T.

[21r] (§ 3435) Estos son los giros o meandros que hace el río Bibey antes de entrar en el Sil. Por no estar yo en ellos, me hube de espiritar saliendo de Trivis en B para Madrid. Salí por la mañana, y como consta del borrón, venía el Bibey hacia mí. Cortele en Las Ermitas. Comí allí y a la tarde reparé que un río corría adelante de mí. Pregunté y se me dijo que era el río Bibey. No podía comprender que un mismo río viniese hacia mí por la mañana y que por la tarde caminase delante de mí. Al fin averigüé el misterio y es el que va en el borrón. El conde Marsigli sacó en seis tomos atlánticos el curso del Danubio. Yo gusto mucho de esa geografía que sigue a un caudaloso río desde su nacimiento hasta el mar, marcando, y con medidas, todas las confluencias de otros ríos que le entran de uno y otro lado. Bien merecía el Sil una descripción semejante.

(§ 3436) El Chalybe —o Cabe—, el Lor, el de Quiroga, el Soldón, el Rodelera, etc., [21v] todos sirven hoy para herrerías. Estos con el Selmo y el del Valcárcel le entran por el norte, y no dudo que en lo antiguo abundarían de herrerías los ríos que le entran por el mediodía. El Oza, de San Pedro de Montes, el que llaman de la Cabrera, el de Casayo hace poco que las tienen. Tentose hacer una en el río Jares, y por no estar en lo que Justino dice del Bibey no ha proseguido. En verdad que el criado que yo llevaba desde Trivis a Las Ermitas tampoco había leído a Justino y no obstante me advirtió que el suelo que iba pisando todo era vena de hierro. Después, me remitieron a Madrid una tierra pesadísima que es polvos de puro cobre que se pisan en Goldriz, en la misma vereda —y por si hace al caso, la voz gótica *gold*, *riz*, significa ‘oro cobre’.

(§ 3437) Todo lo dicho persuade que las montañas colaterales del Bibey están llenas de hierro y de cobre, y de no poco oro, que los mineros sacaban ocultamente [22r] de las minas de cobre del Seixo, cuyas arenas mediante el río Jares se comunican al Bibey, y este las comunica al Sil en el Montefurado. Las riquísimas y abundantes minas de estaño de Galicia, que es mejor que el peltre de Inglaterra (pues es casi como plata), están en las montañas que median entre el río Bibey, hacia su origen, y el valle de Monterrey. No he estado en ese origen, pero es cierto que en donde hay estaño habrá plomo y plata. El hecho es que siguiendo el Sil hacia los Borrenes hay un cerro todo de vena de plata-plomo, de la cual tengo un pedazo. No hay ya que extrañar que las aguas así del Bibey como del Cabe, por venir impregnadas de partículas metálicas, diesen un especial temple al hierro.

(§ 3438) No he visto instrumento alguno antiguo de aquellos países por el cual pudiese inferir qué nombre tenía el Bibey en los siglos intermedios de la barbarie. No obstante, la barbarie de un copista me [22v] ha dado luz para averiguar algo de bueno. La escritura 34 del tomo VII del padre Yepes es la fundación de Monte de Ramo para los benedictinos, que después pasó a los cistercienses. Es de la condesa doña Teresa, hija legítima de don Alonso el VI, que casó con don Henrique de Portugal, y expresamente dice que estaba casada de segundas nupcias con el conde don Fernando Pérez, gallego. La fecha es en Allariz el año de 1124. Toma, no sé por qué, el título de reina. Firma después de ella su marido don Fernando, y después su hijo entonado don Alonso Henríquez. Voy a la expresión que hace al caso.

(§ 3439) Dice la condesa: “Portugali regina, a mari oceano, usque ad rivulum Hipaliosium, qui currit inter Tibres et Geurres”<sup>20</sup>. Al fin repite el río Hipaliosium. Ese río imaginado Hipaliosio es con evidencia matemática el río Bibey, pues solo el Bibey es el único que “currit inter Tibres et Geurres”<sup>21</sup>. Ya dije que *Geurres* es el país Val de Orres. *Tibres* es el país [23r] de Tilbis, en donde los pueblos tiburos, cuya capital era Nemetobriga —esta voz es céltica, así por el final *briga*— como por los pueblos célticos nemetas: todo prueba que los celtas hicieron asiento en aquel país.

(§ 3440) La voz *nemetobriga* se conserva con alguna alteración en Mendoya, de Trivis sobre el Bibey. ¿Y qué hemos de hacer del río Hipaliosio? Deshacerle y reducirle a razón. El original de la fundación debía estar en gótico y que no supo leer el copiante. Decía *rivulum bibalorum*. La voz *bibalorum* estaba así *hipasorum*. Creyó que la *b* abierta era la *h*, que la *l* gótica era *s*, y la *b* que era *p*. Debía haber copiado bien: *rivulum Bibaliorum*, copió *Hispaliosum*, voz monstruosa, pues no hay tal río entre Valdeorras y Trivis. No hay más río que el Bibey, que corre por los pueblos bibalos, que están al mediodía de Trivis y Valdeorras, o Geurres. Por esto está bien llamado el Bibey río *bibaliorum* o *bibalorum*. [23v] No era fácil que yo diese en esta combinación, a no estar de antemano instruido de la geografía antigua de aquel país: tan cierto es que para etimologías fundadas se necesita más que saber deletrear.

(§ 3441) No ignoraba cuando leí el instrumento que hacia el Montefurado se juntaban los tres conventos jurídicos de Lugo, Braga y Astorga. Había leído en Plinio que los dos más occidentales y famosos pueblos del convento de Astorga eran “Gigurri et Bibali”<sup>22</sup>. Tenía presente la célebre inscripción de Chaves en la cual hay memoria de diez pueblos, y el tercero es Bibali. Pero lo que más hace al caso es que Ptolomeo lo juntó todo. De los pueblos egurros era cabeza el Forum Egurrorum<sup>23</sup> que, traspuesta la *e*, es Geurrorum y sin duda es San Esteban de Valdeorras. De los pueblos tiburos, o tibures, era cabeza Nemetobriga, es el país de Trivis, y Mendoya es la Nemetobriga. De los pueblos turodoros era cabeza *Aquae Laeae*<sup>24</sup>. El país de Camba, Caldelas y Alais y [24r] Torbeo, creo ocupan los pueblos turodoros y acaso en Torbeo o Turbeo estará oculto el nombre *turodoro*.

(§ 3442) La capital de los turodoros (*Aquae Laeae*) he probado que es Alais en otros papeles. Alais es un lugar que está en lo alto de un cerro que se continúa con el Castro de Caldelas, excepto un estrecho valle por donde baja un riachuelo que en un instrumento antiguo se llama Banalso, aludiendo a sus baños, que dieron el nombre a Caldelas. Alais estaba, y está, sobre el río Sil y es sin duda el municipio Laís que Idacio coloca sobre el río Miño. Aquí se ve que no había más río Miño que el mismo río Sil, conforme a Orosio, coetáneo de Idacio. El sitio de Alais y de Caldelas es el más a propósito para un municipio, pues domina mucho país y muy fértil en vino, tocino, ganado, quesos, castañas, volatería, caza, etc.

(§ 3443) Después del mediodía se siguen los pueblos cuya capital es [24v] Volobriga. Ya dije que los pueblos nemetes eran celtas, y que ocuparon al fin el arcedianato de Nendos, cuyo latín es *nemitos*. La voz *vol* me da idea de que aludirá al país del Bollo o Vollo, y el lugar de Viana del Bollo, por donde pasa el Bibey. Dejo los pueblos celerinos cuya cabeza es Caeliobriga porque no tengo qué decir, ni de su sitio ni de su capital. Sé que en la inscripción de Chaves se llaman Caelerni y que están inmediatos a los bibalos.

<sup>20</sup> Por la reina de Portugal, desde el mar Océano hasta el río Hipaliosio, que corre entre el Tibre y el Geurre. Se refiere al río Raspalloso. El documento es un falsario de fundación del monasterio benedictino de San Juan de Montederramo (Ourense).

<sup>21</sup> Que corre entre el Tibre y el Geurre.

<sup>22</sup> Gigurros y Bibalos. Plinio, *Naturalis Historia* III, 3, 28.

<sup>23</sup> Ptolomeo, *Geographia* II, 6, 37

<sup>24</sup> Actual Laías. Cf. Idacio de Chaves, *Chronicon, Sub Olymp.* CCCXII.

Pone Ptolomeo también los pueblos bíbalos, cuya cabeza era Forum Bibalorum: tampoco sé a qué lugar de hoy corresponde ese *forum*, pero consta de Plinio que pertenecían a Astorga.

(§ 3444) Es de notar que en tan poco terreno como hay desde Caldelas a Ponferrada, haya tantos pueblos conocidos: los superatios, los bergidenses, los geurros, los tibures, los turodoros, los nemetanos y los bíbalos. Esto prueba que todo [25r] aquel país estaba muy habitado a causa de su feracidad y fertilidad, y en especial por la abundancia de todo género de minerales y metales. No hay pues que extrañar que muchos de los celtas que venían tunando fijasen asiento en aquel territorio y pusiesen nombres según su lengua, como el de Sil y el de Bilbilis, y las terminaciones en *-briga*, que significa ‘población’. Si el Bibey viene por el país de los bíbalos, se llamaría también indiferentemente *Bilbilis*, *Bibalis* y *Rivulus Bibaliorum*, que la ignorancia desfiguró en *Rivulus Hipaliosium*. Siento no haber pasado por el país que está al mediodía de Las Ermitas, pues me haría cargo de los pueblos antiguos de allí.

(§ 3445) No pretendo despojar a provincia o lugar alguno de lo que los antiguos escribieron en su favor. Cargue en hora buena el Bilbilis de Marcial con lo que le pertenece, pero no se entremeta a aplicarse a sí lo que los antiguos han dicho [25v] en favor de otra provincia muy remota. Estoy aturrido del latrocinio histórico que anda en algunos modernos que se copiaron unos a otros y que ciegamente se siguieron. Cincuenta autores modernos que sin citar texto expreso de los antiguos embocaron —y nos quieren embocar— un punto histórico totalmente opuesto a lo que individual y expresamente consta de un autor antiguo y muy clásico, merecen desprecio total y que se les descubra o su ignorancia, o su pasión nacional, o su vergonzosa inadvertencia.

(§ 3446) Trogo Pompeyo vivía en tiempo de Livio y de Augusto. Escribió cuarenta y cuatro libros de historia. Por abultar mucho, los compendió Justino. Todo el capítulo 3 del libro XXXIV trata de los gallegos, sin acordarse de la Celtiberia. Dice que son de origen griego; que el país abunda de oro, cobre, plomo, minio, etc.; que allí hay monte de oro; que las mujeres trabajan las tierras y que los hombres [26r] solo se dan a las armas y latrocinio; que su hierro es muy especial y que la agua es más violenta que el mismo hierro, de manera que no tienen por arma o herramienta bien templada la que no se templó con el agua de uno de sus ríos, el Bilbilis y el Chalybe; que aludiendo a este se llaman *chalybes* aquellos pueblos: todo este capítulo habla privadamente de los gallegos. El capítulo 4 trata de los andaluces, y en ninguna parte se acuerda Trogo del país de Marcial.

(§ 3447) Para que se escandalicen los muchachos que estudian Gramática, pondré el texto final de Justino: “Nec ullu, apud eos telum probatur, quod non aut Bilbili fluvio; aut Chalybe tinguat. Unde etiam Chalybes fluvii huius finitimi appellati; ferroque caeteris praestare dicuntur”<sup>25</sup>. Pregúntesele al muchacho que construya el *apud eos*<sup>26</sup>, y que diga a quienes hace relación la voz *eos*, no [26v] hablando el texto sino de los gallegos: claro está que merecía castigo si dijese que *eos* aludía a los celtíberos del Jalón, que vienen al texto de Justino como los tupinambas. Don Vicente Lastanosa sacó el *Museo de las medallas desconocidas españolas*, en donde juntó las monedas celtibéricas y gaditanas, que no se entienden (las figuras son muy toscas). Después, don Luis Velazquez sacó esa colección muy añadida y con pulidas figuras.

(§ 3448) En la página 169, hablando Lastanosa del Bilbilis de Aragón, cita el dicho texto “nec ullum apud eos”<sup>27</sup> dolorosamente desfalcado, sin advertir que Justino habla de los gallegos, y traduce: “los españoles no

<sup>25</sup> Ni se acostumbra entre ellos a usar arma alguna que no haya sido templada en el río Bilbilis o Cálabe. Justino, *Epitome* XLIV, 3, 8.

<sup>26</sup> Entre ellos.

<sup>27</sup> Ni ninguno entre ellos.



R.39.877

# CONGETURAS

S O B R E

LAS MEDALLAS DE LOS REYES GODOS,  
Y SVEVOS DE ESPAÑA.

P O R

*DON LUIS JOSEPH VELAZQUEZ,*  
Señor de Valdeflores , y Sierra Blanca , Caballero  
del Orden de Santiago, de la Academia Real  
de las Inscripciones , Medallas , y bellas  
Letras de París.

*Hoc est; quod possum Geticis tibi mittere ab arvis;*

OVIDIUS *de Ponto* Lib. 1. Eleg. 10.

EN MALAGA:

EN LA OFICINA DE FRANCISCO  
Martinez de Aguilar, Año de 1759.



Portada *Congeturas sobre las medallas de los reyes godos y suevos en España*, Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores, 1759



(30)

*encima una Cruz : al redor EMERITA VICTOR. = AV. . . .*  
*añez. De la Era, y fech. de Esp. T. 2. pag. 641. y T. 1. en*  
*el Prologo, acia el fin.*

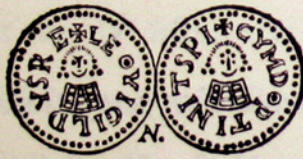
9.

*El busto del Rey de frente; encima una Cruz : al redor*  
*LEOVIGILDVS RE por Rex)( El mismo busto de frente; en*  
*cima una Cruz; al redor ELVORA IVSTOS por iustus. =*  
*AV. 3. Academia.*

10.

*El busto del Rey de frente; encima una Cruz; al redor*  
*LEOVIGILDVS REX )( El mismo busto de frente; encima una*  
*cruz; al redor ELVORA IVSTOS por iustus. = AV. 3. Aca-*  
*demia.*

11.



*El busto del Rey de frente: encima una Cruz; al redor*  
*LEOVIGILDVS RE por Rex. )( El mismo busto de frente;*  
*encima*

*Conjeturas sobre las medallas de los reyes godos y suevos en España, Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores, 1759*

hacían aprecio de otras armas”, etc. Raro modo de traducir el *apud eos* confundiendo los gallegos con los aragoneses. Lastanosa cita tres autores (Zurita, Argensola y Briz) y [27r] por ser aragoneses, ni tres, ni treinta, me hacen fuerza alguna. El *apud* del visionario Conchillos le ridiculizó el padre Moret, y le tasó en catorce leguas en su chistoso libro *El bodigoque*. El *apud* de Justino se ha tasado en ciento cuarenta leguas poco menor desatino que el de Conchillos, que fingió que Tudela era fundación de Túbal, sin más razón que la de comenzar con *tu*, que es idéntica con la de “*tú* la tienes Pedro”. Hay Tudela de Duero, hay otra en Francia; es voz pura latina de Tudela, presidio en las estrecheces de los ríos y estoy en que la voz ‘*atalaya*’ viene de *ad tutelam*.

(§ 3449) Dice Marcial que el hierro de su patria vencía al de los Chalybes y al de los nóricos. Luego, allí no había tales Chalybes, pues sería desatino decir que el hierro de Durango excede al hierro de Vizcaya. Lastanosa pone una moneda de Bilbilis con el título *Italica*. Luego [27v] hubo dos *Italicas*. ¿Y por qué no habría dos Bilbilis? Pero en España no hubo más Chalybes que los de Galicia, y si no, cítese texto en contra. Así, *apud eos* en Justino significa ‘a los gallegos’. Y *apud eos* había el río Bilbilis, que es el Bibey, y el río Chalybe, que es el Cabe, y cuyas aguas eran más activas que el hierro. Esto no quita el que en España hubiese otras muchas fábricas de hierro. Pero el más ponderado era el de Galicia. Y en verdad que no en Calatayud, sino en Galicia, se fabricaron las armas de Aníbal.

(§ 3450) Hasta aquí solo he hablado del hierro según diferentes consideraciones. Detúveme en algunos puntos geográficos y no me pesa. La geografía antigua de España está sumamente oscura y la de Galicia no le cede en oscuridad. Dios perdone a la buena alhaja de [28r] Villanueva<sup>28</sup> que tuvo el capricho de aplicar los nombres vulgares castellanos a los lugares de las tablas de Ptolomeo. Al *Forum Egurrorum*, que con evidencia es San Esteban de Valdeorras, le pone a Río seco por correspondiente. No pocos desatinos de este calibre se leen en las dichas tablas que los extranjeros ciegamente han copiado. A eso añadió la canalla de los falsos cronicos otros desatinos más garrafales, adaptando los famosos nombres de lugares antiguos a los lugares de hoy que querían ensalzar. La geografía más se ha de dibujar con las patas que con la pluma.

(§ 3451) Las dos consideraciones del hierro que más hacen al intento general de este escrito y al particular asunto de la materia presente son el respeto al comercio y a las fábricas y manufacturas del hierro en España. Esos dos respetos se han de seguir naturalmente de la historia natural y agricultura y [28v] después, naturalmente, se seguirá la población. Del comercio antiguo de los españoles hay poco o nada que decir, por falta de escritos. Del comercio como está hoy hay mucho que decir, no para aplaudirle, sino para remendarle, dando por el pie todo género de compañías, gremios, cofradías y monipodios, con la exclusiva de todos los demás españoles que no son del gremio, y con la admisión de toda canalla extranjera, para poder ser factores y camarilleros de ella.

(§ 3452) Del comercio futuro y como debe ser, hay mucho bueno que decir y que a todos se ofrece la verdadera idea del comercio. El comercio no se debe graduar por los millones que hacen dos docenas de perafustanes a la sombra de veinte docenas de alienígenas. Esa mal tolerada conducta siempre será estorbo para que en España haya el verdadero comercio. Esos millonistas o no se casan [29r] o son infecundos *in radice* o *in propagine*. Para ellos solo es población de España el que un doblón fecunde a otro, con la expresión de Quevedo. Las utilidades del comercio se deben calcular por lo que la multitud de

<sup>28</sup> Se refiere a Miguel de Villanueva, editor de la *Geographia* de Ptolomeo, Lyon, Ex Gaspari et Melchiori Trescheli Off., 1535.

España, de una provincia, de un pueblo y de una familia patriota, se utiliza para ser vecino útil, y mirar con cariño la agricultura, que es la basa fundamental de la población y comercio.

(§ 3453) Bueno sería que hubiesen quedado algunos escritos y memorias del modo que los antiguos españoles tenían de comerciar antes de civilizarse al yugo de los romanos. Al fin eso ya es irremediable y no ha quedado más recurso que el de escudriñar algunas mias de textos que se hallaren en los rincones de algún autor antiguo. Si en España se hubiese formado e impreso la colección que en el número § 3403 digo que ya se formó [29v] en Francia, sería fácil escribir algunos párrafos. Pero no teniendo yo esa deseada colección, ni oportunidad para leer tantos autores, he discurrido un atajo para hablar del comercio de los antiquísimos españoles. ¿Qué importará que yo no sepa cómo, cuándo y por dónde hacían el comercio si sé como no le hacían ni le podían hacer?

(§ 3454) Por más bárbaros que se quieran suponer, se deben suponer racionales. Como racionales no ignorarían el equivalente del *non omnis fert omnia tellus*<sup>29</sup>. Un padre de familias de los supuestos bárbaros españoles vería y palparía que las tierras que poseía su comarcano eran más feraces que las suyas para tales y tales frutos, no así para otros, para los cuales sus tierras eran feracísimas. Póngase el ejemplo en el pan (o en lo que hacía del tal) y en el vino, o en el licor que le suplía. Lo mismo digo de otros frutos y frutas de la tierra y con proporción del ganado mayor y menor, etc. De la recíproca indigencia que cada uno [30r] tenía de los géneros del otro, se hizo preciso e indispensable el primitivo y verdadero comercio. Este era el amigable trueque de un género por otro, o de *merces*<sup>30</sup> y con *merces*, de donde se formó la voz *commercio*.

(§ 3454bis) Ninguno tendría por tan bárbaros a los españoles de aquellos remotos siglos, que pensase persuadirles que era comercio el trocar los ojos por la cola. Esto es, el trocar los géneros necesarios y precisos para la subsistencia humana por unos géneros extraños, inútiles, superfluos, y no pocas veces perniciosos. Ese trueque o comercio fatuo y de mojiganga, solo podría servir para la fábula y para ridiculizar el que se llamara comercio entre los que —para arañar y extraer de España o los géneros precisos o las monedas, que es el más preciso de los precisos— inundan todos los puertos de España con trescientas mil fruslerías, necedades y bagatelas, combinadas y perifrasedas de mil modos y de mil y quinientas modas. No se hallará noticia de tan desatinado comercio en nación alguna de las más bárbaras que ha habido y hay hoy en el mundo.

[30v] (§ 3455) Debo suponer que aunque los antiguos bárbaros españoles tuviesen el conocimiento, práctica y manejo de los metales, no tenían el uso de las monedas acuñadas. Antes de las monedas celtibéricas y gaditanas, no se descubre en España moneda más antigua, y en Galicia ni aun de aquella clase se descubre alguna. Descúbrese algunas monedas romanas y algunas góticas: “Priscus fuit mos”, dice Pausanias, “in Laconicas ut sibi quae quisque vellet per commutationem, bubus, servitiis, rudi argento, et auro ultro, citroque, datis, et acceptis, compararet”<sup>31</sup>. Y que lo mismo sucedía entonces en las Indias orientales: “Nummum vero illos plane ignorare”<sup>32</sup>. Lo mismo se notó en las Indias occidentales. Lo mismo se usa hoy en la China, y ahí no tiene lugar el decir que los chinos son bárbaros. Luego, el no uso de la moneda no viene de la barbarie, sino de una sencilla racionalidad.

<sup>29</sup> Ninguna tierra es capaz de producirlo todo. Erasmo, *Adagia* 4, 4, 20. Cf. Virgilio, *Bucólica* IV, 39: “Omnis feret omnia tellus”. Cf. Feijoo, *Teatro crítico*, t. 6, *Discurso* 6, VII, 19.

<sup>30</sup> *Merx*, *mercis*, mercancía.

<sup>31</sup> Fue antigua costumbre entre los pueblos de Laconia que lo que cada uno quisiese, lo adquiriese por utilizar el trueque de bueyes, siervos, plata sin sellar y oro, tanto dándolo como recibéndolo. Pausanias, *Graeciae Descriptio* III, 12, 3. Sarmiento sigue la versión latina de Rómulo Amaseo (1489-1552).

<sup>32</sup> Desconocían por completo la moneda.



(§ 3456) La república más antigua del mundo es la de los niños. Esa se conserva intalterable en todo el orbe sin leyes [31r] escritas y sin caprichos de los barbados. Repárese en que el comercio que hacen los niños unos con otros es el primitivo y natural. Todo él se reduce a trueques. También es común ese género de comercio en las aldeas en donde es común dar vino por grano, y al contrario. Ni hay que decir que eso sucede porque no hay dinero. Sea así. Luego no se necesita dinero para conservar el comercio verdadero y preciso. Las leyes de Castilla han tasado los ganados, no a dinero, a tantas cabezas menores por una mayor, verbigracia: cinco carneros por un buey, etc. En Asturias está tasado un gato por una gallina. Muchos lugares tienen situados los salarios no a dinero sino a frutos.

(§ 3457) Poco importa que algunos digan que es una solemne paradoja lo que digo del comercio no a dinero sino a frutos de la tierra y manufacturas precisas. Muchos de esos serán de la complexión del bárbaro y monstruoso Calígula, cuando dijo: “Utinam populus romanus unam cervicem haberet”<sup>33</sup>. [31v] Deseaba Calígula que todas las cabezas del pueblo romano estuviesen en una sola cerviz para echarlas todas al suelo de un solo golpe: la insaciable avaricia de algunos quisiera que todo el dinero de España estuviese en un solo bolsón para poderle recoger todo en una cantina. Quisiera saber si no hubiese dinero cómo se amañaría esa avaricia irrestañable para atesorar millones en cantinas, ocultando frutos de la tierra que valiesen aquellos millones. La mayor gracia que Dios hace a los hombres es que los frutos de la tierra ni se puedan ocultar ni sean eternos, sino muy perecederos.

(§ 3458) Es justísimo que en un estado culto haya una proporcionada jerarquía y bien fundada —no en montones de talegos sino en la calidad, mérito y hacienda verdadera. Esa jerarquía jamás subsistirá en donde todo se reduce a dinero y en donde todo el dinero se estanca en pocas bolsas del gremio de comerciantes, como hoy se toleran [32r] en perjuicio de más de ocho millones de personas españolas. “Pecuniae obediunt omnia”<sup>34</sup> — dijo el Eclesiastés y, sin haberle leído, Aristófanes dijo después las mismas palabras idénticas: “Pecuniae obediunt omnia”<sup>35</sup>. El dinero no está sujeto a leyes, antes las leyes obedecen a él, a todo acomete y todo lo atropella. Aun lo sagrado no está libre de su imperio, o a lo menos de sus baterías. Dígalo el impostor y adinerado Simón, que quería reducir a dinero la gracia del Espíritu Santo: “Obtulit eis pecuniam”<sup>36</sup>. La respuesta que le dio san Pedro, “Pecunia tua tecum sit in perditionem”<sup>37</sup>, se debía repetir muchas veces.

(§ 3459) Tengo idea de que hay un libro, *La doppia impiccata* o *El doblón ahorcado*. En él se hace un proceso jurídico y formal al doblón o al dinero. No sería mucho un corpulento volumen en folio si se hubiesen de referir las maldades que en todo género ocasiona el dinero. No hubieran tomado tanto vuelo en los estados cultos la avaricia, [32v] la soberbia, el vano orgullo, la tropelía, las injusticias, el latrocinio y, sobre todo, la inerte ociosidad, si se conservase el modo de comerciar trocando géneros por géneros, como se usó y se usa en las naciones menos cultas, pero más racionales para el asunto del comercio. No pudiendo adquirir uno los géneros que le faltan sin dar en trueque los géneros que le sobren, procuraría utilizarse en el cultivo de las tierras y en el trabajo de sus manos.

(§ 3460) Pocos han pensado en que las repetidas lástimas, hambres y miserias proceden *in radice* de haberse reducido todo a dinero. Piérdese el labrador por haber consentido que se redujesen a tanto dine-

<sup>33</sup> Ojalá el pueblo romano tuviese un solo cuello. Suetonio, *Vita Caligulae* 30, 2.

<sup>34</sup> Todo obedece al dinero. Eclesiastés 10, 19.

<sup>35</sup> Todo obedece al dinero.

<sup>36</sup> Les ofreció dinero. Hechos de los Apóstoles 8, 18.

<sup>37</sup> El dinero será tu perdición. Hechos de los Apóstoles 8, 20.

ro las rentas que debe pagar, debiendo ser nula esa reducción. El labrador no es comerciante de dineros, sino de los frutos de la tierra. Si los temporales son buenos, habrá muchos frutos y poco dinero. Si son malos, ni habrá dineros ni frutos. De manera que solo el labrador carga siempre con el mochuelo. ¿Y por qué, cuando Dios [33r] quiere que cargue el labrador, no debe cargar también el dueño de las rentas? Si se coge poco fruto, debe bajar la renta, y debe subir si se coge mucho. Fijando desde el principio una parte proporcional de los frutos para renta nunca se perderá el labrador y circularán los frutos –que es la feliz circulación, no la falaz del dinero.

(§ 3461) No me arrepiento de haber llamado falaz la circulación del dinero o moneda. Estoy harto de oír que la moneda es el nervio de la república y la sangre de un cuerpo político. De ahí se tomó la voz *circulación* y el ejemplo de que así como en el cuerpo natural debe circular la sangre para mantener la vida, así en el cuerpo político debe circular la moneda para sostenerle. Todo esto son pasmarotas hipotéticas sin fundamento alguno. Grandes estados se han sostenido, y se sostienen, sin que en ellos haya circulado la moneda, ni aun la noticia de esa equívoca invención. Y no hay, ni hubo, nación en el mundo en donde no se haya conservado [33v] la circulación de los frutos. Esta circulación incomodaba de raíz a los holgazanes, ociosos y que huían del trabajo de la agricultura, para coger frutos con que pudiesen comerciar trocándolos.

(§ 3462) Por más dinero que haya en un pueblo o república, y por más que circule, si no hay frutos, también circulará el hambre y la miseria, y tal vez por resultas la peste. Todos somos testigos de estos hechos notorios. En esos casos, no quieren tomar los infelices el dinero como por socorro y misericordia, sino un poco de pan o de otra vianda. El decir que con el dinero se compran los melones en la plaza y otro cualquiera alimento que se necesite, es decir un desatino si no hay tales melones ni tales alimentos. El dinero ni se come ni se viste. Si resucitase el avariento Craso diría a qué sabe el oro derretido que le hicieron beber los que pasaban por bárbaros y diría también si ese oro liquidado circuló en su cuerpo con su [34r] sangre.

(§ 3463) Hasta los niños saben la fábula del avariento Midas, que logró el privilegio de que todo cuanto tocase se volviese oro y que hubo de morir de hambre si no se hubiese sacudido de semejante privilegio. Pero Plutarco y Polieno refieren como verdadera historia el estratagema de la mujer de Pytheo, o Pythes, que se había enfatuado tanto del oro que tenía empleados todos sus vasallos en desenterrar oro, en juntar oro y en trabajar oro. Valiéronse de su mujer para que curase a su marido de semejante manía porque del todo se había abandonado la agricultura. La mujer usó del ardid siguiente. Mandó fabricar de oro todo género de alimentos. Al llegar el marido de un viaje y pidiendo la cena, le puso una mesa toda de oro, y todas de oro las vasijas, y comenzó a servirle todos los alimentos trabajados de oro. Todo lo celebró al principio, pero insistiendo en que le diesen de comer, porque tenía hambre, le significó la mujer que como no había labradores no había qué comer.

[34v] (§ 3464) Polieno, en el capítulo 42 de su libro VIII, *Stratagematum*, pone esta historia, pero Plutarco en el capítulo 25 de su libro *De virtutibus mulierum* pone la historia con mucha extensión y con el desastrado fin de Pytheo en tiempo de Jerjes. Hasta ahora no he visto en España hambre ocasionada de la falta de dinero, sino de la falta de frutos de la tierra, y según el vilipendio en que están los labradores (según el pernicioso chorrillo de inventar cada día más y más empleos para que los que debían cultivar los campos tengan a qué aspirar aumentando el número de ociosos y puedan comer, vestir, beber y triunfar sin echar mano a trabajo alguno de la tierra) cada día habrá más carestías de frutos. Los cosecheros de Andalucía, por la oportunidad de poder embarcar sus frutos y hacerse con algún dinero, vienen a parar

en padecer hambres y en comunicarlas a Castilla. Hemos visto que el Rey repartió dineros en Andalucía por título de socorro, y el año de 753, fatalísimo para Castilla, no se le repartió un maravedí.

[35r] (§ 3465) ¿Y de qué sirven entonces millones como anuncian las gacetas que vinieron para el Rey y particulares? ¿Quiénes son esos particulares? Dirán que los más son extranjeros. ¿Y eso se ha de llamar comercio de españoles? ¿Y qué perdería España en que esos extranjeros se quedasen en su país para cultivar sus tierras? Tan lejos de perder algo, en eso consistirá parte de su felicidad. Desengañense los proyectistas para promover la agricultura y entablar el comercio, que perderán el tiempo en discursos y retóricas mientras no se arreglaren a la conducta de los antiquísimos y a la de los que hoy pasan por bárbaros porque no hablan la lengua castellana. El caso es que aun arreglándose tendrán la desazón de que les digan que unas son vejezes y otras barbaridades.

(§ 3466) Más antigua vejez es sembrar granos para coger frutos, y acaso por ser eso vejez se abandona en España la agricultura. Ni aun los más bárbaros se deshacen de los frutos que cojen y necesitan para [35v] admitir en trueque géneros superfluos y que no necesitan. Esto solo se guardaba para bárbaros de nueva fábrica. Pasan los chinos entre los doctos por los más antiguos indígenas que conserven monumentos justificativos de tanta vejez inalterable —exceptúo al pueblo de Dios y a los egipcios: hace ya más de treinta años que tenté persuadir con extensión que los chinos son resultas de unas colonias que los antiquísimos egipcios establecieron en lo último del Oriente, por término de sus navegaciones y comercios. He oído que en París había salido una disertación afirmando lo mismo que yo. Ese pensamiento mereció aplausos en Francia, cansado ya de no merecer en España ni aun la menor atención.

(§ 3467) Esos mismos chinos, con toda su anticuada vejez y con todo su aplaudido gobierno, pasan por bárbaros entre bárbaros idiotas. En verdad que san Francisco Javier no era de esta ínfima clase cuando tanto deseaba —como ya dije— volver a España para suplicar al Rey que estableciese algunas leyes de la China prudentísimas [36r] para un buen gobierno. No se determinan esas leyes. Supongo que no serían las leyes del encaje las que gustaron al santo ni las que se podrán llamar efímeras, porque en un día se publican y al día siguiente florecen y se marchitan. Por estas leyes se podrá decir: “Aprender leyes de mí lo que va de ayer a hoy”. David acortó más la vida de la flor: “Mane floreat, et transeat, vespere decidad, induret et arescat”<sup>38</sup>. Es natural que gustasen más a san Javier las leyes de los chinos antiquísimas, fijas, constantes, justas, útiles al bien público y que más se arrimaban al *lumen naturae*<sup>39</sup> y al *synderesis*, que son los dos polos del derecho natural (no estando iluminados con la luz de la fe de Cristo).

(§ 3468) Pocas máximas bastan, si se observan, para promover la agricultura y el verdadero comercio. Conozco la imponderable dificultad de proponer que no haya moneda. La moneda no mantiene el comercio; antes bien, es el demonio que [36v] todo lo enreda y atropella. El demonio se llama a la latina *daemon*. Nótese que *daemon* y *moneda* tienen, y solas, las mismas seis letras. Dije que los chinos no tienen moneda acuñada, luego si más de sesenta millones de hombres pueden pasar y ser felices sin moneda acuñada, ¿qué argumento me podrán hacer cuatro gatos europeos para persuadirme que la moneda es necesaria?

(§ 3469) El padre Le Compte, en la carta 9 de sus *Memorias de la China* (página 89) trata este punto. Supone que en la China no se acuñan en monedas los metales preciosos para libertarse de monederos falsos y de los que cercenan las monedas. Esa costumbre se debía introducir en toda Europa, en donde no

<sup>38</sup> Por la mañana florece y verdea. Por la tarde cae, se marchita y se seca. Salmo XC (LXXXIX), 6.

<sup>39</sup> Luz de la naturaleza.

sobran otra cosa que monederos falsos. Cada día se oyen noticias de monederos falsos, aún sin salir de España. El caso es que aunque se castiguen, ni se extermina esa mala raza, ni es fácil recoger la moneda falsa que se hizo y se esparció entre los que no saben distinguirla. El perjuicio es notorio y solo carga con él la multitud, no el gremio [37r] de comerciantes de dinero que saben distinguir *quantum distent aera lupinis*<sup>40</sup>. Si la moneda es de ley y tiene poco valor, introducen los extranjeros monedas falsas y contrahechas, y géneros superfluos y aun perniciosos para sacarnos los géneros precisos y las monedas de metal precioso. Si la moneda es de baja ley, se introduce la falsa para sacarnos los frutos.

(§ 3470) Esto que sucede con las monedas corrientes ha sucedido y sucede con las monedas antiguas, que no corren después que se ha hecho moda el buscarlas, recogerlas, apreciarlas y pagarlas a precio subido. No hay cachiporro en las naciones —y hay no pocos en España que no son cachiporros— que no afecte poseer un monetario. Enterados de esto los falsarios, se han dado prisa para contrahacer las monedas que por raras se buscan y se pagan muy caro, y para fabricar de nuevo otras monedas con inscripciones extraordinarias y que no se hallan en los libros. Todo a fin de introducir patrañas [37v] y de estafar el dinero a los aficionados a monedas antiguas, griegas, romanas, etc. Ni soy de los que se ciegan por el estudio de esas monedas ni de los que desprecian a los que se dedican a ese estudio. Juzgo ese género de literatura muy útil, como no pique en fanatismo o charlatanería.

(§ 3471) Tengo una mediana porción de ese género de monedas y cuya inteligencia no me cansa mucho porque las tengo pintadas, leídas y explicadas en los libros. Pero la queja común de que son muchas las falsas, falseadas y fingidas, debe aterrar a cualquiera. Una de las más famosas monedas romanas que por rarísima se busca y que no tiene precio es una moneda de grande bronce del emperador Marco Othon. Algunos la comparan a la piedra filosofal porque no se halla, y por lo mismo se han fingido muchas. No sé por dónde vino a mi poder una de esas monedas de Othon, en grande bronce y bien conservada. Tiene su cara y su nombre, y en el reverso: “Securitas Populi Romani”<sup>41</sup>. No me enfadaré [38r] si alguno me dijere que es fingida, ni dejaré persuadir si alguno me dijere que es verdadera. Sea la que fuere, poséola con otras muchas.

(§ 3472) Resulta de lo dicho que las monedas de metales preciosos y otras de tosco metal, que son preciosas por ser raras, no son sino un atractivo para perpetuar falsarios. ¿Y qué seguridad tendrán del comercio a dinero los que son sencillos e ignorantes, habiendo tanto falsario de oficio? Tan avarientos son los chinos del oro, plata y piedras preciosas, como otro cualquiera europeo. Usan de aquellos metales, no monedados, sino como frutos, géneros o *merces* para sus comercios, en los que dejan muy atrás a otras naciones. Para cuentas menores usan de unas lentejuelas de un tosco cobre, agujereadas para enfilarse como cuentas de rosario. Cada diez solo valen un sueldo de Francia —como dice el padre Le Comte— y valiendo diez sueldos un real de plata y este ochenta *réis* portugueses, sale que ese real de plata vale [38v] cien chapitas, menores en valor que los *réis*, y que con corta diferencia equivale una chapita a dos terceras partes de un maravedí. Con esta moneda no será fácil atesorar millones.

(§ 3472bis) Este género de moneda, vil y baja, ni quita ni pone para el comercio por frutos y géneros. En Méjico sirven los granos del cacao por monedas menores; en otras partes sirven las almendras amargas; y los niños se valen de piñones, avellanas, nueces, etc. para sus comercios y que, como cucharas de pan, les sirven de moneda y de alimento (aun del mismo pan hacen moneda común con el gracioso arbitrio de medir los zoquetillos de pan a dedos por no tener a mano la balancilla, como los chinos, para

<sup>40</sup> Cuanto dista el cobre de los altramuces. Erasmo, *Adagia* 1, 3, 79.

<sup>41</sup> Seguridad del pueblo romano.

pesar el tanto o cuanto pan). Como los niños son tan golosos de frutas y de mariscos, hacen en Galicia su comercio, trocándolos por el pan que les sobra. Es de alabar a Dios ver en la plaza de Pontevedra diferentes mujeres pobres de la *maríña* con cestos de camarones, cangrejos, caramujos, etc. y alrededor muchos niños [39r] con sus zoquetillos de pan para celebrar el comercio a trueque de géneros por géneros. A falta de pan, comercian entre sí con un género de moneda remedada con los cascos de Talavera que allí llaman *peletres* —porque acaso los primeros se formaron de pedazos de platos de peltre.

(§ 3473) No se crea que solo entre los niños se conserva ese natural y primitivo comercio. También se usa entre varias naciones, pueblos y reyezuelos del Asia y del África. En la lámina 21 en la cual monsieur de Argenville dibuja veinticinco conchas de Venus, la de la letra *k* y la de la letra *s* merecen atención. La más grande, *k*, es como una haba y la más pequeña, *s*, poco mayor que un garbanzo. Tengo las dos que he traído de Galicia y en donde se llaman *margaridiñas* (en francés *porcelanas*). Argenville llama *cauris* a la de la *k* y también la llama *cólica*, porque se cree que es contra esa enfermedad y porque en África hace de moneda, se llama *moneda de Guinea*. En el tomo XXX de la [39v] *Historia de los viajes*, desde la página 284, se trata del gran uso que esas conchitas tienen en las islas Maldivas para moneda usual.

(§ 3474) Esas conchitas o caracolillos se llaman *bolys* y *koris*, que es la voz *cauris*. Es infinito el número de las que se cojen en las islas Maldivas. La pesca se hace cada mes, tres días antes y tres días después de la luna nueva. Es solo ejercicio de las mujeres. Salen de esas Maldivas cada año de treinta a cuarenta barcos de esos *bolys* y los más van a Bengala y a otras partes. Y los holandeses cargan con muchas para llevarlas a África y hacen allí su comercio. Muchos reyezuelos y señores hacen como unas paneras para atesorar allí esas conchitas en las que constituyen parte de su riqueza. Esas conchas se trafican en paquetes de doce mil, hechos de hojas de cocotero, y pasan de mano en mano sin pesarse ni contarse. Cada paquete de doce mil *bolys* vale un larín, y el larín según Bluteau vale dieciséis cuartos de Castilla. Véase ahí un real de plata dividido en doce mil piezas existentes, si dan o reciben oro o plata no hacen caso [40r] del sello del cuño, sino de la ley y del peso. Esto es común en todo el Oriente.

(§ 3475) El oro y la plata no los produce la naturaleza para monedas sino para utensilios y domésticos usos, útiles y honestos. Cuando Ovidio dijo “effodiuntur opes irritamenta malorum”<sup>42</sup>, no aludió a los metales como tales sino a los que por creerse más preciosos se habían de monedar para introducir la avaricia, usura, violencia y destrucción de la sociedad humana. Así lo entendió Plinio (libro XXXIII, capítulo 3): “Sed a nummo prima est origo avaritiae excogitata, faenore quaestuosa segnitia”<sup>43</sup>. Todo esto es hablar a lo antiguo, y no dudo que se mirará cómo disparatar a lo moderno. Lo que podré probar es que por mi dictamen está toda la antigüedad y la mayor parte de las naciones del mundo. ¿Y qué importará que no esté una corta porción de los cuyo *numen nummus est*<sup>44</sup>? Tómese el voto de los labradores y de los pobres que, como dicen, no conocen al Rey por su moneda.

(§ 3476) Esos dirán que más desean que haya en España abundancia de frutos [40v] con que todos puedan comer y comerciar, que no el que en algunos rincones y cantinas de España estén estancados millones de monedas como en depósito para los extranjeros. Hablo de aquellas harpías del dinero que queda en España y que cada día se hacen más insaciables: *Crescit amor nummi, quantum ipsa pecunia crescit*<sup>45</sup>. Por aspirar todos a tener más y más monedas, aspiran tan pocos a cultivar las tierras y a dedicarse a algunas

<sup>42</sup> Se ha encontrado oro, fuente de males. Ovidio, *Metamorfosis* I, 140.

<sup>43</sup> Pero el primer origen del dinero es el deseo de avaricia, el afán por enriquecerse con la usura. Plinio, *Naturalis Historia* XXXIII, 14.

<sup>44</sup> Dios es el dinero.

<sup>45</sup> El amor al dinero crece tanto cuanto crece el mismo dinero. Juvenal, *Saturae* XIV, 139.



fábricas útiles, y aquellos son los que más bucinan que el comercio está perdido y que no se protege. El comercio que está perdido y no se protege es el comercio de los frutos de España y dentro de España.

(§ 3477) En todo el Oriente es más conocida la plata sellada de España que dentro de la España misma. Si el comercio principal de España fuese de frutos, con frutos del país, —pues gracias a Dios ni para lo preciso ni para lo abundante ni aun para el lujo, no necesita España [41r] de nación alguna— no serían tan comunes en el Oriente los reales de a ocho de España, cuando ya en tiempo de Quevedo se enseñaba en España un real de a ocho por dos cuartos como un elefante. Repárese en un montón de calderilla de aquellos tiempos y se verá que no hay pieza que no esté sellada una, dos y tres veces, y esto cuando España, sin hipérbole, poseía los dos mundos. ¿Y en dónde estaba entonces el oro y plata de su comercio a dinero? Estaba en donde le había llevado esa cofradía de comerciantes, dejándonos solo el cobre con la engañifa de resellarle para aumentar su valor. No sucedería esa extracción si no hubiese tal moneda de oro y plata, y que toda fuese de cobre para las cuentas menores de los frutos y manufacturas de España.

(§ 3478) Vivo muy distante de proponer que no se posea el oro y la plata, y de que no se aprecien esos metales como preciosos, [41v] —según lo desenfrenada que está la insaciable avaricia y la usura, aun en el púlpito pasaría por paradoja mi propuesta. Pero no la tuvo por tal san Antonio Abad cuando le dijeron desde el púlpito: “Vade et vende omnia quae habes et da pauperibus”<sup>46</sup>. No estarían tan mal los pobres si, aunque aquel consejo de Cristo Señor Nuestro no se ejecutase, no se entendiese al revés. Poséase el oro y la plata, sí, pero no en monedas, sino como otro cualquiera metal más o menos precioso, al modo que se poseen las piedras preciosas, diamantes, esmeraldas, rubíes y topacios. Sirvan los metales como esas piedras para el comercio, mientras los que nos arañan y chupan la moneda no introducen que las piedras preciosas se acuñen como monedas para extraerlas fuera de España. No habría cosa más fácil que esa extracción, según las libertades que se han tomado los comerciantes [42r] de dinero.

(§ 3479) Es ley de España que ninguno pueda obtener oficio ni beneficio eclesiástico el cual no sea natural de España. Si esa ley se proporcionase en sus provincias se troncharían muchas pandillas inveteradas. Es ley de Portugal que el que heredare allí algunos estados no los pueda gozar si no se avecinda en Portugal y gasta allí las rentas. Estas dos justísimas leyes, si se observasen, eran suficientes para remediar muchos abusos de España. ¿Qué diversos visos tomarían las provincias si en cada una viviesen los que en ella tienen rentas para comerlas y gastarlas allí? ¿Y qué si las rentas eclesiásticas respectivas las gozasen sus naturales y diocesanos?

(§ 3480) A esas dos leyes justísimas por derecho divino, natural, canónico, político y económico, sería consiguiente se estableciese otra ley no menos justa, esta es, que ninguno pueda ser comerciante [42v] dentro de España, ni a dinero, ni a frutos, ni a manufacturas, el cual no sea avecindado ya —y con raíces en el país y con lazos de matrimonio e hijos— para que tenga que perder y no se transporte de la noche a la mañana a países extraños, cargado con el texto “omnia mea mecum porto”<sup>47</sup> y con su significado. No podrán llevar las tierras cuando se vayan o se huyan —que de todo se ve cada día— pero llevan y extraen lo que se llama nervio y sangre de la república. Esto sucede o porque hacen bancarrota solo para España, o porque se les averiguan algunos delitos, o porque se descuidan en ocultar su ninguna creencia, o por mudar de clima e ir a poner el huevo al nidal de su país. Véase ahí como circula el dinero de España pero no en España.

<sup>46</sup> Ve y vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Iacobus de Vorágine, *Historia de Sancto Antonio* 1. Intertexto de Mateo 19, 21. Cf. Marcos 10, 21; Lucas 18, 22.

<sup>47</sup> Todo lo llevo conmigo. Aforismo atribuido al sabio griego Bías de Priene.

(§ 3481) Lo equívoco y falaz de circular la moneda parece que solo se entiende de la moneda de España y con la exclusiva [43r] de que en España no deba circular la moneda de otras naciones. No siendo en las mesas de juego, no se ven sino algunas bajas monedas extranjeras que como tantos circulan de mano en mano. Los franceses, que tanto afectan extender su lengua y que circule, debían acuñar sus monedas de oro y de plata y de justa ley y afectar que se extendiesen y circularasen por todas partes como las monedas de España. Ya Horacio notó la armonía entre la lengua y la moneda: “Licuit, semperque licebit, signatum praesente nota, producere nomen”<sup>48</sup> —o como leyó Bentleyo: “procudere nummum”<sup>49</sup>. No señor, corra la lengua y quédese en casa la moneda. Dícese que en la vajilla echan oro y plata de fina ley, y la de baja ley la echan en las monedas, motejando a los españoles que hacen lo contrario.

(§ 3482) No tomo partido sobre quiénes lo aciertan. Paréceme que los franceses [43v] son más económicos. Con eso hacen que su moneda no salga a circular fuera del Reino y para circular en el país con el valor que el Rey le diere nada importa que sea de baja ley. Ninguna nación debía con más derecho fabricar moneda de baja ley que la española, mientras las naciones europeas no se concordasen todas en acuñar monedas de oro y plata de una misma ley individual. Lo demás es iniquidad: pretender que la moneda de España sea de ley para que todo arañón la saque y pueda con ella comerciar en todo el mundo, y que la de otras naciones sea mala para que ninguno se la saque. Si en España se toma esa providencia, se desterrará la credulidad de que el tener monedas es tener hacienda fija y real. La verdadera hacienda es la que tiene raíces y reditúa todos los años frutos que puedan servir para el comercio.

(§ 3485) De ese modo los extranjeros que [44r] trajeren frutos a España que se necesitan, los trocarán por frutos de España que les sobren. Este es el verdadero y primitivo comercio del género humano. Sobre entablar este comercio real se deben tomar todas las providencias y favorecer a los labradores y artesanos para que le promuevan con su industria y trabajo. El fácil arbitrio para lograr esa promoción será restaurar las antiguas ferias y mercados, y establecer otras de nuevo en todos los lugares que sean cabeza de partido. El concurrir a las ferias y a las tabernas ya es un grande incitativo para comprar y beber sin gana. La misma ocasión de ver en las ferias y mercados tanta variedad de frutos, cosas, manufacturas y baratijas curiosas y baratas, anima a los que concurren solo por curiosidad a que compren lo que nunca compraran, no siendo allí. El lugar se interesará mucho vendiendo sus géneros y frutos [44v] sin salir fuera. Las *nundinas* eran famosas y repetidas entre los romanos, pues eran de nueve en nueve días (de ahí el nombre).

(§ 3486) Es sentir común que las *nundinas*, ferias y mercados las instituyó Rómulo para que los aldeanos viniesen a Roma de nueve en nueve días para comerciar con sus géneros y frutos. Entonces aún no tenían moneda los romanos, y por eso solicitarían tener más frutos y merces con que comerciar. Es verdad que en las ferias y mercados de hoy se atraviesa dinero, pero es muy poco, y ese de monedas bajas. La mayor feria de todo el orbe es la que se celebraba en Portobello. En los viajes de Thomas Gaga se representa esa feria en una lámina. Allí no corre moneda alta ni baja, sino fardos de géneros preciosos y barras de preciosos metales, pero estos acarrearón la ruina de aquel puerto. Para el asunto lo mismo serían barras de hierro, de cobre, de [45r] estaño y de plomo que barras de plata y tejos de oro. Todo será merces pero no moneda acuñada.

<sup>48</sup> Ocurre y ocurrirá siempre que nuestras palabras surgirán acuñadas con la marca del día de hoy. Horacio, *Arte poética* 58-59.

<sup>49</sup> Golpear la moneda. Se refiere a los trabajos filológicos de Richard Bentley (1662-1742) sobre Horacio, culminados en su edición y comentario (1707-1711).

(§ 3487) El dicho “oro es lo que oro vale” es a mi favor. Si oro es lo que oro vale y no hay cosa alguna que no valga oro por despreciable que sea, luego podrá haber comercio a trueque de merces y le podría haber aunque jamás hubiese oro ni plata, ni como metales ni como monedas. Con razón recrimina el alquimista de Quevedo al carbonero —que no llevaba a bien la inutilidad del carbón para hacer oro— que el carbonero hacía oro y plata del carbón y de los cantazos que vendía por tizones y de la tierra y basura, etc. El más mínimo trapo viejo de la calle vale oro y sirve para el comercio. ¿Y qué no podrán servir los frutos de la tierra y del ganado? El cobre se selló —dice Plinio (libro XXXIII, capítulo 3)— “nota pecudum, unde et *pecunia* appellata”<sup>50</sup>.

(§ 3488) Multiplíquense, pues, en España [45v] las ferias y mercados, y cóbrese en esos contratos un tributo moderado pero siempre fijo y no a capricho de exatores violentos, que yo aseguro que el comercio útil se extenderá por toda España entre la multitud. Sabiendo todos los de mediana esfera que se les facilita el vender los géneros de su cosecha y de su industria trocándolos por los que necesitan, no se necesita mucho dinero para efectuar el comercio. Las utilidades de este comercio son reales. Si en un estado, reino, provincia, ciudad, villa, lugar y si en cada casa hay abundancia de todos géneros para comer, beber, vestir y adornos de la habitación, pocos cascotes de metales bastan, y sobran para cuentas menores cualesquiera cascotes de metales bajos. Esotro comercio por el cual una corta porción de hombres atesora en sus cantinas talegos sobre talegos es un comercio pernicioso que a ninguno de la multitud deja [46r] vivir y que cuando hay carestía de frutos todos perecen de hambre —pues hasta ahora no he visto hambre por falta de talegos sino de frutos.

(§ 3489) En todo lo propuesto, miro a que se piense más en adelantar el comercio a trueque de frutos que en envilecerle a trueque de monedas por monedas: “Vilius est argentum auro; virtutibus aurum”<sup>51</sup> —dijo Horacio en nombre de todos los que no son idólatras del dinero. Pero el mismo Horacio refiere que en el arrabal de Roma que llaman Jano y en donde habitaban mercaderes, comerciantes, cambistas y usureros, se leía por otros libros. Parece que allí había esta inscripción: “Quaerenda pecunia primum est, virtus post nummos”<sup>52</sup>. Esta infame máxima no se puede componer con la hombría de bien ni con el cristianismo. Harto se ha declamado contra ella y contra los que la profesan de gremio y de oficio; todo en vano, pues se escudan con lo que el otro rico y puerco miserable decía —según Horacio— en Athenas: “Populus me sibilat, [46v] at mihi plaudo ipse domini, simul ac nummos contemplor in arca”<sup>53</sup>. Con esta descarada insolencia miran los millonistas (por lo común extranjeros) a los españoles a quienes no alcanza la sal al agua, y se burlan de sus miserias, quejas y aun de sus silbos, porque no se piensa en restañar tan desaforada avaricia.

(§ 3490) Vaya un ejemplo de un millonista de ese calibre que no lo contó por gracia el serlo. Son muy dignos de leerse y de ponderarse los capítulos 15 y 22 de la *Chronica del rey don Pedro*. En el primero se queja el Rey de que no tenía más de veinte mil doblas en todo su tesoro. Súpolo su tesorero el ladrón judíazo Samuel el Leví y vino a darle satisfacciones echando la culpa a los recaudadores, y de paso apuntó los cohechos. En el capítulo 22 está la prisión del dicho Samuel por orden del Rey y el secuestro de sus riquezas y las de sus parientes. Halláronse cuatrocientas sesenta mil doblas y cuatro mil marcos de plata. Además de esto, veinte arcas de paños de oro y de seda y otras joyas, y ochenta moros y moreznos.

<sup>50</sup> Para marcar el ganado, de ahí la denominación de *moneda*. Plinio, *Naturalis Historia* XXXIII, 13, 43.

<sup>51</sup> Es más vil la plata que el oro; el oro que las virtudes. Horacio, *Epistulae* I, 1, 52.

<sup>52</sup> Primero hay que buscar la riqueza. La virtud, después del dinero. Horacio, *Epistulae* I, 1, 55.

<sup>53</sup> La gente me abuchea, pero yo me aplaudo a mí mismo cuando contemplo las monedas en mi cofre. Horacio, *Sermones* I, 1, 66-67.

El valor de los dos metales subiría hoy a veintidós millones y medio de reales; el de las alhajas no lo puedo calcular.

(§ 3491) Nótese que entonces ni aun había [47r] Indias, ni se habían incorporado la Corona de Aragón, ni Flandes, ni Italia. Pregunto: ¿y qué haría el pérfido judío Samuel con su puntica de don con tanta riqueza hurtada? ¿Promovería la agricultura, la población y el comercio por frutos en España? Los judíos miran a los cristianos como a idólatras y tienen por ley hacer con ellos lo que hicieron con los egipcios cuando los robaron para huir de Faraón y para fabricar después el becerro. Quisiera saber si las dichas monedas se habían acuñado en la Palestina. Estoy aturdido de que, no admitiéndose los judíos a empleos nobles y honrados, se les confiase el principal, que es el manejo y posesión de todo el dinero de España, y no se les diese barro y paja para fabricar ladrillos y bodoques —a lo menos servirían de algo.

(§ 3492) Es verdad que ese tal —no don sino Adón— Samuel Ha-Levi, o don Dinero, pagó con lo que poseía (y nada en raíces) y con su vida en los tormentos lo que había atormentado a los pueblos y había usurpado [47v] al Rey. Esto sucedió por los años de 1360 y si entonces hubiese ejecutado don Pedro lo que después en el año de 1492 ejecutaron los Reyes Católicos, hubiera libertado a España de la perenne peste de venenosos arañoses del dinero, ya que no pudo librarle de la tremenda peste temporal con que Dios la castigaba. En aquel tiempo estaba en su mayor exaltación la universal peste que comenzó el año de 1348 y la cual asoló toda la Europa y redujo a páramos la España, desde cuyo tiempo se conservan aún los verdaderos baldíos. En el tiempo, pues, que labradores pobres y ricos estaban en la mayor miseria, cargaban los usureros con veintidós millones.

(§ 3493) Ese género de esponjas del dinero con el colorado título de comercio es el mayor gabarro que padece España. Esa es la más pesada corma que inhabilita a los labradores para que promuevan la agricultura, población y comercio de frutos por frutos. No hallando frutos sino a dinero y andando los labradores alcanzados de moneda y habiéndose reducido [48r] a dinero las rentas y tributos, nunca los labradores salen de infelices. Mil veces he pensado que no se debía exigir dinero del labrador que por sí mismo cultivase las tierras, sino un tanto de los frutos que cogiese. Así era cuando no había moneda acuñada; así se entablaron las rentas decimales y eclesiásticas; así se pagaban las rentas de los seculares: a pan mediado, a tantas cántaras de vino, a tantas aves y tantas cabezas de ganado, a miel, cera, aceite, etc. Sé que algunos colonos llevaron a mal que se les compensase tanto de renta en tantas libras de cera. Hoy dan gracias a Dios por el arbitrio, pues como no tenían dinero para comprar la cera, pusieron colmenares para pagarle en fruto, quedándoles después de pagada muchas utilidades.

(§ 3494) En Galicia se entiende la renta a pan mediado, que haya de ser mitad centeno y mitad mijo menudo. En algunas partes, por cogerse bastante trigo y mucho maíz, se aflojó en sembrar mijo menudo y por eso se vendía caro. El acreedor a la [48v] renta hace el pitipí al labrador para que la pague: o el mijo menudo, que no tiene, o el excesivo valor, a dinero. Para librarle de esa opresión siembra hoy el labrador el mijo menudo que baste para pagar la renta y el terreno restante lo siembra de maíz, que es más útil. Véase aquí restaurado un fruto casi perdido por estar la renta a ese fruto. ¿Quién no ve en esto que el modo de promover la agricultura y de multiplicar los frutos en España será no exigir dinero de los labradores sino un tanto de los frutos de su cosecha?

(§ 3495) Por más que el labrador se esmere en cavar, abonar, sembrar, regar y cultivar la tierra, jamás cogerá un maravedí por fruto, pues la tierra no produce maravedís, y si se siembran maravedís, ni maravedís ni frutos nacerán. La moneda es estéril e infecunda. Solos los logreros y usureros hallaron el arbitrio de hacer que produzca más que la madre tierra. De esos, pues, se ha de exigir dinero, no de los labrado-

res. Pero qué traza de exigir dinero de esas harpías cuando su oficio es el [49r] de exigir dinero de todos, señores, ricos y pobres. Y quien más les contribuye es el mismo Rey o su Real Hacienda, de manera que siendo todos tributarios del Rey, el Rey es tributario de los dineristas y millonistas. ¿Qué cantidades no le han robado con el tanto por cien por ponerle el dinero en tal parte y por traérselo desde tal parte a Madrid? El texto “pecuniae obediunt omnia” les indemniza de todo.

(§ 3496) He celebrado mucho el que el Rey estableciese el giro y que el ministerio tomase el arbitrio de enviar el dinero en especie por carretas y caballerías a donde se necesita, sin dejarse engañar de cambistas. Así se porteo a Italia y salió con muchísima conveniencia. El año de 746 vine de Galicia agregado a una flota que venía del Ferrol. Cada macho porteba seis mil pesos, cada arroba se porteba a veinte reales y aún era mucho. Luego los seis mil pesos que a bulto pesarían doce arrobas se pusieron en Madrid por doce pesos fuertes. Luego el Rey solo pagó uno por quinientos, no haciendo caso del valor sino del peso. Nada pagaría [49v] más aunque fuesen seis onzas de oro. Regístrense los libros y véase cuánto se pagaba por cien por llevar o traer el dinero por correo con el emplasto de un papel “por esta mi primera”.

(§ 3497) De esto se infiere que es un papasal o una engañifa el decir que conviene haya dinero y letras de cambio para ahorrar el porteo de las cosas y para mantener el comercio. Lo que vi es que con el porteo de la moneda comieron los maragatos y mesoneros, se vendieron y circularon los frutos de cien leguas de terreno. ¿Y cuántos comerían si el dinero fuese o viniese por el correo? En ese caso solo comen y se engrasan dos que sin levantarse de una silla escriben dos letras. De tantos millones como concurren a Cádiz, es observación que solo se ve entrar por la puerta de Toledo la conducta que viene para el Rey, y si viene tal cual cantidad para un particular que no es del gremio de comerciantes. ¿Y adónde va a parar lo restante? Toma en Cádiz un refresco para coger el camino del oriente y del [50r] occidente, de modo que el jacareado comercio de España solo se hace por líneas tangentes, cuyo punto es Cádiz: por hablar a la moda, solo es comercio centrífugo, no centrípeto.

(§ 3498) Quiero decir que las provincias del centro de España poco o nada se interesan en el comercio de Cádiz ni en sus millones y cada día están más pobres y miserables. Cádiz solo sirve de escala para el comercio útil de todo género de extranjeros, sirviéndoles no pocos españoles de testas férreas para sus embudos y contrabandos. Es notorio que en la China están el oro y la plata como uno con diez, esto es, que el europeo que allí dá solas diez onzas de plata, le dan en trueque una onza de oro. Véase aquí por qué la plata que había de circular en España, pues se sacó de sus minas, va a circular a la China, de donde jamás sale —y entrando muy poca en España para volver a salir a no volver jamás. Esto se ve manifiesto en tantos cacharros costosos y bagatelas [50v] inútiles, superfluas, ridículas, y algunas perniciosas, que cada día se introducen en España con el loco título de ser de la última moda. Este sí que es comercio, dirán algunos. Yo digo que esa es la polilla y corma del verdadero comercio.

(§ 3499) Ese tolerado comercio de tanto inútil y totalmente superfluo es la ganzúa con que esos comerciantes roban al público y mediatamente al Rey. Es chistosa la escalerilla en la cual se gradúan las clases de personas de un estado. No sé quién la ideó ni en qué tiempo; sé el archivo en donde se halla manuscrita. Nunca la vi, pero a lo que me acuerdo de lo que he oído se reduce a lo siguiente: píntase el papa y el Rey, y debajo un labrador con este rótulo: “Yo sustento a los dos”. Debajo un comerciante con este otro: “Yo robo a los tres”. Debajo un abogado con este: “Yo enredo a los cuatro”. Debajo un arbitrista y con este rótulo: “Yo alucino a los cinco”. Debajo un médico con este: “Yo mato a los seis”. Debajo un [51r] teólogo diciendo: “Yo absuelvo a los siete”. Y en lo alto se pinta al Padre Eterno echando la bendición y con este rótulo: “Yo perdono a los ocho”.



(§ 3500) No entro en la calificación de esa escalerilla en todas sus gradas. La de los arbitristas la puse yo porque no me acuerdo quienes correspondían para llenar el número ocho. Acaso serían los soldados, que no puse por no saber qué verbo les corresponde después que se desamparó toda la antigüedad —cuando los soldados eran vecinos útiles en tiempo de paz y soldados ejercitados ya en las fuerzas corporales en tiempo de guerra. Y dije con Uztáriz que llegan a ciento ochenta mil personas las que componen la clase de los militares volantes en todo tiempo. La expresión del labrador “yo sustentó a los dos”, está diminuta, pues ninguno de los ocho se podrá sustentar sin el sudor y trabajo del labrador, por más coronas, tiaras, doblones, [51v] alegatos, proyectos, recetas, espadas y moralidades que tengan.

(§ 3501) También está diminuta la expresión del comerciante “yo robo a los tres” porque ninguna de las clases se libra de sus uñas y garras. No se debe entender en el comerciante el que con los frutos de su cosecha y con las manufacturas de sus manos ejerce un comercio verdadero o a trueque o con tal cual a dinero solo para sus urgencias. Se deben entender aquí por comerciantes los que sin tener un palmo de tierra que trabajar ni habilidad alguna que ejercer se aparecen en el mundo sin tener por donde asirlos y a pocos años se jactan de que tienen tantos millones y se quejan de que el Rey les debe tantos y tantos millares de doblones. Esos, que aplicados al azadón y al arado o a alguna fábrica pudieran ser útiles al público, precipitados en el comercio de dinero son la irremediable perdición de España.

[52r] (§ 3502) Ese género de entes se llamaban *caorcini*, *caorsini*, etc., ¡y qué repetidas veces los echaron a coces de Francia y de Inglaterra, por enemigos del Reino! En el glosario de Du Cange, verbo “caorcini”, se podrá leer la historia de esos corsinos, corsarios o piratas del dinero. Dice: “Mercatores italici, propter faenerationem usurariam famosi, maxime in Gallia, unde non semel a principibus nostris proscripti sunt, legibus et statutis contra faeneratores editis”<sup>54</sup>. Allí pone las leyes publicadas desde san Luis. En la de Felipe Augusto pone esta cláusula: “Valde praedictum depauperant regnum”<sup>55</sup>. Esos caorcinos y los judíos o eran unos mismos de sangre o iban de apuesta a quienes eran más sanguijuelas del dinero. Así, el año de 1260, en la expulsión que de ellos se hizo en Brabante, se miran como “eiusdem furfuris, ut iudaei, et caorsini de terra Brabantiae expellerentur”<sup>56</sup>.

(§ 3503) Es cosa tremenda y por lo mismo [52v] insufrible que un pobre labrador (que por tal no tiene impedimento alguno según las leyes para ponerse un hábito a los pechos) esté hozando todo el día para tener un bocado de pan, y que además de eso le brumen a que contribuya con dinero por muchos títulos, y que los comerciantes, mercaderes y cambistas, (que por tales no se pueden poner un hábito) vivan, coman, vistan y triunfen más que si fuesen duques, con solo el ocioso oficio de recoger todo el dinero que pudieren *per fas*, *per nefas*<sup>57</sup>. Estos nada contribuyen al Rey, ni en frutos ni en dinero: no en frutos, porque huyen de cultivar la tierra y de sudar; no en dinero, porque si han de pagar un tanto por ciento al Rey, cargan en los géneros el duplo del tanto más que exigen del público y también del Rey, además de lo que le estafaban cuando no había giro.

(§ 3504) A vista de todo lo dicho, que a todos es bien notorio, debe todo buen español [53r] y buen patriota esmerarse en favorecer a los labradores que por sí mismos cultivan y trabajan las tierras. Y con más razón el mismo Rey, concediéndoles oportunos privilegios y útiles exenciones para que vivan libres y

<sup>54</sup> Mercaderes de Italia, famosos por su gusto por la usura, sobre todo en la Galia, donde fueron proscritos por nuestros príncipes, y se dictaron leyes y estatutos contra los usureros.

<sup>55</sup> Ya depauperan el citado reino.

<sup>56</sup> De la misma guisa, como los judíos, también sean los caorsinos expulsados de la tierra de Brabante.

<sup>57</sup> De grado o por fuerza.

seguros de tanto exactor, citote, sacamantas, vendetejas, y de tantos que en Galicia llaman *godallos*. Entáblese que paguen al tiempo de la cosecha un tanto de los frutos a fija designación del Rey y que jamás se les pida dinero. Ya dije que consta del capítulo 47 del Génesis que los egipcios labradores pagaban el quinto de los frutos al Rey “absque terra sacerdotali, quae libera ab hac conditione fuit”<sup>58</sup>. Parece que esto está en arábigo para los proyectistas. El hecho es que de los labradores no se exigía dinero. No hay qué decir que no había moneda entonces. Pero había oro y plata y no por eso se les pedían esos metales. Y la fábrica del becerro prueba las [53v] alhajas que había de metales preciosos.

(§ 3505) Tampoco en la India oriental en tiempo de Alejandro Magno —hace ahora más de dos mil años— se pedía dinero a los labradores, sino la cuarta de los frutos de su cosecha. Esos arbitristas de papeles varios hagan que alguno les traduzca en castellano lo que en su libro XV dice Estrabón del gobierno de los indios orientales. Allí leerán que toda la gente se dividía en siete clases o géneros de profesiones. El primero era de los filósofos, que *simul*<sup>59</sup> eran sacerdotes. “Secundum genus agricolarum est, qui plurimi sunt, et provissimi”<sup>60</sup>. Esos estaban exentos de la milicia y vivían seguros en las aldeas: “Hi ob inmutatam a militia, et securam opus faciendi licentiam”<sup>61</sup>, no se mezclan en otros empleos. Y porque toda la tierra se creía ser del Rey, son como sus colonos y le pagaban la cuarta parte de los frutos: “Et cum regio tota sit regis, [54r] ipsi eam conductam excolunt, pacti mercedis loco, quartam fructuum partem”<sup>62</sup>.

(§ 3506) La tercera clase es de los pastores y cazadores de fieras. La cuarta era de los artesanos y mecánicos. La quinta era de los militares. La sexta era de los superintendentes. Y la séptima era de los consejeros y asesores del Rey. Estas clases no se podían confundir. Hoy se conserva equivalente división con el título de castas. Lo que se debe notar es que después de los como-eclésiásticos se seguían los labradores; después los pastores, después los artesanos, y los militares hacían la quinta clase. Así, los labradores estaban totalmente exentos de ir a la guerra, porque para eso había clase determinada. Los labradores sustentan a los militares y no al contrario —y mal los podrán sustentar si en lugar del arado solo manejan las armas.

(§ 3507) Los romanos, cuando eran romanos (y antes del nimio lujo que [54v] los hizo infames, viciosos, monstruosos y ladrones de todo lo que no era suyo), miraban la agricultura como a la niña de sus ojos. Los labradores de la campaña de Roma daban la décima de los frutos de la tierra al público y jamás pagaban dinero. Las leyes agrarias eran las leyes fundamentales del estado —y sobre las cuales se escribió tanto. Wilhelmo Goesio juntó en un tomo en cuarto esas leyes y los fragmentos que han quedado. En toda república bien ordenada siempre se han promulgado leyes muy favorables y muy útiles a los labradores, a causa de que esa utilidad se refunde en todos los habitantes del estado. El mismo Rey, los eclésiásticos, los señores, los pueblos y todo viviente son interesados en cualquiera privilegio que se conceda a los labradores para que no vaya cada día a menos la agricultura.

(§ 3508) No hay empleo alguno de los muchos inútiles que cada día se inventan para multiplicar los ociosos o superfluamente [55r] ocupados (por no decir algo más), que no logre protección real, privile-

<sup>58</sup> De la tierra sacerdotal, que está libre de esta condición. Génesis 47, 26.

<sup>59</sup> Al mismo tiempo.

<sup>60</sup> La segunda clase es la de los agricultores, que son muy numerosos, y proporcionan muchas cosas. Estrabón, *Geographia* XV, 40.

<sup>61</sup> Estos, al tener exención del servicio militar y licencia segura para hacer su oficio. Estrabón, *Geographia* XV, 40.

<sup>62</sup> Y al ser toda la región del rey, ellos la cultivan como si fuese una colonia, dándole en concepto de merced la cuarta parte de los frutos. Estrabón, *Geographia* XV, 40.

gios, inmunidades, gracias exclusivas, fueros y que algún sepancuantos les forme leyes y ordenanzas a pedir de boca, sin hacer la cuenta con la huésped y sin consultar a los labradores si alguna les perjudica enormemente —pues se supone que el Rey jamás da privilegios en daño de tercero y mucho menos en daño de los labradores, que es el gremio más útil y más antiguo del género humano. Son ya tantos los fueros y juzgados privativos que han de faltar gentes en quienes se ejerzan tantas jurisdicciones.

(§ 3509) En el capítulo 21 del libro III de Lucio Floro, era tanta la gente que se mataba con la sedición de Mario que apareció un pasquín en Roma: que era preciso dejar vivir a algunos para que hubiese a quienes pudiesen mandar los que lo querían mandar y asolarlo todo (*Vivere aliquos debere ut essent quibus imperarent*<sup>63</sup>). Pocos fueros [55v] hay de la nueva invención que a la corta o a la larga no sean contra los labradores para no dejarlos vivir ni aun trabajar. Déjenlos trabajar y vivir para que haya a quienes atropellar y a quienes chupen el sudor de su rostro, que es el mayorazgo que Dios fundó para los hombres. ¿Cuándo hemos de ver un cuaderno de las leyes de la agricultura, del fuero y de los privilegios y gracias de los labradores? No de las leyes físicas y botánicas —de esas están llenos los libros— sino de las leyes que formen los mismos y solos los labradores con beneplácito del Rey y con su real aprobación.

(§ 3510) Los del gremio pastoril, solos y por sí mismos, formaron sus leyes sin citar al gremio de los labradores. Consiguieron privilegios y más privilegios reales, pero pocos han advertido que en el de 1544 de Carlos V hay una cláusula que los hace hipotéticos. En el número 36 de las [56r] dichas leyes u ordenanzas dice Carlos V: “Y por la presente, sin perjuicio de tercero, confirmamos y aprobamos las dichas ordenanzas”. Como los labradores no hacen cuerpo (que debieran) y que por lo común no saben leer, no leyeron este pegote de aquellas leyes: ¿quién duda que si le hubiesen leído y reclamado a Carlos V que dichas leyes eran no solo en perjuicio de tercero sino también de toda la agricultura, no mandaría el Rey que debieran en un concejo de solos labradores honrados y que allí se notasen las leyes que se debían cancelar por perjudiciales a la agricultura? En tiempo están los labradores de hacer un cuerpo y de representar al Rey sus justas quejas.

(§ 3511) No me detengo más porque ya a los principios dije bastante. En lo que ahora insisto es en que a labradores no se les pida dinero sino frutos y de esos no siempre una cantidad determinada, [56v] sino una parte proporcional de todos los frutos de la cosecha. Esto se debía poner por ley general. Pocos penetran las utilidades de esta ley: será útil para Dios, para el papa, para el Rey, para las comunidades, para los curas y para los seglares, y sobre todo es útil para los labradores y para adelantar la agricultura y multiplicar los frutos para el comercio.

(§ 3512) Es evidente que cuantos más frutos cogiere el labrador, tanto más crecerán las rentas de los interesados. Luego, todos estos, para que sus rentas se aumenten, se interesarán muy de veras en que los labradores trabajen mucho. Eso no podrá ser sin protección. Véase, pues, ahí empeñados todos en favorecer a los labradores y en promover la agricultura. Nada de eso se consigue estando las rentas a dinero o a una determinada [57r] cantidad de frutos. Es cierto que los años se alternan de malos en peores y pocas veces de medianos en buenos. Sucede que a veces no coge para pagar la renta estipulada y menos a dinero. Véase ahí perdido el labrador. Eso no sucederá jamás si solo paga una parte de su cosecha proporcional al todo, sea pequeña o grande.

(§ 3513) En este pie han estado siempre las rentas decimales, que suben y bajan según Dios da los temporales. Ningún labrador se ha perdido hasta ahora por lo que diezma, pues siempre le quedan nueve

<sup>63</sup> Que debían vivir algunos para que hubiese a quienes gobernar. Floro, *Epitome* II, 9.





Anteportada tomo I *Oedipus Aegyptiacus*, Athanasius Kircher, 1652



ATHANASII KIRCHERI  
E SOC. IESV.

OE D I P V S  
AEGYPTIACVS.

HOC EST

Vniuersalis Hieroglyphicæ Veterum  
Doctrinæ temporum iniuria abolitæ

INSTAVRATIO.

Opus ex omni Orientalium doctrina & sapientia  
conditum, nec non viginti diuersarum linguarum,  
authoritate stabilitum,

*Felicibus Auspicijs*

FERDINANDI III.  
AVSTRIACI

Sapientissimi & Inuictissimi

Romanorum Imperatoris semper Augusti  
è tenebris erutum,

Atque Bono Reipublicæ Literariæ consecratum.

Tomus I.



R O M A E,

Ex Typographia Vitalis Mascardi, M DC LII.

SVPERIORVM PERMISSV.



para otras urgencias. Toda renta de los labradores no debe ser fija, sino a pérdidas y a ganancias. Protéjanse a los labradores y todos estarán ricos. La piojería de cinco por uno que da la Tierra de Campos en el trigo, siempre cogerá debajo a los labradores. Ayúdeselos para que dé treinta o cuarenta por uno y todos serán ricos. La equidad pide [57v] que si nada coge el labrador, nada pague, pues si los interesados pierden las rentas, más pierde el labrador, pues pierde los frutos y el trabajo: “Tota nocte laborantes nihil cepimus”<sup>64</sup>. Es iniquidad creer que si Dios quiere castigar a los hombres en los temporales, no pueda castigar sino a los labradores. En fin, si mucho, mucho; si poco, poco; y si nada, nada debe contribuir el labrador cosechero que trabaja la tierra por sus manos y con su sudor.

(§ 3514) Hoy se observa esa equidad en Turquía, por lo que toca a Egipto. Cuando el río Nilo crece muy poco o crece demasiado, entonces ningún tributo pagan los labradores al Gran Señor, o Gran Turco, por las tierras que regularmente riega el Nilo —o porque no las riega si crece poco o porque las inunda si crece muchísimo. Es creíble que esta justísima providencia y ley venga de inmemorial desde los [58r] primeros egipcios. A ese fin de medir lo que el Nilo sube o no sube hay en el Cairo un grande edificio que se podrá ver dibujado en la página 68 del tomo II de los *Viajes* de Paulo Lucas. Dentro de él hay un grande pilón o estanque al cual fluye la agua del Nilo según va creciendo y desde el fondo sube una alta columna achavada y graduada para medir el crecimiento.

(§ 3515) El padre Kircher en la página 34 del tomo I de su *Oedipo egypciaco* pone la figura de esa columna que llama *Niloscopium*, y Paulo Lucas *Mekías*. Y lo que es más, Estrabón le llama (libro XVII) *Nilometrium* y le describe a lo vivo y dice: “In quo et maxima et minima et mediocria Nili incrementa denotantur”<sup>65</sup>. Concuerdan los árabes que todo es invención y fábrica del patriarca Joseph. Lo que hace al caso es que cuando la subida del Nilo o es muy diminuta o muy [58v] excesiva, no paga el labrador tributos al Gran Señor y por las tierras que no dieron fruto. ¿Y por qué en España no se debe ejercer esa justa equidad, si cuando no llueve o llueve muchísimo es el Siglo de Oro para los usureros y el de toda calamidad y miseria para los labradores?

(§ 3516) Entonces, por no haber fijado providencias favorables a los labradores, es el agosto de los que tienen tierras y no las cultivan por sí mismos: o exigen de los labradores el tanto fijo de frutos (o el dinero equivalente) o ejecutan a los infelices porque Dios no ha llovido y porque la tierra no ha dado frutos. Y entonces entra la peste de escribanos y justicias con sus varas y plumas, cobrando salarios, vendiendo mantas, puertas, tejas y calderos, y poniéndolos en la cárcel para que también coma el carcelero a costa de lo que Dios no ha dado. Y si Dios no le da en dos o tres años seguidos, [59r] pierde el labrador las tierras, porque no puede perder el pellejo. Si el labrador, hozando la tierra todo el año, no ha cogido frutos ni aun para sí ni para sembrar, ¿los cogerá recluso en una cárcel? Y si Dios da por justo el que el tal labrador no le dé diezmo, ¿qué justicia tienen los hombres para lo que no sembraron y para lo que aun sembrado no ha nacido?

(§ 3517) Que se quiten las tierras a los que ni por sí ni por colonos las trabajan es interés del público. Podré citar ley de los japones que mandan pierdan el dominio de las tierras los que así no las cultivan. Pero más cerca tenemos la ley equivalente de don Fernando de Portugal, y otras semejantes que trae Duarte Núñez. Todas se debían insertar en el cuaderno de leyes de agricultura, si se forma. A ningún labrador se le debe poner en la cárcel [59v] por deudas. En ese caso se le debe aplicar a que sirva tanto tiempo de

<sup>64</sup> Hemos trabajado durante toda la noche y no hemos cogido nada. Lucas 5, 5.

<sup>65</sup> En el que quedan marcadas las subidas mayores, las más pequeñas y las medianas del Nilo. Estrabón, *Geographia* XVII, 48.

jornalero hasta satisfacer la deuda. Pero por deuda de lo que sin culpa suya no ha cogido, más merece compasión que ejecución.

(§ 3518) Es digno de reparo lo que Tiberio respondió a unos cachibirrios con título de magistrados que le aconsejaban que sobrecargase bien a las provincias con tributos: que el buen pastor ha de tresquilar, no desollar las ovejas. Dícelo Suetonio: “Praesidibus onerandas tributo provincias suadentibus rescripsit: boni pastoris esse tondere pecus, non deglubere”<sup>66</sup>. Si por infinita lluvia o por otra causa no nace lana a las ovejas, ¿qué lana o esquilmo deben dar al dueño? La voz *esquilmo* igualmente significa los frutos del ganado y los frutos de la tierra. El ejemplar es idéntico: si se quita el pellejo, acabose la labranza, el labrador y el dueño. Por no atender [60r] a la sentencia de Tiberio, que a cualquiera se le ofrece, sino a los proyectos de arbitristas desolladores del pueblo, están los pueblos y labradores tan atrasados y perdidos —y cada día estarán más si no se pone remedio.

(§ 3519) Antes que naciese el trigésimo abuelo del emperador Tiberio César, ya había sucedido en Jerusalén la misma diabólica sugestión y el mismo inicuo proyecto que los gobernadores de las provincias dieron a Tiberio. En el capítulo 12 del tercero de los Reyes está la farsa entre el rey Roboam, hijo de Salomón, y el pueblo, la cual paró en tragedia. Quejose el pueblo a Roboam de que estaba muy cargado de tributos y le suplicaba que le aliviase. Consultolo el Rey con los viejos y prudentes que habían asistido a su padre. Dijéronle que el pueblo pedía bien y que debía condescender con la súplica, que de ese modo tendría siempre a sus [60v] súbditos muy obedientes. No es eso lo que quería Roboam. Buscó otros consultores. ¿Y cuáles? Unos rapaces chisgaravises que le habían divertido como bufones en su niñez. Estos le dijeron que agravase mucho más al pueblo, con unas razones insolentes.

(§ 3520) Dio Roboam esta respuesta al pueblo ¿y qué sucedió? Que el pueblo escogió a Ieroboam por rey de Israel y perdió Roboam los diez tribus para siempre. Por ser tan trivial esa historia, no me detengo. Los mayores enemigos que tienen los pobres labradores son la tropa de ociosos y proscriptos que vienen a la corte a inundarla con arbitrios y proyectos descabellados, los más de los cuales son contra la felicidad, quietud y comodidad de los labradores. Los que quisieren saber con extensión los enredos, embustes, intrigas y trapacerías de esos arbitristas de corte, lean los ocho libros que Juan Saresberiente [61r] escribió *De nugis curialium*.

(§ 3521) El único remedio para libertar a los labradores de esas y de otras pestes será establecer un concejo de labradores, el cual tenga en cada provincia tres o cuatro hombres buenos que velen sobre la agricultura y que remitan las justas quejas de los labradores al concejo para que este las presente al Rey en derecho, sin que el Concejo de la Mesta se entremeta con el Concejo de la Agricultura. Cada uno debe tener jurisdicción y leyes aparte. Todos los labradores han de componer un cuerpo y deben escoger por patrono a san Isidro Labrador, después del Padre Eterno: “Pater meus agricola est”. Y saldrán de la admiración los que han notado que el Padre Eterno, como tal, no ha entrado en congregación, compañía, gremio, cuerpo ni cofradía alguna, como patrón especial. Siendo la agricultura [61v] el empleo más antiguo y el más primitivo de los hombres, todos llevarán a bien que los labradores tengan tan buena elección.

\* \* \*

<sup>66</sup> A unos asesores que le aconsejaban cargar las provincias con impuestos les envió un rescripto en el que decía que es propio de un buen pastor esquilar al ganado, no desollarlo. Suetonio, *Vita Tiberi* 32, 1.

## DOCTRINAL DE LABRADORES

(§ 3522) El obispo de Burgos, don Alonso de Cartagena, formó el libro *Doctrinal de los caballeros* en un tomo en folio, que ya es muy raro aunque anda impreso. Formose ese Doctrinal en tiempo de don Juan el Segundo. En él se compilan y ordenan las leyes que están esparcidas tocantes a los caballeros e hijos de algo. Nada se perdería en que ese Doctrinal de los caballeros se reimprimiese, añadido, emendado y con un glosario de las voces castellanas antiguas y de la milicia que ya no se entienden. Cuando se formó ese doctrinal aún no se había introducido la moda de tener tropas volantes y vagantes para trasplantarlas a tanta costa fuera de España (a Flandes, Lombardía, Italia, América, etc.). Entonces los soldados de a pie y de a caballo solo lo eran en tiempo de guerra, sin salir de España, pero en tiempo de paz unos y otros eran vecinos útiles y cada uno se ejercitaba en su oficio y en cuidar de su casa, hijos, familia y hacienda.

[62r] (§ 3523) Los caballeros se llamaban así porque debían tener caballo y armas existentes y siempre prontos para cuando el Rey los llamase a la guerra, y sobre esa carga se fundaron sus fueros y privilegios. Los peones eran artesanos y labradores que debían tener sus chuzos y lanzas. Todo se ha mudado, pero no se mudó el que los labradores cultiven las tierras, porque sin ellos ni hay guerra, ni hay paz, ni hay alimentos, ni puede haber sociedad humana, ni puede haber población ni comercio verdadero. Por este tan fuerte motivo, merecen los labradores que el Rey los atienda con especialidad, los proteja, los defienda de toda harpía ociosa y les conceda fuero, privilegios y preeminencias. No que los extraigan del estado de labradores, sino que los aseguren de que podrán vivir con sosiego de su trabajo y sudor.

(§ 3524) A ese fin, pues, propongo que habiendo tanta multitud de fueros distintos y aun encontrados que ocasionan millares de pleitos sobre competencias, conceda el Rey a todo labrador, como tal, un fuero proporcionado, [62v] y los privilegios y exenciones que a su majestad pareciere. Con esos en cabeza y con todos los demás que están esparcidos en las leyes castellanas, que por ser el labrador la parte más flaca, las hicieron sus holgazanes enemigos agua de cerrajas, se junten en un volumen en castellano muy vulgar, con método, concisión y claridad, y que se distribuya por cada feligresía o aldea de labradores tales. El título será: *Doctrinal de los labradores*.

(§ 3525) Ese *Doctrinal de los labradores* será uno como código de leyes y ordenanzas útiles al labrador y a todo el público. Han de ser generalísimas, constantes, fijas, inalterables y sempiternas, y con gravísimas penas para que ningún leguleyo se entremeta a interpretarlas ni comentarlas. Estando siempre vivo el legislador ¿no es necesidad que se toleren hombres que quieran enredar las leyes, que si no están muy claras, el aclararlas toca al solo legislador? He visto no pocos fueros que los reyes han concedido a diferentes lugares y hasta ahora no he visto intérprete ni comentador de esos fueros. Todos se incluían en un [63r] pergamino que entendían el alcalde de monterilla y todos los vecinos, y en verdad que se gobernaban entre sí mejor que hoy, con tantos letrados, plumistas y escribanos que todo lo enredan, todo lo confunden con pleitos y, al fin, siempre ellos ganan el pleito arrasando a los labradores.

(§ 3526) Ayer, dieciocho de mayo del corriente año de 764, estuvieron conmigo dos conocidos que habían conducido ciento dieciséis presidiarios desde Valladolid a Cartagena. Dijéronme que cuarenta se habían remitido de La Coruña a Valladolid y que de una sola provincia de Galicia habían ido en la cadena ocho escribanos. Por el mismo supe que en el solo arzobispado de Santiago había 2500 escribanos y supe, por otra parte, que había de veintiocho a treinta escribanos en la sola villa de Monforte. ¿Qué quietud, paz, honra, hacienda y algo más podrán tener los labradores rodeados de tantas harpías? Estas son las que, abusando de la rústica sencillez de los labradores, los meten en pleitos de unos con otros para chuparles a unos y [63v] a otros (como las harpías mitológicas de Plinio) los precisos alimentos y frutos.

(§ 3527) Leyes generales para toda España, no siendo las que inmediatamente se deducen de la razón natural y del *sindéresis*, jamás serán practicables con perseverancia por la variedad de climas, de lengua, de genios y de las costumbres inveteradas. Yo pretendo que se favorezca a todo labrador español de cualquiera provincia que sea. Así, en la primera parte del doctrinal de los labradores se deben poner las leyes que se puedan adaptar a toda España. Por apéndice, o en la segunda parte, se pondrán leyes municipales para cada provincia, precediendo consulta de los hombres buenos y labradores de cada una —bien entendido que ninguna ley municipal se ha de oponer a ninguna de las leyes generales y fundamentales en favor de todo labrador.

(§ 3528) Para evitar confusiones, debo advertir qué es lo que entiendo por labrador que deba gozar del fuero y de los [64r] privilegios e inmunidades que el Rey se sirviere conceder. Ninguno, por más tierras que tenga, si ninguna cultiva por sus manos sino que las tiene arrendadas, debe entrar en el cuerpo de labradores, pero sí los colonos que por sí mismos trabajan las tierras que llevan en arriendo. Tampoco los que viven en las ciudades o villas deben entrar en ese cuerpo a título de que en las vecindades tienen una quinta o granja para que se la cuide, trabaje y cultive un casero por sí mismo. El casero, mientras lo fuere, tendrá el fuero de labrador y el dueño tendrá las franquicias de cosechero. Tampoco ha de ser del cuerpo de labradores el que no tiene por oficio el trabajar por sí mismo la tierra, aunque tal vez cultive algo por curiosidad.

(§ 3529) El que yo entiendo por labrador es aquel que siempre vive retirado en su aldea, que ha de cultivar tanta tierra y ha de criar tanto ganado todo por sus mismas manos y con la ayuda de su mujer e hijos, y con la de una criada y dos criados. [64v] Esa familia entera, toda debe gozar el fuero de labrador, que las tierras sean suyas o ajenas, pues no el dominio, sino el trabajo es quien ha de producir las utilidades para la república. Por la misma razón, todo jornalero mercenario que no tiene o tiene poca tierra suya que cultivar y que vive de cultivar las tierras ajenas como jornalero, ese debe gozar de los privilegios de los labradores.

(§ 3530) Cuatro clases resultan de labradores. La primera, de los que tienen tierras propias cuantas por sí mismos pueden trabajar en un año y criar el ganado solo proporcionado a sus tierras. De estos se dice en Galicia que tienen *pan e porco e carro ferrado*. La segunda es de los labradores que, no teniendo tierras propias, cultivan las ajenas en arriendo y a renta. La tercera es de los labradores que, por no tener tierras bastantes propias ni ajenas para trabajar todo el año, son jornaleros y mercenarios para vivir y comer, alquilando su sudor para la agricultura. [65r] La cuarta es de los caseros, que sin tener tierras ni propias ni ajenas y sin ser jornaleros determinados cultivan las caserías, quintas o granjas ajenas por sí mismos. Este empleo era, entre los romanos, el del *villicus* —es error creer que *villa* significaba lo que hoy: *villa* significaba solo una casa de campo o granja.

(§ 3531) Estas cuatro clases de labradores son los únicos acreedores a los privilegios que el Rey gustare conceder a los labradores. Pero esos privilegios han de andar escritos y unidos en un solo cuaderno y en manos de todos para que los zánganos y ociosos, enemigos del aumento de la agricultura y tiranos de los abatidos e infelices labradores no los puedan tergiversar —o mejor, malversar. Y para que los que no saben leer tengan de memoria y prontos los principales privilegios, los debe leer el cura de la parroquia al ofertorio en cuatro o seis días al cabo del año. Y si hay maestro de niños en la aldea, ese hará que los [65v] niños los lean después de la doctrina cristiana y que los niños que ya saben escribir los vayan copiando poco a poco. Si esto se hubiese ejecutado con los fueros favorables que los reyes concedieron a los labradores, no padecerían estos tan extravagantes extorsiones de la clase de los de la pluma.

(§ 3532) En cuanto a la calidad de esos fueros y privilegios, solo y privativamente toca al Rey determinarlos. Pero debe preceder el informe, queja y representación justificada de los procuradores de los labradores mismos, al modo de los sesmeros de Salamanca. A las justicias subalternas —y menos a las justicias precarias, pedáneas y entremetidas— no toca sino el velar sobre la ejecución y cumplimiento de los dichos fueros, una vez que el labrador les reconvinga que se les vulneran y quieren entraparlos. Por lo que va propuesto en este escrito y por lo que he leído, me parece que con solas doce leyes fundamentales [66r] que se establezcan y se observen tomará la agricultura un grande vuelo y los labradores experimentarán un grande alivio.

(§ 3533) Ley primera: a ningún labrador se le debe pedir dinero por la renta, sino frutos de la tierra. Segunda: a ningún labrador se le debe prescribir por renta el que dé tanta parte determinada de frutos, sino una parte proporcional de los frutos que Dios diere, sean pocos o sean muchos. Tercera: siempre que en el contrato haya la disyuntiva o grano tanto o a tanto dinero, la elección ha de ser privativa del labrador y no del dueño. He oído leer escritura en la cual positivamente se decía que el labrador escogiese pagar lo que mejor le conviniese o a grano o a dinero. No obstante, vi que se quería entrapar la escritura. Que esté así o no el contrato, siempre la elección ha de tocar al labrador.

(§ 3534) Ley cuarta: ningún labrador de los que cultivan la tierra por sí mismos debe pagar separando los diezmos por la dicha tierra, sino lo estipulado para el señor [66v] del directo dominio, y todo lo demás solo pertenece al labrador. De manera que entre el labrador y el señor del directo dominio de la tierra no se debe entrometer ninguno que chupe y tiranice el sudor y trabajo del labrador con títulos inventados de subarriendos o subforos, que son los injustos títulos que han destruido la agricultura y arrasado a los labradores, pues es una inicua usura notoria. Esos pegotes intermedios ni tienen directo dominio ni pueden tener dominio útil alguno, no cultivando por sí mismos las tierras. ¿Por qué, pues, por título de capa al hombro y de paseante en plaza, ha de estafar del colono ni el más mínimo maravedí? La experiencia dice que si el colono paga veinte, cuatro son para el del directo dominio y dieciséis para el pegote de capa al hombro. Pague el colono solo cuatro y los pegotes intermedios que aprendan otro oficio, ya que ni tienen tierras ni quieren cultivar por sí mismos las ajenas.

(§ 3535) Esta justísima ley que se observe refrenará a tanto zángano ocioso y libertará a los labradores de tantas [67r] tiranías. Ley quinta: a ningún labrador se le puede poner en la cárcel sino por delito, y no por deudor de la renta que no puede pagar. Esta tontería es lo mismo que privar al labrador de su oficio, y al público del útil trabajo que podría hacer en el campo y no en la cárcel. Ya dije, con Pausanias, que entre los géneros que los lacedemonios usaban para el comercio, era el servicio personal, *bubus servitiis*. Colóquese al labrador que debe por jornalero de este o del otro que le dé de comer y el salario se reserve para pagar la deuda, y todo está compuesto.

(§ 3536) Ley sexta: toda fianza que hiciere alguno de las cuatro clases de labradores es nula y de ningún valor. Por lo mismo, a ninguno se podrá perder por haber sido hombre de bien, fiando, lo que sucede frecuentemente fuera del gremio de los labradores. Si no debes, fía y deberás. El labrador nunca podrá deber por haber fiado. Solo el labrador de la primera clase podrá fiar a alguno de las otras tres, pero únicamente en [67v] el décimo de su hacienda raíz, y fuera de ahí será nula toda fianza.

(§ 3537) Todo labrador o no labrador que tuviere tierras propias para cultivarlas por sí mismo o por sus colonos podrá cercar de cerca sus tierras del mejor modo que supiere. Esta séptima ley, que es de derecho natural, la tienen inicuaamente tiranizada los de la Mesta por sus leyes que, por ser en visible perjuicio de tercero y de toda la agricultura, son nulas en este punto desde Carlos V acá. Una tierra cerrada pro-



ducirá diez tantos de frutos, la misma que en abierto apenas producirá uno. Las merinas no han de ir a la guerra ni a la marina. No han de producir hombres ni mujeres. Tierra dejada a pastos no ha de producir pan, vino, aceite, granos, frutas, legumbres, etc. Cuarenta mil hombres están empleados en la Mesta y, por lo común, los más jayanazos y el verbigracia de los ociosos brutales.

(§ 3538) ¿Quién duda que esos cuarenta mil hombres, empleados en la agricultura, no podrían [68r] sembrar dos millones de hanegas de trigo (sin hablar de otros frutos)? La Mesta es invención moderna, pues cuando la Estremadura estaba en poder de moros ni la había ni la podía haber y no por eso dejaba de haber muchas carnes y mucha lana. En Galicia no hay tal Mesta y por eso hay más agricultura, más población, más frutos y más ganados. Ninguna persona que no fuese labrador, no pudiese tener ganado suyo ni ajeno: esta justísima ley puso el rey de Portugal don Fernando, y muy a tiempo, pues en la general peste del siglo XIV toda la tierra había quedado despoblada —y, para rematarla del todo, entonces se inventó la Mesta. Separando cuatro ganaderos y cuatro zamarros, jamás he tropezado con alguno que no blasfeme de los infinitos daños que causa la Mesta.

(§ 3539) Ley octava: todo labrador, por ser rústico, es temoso y pleitista hasta vender todo cuanto tiene por salir con el tema de su pleito, que a veces no importa cien maravedís. [68v] Por saber esto todo hombre de pluma, tienen poco que hacer en meter cismas entre los labradores para chuparles su sudor. Este abuso pide una ley que refrene esas temas. Y será que “ningún labrador salga de su aldea con título de pleito no pasando de tantos ducados el capital del pleito”. El alcalde, el cura y dos o tres hombres prudentes a elección de los vecinos, han de ser los árbitros y componedores de esas diferencias rústicas. Todo ha de ser verbal, sin escribir una letra y sin que se atravesie un ochavo. Así se gobernaban los labradores antiguos, y aún en algunos lugares se gobiernan así.

(§ 3540) Ley nona: a ninguno de los labradores que por sí mismos cultivan las tierras se les debe ocupar el tiempo que precisamente necesitan para sus sementeras, cosechas y otras labores que no se pueden dilatar. Esta tan precisa y útil ley para todos anda impresa y reimpresa, pero cada día se vulnera con títulos frívolos y pretextados de juntas, de sorteos de caminos, etc., como si esas ocupaciones debiesen ser preferidas [69r] a la precisa y principal de la agricultura. En esta, como dijeron los autores romanos *de re rustica*, si se retarda el tiempo de hacer una operación, todo irá retardado y perdido. Esta útil extorsión, y porque los labradores rediman su vejación a dinero o a regalos, solo la inventaron las semijusticias pedáneas y famélicas. Por lo mismo, jamás se les debe embargar a esos labradores los aperos, atuendos y otros instrumentos precisos para la labranza.

(§ 3541) En el *Doctrinal de los caballeros* está la ley de que no se les pueda embargar y vender las armas y el caballo, no siendo por rentas reales. Hoy habría poco que embargar, porque los más de los caballeros ni tienen armas ni caballo. El labrador siempre las necesita. En caso de deuda, que el labrador concurra con sus bueyes, carro, arado, azadón, hoz, etc. a trabajar para el acreedor. Es cierto que por falta de caballos y de armas no hay que temer al hambre y carestía de frutos, y sí se debe temer esa fatalidad si se ocupan los [69v] labradores en cosas que no son de su ejercicio y si se les embargan sus herramientas.

(§ 3542) Esta ley ha de ser general para toda España. Pero como las provincias tienen diversos tiempos para las labores de la agricultura y en unas se cogen más frutos que en otras, el tiempo de la exención se ha de determinar en las leyes provinciales y particulares. En donde solo se coge trigo y cebada, poco tiempo se ocupa en las labores del campo. Pero en Galicia, en donde se siembran y cogen tantos frutos diferentes y en diferentes tiempos, se podrá decir que el labrador gallego necesita ocuparse todo el año en

trabajar la tierra. Los romanos tenían ajustado cuánto tiempo quedaba desocupado al labrador, y aun no llegaba a dos meses. Lo demás del año vivía en su aldea y siempre tenía que trabajar.

(§ 3543) Ley décima: las mayores y más continuadas extorsiones que padecen los labradores no son las que erradamente creen los que no lo son, que hace el Rey, sino los que hacen de reyes y más que de reyes [70r] por estar más de cerca. Hablo de jueces, alcaldes, regidores, escribanos, etc., en cuya nominación no han tenido voto ni parte los mismos labradores o sus procuradores. Las ciudades (y aun villas y villejas) que hacen de cabezas de partido tienen por dependientes muchas aldeas y feligresías, cuyos vecinos, por lo común labradores legítimos y útiles a la república, son el blanco de las extorsiones, estafas y tiranías. Esto, porque son la parte más flaca, débil y sin amparo ni protección de algún juez privativo que los defienda de tanto tropel de tantas justicias de pluma.

(§ 3544) Después que se introdujo la matrícula de marineros y el Rey les dió fuero y juez privativo aparte libertándolos de la jurisdicción ordinaria, se han quedado soplando las uñas todos lo que componen aquel gremio de la pluma, para clavarlas más en los pobres labradores indefensos. Lo mismo ha sucedido con la matrícula de los milicianos. ¿Y por qué no se ha de hacer una matrícula de labradores y con su juez [70v] privativo? Con esa matrícula de labradores y con su juez privativo aseguro que se aumentará el número de los labradores útiles. Muchos de las ciudades y de las villas, viendo la quietud y protección con que viven los labradores sin lidiar con tantas justicias, se retirarán a las aldeas y se aplicarán a cultivar la tierra por sus manos para gozar del fuero.

(§ 3545) Bueno sería que no hubiese más que la jurisdicción ordinaria y puramente real, la jurisdicción eclesiástica y la jurisdicción militar, pero ya que la jurisdicción ordinaria se ha dividido en tantos ramos de fueros y con recíprocas exclusivas ¿quién tendrá qué oponer a mi deseo de que los legítimos labradores tengan su fuero aparte? Tiénenle los ociosos pastores, los marineros, los milicianos, los salineros, los de rentas reales, los tabaquistas y otros infinitos, pues en verdad que los labradores no tienen menor derecho. Lo que hoy llaman *cabeza de partido* se podrá llamar también [71r] la aldea que estuviere en el centro de un número de feligreses, y allí ha de residir el juez, ayudado siempre del cura, del procurador del partido y de dos hombres buenos para todo lo que fuere gobierno económico de las aldeas.

(§ 3546) Ley undécima: en cuanto a levas y quintas para soldados, merecen los labradores tales una especial atención y preeminencia. No se opone el ser labrador a ser soldado, y bueno. Los famosos romanos salían del arado a la guerra, pero después de acabada volvían con el triunfo al mismo arado y le coronaban de laurel. Así sucedía en España no hace muchos siglos. Como está la milicia al presente, no hay soldado de los que han extraído del arado que vuelva a empuñarle: “Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei”<sup>67</sup>. Este texto, que se entiende bien del que comenzó a seguir a Cristo y después retrocedió, también se podrá entender de los que echaron mano al [71v] arado y después tomaron otro ejercicio: esos ya no serán aptos para la agricultura.

(§ 3547) Mientras no se hallaren ociosos y mal empleados que vayan a la guerra, no se debe echar mano de labrador alguno para soldado. ¿Y cuándo en España faltarán ociosos a escoger? Si en solo el arzobispado de Santiago hay dos mil quinientos escribanos, ¿cuántos habrá de otros empleos de pluma semejantes? La mayor parte de esos escribanos, ¿no estarán mejor ejercitados disparando cañones de hierro contra los enemigos que disparando, enredando, falsificando con cañones de pluma en los pueblos y especialmente contra los labradores? Manda el Rey que haya leva de ociosos, chismosos, escandalosos,

<sup>67</sup> Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios. Lucas 10, 62.

rateros, gitanos, malcasados y de los que comen y triunfan sin oficio ni beneficio. ¿Y qué sucede? Que toda esa escoria de la sociedad humana se amista con el gremio de la pluma, le cohecha y se liberta de la leva, y todo cae sobre el útil labrador: *Dat veniam corvis; vexat censura columbis*<sup>68</sup>.

[72r] (§ 3548) Estas injusticias son caseras: *audi facinus maioris abollae*<sup>69</sup>. Pide el Rey tantos o tantos soldados a un lugar de Castilla. Cada día sucede que, por no echar mano de mozones del lugar ni tocar en el pelo de la ropa a los ociosos, cometen las que se llaman justicias la mayor ingratitud y felonía: prenden algunos de los mismos gallegos que con tanto afán han venido a cavarles las viñas y a segarles sus trigos. El Rey no pide soldados gallegos en Castilla ni pide labradores gallegos a trueque de ociosos castellanos. Es tan de bulto y monstruosa esta injusticia que blasfeman de ella los mismos patriotas que no son interesados. ¿Quién dudará que si eso llegase a oídos del Rey no pondría remedio y aplicaría castigo? El más suave sería que los alcaldes y regidores que hicieron la felonía fuesen a la guerra a trueque de gallegos.

(§ 3549) ¿Y por qué no llegan a los oídos del Rey las quejas de esos gallegos? Porque [72v] no solo son gallegos, sino gallegos labradores, y estos no tienen en la corte ni protectores, ni procuradores, ni agentes que representen las injusticias notorias que se les hacen en su tierra y fuera de ella. ¿Quién lo creería? Hasta el gremio o cuerpo de cuatro gatos que llaman *maragatos*, tiene en Madrid protectores, procuradores y agentes que representen las quejas de las injusticias que se hacen a los maragatos en los caminos; y en verdad que logran el sacudirse de injustas justicias. Actualmente está en Madrid el rico maragato Carlos Ferrer para promover que se restituyan veinte mil reales que cuatro pícaros robaron a dos maragatos en la venta de Almaraz.

(§ 3550) Es experiencia que si el robo se hace a cuatro pobres gallegos labradores, ninguno reclama ni contra los ladrones ni contra los que se embolsan el dinero si el ladrón le restituye o si se prende y le hacen restituir. Mucho se remediará si se formara el cuerpo de labradores [73r] y con su fuero privativo. Uno de los principales fueros debe ser la inmunidad de salir de sus terrones para la guerra, no siendo esta en las vecindades y para volver al arado. Ya dije con Estrabón que en el Indostán hacían cuerpo los labradores y que estaban exentos de ir a la guerra. Sin soldados podrá pasar el mundo, pero sin labradores ni el mundo ni los soldados podrán subsistir.

(§ 3551) Bien está que los soldados tengan su fuero. ¿Y por qué no le han de tener los labradores? El primer fuero de los fueros debía ser este, porque a todos nos convendrá muchísimo. Así, no de los labradores sino de los que *fruges consumere nati*<sup>70</sup> sin escarbar un palmo de tierra se han de sacar los soldados. Al contrario, de los soldados sacaban los antiguos los labradores para promover la agricultura y población que por lo común arrasaron los soldados. Después de la paz octaviana, repartió Augusto César a los soldados tierras [73v] para que las cultivasen, y es famosa la ciudad de Mérida porque en su territorio colocó los soldados, jefes y exentos (o *eméritos*, en latín), de donde le vino el nombre a la ciudad: Emérita Augusta. Esa máxima y la de fundar colonias, cohonestan los latrocinios de los romanos, pues promovieron la población y la agricultura de España. ¿Por qué no se continúa con esa máxima?

(§ 3552) Todos hemos visto catorce años de una paz octaviana y no hemos visto qué progresos haya hecho la agricultura con tanto militar desocupado. Aún duraba la faena de los baldíos que había ocasionado la peste universalísima del siglo XIV, entonces se habían de repartir esos baldíos a los soldados con una justa pensión —y en especial a los soldados que se habían extraído de la labranza, y serían más útiles

<sup>68</sup> La crítica es indulgente con los cuervos y dura con las palomas. Juvenal, *Saturae* II, 63.

<sup>69</sup> Escucha acerca de un crimen mayor. Juvenal, *Saturae* III, 115.

<sup>70</sup> Nacidos para consumir frutos. Horacio, *Epistulae* I, 2, 27.

en paz que en guerra. Los egipcios, como ya dije, repartían en todo tiempo a los soldados doce aruras de tierra, que son doce hanegas. Los godos, como consta [74r] del Fuero juzgo, dividieron toda la tierra conquistada en tres partes. Ellos se quedaron con dos y cedieron la tercera a los romanos. Los que conquistan tierras no lo hacen para dejarlas a pasto y desiertas, sino para repartirlas entre los soldados conquistadores que las cultiven y las utilicen para sí y para todo el público.

(§ 3553) Los que dicen que son mejores soldados, los que han sido labradores, afrentan a los soldados que no han salido del arado. La diferencia consiste solo en que los primeros tienen ejercitadas las fuerzas corporales. El remedio para la igualdad es fácil: dispóngase que los segundos ejerciten en todo tiempo las fuerzas corporales en obras públicas con algún (pre) añadido al (pre) común, y serán mejores soldados que los labradores, pues igualándolos en las fuerzas los excederán en la inteligencia y disciplina militar. Dejémonos pues de arbitristas ociosos que no son para soldados, ni marineros, [74v] ni labradores, sino para fabricar su fortuna a costa de los pueblos, y concurramos los demás en el modo que cada uno pudiere para que el labrador coma, beba, vista y alimento a su familia con la carga de cultivar la tierra todo el año, pero con el fuero correspondiente que le defienda de arañas, moscones, gatos y harpías ociosas.

(§ 3554) La ley última y duodécima contendrá un resumen conciso de las franquicias que el Rey se dignare conceder a los labradores como tales en las ferias y mercados. La multiplicación y frecuencia (sin embarazo) de mercados y ferias es el alma del verdadero comercio de un partido o de una provincia, mediante el cual circulen las ventas y compras de los frutos de la tierra, de los ganados del país y de las manufacturas de los naturales. Cuanto los lugares en donde se celebran las ferias y mercados estuvieren más cerca, será más útil al comercio.

[75r] (§ 3555) No pienso en que los labradores piensen en la América para sus comercios. Los labradores tales para maldita la cosa necesitan de la América inmediatamente. No para frutos ni géneros, porque ninguno entra por sus puertas —a no ser el tabaco, que a la verdad tiene arruinados a los labradores sin traerles utilidad alguna. Esto no sucedía en tiempo de nuestros abuelos, cuando se vendía en las boticas como otra cualquiera droga y a seis reales y medio la libra, que así está en el arancel de 1628, página 52: “La libra de tabaco torcido, a seis reales y medio”. Más de veinte mil hombres hechos están empleados en esa droga, y de ella comen todos mejor que los labradores, que en todo el año no se ven de polvo ni de lodo, hozando la tierra en favor y utilidad del público y del Rey.

(§ 3556) Aquel numeroso cuerpo de los veinte mil hombres tiene su fuero privativo y que le hacen valer más que el fuero [75v] más sagrado. Si esos veinte mil estuviesen aplicados a la milicia, ahorrarían sacar veinte mil labradores del arado, y si estuviesen aplicados a la agricultura podrían cultivar un millón de hanegas de tierra. Atiendan a este cálculo los que embarran el papel con proyectos y los corrillos con sátiras sin saber salir de la cantilena que la iglesia sustenta muchos individuos. Ya queda dicho y calculado que todos, todos, los individuos de iglesia y dedicados al culto divino no componen la sexagésima parte, entrando hombres y mujeres de todos los individuos de España. Si se hace la matrícula de todos los labradores tales se sabrá el número total. Si yo le supiese, yo ajustaría en que se emplean con utilidad del público las cincuenta y nueve partes de sesenta de todos los que sustenta la harina en España.

(§ 3557) He oído que los franciscanos y capuchinos, o por gracia o por condescendencia, pueden sembrar y siembran todo el tabaco preciso para su consumo. Esto *ad titulum paupertatis*<sup>71</sup> y porque no tienen [76r] dinero. Los que poseen en sumo grado el título *paupertatis* son los labradores. Así, es consiguiente

<sup>71</sup> En razón de pobreza.

que el Rey les permita sembrar el tabaco únicamente para su gasto, como siembran el maíz, el pimiento, tomates, etc., que también han venido de la América. ¿Qué importará que los labradores no contribuyan con tanto dinero a título de tabaco si se habilitan para contribuir eso y mucho más por otros títulos y ramos? Si un labrador anda arrastrando y con esperas para pagar la bula, ¿qué menoscabos no padecerá para pagar pronto tantas boletas? Decir que el tabaco es vicio será razón para que le paguen los que tienen el vicio de atesorar doblones, no los labradores.

(§ 3558) Tampoco el oro y plata entra por las puertas de los labradores aunque vengan de la América sucesivamente navíos cargados de esos dos preciosos metales o en barras o en monedas. Esos géneros se estancan en las cantinas y cajones de los millonistas, o salen a volar [76v] fuera de España a buscar quienes los quieran a trueque de todo género de fruslerías, quinquillerías y bagatelitas en calidad de número y modas. Y a eso llaman comercio los del gremio de comerciantes con su fuero y sus leyes, que ellos mismos han formado sin consultar los pueblos. Es de notar que los géneros más ridículos, más inútiles, más superfluos y más de mojiganga (por ser de moda) se truecan en España a plata y oro, y los géneros más precisos se truecan a vellón. ¡Y gracias a Dios cuando los labradores logran tener un taleguito de ochavos cuartos maravedís y de semejante morralla, que adquirieron a trueque de sus frutos y trabajos!

(§ 3559) Esto me excitó la idea de considerar cuán útil sería para aumentar el comercio de frutos entre la multitud el que de cuando en cuando se acuñasen monedas de vellón. Desde el cardenal Alberoni y de los maravedís que no hace mucho que se acuñaron en Segovia, no sé que se haya acuñado más vellón. Pues los dichos maravedís ya son raros, porque habrán cargado con todos los caldereros y latoneros. El verdadero maravedí del siglo pasado es rarísimo en Madrid. A un caballero [77r] sueco (don Andrés Baschmasson) que deseaba mucho ver y tener algún maravedí de aquellos, le regalé seis maravedís tales, que estimó más que seis doblones. De estos tenía muchos pero no tenía un maravedí. Escribió después desde Estocolmo a un amigo que me dijese que mis seis maravedís se habían archivado en el monetario real.

(§ 3560) He pensado, pues, que el Rey mandase acuñar en cada provincia monedas de vellón con su nombre y año, y con las armas respectivas de cada provincia, y que solo en ella circularan. Más he pensado: que los labradores de cada una tuviesen moneda de vellón privativa con un buey esculpido. Las primeras monedas de los romanos, que mandó acuñar el rey Servio en cobre tenían de un lado o una oveja o un buey. Expresamente lo dice Plinio (libro XVIII, capítulo 3): “Servius rex ovium boumque effigie primus aes signavit”<sup>72</sup>. Esto ya venía de los griegos. En Athenas había monedas con la figura de un buey, y cada una se llamaba [77v] *buey*, y aun eso vino allí de los hebreos, cuya voz original del Génesis *kesita*, unos traducen ‘oveja o cordero’, y otros creen que era una moneda que tenía de un lado un cordero o una oveja.

(§ 3561) Los griegos, como tan burlones y charlatanes, aludiendo a la moneda que por tener un buey llamaban *buey*, formaron su proverbio equívoco, *bos in lingua*<sup>73</sup>, para significar a uno que estaba cohechado con dinero para que callase, como que no podía, porque tenía el animal buey en la boca o en la lengua: *bos in lingua*. Pondré un ejemplo del día. A los doblones de a ocho de cordoncillo y que no se pesan han puesto los vulgares dos nombres: por razón de la peluca del Rey los llaman *pelucones*, y por razón de la figura, color y hermosura, los llaman *ojos de buey*, aludiendo a la flor amarilla de la planta

<sup>72</sup> El rey Servio fue el primero que mandó acuñar monedas con la efigie de ovejas y bueyes. Cf. Plinio, *Naturalis Historia* XVIII, 3, 12.

<sup>73</sup> Un buey en la lengua. Esquilo, *Agamenón*, 37. Expresión proverbial para expresar algo de lo que no se puede hablar.



MEDALLAS  
DE LAS COLONIAS,  
MUNICIPIOS Y PUEBLOS ANTIGUOS  
DE ESPAÑA.

COLECCION DE LAS QUE SE HALLAN  
en diversos Autores , y de otras nunca publicadas:  
con explicacion y dibujo de cada una.

Por el R. P. M. Fr. Henrique Florez , del Orden de S. Agustín,  
Cathedratico de Theologia de la Universidad de Alcalá,  
y Exprovincial de su Provincia de Castilla.



EN MADRID;  
EN LA OFICINA DE ANTONIO MARIN;  
AÑO DE M.DCC.LVII.





Tabla I, *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Enrique Flórez, 1757





Tabla xv, *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Enrique Flórez, 1757





Mapa de los pueblos..., Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España, Enrique Flórez, 1757

*bupthalmun* (*bovis oculus*<sup>74</sup>), que en castellano se llama *ojo de buey* y en gallego *pampillo*. Así, de un abogado, relator, escribano, etc., que por estar cohechado [78r] con un ojo de buey calla la verdad, se le podrá aplicar el proverbio *bos in lingua*<sup>75</sup>.

(§ 3562) Los labradores de España son descendientes de los labradores romanos. En los dos tomos de colonias de España que dio a luz el reverendísimo padre maestro Flórez, se hallan dibujadas todas las monedas de colonias que se han descubierto, y acuñadas en las mismas colonias con permiso del César. Y nada ha perdido el Imperio romano por esas monedas que eran de cobre, antes bien, con eso facilitaron el comercio intestino de los frutos en favor de los labradores. Todas esas monedas tienen esculpido un buey o una yugada de dos, aguijándolos un colono o labrador como arando. Esas monedas son ignominia de la agricultura de algunas provincias, cuyos labradores, abandonando a sus compañeros en el trabajo los utilísimos bueyes, han admitido la peste de las gravosas mulas para arar o arañar la tierra. También esa peste se originó de la general peste del siglo XIV.

[78v] (§ 3563) No dejará el Rey de percibir bastante útil si manda acuñar monedas de vellón provinciales y otras privativas de los labradores con su nombre, año y con la insignia del buey. Con ese útil se podrá compensar el que no percibirá, si permite que los labradores siembren tanto número de pies de tabaco únicamente para su consumo con una moderada pensión. A eso se añadirá el que sobre el tabaco fino que sale fuera de España se cargue el duplo del precio, como los holandeses han hecho con la canela, para chupar el dinero de España con un vegetable. El útil que el Rey percibe del monedaje nada tiene de gravoso para los pueblos, pues no se necesita gremio o cuerpo de colectores y exactores, los cuales, si el Rey ha de percibir cuatro, ellos estafan ocho. Esto se padece en el tabaco, sal y en las demás rentas reales y provinciales. En verdad que hasta ahora no se ha inventado gremio de cobradores de bulas porque se hizo carga concejil.

[79r] (§ 3564) He celebrado saber que ya hace tiempo que está impresa en castellano una primorosa y fundamental máxima que siempre ha sido el objeto de mis reflexiones. La máxima es que, si el tributo no se podrá cobrar sin multiplicar innumerables cobradores, se debe buscar otro arbitrio que no arrastre consigo tantos gabarros contra el Rey y contra el pueblo, y solo en favor de la desidiosa ociosidad —y en España más que en otra parte, porque los españoles están notados de holgazanes. En el libro de las minas de España de don Alonso Carrillo (que ya cité y que no tengo sino en una traducción francesa) está la misma máxima en el capítulo 6. Cita un decreto del senado romano —que no he visto— y añade que cuando el Imperio romano estaba floreciente, casi todos los tributos se cobraban en frutos y en víveres que se empleaban en mantener los ejércitos.

(§ 3565) Todas estas doce leyes capitales se podrán compendiar en una cuartilla de papel. Púselas con extensión para que [79v] el que hubiese de formar el doctrinal de los labradores o el código de sus leyes y fueros reflexione sobre los hechos que apunto y huya de voces vagas y equívocas, y haga de caso que está hablando con seis labradores de montera y gabán. Las demás leyes municipales de los labradores se han de consultar antes con ellos, con sus quejas y con sus informes. No hay que pararse en que la ley sexta tendrá opositores sobre el cerrar las tierras. Qué importa. La ley de que estén en abierto y en perjuicio de toda la agricultura debía tener infinitos más. Los que quisieren tener ganados que los sustenten en sus países y en los desperdicios infructíferos, no en las tierras capaces de todo género de frutos y de producir

<sup>74</sup> Ojo de buey.

<sup>75</sup> Buey en lengua.



hombres para todo. Tásense las cabezas de ganado que puede poseer un hombre y habrá más cabezas y menos extorsiones a los labradores.

(§ 3566) También supongo que las demás leyes tendrán no pocos opositores. También los tiene la Ley de Dios, y aun el derecho [80r] natural. Más opositores tienen y deben tener con justicia las otras leyes arbitrarias que hicieron otros cuerpos sin consultar a los labradores. Consúltense hoy los labradores de Extremadura y los que están en las vecindades de las cañadas, y se les oirán no solo quejas sino también sollozos porque cuarenta mil zamarros no los dejan ser labradores. Lo de las monedas provinciales y de las privativas para labradores, ya por ser de vellón, ya por el valor que el Rey le podrá dar, ni se extraerán ni las apurarán latoneros y caldereros. Y en verdad, que maravedís de Navarra y dineritos de Aragón solo son en Castilla alhajas de gabinete.

(§ 3567) No dudo que lo del tabaco para los labradores pasará por una solemne paradoja. Es del caso el chistoso argumento que uno puso a un teólogo que defendía que la física predeterminación quitaba la libertad y que el año antecedente había defendido que no. La física [80v] predeterminación la misma es este año que el pasado. El año pasado no quitaba la libertad, luego ni en este. Lo del tabaco no ha sido en el siglo pasado paradoja. Luego, tampoco lo será en este siglo. El dinero que el Rey saca de los puros labradores a título de tabaco no tanto lo saca de ellos cuanto de sus mismas reales rentas, que cada día irán bajando más. Del dinero que el labrador emplea en la sal saca muchas utilidades, pero del que emplea en el tabaco, ¿qué saca? Solo azafranar sus rústicos mocos.

(§ 3568) Desengáñense los celosos españoles que miran la agricultura —después de la religión y justicia— como la basa fundamental de la felicidad del estado, del Rey y de los pueblos, que todo será andar por las ramas mientras no se piense en que España se restituya al estado en que estaba en tiempo de Tertuliano. Desde el número 660 se podrá leer su precioso texto. Tertuliano florecía el año de 200 de Cristo; dice [81r] que no había sitio que no estuviese habitado ni rincón que no estuviese cultivado, (que fuesen montes, dehesas, peñascos, arenales, lagunas, etc.) que todo el Imperio romano era como una sola ciudad; que había más lugares que casas había antiguamente. No tengo por imposible que no se pueda hacer lo mismo en España, si el Rey gustare. Digo, propongo y deseo que se entable la máxima siguiente.

(§ 3569) No ha de haber sitio o rincón en España que no esté habitado o con una sola casa o casería o con dos o tres casas para restituir los lugares de tres vecinos, o con alguna fábrica, o que allí habite un artesano que fabrique sus manufacturas. No ha de haber palmo de tierra en España al cual con el cultivo no se le haga producir algún fruto. Civilizando los montes, triturando las peñas, secando las lagunas y engrasando los arenales, ningún labrador ha de dejar de tener algún ganado [81v] mayor y menor, poco o mucho. Los romanos señalaron solas quinientas cabezas de ganado menor y cien del mayor. En la población de Ávila solo se señalaron cien cabezas menores y dieciocho mayores. Y el dote de una señora solo fueron veinte yugadas de tierra. Ningún labrador ha de tener más de cincuenta yugadas, que es lo que puede trabajar por sí. Los romanos tenían por mal vecino al que no le bastan siete en todo. Esos cincuenta yugeros, o yugadas, han de estar siempre cerradas dejando espaciosos caminos.

(§ 3570) Por ser el texto de Tertuliano (capítulo 30 *De anima*) tan primoroso y tan al caso de la agricultura y población, le debo repetir aquí: “Certe quidem ipse orbis in prompter cultior est de die, et instructior pristino. Omnia iam pervia, omnia nota, omnia negotiosa. Solitudines famosas retro; fundi amoenissimi oblitteraverunt. Silvas arva domuerunt. Feras pecora fugaverunt. Arenae seruntur. Saxa panguntur. Paludes eliquantur. Tanta urbes, quanta non casae quondam. Iam nec insulae horrent [82r] nec scopili terrent. Ubique domus. Ubique populus. Ubique respublica. Ubique vita. Summum testimonium fre-

quentiae humanae. Onerosi sumus mundo. Vix nobis elementa sufficiunt, et necessitates arctiores, et querelae apud omnes, dum iam nos natura non sustinet. Revera lues et fames, et voragines civitatum, pro remedio deputanda tanquam tonsura insolescentis generis humani”<sup>76</sup>.

(§ 3571) Este texto de Tertuliano, que es idéntico con mi asunto, debía estar traducido y escrito en todas las asambleas públicas de España, y si se hace el doctrinal de los labradores, se debe imprimir en una de las primeras llanas. Hace ya más de 1550 años estaba a proporción del orbe romano como Tertuliano le describe en el citado texto. Toda estaba poblada, toda estaba cultivada. La expresión *omnia negotiosa*<sup>77</sup> alude al comercio. Era tanta la población que Tertuliano miraba a la peste, hambre y guerra como remedio de tanta y tan viciosa fecundidad: “Tanquam tonsura insolescentis [82v] generis humani”<sup>78</sup>. Era preciso rasurar, podar, trasquilar y chapodar tanta hojarasca del género humano porque no se comiesen unos a otros.

(§ 3572) He conjeturado que aún hoy se conservan vestigios de la antigua población de España, muy superior a la que hoy tiene. Cada día, y en cualquiera parte y en cualquiera tiempo, se desentierran en España infinitas monedas romanas de toda marca y metal: esto prueba que no había rincón que no estuviese poblado, pues eran tantas y tan comunes las monedas. Son poquísimas las monedas de los godos que se descubren, y desde don Pelayo hasta Alonso VI apenas se halla una moneda: todo prueba que la población de España cada día iba a menos. No por defecto de la tierra, que siempre ha sido una misma, sino por falta de gobierno y de providencias en favor de la población, agricultura y comercio, abandonando el comercio a los judíos, la tierra a las fieras y animales, la agricultura a las mulas.

[83r] (§ 3573) Al fin ha llegado esa desidia a que sea delito el cultivar un terreno inculto, con la razón de que nunca se ha cultivado. Razón disparatada, pues se funda en la misma culpable desidia de no haberle cultivado. Ese *nunca* es falsísimo: “Arenae seruntur, saxa panguntur, paludes eliquantur”<sup>79</sup> y “ubique domus, ubique populus, ubique respublica, ubique vita”<sup>80</sup>, no se dijo de los animales, ni de los países incultos, pues ninguno había que no se cultivase. Tan lejos de ser delito el romper tierras para cultivarlas, había de proponer el Rey honrosos premios a los que lo hiciesen, creciendo el premio, según el mayor o menor número de hanegas de tierra que desmontasen. Esto parecerá paradoja no a los que tienen dos dedos de frente y han leído algo, sino a los cuarenta mil jayanes y zamarros ociosos que han huido del arado para jugar a la calva.

<sup>76</sup> Ciertamente, el mismo mundo de día en día se dedica más al cultivo, y se obtiene más de él al día siguiente que al anterior. Todos los lugares ofrecen ya caminos que los recorren, todos presentan ocupación. Amenísimas fincas han acabado con desiertos antaño famosos. Los ganados han hecho huir a las fieras. Los campos han dominado las selvas. El ganado ha puesto en fuga a las fieras. Los arenales se simientan. Los pedregales se plantan. Los pantanos se desecan. Tantas ciudades, cuantas chozas antaño. Las islas ya no horrorizan, y los escollos no causan terror. Por todas partes una casa; por todas, un pueblo; por todas, un estado. Por todas partes, una vida. El mayor testimonio de la acumulación de población. Somos una carga para el mundo. Apenas nos bastan los elementos. La naturaleza ya no puede sostenerlos. En efecto, la peste, el hambre y las vorágines de ciudades deben de considerarse un remedio cortante, como la tonsura de un género humano que ha crecido demasiado. Tertuliano, *De anima* 30.

<sup>77</sup> Todos presentan ocupación.

<sup>78</sup> Como la tonsura de un género humano que ha crecido demasiado. Tertuliano, *De anima* 30, 3.

<sup>79</sup> Los arenales se simientan. Los pedregales se plantan. Los pantanos se desecan. Tertuliano, *De anima* 30, 3.

<sup>80</sup> Por todas partes, una casa; por todas, un pueblo; por todas, un estado; por todas partes, una vida. Tertuliano, *De anima* 30, 3.

(§ 3574) Nada propongo que no haya mandado ejecutar el emperador de la [83v] China por los años de 1727. La cuarta carta del tomo XXII de las *Cartas edificantes* es del padre Contancin, jesuita, que escribió desde Cantón el año de 1730. Es carta que se debe traducir en castellano y que se debe imprimir en el doctrinal de los labradores después del texto de Tertuliano. En esas dos piezas se verá la conducta de los romanos y las actuales providencias de los chinos para que todo lo inculto se cultive. Es larga la carta dicha y por eso no la copio aquí. Ya dije que la China, no teniendo más que trescientas sesenta leguas en cuadro, sustenta sesenta millones de hombres, sin contar niños, mujeres, bonzos y mandarines.

(§ 3575) A causa de tanta infinidad de bocas, no obstante que los chinos son tan labradores e industriosos, algunos años no alcanza la tierra para alimentarlos. Añádese que los chinos salen poco de su país y que en la sola provincia de Fokien cada año se aumentaban doscientas mil bocas, y que el arroz cada día valía más [84r] caro. No se halló otro remedio, sino el que se cultivasen las tierras que aún estaban incultas. Al que desmontare quince hanegas de tierra se le dará una ropa de seda roja, que podrá colgar en su casa como insignia de que es buen labrador y otros honores que constan de la carta. Si desmontare treinta, más honores. Si cuarenta y cinco, más. Si sesenta, muchos más honores. Y, finalmente, si desmonta ochenta hanegas para cultivarlas, llegará a ser mandarán honorario. Con doce onzas de plata se podrán desmontar quince hanegas, y así subiendo, y los que dieren ese dinero a los pobres también han de ser premiados con honores.

(§ ↓3577) En virtud de este proyecto, expidió el emperador su decreto y mandó que se ejecutase en todas las provincias del imperio. ¿Qué dirán a esto los enemigos de la agricultura? Por un raro acaso estaba leyendo yo estas *Cartas edificantes* cuando andaba la faena de los baldíos. [84v] Discurra el lector qué juicio haría yo entonces de las dos conductas: de los chinos y de los españoles. Si el Rey hubiese repartido entonces a los labradores jornaleros las incultas tierras baldías para que las cultivasen con un moderado tributo, se hubiera aumentado la agricultura, la población y el erario real. No es eso lo que buscan los proyectistas, sino saciar su avaricia y ambición a costa del público. Aún no estamos libres de que algún protector de zurroneos y zamarras proponga al Rey que será conveniente que todas las tierras que se cultivan se echen a pasto, pues cada día se van echando los fundamentos para esa máxima de los bozales sarrazenos de África y de la Arabia.

(§ 3578) En las costas marítimas de Cataluña y de Galicia se observa la práctica de la China, aunque sin premio que anime. También allí se conserva un remedo de lo que contiene el texto de [85r] Tertuliano. No hay allí palmo de tierra que no esté cultivado, sin que obste el que participe de arenal, de laguna y de peñascos. En cada aldea están esparcidas las casas y caserías, y como sembradas, de manera que dos o tres aldeas seguidas forman una como sola ciudad. Allí no hay caza, porque el cultivo de toda la tierra no deja lugar para que se aniden las fieras. Todas las dichas costas hierven y hormiguean de gente. En virtud del trabajo e industria de los naturales, abundan de infinidad de frutos diversos para alimentarse, y porque cada labrador cría un corto número de ganado y le tienen todos, hay allí abundancia de ganados.

(§ 3579) Lo más es que aunque el ganado es mucho, porque está dividido en innumerables porciones pequeñas, no se necesita allí del numeroso gremio de pastores ociosos. Cada labrador pastorea el suyo a la vista física, y cuando más con él [85v] un niño o una niña, que al mismo tiempo está hilando, pues por estar todo poblado y cultivado no hay allí lobo alguno. Siempre duerme en casa y en ella se alimenta a mano con los frutos de la tierra: tan cierto es que habiendo frutos de la tierra se podrá criar ganado mucho, repartido entre muchos de pequeña grey, y cuanto más se aumenten los ganados a millares tantos menos frutos dará la tierra. Todo prueba la excelencia y precelencia de la agricultura.

(§ 3580) Atrás quedan puestos por extenso los cálculos individuales en la materia, y por ser matemáticos no dejan dudar que el mayor estorbo que tienen y siempre tendrán en España la población, agricultura y comercio, consiste en que infinita tierra, infinito ganado e infinito dinero, todo está repartido en un solo y corto número de poseedores. Ese abuso repugna totalmente a la sociedad humana. [86r] Al contrario, la mitad de esos infinitos repartidos entre infinitos que apenas tienen cosa de tierra, de ganado y de dinero será el alma del aumento de la agricultura, de los ganados y del comercio en España. No sueño introducir una igualdad aritmética en la sociedad española, ni tampoco el que se despojen a los poseedores de su dominio directo. En el cielo y en la iglesia hay jerarquías, y es justo que las haya en un estado, pero deben ser con una proporción geométrica, no con una desigualdad infinita.

(§ 3581) Lo que propongo es que esos poseedores de infinito animen, ayuden y amparen a los poseedores de poquito, pues en eso mismo multiplicarán lícitamente sus haberes e intereses. Repartan tantas yugadas de tierra inculta a los pobres labradores para que las desmonten y cultiven, pagándoles un moderado tributo. Repartan sus [86v] ganados a esos mismos labradores para que los críen en sus mismas tierras, y empleen los adinerados su infinito dinero en comprar tierras incultas, o en ganados, y hagan el mismo repartimiento con la advertencia que el tributo, para que sea durable, ha de ser a una cuota proporcional de lo que Dios diere al labrador en frutos de tierra y en crías de ganados.

(§ 3582) Reparará alguno que en esta obra repito algunas especies y confieso que tendrá razón. Queriendo saber yo en qué número dejaba puesto ya el famoso texto de Tertuliano, repasando pliegos tropecé con la especie de Midas y de la mujer de Pytheo para ensalzar la agricultura sobre todo el oro y plata del mundo. Después repetí la misma especie y no dudo que habrá otros ejemplares. Pero más fácil es quitar que añadir. Una misma especie tiene [87r] diferentes visos y combinaciones. Sin salir de las veinticuatro letras repetidas y combinadas, he escrito estos pliegos y continuaré.

\* \* \*

#### SOBRE LA HISTORIA DEL COMERCIO: EXCURSO SOBRE LAS ISLAS CASITÉRIDES Y CÍES

(§ 3583) La especie que repitiere no será por falta de otras especies, pues más que escribo dejo en el tintero. Eso procede de que sin pensar comencé esta obra, la proseguí tumultuariamente y así no hice estudio de acordarme de lo que dejaba escrito atrás, por ser todo de primera mano. Repare el lector en que si alguna vez repito, por falta de memoria, jamás me contradigo, porque siempre camino por donde me guía mi razón natural, y esta siempre es fija y constante. En lo que siempre insistiré es en que después de la religión y de la justicia, debe ser la niña de los ojos de los reyes la agricultura. La agricultura en toda su amplitud de terrenos y en toda su multitud de frutos aumentará la población, [87v] y a esta seguirá el comercio de frutos, que es el principal, y a ese es consiguiente la circulación del dinero. También de los frutos de la labranza y crianza se han de fabricar las verdaderas y útiles manufacturas desterrando de España y del comercio las pueriles bagatelas y monadas que solo son monifacturas.

(§ 3584) No he podido averiguar cómo los españoles antiguos hacían sus comercios con las naciones extrañas. Supongo que no se hacían a dinero sino a trueque de frutos y géneros por géneros y frutos. No es difícil señalar qué géneros nos sacaban, pues bastaban los metales, aunque no monedados, para valer por mucho. Pero pregunto: ¿y qué géneros nos introducían para el trueque? Eso quisiera saber y no sé. Consta del capítulo 8 del primero de los Macabeos, que los romanos se levantaron con la plata y oro de España: “Et [88r] quanta fecerunt in regione Hispaniae, et quod in postestatem redegerunt metalla argen-

ti, et auri, quae illic sunt”<sup>81</sup>. Esto ya había sucedido ciento sesenta años antes de Cristo, cuando Judas Macabeo envió embajadores a Roma, y entonces lo sabrían.

(§ 3585) No es de creer que los romanos sacasen esos metales de España a título de comercio sino a título de tiranos. Al contrario, los fenicios, que también sacaban de España los metales y en especial el estaño, no lo pudieron sacar por título de conquista, sino por título de trueque. Es la razón porque el primer estaño le sacaron de Galicia, que en tiempo que le sacaban y llevaban a la capital Tiro, solo como mareantes conocían las costas de Portugal y de Galicia, y con el tiempo las de Inglaterra.

(§ 3586) En el capítulo veintisiete de Ezequiel pide alguna atención el verso 12. Dice así: “*Carthaginienses negotiationes tui, a multitudine [88v] cunctarum divitiarum, argento ferro, stanno, plumboque, repleverunt nundinas tuas*”<sup>82</sup>. Este capítulo 27 contiene un recuento, o como registro de flotas, de las mercadurías y preciosos géneros que concurrían al puerto y ciudad de Tiro, capital de la Fenicia. Los fenicios, así tirios como sidonios (a imitación de los ingleses y holandeses de hoy) andaban esparcidos por todo el orbe conocido, comprando, trocando y vendiendo diferentes géneros. A eso llamaban comercio, y todas las naciones concurrían a Tiro por razón del comercio con los géneros de su país o que habían agenciado de otros.

(§ 3587) Aturde el leer tanta riqueza, tanto esplendor, tanto lujo, tanta vanidad y tanta felicidad imaginada en la ciudad de Tiro. Pero en el capítulo 28 inmediato está el catálogo de los viciosos efectos y de las lastimosas resultas de tanto comercio, riqueza, lujo y vanidad. El rey de Tiro se imaginó que no había más Dios que él y Ezequiel le echa [89r] en cara otras blasfemias semejantes, y le pronostica la total ruina de todo su esplendor. Cumpliose a la letra, pues viniendo Nabucodonosor contra Tiro, la tuvo cercada trece años, y al fin la cogió y la asoló del todo. ¿Y de qué sirvió a la ciudad de Tiro tanto comercio y tanta riqueza?, ¿de qué tanto oro y plata? Tan cierto es que el comercio desaforado y lo infinito de las riquezas jamás fundarán la verdadera felicidad estable, fija, constante y perpetua de un estado, provincia, pueblos o lugar.

(§ 3588) Sin ser yo profeta, me atrevo a vaticinar que el orgulloso esplendor y la aparente felicidad de los fenicios de nuestros tiempos, no pasará de una llamarada que aunque dure muchos días, no podrá durar muchos años, o mienten todos los libros que refieren las infinitas vicisitudes y catástrofes de los imperios. Así, esos fenicios modernos deben leer los dos capítulos de Ezequiel para que si se imaginan más ricos y felices que los de Tiro, puedan temer [89v] que paren en ser más desdichados. Sin salir de nuestro tiempo, ha sido Sevilla el Tiro de Europa a título de la contratación. Faltele ese título, y a no ser por los muchos y buenos frutos que le produce su fértil terreno, solo sería hoy un espacioso corral de vacas.

(§ 3589) ¿Y quién estará libre de un Nabucodonosor, de un Cambyses, de un Atila, etc.? ¿Y quién estará libre del capricho de un hombre? Y, sobre todo, ¿quién estará libre de la ira de Dios cuando determina castigar las insolentes iniquidades, las vanidades orgullosas, el monstruoso lujo y la lujuria desenfrenada, y las desbocadas blasfemias contra el mismo Dios? —pues todas esas habilidades son resultas de la opulencia sin término y de las desmesuradas riquezas que acarrea el comercio mal establecido y peor tolerado. El rey de Tiro, según Josepho, se llamaba Ithobal. Este, según Ezequiel, se ensalzaba sobre Dios, y Nabucodonosor, acaso por envidia, le hizo ver que era un pobre diablo, y publicó que no [90r] había más Dios que Nabucodonosor.

<sup>81</sup> Y todo lo que han hecho en la región de Hispania para apoderarse de los metales de plata y oro que allí existen. Macabeos 8, 3.

<sup>82</sup> Los cartagineses eran tus mercaderes; por la abundancia de todas sus riquezas llenaron tus mercados de plata, hierro, estaño y plomo. Ezequiel 27, 12.



(§ 3590) Pero ese Dios de mojiganga que quería ser más que hombre y más que Dios vino a parar en ser menos que bestia, y a Baltasar, su hijo, cuando estaba más entregado en la grande cena a todo género de placeres, se le sirvió por *desert* (nombre de moda) la inscripción enigmática “Mane, thecel, phares”, y en la misma noche le mataron los medos. El enorme delito de Baltasar era que también se quería hacer Dios y hablaba blasfemamente del verdadero Dios (“Adversum Dominatorem caeli elevatus es”<sup>83</sup>), y profanaba los vasos sagrados que su padre Nabucodonosor había robado del templo de Jerusalén.

(§ 3591) Antes de la ruina de Tiro ya comerciaban allí los cartagineses con un comercio marítimo. Los fenicios de Tiro y de Sidón eran los señores del mar Mediterráneo; y por la comunicación con los egipcios, mediante el mar Bermejo, se habían familiarizado con el mar de la India. [90v] Perfeccionáronse con las flotas de Salomón. Después de esas flotas y en tiempo de Eliseo, 880 años antes de Cristo, sucedió la fuga de la reina Dido, hija del rey de Tiro, la cual fundó la ciudad de Cartago más de doscientos años después del incendio de Troya —y en esto se palpa el enorme paracronismo de Virgilio en hacer coetáneos a Dido y Eneas. Desde entonces quedó por colonia de los fenicios la ciudad de Cartago, y ya unidos fenicios y cartagineses fundaron una nueva colonia en Cádiz. Y por ser todos originarios de Tiro, llama Ezequiel, hablando con Tiro “carthaginenses negotiatores tui”<sup>84</sup>.

(§ 3592) Después de la destrucción de Tiro por Nabucodonosor se debe colocar la verdad o mentira que anda en libros vulgares, que el mismo Nabucodonosor ha venido a España. Que haya venido en persona no consta de autor antiguo, [91r] pero consta de autor antiguo y clásico —y que han citado pocos— que las tropas de Nabucodonosor llegaron hasta las columnas de Hércules o Cádiz. El autor es Estrabón, coetáneo de Tiberio. En el libro xv, página 687, dice: “Navocodrosorum autemque magis a chaldaeis probatur, magis etiam quam Herculem, usque ad columnas pervenisse, quosque Tearconem”<sup>85</sup>. Hubo tres Nabucodonosores, y Estrabón habla del tercero, que es el más famoso. Estrabón tomó la noticia de Megástenes, coetáneo de Alejandro Magno. Y del mismo Megástenes la tomó Josepho Judío, libro x, capítulo 11.

(§ 3593) Dice Josepho con Megástenes que Nabucodonosor excedió a Hércules, y que subyugó *bonam partem Hispaniae*<sup>86</sup>. Esto, no porque viniese en persona a España, sino por medio de sus capitanes. Es palmario el ejemplo: ningún califa o emperador de los mahometanos vino en persona a España, pero la subyugaron toda por medio de sus capitanes, que después se [91v] levantaron en reyes. Nabucodonosor no pasó de las Andalucías. Poseía ya el Egipto y se había apoderado de los navíos y marinería de los fenicios, y así, le fue fácil que la expedición se hiciese por mar y por tierra. Que esos fenicios y caldeos viniesen también por mar se infiere de lo que Estrabón añade.

(§ 3594) Añade que aquel ejército pasó después a la Tracia y al Ponto: “Illum tamen exercitum ex Hispania, in Traciam Pontumque duxisse”<sup>87</sup>. Ese camino no se pudo hacer sino por mar. No creo que aún después de los pobladores primitivos que han venido a España se deban contar los orientales que han venido en tiempo de Nabucodonosor. Mucho antes hay noticia de otras inundaciones. Cuando Josué expelió de la tierra de promisión a los cananeos, estos se unieron y, entrando por Egipto, vinieron peregrinando

<sup>83</sup> Te has levantado contra el Señor del cielo. Daniel 5, 23.

<sup>84</sup> Los cartagineses eran tus mercaderes. Ezequiel 20, 12.

<sup>85</sup> Está probado por los caldeos que Nabudonosor, más que el propio Hércules, y también Tearco, había llegado hasta las columnas de Hércules. Estrabón, *Geographia* xv, 6.

<sup>86</sup> Buena parte de Hispania.

<sup>87</sup> Sin embargo, condujo aquel ejército desde Hispania hasta Tracia y el Ponto. Estrabón, *Geographia* xv, 6.

prófugos y no pararon hasta la Mauritania Tingitana. [92r] Allí levantaron dos altas columnas, y en ellas escribieron con letras fenicias el que venían huyendo de Josué. Procopio pone esta inscripción en griego y dice: “Nos ii sumus, qui fugimus a facie Iesu latronis filii Navae”<sup>88</sup>. El caudillo de esos fugitivos era el Hércules tirio que, con los fenicios y cananeos, hizo su expedición hasta las costas occidentales de África. Esta época es data fija.

(§ 3595) He sospechado que las dos columnas de Hércules no son los dos montes Calpe y Abyla, sino las dos columnas que los cananeos y fenicios, con su capitán Hércules, levantaron hacia el estrecho de Gibraltar. Y ahí está el origen de haberse adorado como Dios en Cádiz el Hércules tirio antes que naciese el Hércules tebano. Sesostris, rey de Egipto, también penetró hasta las columnas, según Estrabón. Antes de Sesostris, como conquistador, sucedió la mezcla [92v] de los griegos que entraron en España y pasaron en Galicia. Después, celtas, cartagineses, romanos, godos y mahometanos. Toda esa canalla de naciones han venido al olor de los preciosos metales de España. Aún hoy se conserva ese olor.

(§ 3596) No es dudable que en todo tiempo estos o los otros hombres particulares han peregrinado por diferentes y particulares provincias del mundo. Esto era común para instruirse a los filósofos antiguos. A España han venido pocos de esos filósofos. Pero no hay nación de la África, Asia y Europa, de la cual no hayan venido a España pelotones o enjambres de hombres, o por título de conquista, o por la ambición de conquistar sus riquezas, o por descargarse de la insoportable carga de gente. Así lo dice Tertuliano, en general, en el lugar citado: “Consilio exonerandae popularitatis in alios fines examina [93r] gentis eructant”<sup>89</sup>. En verdad que aunque hoy padece España la misma peste, ninguno viene a cultivar las tierras, sino como hambrientas langostas a chupar su dinero y a roer los frutos de los labradores.

(§ 3597) Ninguno debe extrañar ya que en España haya tanta diversidad de caras, de genios, de complejiones, de costumbres y de dialectos y de estropeamientos de la lengua. Por lo que hoy sucede, ninguno podrá dudar que con la irrupción e inundación de tantas naciones diferentes en España, dejaría de haber mezcla de sangre y de razas, de costumbres, de lenguas, de religiones falsas y de lenguas desconocidas y, sobre todo, comunicaciones de vicios de países remotos. La corrupción y destrucción de Roma y de su imperio no ha tenido otro principio: “Cum paene omnibus dominaretur gentibus, omnium gentium serviebat erroribus”<sup>90</sup> [93v] —dice san León. “Et magnam sibi videbatur assumpsisse religionem quia nullam respuebat falsitatem”<sup>91</sup>. Al fin, solo pudo volver en sí después que abrazó la verdadera religión cristiana. A esta culpaban los gentiles paganos (y al abandono de los falsos dioses) las ruinas que padecía el imperio, pero Tertuliano, san Ambrosio, san Agustín, etc., los convencieron de impostores.

(§ 3598) Tampoco es dudable que con tanta mezcla de tantas naciones diferentes en España, y a vuelta de injertarse unas en otras y todas con la nación española, habría algún comercio recíproco de frutos y géneros. Pero los españoles siempre cargarían con el mochuelo, recibiendo bagatelas en trueques de sus selectos frutos y de sus preciosos metales. ¿Y qué sucede hoy en España? España, ni en el estado de frugalidad, ni aun en el de un moderado lujo, jamás ha necesitado ni necesita hoy de [94r] nación alguna

<sup>88</sup> Nosotros somos los que huímos del rostro de Josué el Ladrón, hijo de Neve. Cf. Procopio, *De bello Vandalico* II, 10.

<sup>89</sup> Por la decisión de aliviar su población, obligan a trasladarse a otras fronteras a parte de su pueblo. Tertuliano, *De anima* 30, 2.

<sup>90</sup> Al dominar sobre casi todos los pueblos, se subyugaba a los errores de todos los pueblos. León Magno, *Tractatus; Sermo* LXXXII: *In Natali apostolorum Petri et Pauli*, 2.

<sup>91</sup> Y parecía haber tomado una gran religión, porque no respondía ninguna falsedad. León Magno, *Tractatus; Sermo* LXXXII: *In Natali apostolorum Petri et Pauli*, 2.

extraña. Por eso quisiera saber qué frutos o géneros introducían en España aquellos antiguos extranjeros para sacarle en trueque sus metales preciosos. Ese comercio se haría en sus costas del Mediterráneo y del Océano.

(§ 3599) El estaño le sacaban de las costas del Océano. Los habitantes de esas eran muy frugales en todo —en comer, vestir y en ajuares de casa. La tierra les daba todo género de frutos, pues consta que la araban y cultivaban. El mar les daba todo género de pescados. Los montes les daban todo género de carnes y pellejos —para vestirse, y aun para fabricar barcos de cuero. El terreno les daba todo género de vegetales, ya para alimento, ya para el lujo y medicinas; y no necesitaban de extraños para conocerlos. De ellos dice Plinio que hacían para sus banquetes un género de bebida compuesta de [94v] cien hierbas diferentes, y todas salutíferas. Esto prueba que las conocían y que eran vulgares —y hoy hay pocos médicos, cirujanos y boticarios que conozcan cien hierbas patrias y sus virtudes.

(§ 3600) ¿Qué daban, pues, en trueque los fenicios a los gallegos y portugueses para sacarles los metales, y en especial el estaño, pues solo de allí le sacaban para llevarle a las ferias de Tiro? He discurrido que sucedía entonces lo que desde el siglo XVI ha sucedido con los africanos y americanos. El modo que los europeos tenían de sacar a esos inocentes el oro, plata y otros géneros preciosos era engañarlos y embaucarlos con quinquillerías y bagatelas de vidrio. Podían los fenicios cargar bien de esos abolorios, pues en la Fenicia se había inventado la fábrica del vidrio. Y haría el vidrio tal impresión en los ojos de los gallegos antiguos cual la hizo después en los ojos de africanos y americanos.

(§ 3601) Ahora se aclarará más el [95r] texto de Ezequiel “carthaginenses, negotiatores tui”, etc. Ya dije que los tirios, cartagineses y gaditanos, todos eran fenicios. Lo que los cartagineses llevaban a las ferias de Tiro era plata, hierro, estaño y plomo. La plata y el hierro sacaban de Andalucía, pero el estaño y el plomo le sacaban de Galicia. Es bien enredosa la dificultad sobre las islas Casitérides. *Casiteron* significa ‘el estaño’, y también ‘el plomo’, aunque este se llamó después *molybdos*. Plinio (XXXIV, capítulo 16) distingue el estaño blanco y el estaño negro —este es el plomo—, y dice: “Album habuit auctoritatem, et Iliacis temporibus, teste Homero, casiteron ab illo dictum”<sup>92</sup>. En el libro VII, capítulo 56, dice que Midácrito fue el inventor del plomo, o el que le llevó a la Grecia: “Plumbum ex Casiteride insula primus apparavit Midacritus”<sup>93</sup>.

(§ 3602) De los dichos dos textos de Plinio, [95v] infiero una conjetura en la cual nunca había pensado. Mucho antes de Homero era conocido el *casiteron*, significante ‘estaño o plomo’. El griego Midácrito ha sido el primero que llevó a Grecia el plomo de la isla Casitéride. Esa o esas islas estaban en las costas de Galicia, luego esas costas eran conocidas de los griegos mucho antes de Homero. Esos griegos no pudieron haber sido otros sino Teucro y Diomedes con sus compañeros que, según Justino, después de la ruina de Troya se engolfaron en el mar y, entrando por el estrecho de Gibraltar, navegaron por la costa y pararon en el país de Pontevedra y de Tuy, y de cuyo país dijo Plinio: “Graecorum sobolis omnia”<sup>94</sup>. Y Estrabón afirma que allí fundaron la población de *Hellenes*, que todos los modernos suponen ser Pontevedra, siendo que Plinio pone allí los pueblos helenos, esto es, griegos.

<sup>92</sup> El blanco tuvo autoridad, y en los tiempos de la Ilíada, según testimonio de Homero, se denominaba *casiteron*. Plinio, *Naturalis Historia* XXXIV, 47, 158.

<sup>93</sup> El primero en traer plomo de las islas Casitérides fue el griego Midácrito. Plinio, *Naturalis Historia* VII, 56, 197.

<sup>94</sup> Todas de la estirpe de los griegos. Plinio, *Naturalis Historia* XX, 112.

[96r] (§ 3603) Todo esto se debe tener presente para que yo me pueda explicar sobre las Casitérides. El griego Midácritio iría con los griegos que pasaron a Galicia. Allí vería el estaño y, por parecerle cosa rara, le llevaría a la Grecia, diciendo que se hallaba en la isla Casitéride. Homero habló del *casiteron*, no de la isla. Heródoto, que es el más antiguo historiador, dice que eran islas, pero que no sabía en donde estaban: “Ne Casiteridas quidem novi insulas —hoc est, stannarias— unde ad nos venit casiteros —id est, stannum”<sup>95</sup>. Llegaría esa noticia a los fenicios, y como tan avarientos comerciantes, por mar vendrían a buscar el estaño a Galicia; y por más cerca irían los cartagineses y gaditanos y de mancomún le llevarían a Tiro.

(§ 3604) Es opinión de muchos que las islas Casitérides estaban en Inglaterra, porque de allí nos traen el estaño, [96v] y con él nos sacan infinito dinero. Digo yo: de Galicia se podrán sacar hoy navíos cargados de estaño en vena, y si acá se permitiese beneficiarlas también se podrían sacar en puro. Hablo de las minas de estaño de Monterrey. En Madrid vive un célebre metalurgo, asalariado por el Rey, el cual, habiendo ensayado el estaño de Monterrey, dijo que era muy superior al de Inglaterra. Es, en sentir de todos, poco menos que plata, y de él se han hecho vajillas muy hermosas. No hace aún diez años que un aragonés curioso descubrió en las vecindades de Pontevedra tres diferentes minas de estaño en tres aldeas distintas: en Cendón y en Gayola, junto a la Lama, tres leguas al oriente; y en la aldea de Murados, detrás del monte del Seixo, a cinco leguas al oriente.

(§ 3605) He visto el estaño ya ensayado de esas minas, y las tres están a las faldas del dicho monte *do Seixo* que, continuándose [97r] con el monte *do Suído*, forman una cordillera de norte a sur hasta Portugal. Es verisímil que toda esa cordillera tenga otros muchos veneros de estaño y de plomo, y acaso de plata. Tiene a la vista las islas de Bayona, las de Ons, Tambo, y más al norte la de Sálvora; en todo, siete. Hay autores que ponen las Casitérides en las islas de Bayona, etc.; otros las ponen en los Azores, otros en las Canarias y otros en Inglaterra. Los más las ponen en Galicia. Y Ptolomeo cuenta diez, que coloca en el Océano de Galicia, en cuatro grados de longitud y en cuarenta y cinco y treinta minutos de latitud, que es la altura del polo del cabo de Ortegal. Por razón de esta latitud ni pueden ser las islas de los Azores ni se pueden colocar en Inglaterra.

(§ 3606) Yo he hallado arbitrio para concordar los autores antiguos sobre las Casitérides sin embarazarme con lo que han dicho los modernos. El modo [97v] que tengo de hacer esas concordias es leer antes esos autores según el orden cronológico. Ya cité a Homero y a Heródoto, síguese Diodoro Sículo, el cual dice que en muchas partes de España se hallaba estaño, el cual no se hallaba en la superficie —como habían dicho algunos— sino que se cavaba y se fundía junto a las minas de oro y de la plata. Esto dice, libro v, capítulo 38. Y prosigue añadiendo que la mayor abundancia de estaño se hallaba en Galicia: “Supra lusitanorum enim provinciam, multum stannei est metalli, in insulis videlicet oceano obiacentibus, quas idcirco, Casiterides nuncupant”<sup>96</sup>.

(§ 3607) Aún prosigue Diodoro: “Multum quoque eius in oppositam Galliae continentem ex insula Britannica transportatur”<sup>97</sup>. Y que le porteaban por tierra los mercaderes a Marsella y a Narbona. Diodoro lo tomó de Posidonio, y de los dos lo tomó [98r] Estrabón. Y dice, libro III, página 147: “Stannum,

<sup>95</sup> No he conocido las islas Casitérides, es decir, las productoras de estaño, de donde viene para nosotros el *casitero*, esto es, el estaño. Herodoto, *Historia* III, 115.

<sup>96</sup> Pues sobre la provincia de los lusitanos hay mucho estaño, sobre todo en las islas junto al Océano, en el lugar en que se hallan las Casitérides. Diodoro Sículo, *Biblioteca Historica* v, 38.

<sup>97</sup> También mucho de este se transporta a la parte costera de la Galia al otro lado del continente, desde la isla de Britania. Diodoro Sículo, *Biblioteca Historica* v, 38.

non ut historici divulgarent, in superficie terrae inveniri, sed effodi; nasci apud barbaros qui supra Lusitaniam degunt et in Casiteridibus (quasi stannarias diceret) insulis; ex britannicis quoque Massiliam adferri<sup>98</sup>. Estrabón supone que no solo en las islas, sino también en el continente se criaba el estaño. Y pone el modo como las mujeres de los ártabros preparaban el estaño, lavando la tierra de la mina, y la que arrastran los ríos, no de otro modo que los gallegos, según Plinio, recogían el oro —y como hoy le recogen las mujeres en el río Sil.

(§ 3608) Acaba Estrabón su libro III, que todo es de España, hablando de las Casitérides. Dice que sus habitantes usaban ropas tálares y de color negro, y que dejaban crecer la barba: “Metalla habent stanni, et plumbi, quorum, et pellium loco, fictilia, sales, et aerea opera a mercatoribus [98v] recipiunt”<sup>99</sup>. Aquí nos enseña Estrabón qué es lo que los gallegos recibían en trueque por sus metales —que es lo que yo deseaba saber. Comercian dando estaño y plomo, y pellejos o cueros (pues vivían de ganados) por vasijas y cacharros de barro, por sal y por bujerías de bronce. Viviendo en islas, podían excusar les trajesen sal los comerciantes. Si Cádiz y el Algarve abundaban entonces de sal, como hoy, aprovecharían los cartagineses aquel género para sacar el estaño de Galicia y llevarle a las ferias de Tiro.

(§ 3609) Expresamente, dice Estrabón que en los tiempos antiquísimos solos los fenicios tenían este comercio, haciendo escala desde Cádiz, su colonia, y le tenían oculto a otros comerciantes: “Primis temporibus soli Phoenices a Gadibus eo negotiatum iverunt, celantes alios istam navigationem”<sup>100</sup>. Y él es el que refiere [99r] el estratagema que usó el capitán de un navío para burlar a los romanos. Notó que estos le venían siguiendo para saber de donde se sacaba el estaño. ¿Y qué hizo? Dio con el navío a la costa y perdió todo lo que llevaba, no pudiendo ya pasar adelante. Súpolo el público y le indemnizó todo por la acción. De Plinio ya quedan puestos dos textos. El tercero está en el libro XXXIV, capítulo 16. Da por fábula lo que corría, que el estaño se traía de las islas del mar Atlántico; que lo cierto era que el estaño se criaba en la Lusitania y en Galicia: “Nunc certum est, in Lusitania gigni, et in Gallaecia; summa tellure arenosa, et coloris nigri; pondere tantum ea deprehenditur”<sup>101</sup>. Según este texto, parece que Plinio da por fabulosas las islas Casitérides; y cree que el estaño se criaba en tierra firme.

(§ 3610) A la verdad, según la variedad que hay entre los autores antiguos sobre [99v] el verdadero sitio y el determinado número de las islas Casitérides, se podrá creer que a los principios intervino alguna equivocación, sobre la cual procedieron los autores. Plinio, libro IV, capítulo 16, habla de la isla Migitis: “In qua candidum plumbum proveniat. Adeam britannos vitilibus navigiis corio circumsutis navigare”<sup>102</sup>. Esos navíos vitiles eran unos barcotes tejidos de mimbres, como cestos, y aforrados por defuera con cueros cosidos. Este género de barcos de cuero también los usaban los lusitanos y gallegos. El mismo Plinio

<sup>98</sup> El estaño no se encuentra en la superficie de la tierra, como han divulgado algunos historiadores, sino que hay que excavarlo; nace entre los bárbaros que viven sobre Lusitania y en las islas Casitérides, o por así decirlo, del estaño; desde los britanos también es transportado a Marsella. Estrabón, *Geographia* III, 2, 9.

<sup>99</sup> Poseen piezas de metal de estaño y plomo, que, al igual que sus pieles, intercambian con los mercaderes por vasijas, sal y obras de bronce. Estrabón, *Geographia* III, 5, 11.

<sup>100</sup> Durante los primeros tiempos solamente los fenicios desde Gádiz fueron a realizar negocio allí e intentaron ocultar al resto esta ruta comercial. Estrabón, *Geographia* III, 5.

<sup>101</sup> Ahora es cierto que se da en Lusitania y en Gallaecia, en la parte más cercana a la superficie, en terreno arenoso y de color negro. Se coge por su peso. Plinio, *Naturalis Historia* XXXIV, 47, 156-157. Cf. Plinio, *Naturalis Historia* XXXIV, 47, 157.

<sup>102</sup> En la que se da el plomo blanco. Hacia esta (i.e, la isla de Ictis), los britanos acostumbran a navegar en barcos vitiles cosidos con cuero. Plinio, *Naturalis Historia* IV, 16, 104. *Nota bene*: Sarmiento la señala como Migáis.



nio, en el capítulo 22 de este citado libro, sin acordarse de las islas británicas, pone las Casitérides<sup>103</sup>. Como Plinio copió de muchísimos, no se debe atender sino a lo que por sí mismo afirma.

(§ 3611) Aténgome pues a lo que dice en el texto ya citado: “Nunc certum est in Lusitania gigni, et in Gallaecia”<sup>104</sup>. [100r] Por lo que toca a Galicia, aún hoy es evidente que se cría, y con abundancia, sobre ser selectísimo. En el capítulo 16 del libro 34 está el modo de manipular el estaño. Lo que yo quisiera es que el metalurgo citado arriba, míster Bowls, u otro muy inteligente, pasase a Galicia a reconocer sus minerales y metales. De oro, de plata, de estaño, de plomo, de cobre, de hierro, etc., de todo es muy abundante Galicia, ya en lo manifiesto ya en lo oculto. También es cierto que con el precioso estaño de Monterrey anda mezclada mucha plata; y, porque en las minas hay también allí minas de cobre, no están lejos las minas del oro.

(§ 3612) Ya es tiempo que concuerde los autores sobre las Casitérides. Digo que hubo dos parajes de donde los fenicios, cartagineses y gaditanos sacaban el estaño y plomo para sus comercios. El primitivo era Portugal y Galicia, [100v] dando en trueque bagatelas; y esos dos metales son los que llevaban a Tiro en tiempo de Ezequiel. Porque ya el griego Midácrito le había llevado mucho antes a la Grecia y se le puso el nombre *Casiteros* (aludiendo a una isla, o verdadera o imaginada), después se llamaron Casitérides las islas o parajes de donde se sacaba el estaño, sin saber en donde estaban, porque los cartagineses y fenicios ocultaban su navegación —“celantes alios istam navigationem”<sup>105</sup>. Por razón del estaño tan antiguo en Tiro no se pudo llevar allí de Inglaterra, que aún no era conocida. Luego se llevó de Galicia, por estar tan cerca de Cádiz y porque los gaditanos tendrían muy reconocidas y navegadas, costeano, las costas occidentales de España desde el cabo de San Vicente hasta el de Finisterre.

(§ 3613) No es creíble que los fenicios gaditanos navegasen a Inglaterra, [101r] impertránsito medio, a buscar el primitivo estaño, sin costear las costas de Portugal y de Galicia. Y, teniendo en ellas tan a mano el estaño, y con abundancia, de ellas mismas le sacarían para Tiro. Inclínome a que le sacaban no de islas, sino de los naturales de tierra firme, que le traerían a los puertos o ensenadas para el comercio a trueques. Y, para ensalzar el género y subir el precio, esparcirían la voz de que iban a buscar el estaño a una o a unas islas muy remotas. De estos embustes y trapacerías están llenos los libros antiguos y modernos. En esto no quiero negar que el estaño se hallase también en alguna o algunas islas, pero es cierto que hoy se saca el estaño en tierra firme de Galicia y no tengo noticia que se saque en alguna de sus islas, y, si se sacó en otro tiempo, se perdió la memoria a causa de que el miedo a los moros las despobló del todo.

[101v] (§ 3614) He tentando revolver los nombres antiguos de las islas de Galicia, por si acaso en ellos se hallaba algún vestigio del estaño. Si yo fuese metalurgo y estuviese en ellas, haría cavar y revolver la tierra, por si acaso encontraba señales de mina de estaño. Mientras no se haga eso, no se podrá salir de la duda. Las islas de Bayona se llaman *Cicae*, *cicarum* en Plinio y, en Ptolomeo, *Insulae Deorum*. La voz *Cicae* se conserva hoy en el gallego vulgar, en el cual las islas de Bayona se llaman *Cías* y *Sías*, o *de Cías* y *de Sías*. Son tres y han estado habitadas. No sé por qué se llamaron *Insulae Deorum*. Sería por su clima, que es el más benigno de España, o por su fertilidad o por ser las más occidentales, en cuya playa colocaban los

<sup>103</sup> Plinio, *Naturalis Historia* IV, 22, 119: “Ex adverso Celtiberiae complures sunt insulae, Cassiterides dictae Graecis a fertilitate plumbi, et e regione Arrotrebarum promunturi Deorum VI, quas aliqui Fortunatas appellavere. in ipso vero capite Baeticae ab ostio freti p. XXV Gadis, longa, ut Polybius scribit, XII, lata III. abest a continente proxima parte minus pedes DCC, reliqua plus VII. ipsius spatium XV est. habet oppidum civium Romanorum, qui appellantur Augustani Urbe Iulia Gaditana”.

<sup>104</sup> Ahora es cierto que se da en Lusitania y en Gallaecia. Plinio, *Naturalis Historia* XXIV, 47, 156.

<sup>105</sup> Intentaron ocultar al resto esta ruta comercial. Estrabón, *Geographia* III, p. 175 en versión de Casaubon.

poetas los Campos Elisios, y en ellos la habitación de los dioses. Pero sobre el origen de la voz *Cicae* me valdré después de una etimología de [102r] Bochart.

(§ 3615) Samuel Bochart es bien conocido y citado en la geografía de los tiempos primitivos. Supo las lenguas orientales. Sacó dos tomos en folio con el título *Hierozoicon*, en los cuales, con una vasta y exótica erudición, trata de todo el reino animal de la Escritura, combinando sus nombres y fijando su identidad (de los vivientes) descifrando las voces orientales. También dio a luz otro tomo en folio con el título *Phaleg et Canaan*. Su asunto es tratar de la dispersión de las gentes después de la torre de Babel y de la trasmigración de las naciones por todo el orbe antiguo. Ha sido muy apasionado por los fenicios y por la lengua fenicia, que en el fondo era la hebrea y caldea. Pone mapas de todo el orbe con los nombres griegos y latinos, pero reducidos a origen fenicio o hebreo. Aun al nombre del río Miño [102v] le hace fenicio.

(§ 3616) Tratando de las Casitérides, también afirma que es voz fenicia la voz *Casiteros*. No se puede dudar de su acierto en muchas etimologías, pero algunas envuelven muchas voluntariedades y a mí me parece que en algunos asuntos confunde los tiempos. No conoce más Casitérides que las de Inglaterra. Esto es contra los más de los autores, pues, antes que hubiese noticia de las islas británicas, era común el estaño y nombradas las Casitérides. También Bochart hace fenicia la voz *britanica*. En tiempo de Polibio aún no eran conocidas las islas británicas, y su patriota Cambdeno afirma que de esas islas no hubo noticia hasta después de Polibio. Esto no ha gustado a Bochart, pues quería poner fenicios en lo más remoto del orbe, que aún estaba desconocido.

(§ 3617) Así pues, hubo Casitérides primeras y Casitérides segundas. Estas son las británicas, a las cuales se extendió el nombre Casitérides, porque con el tiempo se reconoció que abundaban de estaño. Bochart [103r] se vale de que desde Inglaterra se transportaba el estaño por tierra y en caballerías a Marsella. Esto sucedió muchos siglos después de Ezequiel, y después que se edificó Marsella por los griegos. Notó Bochart, y también lo noté yo, que el original de cartaginenses del texto de Ezequiel dice *tarsis*. *Tarsis* es lugar de la India, y también significa Cádiz, como cabeza de los tartesios. Así, los fenicios que llevaban el estaño a Tiro eran los de su colonia Cádiz, que entonces no sabían que había britanos ni lo necesitaban saber para recoger el estaño de Portugal y Galicia. La primera plata que se trajo de la América no se trajo del Potosí.

(§ 3618) Para decir algo sobre el nombre *Cicae* de las islas de Bayona, me aprovecharé de lo que dijo Bochart de la isla de la Grecia, *Cicynethum*, en la página o columna 400. Es una isla de la Magnesia de Macedonia, junto al seno Pagasético (del cual salieron los argonautas). Bochart afirma que también es fenicia la voz *cicynetho*, [103v] y la compone de *chik* y *enoth*, que suena ‘seno o ensenada de fuentes’. Acaso los fenicios pondrían el nombre de *Cicynoth* a las islas *Cicas* por alguna alusión o porque alguna de aquellas islas se parecía a la isla *Cicy-netho* de la Grecia, y poblada de fenicios. Confieso ingenuamente que este origen de la voz *cicae* viene tirado de muy lejos, desde Tiro hasta las islas de Bayona. No pienso engañar, por eso no propongo el origen, para que se crea. No vendría tan de lejos diciendo que venía del griego *cicys*, que significa ‘fortaleza’, lo que no viene mal a las dichas islas.

(§ 3619) Puse el dicho origen fenicio de *Cicae* únicamente para hacer paso a las islas de Ons, que están muy cerca de las de Bayona. Después de las *Cicas*, pone Plinio la isla *Aunios*. Por la analogía gallega hace muchos años que discurrí que la voz *Ons* viene de *Aunios*, o que es la misma voz, verbigracia: *Aunios*, [104r] *Onios*, *Ons*. También en los instrumentos se llaman las islas: *d’Ones*, *d’Onas* y *d’Oos*, y todo de *Aunios*. Los mapas holandeses las llaman las islas *Blydones*. Esas islas son fingidas, o corrupto el nombre —tanto, que un curioso gallego me preguntó qué islas eran las *Blydones* y le informé que eran las de Ons,

que tenía enfrente. El padre Harduino se tragó las islas *Blydones* y trastornó el sitio de la *Corticata*, pero no el de las *Blydones*.

(§ 3620) Plinio pone allí las islas *Cicae* (que son las Cías de Bayona) en la boca de la ría de Vigo; la *Corticata* (que hoy llaman de Cortegada) junto al Carril, en la ría del Padrón; y *Aunios* que está en la boca de la ría de Pontevedra —y en eso concuerda Harduino. Los holandeses añadieron la voz *bly* a las islas *d'Ones* y formaron la voz híbrida *Blydones*. La isla Salicora que pone Harduino es fingida, y mucho más confundiéndola con la Cortegada. Es así que está en la boca de la [104v] ría del Padrón, pero el nombre es *Sálvora* o *Sálbora*. No hay noticia de esa Sálvora gallega en los antiguos, pero sí de la isla *Silura* de los celtas que en Galicia habitaban al norte de la ría del Padrón.

(§ 3621) Las islas *D'ons* o *Dons* son hoy dos. La menor se llama *Onza* y la mayor *Ons*. Y esta parece dos en mareas vivas, porque se mete el mar entre ella y un pedazo menor, al cual llaman *Centulo*. Más cerca de Pontevedra, hay otra isla que hoy llaman *do Tambo*, pero en el año de 1105, *Thalavo*; y en el de 1116, *Tanavo*. En todas esas islas —de Cicas, de Ons y del Tambo— hubo pobladores y monasterios, y los podrá haber hoy si allí se estableciesen soldados y fortificaciones que contuviesen los moros y piratas. Harduino advierte que en algunos códices manuscritos en lugar de *Insulae Cicae*, se lee *Sicca*<sup>106</sup>. Esto favorece al nombre vulgar, islas de *Sías*, y echa a rodar la isla *Cicynetho* y abre campo para buscar otro origen. En [105r] Cellario (libro IV, capítulo 5 de su *Notitia orbis antiqui*), de la colonia *Sicca*, no lejos de Cartago y con origen a una diosa de los asirios y fenicios. Los fenicios de *Sicca* darían nombre a las islas y se llamarían *Sicca*.

(§ 3622) Este origen de las islas *Sicca* es menos inverisímil que el de la isla *Cicynetho*. Está patente, por lo dicho, que los fenicios cartagineses que iban por el estaño a Galicia, y aun los que después se adelantaron a Inglaterra para recogerle, estuvieron en las islas de Bayona. De seguro, de paso, al ir y al volver. Y con mucha probabilidad que en ellas, y en el puerto de Bayona, estarían algún tiempo de asiento, ya para recoger el estaño, si se hallaba en las islas, ya para recibir a trueque el estaño que allí traerían los de tierra firme para el comercio. Las grandes minas de estaño de las montañas de Monterrey estarían entonces corrientes. Y las minas [105v] de estaño de las vecindades de Pontevedra, que hasta ayer han estado ocultas, estarían entonces patentes y se utilizarían para el comercio con los fenicios.

(§ 3623) ¿Quién lo creería? Tentando hallar el origen del nombre *Cicae* de las islas de Bayona no quedé satisfecho. Pero, profundizando algo más, he descubierto un amenísimo campo de una recóndita erudición que, sin violencia, se podrá aplicar a las islas de Bayona y al por qué se llamaron *Insulae Deorum* y *Sicca*. Sobre este solo punto pudiera escribir algunos pliegos curiosos. Diré lo que he leído y, aunque con concisión, tomaré la agua desde sus principios. Los babilonios adoraban a la diosa Venus Urania con el nombre *Mylitha*, y la representaban en la figura de una gallina que fomenta y abriga a sus pollitos. A todo llama la Escritura *Sucoth Venoth*. Para explicarme: era esa Venus *Mylitha* una Marta con sus pollos. Si esa expresión fuese [106r] antiquísima, diría yo que no hubo tal Martha, sino *Militha*, y que en la voz *Venoth* está el origen de la voz *Venus*.

(§ 3624) Las voces *Sucoth Venoth* significan, a la letra, '*tabernacula filiarum*'<sup>107</sup>. Esto alude a que alrededor del templo de Venus de Babilonia habitaban unas mozuelas encerradas en unas enramadas como tiendas y tabernáculos, y allí tenían tienda de su cuerpo para cualquiera pasajero, y todo en honor y culto

<sup>106</sup> *Sicca*, secas.

<sup>107</sup> Tiendas de las hijas.

de la diosa Venus Mylitta o Mylitha. A lo último de Jeremías, en la epístola de Baruch, se refiere y se abomina de esas infames ceremonias. Para autorizarlas, trasplantaron al cielo esa representación con el nombre *Sucoth Venoth*, y con la figura de una gallina con sus pollos que pone el padre Kircher. El sitio que ocupan en el cielo es el lomo de signo *Taurus*, y son las estrellas que llaman *Pléyadas* y el vulgo *Siete Cabrillas*. Venus, [106v] la cabra, la gallina, por su salacidad y fecundidad, y el mes de abril por ser el tiempo de la proliferación, todo viene al caso del símbolo.

(§ 3625) Paso adelante caminando desde Babilonia hasta las islas de Bayona o *Siccas*. 700 años antes de Cristo, Salmanasar, rey de Babilonia, llevó cautivos los diez tribus de Israel y los esparció por el Oriente. Y, para llenar el hueco, hizo que bajasen a Samaria y a la Fenicia diferentes colonias de gentiles, y cada unos trajeron sus particulares dioses falsos y sus representaciones, que adoptaron samaritanos y fenicios. Entre aquellos dioses ha sido uno la diosa Venus con la representación del *Succoth Venoth*. Con el motivo del comercio, extendieron los fenicios sus dioses en sus colonias. Y, habiendo sido Cartago la principal, allí cerca fundaron la ciudad *Sicca Veneria* en [107r] honor de Venus *Succoth Venoth*. Esa ciudad estaba cerca de Tagaste, la patria de san Agustín.

(§ 3626) A esos cartagineses, pasando tantas veces por las islas de Bayona, levantarían en la mayor, porque se les antojó, un templo a la diosa Venus *Succoth Venoth*, en memoria del que dejaban en su *Sicca Veneria*. De ahí quedaría a la isla el nombre de *Sicca*, y después se llamarían todas *Insulae Siccae*. Para el nombre *Insulae Deorum*<sup>108</sup>, además de las razones que apunto en el número § 3614, me saltó a la pluma otra de nuevo, deducida de lo dicho. El padre Kircher, en la página 356 del tomo I de su *Aedipo*, llama a esa Venus y al *Succoth Venoth*, ‘casa de los dioses’: “Eum non nisi deorum domum appellaverunt”<sup>109</sup>. Y en la página 362 “Deorum matrem”<sup>110</sup>. Y pudo haber citado el principio de Lucrecio, que lo comprende todo: [107v] “Aeneadum genetrix, hominum divumque voluptas, alma Venus”<sup>111</sup>.

(§ 3627) No he querido citar autores muy clásicos, aunque los tengo presentes, porque en lo que dicen me dieron motivo para discurrir —no para conjeturar lo que ellos no han conjeturado— sobre las islas de Bayona, y su nombre de *Siccas*; y hoy, de *Sías*. Las alturas y cumbres de los montes siempre se han mirado como sitios para algún culto, verdadero o falso. También servían para que sobre los montes de la marina se elevasen torres con fuego, o para guía de los mareantes o para aviso contra los piratas y enemigos. Llamábanse atalayas, faros y fachos, y en latín *speculas*, sobre lo cual dije algo en otra parte. Plinio las llama *speculas* y *torres de Aníbal*. Habíalas en Asia, África y España. Prueba esto que los fenicios y cartagineses solitaban que hubiese esas torres para su conveniencia, y templos de sus dioses para su [108r] devoción.

(§ 3628) A la vista de las islas de Bayona están las islas D’Ons, y allí cerca, en una punta de tierra, están las ruinas a medias del faro o *specula* o torre de La Lanzada, que toda es de tierra, con algunas conchitas y guijarrillos. Y porque Plinio (libro xxxv, capítulo 14) dice que las *speculas* y *torres de Aníbal* eran de tierra porque duraban eternamente, y esto lo dice de las *torres de Aníbal* de España, y que aún duraban en su tiempo (“Spectat etiam nunc speculas Annibalis Hispania terrenasque turres iugis montium impositas”)<sup>112</sup>, asiento ya de veras que el faro de la Lanzada es obra de cartagineses, y mucho más antiguo, sin

<sup>108</sup> Islas de los dioses.

<sup>109</sup> Lo denominaron casa de los dioses.

<sup>110</sup> Madre de los dioses.

<sup>111</sup> Madre de la estirpe de Eneas, placer de hombres y dioses, alma Venus. Lucrecio, *De rerum natura* I, 1.

<sup>112</sup> Hispania contempla también las atalayas de Aníbal y las torres de tierra construidas en los acantilados de los montes. Plinio, *Naturalis Historia* xxxv, 48, 169.

comparación, que el faro de La Coruña, que todo él es de unas piedras muy grandes. Toqué con las manos los dos faros dichos, y vi las islas de Bayona y de Ons desde la orilla del continente, y así hablo con [108v] algún conocimiento.

(§ 3629) La isla Aunios que allí pone Plinio, corresponde sin duda a las islas D'Ons, —como ya dije— y a las estropeadas islas Bly D'Ones de los mapas, y en eso concuerda Harduino. Tenté averiguar el origen y patria de la voz *aunios* y no pude hacer pie fijo. Sabiendo que Bochart había escrito de las navegaciones y colonias de los fenicios, le registré y hallé que *aunac* y *anac* significaba en lengua oriental 'estaño', y que le aplicaba a unas islas. En la columna 649 de su *Phaleg* dice que *alnac*, *anac* y *aunac*, etc., significan 'estaño' y también 'plomo'. Y como se aferró que no había más islas Casitérides que las islas Británicas, y deduce este nombre de *barat-anac* ("ager, seu terra stanni et plumbi") no me agrada esa etimología.

(§ 3630) Pero para mi asunto me agarro de que *anac* y *aunac* significa 'estaño', y en vista de lo que queda probabilizado [109r] que las islas Siccas, y hoy Sías, que son las de Bayona, tienen su origen de la voz *Sicca Veneria*, ciudad del país de Cartago, parece verisímil que la voz *aunios* sea también fenicia y que los fenicios o cartagineses diesen ese nombre a las islas D'Ons, aludiendo al estaño que allí se criaba o que se sacaba del país de enfrente —como de hecho se cría hoy, como ya dije— y desde donde se ven, al poniente, las islas de Ons. Sicca es el singular de *sucoth*; y los que dicen que Benoth o Benos es el origen de la voz *Venus*, me dan motivo para creer que el nombre *baenis* que Estrabón da al río Miño cerca de Bayona, vendría de la isla Sicca Veneria o Succoth Benoth, en donde la diosa Venus Phenicea tenía un templo a imitación del país de Cartago en Sicca.

(§ 3631) Paréceme que estoy oyendo a los que con el tiempo leyeren estos papeles que ya pararon en tomos: los que [109v] tuvieran alguna lectura y literatura, harán recto juicio de la obra, sin elogiarla ni vilipendiarla; pero los que no tienen más lectura que la del párrafo de Madrid, de la *Gaceta*, de algunas coplas satíricas de algún papelacho periódico que sirva de escarbadientes después de comer, dirán divinidadas contra esta obra pero divinidadas del dios Momo. Tomarán de memoria las fatuas tradiciones de los corrillos para promoverlas entre mentecatos de su calibre. Dirán que esta obra es muy larga, atestada de latines y digresiones, y aun de puerilidades; que en toda ella no sé salir del Reino de Galicia, y que —venga, o no venga— siempre traigo al corro el país de Pontevedra. Bastantes veces he repetido que yo no escribo para imprimir, sino para mi instrucción, pues más estudio y me instruyo escribiendo media docena de pliegos que leyendo una docena de tomos, a medio dormir, bostezando y apurando cajas [110r] de tabaco.

(§ 3632) El hambre, el interés y la vanagloria y, no pocas veces, la vil adulación, que son los cuatro elementos de los más que hacen sudar las prensas, jamás entrarán a componer la complexión de mi pluma para imprimir. El por qué no me meto a ese oficio es asunto que tengo debajo de la muela para tratarle con mucha extensión. Es muy ridícula, y algo más, la nota de que siempre cargo la mano en hablando de Galicia, y con más individualidad del país de Pontevedra. Esta obra es un rasgo de la historia natural de España en sus tres reinos, para promover la agricultura, población y comercio. Para esto no he de ir a buscar los ejemplos a las Alpujarras, Batuecas y valles de los Pireneos que nunca he visto.

(§ 3633) Al contrario, he visto y pateado el Reino de Galicia y me he criado en la villa de Pontevedra. He procurado [110v] informarme de su lengua, geografía e historia natural. Esto está muy diminuto en las historias de Galicia, y muy olvidado en las historias castellanas. Si aquí he tratado del comercio antiguo del estaño, ¿he de hablar del estaño de Tierra de Campos? Lo mismo digo de los otros minerales, vegetables y pescados. ¿Qué culpa tendrá Galicia de que de ella haya dicho el malagueño Molina: "¿Qué



hay en España que aquí no se halle? Y aun faltas hay fuera que aquí no se estima”. En esta obra no hago sino probar esta verdad.

(§ 3634) Pero esta verdad la extendiendo a España, y con distribución acomodada a todas sus provincias. ¿Qué hay de bueno, útil y necesario en otras naciones que no se halle en España? Y aun faltas hay en ellas, de lo que en España no se estima. En esta verdad piensan muy poco no pocos españoles, y menos los que debieran pensar más. Si cada español curioso [111r] escribiese, a imitación de estos pliegos, otros tantos, y tan individuales, de su provincia respectiva, se sabría de raíz, y *a fundamentis*, todo lo que Dios cría en España, todo lo que la agricultura podrá promover, y todo lo que la industria podrá fabricar de los infinitos mixtos que produce la tierra. Antes de saber esto es charlatanería hablar de comercio. Para recoger aquellas noticias es indispensable considerar a España en el tiempo antiguo, en el medio y en el presente.

(§ 3635) Pregunto: y esas noticias, ¿se han de leer en librejos de sartén y en papeluchos hebdomadarios? Y si alguno las recogió en las fuentes, ¿las ha de escribir con conteras de sonetos y con centones del estilo de cartas? El punto de las Casitérides, para poner el primer conocimiento del estaño en España, es un punto de su geografía. El comercio a trueque con ese estaño retrocede a los tiempos primitivos, lo que no [111v] se podrá saber si no se habla de las naciones que han venido a España. Dicen que soy muy largo y pesado en mis escritos, y que amontono digresiones. ¿Y quiénes lo dicen? Los que o no los han leído, y, si sí, que se podrá dudar si poseían los requisitos para entenderlos. Si los entendiesen, ellos mismos verían lo que me quedó en el tintero, y que más peco de conciso que de largo y pesado.

(§ 3636) Los bárbaros legistas del siglo XIV tenían por axioma: *graecum est, non legitur*<sup>113</sup>. El axioma de hoy es: *latinum est, non legitur*<sup>114</sup>. Ya a ese se va siguiendo el otro, torciendo boca y narices y frunciendo los labios, y con escarnio: “Ese es un infolio. Ese es un libro en latín. Esa lectura ya no es de la última moda”. Pero, si esos neurospastos literarios de poquito no han de leer mis pliegos manuscritos ni la multitud los ha de leer impresos, ¿qué les importa que yo sea corto o largo, pesado [112r] o ligero? ¿Qué les importa que yo ponga o no ponga de cuando en cuando algunas digresiones? Una digresión mía ata el contexto antecedente con el siguiente, y sin ella los dos quedarían diminutos y confusos. *Obscurus fio, dum brevis esse laboro*<sup>115</sup>.

(§ 3637) Podré testificar de algunos eruditos que vienen a favorecerme que, pidiéndome algunos pliegos míos para leer, han leído de una sola asentada y sin escupir, cinco pliegos de esta mi letra de cartapacio. Esto se compone muy mal con ser yo prolijo, pesado y molesto con digresiones o episodios. Los que más me censuran son los que menos entienden. Hablo de las etimologías, que de estudio mezclo en todos mis escritos. Parece que cuando me viene a la pluma una voz castellana o gallega que sé no entenderán muchos de los gallegos y castellanos que naturalmente hablan esos dos dialectos, [112v] procuro buscar su origen y apuntarle de paso. No copiando los aciertos o desatinos que otros han escrito sobre esas voces, sino descubriendo el verdadero origen, fundado en alguna antigua y recóndita erudición.

\* \* \*

#### ETIMOLOGÍAS

(§ 3638) Es muy reprehensible que hombres que con justo título pasan por eruditos se contenten con la primer corteza y última significación de las voces que hablan. No hacen menos los niños y los anima-

<sup>113</sup> Es griego, no puede leerse. Aforismo medieval.

<sup>114</sup> Es latín, no puede leerse.

<sup>115</sup> Me vuelvo oscuro cuando me esfuerzo por ser breve. Horacio, *Arte poética* 25.

les. El gato no pasa del sonido de *miz* y *zape*. El pollino, de *arre* y *jô*. Y el niño, de *taita* y *chicha*. Pero más al caso es el papagayo que habla: “Papagayo real para Portugal”. He descubierto el por qué en España hay tanta aversión al estudio de las etimologías y escarnecer de los que se dedican a ellas. Todo procede de la suma desidia que hay de estudiar la historia natural de España en toda su amplitud.

[113r] (§ 3639) Las primitivas voces de un idioma son las que significan algún mixto de la historia natural. De esas se han derivado las demás voces secundarias, que significan otras cosas. De estas otras, etc., mudando siempre de significación en virtud de metáforas, propias o improprias. Dije, y repito, que de cien voces puras castellanas que hoy se usan, la mayor parte de ellas no se usan en su primitiva significación, sino en segunda, tercera, cuarta, quinta o sexta. Y a la corta o la larga han de ir a parar a algún mixto natural o a alguna propiedad suya que dio motivo a secundarias significaciones. Así pues, la serie cronológica del cómo las letras de una voz se fueron alterando con analogía y la serie del cómo se fueron sucediendo las significaciones son los dos polos de las etimologías.

(§ 3640) Pregunto a los que censuran mi tal cual estudio etimológico: ¿en qué [113v] libro han leído las dos series cronológicas de las voces a quien yo señalo el origen? Para las voces árabes, hebreas, griegas, latinas, francesas, italianas, inglesas, alemanas, etc. hay bastantes libros; para las castellanas, pocos; y para las gallegas, ninguno. Las voces que llevan mi principal atención son las castellanas, y mucho más las gallegas. Esto, porque no me es difícil originar una voz gallega de una de pura latinidad. Pondré aquí el acaso por donde se me excitó la afición a las etimologías, que no debo a maestro alguno.

(§ 3641) Cuando yo era mozo no dejaba pasar voz alguna, latina o castellana, que no procurase averiguar sus significados. No tomaba autor alguno en las manos cuya vida no buscarse y leyese. No tropezaba con lugar alguno geográfico, antiguo o moderno, cuyo sitio no procurase averiguar por los libros de [114r] geografía. Con el tiempo, no quise pasar por alto voz alguna de las que, a mi parecer, significaban algún mixto de la historia natural sin consultar los autores clásicos que han escrito de ella, para instruirme de sus nombres, de su naturaleza y de sus propiedades y virtudes. A estos cuatro principios fundamentales añadí el leer en bastantes instrumentos latinos, castellanos y gallegos de la Media Edad de la barbarie cuando se iban alterando las voces en cuanto a sus letras y a sus significaciones.

(§ 3642) No digo que con todo lo presupuesto haya adelantado mucho. Pero adelanté el saber que los que no entraren con esos cuatro presupuestos no podrán hablar de etimologías nuevas, ni para establecerlas ni para censurarlas, y menos para hacer escarnio de ellas y de los aficionados con la cantilena de ignorantes, que todas las etimologías son voluntarias. [114v] Ninguna de las que pongo es voluntaria: unas son evidentes, otras son muy probables, otras serán dudosas, y algunas ya yo confieso que no me satisfacen. Si me contentase con lo primero que se ofrece, diría que *Insulae Siccae* significaban ‘islas secas’. Pero “islas en seco” no convienen a las islas de Bayona; y el gallego *Sías* no tiene esa analogía, pues hoy llaman *seca* y *secas* a los estuarios o *esteiros*. Y la voz *sicca*, de África, no es voz latina, sino fenicia.

(§ 3643) Debo advertir que las etimologías que se fundan en las lenguas orientales son por lo común muy dudosas, equívocas y voluntarias. Es la razón porque las lenguas orientales (hebrea, árabiga, siríaca, fenicia, etc.) no tienen vocal escrita, pues todas son consonantes. Así, solo se atiende a las consonantes para la etimología. De eso depende que no se puede creer a ojos cerrados etimología que se quiera embarcar por [115r] árabiga. Corren muchas voces castellanas por árabigas, las cuales son latinas y, cuando más, estropeadas a lo morisco. Pero en las voces antiquísimas geográficas es preciso deferir a monsieur Bochart, que escribió un tomo de voces y etimologías de la lengua fenicia.

(§ 3644) Pongo ejemplo, después del de *Siccae* y de *Aunios*. Junto a las islas *Siccae*, o *Sicca*, que son las de Bayona, pone Plinio *insigne oppidum Abobrica*<sup>116</sup>, que según Harduino es la misma villa de Bayona. Separando la terminación común *brica*, que significa ‘pueblo’, queda *abo*, o *abbo*, o *ubo*, que según Bochart, columna 475, significa ‘ensenada o estanque’, y cuadra admirablemente a la concha de Bayona. ¿Qué importará que esas etimologías fenicias no sean totalmente ciertas? Eso no quita el que sean ciertos los andamios en que las fundé. De manera que en las etimologías verdaderas instruye mucho la erudición que precede, y en las muy dudosas o falsas, no ellas, sino [115v] lo que suele preceder, instruye a veces más que lo que precede a las evidentes.

(§ 3645) Yo no soy andaluz, ni jamás he estado en aquel delicioso país. Tampoco tengo tintura de la lengua fenicia. Pero el erudito andaluz que leyere los antiguos autores griegos y latinos, y que tuviere presente el citado *Phaleg* y *Canaan* de Bochart, podrá escribir un tomo curiosísimo de todo su país; y ninguno extrañará que repita el andaluz y elogie la Andalucía —sin acordarse de Galicia, en donde nunca ha estado. Desde la columna 598 de Bochart, en donde está este título *Phoenices in Baetica Hispaniae*, se continúan veinte columnas, que he leído, y todas tratan de los países entre el Mediterráneo y el Guadalquivir, entre este y el Guadiana, y entre ese y el cabo de San Vicente y el Tajo. Los pueblos al oriente se llamaban tartésicos y los del poniente túrdulos o turditanos. Pero algunos autores confundieron unos con otros.

(§ 3646) En ese país había muchas y famosas ciudades, y entre ellas sobresalía Cádiz, por haber sido a donde llegó y por donde entró [116r] el Hércules tirio, o el jefe que condujo los prófugos cananeos y fenicios que Josué expelió de la Palestina. Esa época es ciertísima, y sucedió más de 1400 años a. C. Pero la época más hacia nuestros tiempos es la de los cartagineses con el capitán Amílcar Barca (padre del famoso Aníbal), los cuales, con el pretexto de favorecer a los gaditanos, se entraron en España el año de 517 de la fundación de Roma, o 235 años de Cristo, penetraron tierra adentro; vencieron muchas naciones y se apoderaron de sus riquezas. De manera que antes de ese año ya los pueblos dichos de la Andalucía eran de origen fenicio y usaban de sus letras, de sus supersticiones, de sus costumbres, y habían participado de sus artes y ciencias.

(§ 3647) Lo que más hace a mi asunto es que todo aquel país estaba cultivado y poblado, más que hoy; que era fertilísimo en todo género de frutos de tierra; abundante de ganado; y todo él atestado de todo género [116v] de metales (oro, plata, hierro) y lo que es del caso, abundante también de estaño. Aludiendo a esto, se dijo del dios de las riquezas, Pluto (distinto de Plutón), que habitaba debajo de la tierra de Andalucía. Tanta abundancia de todo atrajo a España fenicios, cartagineses y romanos: unos para el comercio, otros para dominar y otros para robar. Habiendo allí tantos metales, es creíble que allí hubiese artífices e inteligentes para manipularlos y que esa habilidad se extendiese por España y se comunicase a Galicia.

(§ 3648) Tengo una prueba singular de todo lo dicho, y la cual no trae Bochart. Esta es que en aquel país se adoraba el dios Vulcano, aludiendo al hierro y otros metales. Entre las antiquísimas monedas de España desconocidas pone don Luis Velázquez ocho, y todas tienen de un lado Vulcano con sus tenazas y una inscripción con letras fenicias. Solo allí se descubren esas monedas, como también las monedas [117r] gaditanas con su cabeza de Hércules y los atunes. Pero estas monedas son posteriores a las otras, porque Hércules con la piel de león y con la clava no es el Hércules tirio —proprio dios de Cádiz y en donde tenía su celebrado templo—, sino el Hércules tebano, al cual vistieron los griegos y romanos de

<sup>116</sup> La insigne ciudad de Abobriga. Plinio, *Naturalis Historia* IV, 20, 112.

hazañas ajenas. El Hércules tebano ha sido uno de los argonautas que existieron muchos años después de Josué, cuando vino a España el Hércules tirio o fenicio. Lo demás, y mucho, se podrá leer en Bochart.

(§ 3649) De todo lo dicho, arreglándome a la geografía y cronología, infero que cuando se llevaba el estaño a Tiro antes de Nabucodonosor, ni se traía ni se podría traer de Inglaterra, pues no había noticia de tales islas. Digo que el primer estaño le llevaban los cartagineses —o como dice el original— los *tharsios* o tartesios, del país de Cádiz, que eran primitivos fenicios. Al principio le sacarían del país, pues [117v] el río Guadalquivir llevaba arenas de estaño. Gustaría ese metal, y como no había abundancia, le irían descubriendo en otras partes, siguiendo por Los Algarves, Portugal y Galicia, y como tan ambiciosos y avarientos, no pararían hasta llegar a Inglaterra y buscar allí el estaño, y así naturalmente se compone todo.

(§ 3650) Por lo mismo, teniendo allí tanto hierro —y con abundancia— en Galicia, comenzarían comerciando con el suyo y así irían prosiguiendo. Lo mismo digo de la plata que tenían. Ezequiel no habla de oro, sino de plata, hierro, estaño y plomo: esto es prueba que en tiempo de Ezequiel, o no estaban descubiertas las grandes minas de oro en Galicia, o que aún no las conocían fenicios, cartagineses y gaditanos, por estar muy tierra adentro en Val de Orres. En donde hay conjuradores no faltan endemoniados, y en donde hay avarientos que busquen metales no faltarán mineros o de ejercicio o como asociados. Esto se [118r] vio en Madrid el año de 1725, cuando un embustero alquimista fundó la cofradía de los asociados, a lo que se sacaría de las minas de plata de Guadalcanal.

(§ 3651) En la América es hoy muy común esa peste de mineros, y más guerra harían a nuestros enemigos dedicándose a la agricultura y a las artes fabriles que no apurando saber cuánto dista el infierno de su avaricia, a puro profundizar en la tierra. También los antiguos españoles trabajaban las minas de oro, plata, cobre y hierro, pero en ninguna parte más que en la Andalucía. De sus naturales, con el nombre de *turditanos*, dice Estrabón que eran los más advertidos e ingeniosos de los españoles. Añade que tenían sus leyes en verso con más de seis mil años de antigüedad. No sería poca la de seiscientos años. Acaso tendrían el Pentateuco samaritano, pues los samaritanos y fenicios, aunque no eran judíos, usaban del Pentateuco en su lengua. [118v] Acaso dirían que en ese libro se trataba de la creación del mundo, y contarían seis mil años desde Adán, y los ignorantes los entenderían de la antigüedad del libro o leyes.

(§ 3652) Es sentir común que los egipcios eran muy diestros en la metalurgia, y los que hoy están enfatuados de la piedra filosofal creen que los egipcios sabían la *chrisopeia*, o el arte de hacer oro *ex quolibet*<sup>117</sup>, y transmutar los metales. Es mentira. El argumento de las infinitas riquezas que así ellos como los hebreos, fenicios y babilonios tenían, es argumento que tenían el oro, no de que le hacían. La provincia de Tombut, en el centro de África, es tan abundante de oro en su superficie, que allí tocan a recoger el oro lavando la arena, sin que se trabaje alguna mina. Lo mismo sucede en partes de la América, en las orillas del Sil y del Tajo. El padre Kircher, en el tomo III de su *Oedipo egypciaco*, trata con extensión [119r] de la alquimia de los egipcios, que solo se reducía a sacar el oro de donde le había, no a fabricarle con polvos de la Madre Celestina.

(§ 3653) Supone que las montañas de Etiopía abundan de oro y que el río Nilo que las baña desprende de ellas infinitas arenas de oro y que arrastra hasta Egipto. Supone también que varios cascotes de Egipto estaban llenos de granos de oro. ¿Cuál era pues su alquimia? Lavar bien el lodo del Nilo y triturar bien los cascotes o morrillos, y después valerse del fuego para sacar y purificar el oro. La mentira de que los egipcios hacían oro aún estaba en su auge en tiempo del rey don Alonso el Sabio. Encaprichose de que-

<sup>117</sup> De lo que fuese.



rer hacer oro y para eso trajo gitanos de Alejandría. Escribió dos libros con nombre de *Tesoro*. El primero no es suyo, sino que le mandó traducir en castellano del *Tesoro* de Bruneto Latino, que he visto manuscrito y he leído todo.

[119v] (§ 3654) El segundo es el *Tesoro de alquimia*, cuyo original o copia manuscrita en pergamino está en la Real Biblioteca, en donde le vi. Pero antes había tenido en mi poder otra copia manuscrita en papel. Todo está en versos de arte mayor, pero cifrados con 267 caracteres fingidos. Tiene al principio unos de esos versos con letras castellanas y por ellos me instruí de ese *Tesoro*. Después, por un raro acaso, vi en el forro de un libro extranjero los mismos versos impresos en castellano que, por estar en el código con tantos caracteres fingidos no pude leer. Después de leídos, me pareció una grandísima patarata ese *Tesoro*, y más instructivo es el primero de Bruneto. Aún se conserva la vulgaridad de que ese Rey hizo oro por sus grandes gastos, pero también se conserva la certeza de que dejó pasar un imperio, y que perdió su mismo Reino. Si sabía hacer oro, sería como el judío Samuel Leví, tesorero del rey don Alonso el Último, que [120r] hizo veintidós millones de reales —como ya dije— con la piedra filosofal que usan los de aquella raza. Hoy es el siglo también de esos alquimistas.

(§ 3655) El Vulcano de Andalucía, del cual aún se conservan monedas, es sin duda el dios de los metales. Ya he leído en la columna 712 de Bochart que se formó de la voz *tubalcain*. Llámase en griego *hephaestus*, y en el dialecto dórico, *aphaestos*. Bochart dice que estas dos voces se formaron de *af-esto*, *pater ignis*<sup>118</sup>. La voz que significa ‘*ignis*’ es *esto*, y las cuatro letras hebreas con que se expresa me parece que son las cuatro letras fenicias que se hallan en las monedas de Vulcano: una *aleph*, un *schin*, un *thau*, y otro *aleph*. El mismo origen tiene la voz *vesta* para significar ‘la diosa del fuego’: “Nec tu aliud Vestam, quam vivam intellige flammam”<sup>119</sup> —dijo muy al caso Ovidio.

[120v] (§ 3656) El primitivo Vulcano ha sido rey de Egipto y allí se veneraba como dios. Ese dios pasó a los fenicios y a otras partes. Heródoto (libro III) refiere las maldades y locuras que Cambyzes hizo en Egipto. Entró en el templo de Vulcano, e hizo escarnio de su estatua. Dice que la figura era como de un pigmeo y muy parecida a los mamarrachos que tenían las proas de las naves fenicias, y esos se llamaban *pataicos*. Así pues, el Vulcano que se adoraba en Andalucía o vino de Egipto o de la Fenicia, o de las dos partes en diversos tiempos. El hecho es que en ningún país más que en la Andalucía tendría que trabajar Vulcano a causa de su suma abundancia de metales preciosos, imperfectos y minerales.

(§ 3657) Poco harían los fenicios con transportar a aquel país el culto del dios Vulcano, si no trajesen el modo de manipular y beneficiar los dichos metales e instruyesen a los naturales para que se dedicasen [121r] a ese ejercicio. Desde allí, se comunicaría ese conocimiento a otros países de España. El cómo, cuándo y por dónde no lo sé. Creo que, comunicado a los turditanos, sus vecinos, estos le irían entablando por todas las costas occidentales de España, desde Los Algarves hasta el cabo de Ortegal. Ya dije que desde allí vinieron en tropas los celtas, turditanos y acaso algunos fenicios, mezclados todos. Atravesaron la Lusitania, Extremadura y Galicia, e hicieron pie fijo en la Galicia septentrional. Estos han sido la mayor parte, pero diferentes pelotones se quedaron en algunos países del camino que les gustaron mucho, o por amenos, o por despoblados, o porque reconocieron que abundaban de metales.

(§ 3658) Es bien sabido el embarazo que esos tunantes han tenido en la Limia y a orillas del río Limia. Murióseles el generalísimo y, aturdidos, unos retrocedieron y se olvidaron de sus compañeros, otros

<sup>118</sup> Padre del fuego.

<sup>119</sup> Y tú comprende que Vesta no es otra cosa que una llama viva. Ovidio, *Fasti* VI, 295.

[121v] pasaron y también se olvidaron de los desertores y marcharon adelante, otros pasaron el río Limia, pero se quedaron derramados entre el río Limia y el río Sil, y en sus orillas. De eso vino al río Limia el nombre *Lethes* (*Oblivionis*) y, con el tiempo, *fluvius oblivionis*<sup>120</sup>. Este famoso *fluvius oblivionis*, o el río Limia, que en Estrabón se llama *Limaea*, se hizo desde entonces famoso por el olvido, y Estrabón dice que le llamaron algunos *Beliona*, a la latina, derivado sin duda de *Oblione*. Ese río Limia nace del lago que aún hoy llaman lago Bion o Beón, que vi a alguna distancia, y conjeturo que se llamó así como el lago del río Oblivion.

(§ 3659) Aquel olvido, o verdadero o imaginado, de los celtas y turdetanos, pasado el río Limia o *Lethes*, no se olvidó jamás. Antes bien, por los años de 120 antes de Cristo, al querer pasar ese río Bruto, llamado “el Gallaico”, no le querían pasar [122r] sus tropas, temiendo olvidarse de los suyos (“Formidatum militibus flumen oblivionis”<sup>121</sup> —dice Lucio Floro) y para desimpresionarlos le pasó Bruto el primero. El mismo Estrabón afirma que muchos de los celtas y túrdulos o turditanos quedaron dispersos por aquellas cercanías: *ibidem dispersos*. El río Limia, aunque es visible después del lago Beón, tiene su nacimiento en las fuentes de otros ríos menores que entran en el dicho lago, y no están lejos de ellas las famosas minas del estaño de Monterrey.

\* \* \*

#### SILIO ITÁLICO: COMENTO A SUS NOTICIAS SOBRE GALICIA Y LOS GALLEGOS

(§ 3660) Es del caso saber hacia donde nace el río Limia, para entender dos versos de Silio Itálico en libro I:

“Quique super Gravios lucentes volvit arenas  
Infernae populis referens oblivia Lethes”<sup>122</sup>.

*Lethe*, *Lethes* en griego, es *Oblivio, onis*. Así, el río Limia no se debe llamar *Lethe*, sino *Lethes*, en genitivo, supliendo *potamos* o *fluvius oblivionis*, y en los versos *Infernae Lethes*, alude a el olvido que causaban las [122v] aguas del río Lethe del Infierno. Por el *lucentes volvit arenas*<sup>123</sup>, creen algunos que Silio confundió el Limia con el Miño, siendo muy distintos y distantes. Pero no es todo oro lo que reluce. Así, o Silio creyó que también el Limia llevaba arenas de oro o supone que llevaba arenas de plata y de estaño, que resplandecían más que las del oro. Yo digo que aún hoy llevan arenas de oro y de cobre y de plata y de estaño: de todos esos metales se hallan en las minas de estaño en Monterrey y yo tengo algunos cascos de las venas. Acaso no habló del Miño, por ser tan notorio lo de sus arenas de oro.

(§ 3661) Véase aquí por donde se comunicaría el estaño a los puertos de mar para el comercio a trueques. Mediante el comercio del estaño, que había precedido —y acaso el de otros metales— sabrían muy bien los fenicios, turdetanos y celtas de las costas de Andalucía, cuán rico era de todo [123r] género de metales todo el país de Galicia, y eso les movería a hacer aquella trasmigración, para utilizarse en ellos como más inteligentes que los naturales. No sé en qué año antes de Cristo ha sido el tránsito del río Limia. Algunos le ponen hacia el año de 296, pero deseara ver autor antiguo que lo dijese. Me llevé no pocos petardos leyendo por autores de ayer acá creyendo que escribían sobre lo que dejaron escrito los antiguos.

<sup>120</sup> Río del Olvido. *Lethes* se refiere al mítico río Leteo, derivado del griego *leté*, ‘olvido’.

<sup>121</sup> El río del Olvido, que aterrorizaba a sus soldados. Floro, *Epitome* I, 33, 12.

<sup>122</sup> Que agita las brillantes arenas en los Gravios y evoca a los pueblos los olvidos del infernal Lete. Silio Itálico, *Punica* I, 235-236.

<sup>123</sup> Agita las brillantes arenas. Silio Itálico, *Punica* I, 235.

(§ 3662) La terrible sequía de veintiséis años en España después de la muerte de su rey Abides, suponía que constaba de los antiguos o como fábula o como historia. No hay nada de eso: ha sido capricho de algún ocioso que no tenía qué escribir. Mariana dice que Abides concurrió con David, y extraño que queriendo minorar mucho la dicha sequía no recurriese a Elías, en cuyo tiempo hubo la sequía de tres años y medio en Palestina, y acaso se extendería a España (como las pestes y terremotos). La peste universal de España [123v] del siglo XIV vino del Levante y entró por Almería. Cuarenta y dos meses de sequía eran bastantes para que se despoblase grande parte de España, y con esa ocasión trasmigrarían a ella los celtas, entrando por el Rosellón. Elías vivió novecientos años antes de Cristo, pero la trasmigración de los celtas y turdetanos a Galicia ha sido muchos años después.

(§ 3663) Pero los bastantes para que cuando el Grande Aníbal quiso pasar a Italia, ya los gallegos estaban muy diestros en la inteligencia de todo género de metales y adiestrados en fabricar de ellos todo género de alhajas y manufacturas. Y siendo su principal ejercicio la guerra (“Segne viris quidquid, sine duro Marte gerendum est”<sup>124</sup> —como de ellos dijo Silio Itálico) se infiere que manejarían con especialidad su hierro, acero, cobre, etc., para fabricar armas defensivas y ofensivas, y fabricar algunos adornos para ellos valiéndose de sus metales preciosos. Asentada, pues, la abundancia de metales en España y en [124r] Galicia, y el antiguo comercio a trueques, falta decir algo de sus manufacturas. Solo pondré el ejemplo de Silio Itálico, que dice que todas las armas de Aníbal para ir a poner terror a los romanos las fabricaron los gallegos.

(§ 3664) Esta singular noticia que Silio Itálico trae en favor de Galicia y de sus metales y en elogio de las manufacturas de sus naturales los gallegos, pide que me detenga un poco. El poeta Silio Itálico, del primer siglo de Cristo, no era gallego, sino romano-andaluz. Desde el verso 395 y contando 60 versos más de su libro II, se halla con extensión toda la noticia. Unos apenas la tocan, otros la tocan muy por alto y otros la desprecian por ser de autor poeta —y más creíble es que ese desprecio sea porque es en favor de Galicia, cuyo nombre ni aun quisieran sus émulo de polaina y varapalo.

(§ 3665) En todo poeta se debe separar lo que supone de lo que finge. Finge Silio [124v] que las armas de Aníbal se fabricaron en Galicia. Es pura materialidad que eso haya sido verdad o mentira, pero es evidente lo que Silio supone: que los gallegos entre todos los españoles eran los más diestros en fabricar todo género de armas. Así, no dice Silio Itálico que las exquisitas armas de Aníbal las fabricaron andaluces, catalanes, toledanos o vizcaínos, sino los gallegos: “Callaicae telluris opus<sup>125</sup>... Callaicae fecere manus<sup>126</sup>”. Cuando oí leer el poema castellano *La Proserpina* reí mucho cuando Plutón le dijo a Proserpina que le daría una muestra de Quare. Por los años de 730 eran las más famosas muestras de Europa las del inglés Quare. ¿Quién podrá negar esta verdad en aquel poema, aunque el poeta fingiese que Plutón usaba muestra de Londres? Los poetas se valen de lo más exquisito de su tiempo para realzar alguna cosa del tiempo anti-quísimo. La duda está en si Silio Itálico tuvo presente la incomparable [125r] habilidad de los gallegos de su tiempo en fabricar armas para realzar las armas preciosas de Aníbal o se supone que ya en tiempo de Aníbal tenían y ejercían esa habilidad. No afirmo positivamente que sí, si bien de la trasmigración de los celtas, turdetanos y fenicios al país de los metales de Galicia mucho antes de Aníbal, se infiere que los gallegos se instruirían en la metalurgia y en las manufacturas de metales con el ejemplo y enseñanza de aquellas naciones, que venían del país en donde se adoraba a Vulcano.

<sup>124</sup> “Los hombres realizan con indolencia cualquier tarea, a no ser la guerra”. Silio Itálico, *Punica* III, 351-352.

<sup>125</sup> Obra de la tierra galaica. Silio Itálico, *Punica* II, 397.

<sup>126</sup> La hicieron manos galaicas. Silio Itálico, *Punica* II, 417.

(§ ↓3667) Pero si, como creará cualquiera, atendió Silio Itálico a los gallegos de su tiempo y a su exquisita habilidad para el manejo de los metales, infiero tres consecuencias en favor de Galicia. Primera, que en eso no fingió el poeta cosa alguna, sino que escribió lo que era notorio, y más diciendo Plinio el Júnior que más tuvo Silio de historiador que de poeta. Sería un fatuo mentecato [125v] y tonto el que hoy imprimiese el catálogo de las armas que el Rey había dado a su hijo, y de los dijes y joyas que había regalado a su hija, si ponderase que las joyas las habían fabricado los sayagueses y las armas los maragatos. Era muy docto y discreto Silio Itálico para cometer semejante fatuidad: ha sido cónsul, vivió 75 años, murió al principio del imperio de Trajano y, así, cogió todo el siglo de Augusto.

(§ 3668) La segunda consecuencia es que si la dicha habilidad de los gallegos era tan notoria en tiempo de los apóstoles, es preciso que esa habilidad preexistiese con más o menos perfección retrocediendo muchos años. Ese género de habilidades mecánicas ni se adquieren ni se perfeccionan en poco tiempo. De ahí se infiere que en tiempo de Aníbal no eran negados los gallegos a la manipulación de los metales. Esto con especialidad en cuanto al hierro, al cobre y al estaño. Dudo si el oro era objeto de su manipulación en cuanto a minas [126r] por lo que dijo Trogo Pompeyo, compendiado por Justino, cuyo texto ya queda explicado.

(§ 3669) La tercera consecuencia es que si Silio habla únicamente de la habilidad de los gallegos de su tiempo, tenemos cuanto se puede desear. En tiempo de los apóstoles estaba en su mayor auge y perfección el dibujo, pintura, escultura, estatuaria y arquitectura en el Imperio romano —esto se ve en los tomos que van saliendo de lo que se desentierra en la ciudad de Herculano, que se abismó el año de 70 de Cristo. Luego, si en tiempo de Silio Itálico tenían los gallegos las habilidades que les supone, salen otras muchas consecuencias en singular elogio de Galicia. Estas son que tenían conocimiento de todo género de metales, pues todos los tenían en su país, que los sabían buscar, fundir y ensayar, que los sabían trabajar en todo género de manufacturas, alhajas y cosas curiosas, [126v] y, finalmente, que para coger el fruto de su trabajo hacían con esas manufacturas un comercio muy lucrativo.

(§ 3670) Véase aquí el fin que me he propuesto en este escrito tratando del reino mineral de España y con especialidad de Galicia: este es que los que fueren para ello imiten a sus antepasados que vivían hace ahora más de 1650 años. El país es el mismo. Los minerales y metales acaso hoy son más. Las aguas y el clima no se han mudado. El número de personas, por lo que toca a Galicia, no se ha minorado —antes, creo que es mucho mayor. Los ingenios, en el fondo, son los mismos, aunque en su país no estén muy cultivados. Esto se convence con el ejemplo de los gallegos que salen fuera y los dedican o a artes fabriles o a ciencias especulativas, pues pocos les echan el pie delante. De ellos dice san Isidoro: “Naturali ingenio callent”<sup>127</sup> —esto lo dijo el santo después de doscientos años que la barbarie se había apoderado de [127r] de Galicia.

(§ 3671) Tan cierto es que la barbarie y la falta de cultivo no alteran lo substancial de los ingenios. Sobre este pie y por todo lo dicho se debían establecer en Galicia todo género de manufacturas de metales, no tanto de los preciosos, cuanto de los imperfectos (estaño, cobre, hierro, etc.), pues esas manufacturas son las que más conducen para el comercio. Debe permitir el Rey, y aun mandar, que el estaño de Galicia —pues, como ya dije, es mejor que el de Inglaterra— se extraiga de la tierra, que se beneficie y que se utilice en manufacturas para un lucrativo comercio dentro y fuera de Galicia. Y sacudirnos de la barbarie de traer de fuera, a costa de extraernos tantos millares de doblones, lo que acá tenemos con tanta abundancia y de mejor calidad.

<sup>127</sup> Poseen ingenio natural. Isidoro, *Etymologiae* VI, 110.

(§ 3672) Quisiera saber qué privilegio tiene el estaño sobre el hierro para que [127v] este no se traiga de fuera porque le tenemos en casa y, teniendo en casa el estaño, se haya de traer de fuera. Supongo que para las armas de Aníbal y para otras semejantes, harían el principal papel el hierro y el acero, y que los otros metales entrarían para adornos. No ignoro que en los siglos muy remotos eran las armas de bronce, como ya queda dicho en otra parte. Para las armas de Aníbal han concurrido casi todos los metales. Dije que Silio Itálico empleó sesenta versos en la descripción de esas armas. No tengo noticia de que haya alguna versión castellana, o en verso o en prosa, del poema de Silio Itálico, *De bello punico* (libro XVII), y más útil sería esa versión para España que la de Virgilio y las chapuceras que se hacen de libros franceses.

(§ 3673) Por esta razón, reduciré a breves cláusulas todo el contexto de Silio Itálico. Dice que los pueblos del Océano español [128r] presentaron a su grande capitán Aníbal un escudo o broquel muy resplandeciente, y que era obra de Galicia.

“Ecce autem clypeum, saevo fulgore micantem  
oceaní gentes ductori dona ferebant  
Callaicae telluris opus”<sup>128</sup>.

Claudio Dausqueio dice que todo era dorado —*inauratum*<sup>129</sup>— y alaba la propiedad del poeta: “Dextere ferrum et metalla tractare norunt Callaici”<sup>130</sup>. También le presentaron un hermosísimo morrión con muchos adornos, timbres y penachos —*galleamque*<sup>131</sup>—; sobre todo una espada y una hasta, o lanza: “Ensem unum et multis fatalem milibus hastam”<sup>132</sup>. Supongo que la espada y la punta o hierro de la lanza estarían en la última perfección acerca de las aguas de río Chalybe o Cabe, o del río Bilbili o Bibey, ambos de Galicia; de los cuales y de sus aguas para templar el hierro ya dije bastante con Justino.

(§ 3674) Es de notar que la loriga, peto o cota que los españoles occidentales presentaron a Aníbal no era como las comunes [128v] que se conservan en las armerías y salen en la Semana Santa con el Santo Sepulcro. Era de las verdaderas cotas de malla que se dijeron así no (como dijo Covarrubias) de *malleo*, (‘martillo’), sino de *macula*, que en Cicerón significa ‘el agujero de las redes’ y hoy se conserva en la red *trasmallo*. Así, la cota de malla es cuyo cuerpo representa una red con sus mallas. Los cordeles eran cadenillas entretejidas:

“Praeterea textam nodis auroque trilecem  
loricam, et nullo tegmen penetrabile telo”<sup>133</sup>.

La voz *trilecem* significa que la cadenilla se componía de tres lizos de eslabones, o de tres cadenillas simples y más delgadas. A las hojitas del taray y de una erica rastrera llamaron los griegos *tetralices*, o de cuatro lizos, por representar un cordoncito tejido naturalmente como un dedo de las disciplinas.

(§ 3675) Dice el poeta que todo lo dicho era de bronce o cobre y de un finísimo y duro acero y salpicado de adornos de oro que brillaban mucho y alegraban la vista:

<sup>128</sup> He aquí el escudo, reluciendo en cruel brillo, que los pueblos del Océano llevaban a su caudillo Silio Itálico, *Punica* II, 395 y ss.

<sup>129</sup> Completamente dorado.

<sup>130</sup> Los galaicos conocían cómo trabajar el hierro y los metales con gran destreza Claude Dausque, editor de Silio Itálico, *Punica*, Parisiis, apud D. Douceur, 1615.

<sup>131</sup> Y un casco. Silio Itálico, *Punica* II, 397.

<sup>132</sup> Una espada y una lanza portadora de muerte para muchos millares de hombres. Silio Itálico, *Punica* II, 400.

<sup>133</sup> Loriga entrehilada tres veces con oro, tejido impenetrable a arma alguna. Silio Itálico, *Punica* II, 401-402.



[129r] “Haec aere, et duri Chalybis perfecta metallo;  
Atque opibus perfusa Tagi, per singula laetis”<sup>134</sup>.

No dice que el oro era del Tajo, pues no sobraba en Galicia otra cosa que oro, como consta del *auro-que triligen*<sup>135</sup>. No quiso el poeta repetir la voz *aurum*, y así le llamó con el rodeo de *riqueza del Tajo*. Esa cota era impenetrable a toda punta de espada, venablo, lanza, etc. Supongo que de esas cotas se conservarán algunas en las armerías. Yo solo vi en Galicia dos que llevaban dos armados en una pareja que iba en una cabalgada que se hizo en Pontevedra por el nacimiento de Luis I.

(§ 3676) En el escudo, y repartida por todas las armas, estaba dibujada y esculpida toda la *Historia de Carthago*, con la desalmada ficción que Virgilio inventó de las entrevistas de Eneas con Dido, que jamás se vieron ni se pudieron ver. Con todo, dice nuestro poeta Silio que Aníbal se embelesaba contemplando la dicha historia.

“Lustrat ovans oculis, gaudetque in origine regni”<sup>136</sup>.

Se representaba a Dido fundando la ciudad [129v] de Carthago. En la excavación se halló la cabeza de un caballo, que los cartagineses tomaron por insignia, que aún hoy se ve en muchas de sus monedas antiguas que trae Lastanosa:

“...Caput effosa tellure, repertum  
Bellatoris equi”<sup>137</sup>.

También se representaba a Eneas que, prófugo y náufrago, aportaba con los suyos a Cartago, y a Dido que ya comenzaba a mirar con buenos ojos al troyano Eneas.

(§ 3677) Silio Itálico imaginó que estaba esculpido todo cuanto después fingió Virgilio de los amores de Dido y Eneas (que todo ha sido una patraña), como así mismo lo de la cueva a la cual se retiraron los dos amantes:

“Hinc et speluncam, furtivaque foedera amantum  
Callaicae fecere manus”<sup>138</sup>.

No dudo que para representar ese lance tan climatérico se escogerían las manos y habilidad de los más diestros gallegos en el dibujo y en la escultura, y de modo que supiesen guardar el decoro a la honestidad [130r] y no omitiesen primor alguno del arte. Habiendo dicho ya Silio Itálico que todas las armas eran obra de los gallegos (“Callaicae telluris opus”), el inculcarse aquí que la representación de la fatal *spelunca*<sup>139</sup> toda era de manos gallegas (“Callaicae fecere manus”), tiene mucho de un sobresaliente elogio de las habilidades de los gallegos.

(§ 3678) Ese singular elogio (“Callaicae fecere manus”), mientras estuvo olvidado en el poema de Silio —que no pueden leer los romancistas—, estuvo fuera del tiro de la ignorante envidia. Pero después que

<sup>134</sup> Habían sido fabricadas en bronce y duro metal cálido. Y brillaban salpicadas de la riqueza del Tajo, alegrando la vista. Silio Itálico, *Punica* II, 403 y ss.

<sup>135</sup> Entrehilada tres veces con oro. Silio Itálico, *Punica* II, 401.

<sup>136</sup> Todo lo contemplan sus ojos brillantes y se alegra de los orígenes del reino. Silio Itálico, *Punica* II, 405.

<sup>137</sup> La cabeza de un caballo de guerra que extrajeron de la tierra. Silio Itálico, *Punica* II, 410-11.

<sup>138</sup> Aquí también la gruta y los furtivos lazos de sus amantes la hicieron manos galaicas. El clamor sube a las alturas. Silio Itálico, *Punica* II, 416-17.

<sup>139</sup> Cueva.

lo pudieron leer todos, bastó la envidia de media docena para querer desterrarle del mundo, no substituyendo cosa mejor en el hemisiquio. Lo que no tiene duda es que por lo que todos hemos visto en nuestros tiempos, Silio Itálico solo fingió lo que copió de Virgilio, no en la propiedad de aplicar a los gallegos del tiempo de Aníbal o del siglo de Augusto la notoria habilidad [130v] para manipular y manufacturar todo género de metales, y sin pedir prestada la destreza para la escultura y el dibujo. Ojalá los gallegos de hoy se dedicasen como sus antepasados, que yo aseguro se repetiría el elogio: “Callaicae fecere manus”.

(§ 3679) El enorme paracronismo que Virgilio cometió en lo mejor de su *Eneida* es tan grande, gordo y garrafal, y contra toda la verdadera y asentada cronología, que no puedo persuadirme a que haya procedido de engaño. Pero la impía y desalmada adulación conque apostrofó a Augusto en sus *Georgicas* me hace creer que su paracronismo procedió de su vil adulación a Augusto y a los romanos. Es preciso distinguir aquí muchas cosas. Primera, la guerra de Troya. Esta es preciso concederla y admitir su época. Segunda, la fuga de Eneas y su venida a Italia. De la fuga no se duda y de su venida dudan muchos. Tercera, esa venida es una trastornación [131r] de la *Odisea* de Homero, y Virgilio aplicó a Eneas las jornadas de Ulyses en el Mediterráneo, y lo que Homero dijo de Ulyses —que había estado en África y que allí hubo de quedar enamorado de la frutilla del árbol loto (que es el árbol que en Aranjuez es único y llaman muy mal el *palo santo*). Virgilio llevó a Eneas a África a enamorarse de Dido, que había de nacer de allí a 200 ó 300 años.

(§ 3680) En esto está el paracronismo desaforado de Virgilio. A eso añadió la injuria a la reina Dido de hacerla poco menos que ramera, habiendo sido muy casta. El capítulo 17 del libro v de los *Saturnales* de Macrobio todo es contra Virgilio en este asunto, y Macrobio no acaba de contar los manifestos hurtos que Virgilio hizo de los autores anteriores, así griegos como latinos, con solo mudar los nombres. [131v] Así, los amores de Medea y de Jasón los transplantó entre Eneas y Dido, y a estos llama “Fabula lascivientis Didonis, quam falsam novit universitas”<sup>140</sup>. Todos conocían que era fábula, y por la hermosura del verso todos la leían: “Tantum valuit pulchritudo narrandi”<sup>141</sup>.

(§ 3681) San Agustín, paisano de Dido, ha mirado con enfado que esa solemne patraña tuviese tanto curso, y echa la culpa a los gramaticastros —“Venditores grammaticae, vel emptores”<sup>142</sup>. He leído a Macrobio, y no es posible que los que tanto se apasionan por Virgilio contra nuestro español Luciano, hayan leído a Macrobio. No obstante, los años pasados molieron al auditorio con la ópera *La Dido-ne abandonata*. Harto mejor título sería: *La patraña de Virgilio contra Dido, abandonada y ridiculizada*. Dije que Silio Itálico [132r] imitó a Virgilio. Así pues, las representaciones en las armas de Aníbal eran patrañas, pero bien esculpidas por la destreza de los gallegos: “Tantum valuit pulchritudo sculpendi. Callaicae telluris opus. Callaicae fecere manus”. Por último, es pura materialidad que los gallegos fabricasen o no las armas de Aníbal, pero es de mi asunto el que si Silio refiriese como historiador, y en prosa, alguna guerra de España de su tiempo, diría que los gallegos habían fabricado las armas del más famoso capitán.

(§ 3682) Prosigue Silio Itálico refiriendo que estaban esculpidas en las armas de Aníbal todas las mentiras y patrañas que inventó Virgilio contra la verdad, contra Dido y contra toda verosimilitud. ¿Qué cosa más inverisímil que, estando aún calientes las cenizas de Troya, introduzca a Eneas [132v] en el templo

<sup>140</sup> Farsa de la lasciva Dido que todo el orbe sabe que es falsa. Macrobio, *Saturnalia* v, 17, 5.

<sup>141</sup> Tanto éxito tuvo la belleza de su narración. Macrobio, *Saturnalia* v, 17, 6.

<sup>142</sup> A los vendedores de gramática, o a los compradores. Agustín, *Confesiones* i, 1.

de Cartago contemplando con la boca abierta (“animum pictura pascit inani”)<sup>143</sup>, pintada ya allí toda la guerra de Troya? Esto es como si un poeta dijese de Colón que había visto en la isla de Guanahaní, pintada en un templo, la conquista de Granada. Y no es menor la otra inverisimilitud de que contase Eneas a Dido toda la historia que ya sabía por las pinturas y por los que las habían hecho. Todo ha sido para aprovechar Virgilio los versos de Homero y repetirlos con mil mentiras, contradicciones e inverisimilitudes.

(§ 3683) En nada de eso se paró Silio Itálico. Quiso imitar a Virgilio, no corregirle. Así dice que también estaba esculpida la *pyra* (‘hoguera’) en la cual se echó Dido, viéndolo Eneas desde sus naves. A este tenor pone Silio otras representaciones del tiempo de [133r] Aníbal. Finalmente, dice que acabadas las armas se las aplicó Aníbal, y puesto en una altura conminó a los romanos:

*Tali sublimis dono, nova tegmina latis.  
Aptat concutiens humeris, celsusque profatur:  
Heu quantum Ausonio sudabit arma cruore.  
Quas belli vindex poenas mihi curia pendes*<sup>144</sup>.

A dos palabras se redujeron sus amenazas: a que se las había de pagar el Senado de Roma, y que sus armas habían de sudar sangre de los romanos.

(§ 3684) No he podido ser ni más breve ni más claro en la explicación del prolijo texto de Silio Itálico. Debo advertir que el clípeo de Aníbal no tanto era escudo largo cuanto broquel redondo, pues en el libro IV le hace Silio circular u orbicular:

*Isque ubi Callaici radiantem tegminis orbem  
Extulit, et magno percussit lumine campos*<sup>145</sup>.

No he citado a Silio Itálico para punto histórico de los gallegos, sino para mostrar su destreza en el manejo de todo género de metales. [133v] En el libro III trata Silio en once versos de los gallegos y de sus costumbres. Dice que Galicia envió, para seguir a Viriato, una porción de jóvenes gallegos, y la llama *rica* aludiendo a sus metales preciosos: “Misit dives Gallaecia pubes”<sup>146</sup>, “hos Viriathus agit”<sup>147</sup>. Y saliendo a campaña los gallegos contra los romanos, es creíble que contra los mismos saliesen también antes otros muchos en compañía de Aníbal. También es de notar que las damas de Sagunto usaban de vestidos adornados de oro gallego (“Callaico vestes distinctas matribus auro”)<sup>148</sup>, y no es pequeña señal de que los gallegos comerciaban con su oro.

\* \* \*

#### EXPLORACIÓN DE MINAS Y EXPLOTACIÓN DEL HIERRO

(§ 3685) A la verdad, ya habrá advertido el lector que mi principal asunto en este escrito no es la historia eclesiástica ni civil de España, ni tampoco de Galicia, sino la historia natural en sus tres reinos. Si

<sup>143</sup> Alimenta su alma de una imagen muerta. Virgilio, *Eneida* I, 464: “Sic ait, atque animum pictura pascit inani”.

<sup>144</sup> Con tales dones destacado, aplica sus prendas agitando sus anchos hombros y desde un lugar elevado dice: ¡Ay, cuánto habréis de sudar de sangre ausonia armas mías! ¡Oh, curia, qué castigos cuelgan sobre ti de mi venganza! Silio Itálico, *Punica* II, 453 y ss.

<sup>145</sup> Sacó el redondo escudo de su protección galaica / Y golpeó de gran luz los campos. Silio Itálico, *Punica* IV, 326 y ss.

<sup>146</sup> La rica Gallaecia envió su juventud. Silio Itálico, *Punica* III, 345.

<sup>147</sup> A estos los conduce Viriato. Silio Itálico, *Punica* III, 354. Cf. 350-356.

<sup>148</sup> Las madres tenían vestidos señalados de oro galaico. Silio Itálico, *Punica* II, 602.

alguna vez me divierto, o es para aclarar un punto de geografía antigua, o para explicar una voz por medio de la analogía y de la etimología; o para apurar la propiedad de algún mixto. Y todo, y siempre, con la mira a la agricultura, [134r] población y comercio. A no ser por utilidad del comercio, no me hubiera detenido tanto en el problema de la longitud y en el arbitrio de hacer potable la agua marina. Por la misma razón del comercio, me he detenido en el reino mineral y hablé con extensión del estaño, pues no hace doce días que un castellano leído, erudito y docto me dijo que siempre había estado en la inteligencia de que el estaño no se hallaba en España. Mostrele un pedazo de estaño, ya puro, y ensayado de las minas de Monterrey, y quedó admirado.

(§ 3686) Del hierro de Galicia ya dije bastante con Justino, del cobre ya todos saben cuán excelente es. Separando pues las minas de plata y de oro —por ser reservadas— digo, propongo y deseo que en Galicia se establezca, *a fundamentis*, un comercio del hierro, estaño y cobre, no solo en barras y en bruto, sino especialmente en manufacturas de esos tres metales [134v] tan precisos. Para eso no necesitan los gallegos salir de Galicia. Estoy persuadido a que, si alguno informare al Rey del número excesivo de doblones que anualmente extraen de España los extranjeros a título de estaño, informándole al mismo tiempo del mucho y selecto estaño que se cría en sus reinos, no dejará de mandar que se utilice el estaño español.

(§ 3687) Pero debo advertir que ni por pienso se ha de soñar en compañías públicas Reales, con singulares privilegios, exclusivas, y aún en caudales del Rey. Ese género de uniones son una maula, como se palpa en la compañía para el cacao —y no me olvido de haber pronosticado que jamás compraríamos el cacao como antes, por más que se prometiese que sí. Cuando se formó la compañía de la seda, solo fue para subirla. En Galicia hay muchas fábricas de hierro, y allí no hay memoria de compañía alguna real con exclusiva. En Pontevedra y en otras partes de Galicia, hay compañías, [135r] en pelotones, de mercaderes asturianos, sin protección ni exclusiva.

(§ 3688) El Rey es igualmente Rey de todos sus vasallos, para que por sí o por sus tribunales se les administre justicia sin acepción de personas ricas o pobres, nobles o plebeyos, comerciantes de alto vuelo o buhoneros de tienda portátil, labradores o jornaleros, y de seculares o eclesiásticos: de todos esos accidentes del vasallo debe prescindir el que debiere dar *ius suum unicuique*<sup>149</sup>. El tolerar compañías con título de Reales para intimidar a todos, y con exclusiva de todos los que no estuvieren alistados en la tal compañía de una corta porción de hombres, es permitir el monopolio y que el *ius* de todos los que no están alistados se transfiera a solo un pelotón de individuos, que son los vasallos que menos contribuyen de lo propio para las cargas de la corona —antes, todos son tributarios de ellos, [135v] sin excluir al mismo Rey.

(§ 3689) ¿Qué necesitan Pedro, Juan y Diego de la especial y amplia protección del Rey, de un juez privativo, de formar una odiosa pandilla, de excluir a todos los demás, para que, uniendo los tres sus caudales, ganen su vida con un comercio lícito y honesto y sujeto en todo a la jurisdicción ordinaria? El vasallo que en un lugar padece una pronta vejación de esos adocenados, ¿a dónde debe recurrir para que se le haga justicia? Le dirán *ad kalendas graecas*. A un intendente de Galicia que pensaba se estableciese en aquel Reino una compañía real de fábricas de lienzos, le hice ver que sería la total destrucción de Galicia. Me dijo que había treinta mil telares de lienzos, y esto sin compañía.

(§ 3690) Repúsele yo: pues si se piensa en aumentar el lienzo, piénsese en que haya sesenta mil telares de particulares, quitando todo tributo de la linaza. El Gran Turco [136r] exenta de tributos a los que

<sup>149</sup> Su derecho a cada uno. Variación de la tradicional definición de justicia de Apiano: *dare suum cuique*.

en la isla de Scio cultivan los lentiscos para sacar la almáciga, o su goma, o mastique. No pagan sino media capitación —según Tournefort—, y, con todo, percibe el Turco más de cien mil pesos. Tan cierto es que más percibiría el Rey aliviando a la multitud que concediendo libertad a unos pocos para que la opriman. Con las compañías particulares, non con las Reales, se ha de promover en España el verdadero y útil comercio. Sobre ese pie digo que en España, y en especial en Galicia, se unan algunos particulares ricos, agregados algunos inteligentes, para buscar los metales, fundirlos y trabajarlos en obras grandes y en manufacturas pequeñas. No de otro modo que lo que se efectúa con el hierro. Multiplíquense las fábricas del hierro y se multiplicarán los cerrajeros. De ese modo habrá géneros metálicos bastantes [136v] para el comercio dentro y fuera de Galicia, y aun para enviar a la América.

(§ 3691) No crea alguno que lo que con tanta individualidad he dicho de la excelencia del hierro de Galicia con Trogo Pompeyo o Justino, y lo que con Silio Itálico dije que las armas de Aníbal se habían fabricado en Galicia, solo escribí todo eso por ostentar erudición y para abultar este escrito. En nada de eso he pensado. Pensé sí en encadenar esas dos especies singulares de Galicia para persuadir a los gallegos de hoy y futuros, que se dediquen al conocimiento del reino mineral de su país, y a adquirir alguna práctica de los metales y a utilizarlos en diferentes manufacturas que les sirvan para el comercio. No digo que se metan a mineros ambiciosos, a embusteros fantásticos y a fanáticos alquimistas, sino que usen de los metales como usan de la piedra, de la madera, de los cueros, etc., para fabricar diferentes obras comerciables.

[137r] (§ 3692) Les debe llevar su principal atención su hierro, por ser tan excelente. Debemos suponer que las fábricas del hierro que hay en Galicia están hoy como las dejó Tubalcaín, no como las dejaron los romanos. He visto algunas que no me dieron grande idea de los que andaban en la fábrica. Al Colegio de Bolonia siempre han ido y van algunos estudiantes de tales y tales obispados con el fin de instruirse, y no sería menos útil que de los obispados de Galicia se enviasen algunos muchachos agudos y de genio a donde hay fábricas famosas de hierro y de acero, así en grueso como por menor, para que se instruyesen en toda la metalurgia y volviesen a su país a ser útiles para todos. Será vergonzoso el reparo de que el Reino de Galicia no podría sustentar esos muchachos por el tiempo preciso, sustentando tanto holgazán advenedizo [137v] a costa del público.

(§ 3693) El clima y cielo de Inglaterra no son mejores que los de Galicia. Los metales de Galicia, aunque entre el estaño, son de mejor calidad que los de Inglaterra. Los ingenios y manos de los ingleses, mirados en el fondo, ninguno probará que exceden a los ingenios de los gallegos, a no querer confundir la mejor educación y mayor cultura con el ingenio. Un inglés criado desde niño en una aldea de Galicia, es el que se ha de comparar con un niño gallego criado en Inglaterra, para quilatear sus ingenios. El más famoso cerrajero que los años pasados hacía raya en Madrid era un borgoñón. Arrimósele para servirle y mover los fuelles, un pobre y rústico gallego. Este procuró imitar tanto la habilidad de su amo en la manipulación del hierro, que aún hoy son las más celebradas las herramientas del [138r] gallego.

(§ 3694) De todo se infiere que si en Galicia, como en otras partes, hubiese buenos maestros que supiesen enseñar y que educasen bien a los muchachos y les cultivasen sus ingenios en todo género de artes fabriles y mecánicas, y para el acaso en el manejo de todo género de metales, presto se restituirán los dos textos citados: “Callaicae telluris opus; Callaicae fecere manus”. Y en verdad que en tiempo de Silio Itálico no se decía otro tanto de los ingleses. Ni es adulación ni ponderación ni sistema fantástico lo que propongo. No es rara la experiencia de hallarse en diferentes rincones de Galicia algunos hombres gallegos iliteratos de una suprema habilidad práctica para manufacturas delicadas del hierro y de madera, y



esto sin preceder maestro alguno. ¿Qué sería si hubiese algunas escuelas en donde ese arte se enseñase [138v] *a fundamentis* y con maestros que no fuesen idiotas?

(§ 3695) En el libro VI, título VI, ley primera de la recopilación, se halla una ley de los Reyes Católicos promulgada en Tarazona el año de 1495. Mándase “que los hombres de mediano estado y hacienda, hayan de tener corazas, casquete, espada y puñal, y una lanza de veinticuatro palmos y medio, pavés o escudo de Pontevedra o de Oviedo”. No dejo de admirar que en Pontevedra se estableciese la fábrica de los escudos, o paveses, para todos, y no parecerá inverosímil que allí se fabricasen también algunas armas de acero —espadas, verbigracia. Escribí a Pontevedra para que me avisasen de esa antigua fábrica de escudos y armas, y de nada me pude instruir, sino que constaba de la citada ley del año de 1495.

(§ 3696) Pensando en esto me acordé [139r] que había leído un testamento antiguo de Gonzalo Pérez, notario de Pontevedra, otorgado en el año de 1381. Entonces copié de él algunas cláusulas formales que aquí harán al caso. Por las mandas que hace, se conoce que el tal notario Gonzalo Pérez era muy docto, rico y militar. Dice: “Mando ô meu rondel claro. Item, mando á miña espada do ferro de Reymon”. De esto infiero que *rondel* no significa ‘vestido’, sino el clipeo, broquel o rodela, por ser de figura redonda. La *espada de Reymon* alude sin duda a que allí había fábrica de espadas, y que las más preciosas eran las que fabricaba, templaba y pulía el gallego Reymón, que corresponde a Raymundo y Ramón. Allí da noticia del *Degredo* (Decreto de Graciano), de la VII Partida, del Ordenamiento de Alcalá, del Foro de León (o *Fuero juzgo*) del *Speculum del belovacense*, [139v] del *Speculum de durando*, del Inocencio (el III) y del archidiácono. Este testamento está en el Colegio de Léz.

(§ ↓3698) Reflexionen en los legados de este testamento manuscrito del año de 1381 los que tolean que haya tanta peste de notarios y escribanos en España. Pídaseles que señalen un notario o escribano de hoy que llegue a Gonzalo Pérez de Pontevedra. Si los dos mil quinientos escribanos que dicen hay en el arzobispado de Santiago fuesen la centésima parte tan doctos como nuestro erudito Gonzalo, no estarían tan mal empleadas las plumas. Reparo que, entre los libros que tenía, no hay autor relativo a Justiniano. El *Fuero juzgo*, las *Partidas* y *Ordenamiento de Alcalá* (el ordenamiento de los Reyes Católicos aún no había nacido, ni tampoco esos reyes): aquellos libros comprendían las leyes patrias. Los otros, el puro derecho canónico. El fárrago de Justiniano [140r] aún no había entrado en España, ni jamás se le dejó entrar en la monarquía española, y ya había más de cuatrocientos años que no hacía papel en el imperio oriental, en donde había nacido después de promulgados los sesenta libros de los Basilicos.

(§ 3699) Lo que hace más a mi asunto es que por los años de 1381 ya eran famosas las espadas de Reymón, fabricadas en Pontevedra, y que se fabricaban los broqueles, rodela y escudos correspondientes. Cuando los Reyes Católicos pusieron la ley citada el año de 1495, no mandaron que en España, o en Pontevedra, se estableciese fábrica de escudos, sino que todos usasen de los escudos que allí se fabricaban de tiempo inmemorial, pues eran los mejores. Hoy sería ley ajustada que se usasen las escopetas de Ripoll y de Olot en Cataluña. Sin pensar en ello, salta a la pluma una honrosa consecuencia, esta es: que las armas (o a lo menos los escudos) de los conquistadores [140v] de las Indias eran de la fábrica de Pontevedra.

(§ 3700) Ya no parecerá exorbitante el pensamiento de Silio Itálico, cuando dijo que el escudo y armas de Aníbal eran fabricados en Galicia, y por manos gallegas. Pues los escudos de tantos Aníbales que han pasado a la América —no de paso como Aníbal a Italia, sino para conquistarla y poseerla— han sido fabricados en Galicia y por manos de gallegos de Pontevedra, según la ley de los Reyes Católicos. ¿Y quién duda que de esos escudos se debía decir con justicia: *Callaicae telluris opus... Callaicae fecere manus?* La

carabela en que salió Colón se llamó *La Gallega*, según Oviedo, y era dedicada a Santa María, aludiendo a la patrona de los de Pontevedra.

(§ 3701) Es mucho concurrir el que Henrique IV diese —como dio— a Pontevedra el privilegio de una feria de treinta días, quince antes y quince después de la fiesta de San Bartolomé, [141r] patrono de la villa; el que los Reyes Católicos hubiesen dado —como dieron— a todos los mareantes de la villa el privilegio de que no los pudiesen ajusticiar sino como a nobles, no siendo por delito de alta traición; el que los mismos reyes mandasen que todos usasen escudos de la fábrica de Pontevedra, y el que la carabela de Colón se llamase *La Gallega* y se llamase y estuviese dedicada a Santa María. Es mucho concurrir todo eso, digo, para que sea inverosímil que la mejor nave argos *Gallega*, o la carabela en la cual, montado Colón, descubrió en su primer viaje el Nuevo Mundo, haya sido fabricada en el arrabal o pescadería de Pontevedra, y que se dedicase a Santa María la Grande (que así llaman) que es la patrona de todos los marineros en parroquia separada.

(§ 3702) Nada de todo lo dicho subsiste hoy. No la feria, pues como otras muchas [141v] de otros lugares, se ha quitado o se ha perdido. Poco sabían del verdadero comercio los que influyeron en eso. Pocos años hace que la ciudad de Lugo volvió en sí, después que allí se estableció la feria por la fiesta de su patrono San Froilán. Todo el comercio antiguo de España solo estuvo floreciente y universal cuando las ferias eran multiplicadas. Con ellas todos, todos, comerciaban vendiendo sus frutos y comprando los ajenos, y sin el peligro de naufragios, de piratas y de enemigos, y con el peligro manifiesto de comerciar con Neptuno los géneros que van o que vienen de la América, a trueque de muertes desastradas.

(§ 3703) No la fábrica de los escudos, o paveses —estos se han desterrado después que se introdujo el batallar con espada y daga, y la daga y la espada ancha ya hoy son alhajas de gabinete o solo salen a vistas en las mojigangas, y según [142r] la poltronería marcial de los caballeros, vendrá tiempo en que los espadines se reduzcan a unos costosos alfileres para prenderse —la fábrica de las carabelas se acabó del todo en España, después que se inventó el fabricar navíos monstruosos de línea. No a estos, sino a las carabelas —como ya dije en otra parte— debe España lo que tiene en la América. Antes, en cualquiera puerto se podía fabricar una carabela, pero un navío de línea solo se podrá fabricar en un astillero.

(§ 3704) La nobleza por privilegio de los mareantes creo que aún se conserva, con no pocos chafallos —y no es el menor la suma pobreza y miseria en que se hallan, con tantas levas para la Marina a todas partes, de donde los que vuelven a sus casas vuelven más cargados de plomo que de dinero. El privilegio que más necesitan de pronto [142v] ha de ser el que solos los gallegos puedan pescar en sus mares, y prohibir que extranjero alguno que no estuviere matriculado en Galicia pueda ir a aquellos mares a pescar o a impedir las pesquerías de los naturales. Sobre este pie se fundó la matrícula de los marineros, privando a los de tierra el que se metan a pescar. Luego, con más razón se debe atajar la avaricia de los del Mediterráneo, que no saben pescar sino apurando las semillas de todos los pescados.

(§ 3705) En cada país hay esta o la otra determinada proporción para tal o tal comercio. No hay Reino que tenga más proporción que el de Galicia para el comercio de los pescados. Y si no, señálese cuál es el que tiene veinte rías muy caudalosas. Pero sobre la historia natural de los pescados y sobre su comercio, ya dejo escritos veinte pliegos. Aquí solo voy [143r] hablando de los metales y de su comercio en grueso, en obras grandes y en manufacturas delicadas. Suponiendo que cuanto dije y dijere, se debe aplicar en general a toda España, debo individualizar aquí el asunto aplicado a Galicia, porque tengo más noticias de ese Reino.

(§ 3706) Pondré el ejemplo en el hierro, el cual se debe extender también al estaño y al cobre, con proporción. Cerca de las minas se han de colocar las fábricas de los metales en bruto y en barras. No muy lejos de ellas, las fábricas de las manufacturas grandes y gruesas. Y en los puertos de mar, por no ser apropiado para las dos fábricas, se han de multiplicar las fábricas de las manufacturas menores y delicadas, que sin abultar el volumen ni el peso, se puedan transportar para un comercio muy lucrativo. Los cerrajeros del rincón que en Madrid [143v] llaman la *puerta cerrada* han hecho grandiosos caudales con tijeras, cuchillos, navajas y otras herramientas de cortar.

(§ 3707) Ante todas las cosas, se debe pensar mucho, y muchas veces, en que las barras de hierro salgan de un hierro especial, escogiendo la vena, el carbón y aun el agua. De eso dependerá después la mejor o peor calidad de las manufacturas. Para conseguir este fin no se debe aquietar el dueño de la herrería con lo que le dijeren los oficiales o cíclopes, ni aún el que entre ellos hace de Vulcano y que llaman *El Aroza*. Todos son de un calibre de idiotas, sin harapo de conocimiento de física ni de metalurgia, y que por lo común, a puro marchar en hierro frío, suelen olvidar el oficio, como el herrero de Mazariegos. Esos serán buenos para ejecutar lo que un inteligente metalurgo les prescribiere. Y para que no falten esos metalurgos, [144r] que hoy no hay, propuse ya que se envíen muchachos gallegos a países de famosas minas para que estudien esa facultad.

(§ 3708) Aquí vuelve el famoso texto que ya perifrasede de Justino sobre el celebrado hierro de Galicia, entre los ríos Cabe y Bibei. Póngase uno en lo más alto de El Cebrero. Eche la vista a los treinta y dos vientos. Digo que el terreno que abrazan todas esas caídas debe ser el teatro en donde se ha de buscar el hierro de Justino y las aguas, que eran más fuertes que el mismo hierro. De seguro, en todas las cabeceras y laderas del río Cabe. El río que pasa por la herrería de Rugando, en el Valle de Quiroga, se llama Soldón. Si ese nombre vino de *solidare*, correspondiente a *templar*, pide especial atención y experiencia ese río.

[144v] (§ 3709) Manuel Swedemborgio, juez y asesor de todos los metalurgos de hierro y de cobre de todo el Reino de Suecia, en su tomo II, página 164, pone un grande mapa de toda la Siberia en dos pliegos de papel, y señala en él todos los sitios en donde hay minas y fábricas de hierro y de cobre. No es mucho que habiéndose ya hecho esto con la Siberia, proponga que también se debe hacer otro mapa de El Cebrero y de todas sus caídas, con los montes, ríos, lugares, y con los sitios de las minas y herrerías, concurriendo algunos paisanos para los nombres vulgares. Ese mapa, prescindiendo de las herrerías de otras partes de Galicia, debe ser la clave para entender a Justino y Silio.

(§ 3710) La ladera meridional de este mapa corográfico de El Cebrero y de todas sus caídas, ha de ser el curso del río Sil de oriente [145r] a poniente, desde el monasterio de Carracedo, de cistercienses, hasta el de benedictinos de San Esteban de Ribas de Sil, cerca de donde se entra en el Sil el río Miño. Todos los ríos que se entran en el Sil por el lado del norte, todos tienen sus fuentes y nacimientos en el terreno del ideado mapa de El Cebrero. De todos los ríos que entran en el Sil por el mediodía no se han de poner en el mapa sino las confluencias. De ese modo quedará muy espectable el Montefurado con toda individualidad. Y después que el Sil pasó todo por el boquerón u ojo de puente natural, se representará la confluencia al mediodía del famoso río Bibei (o *Bilbilis*) que ya trae incorporados el río Navea y el río Xares, que baja de las minas del cobre.

(§ 3711) Este género de mapas particulares, [145v] si son exactos, instruyen infinito, y mucho más si el terreno, aunque quebrado y montuoso, está vestido de vegetales, y brotando minerales por todas sus quebradas, cual es la riquísima montaña de El Cebrero —la cual, en lo antiguo, era también riquísima de

anacoretas santos y monjes, y dejaba muy atrás el *Athos* o el monte santo de los griegos. He leído los nueve viajes que el suizo Juan Scheuzero hizo subiendo, bajando, cruzando y atravesando por todos los Alpes de los cantones, o suizos. El título de esos viajes curiosos es *Itinera Alpina*, en dos tomos en cuarto atestados de muchas láminas y planes topográficos.

(§ 3712) No son esos viajes como otros de algunos viajes ignorantes y embusteros. El dicho Scheuzero era físico, matemático, historiador natural y singular botanista, y aun anticuario. Con esas [146r] habilidades entró a registrar y escudriñar los Alpes, aprovechándose de todas ellas: vivientes, minerales, metales, aguas medicinales, vegetales de los Alpes, todo ha sido objeto de la contemplación de Scheuzero; y sobre todo las alturas, distancias geográficas e itinerarias de unos montes con otros —y todos dibujados a lo vivo, de modo que con esos tomos se podrá pasear uno por los Alpes helvéticos sin levantarse de su silla. Un solo Scheuzero que hubiese en Galicia o que pasase allá y peregrinase por toda la montaña de El Cebrero y sus caídas a los treinta y dos vientos, sería más útil para Galicia que un regimiento de suizos *vinum consumere nati*<sup>150</sup>.

(§ 3713) Quisiera que, a imitación de lo que Scheuzero averiguó en los Alpes, se dedicase alguno o algunos físicos, historiadores naturales y metalurgos a averiguar lo que Dios ha criado en las montañas de El Cebrero, que en los privilegios se llaman también Alpes. Junto al priorato de El Cebrero [146v] hay un montezuelo muy alto, cuya cumbre es el mejor, más alto y más vistoso punto de visión de todo el Reino de Galicia. El horizonte es de una extensión inmensa. Pero para el mapa ideado se ha de acortar mucho ese horizonte. Colóquese en la cumbre del dicho montezuelo una grande aguja de marear graduada, y con los treinta y dos vientos, y con un catalejos que circule. Imagínese que esa cumbre es el centro de toda la montaña con seis leguas, poco más o menos, a los treinta y dos vientos. Y ese círculo, u horizonte, comprenderá todo el terreno para el mapa.

(§ 3714) Antes de todas cosas se debe formar el mapa en general de todo el terreno, pero por los rumbos y rayos que del centro vayan a cortar la circunferencia. Para discernir los lugares y sitios de las extremidades es preciso que concurren algunos paisanos expertos, para que den los nombres vulgares y señalen las distancias itinerarias. Sobre este pie han de entrar a hacer el mapa, acompañados siempre de dos o tres del [147r] país, los dos o tres eruditos que han de registrar toda la montaña. Esto podrá ser por el mes de agosto, cuando ya las nieves no embaracen.

(§ 3715) Lo que se debe advertir, notar y escribir en el mapa y en los papeles de los viajes es lo siguiente. Las alturas y distancias por líneas y por el barómetro; los grados de calor por el termómetro. La fuente y el nacimiento de todo río, por pequeño que sea, cuánto tiene de curso y el sitio en donde se incorpora con otro, con los nombres vulgares. El sitio en donde se saca la vena y el sitio en donde se hace el carbón, y los montes que sirven. Sobre todo, todos los sitios en donde actualmente hay herrerías; los vegetales que parecieran singulares; todo mineral que se encontrare y en donde. Estoy en que en la montaña hay mucho hierro, mucho cobre, mucho oro. No sé si tiene estaño. Si le tiene también tendrá plata. Esos metales, [147v] unos estarán ocultos y otros manifiestos. El principal cuidado se ha de poner en descubrir los ocultos y calcular si allí se podrán hacer fundiciones. También se deben notar los sitios en donde hubiere ruinas de edificios, de eremitorios, de minas antiguas, sin olvidarse de las inscripciones.

(§ 3716) Toda la montaña de El Cebrero del mapa es un eterno e inmenso pizarral de diferentes calidades. En virtud de lo que ya dije de las pizarras, creo firmemente que en esa montaña habrá mármoles

<sup>150</sup> Nacidos para consumir vino. Variante de *fruges consumere nati*. Cf. Horacio, *Epistulae* 1, 2, 27.

preciosos, piedra imán, piedras hematites, cristal de roca, piedras preciosas, amianto y talco y carbón de piedra, si se sabe buscar; y se debe buscar con un cuidado nimio. Si allí se halla el carbón de piedra, será un tesoro para multiplicar herrerías y para la fundición de todo género de minerales y metales. Todos los granos de oro que desde los fenicios acá precipitan las avenidas de lluvias al río Sil, se desprenden de las minas de oro, que están ocultas en la dicha montaña del mapa [148r] ideado; y es muy cierto que en donde hay minas de oro, no están lejos las del cobre.

(§ 3717) Dirá alguno que todo este proyecto es parto de una fantasía ociosa. Y yo diré que los que dijeren eso serán abortos de la misma ociosidad española y gallega. ¿Qué cosa propongo aquí que no hayan practicado y practiquen las naciones extranjeras? ¿Qué no darían esas por tener una montaña de El Cebrero, preñada como está, en sus países? El monte de oro que Justino puso en Galicia, y que la nimia *auri sacra fames*<sup>151</sup> de los romanos transportó de veinte en veinte mil libras de oro anuales a Roma, si como quiso Carrillo era el Montefurado, ese corresponde al terreno del mapa —como asimismo el sitio de Que-reño, en donde hoy se recoge el oro, con más abundancia, lavando las arenas del Sil.

(§ 3718) Los que fueren tan enemigos de la patria que censuren este proyecto u otro equivalente, por suponerlos muy [148v] alcanzados de libros y de lectura, quiero que pregunten y se informen de los que saben la conducta de otras naciones en cuanto a la mineralogía y metalurgia. Sabrán que, con el estudio de la historia natural y con la aplicación a las fábricas y manufacturas, tienen una América en su país y nos sacan casi todo el dinero que vamos a buscar a las Indias, pero ¿con qué géneros nos emboban, nos burlan y nos engañan como a monicongos? Con fútiles bagatelas y costosas fruslerías y, cuando más, con géneros que no sobra otra cosa en España, como dije del estaño. Lo peor es la rapazada de las modas y monadas con que se apuran los dotes de las señoras.

(§ 3719) Apostaré que si el que censurare mi proyecto es español, y de conveniencias, y afecta ser de la moda, no tendrá sobre sí cosa que no haya venido de sobre mar, o haya atravesado los Pireneos. Sombrero, corbatín, chupa, casaca, camisolas, medias, hebillas, jarreteras, caja, alfiletero, [149r] espadín, etc., todo habrá venido de longas tierras. ¿Y hay valor para llamar a esto comercio? Es equidad que nos venga de fuera lo que no tenemos ni podemos tener. Así pues, aunque no tenemos (o tenemos poco) conocimiento de la historia natural, pero le podemos tener, sería razón que tomásemos de los extranjeros, imitándolos, ese conocimiento de la historia natural de España, para entablar un verdadero comercio. Es queja de todos los cordatos patriotas que no afectamos imitar a los extranjeros en lo mucho que tienen, sino en lo mucho malo que hacen rebosar en España.

(§ 3720) Es innegable que ellos tienen cátedras de Historia natural, de Botánica y de Artes mecánicas. ¿Por qué no los imitamos en eso? Poco hace que los franceses fundaron en Bretaña una Academia de Agricultura. ¿Por qué esa útil moda no se introduce en España? Hace algunos años vino en la *Gaceta de Madrid* que los florentines habían fundado academias de agricultura [149v] como del arte más útil para el Estado, y con desprecio de todas las superfluidades especulativas en que se gastaba el tiempo. ¿Por qué no los imitamos en eso? ¿Qué cátedras tenemos dotadas para enseñar la historia natural, la agricultura, la botánica y la física mecánica experimental? ¿Qué ha adelantado España con tantas cátedras para porfiar y sostener tenazmente un partido?

(§ 3721) Piensan las naciones (y piensan bien) que no sabiendo con individualidad lo que Dios cría en sus montes, en sus tierras y sus mares y en sus campiñas para hacer el comercio con esos mixtos y tra-

<sup>151</sup> Maldita hambre de oro. Virgilio, *Eneida* III, 57.



bajarlos en manufacturas para lo mismo, jamás podrán costear lo que necesitaren si les ha de venir de fuera. He oído a un vizcaíno que entran en el país cien mil doblones anuales a título de su hierro y esos mismos y algo más salen para costear [150r] el vino que entra anualmente en Vizcaya. Se podrá decir que los vizcaínos tienen sus viñas en donde tienen la vena del hierro: supongo que allí ya estarán bien registrados los montes.

(§ 3722) No sobra en Galicia otra cosa que vino y, así, el útil que redituase la montaña de El Cebrero y de sus minas se podría emplear en otras cosas. Además, que en la misma montaña hay muchos valles que dan vino o le podrán dar: sobre todo, está rodeada del Bierzo, Val de Orres, Quiroga, Tribis, Caldelas, Lemos, etc., países todos de vino, por lo cual si en la montaña se multiplican los trabajadores podrán comprar el vino con conveniencia. Una propiedad tiene la dicha montaña, y es que aunque a su tiempo es muy fría, no lo es por el clima, sino por el mucho nitro de que abunda. A eso se debe atribuir el que allí sean regaladas las carnes, los quesos, las verduras, que toda esté vestida de [150v] vegetables, y que abunde de algunos muy selectos y raros.

(§ 3723) He oído a don Luis Mosquera, marqués de Aranda y de Guimarey, natural de Pontevedra y hoy fiscal de Indias, que estando de fiscal en Méjico había dado veinte pesos por la flor que llaman *martagón*. Aturdiose cuando le dije que en la montaña de El Cebrero, del Oribio y en las caídas de Samos nacía naturalmente en el monte, y que yo había traído de allí una cebolla y que, puesta en un tiesto, había producido esa hermosísima flor que es un *lilium floribus reflexis*, y en el país se llama *perendós* —esto es, *prende-hueso*, *prendeosso*— porque consolida dos huesos quebrados. Digo esto porque si un botanista acompaña a los que han de escudriñar la montaña, podrá recoger selectos vegetables e indicar el sitio en donde se hallaren y el nombre vulgar.

(§ 3724) Todo lo dicho lo atribuyo a la abundancia del nitro y a la misma el [151r] estar tan llena la montaña de todo género de minerales y metales diferentes. De manera que sin salir de esa montaña se podrá escribir una historia natural curiosa en sus tres reinos. Dudo que en parte alguna de España haya las monstruosas truchas que hay en aquellos ríos, pues de las que llaman *bicales* son comunes las de una arroba castellana. Me he detenido en describir la montaña de El Cebrero porque a los que pasan por allí se les representa una estéril montaña de la Escythia, y que solo la habitan las fieras. Confieso que todo un mes de agosto me divertiría viendo y cruzando esa montaña.

(§ 3725) Si se forma el proyectado mapa de El Cebrero, como propongo, se ha de imprimir y esparcir para ejemplo. No hay provincia alguna de España que no tenga algún monte elevado y espectable con prolongadas caídas y faldas al horizonte. Si en él hay minerales, [151v] si hay tradición que en él se beneficiaron minas y si hay señales físicas de que no puede menos de ocultar veneros, se debe formar un mapa de todas esas alturas y registrarlas todas al modo que dije de El Cebrero. Para ese registro y escrutinio han de concurrir paisanos e inteligentes prácticos y debe ser el norte de todos la historia natural en sus tres reinos. Es creíble que si no se encuentran los mixtos que se buscan, se tropezará con los mixtos que no se buscaban y que acaso tendrán más utilidades.

(§ 3726) Aún sin salir de Galicia, si sale bien lo de El Cebrero, se podrán formar otros mapas individuales de otras montañas arrinconadas que deben prometer mucho. Dije que desde el principio del río Lérez hasta el país de Creciente, sobre el río Miño, corre una cadena de montes de norte a sur con los nombres de Seixo, Suído y Cañiza. [152r] Sobre lo más alto del Suído se debe colocar la aguja de marear para formar el mapa por rumbos como el de El Cebrero. Desde aquella altura, mirando al poniente y a cosa de seis leguas poco más o menos, se registra y divisa toda la costa del Océano con las rías de Bayo-

na, Vigo, Pontevedra y Salinas. Hacia el oriente no es tan divertida la vista, pero se registra tierra de Lugo, Ribadavia, Orense, Limia y aún algo del país de Sanabria.

(§ 3727) De manera que el que estuviere en lo más alto del Suído si mira al poniente verá el inmenso Océano y si mira al oriente alcanzará hasta la Sanabria, y sin moverse de un sitio verá todo lo largo de Galicia. Voy al caso y al asunto. Dicen que poco hace que a la mitad de la caída del Seixo hacia Pontevedra se han descubierto dos minas de estaño en las dos aldeas de Gayola [152v] y Cendón, y que en el lugar de Muradas —que está en la caída del mismo Seixo al oriente— se descubrió otra mina de estaño. Esto persuade que el Seixo está lleno de estaño al poniente y al oriente. Esta noticia es muy reciente y selecta.

(§ 3728) En vista de esto, ninguno tendrá por inverisímil que el monte Seixo continuado con el Suído, etc. hasta el Miño, y cuya cordillera será de ocho o nueve leguas de largo, tenga en sus caídas y quebradas al poniente y al oriente muchas minas de estaño y de plomo. Y, por la analogía de los metales, que también haya minas de plata, o que el estaño sea como el de Monterrey, mezclado con mucha plata. El mapa individual de esa montaña fértil y amena se ha de reducir a un círculo con solas seis leguas de rayo como el de El Cebrero, y en ellas se ha de hacer lo mismo que en la otra. Dudo que en esa montaña haya pizarras [153r] sino por la caída que mira a Lugo. ¿Qué importa? No habrá vena de hierro, pero si la hay de estaño, de plomo y algo de plata, otro tanto oro será para las manufacturas y el comercio.

(§ 3729) De la montaña de Monterrey, que produce tanto y tan excelente estaño, digo lo mismo: que se debía formar otro mapa equivalente con seis leguas de rayo a todas partes. Sé que allí se descubre también vena de cobre, y por la analogía también la habrá de oro. No anduve por aquel país, y así no puedo demarcar el mapa. Tampoco anduve por tierra del Bollo, en donde están las famosas minas de cobre en el lugar del Seixo (este Seixo se distingue del de Pontevedra). Pero por lo que llevo dicho, cualquiera podrá idear otro mapa como los demás de aquella montaña.

(§ 3730) Las utilidades que se podrán seguir a este género de mapas [153v] individualísimos así de Castilla como de Galicia serán sinnúmero. Primeramente, se aumentará la población útil, pues si en las montañas se descubren minas que se puedan beneficiar, se poblarán de vecinos trabajadores que puedan ganar un decente jornal. Se promoverá en algo la agricultura, pues como los trabajadores han de comer, solicitarán que la tierra les produzca alimentos por no comprarlos. Y teniendo, como es natural, aguas las caídas de la montaña, en ellas podrán alimentar algún ganado en algunos prados, y algunas ovejas y cabras en las lomas de pasto seco. Se promoverá el plantío de árboles, no como están en los montes, sin orden, sino con orden, método y economía, que podrá tener el trabajador.

(§ 3731) Todos se quejan de que se van acabando los montes y despoblando de árboles. Digo que demasiadamente han durado según el poco cuidado que [154r] hay de ellos. Puéblense las montañas de vecinos y estos las poblarán de árboles por sus muchas conveniencias. ¿No es desatino pensar que los que habitan en las campiñas hayan de ir con gusto a un monte inculto y despoblado, y distante a veces una o dos leguas, a plantar árboles y a cuidar de ellos? Póngase algún atractivo en las montañas para que a ellas se vayan a vecindar algunos y a hacer casas de jornaleros y vivir casados, y yo aseguro que habrá frutos, habrá árboles, habrá ganados y habrá chiquillos que imiten a los padres.

(§ 3732) El terreno de Valsaín era el ejemplo de la aridez, tristura y despoblados. Púsose allí el cebo de la corte y hoy se compara con Versalles. Póngase en las montañas fundición y fábrica de metales en barras si hay minas, y si no fábrica de paños o de otras cosas que pidan mucha gente [154v] que aseguren el jornal, y se verá cuán presto se pueblan de todo. En esas montañas hay buen clima, hay aguas, hay leña y, sobre

todo, hay el retiro de toda la trapacería viciosa de los lugares muy poblados; por lo mismo, sobrarán los alimentos a un precio moderado. Más útil será que cada jornalero tenga a la vista de casa cincuenta árboles silvestres y propios que el que solos mil árboles ocupen todo el monte con el título de común.

(§ 3733) No se piense que yo sueño proponer para lo dicho compañías de mineros y peor si traen el título de Reales con privilegios y exclusivas. No tiene solución este argumento. En Galicia habrá treinta o cuarenta herrerías, verbigracia: para ellas no hay compañía alguna real, cada caballero tiene una y la administra por sí, sujeto en todo a la jurisdicción ordinaria. ¿Y por qué con las mismas condiciones no se podrán duplicar las [155r] herrerías lo mismo que dije de los telares de lienzo? De ese modo comerán todos. Con las compañías solo comen y se enriquecen pocos, y esos hacen monipodios, su boca es la tasa, hacen tiranías y vejaciones, y no hay modo de refrenar su avaricia. No sé cuándo España ha de abrir los ojos sobre tan fundamental asunto.

(§ 3734) Asentado pues que en las montañas han de estar las fábricas y fundiciones de los metales para reducirlos a barras en grueso, desde esas ha de comenzar el comercio para los países circunvecinos. Con esas se hace en Galicia el comercio del hierro que se saca para Portugal y Reino de León; no baja a los puertos de mar, y no sé por qué no se tienta eso. Unos pretextan la distancia, otros el mayor precio, otros la calidad del hierro: [155v] tres excusas para no ayunar. El hierro que se gasta en Pontevedra viene de los montes de Vizcaya. El hierro gallego es sin comparación mejor que el de Vizcaya, que es muy flojo. La diferencia de precio podrá hacer al caso. Esa diferencia se debía equilibrar minorando los tributos del hierro que se llevase a los puertos.

(§ 3735) Las barras de hierro se portean a La Bañeza para venderse, y más distancia hay desde La Bañeza a la herrería en donde se ha fabricado en Galicia que desde esa a los puertos de mar. Lo mismo digo del mucho hierro que se transporta desde esas herrerías al país de Entre Douro y Miño. Pero a los gallegos les coge también la manía de los españoles de querer traer de fuera lo que les sobra en su país. Bien pagaron esa manía los que abandonando los vinos de Galicia bebieron [156r] los vinos de Cataluña que, en el fondo, no llegaban a los de Galicia, y en la confección para excederlos era una pestífera y mortal pócima. Así lo dijo la experiencia de los infinitos que mató esa ponzoña o brebaje.

(§ 3736) No se entienda que en esto significo el mal gusto de los gallegos. Don Antonio Perea, intendente del Ferrol, es andaluz. No obstante, escarmentado de las muertes y petardazos que había causado el vino de Cataluña, hace años que le abandonó y siempre bebe vino de las marañas de Betanzos que tiene a mano y a la vista. En Galicia se coge vino para dos o tres Galicias, y hay vinos que, no siendo a los de la Mancha y Andalucía, a ningunos deben ceder. ¿A qué, pues, sería la mamarrachada de vivanderos de llevar vino a Galicia? Con el vino de Galicia, [156v] que se podía llevar al Ferrol por mar y por tierra, había para inundar todo el Ferrol. Los gallegos beben bastante vino, pero si hallan oportunidad de venderle, más aprecian un real de plata que un azumbre de vino.

(§ 3737) Por la misma razón, se deben tomar las providencias para que del hierro que se fabrica en Galicia se transporte lo que sobrare a los puertos de mar, y no saldrá dinero de Galicia. Para llegar a formar las toscas barras de hierro no se necesita sino conocer la vena y darle el punto del fuego: esto ya lo saben medianamente el Vulcano y los Cíclopes de las herrerías, pero sin primor alguno por ser tan iliteratos. La ciencia y el primor consiste en discernir una vena de otra —vena hay que por más fuego que se le dé jamás se podrá licuar. [157r] En Valde Orres y sobre el río Casoyo (que entra en el Sil, junto al Puente Nuevo), fabricó un caballero gallego una herrería: buscó la vena y, tentando licuarla, jamás lo pudo conseguir por más fuego que le dio.

(§ 3738) Embarazado el caballero con tal fenómeno, no pudo tomar otro partido sino el de vender o abandonar la herrería. Esa indomable vena pedía un químico inteligente y práctico que hiciese análisis de ella para saber su calidad: acaso será vena de acero natural y de la calidad del fuertísimo hierro que Justino pone en Galicia, acaso tendrá mucha vena de otros metales más ponderosos que el hierro. Algo de eso se podría averiguar de pronto por medio de la hidrostática, y la última tentativa sería colocar la vena en el foco de un espejo ustorio. Si yo [157v] conociese al dueño de la herrería, le escribiría que remitiese a Madrid un poco de vena indicando el individual sitio en donde se saca y los vegetales que visten aquel terreno. Acá se entregaría a hombres muy peritos: acaso en ese género de vena estará oculto algún tesoro.

(§ 3739) Pasen por lo que fueren otros dos fenómenos semejantes que he leído en la página 620 del padre Caesio, *De mineralibus*. Dice —con Estrabón— que la isla Palmosa, en frente de la Toscana, abunda de mucha vena de hierro, pero que es imposible licuarla dentro de la misma isla y que, si se transporta al continente, con facilidad se licua, se hace masa y barras. Según esto, esa isla es la Aethalia —y Ilva o Elva de hoy—, de cuyo hierro hay mucho escrito, y que allí crece la vena. Lo mismo dice Caesio —con [158r] Leandro Alberto— de Cerdeña, y, al contrario dice —con san Antonino, testigo de vista— que en los hornos del Apenino fluye el hierro como un licor. Para concordar en lo físico estos fenómenos pide más talento que el que yo tengo y una práctica que nunca he tenido.

(§ 3740) Fácil será hacer la experiencia de transportar la vena durísima a una herrería muy distante y transportar la vena de una herrería común a la herrería en donde la durísima vena no se licua. El efecto que resultare dará mucha luz, y si consiste en la vena o en el material del fuego. También sería al caso si hoy existiese en Galicia la fundición del cobre, pasar a esa fragua la vena dura del hierro. Téngase presente lo que ya dije de la piedra *haematites*, que es durísima y pertenece a vena de hierro y de imán. En el país [158v] de Cassayo y de Cassoyo no tendrán noticia de la piedra *haematites*, la cual hay en Galicia. Acaso entre la vena del hierro habrá vena de *haematites*, y esta impedirá que se licue la del hierro, por ser ambas muy duras.

(§ 3741) En el caso que en el venero de la vena que no se sujeta al fuego se hallen pedazos de la *haematites* —lo que es muy fácil discernir— tendrá el dueño del venero un tesoro de superior utilidad a la del hierro, pues no necesitará gastar leña, carbón, agua y jornales. La *haematites* es un imán imperfecto, y todo de la naturaleza del hierro. Es muy fácil conocer si entre los cascotes de la vena indomable hay algunos que atraigan el hierro, y seguramente que esos serán vena del imán. Siendo experiencia que el imán quemado se hace *haematites*, se deben considerar los cascotes de vena [159r] que se echaron en el fuego y no se licuaron, si tienen la obvia propiedad de la *haematites* —esta es que, frotando bien la *haematites* contra otro cuerpo, suelta un humor sanguíneo.

(§ 3742) Aquí vuelve lo que Caesio dijo de la isla Elva enfrente de Piombino, cuyo hierro no se puede licuar. Sé, por otra parte, que en esa isla hay una mina de piedra imán. Podrá ser que estén mezcladas las venas de imán con las del hierro. También podrán entrar en la consideración del fenómeno de la vena de la herrería de Casoyo el *schisto*, el talco y el amianto. Es evidente que el talco ni se derrite ni se vitrifica. Lo mismo sucede al amianto. Cuanto mayor fuere la mezcla de esos mixtos extraños con la vena de hierro, tanta mayor dificultad tendrá la vena para [159v] licuarse. Esto es lo que he podido conjeturar sobre el fenómeno. Que lo que no se puede derretir en la isla se derrita en el continente, es punto distinto que pide noticias más ciertas.

(§ 3743) Estas y otras más y mejores reflexiones que podrán hacer los metalurgos teóricos y prácticos, deben preceder antes de reducir el metal a barras. Estas tendrán las calidades atemperadas a las de las

venas, en lo duro, blando, rígido, flexible, compacto y fiable. Con ese previo conocimiento y experiencias, se debe tentar hacer el acero artificial y observar si hay vena de acero natural, que no es otra cosa sino un hierro más duro, puro y depurado, o por naturaleza o por las calidades del agua en donde se temple y caldea el metal. El repetido texto de Justino, hablando de los gallegos: “Praecipua his quidem ferri materia, sed aqua ferro violentior, quippe temperamento eius ferrum acius redditur”<sup>152</sup>, habla de los ríos Cabe y Bibey.

(§ 3744) A no ser común esta noticia [160r] en tiempo de Silio Itálico (posterior a Trogo Pompeyo y anterior a Justino) sería impropiedad muy reprehensible el ponderar a Silio que las armas de Aníbal eran excelentísimas en el temple y en el corte porque se habían fabricado en Galicia y por manos de gallegos: “Callaicae telluris opus”<sup>153</sup>, “Callaicae fecere manus”<sup>154</sup>. Los metalurgos de profesión no suelen cavar en los textos antiguos para hallar alguna luz, sino en el terreno presente para hallar esta o la otra vena de mineral. Así, no será excusado que a los metalurgos que hubieren de andar por Galicia se les informe de la antigüedad de sus metales, y en especial de los de las laderas al norte y al sur del río Sil.

(§ 3745) Dirá alguno: ¿y quiénes han de ser esos metalurgos o inteligentes trabajadores de metales? ¿Y quiénes —repongo yo— eran los metalurgos en tiempo de Augusto, Trogo, Silio, Plinio y Justino? En verdad que ni eran suecos [160v] ni alemanes —que hoy son los mejores metalurgos de Europa—, eran gallegos, que, instruidos o de los cartagineses o de los fenicios, conservaban por tradición de padres a hijos aquella instrucción. Esta no la perdieron, antes la perfeccionarían con los romanos. Después, con tanta irrupción de bárbaros, se fue perdiendo poco a poco —pero no el terreno, las aguas, el ingenio y la industria.

(§ 3746) La dificultad consiste en esparcir por Galicia algunos metalurgos que instruyan a los gallegos y les hagan revivir sus habilidades antiguas en el manejo de todo género de metales. El primer modo que se ofrece para errarlo todo y que siempre se yerre es llamar extranjeros, los cuales no se arraiguen en Galicia, no se avecinden, no se casen con una gallega y no lleguen a tener hijos a quienes en compañía de otros muchachos les puedan comunicar sus habilidades. No siendo con estas condiciones para que ya miren con pasión y cariño el país en donde se [161r] arraigaron, no hay que esperar adelantamiento alguno en la metalurgia. El adelantamiento solo será para esos mineros y para los de su país, según las instrucciones políticas que de allá traen.

(§ 3747) La primera es que no enseñen el oficio o solo le enseñen en confuso y superficialmente, para que nunca se puedan criar maestros de España. Esta máxima es general para todo género de fábricas, manufacturas y manipulaciones de metales contra toda España. Bien prevén los extranjeros que si los españoles saben y quieren utilizarse en los mixtos de la historia natural de sus provincias y en las habilidades de sus naturales individuos, llevó el diablo la mitad de su pingüe comercio con que anualmente nos extraen el dinero.

(§ 3748) La segunda máxima es que esos mineros o fabriqueros procuren no casarse ni morir en España, sino que cuando [161v] lleguen a tal edad (y su talego a tal repleción), que se vuelvan a poner el huevo en su país. He oído que hay en Madrid una familia comerciante y extranjera de la cual, aunque hace muchos años que está avecindada en España, no se encuentra de ella ni fe de matrimonio ni fe de muerto. Esos mineros son, por lo común, unos impostores vagabundos y errantes que no tienen domicilio algu-

<sup>152</sup> Más duro que el propio hierro a causa del agua utilizada. Pues debido a sus características el hierro se vuelve más duro. Justino, *Epitome* XLIV, 3, 8.

<sup>153</sup> Obra de la tierra galaica. Silio Itálico, *Punica* II, 397.

<sup>154</sup> La hicieron manos galaicas. Silio Itálico, *Punica* II, 417.



no fijo y huyen de perpetuarse en este o en el otro lugar. Esta notoria inconstancia es otro tanto oro para que los extranjeros no entren en el temor de que los españoles les quiten el oficio, no habiendo quién le enseñe a pie quedo a la juventud.

(§ 3749) La tercera máxima es la más diabólica, porque no pocos españoles unidos con los extranjeros concurren a entablarla, promoverla y sostenerla. Esta es la infame colusión de que los mercaderes españoles de géneros extraños que tiene o puede tener España, y de los géneros superfluos y bagatelas que no [162r] debían entrar en España ni por pienso, soliciten por todos los modos ocultos y manifiestos que o no se establezcan fábricas o se supriman las establecidas. El motivo de la primera máxima mueve también a esos mercachiflos, que en el fondo no son sino unos factores precarios y unos chamarilleros viles de los extranjeros. Si hay fábricas públicas, todos saben el precio fijo de los géneros y ninguno ignora cuanto sube el porteo, tributos y una justa ganancia.

(§ 3750) No señor, dicen esos enemigos de la patria y auxiliares de nuestros enemigos los extranjeros, que les fían sus géneros y les gratifican en los precios para tenerlos siempre a su devoción inicua. Trayendo los géneros de longas tierras o, por mejor decir, solo recibíendolos, ninguno sabe cuánto costaron en las fábricas, y así los venderemos a discreción y al antojo de nuestra avaricia. [162v] Como dije que hay no pocos hombres en España que ni siquiera una hilacha traen sobre sí que no haya venido de fuera, del mismo modo digo que hay no pocas tiendas en España que ni siquiera una hilacha tienen de venta que no haya venido de fuera. Si no hubiese estas tiendas no habría aquellos *monifates*.

(§ 3751) Quisiera preguntar a los extranjeros por qué teniendo ellos tantas fábricas (en lo que merecen debidos elogios) han de solicitar *per fas, per nefas* que España tenga ninguna. ¿No es esto querernos tratar como a indios bozales? Las artimañas de que se valen los extranjeros para sostener esta malvada tiranía, y valiéndose de algunos españoles como de instrumentos, cualquiera las podrá desenmarañar, y todo buen español las debe aborrecer. Asunto es este el más grave de un estado. Y de no remediar tanto daño, siempre está [163r] en pie la clamoreada falta de agricultura, de población, de fábricas y de comercio. Todos estos cuatro ramos están conexos entre sí, como dejo probado en este escrito.

(§ 3752) Volviendo a la metalurgia de Galicia. Debo suponer que los mejores mineros de hoy en Europa son los alemanes y suecos, pues como no tienen abundantes minas de oro ni de plata, entretienen el hambre de esos metales revolviendo y socavando los montes para sacar los metales imperfectos, y de esos hacen 300 mezclas y guisados. Saben más de eso porque se dedican más a eso. Tienen más minas manifiestas porque las benefician más, no porque sean más que las de España que están ocultas. Si de las montañas de España se hiciesen aparte unos mapas topográficos como el que proyecté de la montaña de El Cebrero, etc., se vería [163v] que España tiene ocultas innumerables minas de todo género de metales y minerales. Esos mapas no podrán ser muy útiles si antes algunos eruditos metalurgos no escudriñan bien todas las montañas y señalan en los mapas los lugares y sitios de las minas, como se hizo en el mapa que he citado de La Siberia.

(§ 3753) El ejemplar de los mineros que en Val de Orres beneficiaron las minas de cobre del Seixo, debe hacer cautos a los españoles —y así mismo a los gallegos— para admitir esos aventureros con el título de enseñar el oficio a los naturales. Título colorado, pues, habiendo estado tanto tiempo en las minas, no ha quedado discípulo alguno. Y jamás creeré que ha sido por rudeza de los que habían de ser discípulos, sino por la maliciosa cautela del que debía hacer de maestro. Es voz común [164r] que cuando el maestro había de purificar el cobre, se retiraba y reservaba de los gallegos, que no le viesen, porque entonces sacaban del cobre el oro que tenía mezclado.

(§ 3754) No estoy informado de la patria y calidades y aventuras de esos mineros extranjeros ni de quién los llamó y colocó allí. La voz pública suponía que eran herejes y que los gallegos se escandalizaban con razón de su irreligiosa conducta, y si no dejaron discípulos en la metalurgia, dejaron no pocos adeptos e iniciados en su falsa o ninguna religión. Conducta muy errada del que los puso allí, como si no hubiese extranjeros católicos que entendiesen de minas de cobre. ¿Qué digo extranjeros? Como si no hubiese católicos españoles que pudiesen entender de eso, a poco que se aplicasen. El español Alonso [164v] Barba, tan estimado de los extranjeros, es singular ejemplo de lo que digo.

(§ 3755) En el caso, pues, de que se hayan de traer a España y Galicia algunos metalurgos extranjeros para establecer acá la afición y aplicación a la metalurgia, ni por pienso se ha de soñar en traer herejes, pues harán más daño que provecho, y en especial en países montuosos en donde la gente es muy sencilla y fácil de engañar. No sobra otra cosa en las naciones que católicos metalurgos excelentes, y que no ceden a los metalurgos herejes. La circunstancia de católico siempre ha de ser precisa, pero no siempre será suficiente si no se le agrega la circunstancia de avecindarse, casarse, arraigarse y tener sucesión de una española. Solo de ese modo se podrá esperar que el metalurgo enseñe el oficio a los españoles —y quiera Dios que aún con todo [165r] eso le quiera enseñar. Suele ser vicio de doctos y artesanos que saben poco, el no comunicar sus cortos conocimientos a los demás, ni aun a sus hijos.

(§ 3756) Así, el verdadero y seguro arbitrio para tener metalurgos en España será el de enviar muchachos a países extranjeros católicos, para que en sus minas famosas, y comunicando con los metalurgos de mucho crédito, estudien la facultad y con ella se vuelvan a su país respectivo para entablarla. Los muchachos se han de escoger entre los hijos de herreros, cerrajeros, latoneros, plateros, y de los arozas o mayorales de las herrerías; y aquellos muchachos que mostrasen más viveza, ingenio, habilidad y genio curioso de saber y de andar. Desde Madrid se envían a Roma y a París, a costa y pensión del Rey, diferentes muchachos que emprendan [165v] esta o la otra arte fabril, pero aún no se ha pensado en la metalúrgica, siendo así que de ninguna percibirá la Hacienda Real más interés en lo adelante.

(§ 3757) Reducidos ya los metales en barras gruesas, se debe pensar en fabricar de ellas obras grandes y manufacturas delicadas. No hace muchos años que en las gacetas públicas se declaró la guerra a toda vasija de cobre. Es muy justa esa guerra, pues las vasijas de cobre causan infinitas enfermedades en España, y en especial los terribles cólicos. Si la cosa estuviese en mi mano, mucho antes que las gacetas hubiera desterrado yo del mundo toda vasija de cobre en la cual se detuviese un licor que se había de tomar por la boca. Todo licor, sea caliente, sea frío, se impregna de las partículas arsenicales y venenosas que rae y corroee de las paredes del cobre. Bebido, ese licor es otro [166r] tanto veneno, a la corta o a la larga, pues corroerá las fibrillas de los intestinos.

II. COMERCIO, AGRICULTURA Y POBLACIÓN

*J. Martín Sarmiento*



## VENENOS, BOTICARIOS Y MÉDICOS

(§ 3758) No es bastante preservativo el estañar las vasijas de cobre, pues leí que las partículas arsenicales, o el cardenillo, penetran por las grietas del estaño y se comunican al líquido contenido en la vasija. Por esta razón, se deben desterrar de las cocinas todo vaso de cobre (caldero, perol, tartera, olla, puchero, cazo, chocolatera, sartén, etc.), siempre que hayan de servir para cocer algún líquido potable o algún guisado comestible. Todo metal y todo mineral son más o menos corrosivos, e introducidos por la boca en el cuerpo son, cuando mejor, un lento veneno que corroee las entrañas y de camino la vida. Debían reflexionar mucho en esto los médicos timoratos y los crédulos enfermos que quieren topar a todo medicamento, [166v] y no habría tantos enfermizos, enclenques y emplastos en la sociedad humana, como no los hay en donde ni hay médicos ni boticas.

(§ 3759) Hartos modos hay de que un hombre pierda la vida, o por violencia, o por acaso, o porque se cumplió el término, pero que haya de pagar al médico y al boticario los almodrotes venenosos que le preparen para la sepultura, ni se lee de bárbaros algunos ni se observa en los animales. Todo procede de la profunda ignorancia en que está sepultada la mayor parte de la familia de Hipócrates en cuanto a la historia natural en sus tres reinos, así general como peculiarmente de España. Dios no crió el reino mineral para medicinas, sino para usos domésticos. Para esas crió el reino vegetable y algo del reino animal. En todos tres reinos hay bastantes mixtos [167r] venenosos si se han de tomar por la boca o como alimento o como medicamento.

(§ 3760) No teniendo conocimiento individual de esos venenos ni el médico que los receta, ni el boticario que los cocina, ni los asistentes importunos que, sin poder persuadir, obligan a los enfermos que *velis nolis* los traguen, y menos el enfermo mismo que ha de padecer sus daños ¿qué se podrá esperar de esa cuádruple alianza de ignorancias profundas? No se extrañe la expresión, pues lo que no se estudia se ignora si no es *lumine naturae notum*<sup>155</sup>. Es más que evidente que del *lumine naturae* no se podrá inferir la propiedad de un mixto. Esa solo se podrá saber por tradición, experiencia y observación propia. Pregunta: ¿en qué cátedras de España se estudia esa historia natural para discernir los mixtos benévolos de los malignos? Con [167v] silogismos no se adquiere ese preciso y precioso conocimiento.

(§ 3761) Tampoco yo le he adquirido. Pero teniendo presente el dicho que “será una bestia el que teniendo ya treinta años necesita de médico para conservar y remendar su salud”, y la experiencia de los muchos que, si resucitasen, inculcarían para nuestro escarmiento el otro dicho *turbam medicorum perii*<sup>156</sup>, confieso que hacia aquella edad me dediqué algo a la historia natural, y en especial de España. No para hacer de curandero, pues me repugna ese arriesgado ejercicio, sino para divertirme en lo físico contem-

<sup>155</sup> Conocido por la luz de la naturaleza. Expresión tomista.

<sup>156</sup> He muerto a manos de una multitud de médicos. Cf. Feijoo, *Teatro crítico*, t. 1, Discurso 5, 1: “siendo cierto, que como el Emperador Adriano se puso por inscripción sepulcral: Turba Medicorum perii”. Cf. Petrarca, *Famil.* 19, 4.



plando las obras de Dios. Y como para eso me ha sido precisa alguna lectura, leí lo bastante en cuanto a las calidades de los mixtos para formar una idea general de lo que me sería dañoso, o como alimento o como medicamento. Sobre esto me prescribí unas diez máximas [168r] generales que he seguido y siempre seguiré. Esas las he puesto en un papel de sesenta y cuatro pliegos sobre la sola planta de Tournefort *chamaedrys*, *Melissae folio*, que el gallego llama *seyxèbra*.

(§ 3762) Prevenido ya con las diez máximas en general, tropecé con un autor que las confirma en particular. El año de 1733 se imprimió en Alemania, en cuarto y en veintisiete pliegos, un tomo con este título adecuado *Toxicologia pathologico-medica: sive de venenis, libri III*, su autor Christiano Godofredo Stenzelio. Ni tengo ni he visto ese preciso libro, que se debía traducir en castellano para que cada uno sepa lo que debe huir de tomar por la boca, como alimento o como medicamento; pero he leído un extracto de ese tomo. Trata en los tres libros de los mixtos de los tres reinos de la historia natural, y en cada reino [168v] señala los mixtos venenosos que se deben desterrar de toda cocina y de todas las boticas. El autor era filósofo, médico y quirurgo, para que no se le oponga excepción.

(§ 3763) Lo que más hace a mi asunto presente es que en el reino mineral individualiza más de cuarenta mixtos venenosos; o, por decirlo más breve, supone que todo mineral y metal es un corrosivo veneno. En el reino vegetal cuenta más de 64 mixtos venenosos —y no los pone todos, pues la *thapsia*, *apocino*, etc., son venenos perentorios. En el reino animal pone treinta y cinco mixtos, o parte de ellos, que son veneno, y no los pone todos, —los mostachos de los tigres son un activísimo veneno, y en África se castiga al que presenta al Rey la piel de tigre sin sus mostachos— pero pone el gato. Todo animal ponzoñoso pertenece a esa clase. Lo [169r] que admiré es que también sean venenos las huevas del barbo y la sangre del atún.

(§ 3764) De manera que, calculando y sumando todos los venenos que Stenzelio reconoció tales, y los que omitió que sin duda son venenos, sube el catálogo a más de ciento cincuenta venenos que andan en las recetas, se conservan en las boticas y se meten en las cocinas. No digo por malicia, sino por una profunda ignorancia de la historia natural que reina en los más de los médicos, boticarios y cocineros, pues a ninguno de esos se les examina con rigor de la historia natural, por ser facultad que no se enseña en España. Dije que no hablaba de la malicia porque esa tiene historia aparte, según los lastimosos ejemplares que ha habido. Y es del día el del malévol boticario que aquí en Madrid, habrá veinte y tantos días, comunicó el activísimo veneno [169v] *hyoscyamo* o *veleno*, a una casada con quien estaba amancebado, para que le diese al marido —como se le dio— y se quitase del medio ese estorbo.

(§ 3765) ¿No está en buenas manos la fe pública y la salud del género humano? Pues esos son los que por todos los medios infames solicitan que no haya boticas en las comunidades. Tan lejos de eso, no había de haber botica que no estuviese en alguna comunidad en donde al boticario se le hacen pruebas de limpieza de sangre, *de vita et moribus*, de suficiencia en su arte, de la lengua latina y castellana, de si ha saludado la historia natural, y, sobre todo, que siempre estará debajo de obediencia, de corrección y de castigo. Conformar un arancel fijo con precios moderados y obligar al boticario a que no exceda, y pagando los derechos de lo que viene de fuera, se compone [170r] todo.

(§ 3766) En las boticas de comunidades se hallan los mejores géneros a más moderado precio, y se dan casi de balde a los pobres tales. Esto no se halla en los boticarios, los más de los cuales comienzan atizando la lumbre como galopines de cocina, y que pasan a ser boticarios porque muerto el amo se ve obligada la viuda a casarse con el mancebo idiota que lleve la botica adelante —o, por mejor decir, que la precipite hacia atrás. ¿Qué se podrá esperar de esa botica que se trae en dote? El boticario de comunidad tiene

seguro el comer y vestir, no tiene hijos que alimentar y acomodar, ni necesitará vender jirapliega para comer aquel día, y podrá emplear el dinero sobrante en renovar los géneros.

(§ 3767) Estudiando yo en el colegio de San Vicente de Salamanca, gastaba este de la botica seglar de la ciudad. O por [170v] quejas de los médicos, o por informe de ojos y de olfato de algún visitador inteligente y celoso, o no sé por qué, ha sido hecho constante que toda aquella botiquería se arrojó en un muladar. No creo fuese por que lo contenido en los botes no correspondiese a sus letreros, sino porque lo contenido ya estaba carioso, podrido y apestado. ¿Y cuántas boticas pararían en muladares por lo mismo, si los visitantes fuesen inteligentes, timoratos, y tuviesen ojos y narices? Separo la malicia y paro en la miseria de no poder renovar los géneros que han de traerse de muy lejos: un género que no es dañoso será veneno si llega a podrirse y apestarse. ¿Y qué se podrá esperar de un género que entró en la botica como veneno notorio y ha estado allí cinco o seis años en el pudridero?

(§ 3768) Para evitar este duplicado [171r] y tremendo inconveniente, se debía poner en latín y en castellano el catálogo de los ciento cincuenta venenos que contó Stenzelio, y los cuales, sin Dios ni conciencia, se han introducido por medicamentos, o por ignorancia, o por una desaforada avaricia de los interesados. Ese catálogo se debe imprimir en algún papel periódico o en la *Guía de Forasteros*, para que venga a noticia de todos los que aprecian más su salud que todos los botes de botica. El mismo catálogo impreso, pegado en una tablilla, le deben tener patente todos los boticarios para saber qué es lo que no deben manipular. Y nada perderán los médicos en tener el mismo catálogo para saber lo que no deben recetar, aunque se halle en trescientas recetas de impostores o idiotas.

(§ 3769) En ese catálogo verán todos [171v] que los medicamentos que se toman del reino mineral, todos son venenos tomados por la boca. No se necesita cansar la memoria para saberlos todos. Con saber que todo mineral y metal, o en infusión, o en cocimiento, o preparado de cualquiera modo que sea, es un activo veneno si se toma por la boca, o como alimento, o como medicamento, está sabido todo el catálogo de venenos del reino mineral. Y esa es mi máxima primera. Así pues, todos esos remedios que llaman químicos, tomados del reino mineral, todos son venenosos, diabólicos, y que solo inventó la avaricia de visionarios, fanáticos y charlatanes alquimistas, para hacer oro a costa de las bolsas y vidas de los hombres crédulos, al modo de los que buscan tesoros.

(§ 3770) De los mixtos venenosos del [172r] reino vegetal que constan del catálogo del citado Stenzelio, no se puede formar una sola máxima general. Yo divido ese catálogo por clases de vegetables, verbigracia: toda especie de solano, toda especie de ranúnculo, todo vegetable lactinoso, o que mana leche, todo vegetable o convólculo que se enreda, toda planta bulbosa o que produce cebolla la cual tiene la flor hexapétala, toda planta tuberosa o que cría nabo o excrescencia subterránea (todas esas excrescencias son venenosas), toda planta que sirve para ser tinte fijo y toda planta que se cría en muladares y cementerios, etc. Además de esto hay otras plantas venenosas sueltas, como el beleño, los eléboros, el cilantro, etc.

(§ 3771) Ninguno de esos vegetables [172v] se debe tomar por la boca, ni como alimento ni como medicamento. Pero muchos de esos podrán tener y tienen muchos y buenos usos aplicados exteriormente. Es tan cáustico el ranúnculo que, solo aplicado a la carne, suple por el fuego para abrir una fuente, ¿y qué provecho hará tomado por la boca? También Stenzelio cuenta los aromas que llamamos especias. Es imponderable el horror que todos los extranjeros tienen a todo género de especias en sus guisados. ¡Rara contradicción! ¡Desterrar esos géneros de las cocinas y no desterrarlos de las boticas! Esto prueba la tenaz y terca avaricia de los interesados en que se compren esos géneros perniciosos en donde se reputan por tales.

(§ 3772) He notado que en la farmacopea parisiense del año de 1748 se desterró de la confección de alquermes el lapislázuli, que antes era inseparable, pues, aunque tomado por la boca es un veneno perentorio como el vidrio molido —como lo recrimina Goropio Becano— hacía al caso introducirle para hacer carísima la confección. El caso es que esto convence de que cuanto se conserva en la [173r] dicha farmacopea tocante a almodrotar los mixtos del reino mineral se debía arrojar con mil diablos, como el lapislázuli —este es bueno para colores y para alhajitas, no para tomado por la boca. Lo mismo se debe entender de todos los polvos de minerales y metales que sirven para colores, verbigracia: del bermellón, oropimente, cardino, vidrio, cristal y toda piedra preciosa reducida en polvos, pues todo es un malvado veneno corrosivo.

(§ 3773) De los mixtos venenosos del reino animal que constan del catálogo de Stenzelio se podrá formar una máxima general, debajo de la cual se comprenda todo género de sabandija y animalejo ponzoñoso, del cual niños y barbados huyen naturalmente con horror. Por lo común son o reptiles o insectos, que son infinitos. Debo notar aquí que los gallegos dividen, por lo común, los nombres de sus vegetables en tres clases. La primera con nombres de Santa María, [173v] Nuestra Señora, San Juan, San Pedro, y otros santos. Estas son salutíferas. La segunda es con los nombres de las enfermedades para las cuales son buenas las hierbas, verbigracia: *herba da tiña*, *herba da sarna*, *herba dos piollos*, *herba das feridas*, *herba do garrotillo*, *herba do becho* (o *hydropesia*) *herba das tercianas*, *herba dos lamparóns*, *herba do aire* (o *paralysis*) *herba do morto* (o *amortigamiento*), *herba dos divesos*, *herba dos ouvidos*, *herba da yfada*, y otras muchas que conozco.

(§ 3774) Al contrario, las hierbas malignas y venenosas tienen el nombre de algún viviente ponzoñoso, verbigracia: *do sapo* (a la verdadera cicuta fétida y venenosa llaman *prixel do sapo*), *herba das cobras*, *do corvo*, *do demo*, *das bruxas*, *das meigas*, *dos lagartos*, etc. De manera que el que en Galicia oyere los nombres vulgares gallegos de las plantas, *ipso facto* sabrá sus propiedades. Si se fijase una semejante nomenclatura [174r] para todos los vegetables de España como hicieron los griegos, no se necesitaría de tanta farmacopea o arte de cocina de Galeno.

(§ 3775) Lo que sí se necesita es el que algunos médicos, historiadores naturales y cirujanos se junten y formen y publiquen una anti-farmacopea. Esa debe comenzar con el catálogo de los ciento cincuenta venenos de Stenzelio, añadido con otros mixtos. Cada uno se debe explicar ligeramente, apuntando la razón de su malignidad. Debe velar el público para que ninguno de esos mixtos se almacene en las boticas, y debe conminar la justicia a los médicos a que jamás receten esos mixtos, sino que estudien los mixtos salutíferos de España, pues hay infinitos, y en los cuales depositó Dios las virtudes para curar todas nuestras enfermedades que no sean *ad mortem* —no en las minas, ni en la China, Japón, América, Levante y Oriente.

[174v] (§ 3776) Es muy oportuno el texto de Lactancio para esa útil y precisa anti-farmacopea universal: “Primus autem sapientiae gradus est falsa intelligere. Secundus vero vera cognoscere”<sup>157</sup>. Supongo que mercaderes, droguistas, impostores y charlatanes, químicos, boticarios, médicos y cirujanos se alborotarán contra este justísimo proyecto, y que a cualquiera se ofrecerá y que cualquiera deseará que se entable. Bien seguro es que no se alborotarán en favor de la salud del género humano, sino en favor de la *hydropesia* de su bolsa y de su paliada ignorancia. Quisiera saber qué dijeron los droguistas y cocineros,

<sup>157</sup> El primer paso de la sabiduría es conocer lo falso. El segundo, conocer lo verdadero. Lactancio, *Institutiones Divinae* 1, 23.

etc., cuando los franceses y otras naciones desterraron de las cocinas todo género de especias del Oriente. Hoy dice la experiencia que sus quejas se despreciaron por ser de crocodilos.

(§ 3777) ¿No sería el supremo grado de la fatuidad tolerar que en las cocinas se guisasen venenos, solo porque un pelotón de hombres hiciesen grandes caudales? [175r] ¿Y qué más tendrá guisarlos en las cocinas que en las boticas, si se han de tomar por la boca? Divide el dicho Stenzelio todos los venenos en *temperata* (y son los que matan a tal tiempo determinado, poco más o menos), *temporanea* (y son los que se toman por la boca, o como alimento, o como medicamento, y que a la corta o a la larga matan con el tiempo), y *delibutoria* —y son los que se dan en dones untados con un veneno muy sutil cuales han sido los borcegués que el moro regaló a nuestro Henrique II, que a los diez días le mataron.

(§ 3778) Aquí se me ofrece una proporcionalidad entre un mercader y un boticario. No hablo del mercader que solo vende géneros de España sin enviar un maravedí fuera del reino —de esos hay muchos, y ojalá lo fuesen todos. No puedo hablar de boticarios que solo vendan y manipulen mixtos de España, pues no creo que haya alguno, debiéndolo ser todos, [175v] pues para enfermedades de España crió Dios en España infinitas medicinas a escoger, y será impiedad creer que para la enfermedad que Pedro padece en Madrid, solo crió Dios el remedio a dos, tres y cuarenta mil leguas de Madrid. Esta reflexión movió a Helmoncio a decir que no el palo nefrítico de la América, sino el palo de la *betula*, *abedul* y *bidueiro*, es el más propio remedio para la piedra.

(§ 3779) Hablo de los boticarios que les parece que no lo son si no tienen sus botes y cacharros embutidos de toda pócima y bazofia que venga de longas tierras, para tener salvoconducto de entrar la uña, pues ninguno ha de ir a averiguar cuanto ha costado cada mixto. No lograrían eso si los mixtos fuesen de España. Y aquí viene el famoso dicho de Plinio: que si los medicamentos se tomasen del campo o de las huertas *nulla ars vilior fieret*<sup>158</sup>. De ahí procede la persecución que ellos, cohechados con los médicos, [176r] levantan contra alguno que cure con hierbas o mixtos del país. Si es mixto o vegetable que no conocen, luego salen con la garrafal necedad de cal y canto, que eso no es oficial —y dicen bien, pues no estará en el catálogo de los ciento cincuenta venenos oficiales y casi todos traídos de fuera para quitar la vida y estafar el dinero.

(§ 3780) Lo que solo es oficial es el arte de almodrotar los mixtos de mil modos sin conocimiento de ninguno. Y esa vezjez oficial ya reinaba en tiempo de Plinio, pues a todas esas manipulaciones llama *embustes de boticarios* —*commenta officinarum*. No hay mixto o vegetable, que si tiene alguna virtud conocida, no sea y deba ser oficial, y que se puede officinar en la cocina de cada uno. La mitad de los géneros que se venden en las boticas, por ser recientes, jamás han sido oficiales, pues de ninguno de ellos se halla noticia en los antiguos. [176v] Así, cuando se dice “eso no es oficial”, es lo mismo que decir “eso no se puede vender muy caro, pues cualquiera le podrá tener de balde”.

(§ 3781) Pregunto: ¿y la agua pura es oficial? ¿Cómo, pues, se levantó la bárbara persecución contra don Vicente Pérez, que llaman *el médico del agua*? No es —deben decir— porque el agua no sea elemento, alimento y medicamento, según todos los antiguos y clásicos modernos, sino porque si los hombres dan en curarse con solo agua, “*nulla ars vilior fieret*”, y no podremos hacer cuantiosos caudales, ni médicos, ni boticarios, ni droguistas, ni los que hacen venir de fuera los venenos oficiales de botica. No se puede negar que el *hypocisto* es oficial y que entra en la triaca. ¿Cómo, pues, se trae de fuera estando

<sup>158</sup> Ningún arte sería más barato. Plinio, *Naturalis Historia* xxiv, 1, 5.

España atestada de *hypocisto*? En Galicia se pueden cargar galeras [177r] por el mes de mayo. Lo mismo digo en Sierra Morena, en prueba de que será mejor que el que viene de fuera.

(§ 3782) Los géneros físicamente venenosos que se compran fuera para las boticas, y los géneros venenosos políticamente que se compran fuera para las tiendas de los que no pasan de unos factores de los extranjeros, se deben comparar entre sí para la proporcionalidad, con sus términos antecedentes. Así como toda la familia hipocrática se conmueve, se inquieta y se amotina para perseguir y mortificar al que tiene ciencia, habilidad, y acaso la *gratia gratis data*<sup>159</sup> para curar esta o la otra enfermedad, porque ni gasta de la botica ni es de la cofradía, así la familia mercurial hace lo mismo con el que quiere ganar su vida vendiendo géneros de España, porque no está alistado entre los del infame monopolio.

[177v] (§ 3783) Palmario ejemplo es el del médico de la agua, y el del boticario que dio el *veleño*, que oí decir saldrá bien, instruirá y dará satisfacción al público manifestando que el curar con agua es delito y el tentar matar con veneno es galantería de la farmacéutica. Hartos venenos se recetan y pagan en las boticas —por una crasa ignorancia, más que por malicia. Pero, si esta se añade a la otra ¿quién estará seguro? El hecho es que para curar el que sabe a un enfermo, es desatino persuadir que debe aprontar antes una suma de dinero, no sé cuánto —solo sé que un boticario que vino a examinarse de tal habrá veinte días, me dijo que había pagado seiscientos reales.

(§ 3784) ¡Raro modo de trastornar las cosas! Al que supiese curar se le debía dar dinero encima porque curase, y al idiota, aunque diese seis mil reales, no se le había de permitir [178r] ni dar licencia en panza de oveja para que se metiese a curandero. En el tomo II de la *Demonstración crítico-apologética*, y desde el número 420, se podrá leer lo que baste para arreglar esos contratos a dinero sobre la salud del género humano. Mientras no se entable en España una ley por la cual el médico, cirujano y boticario tengan qué ganar en sus aciertos, y qué perder en sus supremas ignorancias, siempre reinará la barbarie médica y en la historia natural. Con seiscientos reales y un pliego de papel, solo en España se hace un boticario de un puro romancista idiota, y el cual haya de manejar los ciento cincuenta mixtos venenosos del catálogo Stenzelio, los cuales ni conoce ni jamás sabrá discernir, por ser exóticos casi todos.

(§ 3785) Quisiera saber qué géneros medicinales solicitan los japones, [178v] chinos y otras naciones cultas del Oriente, que se les compran en España y se portean a aquellos países para estancarlos en las boticas, recetarlos, y para curarse con ellos. Jamás lo sabré, porque esas naciones aún no han llegado al grado de barbarie de traer de miles leguas lo que tienen con abundancia en sus países. El único género medicinal y el *cúralotodo* que buscan, admiten y entierran, es la plata de España. En la China aún no se inventó el gremio o cofradía de boticarios: no hay más boticarios que los médicos mismos. Estos buscan los mixtos en su país respectivo, ellos los manipulan y los aplican con evidente conocimiento de los mixtos, y con una certeza moral de la enfermedad que prometen y contratan curar, y todo por sí mismos.

(§ 3786) El acierto de la conducta de los chinos se palpa en la justísima ley [179r] que observan. Si el médico conoce que podrá curar a un enfermo, contrata con él en tanto más cuanto le ha de dar si le cura. Pero si se muere el enfermo o no le cura, entonces el médico *oleum et operam perdit*<sup>160</sup> —pierde el médico todo el valor de sus medicamentos y de toda su ciencia y trabajo. Y así, el tener qué perder hace a los médicos que estudien la historia natural de su país y de sus simples medicinales, y que pongan todo

<sup>159</sup> Gracia otorgada gratuitamente. Expresión teológica. Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theol.* 2.2. Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, t. III, Discurso I, 1, *passim*.

<sup>160</sup> Pierde el aceite y el trabajo. Expresión proverbial. Cf. *Tum Pol ego et oleum et operam perdidit*. Plauto, *Poenulus* I, 2, 119.



el cuidado en asistir y curar al enfermo. Y si no es para ese ejercicio, o le echan a coces o se pone a otro oficio mecánico para ganar su vida.

(§ 3787) He leído, y sé en donde, que los médicos de los reyes de Francia asalariados no deben cobrar salario alguno todo el tiempo que estuvieren enfermos los reyes. Las leyes del *Fuero juzgo* y de las *Partidas*, que coinciden con la ley de la China, se podrán leer en el [179v] lugar citado de la dicha *Demonstración*. La misma ley había en España para los abogados: estos contrataban con una parte en tanto más cuanto que le habían de ganar el pleito. Si le ganaba, ganaba lo estipulado. Si le perdía, perdía el aceite del candel y su trabajo de revolver Bartolos y Valdós, y de amontonar porqués y otros-síes. En verdad que si hoy se estableciesen en España esas leyes para médicos y abogados, se estudiaría más y más recta y segura medicina e *iuris-prudentia*, porque esos facultativos de la legua tendrían qué perder. De ese modo no reinaría en España tanta barbarie, ni la paradoja política de que los dos abogados, *ex diametro*, siempre ganen su pleito, y de que médicos y boticarios siempre se utilicen en su ignorancia mortal.

(§ 3788) Aún no he acabado, no sé si de reírme o de enfadarme, con la respuesta [180r] que me dio un mancebo de boticario en Galicia. Pregúntele cuántas plantas conocía y con los nombres vulgares gallegos (no para examinarle, sino para instruirme), y me respondió: “Ninguna, señor, porque eso no toca a los boticarios y mancebos, sino a los herbolarios”. Y este tal se casaría con su ama, la viuda sin hijos, y cargaría con la botica y escotaría para solicitar que no hubiese boticas en las comunidades, porque en ellas habrá quienes conozcan las hierbas y mixtos, y afrentarán a los boticarios que por lo común son menos que unos galopines de cocina rudos e idiotas. El difunto don Joseph Ortega era boticario de los ejércitos, docto y práctico, y que poseía una numerosa librería. De él decía yo que había nacido más que para boticario, por otras excelentes prendas que poseía.

[180v] (§ 3789) A este boticario yo mismo le oí decir que, persuadiendo él a otro boticario amigo suyo que comprase algunos libros selectos que había de Botánica, Historia natural, Farmacia, etc., le respondió esta bárbara sentencia: “de ninguno de esos libros necesito, pues con Jerónimo de la Fuente y con Molina de Oración tengo bastantes libros para mi oficio de boticario” —y podía añadir: “para ganar sin suelo y fundar un mayorazgo”. ¿Qué le parece al lector de aquel mancebo y de este boticario? Así se juega con la vida del hombre. Si médicos, cirujanos y boticarios no estudian la historia natural de España, ¿quiénes la deben estudiar?

(§ 3790) Dirá el médico que eso toca a los cirujanos; estos, que toca a los boticarios; estos, que toca a los mancebos; estos, que toca a los herbolarios; [181r] y estos, que solo toca a los rústicos del campo, que las traen en unos costales para vender, o como alimento de caballerías o como medicamentos de botica, sin que ellos ni todos los ensartados en la cadena de ignorancias sepan qué vegetables son. A esta sarta o cadena de ignorantes falta el primer eslabón, que es un español racional, pero que no sea facultativo. Si a ese se le pregunta qué mixto o vegetable es tal o tal, responderá que no sabe porque eso toca a los médicos. Véase aquí la raíz primordial de que en España haya tan pocos libros de Historia natural y de Botánica española.

(§ 3791) Bien conocen los extranjeros esta nuestra desidia y la falta de aplicación a la historia natural de nuestra Península en particular. Toman [181v] por objeto esa desidia para censurarla, y bien seguro es que si no la hubiese, procurarían por todos los modos el que la hubiese y se hiciese contagiosa. Sus principales auxiliares para lograr el fin son la familia hipocrática y la familia mercurial de los españoles. No hablo de los hipocráticos que curan con mixtos de España, ni de los mercaderes, que solo compran y venden géneros privativos españoles; hablo de los mercaderes viciados ya en enviar a países extranjeros a com-

prar géneros extraños (y costosos por lo común) o superfluos o ridículos o perniciosos, por razón del lujo que cunde en los (y en las) que debían contentarse con géneros del país.

\* \* \*

#### MERCADERES

(§ 3792) No puedo omitir la reflexión que he oído a muchos tocante al vestido de nuestro Rey, que Dios guarde. Es notorio que viste moderadísimo [182r] y que usa de los géneros y fábricas de España. Esta justa, prudente, económica y verdadera conducta política del Rey en vestir y comer, que debía influir en todos sus vasallos una imitación proporcionada y respectiva, parece que influye todo lo contrario. No hay echacuervos artesano o un quídam en Madrid que no afecte vestir, comer, beber y ponerse en la calle y adornar su casa con géneros que no han venido sino de longas tierras.

(§ 3793) De manera que todo cuanto recogen los que tienen pingües sueldos del Rey y todo cuanto estafan, arañan y hurtan sobre lo justo del arancel los del ejército volante de pluma, espátula y vara de medir, todo es poco para contribuir a los extranjeros para ataviarse de monos y a la moda última de cuatro chisgarabises. Trescientas pragmáticas han salido para arreglar los gastos de los vasallos según el estado de cada uno, [182v] y para contener y refrenar la insolente vanidad y el desenfrenado (y aun vicioso) lujo que la rapiña y la ociosidad han introducido en España. Esas pragmáticas se miran como papeles mojados. Sea así. Pero la pública práctica del Rey, ¿también ha de ser papel mojado? ¿Cuándo dejó de ser cierto *regis ad exemplum totus componitur orbis*<sup>161</sup>?

(§ 3794) Pocos de los que viven de sus moderadas rentas envían sus caudales fuera de España a trueque de bagatelas y géneros superfluos. Esos caudales los tienen ya destinados para sus gastos precisos, y gracias a Dios si siempre alcanzan, pues, como no tienen empleo del Rey ni del público para aumentarlos con manos, uñas, cohechos y sobornos, se contentan con rumiar el dicho común: *male parta, male dilabuntur*<sup>162</sup>. Estoy asegurado de que todo género de labradores no contribuyen a nuestros enemigos para que [183r] fabriquen armadas con millares de doblones, ni aun con centenares, ni acaso con docenas. Estos sí que son los verdaderos vasallos del Rey, y acreedores a cualquiera gracia. Los otros son vasallos de nuestros enemigos, pues les contribuyen con cuanto tienen *per fas, per nefas*. Estos son enemigos de la patria, pues por tal se tiene el particular que, *mediate o inmediate*, extrae la moneda fuera de España.

(§ 3795) Es consecuencia forzosa que si los que compran y usan aquellos géneros superfluos son enemigos del público, con más razón los mercaderes que los venden. Esos inicualemente se llaman comerciantes. No hablo de los géneros que tal vez faltan en España y son precisos, como trigo, etc. Al contrario, los que sacan o quieren sacar de España el trigo que siempre España necesita según las malas cosechas continuadas, tan lejos [183v] de llamarse comerciantes, se deben llamar testas férreas y emisarios de los extranjeros, que los tienen pensionados en España para venderles sus bagatelas, fruslerías y quinquillerías, y que, valiéndose de logrerros, acopien trigo y se lo remitan para irlo ellos a vender a otra parte, y todos ganen, mas que perezca el pueblo y los pobres se mueran de hambre.

(§ 3796) Esos mercaderes que compran y venden géneros fuera de España, y que compran y acopian el trigo de España para embarcarlo a provincias remotas, no tienen nombre adecuado; se debe componer

<sup>161</sup> El mundo se ordena a ejemplo del rey. Convertido en proverbial, deriva de Claudiano: "*Componitur orbis regis ad exemplum: nec sic infligere sensus humanos edicta valent, ut vita regentis*". Claudiano, *De iv. Consul. Honor.* 299.

<sup>162</sup> Lo que mal se gana mal se pierde. Proverbial. Cf. Cicerón, *Filipicas* II, 27, 65.

del nombre incendiario: lo mismo es que un malvado encienda y queme todas las mieses de una campiña o que ese mismo malvado saque fuera de España el trigo correspondiente a las dichas mieses. He dicho varias veces que no he visto en España hambre, miseria, y casi peste, por falta de [184r] trigo o de granos, sino por abundancia de usureros y logreros que compren los granos al tiempo de la cosecha para ocultarlos hasta que lleguen a valer por lo sumo, o para extraerlos fuera de España cohechándose con los magistrados. Es voz pública que la reciente hambre de Nápoles ha procedido de la extracción.

(§ 3797) ¿A qué, sino a la extracción, se debe atribuir la presente miseria y hambre que padece España? Los mismos trigos segaron los gallegos el año de 63, y con todo eso, los que venían a la siega este año de 64 se volvieron a sus casas desde la raya del Reino de León, porque allí supieron que no se hallaba pan que comer en todo el camino, habiendo sido feliz el año. Esta peste de usureros y logreros cada día toma más vuelo. Y todo procede del monipodio de las compañías que, como se toleran, son la peste y la destrucción [184v] total e irremediable de España. El caso es que de la unión de esos chamarilleros de géneros extraños y de los usureros a todo trapo con los extranjeros, se abortó la persecución contra las fábricas y contra cualquiera pobre mercader que por sí solo quiera comerciar con géneros españoles.

(§ 3798) La razón es palmaria: bien conocen los chamarilleros que si en España se establecen todo género de fábricas; si se promueven todo género de manufacturas; si se benefician muchas minas de minerales y metales imperfectos; y si se estudia *a fundamentis* la historia natural, agricultura y botánica de España, llevará el diablo su oficio de traer esas cosas de fuera del Reino y se darán al diablo los extranjeros que censuraban nuestra desidia, porque dará un enorme batacazo su comercio. La historia de los artificios y cohechos de que se valen los extranjeros [185r] y los chamarilleros sus factores, pide libro aparte, en lo que no me meto, pues me basta saber que son muchos. El más solapado es decir que si vienen pocos géneros de fuera, bajarán mucho las aduanas, y eso es contra la Hacienda Real.

(§ 3799) Este título de Hacienda Real y Real Hacienda es el mayor pretexto y el aparente espantajo de que se valen los dichos chamarilleros, los extranjeros y todos los famélicos proyectistas que presentan pliegos y memoriales empalagados del sonsonete Real Hacienda, Real Servicio, etc. Toda esa falsa plegaria se dirige a engañar a los ministros y que estos inadvertidamente mullan que el Rey resbale hacia el engaño, con el seguro de que los pueblos oyendo “servicio y aumento de la Hacienda Real”, o callarán o serán tan estúpidos que se tragarán la falsa y solapada añagaza de cuatro impostores [185v] piojosos. El verdadero fin de estos enemigos del Rey, de los pueblos, del bien público y de la felicidad de España no es el promover la Hacienda Real, sino promoverse ellos a hacerse carne y sangre de la Real Hacienda y de la del público. Si pega el arbitrio, ya tienen apalabrados unos millares de ropillones (tan piojosos como ellos) para emplearlos en la ejecución del arbitrio, y que el Rey y los pueblos los mantengan *ad vanitatem usque* con pingües salarios.

(§ 3800) “Gente pobre —dice el adagio— todo es trazas”, otros dicen, “todo es trampas”. Yo digo: todo es arbitrios y proyectos, y en el fondo todo es trapazas y trapacerías. Hablo de los arbitristas que se escudan con la Hacienda Real, no hablo de los pobres, que todo se les va en pensar en lícitas industrias para ganar de comer. Bien sé que en Cádiz había dos aras, según Filóstrato, una a la pobreza y otra a la fabril [186r] industria de manos: *apud ipsos arti et paupertati arae positae*<sup>163</sup>. ¿Por qué esos arbitristas no se dedican a la industria de sus manos en el cultivo de la tierra o en el trabajo de algún arte fabril? En verdad que entonces ya podrán decir que concurren al aumento de la Hacienda Real y a la del público. No

<sup>163</sup> Entre ellos se habían erigido unos altares dedicados a la artesanía y a la pobreza.

señor —dirán esos pobres y holgazanes— no es ese nuestro fin en los fermentidos memoriales que embarramos con los colores de la Real Hacienda. Eso es no entendernos.

(§ 3801) No negamos que los más de los que hemos de cucharetear en el proyecto si se entabla somos pobres y pobres hombres, que algunos han venido a la corte *pedibus gypsatis*<sup>164</sup> y que no pocos han venido al peso, haciendo contrapeso con un tercio de bacallao. Queremos salir de miseria y hacernos *ricos-homes* en pocos meses, o no en muchos años. El arbitrio sería meternos a comerciantes chamarilleros y a factores de los extranjeros, pero no hallamos quienes nos fien ni nos abonen, pues para maldita la cosa [186v] somos abonados. Pero conociendo que este es el siglo de los descabellados proyectos y que solo esos y sus autores hacen fortuna, hemos recurrido al ningún coste de uno o dos pliegos de papel, y en ellos hemos propuesto el arbitrio que más nos convenga para salir en breve de nuestra infeliz mendicidad, y ponernos en la calle con coche, sortijón y muestra de repetición de la última moda, como han conseguido otros de nuestra farándula y cofradía.

(§ 3802) Estamos seguros que el Rey no lee esos memoriales, que los ministros, por falta de reflexión, incautamente se los tragan, y que sonando el bien de la Hacienda Real, no es necesario que el proyecto se consulte con algunos inteligentes y desinteresados que descubran toda nuestra trapacería y que hagan patente que el arbitrio es por consecuencias mediatas contra la Real Hacienda y contra el bien público. Tengo certeza de un celoso ministro al cual se presentó un proyecto de este jaez. Le remitió a uno que tenía por desinteresado, [187r] (y lo es) diciéndole que pusiese todo lo que juzgase opuesto. Hízolo con evidencia y llevó el diablo todo el proyecto inventado por una pandilla de media docena de avarientos.

(§ 3803) Los arbitrios que superficialmente parecen más probables son los que acometen a la Real Hacienda por un solo ramo de sus rentas. Estos, si los ramos de rentas reales son cincuenta, verbigracia, hacen la cuenta con un solo ramo, sin contar con los cuarenta y nueve restantes, suponiendo en falso que esos no bajarán, aunque se suba uno, dos o tres. El proyecto de duplicar el precio de la sal podrá ser que aumente las rentas de salinas, pero bajarán mucho otros ramos, y a la verdad merece doscientos palos el que empuerca papel con esos arbitrios de subidas. ¿Qué se necesita de papel ni de arbitristas para que si el Rey quiere duplique el precio de la sal? De esto ya hablé en otra parte, y repito que el conjuro contra esos arbitristas de subir este o el otro ramo, será no contentarse con las fianzas que dieren de la renta de [187v] ese ramo. Se les debe pedir fianzas de todas las rentas actuales de los otros cuarenta y nueve ramos, de modo que no bajen un maravedí.

(§ 3804) El que yo tendré por verdadero arbitrio sería el del que propusiese bajar el precio de la sal y que no bajasen (y aun subiesen algo) las rentas de salinas, y que no bajasen los cuarenta y nueve ramos. ¿Por qué no se presentan estos arbitristas? No hay cosa más fácil ni más suave que el idear ese género de arbitrios en favor del Rey y de los pueblos: súmense todos los empleados en salinas, y lo mismo de los otros de los cuarenta y nueve ramos; súmense todos los salarios que paga el Rey; no se provea de aquí adelante la tercera parte de los empleos, y rebájese la cuarta parte de todos los salarios que pasaren de cuatro reales diarios, y está el arbitrio propuesto y calculado. Todo el dinero que resultare de las dos providencias, y que ya no pagará el Rey, rebájese del precio actual de la sal y se verá aumentada la renta de salinas, haciendo mucha gracia a los pueblos.

(§ 3805) En cierta villa de Galicia viven [188r] dos empleados, los cuales confiesan a voces que gozan quinientos ducados sin saber por qué, pues nada tienen que hacer. Esto consiste en que los dos eran del

<sup>164</sup> Con los pies desnudos. Cf. Juvenal, *Saturae* 1, 111.

cariño de uno a quien defería el ministro que aumentaba y minoraba los sueldos y los empleados. Y así se inventó el falso título colorado para que los dos comiesen a costa del Rey y del pueblo. El suprimir la tercera parte de los empleados después de su muerte es una providencia suavísima. El rebajar los sueldos también es providencia justa, aunque no guste. La multitud de los empleados y la exorbitancia de los sueldos nunca ha sido cosa del Rey, sino de los ministros subalternos que para acomodar parientes, paisanos, paniaguados, y para cumplir con los empeños, han multiplicado empleos y señaláronles sueldos según su devoción y cariño.

(§ 3806) Y quién me podrá negar que todo eso está fundado en el aire y en la ventolera de los que debiendo, por su oficio, mirar por el bien del Rey y del público, [188v] solo han mirado por el afán de hacer mayorazgos para meterse de gorra entre los rancios títulos de Castilla y para criar de nuevo muchas hechuras dependientes, señalándoles pingües sueldos con los que captasen su gratitud. ¿Quiénes no podrán hablar más de esta ridícula extravagancia que yo? —esto por el estado presente, que por el estado pretérito acaso podré hablar yo tanto como ellos: sin retroceder a mucha antigüedad, y aún después que el maravedí tenía el mismo valor que tiene hoy, todos los salarios se tasaban por maravedís.

(§ 3807) Al cronista general de Castilla se le señalaron de renta anual cincuenta mil maravedís, y hoy no percibe ni un maravedí más. Esos corresponden hoy a una sola peseta diaria. ¿Qué empleado, pues, en rentas reales no tiene tres y cuatro tanto más de salario que un cronista general de Castilla? ¿Y por qué ha de tener más? La congrua diaria de un sacerdote no ha [189r] pasado hasta ahora de dos reales, y en el arzobispado de Toledo de tres, y para que viva con decencia. El texto de Cristo “nonne ex denario convenisti mecum?”<sup>165</sup>, prueba que el salario diurno o el jornal de un cavador era un denario o un real de plata, y este solo el día que trabajaba de sol a sol.

(§ 3808) En Galicia es frase “el real del cavador”, porque el que cava de sol a sol solo tiene de jornal 34 maravedís y un toco y mal comer. Una pobre costurera que está cosiendo todo el día, solo se le da una mala y tosca comida y 16 maravedís de jornal. Pregunté en Galicia cuánto ganaba una palillera que hace encajes y me dijeron que, trabajando todo el año, ganaba diariamente de cinco a seis cuartos, pero que de solos esos había de comer, vestir y pagar casa —si no la tiene heredada, que por lo común la tienen. Propongo todo lo dicho para probar lo que voy diciendo y tapar la boca a cualquiera empleado de rentas reales que quiera quejarse de que se les rebaje la cuarta parte del salario, [189v] que nunca han tenido derecho a él. Antes bien, hace años que las justas quejas son las de los pueblos, contra los que, sin autorización y sin proporción, han señalado esos pingües salarios que los mismos pueblos han de escotar de sus pocos maravedís. Si los pueblos solos señalasen los sueldos, no hubiera tomado vuelo el abuso.

(§ 3809) La salida de que se subieron los géneros y alimentos, y que por eso se subieron los salarios, es desatinada. Pruébese antes que los alimentos y géneros o se bajaron o no se subieron para los cronistas de Castilla, para los sacerdotes, labradores, costureras, palilleras, sastres, albañiles, y para todos los que viven de su penoso oficio con un corto salario por maravedís. Los géneros y alimentos del país, si en un año suben, en otro bajan, y jamás han ocasionado subidas de salarios. Es cierto que los alimentos y géneros que vienen de los extranjeros nunca bajan y siempre suben, ya en los puertos (por la desidia de no tasarlos [190r] como en la plaza de Madrid se tasan las guindas, tomates y berenjenas), ya porque colocados en las tiendas de los que solo venden géneros de fuera de España, allí se les pone un precio exorbitante con una absoluta impunidad.

<sup>165</sup> ¿Acaso no te concertaste conmigo por un denario? Mateo 20, 13.



(§ 3810) Pregunto: ¿y por qué a todos los empleados en rentas reales no se les debe obligar a que coman, vistan y atavíen sus casas con géneros privativos del país?, ¿y por qué se les ha de permitir, o no se ha de castigar, que esos mismos malbaraten los pingües salarios que han salido del sudor de los pueblos empleándolos en excusados géneros de los extranjeros, para que estos se hagan carne y sangre de los doblones de España? Lo que digo de todos los empleados en las rentas reales, digo de todos los que, por título alguno (sea el que fuere) gozan salario, sueldo o sobresueldo del Rey, y sin el cual no podrían subsistir. Esos salarios (y son infinitos) salen de las costillas de los pueblos y de los que, cobrando [190v] su jornal por un corto número de maravedís, ni envían ni pueden enviar un maravedí fuera del Reino, para comer, beber, vestir y ataviarse.

(§ 3811) Tiene, pues, derecho el público a quejarse al Rey del desperdicio que se hace de las considerables sumas de dinero con que contribuye para alimentar tanta infinidad de asalariados, (excusados e inútiles al público los más de ellos), y que esas sumas salgan fuera del Reino o en derecho o mediante el gremio, pandilla y monipodio de los mercaderes de solos géneros extraños y costosos. Y hará el Rey la más heroica acción de padre de la patria en atajar abusos tan perniciosos y perjudiciales a su monarquía. Si fuese lícita la vanidad, el lujo y el plantarse en la calle de fantasmas y figurones, aún sería ilícito y detestable que esa vanidad y lujo se ostentase con géneros que de países extranjeros se han introducido [191r] en España, teniendo España infinitos géneros selectos y delicados, con los cuales no solo los españoles, sino los extranjeros mismos, podrían disputar vanidad, lujo y regalo con los sibaritas.

(§ 3812) En ningún tiempo más oportuno que en este presente se podrá establecer la reforma de los trajes, mesas, atuendos de casa y de calle. Es justísimo que en toda república bien gobernada haya una arreglada jerarquía, desde el Rey hasta el más mínimo jornalero. En cierta villa de Galicia se apareció en la calle un carnicero y cortador vestido a lo de señor y con un espadín de plata. En Madrid pasaría esa insolencia por esplendor de la corte, pero en la dicha villa no le quedó gana al cortador de volver a ponerse el espadín. Seguramente que ese espadín de plata se compró a los extranjeros o a sus factores con el dinero que se hurtó al público en el precio y peso de la carne. Dicen que después de la [191v] primera compra de un coche regular, cuesta el mantenerle cada año de 500 a 600 ducados. De la infinidad de coches que hay en Madrid y que impunemente le arrastra cualquiera churriburri, se inferirá de dónde sale y cómo sale el dinero para mantenerle.

(§ 3813) Es notorio —como ya dije— que nuestro Rey no se viste de géneros que no sean de las fábricas de España, ni se alimenta de viandas y licores que no sean de la cosecha de la misma Península. Corre ya para cinco años que su majestad conserva constantemente la misma moderada y ejemplar conducta, y con razón pronostican todos que siempre la conservará —y quiera Dios la conserve muchos años para que sea un vivo ejemplar al cual se arreglen y proporcionen todos sus vasallos que aprecien ser buenos españoles y patriotas. A vista de este tan laudable como regio ejemplar, se debe cubrir de vergüenza la nación española porque no le imita.

[192r] (§ 3814) Pero lo que causa algo más que vergüenza es que los que se presentan en la corte (prescindiendo de los embajadores) sean los que menos imitan al Rey en su atavío y frugalidad. Es constante que muchos de ellos nada llevan sobre sí que no sea forastero y que ha ocasionado una considerable extracción de doblones fuera de España. Esto no es hacer la corte al Rey, sino critiquizar en algún modo su laudabilísima conducta, que ellos, siquiera por palaciegos, debían imitar. Sería muy útil para España que viendo el Rey cuán poco aprovechaba con su ejemplo, les mostrase su real desagrado con el horrendo

*exi foras*<sup>166</sup> de Juvenal. Este público sacudimiento será la más eficaz pragmática para que todos observen la pragmática que se publicare, arreglando trajes, lujo y vanidades que van arruinando a España.

(§ 3815) No precediendo ante todas cosas [192v] una rigurosa pragmática sobre trajes, que sea estable y fija y con graves penas a los contraventores, es excusado pensar el remedio del lujo y vanidad. Esa pragmática debe abrazar todos los ramos. Debe formarse antes una división de personas en tantas clases que constituyan una vistosa jerarquía. A cada clase se le debe señalar para el vestido la tela de lana o de seda, y de tal y tal calidad, pero que siempre sea de España el material y el tejido, y aun que el mismo sastre esté ya avecindado en el país. Y debe ser contrabando todo vestido hecho fuera de España y en el cual entren materiales que no sean españoles. De ese modo se cortan de raíz las modas y monadas y muñecas que vienen de los extranjeros, y que cada mes se mudan con una irrisible inconstancia, muy ajena de la gravedad española.

(§ 3816) Rara infelicidad de cabecillas que pasan por españoles, que hasta ahora no saben aún como se han de vestir. Un japon, [193r] chino, siamés, mogol, persa, turco, etc., conserva de inmemorial sus trajes y modos de vestir, sin soñar en admitir nuevas modas de un loco sastre antojadizo. Reflexiónese en los trajes de los antiquísimos españoles que se representan en las monedas desconocidas que llaman de Lastanosa, cotéjense con los trajes que usan de inmemorial los maragatos, y ninguno hallará diferencia, ni aun en el sombrero, que es el verdadero *galerus* de los romanos. A la cugujada llamaron los romanos *galerita*, aludiendo al sombrero natural y piramidal como el de los maragatos, que traen sobre la cabeza.

(§ 3817) Las más de las naciones usan de sombreros piramidales —como se ve en los chinos—, no por moda, sino porque traen la utilidad de despedir las aguas de lluvia. Por lo mismo, es piramidal el sombrero de las colmenas y el tejado de paja de las casas de los maragatos. El sombrero de tres picos, [193v] de moderna invención, solo sirve para recoger la lluvia que cayere a tres vientos y el calor que se reconcentre en los tres candiles. La ropa talar es la primitiva moda del género humano, como hoy se ve en casi todas las naciones. El que llaman vestido militar nunca ha sido moda hasta que la poltronería de los soldados mudaron el vestido de acero, que no podía ser talar, en armazón de lana o de seda.

(§ 3818) No me paro mucho en la fórmula y moda del vestido. Mi asunto es que, puesto un español en la calle, sea de esta o de la otra clase de la jerarquía, no ha de tener en sí, ni en cuanto a lo material, ni en cuanto a lo formal, ni en cuanto a adornos y alhajitas portátiles cuyos mixtos no sean de España, y cuya manufactura no sea de fábricas españolas. La pragmática que intime esto no puede tener tergiversación. Esta pragmática no quita que el señor sea señor, que el [194r] rico sea rico y que cada uno posea la clase que le corresponde. Y para que el distintivo de esas clases sea siempre visible, se podrán inventar tantos distintivos como son las clases, o de metales o de seda, con las cuales se adorne el vestido y se discierna la persona. Pero esos mismos distintivos siempre han de ser de cosecha y fábrica de España.

(§ 3819) Así, vemos que se distinguen las órdenes militares, las órdenes religiosas, los regimientos de soldados, etc. Al contrario, el vestir y ataviarse de géneros de fuera, y en especial en lugares populosos, no constituye distintivo alguno; antes bien, induce una intolerable confusión. Díganlo los que en Madrid jamás distinguirán un sastre, un barbero y un agente de negocios, de un grande, de un título y de un caballero de distinguida nobleza. Pero la pragmática, en el fondo a todos será útil, pues se les quitará delante el espantajo [194v] del qué dirán si no emplean cuanto tienen en vestirse de géneros extranjeros y pere-

<sup>166</sup> Sal fuera. Cf. Juvenal, *Saturae* VI, 146-48: “*collige sarcinulas dicet libertus et exi iam grauis es nobis et saepe emungeris, exi ocius et propera, sicco uenit altera naso*”. Cf. Juan 11, 43.

grinos para seguir la puerilidad de la moda, aunque haya de estar debiendo el vestido y hechuras de lo que trae sobre sí.

(§ 3820) En la página 156 del tomo de Uztáriz se da noticia de la real pragmática del año de 1723, y que se halla en el tomo III de la *Recopilación*. Toda mira a la reforma de trajes de España. Manda que todos los empleos públicos anden vestidos de negro para que todos se vistiesen de géneros de España, y lo más del caso es que así el Rey como la Reina y las personas reales han sido los primeros que observaron la pragmática. No dudo que esta y otras muchas pragmáticas sobre lo mismo se tendrán presentes para formar la nueva y universal pragmática que propongo. Supongo que esta parará en donde todas las demás pragmáticas, esto es, en el olvido y en la inobservancia, como sucedió a la de 723, aún estando incorporada con las leyes de la *Recopilación*.

[195r] (§ ↓3822) Pero yo no desistiré de pensar bien, aunque muchos no quieran desistir de obrar mal. Todo cuanto dije de exclusiva de géneros extraños para los trajes y adornos, se debe entender de las opíparas mesas. Siendo España el país más regalado de alimentos y licores, es muy reprehensible que se extraiga de España un real siquiera a título de ostentar grandes mesas. Haya en hora buena esas perdurables mesas, y sean el teatro de la glotonería y borrachera, pero sea con las viandas y copas de España, y tómese ejemplo de la frugalidad y parsimonia de nuestro monarca. En cuanto a los coches, cada día nos muelen con el chorrillo de que está para salir la reforma de coches, de mulas, de lacayos ociosos, etc. pero yo creo que nunca saldrá, porque los que habían de sostener la reforma son interesados en que no se hable de ella.

(§ 3823) Dirán los que afectan degenerar de españoles, que si se establece la real [195v] pragmática como la propongo, se quejarán los extranjeros. Argumento fútil de todos modos. Digo yo que todos los españoles hace años que se están quejando y siempre se quejarán porque no se establece y no se hacen observar con rigor las muchas ya establecidas sobre el mismo asunto. Esas naciones lleven sus bujerías, bagatelas, fruslerías y quinquillerías a países en donde se necesiten. Piensen introducir en España barras de oro y de plata en bruto, que acá se manufacturarán, y guárdense sus habilidades que tampoco se necesitan en España. Nación hay cuyo fin no es sacar los géneros que nos sobran, sino introducir los suyos fútiles y de perspectiva. ¿Y esto por qué? Porque está en la creencia que no necesita géneros de fuera.

(§ 3824) Dirán algunos españoles rateros, de los que compran y venden géneros extraños, que si se publica la real pragmática no venderán cosa y se perderán. En esos casos siempre las pragmáticas [196r] dan tiempo para que los vendedores se deshagan de los géneros que ya son contra pragmática, con apercebimiento que desde el día de la fecha no se envíe un maravedí fuera de España. Dedíquense esos a comprar y vender géneros y manufacturas de España, y aunque ganen menos será más bien ganado. O si no, junten sus caudales tres o cuatro y establezcan en España una nueva fábrica de los géneros que traían de fuera, como han hecho algunos, y serán más útiles a su nación que con el vil ejercicio de ser chamarilleros y factores de extranjeros.

(§ 3825) Pero aquel género de cormas y arañones de la república hacen orejas de mercader si se les quiere persuadir cosa alguna que sea conforme a la sociedad y útil al bien público. Esos no entienden de más público que su interesada avaricia particular, están en un afán continuo de duplicar cada día su caudal, y quisieran apurar las 64 casas del ajedrez. [196v] El fin es poder alistarse en la cofradía de los millonistas cuyo fundador ha sido Samuel Levi con sus 22 millones de reales, que —como ya dije— había chupado de los pueblos y también del mismo Rey, que es el vasallo que más contribuye a la cofradía despótica del dinero. No hay paciencia para aguantar que haya vasallos del Rey que cuenten sus caudales por millones, y que millones de vasallos tanto y más honrados que ellos, no los puedan contar por centenares.

(§ 3826) Así, es indispensable que en la ideada pragmática real se arreglen los caudales de los vasallos que han de componer la sociedad española. Siempre se ha atendido a esa proporción geométrica en toda república bien gobernada. De hombres que han nacido como los muchos, que no tenían para unos zapatos, que no heredaron para unos calzones, que no han traído una peseta de fuera de España, que no tienen alguna habilidad sobresaliente, que [197r] no saben ni pueden saber el secreto de hacer oro, y que por ningún acaso, a escondite de la chuzada, no han desenterrado algún inmenso tesoro y se le apropiaron... si esos hombres, pregunto, llegan a poseer millones ¿qué se debe creer de su conducta?

(§ 3827) Ese género de vasallos o se les debe reducir a la medianía en sus caudales y en sus inicuas ganancias, o se les debe expeler de la sociedad española para escarmiento de otros. A esto miraba la ley y práctica de los atenienses en su ostracismo, y de los siracusanos en su petalismo. Ni unos ni otros toleraban que en su sociedad respectiva viviese hombre que enormemente excediese a todos los demás en dinero, hacienda, poder, favor del pueblo, y aún en virtudes morales —como sucedió con Aristides. El fin era para que ninguno se pudiese levantar en tirano político y atropellase con el dinero y poder las fundamentales leyes de la sociedad, que tenían establecidas de inmemorial.

[197v] (§ 3828) El ostracismo no era castigo ni pena, sino una providencia interina por diez años para amortiguar y moderar el poder, extrañando y descartando al que le tenía de la sociedad civil. Hoy sucede lo mismo en el juego de naipes: si tres o cuatro jugadores han observado que Pedro, o por más afortunado, o por más diestro, o por tahúr, o por fullero, o por todo, se levanta en aquella pequeña sociedad con todo el dinero, tardan poco en descartarle y expelerle y jamás se le admite en la sociedad del juego. No digo que esos millonistas aspiren a la tiranía en su riguroso significado; no obstante, los millonistas antiguos (irreconciliables enemigos de los cristianos) no pocas veces ayudaron con sus millones a nuestros enemigos en tiempo de guerra, y cada vez admiro más la indolente necesidad de los españoles en confiar a los dichos el manejo de todas las rentas reales.

(§ 3829) Hablo solamente de las tiranías bajas, que a veces son más crueles que las altas tiranías. Las vejaciones, extorsiones, [198r] despotismos, monipodios, que padecen los pueblos, sin poder ganar su vida con un lícito y corto comercio particular, y sin poder aplicarse a fábricas, etc., todo procede de que un pelotón de los que llaman mercaderes y comerciantes, todo lo quieren estancar —que no podrían si no estancasen todo el dinero para utilizar el cohecho en libertarse de toda ley, justicia y equidad, y metiéndose a legisladores con leyes acomodadas a su insaciable avaricia. El lienzo públicamente se vendía por las calles de Madrid y a voces. Lo mismo digo del hilo y encajes que vendían y pregonaban unos pobres gallegos. Conocí a una pobre vieja que vendía escarpines hechos, y a este tenor se vendían y publicaban otras muchas cosas como hoy se pregonan otras mil cosas.

(§ 3830) Todo aquello se ha prohibido, y sin pragmática. ¿Y con qué autoridad? Solo con la del monipodio. Aquellas harpías no quieren que otro alguno venda sino es de su cofradía. Si un español quiere vender [198v] un género que no sea contrabando real, pagando las entradas y los derechos, ¿qué autoridad tiene la pandilla de mercaderes para impedirlo? Si estos pagan derechos, también los otros los pagan y acaso más, porque no podrán hacer, a título de pobres, embudos ni cohechos; y en verdad que estos no enviarán fuera de España muchos reales para engordar a nuestros enemigos.

(§ 3831) Pide pues la equidad que en la real pragmática se restituya la libertad que todos hemos alcanzado de vender por las calles los géneros de España que no sean de contrabando, pagando entradas y derechos. Y yo aseguro que, a proporción, más contribuirán al Rey esos pobres vendedores de calle que los ricos vendedores de tienda con todo su monipodio, que solo sostienen para subir el precio por las nubes,

siendo solos ellos los vendedores —que eso significa *monopolium*. No se debe obligar a esos vendedores de calle a que, *velis nolis*<sup>167</sup>, compren los géneros en las tiendas de las harpías, sino que [199r] los compren de primera mano en las fábricas, y que así los puedan vender con más conveniencia, y aun puedan ganar un bocado de pan que comer: este es el verdadero comercio.

(§ 3832) De lo dicho se infiere que los mercaderes estorban que coman los pobres para comérselo ellos todo y atesorarlo, y para que coman los extranjeros. El pretexto de que esos vendedores de calle entrarán los géneros por alto es tan falso como es cierto que los que entran por alto los géneros son muchos de los mercaderes mismos, ya sean los géneros de países extraños, ya sean españoles. Galones, encajes, hebillas, cajas, etc., abultan poco y valen mucho. Al principio de este siglo había en Galicia muchos contrabandos de tabaco. Hoy corre la voz que no los hay, y es mentira, pues acaso hay más. Pero esos contrabandos los admiten los estanqueristas, los mezclan, venden y utilizan. Esto lo sé de uno que ninguno tiene más voto que él en materia de celar los contrabandos.

[199v] (§ 3833) Véase aquí descubierta y patente a todo el mundo la tosca hiladaza de la trama que sin cesar están urdiendo los enemigos del bien público de España. A ese género de gentes, arañones y harpías de los caudales de los españoles, se debe atribuir la causa del lastimoso estado al cual España vino a parar. La causa de no haber comercio de particulares que no quieren entrar en compañías, pandillas ni monipodios. La causa de que no haya fábricas ni manufacturas, o de que se deterioren las que hay. La causa de que no se beneficien las minas de metales imperfectos de España. Y la causa de haberse alterado todos los precios y que no haya tasa ni arancel que pueda refrenar la avaricia.

(§ 3834) Aún falta lo peor. Como el sistema de mercaderes y comerciantes es estancar los géneros que solos ellos puedan vender para estancar todo el dinero y estancar, por consiguiente, en sí mismos el comercio, no respiran sino estancos, [200r] monipodios y mohatras. Quisieran que todo estuviese estancado pero solo en ellos, aunque con el título del Rey. Miran con los malos ojos que los que no son de su facción ganen su vida con un lícito y honesto comercio de comprar y vender. Es chistoso lo que se cuenta de un vizcaíno bozal. Leyó el párrafo de la gaceta en el cual se conferían algunos empleos a personas cuyos apellidos nada tenían del guirigay de Vizcaya. Entonces, sobresaltado y enfadado, dijo: “¿Pues qué? ¿No había vizcaínos para estos empleos?”

(§ 3835) Aplíquese el dicho bozal a los de la facción dicha cuando saben u oyen que fulano o fulano inventó algún arbitrio para ganar su vida comprando y vendiendo. ¿Pues qué —dicen—, no había alguno de nuestra facción y pandilla para que atrapase esa ganancia, aunque corta? Después se piensa en que aquel pobre no tenga que comer. Entran memoriales, representaciones y proyectos, [200v] en los cuales, con el solapado pretexto de que conviene a la Real Hacienda, solicitan que aquella fábrica se les ceda a ellos para estancarla o que el Rey la estanque. Al fin entre ellos ha de quedar la mayor parte de la ganancia, pues de su pandilla saldrán los manipulantes.

(§ 3836) Inventó no sé quién las que llaman *hachas de viento*. Vendíalas con conveniencia y ganaba de comer. El primer paso que dieron contra el inventor fue solicitar que se prohibiesen esas hachas, porque ocasionarían incendios. Después de ya prohibidas, solicitaron y consiguieron que esa fábrica se estancase. ¡Oh, raro fenómeno de la naturaleza! Las hachas de viento, si las vende el que las inventó, ocasionarán incendios, pero si se compran al que las ha estancado, jamás tendrán esas malas consecuencias. ¿Qué es esto, si no hacer burla del Rey y de toda la nación española? ¿Cuándo pudo pensar el Rey en que es estan-

<sup>167</sup> De grado o por fuerza.



casen las hachas [201r] de viento? ¿Qué importa que no lo haya pensado el Rey si lo han pensado sus mercedes las arpiás?

(§ 3837) Por los mismos filos se introdujo el increíble y ridículo estanco de los polvos de cartas. No hace mucho que era común en las calles de Madrid el pregón: “Polvos de cartas, cañones y tinta”. ¿Cuántos millones ganarían los infelices que pregonaban aquellas tres cosas? Más gastaban en zapatos y saliva que ganaban en la venta. Pero, al fin, ganaban para un bocado de pan. Ahora están esperando que se estanquen los cañones y tinta, y se quejarán los cendales si no se les da también ese honor. No dejarán de ser fuertes y curiosas las razones para probar que los polvos de cartas pertenecen a la regalía. A mí se me ofrece una curiosa noticia que prueba que los polvos de cartas pertenecen a los reyes, no para estancar su venta, sino para [201v] contemplar en ellos uno de los cuatro novísimos.

(§ 3838) Los emperadores de Constantinopla traen en la mano derecha una cruz y en la izquierda aquel enredillo que llamaban *akakia*. Explicaré la voz, el significado y la representación. *Kakos* o *cacos* en griego significa ‘malo’ y la voz *kakia*, ‘malicia’. La *A* en griego es privativa y negativa. Así, *A-kakia* significa ‘*sine malitia*’ o ‘*innocentia*’ o ‘inculpabilidad’. Imagínese una bolsa de un pie de largo, poco más o menos, y de figura rolliza, con el diámetro de una muñeca. Esa bolsita se llenaba de tierra o de arena o de ceniza o de polvo, y al modo que el abanico es hoy el dije que los emperadores traían en la mano izquierda.

(§ 3839) Porque no todos entendían [202r] aquel dije de las pinturas, unos creyeron que era cetro, otros los Evangelios arrollados, otros un rollo de memoriales, etc. Pero Du Cange, Macri y otros prueban que esa *akakia*, por razón de sus polvos, era un dije de la muerte (“*Pulvis es, et in pulverem reverteris*”<sup>168</sup>), en el cual debía contemplar, y en la cruz, el emperador, para vivir sin malicia, y para que se acordase de su miseria. En breve, traían empuñado el miércoles de ceniza. No hay duda que la bolsita llena de polvos de cartas debía servir al que los estancó de una *akakia* para refrenar su avaricia.

(§ 3840) De camino advierto que aquella quisicosa como palo o garrote terciado en la mano y puesto horizontal con el cual se pinta a caballo un grande capitán no tiene origen en la Antigüedad. No es cetro, pues ese siempre tenía un símbolo en el remate. [202v] No es arma, pues no tiene punta para herir. No debe ser bastón, pues ese nunca ha pasado de muleta para arrimarse. ¿Pues qué es? Es un ignorante capricho de los pintores que no entendieron la *akakia* de las pinturas antiguas. La verdadera regalía de los reyes cristianos no ha de ser el ridículo estanco de los polvos de cartas, sino la cruz para la fe y los polvos, arena o ceniza, encerrados en la *akakia*, para que acordándose de la muerte se excite a las buenas obras y a observar una vida inocente e inculpable.

(§ 3841) Lo que he dicho de los polvos de cartas digo de los estancos de otras menudencias semejantes, en los cuales jamás ha pensado el Rey sino los monopodistas que quieren ser más que reyes y que son los mayores tiranos del comercio intestino de España. [203r] Ninguno ignora quienes hayan sido los primeros estanqueristas que en España se han aparecido, pero ese sistema, o zuna, cada día, *vires adquiriteundo*<sup>169</sup>. He oído que se pensó estancar los hábitos de San Francisco que sirven de mortajas, porque veían los monopodistas que los religiosos tenían algún útil para comprar hábitos nuevos. El plano de esos proyectistas es solicitar que todo, todo, se estanque, y en su pandilla, con el falso pretexto de aumentar la Hacienda Real y con el verdadero de aumentar sus millones.

<sup>168</sup> Polvo eres, y en polvo te convertirás. Génesis, 3, 19, pasada a la liturgia de Miércoles de Ceniza.

<sup>169</sup> Adquiere fuerzas mientras avanza. Virgilio, *Eneida* IV, 175.

(§ 3842) ¿Y cuánto se aumentó la Hacienda Real con esas cicaterías? Lo que se aumentó, y cada día se va aumentando más, es la pobreza y miseria de los pueblos y el número de los pobres, que no hallan a dónde echar los ojos para ganar su vida con un lícito y honesto comercio. A eso es consiguiente la ociosidad, mendicidad e inutilidad. De esa infinidad no ha de percibir mucho la Hacienda Real por muchos estancos que se multipliquen. Ayer tarde, 4 de julio, se echó [203v] la voz de que los pobres se juntasen en el corralón de Santa Isabel, que el Rey les quería dar allí la limosna, no en el Real Retiro. Concurrieron muchísimos, pero presto se echaron los soldados sobre ellos. Más de trescientos llevaron al hospicio y a los cuarteles, pero antes se escaparon muchos.

(§ 3843) Este estratagema mete mucho ruido de presente, de aquí a ocho días ya no se hablará palabra. Algunos extrañan el excesivo número de pobres en Madrid. Cada día será mayor si no se toman providencias para que tengan qué comer y de qué comer en sus países. Todos se quejan, con razón (y yo con ellos) de que jamás se ha visto tal plaga y peste de moscas en las casas como en este verano que corre. No se necesita física para señalar la causa. Antes, todas las moscas tenían que comer en los muladares de las calles. Quitaron estos y así se recogieron todas las moscas a las casas para comer e importunar. Lo mismo sucede cuando hay una grande y continua nevada, que por no hallar qué comer, animales, aves y fieras bajan [204r] a los lugares y casi se entran en las casas a refugiarse al hombre.

(§ 3844) No es improprio comparar los pobres a las moscas, por razón de la importunidad y persistencia en pedir y moler. “Romero hito, saca zatico” es adagio muy antiguo en España, y este se perifrasedó en el otro más moderno “Pobre importuno saca mendrugo”. Así pues, ese estratagema de juntar los pobres para cogerlos es lo mismo que andar a caza de moscas, que, cuantas más se cazan, más se multiplican y vienen de otras partes. A Madrid vienen pobres de todas las provincias acosados de la hambre y de que en sus países no hallan limosna porque casi todos la piden.

\* \* \*

#### RESIDENCIA DE LOS SEÑORES EN LA CORTE

(§ 3845) El útil de sus trabajos para el Rey todo viene a Madrid. El útil de sus trabajos para los grandes señores todo viene a Madrid. El útil de sus trabajos para engrasar tantos ociosamente empleados por el Rey, con los pingües salarios que el Rey no les señaló, sino los subalternos [204v] (que aspiran a hacer sus criaturas y enriquecerlas) no es útil que se adquiera para dar limosnas, sino para enviarle fuera de España. Conque no tienen los pobres otro recurso sino a los conventos y a los curas, pero estos, después que se les ha quitado el mejor diezmero, se ven obligados no pocos o a dejar el oficio, o a contarse entre los pobres, o a estar excusados de dar limosna de los diezmos.

(§ 3846) ¿Quién dudará que si al Rey se le informase de la omisión que algunos que perciben diezmos tienen en dar limosna a los mismos que se lo han quitado de la boca para diezmar y se le propusiese que los diezmos del mejor diezmero se depositasen con el único fin de repartirlo anualmente entre los pobres... quién dudará —repito— que el Rey aprobaría tan justo y piadoso arbitrio? Aquel desfalque de diezmos también cogió debajo a los conventos. Nunca dejan ni dejarán de dar limosna aunque se lo quiten de la boca, pero los conventos nunca podrán dar [205r] tanta limosna como quisieran, y más viendo cuán insolentados están los proyectistas contra la triste pitanza que disfruta un religioso.

(§ 3847) No obstante, tengo carta original de la cual consta que el convento de Samos repartía diariamente a los pobres en su portería de dieciocho a veinte hanegas de centeno en pan cocido. De esto se infiere que, aunque en Madrid haya hoy muchos pobres, no tienen comparación con los que hay en un

rincón de Galicia. Al fin, como los conventos no envían el dinero fuera de España para engordar a nuestros enemigos ni le envían a Madrid para que aquí coman, beban, vistan y triunfen una grande porción de ociosos inútiles, sacando a la calle toda bagatela de géneros extranjeros —ya no tienen los pobres otro recurso sino a los conventos y a sus porterías.

(§ 3848) No se debía permitir que en Madrid viviese más gente que la que come del salario del Rey o de algún [205v] oficio mecánico útil. A todos los que han de comer de sus estados y rentas en las provincias se les había de obligar a que viviesen en sus Estados y que allí gastasen sus rentas. De ese modo habría menos pobres y menos ociosos. Los señores del Japón no habitan en la corte Jedo sino en sus estados. Es verdad que de cuando en cuando y con orden van esos señores a Jedo a hacer la corte al emperador algunos meses. Después se vuelven a sus estados. Esto se debía introducir en España.

(§ 3849) Este tan útil y económico arbitrio podría tener inconvenientes en lo antiguo, cuando los señores tenían vasallos como soldados, con lanzas y otras armas a su disposición, y a cuyo poder ninguno se podía resistir, lo que era ocasionado a tropelías. Hoy ya no puede haber ese recelo, y son muchas las conveniencias que percibirá el público de que los señores vayan a gastar y comer sus rentas al país en donde poseen la mayor [206r] parte de ellas. Con media docena de rigurosas leyes que se establezcan para refrenar y contener cualquiera insulto, está compuesto todo en paz. La ley de los portugueses que los que tuvieren rentas en Portugal las hayan de comer en Portugal y no en otro país, es primorosa ley, y más preciso que en España se establezca para promover la población.

(§ 3850) Un señor residente de asiento en sus estados no podrá menos de hacer mucho bien a los pueblos, mucha limosna a los pobres y muchas gracias a sus vasallos, y no dejará de hacer algunas obras públicas a su costa, o por benevolencia, o por ostentación. El famoso puente que atraviesa la ría de Pontes de Eume, que tiene cincuenta ojos útiles y diez *ad defectus*<sup>170</sup>, es obra de Fernán Pérez de Andrade, ascendiente de los condes de Lemos. Y después que los señores residen en Madrid, ninguno piensa en hacer obras públicas en sus estados, sino en que estos remitan a Madrid mucho dinero [206v] para vanidades y vicioso lujo.

(§ 3851) A lo dicho se añade que un señor en sus estados tendrá más y gastará menos, servirase de sus mismos vasallos y entre ellos distribuirá los empleos civiles y eclesiásticos que fueren de su dependencia. Al contrario, los señores que residen en Madrid son corma para el país de sus estados, y sobre todo en la ciega elección que hacen de los sujetos alienígenas que envían con empleo a sus estados, y no pocos han llevado a ellos una lepra y sarna perruna que jamás se extinguirá. Finalmente, aunque los señores tengan alguna fragilidad en sus estados, en casa se queda todo —y sin tanto peligro como en Madrid, y con más asegurada sucesión de la familia.

(§ 3852) Otras muchas utilidades visibles se seguirán de la residencia habitual de los señores en sus estados. Utilidades para el mismo señor, para sus vasallos, para los pueblos circunvecinos, [207r] para los pobres y enfermos desvalidos, para el público de la provincia y del Reino —y por consiguiente para el Rey— para avivar el comercio intestino, para la población del país y, finalmente, para hacer floreciente en sus estados la agricultura y crianza de ganados sin necesitar de Mesta, y aun para ayudar a algunos que quieran establecer alguna útil fábrica. Todas estas utilidades se seguirán de la dicha residencia, y nótese que ni la más mínima se sigue de vivir en Madrid. Antes bien, cualquiera podrá contar las contra-utilidades que se ocasionan.

<sup>170</sup> Para adorno. (Debería ser *ad effectus* y no *ad defectus*).

(§ 3853) El dicho vulgar “el ojo del amo engorda al caballo” le aplicaban los romanos a la corporal presencia del que poseía tierras y heredades, como que con su presencia, saliva y aliento las fecundaba. La población del mundo no comenzó por ciudades muy populosas que, a la verdad, son diametralmente [207v] opuestas a la población y son la corma y gomia del género humano, la escuela de todos los vicios, el teatro de todo embuste, enredo y trapacería, y la coluvie de todo holgazán, ocioso y proscrito de las provincias (que vienen a refugiarse a esas Babilonias a fabricar torres de viento y vanidad).

(§ 3854) Todos los señores españoles vivían en sus estados, en donde tenían su palacio y granjería. Solo salían de allí para la guerra o para algunas fiestas públicas, o llamados del Rey para su servicio, o para alguna grande comisión. El tiempo restante, o cuidaban de su hacienda, o visitaban sus estados, o se empleaban en algunas honestas recreaciones. Léanse las crónicas y en ellas se verá que cuando los reyes no salían a la guerra, se divertían en visitar sus estados. En unas partes hacían gracias, en otras administraban justicia, y en [208r] otras hacían justicias ejemplares, reconocían los castillos y fortificaciones notaban las ruinas de los puentes precisos, palpaban los derrumbaderos de los caminos, etc. En todo ponían orden y daban sus providencias, y con su presencia corporal hacían feliz su reino y arrastraban los corazones de sus vasallos.

(§ 3855) Muchos de los señores que viven en Madrid jamás han visto sus estados ni aún en un mapa. Ciegamente se confían en lo que les escribe un contador, administrador y tesorero, o algún dependiente que reside en los estados. Y estos, si son extraños de la provincia, más piensan en emparentar bien en el país y en hacer sus mayorazgos, que no en mirar por los vasallos, por los pobres. Se hacen despóticos, tiranos y crueles, y en tal grado que en los mismos señores sería abominable delito. Si hay quejas al señor, las remite [208v] a los agresores y estos inundan la respuesta de mil falsedades, embustes y mentiras, y queda el señor muy satisfecho de sus ministriles, y estos se vengan después de los quejosos. Nada de esto habría si los señores viviesen en sus estados y conociesen de cerca sus ministros y sus vasallos y los careasen.

(§ 3856) Tan lejos de seguirse alguna incomodidad a los señores por vivir en sus estados, tendrán muchas diversiones lícitas. El verano, contemplando sus granjerías. En invierno, retirándose a la villa más populosa o a la capital de la provincia, tendrán facilidad de asistir a todo género de fiestas públicas y de ver en los puertos si hay algunos navíos. Y de cuando en cuando, podrán emplear los siete meses de verano en venir y en estarse en Madrid para hacer la corte al Rey, y volverse después a sus estados.

(§ 3857) Nada propongo que no se haya [209r] ejecutado por muchos siglos, aun cuando había inconvenientes. Hoy ya no subsisten esos ni con cien leguas. Así, hará el Rey un visible beneficio a su monarquía en permitir que los señores vayan a vivir a sus estados respectivos, excepto los que han de quedar a real servicio. Esos serán los verdaderos padres de la patria en cada provincia, y al tiempo que han de velar sobre la justa conducta de sus ministros para con sus vasallos, podrán también velar sobre la conducta de los ministros del Rey para con los suyos. No como jueces, sino como celosos censores que representen al Rey las justas quejas de los oprimidos, pues por hacer una cadena los opresores, no hay arbitrio para que el Rey sepa los agravios que padecen sus vasallos desvalidos.

(§ 3858) El oficio de censor era de mucha autoridad entre los romanos. Residía en grandes señores sin excluir los emperadores mismos. Trebelio Polion, [209v] cuando habla de la elección de Valeriano en censor, trae un largo texto que se debe leer para saber las calidades del censor: “amicus bonorum: inimicus tyrannorum: hostis criminum: hostis vitiorum”<sup>171</sup>, etc. Las justicias, magistrados, asentistas, arrenda-

<sup>171</sup> Amigo de los buenos, enemigo de los tiranos; enemigo de los delitos, enemigo de las faltas. Scriptores Historiae Augustae, *Trebelli Pollionis Valeriani Duo* v, 6.

dores y otros subalternos ministros de rentas y de justicia hacen lo que se les antoja en las provincias sin que haya quien los restañe y refrene, ni quien represente las quejas de los pueblos al Rey. Sabiendo esos reyezuelos que algún señor dará las quejas en donde sean oídas, se moderarán en su despotismo y ambición avarienta.

(§ 3859) Cuando el Gran Turco da un grande empleo a alguno que le ha de ejercer a mucha distancia, le señala un compañero y asociado. El título es para que le ayude, pero el fin es para que sea su censor y dé parte a la corte de su conducta. Y como ya se sabe que no [210r] hay cosa más pública que el que eso está en secreto, procura el empleado en el oficio arreglar su buena conducta a su obligación en la administración de justicia, de rentas y de gobierno, y en refrenar su avaricia. No usé de la voz *espía* porque a causa de ser venal no suena bien. La voz *censor* es muy oportuna para un padre de la patria, los reyes se valieron de este arbitrio para saber lo que pasaba de especial —esto aun cuando los reyes andaban por las provincias, viéndolo y oyéndolo todo.

(§ 3860) Hoy más que nunca son precisos esos censores esparcidos por España, a causa de que los reyes se ausentan poco de la corte. Las espías, escuchas, esculcas, centinelas y atalayas son muy precisas en tiempo de guerra, pero más precisos son los censores en tiempo de paz. Contra los enemigos externos y contra sus incursiones, al instante [210v] se unen los pueblos, se arman y se defienden, pero contra los enemigos internos y domésticos, que con la falseada capa del Rey y de justicia, hacen mil extorsiones a los pueblos y a los individuos, no deben usar estos de más armas que de las leyes. De estas se burlan aquellos enemigos y las miran como papel mojado y como telas de araña que cualquiera moscón o escarabajo las destroza si se les oponen delante.

\* \* \*

#### COMERCIO

(§ 3861) No ignoran aquellos escarabajos, para cuyo empleo no han tenido voto alguno de los pueblos —antes le tendrían unánime para extrañarle fuera del país— que solo el Rey los podrá contener y castigar, pues con los intermedios ya están ajustados de antemano. Y la primera basa es que no se ha de dar cuenta arriba de la maldad, monipodio, estafa y vejación. Véase aquí cuán útiles serían a la sociedad humana los dichos [211r] censores, que avisasen en derecho al Rey de lo que se ejecutaba y no se corregía cuando era gravísima la materia. Las maldades que más miran a mi asunto son las que aniquilan el verdadero comercio, por estancarse todo en unos mercachifles o en una corta porción de ellos unidos para el monipodio.

(§ 3862) Pondré un ejemplo. Viene un forastero a un puerto de mar con una nave cargada de curadillo, aceite, trigo, etc. Sábelo un mercachifles y lo sabe primero que el público porque tiene espías en el puerto. Pasa allá y atraviesa toda la carga por alto y por junto. Almacénala en su casa y después va vendiendo a destajo todo el género. Si esto no es más que estanco real, ¿cuál será? Sabiendo que solo él puede vender el género dicho, sube el precio hasta donde puede estirar su insaciable avaricia, y lo que compró por cuatro y [211v] pudieron comprar los vecinos al forastero por cinco, el vendechifles le vende por diez a los vecinos. ¿Podrá haber maldad más execrable contra el comercio de los muchos y contra el bien común de todos? Pues esa inicua práctica se tolera, porque primero se compra la impunidad que el género en el navío.

(§ 3863) Esto mismo sucede en los pueblos de tierra adentro, cuando esos regatones salen a los caminos a comprar por junto lo que se traía a vender en particular. Trescientas leyes hay contra esos viles rega-



tones que a todo topan en plazas, mercados, ferias y puertos de mar. Es práctica en Toledo que ningún regatero pueda comprar el día de mercado hasta después de puesto el sol. En París hay ordenanza para que en esos casos ninguno pueda comprar pasado de tanto, ni pueda tener almacenado más que tanto. De este modo se troncha el estanco, [212r] el monopolio, la usura y el prurito de subir los precios.

(§ 3864) Pregunto: y si en virtud de las leyes que tanto favorecen a los vecinos, fuesen al almacén del monopolista, le echasen una sobrellave y pusiesen allí un hombre de bien que vendiese a los vecinos el género según el precio a que se había comprado por junto en el navío, ¿qué diría el Rey que puso las leyes?, ¿qué diría el magistrado que no hizo caso de ellas?, ¿y qué diría el regatón, que tan inicua y enormemente las pisoteó y se burló del bien común? ¿Qué hay que admirar ya que los mercaderes se levanten con todo el dinero? El caso es que esos mismos se levantan también con todo el comercio y, al fin, la mayor parte del lucro va a parar a los países extranjeros.

(§ 3865) Me inquieto cuando oigo bucinar *el comercio, el comercio, toma el* [212v] *comercio y daca el comercio*. Esta voz *comercio* no tiene significado fijo en España. Quisiera saber quiénes son los que han de comerciar. Los mercaderes monopolistas son enemigos y corma del verdadero comercio del común. ¿Y en qué géneros se ha de comerciar? Los principales están estancados por el Rey. Los segundos están estancados por alguna compañía con exclusiva. Los terceros están estancados por los mercaderes y regatones. ¿Con qué, pues, se ha de comerciar? Así, se debe entender que ese comercio que tanto se clamorea, viene a parar en que todos se metan a buhoneros.

(§ 3866) No dejará de adelantar mucho España en el comercio con un puñado de buhoneros que vendan cordones, cintas de calzoncillos y agujetas de perro, subsistiendo en pie los buhoneros de alta guisa, que son los que venden, y a peso de oro, toda bagatela, fruslería, dijes [213r] y quinquillería que se traen de los países extranjeros para extraernos a millares los doblones. Y tolerando que los mercaderes estanquen los géneros y que hayan hecho el monopolio, sistema, gremio y cofradía, tasándolos ellos mismos sin ninguna autoridad como si no hubiese aranceles públicos en los cuales están tasadas todas las cosas hasta la más mínima agujeta (como he leído en el arancel universal y público del año de 1628).

(§ 3867) Aún falta la mayor alevosía que los mercaderes y comerciantes, sean españoles o no, cometen para que vengan de fuera a España géneros extranjeros que para maldita la cosa necesitamos. Estos se opondrán en pandilla y *viribus et posse*<sup>172</sup>, y aun con dinero, que es el *posse* más eficaz, a que se promulgue, se intime y se haga observar [213v] con rigor la real pragmática, con fuerza de ley, de la cual voy hablando. Así sucedió en mi tiempo con los galones. Primero para que se prohibiesen, porque ya se fabricaban en España; y pasado tiempo, cuando ya no se fabricaban, para que se introdujesen de nuevo y viniesen de fuera. Y para cohonestar esa introducción y contradicción vergonzosa y para que hubiese mucho gasto, se inventó la moda de los costosos uniformes.

(§ 3868) En virtud de esta añagaza, movida y solicitada —y aun oí entonces que bien pagada por las potencias extrañas y coadyuvada por los mercaderes— vendieron bien sus agujetas, que no son otra cosa que los galones. Ya no hay echacuervos que no se presente en la calle con galones, y sabe Dios de dónde salió el dinero para enviarle fuera. ¡Esto sí que es comercio! Vestirse los españoles de monos y adaptando todas [214r] las modas de monadas y cuando piensan persuadirnos que es esplendor y lucimiento de la nación, nos hacen reír por lo que tiene de mojiganga con libreas más costosas. Permítanse enhorabuena esos ribetes, orillos o galones, pero fabríquense en España y a ninguno se permita usar de galones extranjeros.

<sup>172</sup> Con las fuerzas y el poder.

(§ 3869) No señor, dirán las naciones y los mercaderes españoles, sus factores. No nos conviene que en España haya esas fábricas ni otra alguna de géneros que se puedan traer a mucha costa de países extranjeros. Térese al degüello a toda fábrica que se haya establecido o se piense establecer de lanas, linos y sedas, siendo cosechas de España. Térese a oprimir toda fábrica de manufacturas, de metales, maderas y pieles peculiares de España. Dirán los enemigos de la nación, que vienen y hacen caudales [214v] de traer de fuera estaño, plomo, latón, cobre, hoja de lata, etc.: prohíbese beneficiar las minas de metales de que tanto abunda España, pues, si se benefician, acabose nuestra inicua, exorbitante ganancia. Inventose en Andalucía el fabricar hoja de lata. Cargó el Rey con esa fábrica y oí que ya se había acabado, lo que no sucedería si estuviese en particulares.

(§ 3870) Los alquiladizos emisarios para que dogmaticen entre tontos que es conveniente que los españoles traigan de fuera lo que les puede sobrar y sobre y lo que no necesitan (pues de ese modo subirán las aduanas) manifiestan que han perdido el sentido común. ¿Quién duda que esos pasarían por fatuos si en Inglaterra, Francia, etc. quisiesen persuadir esa lastimosa máxima? Todo Estado cuyas rentas de aduanas suben mucho, o es un pobre piojoso que [215r] no tiene géneros que utilizar, o es una nación muerta que, teniéndolos, no los quiere utilizar en beneficio del estado. Las aduanas es más un solo ramo de los muchos que adintegran las rentas reales. Cuanto más subieren las aduanas, tanto más bajarán los otros ramos, y, sobre todo, se irán aniquilando los caudales del Reino y aun del mismo Rey.

(§ 3871) Es error crasísimo creer que el 15 por 100 que el Rey cobra de un género aduanado lo cobra del forastero. No lo cobra sino de su vasallo, que lo compra a un precio subido y a un 15 por 100 más que el forastero le sobrecarga, para descargarse a costa ajena del derecho de aduana. Calcúlese hoy la suma total de lo que el Rey percibe de aduanas y la total suma del dinero que los extranjeros extraen de España a título de géneros aduanados, y se verá [215v] la enorme desproporción entre el dinero que equivocadamente entra en el Reino y el que realmente sale. ¿Qué padre de familias se podrá llamar, con razón, económico, el cual anualmente percibe uno y gasta siete?

(§ 3872) Ojalá no percibiese el Rey de los extranjeros tanto por aduanas, y tendrían los pueblos en común más dinero para contribuir al Rey en otros ramos de rentas. Ahora se palpará cuán precisa es la proyectada pragmática de trajes y contra el lujo que acarrear los géneros extranjeros. Ya ninguno tendrá disculpa para no arreglarse a la pragmática dicha, después que nuestro monarca, con su real ejemplo de frugalidad en comer y vestir, se hizo pragmática viva. Es cosa reprehensible que, queriendo la nación española ser mona de otras naciones en comer y vestir, [216r] no imite la conducta de su Rey. Así, digo que si no quiere por bien, se le obligue con rigurosas penas a que imite a su Rey y se atempere en todo a la pragmática.

(§ 3873) Al real ejemplo que su majestad da a todos sus vasallos en vestir y comer sin salir de los géneros de España, se sigue otro ejemplo que con sus reales manos da a todos para que en España florezca y se promueva la agricultura. Estoy informado de tres cosas que el lector gustará verlas aplicadas a la transición del comercio, a la historia natural de España y en especial a la agricultura, que es la basa de todo comercio. La primera es que cuando nuestro Rey vivía en Nápoles tenía especial gozo en frecuentar sus jardines para diversión no solo de la vista y del olfato —y acaso también del gusto en las frutas y del oído en la armonía de los pajaritos— sino también en el tacto, no desdeñándose [216v] su majestad de tomar en las manos diferentes instrumentos de agricultura para cavar, sallar, plantar, acodar, etc. de manera que no solo era jardinero, también era agricultor.

(§ 3874) La segunda es que estando su majestad en la Granja de San Ildefonso notó, no sin una irritada admiración, que los labradores de aquel país no segaban sus trigos, sino que esperaban que los galle-

gos viniesen de cien leguas a segárselos. O para increpar a aquellos poltrones, o para enseñarles el oficio que debían saber, tomó entonces la hoz y empuñando un manojo de pies o cañas de trigo espigadas las segó con mucha destreza y presteza. Todos fueron testigo del desagrado con que su majestad miró el que los labradores de oficio no echen mano de la hoz.

(§ 3875) Es la tercera que estando el Rey en el Real Retiro vio que los que allí estaban plantando árboles hacían unas fosas muy someras y que solo cavaban y escarbaban [217r] la arena, sin profundizar a la tierra viva. Entonces tomó un azadón y, cavando con todo su esfuerzo, enseñó a los que plantaban el oficio de plantar árboles de modo que prendan sus raíces en la tierra que está profunda y no se plante sobre arena. Esto se funda en que la primera capa de la tierra de Madrid todo es arena hasta un pie o pie y medio, y esto proviene de haber estado ociosa la tierra y de haberla deslavado las aguas. Ya dejó dicho que la tierra de Madrid es admirable, si antes se arase con el arado que los gallegos llaman *besadoiro* que, más que surcos, hace zanjás.

(§ 3876) Estos ejercicios geórgicos en las reales manos de un rey español no podrán menos de animar a todo buen vasallo suyo a imitarle y a dedicarse a la agricultura. El deseo de Platón que o los reyes filosofasen o que los filósofos reinasen, tiene dos sentidos. Uno muy inepto, si se habla de filosofías y filósofos [217v] cuyo estudio se reduce a unas especulaciones vagas y abstractas o a una metafísica insulsa, sin descender jamás a la historia natural y a la práctica de la verdadera física. Todas serán ideas platónicas las que no nacieron de la práctica de los sentidos. De la práctica ha de nacer la teórica, no de la teórica la práctica: por más teórica que ejerza un ciego, jamás podrá hablar de colores, y aunque uno de vista nada tenga de teórica, podrá hablar de ellos con rectitud (por algo se dijo que en el país de los ciegos, el tuer-to es Rey).

(§ 3877) El segundo sentido del dicho de Platón es muy conforme a la razón y al derecho de gentes. Esto es, hablando de los reyes, que además de tener una grande práctica de cómo la naturaleza se conduce con sus mixtos, con la obvia teórica que resulta de esa práctica son filósofos morales para dirigir sus acciones y las de otros. Esa filosofía no se enseña ni se estudia [218r] en las aulas a patadas, voces y porfías interminables que hace más de mil años que duran. Se ha de estudiar al tiempo que se estudiare la historia natural en toda su amplitud.

(§ 3878) Y ninguno podrá negar que la agricultura con todos sus ramos es la principal basa y fundamento de esa ciencia y de toda la felicidad de un Reino en tener frutos para sí y para el comercio. Es voz pública que los mejores soldados son los que se extraen de la agricultura, no del gremio de sastres, escribanos, abogados, mercachifles. No necesitaba Platón de este comento si hubiese dicho que será feliz aquel Reino en donde o los reyes saliesen de la agricultura o se dedicasen a ella. Están llenos los libros de agricultores que han sido reyes, capitanes y emperadores, y de esa calidad de jefes que se dedicaron a ser agricultores. “Res [218v] rustica sine dubitatione proxima et consanguinea sapientiae est”<sup>173</sup> —dijo Columela.

(§ 3879) Por no molestar con ejemplos baste el actual de nuestro Rey, que Dios guarde, y para señalarle en España esa real conducta más hace de 2 700 años salga el famoso Habides, rey de España antiquísimo. Este no solo ha sido agricultor, sino que enseñó a sus vasallos la agricultura, como lo dice Justino: “Boves primus aratro domari frumenta que sulco sexero docuit; et ex agreste cibo mitiore vesci”<sup>174</sup>.

<sup>173</sup> Sin lugar a dudas, la agricultura está muy cercana y se entronca con la misma familia que la sabiduría. Columella, *De re rustica* 1, *praef.* 4.

<sup>174</sup> Fue el primero en domar bueyes para uncirlos al arado y enseñó a arar para obtener trigo y alimentarse de una comida agreste, pero adaptada.

Véase aquí a un agricultor rey de España, y a un rey de España no solo agricultor, sino también maestro de agricultura de todos sus vasallos. No por abultar, sino porque Habides —como ya dije con Mariana— vivió en los tiempos de David, reflexiono en que Dios sacó a David, el Rey de su mayor cariño, de la vida pastoril, hermana de la agricultura.

[219r] (§ 3880) También reflexiono en que siendo la agricultura el primero y único oficio al cual puso Dios a nuestros primeros padres y reyes de todo el mundo *ut operaretur terram*<sup>175</sup>. Siendo, por lo mismo, el arte y empleo de mayor antigüedad a la de todo oficio que inventó la industria humana (o la ociosidad, o el vicio, o la tiranía, o la avaricia y ambición). Siendo, por las dos razones, la agricultura el ejercicio más noble, más preciso y más útil en la sociedad humana. Habiendo sido entre las naciones cultas y aun bárbaras su principal cuidado el cultivo de las tierras y la crianza de ganados, como consta de los egipcios, en donde la agricultura se redujo a arte y ciencia.

(§ 3881) Y finalmente, no siendo otra cosa las naciones de hoy que unos arrapiezos, colgajos y retales desgarrados [219v] del Imperio romano, de cuyo gobierno (cuando le tenía) era la niña de sus ojos la agricultura, y que únicamente eran nobles los agricultores y los militares y senadores (porque también eran militares a tiempos) y dejando todos los demás oficios a los viles esclavos y cautivos. Constando todo lo dicho de los libros sagrados y profanos, reflexiono (digo) en la malvada catástrofe de que los agricultores hayan parado en el último desprecio y vilipendio, sin atender los que los desprecian a que el más mínimo puro labrador se puede poner un hábito a los pechos, y no así el más máximo adinerado de los mercachifles.

(§ 3882) Algunos querrán saber el origen de esta exclusiva, siendo tan vulgar el dicho “gran caballero es don dinero”. Lean esos las crónicas e historias de España y le sabrán *a fundamentis*. Las órdenes militares [220r] se instituyeron cuando los judíos estaban tolerados en España y se les permitía el ejercicio de su religión pagando un tal tributo o farda. Esos no podían tener oficio alguno, ni eclesiástico ni civil, entre los cristianos. Tratábanse entre sí de “don”, no aludiendo al *Dominus* latino (como creen algunos) sino al *adon* hebreo y, si eran literatos, se trataban con el hebreo *rabbi* y *rabbenu*, esto es, ‘maestro mío’ y ‘maestro nuestro’. No poseían tierras o huían de cultivarlas.

(§ 3883) Así pues, para hacerse carne y sangre de los dineros de los cristianos y con esto dominarlos, no sujetándose a ley alguna de la sociedad humana, se abandonaron al comercio, al cambio, a las usuras, a los almojarifazgos, a administrar y arrendar y recaudar las rentas reales, empleando en ellas todos los de su maldita [220v] secta y huyendo de que cristiano alguno manejase algún dinero público. Seguían la máxima de que con los judíos no debían ejercer usuras, pero sí con los cristianos, sin término ni medida. Por esta razón, los miraban los cristianos como viles, infames usureros, profanos y llevados ya de todos los demonios.

(§ 3884) ¿Quién duda, pues, que esos infames publicanos debían tener una total exclusiva de ponerse una cruz a los pechos respecto de un pobre labrador? ¿Cómo habían de poner una cruz a los pechos los que habían cargado la cruz en los hombros de Cristo? En fin, llegaron a tal grado sus monstruosas usuras y maldades contra los cristianos a trueque de que eran los arañoses de todo el dinero (*cui obediunt omnia*<sup>176</sup>) que, no pudiendo sufrirlos los Reyes Católicos, los expelieron a coces de España el [221r] año

<sup>175</sup> Para labrar la tierra. Génesis 2, 5.

<sup>176</sup> Al que obedece todo. Cf. Eclesiastés 10, 19.

de 1493. Esparciéronse por todo el mundo a poner tiendas de sus maldades. Nueve carabelas cargadas de esa vil canalla aportaron a Italia, otros pasaron al Oriente, a la Grecia y a la África y a Constantinopla.

(§ 3885) Dios perdone al buen rey don Manuel de Portugal la imprudencia de haber acogido entonces en su Reino a muchos de aquellos exiliados y enemigos mortales del cristianismo, de cuya lepra y sarna jamás se han visto libres los portugueses hasta el día de hoy. Perdone también Dios a Felipe II la inadvertencia de no haber tomado fuertes providencias para que en la unión de Portugal con Castilla no volviesen a Castilla ningún descendiente de los exiliados por los Reyes Católicos que acogió don Manuel. Si estuviese venal una colección de todos los autos de la Inquisición, [221v] que se imprimieron para instruir al público, cualquiera sabría quiénes, cuáles, cuántos, de dónde y qué oficios ejercían los falsos cristianos cuando los agarró el Santo Tribunal.

(§ 3886) Discurra el lector que tuviere presente lo que ya dije —consta de la *Crónica del rey don Pedro*, del hebreo Samuel Levi, que tenía veintidós millones y veinte cofres de telas y alhajas preciosas— discurra, digo, cuántos modos tendrían aquel pérfido judío y sus secuaces de chupar y hurtar el dinero a millaradas del Rey y de los pueblos. Y en verdad que no le empleaban en obras pías, edificios públicos, ni en tener caridad con los pobres cristianos. Cuando Cristo dijo “audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum et odio habebis inimicum tuum”<sup>177</sup>, afeó a la nación judaica y a sus sucesores la rabiosa enemistad y el mortal odio contra los que tenía por enemigos, y desde [222r] entonces se exaltó más ese odio contra los cristianos. ¿Qué traza de hacerles caridad y darles limosna?

(§ 3887) Esa caridad solo la ejercen con los de su secta y francmasonería, y por eso se dijo que no hay judío pobre. Es muy creíble que mucha parte del dinero que se arañaba de España le remitiesen al Levante los judíos para socorrer sinagogas pobres o se depositase para tener las mejores armas, que es el dinero, y defenderse de los cristianos o sobornarlos. Insolentes los judíos con tantos caudales ajenos, se hicieron temibles de los pueblos y que los reyes los contemplasen. No contentos con tener a su disposición el dinero del Rey y de los pueblos, también quisieron tener sus vidas, metiéndose a médicos —o, por mejor decir, a curanderos supersticiosos, con la necedad de la astrología, fatuidad de la cábala y fanatismo de amuletos.

[222v] (§ 3888) Es digno de reparo que ningún judío se haya dedicado a la milicia, marina, agricultura, vida pastoril, ni a otro oficio alguno penoso y de trabajo, sino que todos en compañía se dedican a arañar dinero en donde están tolerados y no se les confía el manejo de los dineros públicos, metiéndose a lapidarios y joyeros, tomándose la autoridad de tasar a su arbitrio y por las nubes los géneros inútiles para la sociedad humana. Pero en donde están ocultos, están mejor, pues con la falsa capa de cristianos o de moros (o de turcos, o de persas) topan a todo que no fuere trabajo y siempre con la mira a las usuras y mohatras, y a algo más que les conviene para vengarse de los cristianos.

(§ 3889) Los futuros palparán las resultas, que yo no me quiero meter a profeta —si bien, atendiendo al estado presente de la Europa, no es menester ser profeta para tener alguna cosa. Toda la Europa [223r] a porfía se esmera en apreciar ahora mucho la agricultura, después de despreciada por tantos siglos. Se inunda la república literaria de libros para cultivar las tierras. Esto es muy laudable y, acaso sin pensar en ello, será prevención por lo que pudiere sobrevenir. Todo cristiano cordato y de recto juicio está escandalizado de los impíos sistemas que se van introduciendo y adoptando en Europa. Son infinitos los libros que cada día salen en Europa cuyo contexto debe hacer estremecerse a cualquiera —no ya digo católico

<sup>177</sup> Oísteis que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Mateo 5, 43.



solo sino también cristiano, no porque yo haya leído esos infames libros sino porque estoy algo informado de sus asuntos.

(§ 3890) No es menos que el mismo Dios el objeto de aquellas impías blasfemias, y en ellas padece Jesucristo Señor Nuestro y su Iglesia más que ha padecido con todas las herejías desde el principio [223v] de la Iglesia. Ya son papeles mojados el socinianismo, luteranismo, calvinismo, etc. Los términos de moda y de sistema impío y diabólico son materialismo, deísmo y ateísmo, que en los libros infames que salen al público tiran a echar por tierra y aniquilar todo género de religión y culto de la divinidad. Los que aún no tienen avilantez para decirlo a las claras, dicen a banderas desplegadas lo que es consecuencia de haber escrito y asentido a aquello. La mayor infamia escandalosa es que a esa racionalidad se llama el que la Europa está muy ilustrada y que tiene los ojos abiertos.

(§ 3892) ¿Quién tan estúpido, que en vista de esta tolerancia e impunidad en pensar, escribir, imprimir, esparcir, leer y aplaudir semejantes libros que ciertamente no escribiría el mismo diablo (pues ese reconoce a su criador) no pronostique algún [224r] castigo tremendo de Dios en toda Europa? ¿Y qué cristiano de veras, aunque sea pecador de fragilidad, no tema que la Europa rica, soberbia, viciosa y falsamente ilustrada haya de padecer una terrible catástrofe o, en general, sequía, hambre, peste y guerras interminables? Están llenos los libros de semejantes catástrofes, lastimosas resultas de algunas grandes maldades públicas, y no hallándose en los libros tan enorme maldad contra Dios, Cristo y su Iglesia, es consecuencia que el castigo sea correspondiente.

(§ 3893) Temiendo el patriarca Joseph (o sabiéndolo por revelación) que en Egipto habría siete años de abundantes frutos y que a esos siete años se habían de seguir otros siete de suma esterilidad, según el sueño de Faraón de los siete bueyes y espigas, propuso al Rey el remedio anticipado contra el hambre futura. Mandó el Rey, por [224v] disposición de Joseph, que la quinta parte de los granos que en cada año de los siete de abundancia se cogiesen, se depositasen en los hórreos públicos. De ese modo hubo granos y pan para todo Egipto en los siete años de esterilidad: “In cuncta autem terra Aegypti, panis erat”<sup>178</sup>. La providencia económica y primorosa del agricultor que coge mucho grano es guardar siempre granos de reserva para algunos años futuros.

(§ 3894) Los españoles antiquísimos anteriores a Cristo guardaban sus granos por siete años multiplicados en unos profundos pozos, a los que llamaban *síros* o *syros*, y, aunque esa voz es oriental, se conserva hoy en la voz *silo* castellana. ¿Y por qué hoy no se hace lo mismo, y no habrá tantas hambres? Porque los antiguos no pensaban en atesorar dinero, sino frutos. Al contrario son los labradores de hoy. Con la nueva secta de logreros que se va introduciendo, [225r] no se piensa en conservar los granos, sino en extraerlos fuera de España y hacerlos dinerillo fresco. Si viniere hambre y se siguiere peste, mejor —dicen—, pues de ese modo habrá menos que coman y tendremos más que sacar.

(§ 3895) ¡Así se juega con la vida y salud de la sociedad española! Entre los libros que salen de agricultura, hay no pocos que tratan de la conservación de los granos —asunto excusado si de las eras se han de sacar para embarcarlos en los puertos y sacar dinero, y viva el comercio y perezca toda la nación de hambre. Es razón que los pueblos y las provincias contérminas se ayuden recíprocamente en las esterilidades. Así, León socorre a Galicia y Galicia a León. Pero si en León falta el grano centeno y sobra en Galicia, como sucedió el año de 754, ¿no será iniquidad que en Galicia se embarque el centeno para longas

<sup>178</sup> Había pan en toda la tierra de Egipto. Génesis 41, 54.

tierras? [225v] De tantos catastros y recuentos que cada día se hacen ¿cuándo se ha de entablar un catastro de los granos que se cogen en un pueblo y de quiénes los poseen, para que no los oculten?

(§ ↓3899) El hecho es que tantos libros modernos de agricultura, tantos del cultivo de las tierras, tantos de la conservación de los granos, etc., inducen un no sé qué de sospecha que algo pronostican esos libros. Hay siete tomos en octavo *El amigo de los hombres*, y otros siete *El gentil hombre, o caballero, cultivador*. Podrá ser que el intento de esos autores sea ilustrar a las naciones que viviendo en la última alucinación, creen que están ilustradas. Si el Rey permite que los señores vayan a vivir a sus estados, les podrá servir de honesta y útil diversión el juego del caballero cultivador.

(§ 3900) De manera que, con el ejemplo de nuestro monarca y con el de los [226r] señores, por imitarle, se podrá esperar que en España se introduzca la aplicación a la agricultura, tan abandonada de todos, porque casi todos se abandonan a oficios que dan de comer, vestir y triunfar, sin pasar jamás de ociosos y cormas de la república. Si el Rey suprimiese tanto número de oficios inventados de ayer acá, habría más agricultores y hombres empleados en fábricas y manufacturas. Desengañense el Rey y sus vasallos que con el comercio de un solo centenar que aspira a juntar millones para enviarlos fuera jamás saldrán de pobres. *Male parta, male dilabuntur*<sup>179</sup> no se dijo por los labradores, que ganan de comer con su sudor.

(§ 3901) Del ejemplo que su majestad se dignó dar a sus vasallos en la Granja de San Ildefonso echando la mano para segar se infieren muchas cosas. [226v] Primera, el desagrado con que el Rey mira que sus vasallos los labradores de las Castillas, ni sieguen, ni sepan segar los mismos trigos que han sembrado. No sé si habrá otra nación en el mundo cuyos labradores siembren y tengan horror a segar. El sembrar va con el arar, lo que es trabajoso, pero el segar es el último fin y gozo del labrador: “Qui seminant in lacrymis; in exultatione metent... Venient cum exultatione, portantes manipulos suos”<sup>180</sup>. Al contrario. El que uno siegue lo que no ha sembrado es prueba de su estafa: “tollis quod non posuisti, et metis quod non seminasti”<sup>181</sup>.

(§ 3902) Este segundo texto es desfalcado de la parábola del usurero que quería que sus criados lo fuesen también. Aquella voz *talento* o *mina* era la mina de cien dracmas áticas de plata, para el caso doscientos reales. Si era de oro, pesaba [227r] sesenta siclos o treinta onzas. Es de reparar que el criado que no quiso usurar con su mina fue despojado de ella y mandó el amo se diese al que había usurado diez y, admirados todos de esta desigualdad en la parábola, dijo Cristo: “omni habenti dabitur, et abundabit. Ab eo autem, qui non habet, et quod habet auferetur ab eo”<sup>182</sup>. Este texto, o su sentido, pasó ya a la lengua castellana, en la cual es latín vulgar “habenti dabitur”<sup>183</sup>, y todos lo entienden.

(§ 3903) Pero los más tropiezan en la expresión “qui non habet, et quod habet auferetur ab eo”<sup>184</sup>, por el “non habet”<sup>185</sup> y “quod habet”<sup>186</sup>. La mejor explicación es la experiencia cotidiana. Al que tiene mucho se le da mucho más y al pobre, que tiene poco o nada, se le quita eso poco y esa nada. Esto se ve en los enormes sueldos y sobresueldos que [227v] gozan algunos, y en la enorme miseria y pobreza a que

<sup>179</sup> Lo que mal se gana, mal se pierde. Proverbial. Cf. Cicerón, *Filípicas* II, 27, 65.

<sup>180</sup> Los que entre lágrimas siembran, recogerán su cosecha entre gritos de alegría. Salmo CXXVI (CXXV), 6. Regresarán alegres, portando sus gavillas.

<sup>181</sup> Tomas lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado. Lucas 19, 21.

<sup>182</sup> Porque a todo el que tiene se le dará y tendrá abundancia, pero al que no tiene, aun lo poco que tenga, se le quitará. Mateo 25, 29.

<sup>183</sup> Al que tiene se le dará.

<sup>184</sup> El que no tiene, aún lo que tenga, se le quitará.

<sup>185</sup> No tiene.

<sup>186</sup> Lo que tiene.

esos sobresueldistas tientan, mullen y consiguen reducir a el labrador. Todos quieren comer y comen de su trabajo y sudor, y solo ellos no comen de trabajo alguno ajeno, ni aún sino muy escasamente del propio. La expresión *et abundabit*<sup>187</sup> no se halla en el original, ni tampoco se ve en la experiencia, pues esos grandes caudales rara vez pasan a la tercera generación, y lo poco o nada de los labradores conserva sus generaciones y familias por muchos siglos.

\* \* \*

#### SEGADORES GALLEGOS Y ESCLAVOS NEGROS

(§ 3904) Los labradores gallegos trabajan poco para sí y mucho para otros. Vienen a Castilla a cavar las viñas ajenas y a segar los trigos y cebadas en el mayor calor del estío. Cuánto sea ese trabajo y sudor, se conoce en que los naturales huyen de él, y ya [228r] han olvidado el mejor ejercicio del labrador. Esto sería tolerable si pasase aquí, pues muchos aún huyen del mismo oficio de labrador con que se han destetado, para venirse a los lugares muy populosos a alistarse en alguna cofradía de las muchas que hay de ociosos o inútilmente empleados, asegurando el comer, beber, vestir y triunfar sin trabajar la tierra, paseándose en la plaza con hebillas, espadín y sombrero de tres candiles. Ya dije que en el Indostán el que hoy es labrador contará diez, doce y veinte abuelos, que todos sucesivamente jamás salieron de labradores.

(§ 3905) Lo más intolerable e insufrible es el vilipendio y desprecio que los gallegos segadores padecen fuera de su país, como si el segar fuese el oficio más infame y vil de la sociedad humana. Los mismos a quienes los gallegos vienen [228v] a segar sus mieses y a acusarles su poltronería e ineptitud, los tratan como a esclavos negros y mulatos, apurando los primores de su cerril, bárbara y borrical elocuencia en apodarlos, y satirizarlos —no solo a ellos, sino también a su nación— con otras muchas vejaciones y extorsiones ajenas de la hospitalidad y muy propias de una diabólica ingratitud.

(§ 3906) No niego que muchos patronos hombres de bien tratan a los gallegos que les sirven en el campo con cariño, afabilidad y hospitalidad honrada. Solo hablo aquí de los que hacen lo contrario, y yo aseguro que esos se olvidarían de esa mala crianza si el Rey tomase la providencia de que esos mismos segasen sus mieses y cavasen sus viñas, y que ningún gallego viniese a Castilla a esos penosos ejercicios. Es verdad [229r] que vuelven a Galicia con algunos reales, pero si dejaren el chorrillo de venir a Castilla, en Galicia podrán ganar mucho más sin salir de su casa y sin emplastar los hospitales de Castilla, cuando se liberten de la chusma y canalla de gitanos y ladrones que los están ojeando en los caminos.

(§ 3907) Algunas veces pregunté a castellanos por qué no segaban sus compatriotas. Siempre ha sido unánime su respuesta: que no segaban porque sembraban tanta tierra que no podrían segar tantas mieses. No es eso lo que pregunto, reponía yo. Bien está que los gallegos vengán ayudarlos. ¿Y por qué los labradores que han sembrado mucho no echan mano de la hoz para segar lo que cada uno pudiese? Aquí se atascaban los interrogados. El ayudarse los labradores unos a otros en los trabajos de la agricultura es [229v] común en todo el mundo, pero todos ayudan al que por sí mismo se ayuda hasta donde alcanzar. Dios ayuda a quien se ayuda. Si a ningún labrador tal se le permitiese poseer más tierra que la que por sí mismo pudiese cultivar en un año, no vendrían los gallegos a Castilla.

(§ 3908) Entonces habría más población de labradores útiles. Se cultivaría mejor la tierra y daría mucho por uno —que eso sería promover la agricultura. Habría muchos más frutos de la tierra para aumentar el verdadero comercio. Mientras no se piense seriamente en esto es faramalla pensar, hablar y

<sup>187</sup> Y tendrá abundancia. Mateo 25, 9.

escribir sobre promover agricultura, población y comercio. En ese caso segarán los labradores todas sus mieses como hacían en tiempos antiguos. Decir “*messis quidem multa; operarii autem pauci*”<sup>188</sup> es cierto en Castilla. El que creyere que en Galicia no hay *messis multa*<sup>189</sup> vive engañado. En igualdad de tierra, más mieses hay sin [230r] comparación en Galicia que en Castilla.

(§ 3909) En Castilla, fuera del trigo y cebada, apenas hay que segar. En Galicia hay mieses de trigo, centeno, mijo, panizo, avena, maíz, etc., y ningún castellano va a Galicia a ayudar a los labradores, sino a chuparles el sudor con los empleos eclesiásticos y civiles. Es verdad que en Galicia hay más operarios que en Castilla, y es porque todos trabajan. Sieguen todos los labradores en Castilla, y se añadirán treinta o cuarenta mil segadores que ahorren otros tantos gallegos. ¿Qué hay que decir contra esta evidencia? El no hacerse como digo prueba que el origen de tanta poltronería es muy otro del que se piensa.

(§ 3910) Pensando yo en cuál sería el origen de esa poltronería e ineptitud de los castellanos para segar y que para eso se valgan de gallegos, creo tropecé con el origen, pero no con la época. No he podido averiguar en qué tiempo comenzaron los gallegos a venir a Castilla a segar [230v] y a cavar. Sé que no hay tal noticia en los libros y que no retrocederá de nuestros cuartos o quintos abuelos. Las jornadas que hoy hacen millares de gallegos a Portugal tienen cierta época, después de la Paz Universal de Utrecht, el año de 1713. Voy a historiar el que creo ha sido el origen.

(§ 3911) Después que los portugueses se apoderaron de los países de los negros en las costas de la África, dieron en la manía de traer negros a Lisboa para servirse de ellos. Hízose contagiosa esa manía a Portugal y a toda España. Si de alguna parte vino a España el mal francés, no vino de la América, sino de las costas de África por el conducto de Portugal y por medio de los negros, antes que hubiese noticia de tal América ni de Colón. Las monstruosas mezclas de los dos colores —blanco y negro— con una portentosa incontinenencia ocasionaron esa enfermedad o ese castigo de Dios. Después se fue propagando como la lepra y elefancia. Creyendo el vulgo [231r] portugués que los negros no eran de la especie humana sino una especie de monos o algún animal raro, dieron en servirse de ellos como de pollinos.

(§ 3912) Habitados los portugueses a tratar a los negros en sus países nativos con un sumo desprecio, con una inhumana crueldad y con un bárbaro y despótico dominio, sirviéndose de ellos como de animales para los trabajos más penosos, introdujeron esa inicua conducta con los que traían a Portugal y conservaban por esclavos. Con tal descansahuesos para todo género de fatiga y de trabajo, se abandonaron los portugueses a una perpetua ociosidad y a una poltronería inmensa. Solo pensaban los amos en salir a la calle a echar plantas, arrastrando y batiendo la tierra con un espadanchón, y llevando dos o tres negros que como criados le siguiesen muchos pasos después del remate de su sombra. Estos fantasmones y figurones son hijos de los que antes del descubrimiento de la África eran unos pobres labriegos de la traza de [231v] un gallego segador.

(§ 3913) Después que los castellanos descubrieron las Américas y después que otras naciones descubrieron para sí —por el derecho de rapiña, y cada día van descubriendo más los países que ya los cristianos y católicos castellanos habían descubierto y pacíficamente poseían— digo que, después de todo eso, se extendió a las Américas la bárbara conducta de los portugueses con los negros en la África y en Portugal. Esa conducta se miraba como un nuevo y exquisito invento para establecer en la África y en la América una nueva secta de ociosos, holgazanes y poltrones, y que no echaran mano a algún

<sup>188</sup> La mies es copiosa, pero los jornaleros escasos. Lucas 10, 2.

<sup>189</sup> Mies copiosa. Lucas 10, 2.

instrumento de agricultura si se perdiese toda la América. Ese oficio solo es de negros, mulatos y esclavos, no de hombres blancos.

(§ 3914) Dios no crió negro alguno en la América, pero la famosa o infame industria de los europeos acabó casi con los indios que Dios había criado allí, y enmendaron a Dios la plana poblando las Américas [232r] de negros y de mulatos. He oído a un capitán de guardias de un virrey de México que si la infinidad de negros y mulatos que hay en la ciudad de México amanecen una mañana amostazados y amotinados, tendrán poco que hacer en no dejar a vida blanco alguno, ni forastero, ni criollo. Hartas tentativas a ese fin se leen cada día en las gacetas.

(§ 3914bis) ¿Y quién jurará que eso no pueda suceder? La conducta que los europeos tienen con esos infelices no es para que no suceda, y más siendo los blancos unos poltrones en la agricultura y unos afeeminados cobardes en la guerra, confiándose para esta en el valor, brazo e intrepidez de sus negros y mulatos, y disponiendo que solo estos ejerciten sus fuerzas en la agricultura y en otros trabajos penosos. Poco han leído de la antigüedad los que no ponen remedio en esta inconsiderada conducta: “Quis aequo animo ferat, in principe gentium populo bella servorum?”<sup>190</sup>. Esto [232v] dice Lucio Floro en el capítulo 19 de su libro III, tratando del *bellum servile*<sup>191</sup> o de la guerra de los esclavos contra los romanos. ¿Y *quis ferat aequo animo*<sup>192</sup> las bárbaras crueldades y tiranías que esos romanos hacían con los esclavos?

(§ 3915) Un solo esclavo, de nación siro y cuyo nombre era Euno, fue bastante para levantar de pronto dos mil esclavos y a poco espacio de tiempo engrosar ese número hasta sesenta mil, y el solo “ad libertatem et arma, servos quasi numinum imperio concitavit”<sup>193</sup>. Para persuadir esto tomó en la boca una nuez llena de azufre y con unas chispitas de fuego. Al hablar con esfuerzo excitaba el fuego a que inflamase el azufre y hacía creer que los dioses hablaban por su boca con lenguas de fuego. Algo de esto creyeron algunos americanos que vieron a los españoles fumar tabaco de hoja. Los motivos de los esclavos para levantarse los refiere Floro, porque los tenían condenados [233r] “ad culturam Agri, ad frequentia ergastula, catenatique cultores, materiam bello praebuere”<sup>194</sup>.

(§ 3916) A no ser que a esos rebelados los cogieron por hambre, hubieran dado mucho que hacer al orgulloso pueblo romano. De esos ejemplares hay muchos en los libros y muchas veces se ha cumplido la profecía de Juvenal al caso: “Regna dabunt servis captivis, fata triumphos”<sup>195</sup>. Los mamelucos de Egipto se levantaron con el dominio y los mamelucos del Brasil aspiran a lo mismo. Con el Imperio romano han cargado siervos, esclavos y toda canalla desconocida, sobre bárbara, y se levantó un imperio en Alemania que jamás creyeron poder suceder los que vivían en el siglo de Augusto.

(§ 3917) Lo que más hace al asunto de la poltronería de los castellanos a la hoz y de traer gallegos que los sieguen sus trigos y les caven sus viñas, es que lo que los europeos blancos hacen en la América y África

<sup>190</sup> ¿Quién soportará de buen grado entre el pueblo que domina a otras naciones que haga una guerra servil? Floro, *Epitome* II, 7.

<sup>191</sup> Guerra servil.

<sup>192</sup> ¿Quién soportará de buen grado? Expresión cuasi proverbial. Cf. Terencio, *Phormio* I, 1, 137-38 138: *quod fors feret feremus aequo animo*.

<sup>193</sup> Levantó a los esclavos en favor de la libertad y a las armas como siguiendo una orden divina. Floro, *Epitome* II, 7.

<sup>194</sup> Los frecuentes encarcelamientos en relación al cultivo de la tierra y los propios agricultores encadenados ofrecían razones para la guerra. Floro, *Epitome* II, 7.

<sup>195</sup> A los siervos dará el destino reinos, a los cautivos triunfos. Juvenal, *Saturae* VII, 201: *Servis regna dabunt, captivis fata triumphos. Felix ille tamen corvo quoque rarior albo*. Se refiere el verso al rey Servio Tulio, hijo de una esclava, según la tradición.



ca se trasplantó a Portugal y a Castilla. [233v] Sería un escándalo ver en la América a un blanco echar mano de algún instrumento de agricultura o de otro penoso trabajo. Su vida se reduce a comer, beber, vestir, triunfar y a salir a la calle de punta en blanco; a apoltronarse en una perpetua ociosidad y holgazanería; a recetar crueles castigos a los esclavos y, cuando más, se emplean en algún comercio que deje exorbitantes ganancias para juntar caudales que con ellos vengan a echar a España plantas fantásticas, a buscar un don, a fundar un mayorazgo y a comprar un título y a meter gorra de hidalguía y de nobleza, emporcando las más rancias familias.

(§ 3918) A ese género de cachivaches adinerados llaman en Portugal *fidalgos del cabo de Buena Esperanza*, por desprecio. Y no dudo que entre ellos habrá también *fidalgos de la fatua Esperanza* sin término y sin cabo. Saben los portugueses los indignos modos con que hacen su [234r] fortuna los que van a hacerla ultramar. Poco importaría todo eso, como esos indianos e hidalgos pasados por agua no volviesen a entrar en España, y más con la experiencia y el dicho que el dinero de los indianos no luce. ¿Y cómo ha de lucir lo que se gana a oscuras? No hablo de los que llevan géneros a las costas de Indias, que allí los venden y se vuelven a España. Hablo, sí, de los que se internan, que allí se avecindan y que después que avecindados por algún tiempo hacen caudales y se vuelven a España con ellos a darse a conocer y a poner tierra de ociosidades.

(§ 3919) Dije “a darse a conocer”, pues los más eran antes desconocidos y no pocos conocidos de la Justicia. Habitados en las Indias a tratar con negros, mulatos e indios y a tratarlos mal, y habituados a una ociosidad y poltronería viciosa, sin echar mano a trabajo alguno ni operación de agricultura, quieren usar de ese privilegio de blancos, colocados en el [234v] centro de Castilla —y en especial si han comprado tierras. Como allí no tienen negros, mulatos y esclavos que les trabajen las tierras, insensiblemente se introdujo el chorrillo de traer gallegos, con el pretexto de que les ayuden a segar, no segando ellos ni siquiera una gavilla.

(§ 3920) Malo es esto, pero al fin tienen dinero y este todo lo puede, todo lo vence y atropella. Lo pésimo es que los labriegos del lugar, a los cuales les vendría muy ancho un jornal de segadores, o por envidia al indiano, o por imitarle, o por el contagio que les comunicó, o porque se creen más hidalgos que él, o por todo, se meten también a indianos y a gozar el privilegio de blancos con su color de chorizo. Oyeron al indiano que en la América ningún español trabaja ni siega los maíces y que solo se ejercitan en una perpetua ociosidad y poltronería, porque son hombres de color blanco y porque son nobles pasados por agua.

[235r] (§ 3921) Dicen los negros que Adán ha sido de color negro como los etíopes y que ellos son los ingenuos descendientes de Adán, y que los hombres de color blanco son unos enfermizos de la especie humana que degeneran de su principio —y así pintan al demonio de color blanco. Es cierto que hombre muy blanco suele parar en leproso y gafo, y que su sangre nada tiene de espiritosa respecto de la de los negros, y, al fin, la vejez y la muerte aumentan el color blanco. Los antiguos etíopes estaban en que ellos eran los primitivos hombres del mundo, y algunos blancos los han creído. Y yo creo que en confirmación se podrán decir bellísimas cosas.

(§ 3921bis) Podrán los negros ratificarse en su aprehensión por otro capítulo. Dirán los negros de la América que cultivan las tierras de los blancos. Nuestro padre Adán no tuvo otro oficio sino el [235v] de agricultor que Dios le dio. Estos blancos aborren todo ejercicio de agricultura y de plantíos, y toda su vida viven holgazanes, ociosos y poltrones, sin pensar sino en juntar oro y plata para llevar a sus países. Luego, han degenerado mucho de Adán, que no pensó en esos metales. Por lo contrario, los hotentotes del cabo

de Buena Esperanza, que no trabajan las tierras, están en que los holandeses son sus criados, que han ido allí a cultivárselas. Y si los negros de la África anduviesen en caza de blancos y los pusiesen a la esclavitud de cultivar y trabajar sus tierras y con crueles castigos, usarían de la Ley de Talión, y preguntarían por qué ha de haber asiento de negros y no asiento de blancos.

(§ 3922) Véase en lo dicho cómo la aversión de los castellanos a segar y a cavar viene de las riquezas de las Indias y de la holgazanería en la cual hicieron [236r] allí callos algunos de sus abuelos, que vinieron a Portugal y a Castilla a dogmatizar esa perniciosa secta que es la destrucción de España y el atraso de la agricultura en todos sus ramos. El caso es que el dinero que vino con la ociosidad se lo llevó y lleva el diablo y los extranjeros, y solo nos queda la ociosidad con la cual están bien los extranjeros por lo que les conviene.

\* \* \*

#### GALLEGOS EN PORTUGAL

(§ 3923) Muchas veces he dicho que los veinte, treinta y cuarenta mil gallegos que pasan a Portugal, o no se les debía permitir que pasasen, o se les debía prohibir que volviesen a Galicia. No hablo de los gallegos que solo por uno o dos meses pasan a ayudar a los portugueses en sus labores del campo y después se vuelven a su país sin mudar trajes ni costumbres, ni perder el oficio de labradores. Estos se deben comparar con los que a Castilla vienen a segar y cavar las viñas, y con los que [236v] llevan géneros a los puertos de la América y que después de vendidos se vuelven a España. Estas tres clases de gentes traen algún útil al Estado.

(§ 3924) Hablo de los gallegos que se internan en Portugal; que allí residen cuatro, cinco o seis años como vecinos; que allí se casan viciando su sangre honrada; que allí con poco o ningún trabajo hacen medianos caudales; que allí afectan, apostatando de su frugalidad nativa, vestirse de fanfarrones a la portuguesa y se ensayan en ponerse finchados y echar fanforriñas con una morroñosa y vieja espada; que allí, o sin querer y por remedar, o de estudio por su perversa inclinación, se ejercitan en todo género de vicios epidémicos y endémicos del país; que, cuando se miran y ya no se conocen, olvidados de su pobreza y alucinados con las *moedas de ouro*, piensan volverse a su patria a echar plantas entre sus conlabriegos [237r] y a disputar la preeminencia a los que siempre la han tenido. Estos, propongo, jamás se debían admitir en Galicia.

(§ 3925) Este género de aventureros se deben comparar con la gente obscura y aventurera que, sin oficio ni beneficio, pasa a internarse en la América a residir por algunos años, hasta juntar *per fas, per nefas* un buen pegujal y volverse a su país. Tampoco estos se deben admitir en España. Más daño hacen con su conducta que provecho con todos sus caudales. Con esos ni se puebla la América (que tanto lo necesita) ni en España se adelanta la agricultura. Antes bien, el total atraso de la agricultura siempre subsistirá, mientras no se tomen fuertes providencias para que aquellos gallegos e indianos no vuelvan a España.

(§ 3926) De las dos clases dichas de aventureros, la de los gallegos que vuelven a su país es la más nociva y perniciosa para Galicia. Los que salieron labradores [237v] vuelven unos ociosos, truhanes y rufianes. Los que no sabían manejar sino el arado, azadón, hoz, podadera, etc., vuelven diestros en la espada y puñal y en la escopeta y pistolas. Los que se contentaban con oír un poco de gaita y algún silbato ya vuelven cargados con guitarrillas y algún vihól. Los que pasaron a Portugal en el idéntico traje humilde de un gallego segador vuelven en traje de *morgados*, vestidos de paño decente, con capa y sombrero de tres picos y hebillas en los zapatos —y estos han de ser truncados por la punta, según la moda portuguesa en hocio de puerco.

(§ 3927) De todo soy testigo de vista, y soy testigo de oídas, según la voz pública, de las execrables maldades que esos gallegos y contrahechos portugueses ejecutan en Galicia. Ninguno piensa ya en volver al arado ni al azadón, ni a trabajo de agricultura. Cuando se les van acabando las *moedas*, como no tienen oficio [238r] ni beneficio, se abandonan a profanar los templos y a robar todas las alhajas y vasos sagrados. A dos leguas en circuito de Pontevedra creo que solo hay una iglesia que aún no han podido robar. Tampoco perdonan a los monasterios, y menos a las casas de los curas, haciendo con ellos mil atrocidades. El año pasado se cogieron monederos falsos en Galicia, y como allí no hay barras de plata, se conoce que esas se fabricaron de la plata de las iglesias.

(§ 3928) De este antecedente se infieren otras maldades. Como manejan armas, son frecuentes los homicidios, alevosías y asesinatos, y por las guitarrillas se precipita su desenfrenada lujuria a todo género de estupro, violencias y adulterios. Los menos malvados son los que se meten a embusteros e impostores, persuadiendo a cuatro ricos avarientos y ambiciosos (sobre fatuos) que saben en donde hay tesoros encantados que solo ellos saben [238v] desencantar, y lo que desencantan es el tesoro del avariento, y para alucinarle más mezclan sacrílegas ceremonias en el conjuro de mojiganga. Lo peor es que esos vicios los comunican a otros que nunca han estado en Portugal y, de camino, hacen contagiosa su pestífera ociosidad maligna.

(§ 3929) Pregunto: ¿será razón que esta nueva e inaudita secta de gitanos, y más perniciosos que los que inicualemente se toleran en Castilla con el falso pretexto de avecindados, se tolere entre la sociedad de labradores gallegos, que es la gente más laboriosa, más inocente, más humilde, más católica y más sencilla, y esto, *salvis tot restibus*<sup>196</sup>? Si esto no se corta de raíz, vendrá tiempo en que los gallegos ni sieguen sus mieses ni las ajenas, una vez que cunda mucho la viciosa ociosidad. “Ubi bene, nemo melius, ubi male peius”<sup>197</sup> se dijo de Orígenes. [239r] Si el gallego está dedicado al trabajo y a la fatiga, *nemo melius*<sup>198</sup>, pero si ya comenzó a complacerse en la ociosidad y poltronería, *nemo peius*<sup>199</sup>. De esto también soy testigo de vista.

(§ 3930) Poco se adelantará con saber el origen de la poltronería y aversión de los castellanos a segar y cavar, y de la malvada y perniciosa ociosidad de los gallegos aportuguesados para la sociedad, si no se pone en eso el remedio oportuno. Los estados más florecientes de la antigüedad tenían puesta pena de muerte a los ociosos, pues no ignoraban que la ociosidad era madre de todos los vicios y, entre ellos, de los vicios de pena capital. Hoy se aplaude por estado floreciente y feliz aquel que abunda más de ociosos, y que comen del sudor y trabajo de los infelices. Los lugares populosos son el teatro de esos ociosos tolerados, y aun premiados y aplaudidos.

[239v] (§ 3931) No tengo el genio cruel. Sé que si los ociosos de España incurriesen en pena de muerte, se despoblaría toda ella: “Si quoties peccant Homines, sua fulmina mittat Iupiter, exiguo tempore inermis erit”<sup>200</sup>. Presto apuraría Júpiter sus rayos si emplease o vibrase uno contra cualquiera pecado. Estoy en que por malvado que sea un hombre, será más útil vivo que muerto a la sociedad, si se le separa de ella en donde se le haga trabajar. Esotro de que un castigo de muerte sirve para escarmentar a otros está bien pensado, pero no corresponde en la práctica. Lo que se logra no es el escarmiento, pues cada día se multiplican las maldades en todo género. Lógrase sí el quitar de en medio estos y otros malvados.

<sup>196</sup> Habiendo tantas cuerdas en disposición. Juvenal, *Saturae* VI, 30.

<sup>197</sup> Donde bien, nadie mejor. Donde mal, nadie peor. Casiodoro, *Institutiones* I, 8.

<sup>198</sup> Nadie mejor.

<sup>199</sup> Nadie peor.

<sup>200</sup> Si cada vez que los hombres yerran, Júpiter enviase sus rayos contra ellos, muy pronto la tierra estaría despoblada. Ovidio, *Tristia* II, 33.

(§ 3932) Quítense enhorabuena esos malvados de en medio de la sociedad, no por tanto o tanto tiempo, que eso solo es espantar moscas, que, cien veces espantadas, [240r] cien veces vuelven a ser moscas y a picar. Se han de colocar en donde por toda su vida *nocere non possint*<sup>201</sup> y trabajen en utilidad de la república, pero *catenati*<sup>202</sup>, como dijo Floro. Los antiguos los condenaban a las canteras, a las minas, a los grandes edificios públicos, a los caminos reales, a limpiar puertos, etc., y a islas desiertas o malsanas. Si desde que se descubrió la América se hubiese pensado en este arbitrio, y se hubieran utilizado muchos de los ajusticiados y otros que se debían ajusticiar, y hoy estaría más poblada la América y no estaría España tan poblada de ociosos y gitanos.

(§ 3933) El remedio ha de mirar o a las personas o a las tierras. Todo gallego aportuguesado se ha de considerar como extrañado y bandido del Reino de Galicia para nunca volver más a él, so pena de que él y sus semejantes se trasplantarán a una isla [240v] desierta o mal poblada de nuestras Indias. Si en Galicia hubiere quintas o levas, todos los de aquel calibre se han de coger en primer lugar, se han de enregimentar aparte y se han de conducir a las Américas o a países muy distantes de Galicia, y que, ni aun como soldados, jamás han de volver a su país.

(§ 3934) Aseguro que, con este arbitrio, se limpiará Galicia de tanto ladrón, de tanto aportuguesado pernicioso, de tanto holgazán nocivo. Hace poco más de treinta años que Galicia comenzó a decaer en todo, y sobre todo en las costumbres morales. En mi tiempo era inaudito un asesinato, raro un homicidio, rarísimo un robo público, no siendo tal cual ratero. Si había algún robo de iglesia, se miraba como monstruosidad el que fuese obra de algún gallego legítimo, sino de algún forastero de los muchos que van a Galicia, y ninguno a cultivar las tierras. Hoy es Galicia una sentina de ladrones, un teatro [241r] de homicidios, y por el lujo que ya allí se ha introducido y no se puede sostener, se profanan los vasos sagrados.

\* \* \*

#### LATIFUNDIOS

(§ 3935) No se podrán quejar los castellanos, en vista de lo dicho, que yo los censuro, y que contemplo a los gallegos. Repito que siempre entiendo por castellanos en esta obra todos aquellos que no son nacidos en Galicia, sean de la provincia que se fueren. Yo solo censuro el vicio y manifiesto su origen en donde le hallo. Aunque no soy labrador, soy apasionadísimo por la agricultura, porque conozco la importancia de esa primitiva, nobilísima, necesarísima y utilísima ciencia, y de esa indispensable arte. No me retracto de haber llamado *ciencia* a la agricultura. Sola ella, después de la teología, es la verdadera ciencia.

(§ 3936) Algunos se contentan con entender por agricultura el arar, cavar, [241v] sembrar y segar. Arar y cavar solo es preparar la tierra. Sembrar solo es fecundarla, y el segar y vendimiar solo es coger la utilidad de la agricultura. La ciencia de la agricultura abraza toda la filosofía natural y la historia natural, como basa de todo conocimiento humano. Todas las demás ciencias y artes, separando las fabriles, son *vanitas vanitatum, et omnia vanitas*<sup>203</sup>. Con ninguna de esas se come ni se viste, ni aun se podrá tener lujo, si falta la agricultura en toda su extensión.

(§ 3937) “Felix qui potuit rerum cognoscere causas”<sup>204</sup> —dijo Virgilio, hablando de los agricultores en el II de sus *Geórgicas*, y allí comparando la vida del campo con todos los demás ejercicios que ha inven-

<sup>201</sup> No puedan hacer daño.

<sup>202</sup> Encadenados.

<sup>203</sup> Vanidad de vanidades y todo vanidad. Eclesiast. 1, 1.

<sup>204</sup> Feliz quien pudo conocer las causas de todas las cosas. Virgilio, *Geórgicas* II, 490.

tado la fantasía y ociosidad de los hombres por no trabajar y huir de su primitivo instituto, que es la agricultura. Pero desde el verso 458 compara con más individualidad la vida de los del campo con la de los de las ciudades. Merece leerse el comentario [242r] de Cerda: “Comparat vitam agricolarum, cum urbana; ut ostentat hanc longe esse illa inferiorem”<sup>205</sup>, etc. Entra Virgilio en la comparación con aquel precioso elogio: “O fortunatos nimium, sua si bona norint agricolae”<sup>206</sup>. De ninguna nación culta con más razón que de la española se podrá decir este verso, porque porfía en no querer conocer los infinitos bienes que podría sacar de su tierra, para ser feliz y *nimum*.

(§ 3938) De los que más se jactan en España de ser labradores honrados, inteligentes, ricos y felices, concedo lo honrado, pero niego lo inteligente, rico y feliz. No hay país más pobre y miserable que el de esos jactanciosos en comer, vestir y en tener algún caudal visible. ¿Y por qué? Porque no conocen *sua bona*, y es poca y mala la inteligencia que tienen de la verdadera agricultura. Creen que teniendo muchas tierras, a perder de vista, arándolas (o arañándolas, como dijo Herrera) muy mal, sembrándolas a bulto y sin discreción y dejando pudrir en el campo los frutos si no vienen a segárselos los gallegos; creen —digo— que ya son agricultores [242v] de línea. Virgilio ha sido un excelente agricultor, aconseja que las inmensas heredades son buenas para alabar, pero ineptas para cultivarse si son de un solo poseedor: “Laudato ingentia rura. Exiguu colito”<sup>207</sup>.

(§ 3939) De este texto se acordó Plinio (libro XVIII, capítulo 5) cuando dijo: “Satiu esse minus sere-re, et melius arare”<sup>208</sup>. Y que las grandes posesiones de tierra habían echado a perder las provincias: “Latifundia perdidere Italiam; iam vero et provincias”<sup>209</sup>. Antes lo había dicho Columela (libro I, capítulo 3), fundado sobre Virgilio: “Nec dubium quin minus reddat latus ager, non recte cultus; quam angustus eximie”<sup>210</sup>. ¿Y qué dirían esos tres autores y otros que omito si hoy vieses que en el centro de España no hay noticia de bueyes para arar, sino para matar hombres en las plazas? ¿Y qué diría Horacio si viese cumplido el antojo del caballo (y para el caso, la mula): *optat arare caballus*<sup>211</sup>? Solo falta ya que los bueyes logren su antojo de que se les eche silla o albarda, como en el Mogol se usa por falta de caballerías.

[243r] (§ 3940) Acaba de venir uno de San Mancio, junto a Rioseco, y dijo que solo se habían cogido dos por uno en la cosecha del trigo. Añádase que el año que viene le toca estar ociosa esa tierra, y se verá qué riquezas se podrán esperar de esa agricultura. ¿Cuándo los españoles han de abrir los ojos sobre esta desidia? ¿Cuándo hemos de ver que los labradores de latifundios siembren menos y cultiven mejor? Mientras no se piense en arreglar la siembra con el cultivo, todo va en falso.

(§ 3941) Dirá alguno: “¿Y cómo se ha de arreglar esta proporción?” Digo que con un papirote. ¿Quién dirá que si el Rey manda que los labradores de sus estados se arreglen en la posesión de las tierras a las que poseía un senador romano no podrán ser felices? Óigase a Columela en el lugar citado: “Criminosum tamen senatori fuit, supra quinquaginta iugera possedisse”<sup>212</sup>. Cada *iugero* de tierra era una heredad de

<sup>205</sup> Compara la vida de los agricultores con la de la ciudad, para mostrar cuanto es inferior esta a aquella.

<sup>206</sup> ¡Afortunados en exceso los agricultores que conocen sus bienes! Virgilio, *Geórgicas* II, 458.

<sup>207</sup> Alaba los campos grandes, cultiva el pequeño. Virgilio, *Geórgicas* II, 412.

<sup>208</sup> Es preferible sembrar menos y arar mejor. Plinio, *Naturalis Historia* XVIII, 7, 35.

<sup>209</sup> Los latifundios han perdido a Italia y ya, también, a las provincias. Plinio, *Naturalis Historia* XVIII, 7, 35.

<sup>210</sup> No hay duda de que si el campo es amplio, no se podrá cultivarlo correctamente; en cambio se hará excelentemente cuanto más pequeño. Columela, *De re rustica* I, praef. 3.

<sup>211</sup> Desea arar el caballo. Horacio, *Epistulae* I, 14, 45. Cf. Erasmo, *Adagia* 1.6.71.

<sup>212</sup> Cometía un delito el senador que poseía más de cincuenta yugadas de tierra. Columela *De re rustica* I, 3.



doscientos cuarenta pies romanos de largo, y de ancho 120. Corresponde esa heredad poco más o menos a una [243v] hanega de sembradura. Así, cuando los romanos tenían gobierno, ningún senador romano podía tener más que cincuenta hanegas de tierra.

(§ 3942) No pasa hoy por puro labrador muy rico, en partes de Castilla, el que no tiene más tierra de sembradura que diez senadores romanos juntos. A vista de esto ¿qué hay que pensar en la causa de la despoblación de España y en la poca y mala agricultura de ella? Piénsese en la causa de que un puro labrador plebeyo tenga en proprio tanta tierra, y no parecerá extraño el papirote del remedio que solo he apuntado: “Neque enim satis est possidere velle; si colere non possis”<sup>213</sup> —termina el capítulo Columela. Y censura el que algunos poseyesen tanta tierra que no la pudiesen rodear en un día, aun andando a caballo: “Ne circuire equis quidem valent”<sup>214</sup>.

(§ 3943) Es muy del asunto el antiguo adagio español que dice: “Casas, las que vivas; viñas, las bebas; y tierras, las que veas. Hacienda en casas que no habite [244r] el dueño es poca lana, y esa en zarzas”. Hacienda en grandes viñedos es la mayor maula de las haciendas, que siempre promete y casi siempre engaña y alcanza al dueño —según el adagio gallego: *Se queres vivir mesquiño, trata en viño*. Arreglando el consumo del vino de una casa a una mala cosecha y cultivando para esa las viñas suficientes, siempre el dueño tendrá qué beber, y regularmente podrá vender algún vino. He notado que en los países en donde la principal granjería es en grandes viñedos, andan muy alcanzados de pesetas sus naturales. Empéñanse para pagar las labores de las viñas y las vendimian por lo común antes que el dueño, las heladas, pulgón, piedra y granizo.

(§ 3944) A algunos oí decir: “Tierras, las que puedas”. Es una necedad si alude a “puedas tener”, y aun dice poco si alude “puedas cultivar” si están muy distantes y no a la vista física del dueño. Así, el adagio dijo “Tierras las que veas”, y se [244v] infiere de la paranomasia “vivas bebas veas”. En parajes de Castilla suele ir el labrador a cultivar tierras distantes cuatro, seis, ocho cuartos de legua. Eso es hacer burla de la tierra, no cultivarla. Eso no es sembrar, sino echar pan a pájaros, cuervos y grajos, etc. Y más útil sería echar ese grano, o pan, a pollos y a otras aves domésticas. Debe, pues, el labrador aspirar a tener todas sus tierras juntas, y que cada instante las vea y pueda escupir en ellas, y aun inspirar y respirar en su ambiente con todos los vivientes domésticos, ya hombres, ya animales. Añádase el abono que saldrá de esos vivientes y vegetales.

(§ 3945) A los principios de esta obra me detuve en señalar a cada labrador útil cincuenta hanegas de tierra, en los países que inicuamente pasan por estériles que, si se cultivasen bien, serían más feraces que los que hoy pasan por tales, porque se cultivan. Pasa por estéril la tierra del centro de Castilla, no solamente en frutos, sino [245r] también en hombres y población. Recíprocamente están conexas esas dos esterilidades: porque no se cultiva bien la tierra, no hay gente, y porque no hay gente, no se cultiva bien. Y porque hay más tierra que gente, jamás pasará ese país de un despoblado *in utroque*<sup>215</sup>. Pregunto: *ab initio fuit sic?*<sup>216</sup> Nada menos, como consta del precioso texto de Tertuliano que ya queda puesto.

(§ 3946) Porque no se me diga que la inmensa población de España procedió de las providencias de los romanos, pondré un primoroso texto de Polibio que habla de los pueblos del centro de Castilla antes que en Castilla hubiese noticia de los romanos. El texto está en el capítulo 14 del libro III de Polibio. Dice

<sup>213</sup> Pues ni es suficiente querer poseer, si no se puede cultivar. Columela, *De re rustica* 1, 3.

<sup>214</sup> Ni siquiera son capaces de recorrer su perímetro a caballo. Columela, *De re rustica* 1, 3.

<sup>215</sup> En uno y otro.

<sup>216</sup> ¿Fue así desde el principio? Variante de Mateo 19, 8.

que Aníbal y los cartagineses, habiendo pasado el Tajo con cuarenta elefantes, pusieron en fuga a más de cien mil hombres que le querían resistir: “Hannibal fluvium traicit et in barbaros [245v] irruens, centum millia hominum, et eo plures vertit in fugam”<sup>217</sup>. Entonces vivían en un rincón de las dos Castillas más de cien mil hombres de armas tomar. Este texto pide mucha atención.

(§ 3947) Primeramente, reflexiono en el infinito número de más de cien mil hombres, para que se compare la población del tiempo de Aníbal con la que hoy hay en el mismo terreno, que era una porción entre el Tajo y el Duero. Si es justo el cálculo del vecindario de Uztáriz, es preciso juntar todos los vecinos de las siete provincias (Segovia, Ávila, Valladolid, Palencia, Salamanca, Toro y Zamora) para completar el número de cien mil cuatrocientos setenta y tres vecinos. Es verdad que estos cien mil son vecinos, y los otros cien mil solo eran personas. Digo que para eso tomé dos o tres tanto de terreno, y que esas cien mil personas dejarían en casa niños, mujeres, viejos y enfermos. Tiéntese sacar hoy de las siete provincias [246r] cien mil hombres de armas tomar, o que a lo menos sepan y puedan huir, y se verá que es imposible.

(§ 3948) Reflexiono lo segundo, en que esas cien mil personas (con las que quedaban en casa) comían y vestían, sin necesitar de forasteros. Y que aunque no comiesen sino pan y sopas, sembraban y cogían para todos y para conservar en los silos el trigo que sobraba, sin que soñasen en el desatino de embarcarlo con el pretexto de comercio y con el fondo de una usura y logrería, pues no eran tan insensatos que no conociesen que eso sería hacer comercio de la hambre. Y así, para que no sucediese, conservaban el trigo en los silos y pozos, como el patriarca Joseph le conservó para siete años en los pósitos u hórreos de Egipto —algunos dijeron que se había depositado en las pirámides.

(§ 3949) Cuando en las conversaciones cito estos y otros textos semejantes para acusar la desidia española, suele responderse [246v] que aquellos eran bárbaros. Si cito ejemplares de ingleses y de franceses, se me dice que unos son herejes y los otros jansenistas. Sería bueno que uno fuese a una tienda de los que solo venden géneros de Francia y de Inglaterra y dijese “este género es herético, este es jansenista”, y así los repasase todos. Si los españoles del tiempo de Aníbal y de Tertuliano eran bárbaros en cuanto a la agricultura, quisiera saber qué nombre se ha de dar a los agricultores a la americana que, por la razón de su color blanco, no echan mano de instrumento alguno de agricultura porque ese ejercicio solo debe ser de negros.

(§ 3950) Lo que más hace al asunto presente es señalar el origen de que le haya tolerado que un extirpaterrones labriego haya llegado a poseer en proprio más tierra que la que diez senadores romanos juntos poseían, sin poder poseer más. Es preciso que a eso diese motivo alguna monstruosidad o alguna catástrofe universal. Esta ha sido, de hecho, [247r] la generalísima y porfiada peste del siglo XIV que arrasó toda la Europa. En varios lugares de este escrito apunté algo de esta peste de pestes. Pero traté de ella con extensión en un papel que había escrito antes, sobre el origen puramente histórico del mal francés. Ridiculicé en él la falsa vulgaridad de que vino de la América a la vuelta de Colón, y hago a ese mal tan antiguo como la sarna y lepra, cuando concurre con una peste general y precede una inmoderada lujuria de poligamia y poliandria.

(§ 3951) La más terrible peste y mortandad que en todo el Mundo Viejo se ha experimentado después del diluvio, ha sido la del siglo XIV, que se explicó en Europa el año de 1348. Con las calamidades

<sup>217</sup> Aníbal cruzó el río y arrojándose contra los bárbaros, puso en fuga a más de cien mil hombres. Polibio, *Historia* III, 14.

que le precedieron y le subsiguieron dentro del mismo siglo, ha sido tan infinita la mortandad que en todas partes y en España se extinguieron del todo familias enteras, se despoblaron de raíz muchísimos lugares y quedaron [247v] sin dueño sus términos comunes y las posesiones de sus vecinos, apestados y muertos a millares. Moderado ya en algún modo el furor de la peste, tuvieron ocasión los que quedaron vivos de apropiarse, o en común o en particular, todas las tierras que habían quedado de los apestados como baldías, mostrencas, sin dueño y expuestas al primer ocupante.

(§ 3952) Véase aquí la época de los verdaderos baldíos y de que en el centro de Castilla, en donde la peste hizo mayores estragos, se vea hoy la monstruosidad de que un lugar casi despoblado de vecinos tenga inmensos espacios de tierra con título de comunes, y que un puro labriego vestido de torcidas de candil, tenga unos latifundios inmensos de heredades que jamás podrá cultivar bien. Claro es que esto es totalmente contrario a la agricultura, población y comercio. Y por no haber tomado entonces las debidas providencias que se tomaron en Portugal, padece Castilla lo que hoy padece.

[248r] (§ 3953) Era justísimo que los vecinos y circunvecinos de los pueblos apestados y totalmente destruidos entrasen con preferencia a otros en la posesión de sus tierras, pero eso había de ser fundando nuevos lugares o reedificando los perdidos y multiplicando nuevos vecinos y colonos útiles, de manera que, si antes de la peste había en el territorio mil vecinos, en mil vecinos a lo menos se habían de repartir todas las tierras. ¿Y por qué no se hizo así? ¿Y por qué así no se hace hoy? Porque ninguno pensó ni piensa en el bien común de España, sino en aumentar sus bienes particulares y en afectar el ser solos o pocos en España, como en tiempo de la peste. De eso procede el haber hoy pocos con infinito dinero, el haber hoy pocos con innumerables ganados; el haber hoy pocos con inmensos latifundios, y el haber hoy pocos que tienen estancado todo el comercio. Y esto, sin atender a que hay infinitos que no tienen ni dinero, ni [248v] ganado, ni tierras, ni comercio.

(§ 3954) “Bien vengas mal, si vienes solo”, se dice comúnmente. Por cruel que hubiese sido aquella natural peste del siglo XIV, ya no experimentaríamos sus consecuencias, siendo de fe que con *Sem, Cham et Japheth* se pobló todo el mundo. Pero las pestes que han inventado los hombres y que se encadenaron con la natural, cada día o se aumentan o van tomando más vuelo y vigor. Todo aquel siglo XIV ha sido la época de la más acendrada barbarie de España y de toda la Europa.

(§ 3955) También ha sido época de las más monstruosas maldades públicas. Los cismas de la Iglesia por haber puesto la silla apostólica en Aviñón, y la extinción de los templarios para hacerse carne y sangre de sus haberes, ocasionaron a Álvaro Peláez el que escribiese su precioso y raro tomo *De planctu Ecclesiae*. Sobre lo cual dice don Nicolás Antonio: “Excaecatus [249r] omnis fere satus hominum, vitia, palam, virtutum loco, amplectabatur”<sup>218</sup>. De esto se lamenta la Iglesia en el dicho libro. Concurrieron las guerras civiles entre los dos hermanos, don Pedro y don Henrique, más crueles que las que refiere Estacio “fraternas acies”<sup>219</sup> y que las que cuenta Lucano, y con el triunfo “iusque datum scelerei”<sup>220</sup>.

(§ 3956) Pero más a mi asunto de la agricultura. Viéndose tan pocos hombres con tantas tierras que no podían cultivar con bueyes, abandonaron a estos y echaron mano de las mulas. Para designar el sitio de la ciudad de Roma, hicieron un surco por toda la circunferencia. Así, esos labriegos tiraron a hacer con las mulas unos grandes surcos para circunferencia de las posesiones que jamás habían tenido, y con la pers-

<sup>218</sup> Cegado casi todo el género humano, abrazaba abiertamente los vicios en lugar de las virtudes.

<sup>219</sup> Ejércitos de hermanos. Estacio, *Tebaida* I, 1.

<sup>220</sup> Licencia concedida a la matanza. Lucano, *Farsalia* I, 2

pectiva de ararlas o arañarlas, en señal de que eran primeros ocupantes y primeros laborantes. Quisiera ver los títulos escritos de esas [249v] enormes pertenencias, pues supongo que no serán mercedes henriqueñas. Estas se inventaron en el dicho siglo para premiar a los que abandonaron el partido de don Pedro. A ese modo, en el mismo siglo, usaron los antipapas el artificio de repartir privilegios y beneficios eclesiásticos para abultar el número de sus partidarios.

(§ 3957) Viendo los mismos labriegos que aún sobraban muchas tierras, las dejaron incultas con el título de pastos. Quiso el diablo, o la fortuna, que entonces se trajeron de Inglaterra a Castilla las merinas (u ovejas merinas), y con la ocasión de haber tantos pastos de sobra se inventó la Mesta, el mayor azote de la agricultura. A esa peste andante, por las infinitas tierras que no se labraban, se siguió la peste volante de la langosta, que jamás desova en tierra cultivada —este azote o peste no es anual, pero es más frecuente que antes. También es frecuente la morriña o peste de los ganados, por andar juntos [250r] tantos millares del ganado de lana, y es experiencia que las carnesapestadas apestan a los que las comen.

\* \* \*

### JUDÍOS

(§ 3958) Véanse aquí cuatro pestes artificiales: de mulas, de Mesta, de langosta y de morriña. No se debe omitir la peste de los gitanos, que se apoderaron del centro de las Castillas. No porque en el siglo XIV se hayan aparecido en España, sino porque en ese siglo y por causa de la terrible peste se inventó esa peste vagante en las grutas de Alemania. El ilustrísimo señor Feijoo, en su tomo nono del *Teatro crítico*, página 292, pone la opinión de Juan Cristóforo Wagenselio, que pone el origen de los gitanos en unos pelotones de judíos que en Alemania se escondieron en unas cavernas, huyendo de una persecución.

(§ 3959) Tengo el tomo que cita allí su ilustrísima, y me remito a su contexto. Solo añadido que la terrible peste que Wagenselio pone en Alemania al año de 1348 y la cual ocasionó la persecución de los judíos es [250v] la misma peste que el mismo año de 1348 se apareció en España y en toda Europa. En España ha quedado poca noticia en los libros de esa peste, pero sí en los libros de los extranjeros. En la *Chronología* de David Ganz, autor judío del siglo XVI, página 145, se da noticia de esa peste del año 1348, y que no la hubo semejante. Que en España, Francia y Alemania se atribuyó esa peste a que los judíos habían envenenado las aguas y que por eso habían muerto violentamente a muchos judíos. No tomo partido, pero todo se puede creer de esos enemigos irreconciliables del cristianismo. Sé que hay en El Escorial un manuscrito de un moro español que dice que la dicha peste de 1348 entró en España por Almería en unos fardos.

(§ 3960) No dudo que si los judíos pudiesen exterminar el cristianismo ya lo hubieran hecho. El sentir de Wagenselio, que los primeros gitanos eran judíos escapados de la persecución, no es [251r] increíble. Y que los que se les fueron agregando ni son judíos, ni moros, ni cristianos, sino unos bandidos, ladrones, vagabundos sin fe, ni Dios, ni ley, ni religión. Y estos se pasean por las Castillas trocando borricos y siendo alcahuetes de todo vicioso. ¿Y por qué a esos no se les obliga a que sieguen? El caso es que inicua-mente se tolera esta infame canalla para que sieguen para todos las bolsas de los caminantes, y las de los pobres gallegos que vuelven de la siega a cultivar sus pocos terrones.

(§ 3961) Esta peste de los gitanos está hoy en su vigor. También concurrió con la peste física del siglo XIV la peste política de los judíos a título de públicos usureros, para hacerse dueños de las rentas reales y de todo el dinero del público, y a título de médicos idiotas (y algunos muy malignos) para tener a su disposición las vidas de los cristianos. Aquello se prueba con el ejemplo citado de Samuel Leví, que tenía

veintidós millones de reales [251v] a la mitad del siglo XIV. Para lo segundo sobran en los libros casos lastimosos de médicos que dieron veneno a sus enfermos, para inferir los casos que no han quedado escritos, no solo de enfermos, sino de sanos que les incomodan. Ya no se habla del boticario que los días pasados dio el beleño a una mujer para que le diese a su marido, que incomodaba.

(§ 3962) En el dicho siglo XIV tenían los judíos en España el ejercicio libre y público de su religión, o por mejor decir, tenían libertad de conciencia. Y separando tal cual vejete rabino y talmudista visionario, los demás no tenían ni aún hoy tienen religión alguna, por lo común, más que la del dinero, usuras e interés: “Quorum numen nummus est”<sup>221</sup>. Los papas y los príncipes, porque contribuyesen con dinero, los toleraban y protegían, y ninguna justicia se metía con ellos. Y debían advertir esos protectores que los dineros que recibían no eran de los judíos, sino de los [252r] cristianos, a quienes los judíos los estaban a título de rentas reales, de cambios, usuras y precios subidos de mercaderías.

(§ 3963) No podían llevar con paciencia los cristianos tanta libertad e insolencia de los judíos. Así, de cuando en cuando se levantaban contra ellos. Sin salir del siglo XIV, cuenta David Ganz nueve persecuciones. El año 1306 echaron los franceses los judíos, robándolos antes, sin dejarles más que el vestido. Esta época concurre con la de los templarios, y el haberlos robado también prueba que solo el interés hizo de religión política. El año de 1328 se mataron en Navarra seis mil judíos. En 1370 perecieron veintiocho mil. En 1391, persecución en España y doscientos mil mudaron de ley. Lo dicho prueba el estado de España en aquel siglo, con pestes, guerras y judíos.

(§ 3964) Es de notar que en los años 1391 y 1401 mudaron de ley doscientos mil judíos. Muchas consecuencias salen de este número cuatrocientos mil. [252v] La más obvia es que los judíos mudan de religión como de camisa y, siendo máxima de ellos el poder disimular a su antojo la religión judaica y fingir que profesan el cristianismo, no hay en que atar un grano de sal, hablando de la religión de judíos y gitanos. Esto, hablando de los públicos, ¿y qué diremos de los ocultos y solapados y que fingen ser cristianos de corazón? Eso tiene historia aparte, en la cual no me quiero meter. A toda esa canalla no la miro por el capítulo de religión, sino por el de ser peste de la república, por razón de sus ejercicios y oficios con que tiranizan a los cristianos.

(§ 3965) Es muy oportuna para el caso de la religión de los judíos (ya manifiestos, ya ocultos) la respuesta que un público judío dio a un protestante. He oído que persuadiendo el protestante al judío público a que abrazase el cristianismo, probándole que ya había venido el Mesías Cristo [253r] Señor Nuestro y haciéndole patente la dispersión de su nación por todo el mundo, sin tierra, sin Rey, sin templo, etc., y perseguida de todos por tantos siglos, no recurrió el judío para responderle ni a el hebreo de la Escritura, ni a la Mischna, ni al Talmud, ni a las tradiciones de sus rabinos, ni a la cábala de sus visionarios fanáticos, ni al machazo de sus simples y mentecatos devotos. Lo que el judío le respondió se redujo al contexto equivalente al que se sigue.

(§ 3966) “Nosotros —dijo el judío— no pensamos ya en si ha venido o no el verdadero Mesías, tan disputado. Nada de eso nos importa. Lo que nos importa es saber que para nosotros ya ha venido el Mesías que esperábamos, y con el cual somos los más felices del orbe. Por medio de nuestra unión, comercio, cambios, usuras y mohatras, tenemos todo el mundo por país. No reconocemos ley ni religión alguna. Al papa y a los reyes, a los obispos y magistrados los miramos como a unos honrados caballeros. Ni sus leyes nos obligan en lo espiritual, y logramos con el dinero que se frustren en lo temporal”.

<sup>221</sup> Su dios es el dinero. Proverbial.



[253v] (§ 3967) “A nuestro gusto comemos de todo, y también tocino. Bebemos, vestimos, triunfamos y hacemos escarnio de los que cultivan la tierra y de todos los que comen a costa de su sudor penoso. No pensamos en ser soldados ni marineros. Bástanos para ser felices nuestra innata ociosidad, con solo el manejo de una pluma para letras de cambio y con una vara y orejas de mercader para chupar todo el dinero a todos los que no fueren judíos. No tenemos Rey, pues tampoco le tienen los cantones. Nuestro gobierno es democrático y aun más libre. No está reducido a un cantón, pero no hay cantón en todo el mundo en donde no haya judíos, o manifestos, u ocultos, o solapados. Tenemos la industria de ayudarnos, como judíos, aunque sea a mucha distancia”.

(§ 3968) Acaso, si ese judío supiese la unión de los mozárabes en España, se valdría de su ejemplo. Todos los parroquianos de las cinco o seis iglesias mozárabes tienen el privilegio de que, aunque vivan en México, deben diezmar, no a su iglesia parroquial de México, sino a su respectiva parroquial mozárabe de [254r] Toledo. De ese modo, se unen y se ayudan todos los mozárabes, aunque vivan distantísimos. “Nosotros, decía el judío, tenemos comunicación con todos los demás judíos dispersos; y para girar letras todos se han de valer de nosotros. Así, poseemos todos nuestros caudales y disponemos de los ajenos. ¿Qué importa que no tengamos tierras si nos utilizamos en sus frutos sin trabajar?”.

(§ 3969) Por lo dicho, decía el judío que ya había venido para ellos el Mesías, según la felicidad de que gozaban en esta vida. Añádase que los judíos, como tan brutales y epicúreos, nunca esperaban a un mesías que fuese Rey espiritual, sino a un mesías que fuese su Rey temporal y que los hiciese felices en los bienes de este mundo. Supuesta esta errada creencia, ¿cuándo, aun así, habían de ser tan felices con un Rey temporal y propio como lo son sin Rey y dispersos en todos los reinos? Vaya que ese Rey los uniese en un país grande de la Asia o África. En ese caso habían de cultivar [254v] la tierra, la milicia, la marinería y se habían de aplicar a todo género de trabajo penoso, para vivir y comer, y pagar las contribuciones a su Rey o mesías de epicúreos.

(§ 3970) Menos perniciosos serían esos judíos poltrones al cristianismo, confinados con su Rey en un país retirado (como los japones) que esparcidos por todos los reinos —sin Rey propio, sí, pero que dominan a los reyes con sus millones por la ley suprema de que *pecuniae obediunt omnia*<sup>222</sup>. Quedó aturdido el protestante con la respuesta del judío. Y a esa respuesta del judío deben atender los príncipes cristianos y tenerla presente, para saber cómo han de conjurar esa maldita peste de la sociedad humana y que tanto apestó a España cuando se toleró libre y pública, y que, creo, hace más daño oculta y solapada. No es difícil el discernimiento si se comparan los ejercicios.

(§ 3971) No crea el lector que se han acabado [255r] las pestíferas resultas de la tremenda peste del siglo XIV. Después de la de los gitanos, en el centro de las Castillas se siguió otra peste política que, por la posta, va acabando con España. Esta es la de multiplicar cada día los mayorazgos y aumentar el capital sin término ni medida. No sé a punto fijo quiénes ni cuándo han sido los primeros que fundaron mayorazgo. Antes del siglo de la peste no hay noticia de tal desnaturalización que los padres hiciesen de sus hijos legítimos, contra todo derecho divino, humano, natural, de las gentes y aun de los animales. Supongo que comenzarían los mayorazgos por señores de alta nobleza y de sangre real, si bien esos más eran feudos que mayorazgos como hoy se entienden, pues eran empleos con haciendas que el Rey vinculaba en alguna familia.

<sup>222</sup> Todo obedece al dinero. *Eclesiastés* 10, 19.

(§ 3972) Después, por remedar, comenzaron los particulares a vincular y mayorazgar una grande porción de hacienda [255v] propia en favor del hijo primogénito, dejando que los demás hijos, aunque fueren doce, se quedasen soplando las uñas. Reflexiónese en que el año de 1391 y de 1401 se hicieron cristianos cuatrocientos mil judíos, y en la expulsión de los judíos de España el año de 1492 por los Reyes Católicos: “Multi etiam quorum non erat numerus mutarunt legem suam”<sup>223</sup> —confiésalo David Ganz. Y cuando él, siendo judío, confiesa que de su nación y religión se hicieron cristianos tanta infinidad de judíos en los años propuestos y en otros que omito, se le debe creer.

(§ 3973) ¿Y quién creerá que todos esos judíos se volvieron cristianos de veras y de corazón, haciéndolo solo en tiempo de la persecución y cuando ya estaba intimada su expulsión fuera de España? *Credat iudaeus Apella, non ego*<sup>224</sup>. Con la misma facilidad se volverían turcos, persas e idólatras, puestos en las mismas circunstancias. Esta ventaja tienen los judíos, por [256r] máxima que inventaron y que siguen, de que es lícito, aun entre los más devotos, ocultar, disimular y aun negar la religión que profesan en el corazón, y fingir que creen de veras la religión que solo tienen en la boca y que abominan *ex toto corde*<sup>225</sup>. Y todo lo componen acomodándose a algunas exterioridades, y —tal vez por engañar mejor— con más fingido fervor que los cristianos mismos.

(§ 3974) De esos cristianos nuevos de tragedia en tiempo de las persecuciones, los más volverían al vómito y arrojarían la máscara acabada la tragedia. Esto les era muy fácil, porque, como las persecuciones no privaban a los judíos del ejercicio libre y público de su religión en España, con mudar nombre, traje y lugar, a la segunda generación ya eran judíos judaizantes, sin necesitar ocultarse. Soy testigo de algunos judíos que se bautizaron en Madrid, y según mis observaciones, tan judíos persistieron antes del bautismo, [256v] en el bautismo y después del bautismo, como sus bisabuelos. Ausentáronse de España, y supongo irían a rebautizarse y tri-bautizarse fuera de ella. Esos andan a caza de crédulos padrinos que los vistan y regalen bien. No quiero omitir un chiste que me pasó con uno de esos aventureros de bautismos, que podría servir para un enredoso lance de comedia.

(§ 3975) Por los años, creo, de 1729, se me presentó un mozo diciendo que había sido judío y rabino, pero que había años que se había convertido a la religión cristiano-católica. Señaló la ciudad en donde y el nombre y apellido que le habían impuesto al bautizarle. Hícele varias preguntas, sin malicia alguna. Pasaron años y, de cierto, el año de 739 se me presentó en otro traje y chapurrando el castellano el mismo judío. Él no se acordaba ya de mí, y yo tenía presente y tengo todo lo que me había dicho en la conversación tocante a sus andanzas.

(§ 3977) Preguntele de dónde venía y me [257r] dijo que de Alepo. Preguntele si había estado en España y en Madrid. Díjome que nunca había estado. No disimuló el nombre y apellido españoles que antes me había dicho. Ratifíqueme en que era el mismísimo judío verdadero y cristiano fingido, y, apostrofándole, no sin enfado, le dije:

“¿No es usted fulano de tal; oriundo de Tetuán, en donde tiene su madre; que se bautizó en tal ciudad; que estuvo en Sigüenza y algunos meses en Madrid; que conocía a persona de mi cariño; que estuvo una mañana conmigo en tal parte y que pasó esto y esto y lo otro? ¿Cómo, pues, viene ahora a importunarme?”. Discúrrase cual quedaría el impostor: “Risum teneatis amici”<sup>226</sup>. Confesome que todo cuanto

<sup>223</sup> Muchos también, de incontable número, trocaron su ley.

<sup>224</sup> Créalo el judío Apella, no yo. Horacio, *Sermones* I, 5, 100-101.

<sup>225</sup> De todo corazón.

<sup>226</sup> Contendríais la risa, amigos. Horacio, *Arte poética* 5.

decía yo era cierto. Pero que él estaba alelado de la cabeza y alterada su fantasía, y le envié en hora mala, como a impostor.

(§ 3978) Tengan presente este lance de comedia los que incautamente se meten a convertir pérfidos judíos y los que crédulamente se ofrecen a ser padrinos. Debe preceder [257v] mucha precaución, pues estoy en que raro judío adulto y criado en su secta se hará cristiano de veras. A los judíos que quedaron en España después de la expulsión del año de 1492, se les puede aplicar, a los más de ellos, el nombre de cristianos nuevos, de comedia. Después de la dicha expulsión, hasta hoy, se han castigado y castigan a los descendientes de esos comediantes, en quienes se descubre el retoño de sus ascendientes. Y cuando después de la expulsión dicha se vieron esos cristianos, que ni podían ser judíos públicos como antes, ni cristianos de comedia, adinerados y con posesiones de tierras, ¿en qué pensaron?

(§ 3979) La respuesta no es de este lugar. Baste saber que pensaron ser peste oculta de los cristianos los que antes habían sido su peste pública por tanto tiempo. Como todo su haber le tenían no en tierras y raíces sino en crecidas sumas de dinero, y ya no podían ejercer el oficio de sus abuelos, y como sobraba tanta tierra, emplearon su dinero en tierras dehesas, etc., no para cultivarlas por sí mismos, como cristianos labradores, [258r] sino para arraigar un buen capital para mantenerse, arrendándolas a este o a el otro labrador cristiano. Esto no saciaba su ingénita avaricia sin límites, y, si ejerciesen las usuras, les castigarían, pues, *iuste vel iniuste*<sup>227</sup>, ya estaban sujetos a la Iglesia Católica, no como antes al libertinaje de la Sina-goga, que cohonestaba las usuras contra los cristianos.

(§ 3980) Mezclados, pues, con los cristianos verdaderos, se aplicaron como ellos a otros empleos, menos al de agricultor, pastor, soldado, marinero y al de otro cualquiera oficio mecánico de mucho trabajo y poco provecho. Diéronse los más idiotas al comercio y a la mercadería. Y los más avisados se aplicaron al estudio, para ser médicos como antes; y de nuevo a la jerga de la pluma y del enredo, para ser escribanos y abogados, etc., y poder disponer de haciendas ajenas y viciar o suprimir los instrumentos públicos de los pueblos y las memorias de lo pasado. Tales cuales se dieron [258v] a las letras sagradas, pero como los eclesiásticos no son tan crédulos, no han hecho por ahí mucha fortuna, o se les cogía entre puertas y señalaban con el dedo.

\* \* \*

#### MAYORAZGOS

(§ 3981) Los más de estos siempre falsos neófitos desde su expulsión intentada, y siempre pestífera cizaña oculta de la sociedad cristiana, engreídos con tierras, caudales y empleos, pensaron en perpetuar su familia por medio de vínculos y mayorazgos. Y para sospechar que acaso ellos han sido los inventores, se me ofrece una conjetura. No ignoraban los judíos solapados del tiempo de Carlos V que entre los antiguos hebreos no se debían casar dos personas sino eran del mismo tribu. Se miraba en esto a que las familias de los doce tribus no se confundiesen y dentro de ellos se discerniesen, conservasen y perpetuasen las familias. Con razón, esperaban antes de Cristo a que viniese el verdadero Mesías, que al fin llegó en la persona del mismo Cristo Señor Nuestro. Esperaban que viniese y estaban atentos a saber [259r] de qué tribu nacía.

(§ 3982) Por esta razón, eran tan diligentes aquellos hebreos anteriores a Cristo en conservar con claridad la distinción de tribus y familias. Estas no se podían conservar así sin la ley de que no pudiesen casar entre sí sino los de una misma tribu, y con la otra ley del jubileo. Esta mandaba que, acabados 49 años

<sup>227</sup> Justa o injustamente.

de un periodo y al entrar el año 50, todas las tierras volviesen al dueño que las poseía cincuenta años antes. Así, allí no había compra, venta ni enajenación perpetua de esas tierras: los empeños solo se hacían por el número de años que faltaban para el jubileo próximo.

(§ 3983) De este modo, se conservaban siempre las mismas posesiones en el directo dominio inenajenables, y se ponía freno a la avaricia de los que quisieran juntar más y más tierras y apropiárselas perpetuamente, en notable perjuicio de las demás familias de otros tribus diferentes. Estoy aturdido de que siendo de fe que [259v] esta ley económico-política expresamente es dimanada del mismo Dios, y no teniendo conexión con los ritos figurativos que se habían de acabar, se hayan apreciado más las leyes de paganos, bárbaros e idiotas, como que estos eran capaces de enmendar a Dios la plana en este asunto. Con esa ley y práctica del jubileo en cuanto a las tierras, se quitaban de raíz los más de los pleitos y la enorme desigualdad entre los cristianos.

(§ 3984) Esta justa economía de las tierras, con la circunstancia de ser *in perpetuum* inenajenables, excitó la idea de inventar los mayorazgos como hoy se usan. No a los cristianos, que nunca atendieron a aquella ley, pero sí a los falsísimos cristianos después de la expulsión de los judíos. Esos tenían muy presente aquella ley y sus motivos. Querían perpetuar sus fétidas familias y la distinción de tribus, porque aún esperaban y esperarán al Mesías. Esa perpetuidad no se [260r] podía lograr sin la fundación de un capital perpetuo de raíces. A esa fundación se le debe dar el nombre de *fundación de un mayorazgo*. Pero hay infinita diferencia entre el casi-mayorazgo de la Escritura y los mayorazgos de los hombres.

(§ 3985) El mayorazgo de la Escritura miraba a conservar las familias y, mediante esto, a aumentar la población. Y mediante las dos cosas miraba a que floreciese la agricultura en la Palestina. Y como los hebreos no tenían más comercio que el interior o intestino, también este se promovía con los frutos de tierra en virtud de aquella ley. Las tierras de aquel mayorazgo no las comía ni utilizaba uno solo, dejando perecer de hambre a los demás. Se repartían sus emolumentos por partes iguales entre todos los de la familia, que tenían tanto derecho uno como otro.

(§ 3986) Todo lo contrario sucede en los mayorazgos de hoy. Tan lejos de perpetuarse [260v] las familias con ellos, se aniquilan, por lo común, se estropean y se empuercan y se confunden con otras generaciones extrañas, obscuras y desconocidas. No hay cosa más trivial que el que entre tanto aventurero que de longas tierras viene a España, logren muchos —por lo que mienten y baladronan, o porque son bien dispuestos— casarse con una heredera mayorazga. Esto sucede muchas veces dentro de un siglo, y sin salir de un mayorazgo mismo. Algún Pedro Fernández habrá en España y poseedor de un mayorazgo cuya primera varonía sea de Francia, segunda de Italia, tercera de Flandes, cuarta de Alemania, etc., y lo que no posee es la varonía del fundador del mayorazgo.

(§ 3987) Pregunto: ¿qué familia perpetúa en España el dicho Fernández? Esa será la de sesenta leches, como el queso de Flandes. En las *Memorias de Trevoux* del año de 1762 hay varios discursos en pro y en contra sobre la cuestión: si es o no es conforme [261r] a la naturaleza y a la razón el deseo de perpetuar su nombre y sus acciones en la memoria de los hombres. El *quicquid dicant; aut erit, aut non*<sup>228</sup> de Horacio debe ser la conclusión de esas cuestiones frívolas. El que niega tal conformidad se funda en que la razón natural está menos ofuscada en el pueblo, en los salvajes y en los niños, y en ninguno de esos se observa tal deseo de perpetuar su memoria. En el caso de Heróstrato, que quemó el templo de Diana solo por perpetuar su memoria, no pudo ser natural ese deseo, sino muy contra-natural.

<sup>228</sup> Lo que diga, o será o no será. Horacio, *Sermones* II, 5, 59.

(§ 3988) Muchos que han quemado la república y han asolado los pueblos han sido otros tantos Heróstratos que han querido perpetuar su memoria con un mayorazgo, y solo perpetuaron su infamia. A ese modo, aquel Robles de la copla, que en Toledo hizo un grande hospital, ¿qué memoria perpetuó? La de que también hizo los pobres. Es muy distinto perpetuar su memoria del [261v] perpetuar su familia y perpetuar la unión de muchas tierras unidas en un mayorazgo.

(§ 3989) La memoria fundada en acciones es muy equívoca. Más memoria hay de los malvados en el pueblo que de los buenos. Si han sido buenos y justos, les basta el saber que *in memoria aeterna erit iustus*<sup>229</sup>. Si han sido capitanes, y cómo y cuándo, eso se ha de saber por los libros, no por los bienes mayorazgados. Tampoco con muchos terrones unidos se perpetúa la familia del Pedro Fernández, y más si se las come uno solo y deja sin comer e incapaces de casar los demás hermanos, para perpetuar la familia. Por eso hay en España tanta infinidad de tíos y tías inútiles para la población. En donde se conservan las familias de padres a hijos es en las aldeas, en donde no hay la peste de los mayorazgos. Por lo mismo de no haber allí tantos terrones unidos, hay allí más agricultura y mayor cosecha de frutos para el comercio.

[262r] (§ 3990) En Madrid hemos conocido todos a uno de quien dicen que fundó once mayorazgos y que vino sin zapatos y sin pesetas a darse a conocer a la corte. En vista de esta monstruosidad, he deseado mucho que en España se haga recuento de todos los mayorazgos que se han fundado o añadido únicamente desde el año de 1700 acá, con el valor del capital y de lo que reditúa, y con la noticia individual de las calidades y empleos de los fundadores. No hablo más que desde 1700, para que cualquiera saque por la uña el león, y por los infinitos capitales las uñas que se han teclado para ellos. Esa copiosa memoria se debe imprimir, presentarla al Rey y comunicarla al público, para que se haga el cotejo con otros capitales que se clamea que están en manos muertas.

(§ 3991) En Gil González de Ávila está el decreto de Felipe IV por el cual manda a todos los que han de entender en Rentas [262v] Reales, en Administración de Justicia y en otros empleos públicos, que hagan memorial jurado de todo lo que tienen al tiempo de entrar en el empleo, para hacer comparación con todo lo que dejan al tiempo de su muerte. No hay decreto más útil y necesario que ese. Por lo mismo, los que entonces quodlibeteaban para hacer grandes mayorazgos tuvieron arte y maña para hacer írrito y nulo semejante decreto —como se hace con otros justísimos que directamente emanan de la voluntad de Rey, haciendo creer que otros en que jamás ha pensado su majestad, los ha expedido con cierta ciencia.

(§ 3992) Restablézcase ese decreto real de 1621, para que todos den memorial jurado. Hágase un memorial de todos los mayorazgos. Y además de lo dicho, mande el Rey por otro real decreto, que se forme otro memorial de todos los sueldos anuales que el Rey paga, y a quiénes y por qué, que se imprima y se comunique al público para [263r] que todos puedan hacer cálculos, cotejos y comparaciones. Con estos fáciles arbitrios se sabrá quiénes amortiguan las tierras, y cuántos chupan la hacienda del Rey con empleos muy excusados por la mayor parte. Esto se debe ejecutar primero en el siglo, antes de censurar a la Iglesia y a sus ministros de que son tantos y cuantos y que tienen mucho.

(§ 3993) No hay paciencia para aguantar que unos charlatanes mequetrefes y desconocidos se anden de corrillo en corrillo, graznando a lo de mozo de mulas y calesero “que hay muchos frailes y que los frailes lo tienen todo”. Algunos de esos mismos, corridos de su misma miseria y que aspiran a hacer fortuna y después un mayorazgo, se meten a proyectistas y arbitristas, distribuyendo papelones —y siempre con la misma cantilena de muchos y todo. Y si en esos se ingiere una puntada contra todo lo que pertenece a

<sup>229</sup> El justo gozará de eterna memoria. Salmo CXII (CXI), 6.



Dios y a Cristo, es otro tanto oro para los lectores relajados [263v] y libertinos. Las voces *mucho* y *poco* son relativas al todo total.

(§ 3994) En un vecindario de España, hecho en 1748, le señalan siete millones cuatrocientos veinte y tres mil quinientos y noventa individuos. Y entre esos solo 65 070 religiosos. Pregunto: ¿qué proporción hay entre 65 y 7423? Aun es menos que la centésima parte del todo. ¿Y quién dirá que solo el uno por cien es mucho? ¿Qué mentecato dirá que se atrasa la población si entre ciento solo uno es celibato? Tan cierto es, que algunos toman ese pretexto de ser muchos para saciar su odio contra ellos, pues el mismo tendrían aunque solo hubiese la décima parte. Ese odio comienza por más arriba, pero aún no se atreven aquellos libertinos a propalarle: “Si mundus vos odit —decía Cristo Señor Nuestro a sus discípulos— scitote, quia me priorem vobis odio habuit”<sup>230</sup>.

(§ 3995) En ese imperativo, *scitote*, manda Cristo a los celosos católicos españoles que abran los ojos para que vean, miren y [264r] remiren con quienes hablan y, en especial, en los lugares muy populosos y en los puertos marítimos de comercio. Y cuando fuere indispensable algún trato o contrato, observen de qué cuerno juegan, si son forasteros o sujetos que, por no hallar casamiento ni entrada por la Iglesia en sus lugares en donde se conocen los jarros en la taberna, abandonan su país para anidarse en las Babilonias de las cortes como en patria común. Esos *caute legendi, caute audiendi, caute tractandi, caute intelligendi, y cautissime observandi*<sup>231</sup>. Con esta prevención, presto conocerán los verdaderos cristiano-católicos quiénes son los Heróstratos apandillados que *inobedientes, vaniloqui, et seductores, universas domos subvertunt docentes quae non oportet, turpis lucri gratiae*<sup>232</sup>. Esos, pues, son los pestíferos arbitristas contra Dios y contra el Rey, contra el estado eclesiástico y los pobres.

(§ 3990bis) Digo, y junto los pobres, con todo el Estado eclesiástico. La razón es palmaria: [264v] todo cuanto se extrajere del Estado eclesiástico, se extrae de los pobres. No hablo de algunos eclesiásticos, aunque entren algunos obispos y de ahí arriba que, olvidados de su obligación, hicieron mayorazgos para su familia del superávit de su decente gasto, del gasto en el culto divino y del gasto de la fábrica, todo el cual superávit debían haber repartido entre los pobres y con preferencia entre los que se lo quitaron de la boca para diezmar, etc. Esos espurios y aseglarados eclesiásticos ya habrán dado cuenta a Dios y ya habrán conocido cuán fútil ha sido su vanidad de querer perpetuar su memoria y su familia a costa de lo que era de los pobres, según las disposiciones conciliares que hacen a los pobres acreedores de justicia a la tercera parte de los emolumentos de su parroquia respectiva.

(§ 3991bis) ¿Qué más honrosa y honrada memoria perpetuada en la tradición de los hombres que la de santo Tomás de Villanueva y de otros muchos eclesiásticos [265r] que fundaron sus mayorazgos en las copiosas y repetidas limosnas que hicieron a los pobres? Así, los primeros mayorazgos que el Rey había de mandar deshacer y anular eran los de todo eclesiástico fundados *directe* o *indirecte*, a no ser que todo el capital fuese herencia de sus padres o parientes. Después, se habían de anular los mayorazgos de todos aquellos de quienes Felipe IV pedía memorial jurado de lo que tenían cuando entraban en los empleos. Y añadido que también se debían anular los mayorazgos de los hombres oscuros que, habiendo residido algún tiempo en la América, volvieron a España a fundar un mayorazgo para perpetuar su obscuridad.

<sup>230</sup> Si el mundo os odia, sabed que antes de vosotros me ha odiado a mí. Juan 15, 18.

<sup>231</sup> De leer cuidadosamente, de escuchar cuidadosamente, de ver cuidadosamente, de comprender cuidadosamente, de observar muy cuidadosamente.

<sup>232</sup> En efecto, hay muchos revoltosos, vanos charlatanes, embaucadores, sobre todo los circuncidados. A estos es preciso reducirlos al silencio. Trastornan casas enteras enseñando lo que no se debe, por sordido lucro. Pablo, *Epist. Titum* 1, 10-11.

(§ 3992bis) No digo que se quite cosa alguna al último poseedor del mayorazgo, sino que se rompan los vínculos del capital y que después de muerto se divida todo por partes iguales entre los hijos, entrando [265v] la casa en la partija que tocase al primogénito. ¡Oh santo Dios! ¡Cuánto adelantaría España con tan justísima providencia! Se adelantará la población casándose los segundones. Se adelantará la agricultura habiendo segundones que tengan con que aplicarse a ella, y a todo es consiguiente la abundancia de frutos para adelantar el comercio.

(§ 3993bis) No hablo —digo— de esos eclesiásticos equívocos, sino de la infinidad de eclesiásticos, así clérigos como regulares, que tanto se esmeran en dar limosna a los pobres, quitándose tal vez de la boca para socorrerlos. Nótese que, en un grande concurso de pelucas, solo los pobres se arriman a los eclesiásticos para pedirles limosna. Digo que esa multitud de eclesiásticos y esa multitud de pobres solo componen un cuerpo, que es el predilecto de Cristo (ese cuerpo que siempre se ha llevado la mayor atención de todos los verdaderos cristianos desde los apóstoles), [266r] pero ya es el blanco de todos los arbitristas, a donde se dirigen sus calumnias y blasfemias.

(§ 3994bis) Tómase por escudo el alivio de los pobres y el hecho es que solo se les alivia de la limosna que habían de recibir, si no se aliviase al que la ha de dar de los frutos correspondientes. Cuando la Magdalena entró en casa de Simón a ungir a Cristo Señor Nuestro, concurrió el malvado Judas y dijo que se derramaba el ungüento y propuso el arbitrio de que se vendiese por 300 reales de plata y que se distribuyese a los pobres. En lo menos que pensaba era en los pobres *quia fur erat*<sup>233</sup>. Era Judas un ladrón y mal podría compadecerse de los pobres.

(§ 3994tris) Respondió Cristo, como quien había entendido la añagaza de Judas y sus conmalvados “Semper enim pauperes habetis vobiscum; et cum volueritis, potestis illis benefacere”<sup>234</sup>. Dice san Marcos: “Me autem non semper habetis”<sup>235</sup>. No sobra otra cosa que [266v] pobres. ¿Cómo, pues, esos arbitristas no los socorren y se valen del pretexto de los pobres para hacerlos más pobres, quitando a la Iglesia lo que ella y los pobres necesitan? ¿No se ofrece al más rudo que si se reducen a miseria los eclesiásticos se reducirán a mayor miseria los pobres? Lo que tienen los eclesiásticos es un tesoro del cual comen ellos y los pobres —y aun los ricos estafan bastante, que no debieran. El tesoro de los mayorazgos ni es para los eclesiásticos, ni para los pobres, ni para los ricos, ni aun para sus mismos hijos, pues aun para darles alimentos es preciso tome la mano la Justicia. En cien años solo se cuentan tres generaciones. Luego en cien años, siendo el mayorazgo de cuatro mil ducados verbigracia, solo sirven para tres individuos que, por lo común, son inútiles y papanatas por el privilegio de ser mayorazgos.

(§ 3995bis) Véase demostrado con lo dicho que los mayorazgos son una de las más horribles pestes de España. La peste [267r] natural viene de cuando en cuando y dura poco. Esta peste política de los mayorazgos cada día se aumenta más y más, y dentro de pocos años se verá que no hay en España palmo de tierra que no esté mayorazgado. A eso tiran los arbitristas, y que el mayorazgo de la Iglesia se aniquile y se reduzca a polvo, siendo así que jamás hubo más mayorazgos que el de la Iglesia y el de la Corona. Apostaré que ninguno de los falsos cristianos que andan en la danza heredó mayorazgo alguno, y dice la experiencia que todos los que han tentado el mismo derrumbadero ha sido para fundar ellos pingües mayorazgos con que perpetuar la memoria de su infamia.

<sup>233</sup> Porque era un ladrón. Juan 12, 6.

<sup>234</sup> A los pobres los tendreis siempre con vosotros, y podeis ayudarlos cuando os plazca. Marcos 14, 7.

<sup>235</sup> No me tendreis siempre. Marcos 14, 7. Cf. Juan 12, 8. Mateo 26, 11.

(§ 3996) Dicen que la Iglesia y los eclesiásticos están muy ricos. Mienten como quienes son. Excepto los obispos, dignidades y algunos canónigos, los demás individuos [267v] se contentan con un mal comer y mal vestir, y a no ser por la caridad de los fieles lo pasarían con ignominia de su estado. ¡Ojalá que la renta secular estuviese tan bien repartida como la eclesiástica! Bien seguro es que los extranjeros no triunfarían tanto con los doblones que a millaradas salen de España y que envían fuera los mayorazgos y mayorazgos a título de vestir, comer y de los atuendos de casa y de costosas bagatelas que se debían quemar en los puertos.

(§ 3997) Poco adelantan los extranjeros con el dinero que les va de los eclesiásticos, por la uniformidad en el vestir, por la frugalidad en el comer y beber —usando siempre de los géneros de la tierra— y porque se castigaría el que hiciese lo contrario. Así, quienes hacen pobre a España (y cada día más) y ricas a las naciones extrañas (y cada día más y más) son los que aspiran, *per fas, per nefas*, a poseer riquezas *supra modum*<sup>236</sup>. ¿Qué dirán a esto los arbitristas [268r] que en sus países no conocían al Rey por su moneda y que algunos para comer se arrimaban a la sopa del tesoro de la Iglesia? No negarán que han sido pobres, pero que proyectan el ser ricos.

(§ 3998) Varo Quintilio, coetáneo de Augusto, ha sido presidente de la Siria. No era él rico, sino el pobre avariento. Cuando entró a gobernarla como pobre la Siria estaba rica, y cuando salió del gobierno se trastornaron los frenos, él salió rico y la Siria quedó pobre. Dícelo de él con gracia Veleyo Patérculo: “*Pecuniae vero quam non contemptor Syria, cui praefuerat, declaravit; quam pauper divitem ingressus; dives pauperem reliquit*”<sup>237</sup>. Si al entrar Quintilio en el empleo hubiese presentado al público el memorial jurado de su pobreza y si al tiempo de salir le ajustase el público el memorial probado y jurado de sus exorbitantes riquezas, cualquiera juez de palo sentenciaría a quiénes se debía restituir la exorbitancia [268v] sobre el sueldo y emolumentos establecidos.

(§ 3999) ¡Oh y cuánta peste de Quintilios hay en España, y con colonias de ellos en la América! ¿Cuántos entran en los empleos como Iros y salen de ellos como Cresos, que, hallando el país de su dependencia tan rico, como Creso, le dejan al acabar el empleo o comisión más acabado y pobre que Iro, que es el verbigracia de la pobreza, infelicidad y miseria? Quintilio no robó la Siria para fundar mayorazgos, sino para ostentar su lujo o para adular su avaricia. Los Quintilios de hoy roban para todo —para la avaricia, lujo y mayorazgos— y si esta peste no se hubiese inventado para atesorar y perpetuar la memoria, robarían menos o serían menos los robadores.

(§ 4000) Lo más singular consiste en que esos mismos son los más ineptos e incapaces para un empleo de valor, de honra y de gobierno, si han de tratar con otros que no sean sus dependientes [269r] a ciegas. Envió Augusto a la guerra de Alemania a Quintilio como general de tres legiones, o de más de veinte mil hombres. ¿Y qué sucedió? Que todos, todos, con el capitán y los jefes, quedaron muertos en el campo. Hizo tanta impresión en Augusto esa total derrota de las mejores tropas del Imperio —por lo que se llamó *Clades Variana*<sup>238</sup>— que temió un tumulto en Roma cuando se supo, y vivió alelado y enfatuado Augusto dos meses, hasta la manía de aporrearse la cabeza contra las puertas, y siempre voceando como loco y perro tonto: “¡Quinctili Vare, legiones redde! ¡Quinctili Vare, legiones redde!”<sup>239</sup>. Así se lee en Suetonio.

<sup>236</sup> Más allá de toda medida.

<sup>237</sup> Que no despreciaba, en realidad, la riqueza, lo declaró Siria, a la que gobernó, y que era rica cuando él tomó, pobre, posesión, y la dejó pobre cuando él remató su cargo, enriquecido. Veleyo Patérculo, *Historiae Romanae Libri Duo* II, 117, 2.

<sup>238</sup> Masacre de Varo. Cf. Suetonio, *Vita Augusti* 23, 1.

<sup>239</sup> Quintilio Varo, ¡Devuélveme mis legiones! Suetonio, *Vita Augusti* 23, 2.

(§ 4001) Acaso creería Augusto que, siendo Quintilio Varo un grande ladrón, sería un grande capitán, confundiendo las uñas con el brazo y corazón. No le hubiera nombrado Patérculo, pues dice del dicho Quintilio: “Otio magis castrorum quam bellicae assuetus militae”<sup>240</sup>. Aquella derrota [269v] variana (*tribus legionibus, cum duce legatisque et auxiliis omnibus caesis*)<sup>241</sup>, ha sido la más ignominiosa y fatal del Imperio romano. Esto tiene —como dicen— “poner tontos en portillo”. Quiere decir que es necesidad conferir los empleos a los tontos y que son ineptos para ejercerlos y desempeñarlos. Los que han solicitado que los reyes den todo género de empleos, ni miraron al honor del Rey ni al bien y buen gobierno del público y de la justicia, sino a su propia ambición y avaricia, para repartirlos ellos todos entre paniaguados, por ineptos que sean.

(§ 4002) Es razón que todo se haga con autoridad real, pero siendo tantos millares de millares de empleos los que ha de conferir el Rey, y que apenas conocerá cien personas, y que los empleos abrazan todo género de asuntos y de materias ¿cómo se podrá asegurar el acierto de las elecciones si no precede propuesta al Rey de tres sujetos que el todo de [270r] sus cuerpos respectivos juzgan dignos de que el Rey escoja uno y le confirme y autorice? Esa propuesta solo la deben hacer los que han comido una hane-ga de sal con los que se han de proponer. Por lo mismo, es monstruosidad el que haya empleos perpetuos y hereditarios (no siendo el de Rey), que han de pedir el ejercicio de la justicia, gobierno, ciencia y virtud.

(§ 4003) Así como el Rey no hace verídicos, justos, económicos, doctos ni virtuosos, sino que los debe suponer tales para el acierto de la elección, con más razón el padre de empleo perpetuo que engendra un hijo no puede afianzar que será apto para el empleo, y más si es mayorazgo, o como ridiculizan algunos, *mayorasno*, por la analogía de *trasgo* y *trasno*. Permítase un chiste idéntico, aunque no del todo muy honesto. Una tejedora gallega que estaba en congreso con un hombre, le suplicaba que le engendrara el hijo con esta gallega expresión: “Fágamelo vostede con [270v] as perniñas largas, que o quero para tecelán”. Al tejedor llaman *tecelán* los gallegos. Si fuese heredera de algún oficio de pluma diría: “Con las uñas largas, que le quiero para escribano”. Lo mismo se podrá aplicar a otro de los oficios de arriba que sean perpetuos y hereditarios.

(§ 4004) Tolerable sería que un sujeto que dio ya muestras de que es muy apto para un empleo le posea por toda su vida, o sea, vitalicio. Y aun eso debe ser con elecciones intermedias o reelecciones. ¡Pero que se haga hereditario y perpetuo y que lo herede una hija para que venga un aventurero Juan Pierres que, casando con ella, se entre de rondón en el empleo, no hay paciencia racional para aguantarlo! Y aun es peor que el hijo, nieto, bisnieto, etc. de tal sujeto haya de nacer, *velis nolis*, apto, nato y capaz de tal oficio. Lo que se me dirá —que esos empleos se heredan porque se han comprado al Rey o a algún señor—, es decir que solo los adinerados han de tener [271r] perpetuamente los empleos porque los han comprado. Y en verdad, que ninguno ignora quiénes eran esos adinerados y de dónde sacaban o robaban el dinero, por imitar a Quintilio.

(§ 4005) Es una simonía política y filosófica el comprar prendas intelectuales para los empleos, mayorazgarlas y transmitir las a los descendientes como si fuesen viñas y prados, ¡Qué cosa más ridícula para el

<sup>240</sup> Acostumbrado más a la ociosidad de los campamentos que a la acción militar. Velejo Patérculo, *Historiae Romanae Libri Duo* II, 117, 2.

<sup>241</sup> En la que fueron masacradas tres legiones junto con su general, los legados y todas las tropas auxiliares. Suetonio, *Vita Augusti* 23, 1.

buen gobierno político y económico de un pueblo! “Filii heroum noxae”<sup>242</sup> se dijo por el malvado Cómodo, hijo del célebre emperador Marco Aurelio —y de este se dijo que ha sido el mejor padre del peor hijo y que no tendría igual si no hubiese sido padre. Pero eso de *padre* entendieron muchos padre *ad honorem*<sup>243</sup> —como, con gracia, dijo Cancr de Carlos Magno, padre de Carloto: “Y aunque soy su emperador, estoy en lugar de padre”. Créese que Cómodo era hijo de un *gladiator* —hoy dirían de un torero.

(§ 4006) Bien pudieron los pueblos, viéndose [271v] albardados con empleos venales de regidores, escribanos, etc., haber sacudido esas albardas y redimido su libertad desde el día que se supo la compra. Y hoy se debe comenzar a ejecutar esa redención. Sépase el capital de la venta. Calcúlese en cuánto tiempo se podrá juntar ese capital con un repartimiento muy moderado. Págrese a los que tienen los empleos comprados y perpetuos, y se quitarán mil inconvenientes absurdos. Los pueblos siempre son de menor edad. Para ese santo fin no han de tener voto alguno los que tienen empleos comprados, antes bien, deben entrar en el repartimiento, so pena de una exclusiva perpetua para los empleos.

(§ 4007) De este modo y con este arbitrio tan justo, respirarán los pueblos de la perpetua tiranía que padecen debajo de media docena de familias y del perpetuo desgobierno de su ineptitud, heredada de padres a hijos. El que no sabe gobernar su casa y es un perdulario ¿cómo ha de gobernar a todo un pueblo? El que no cultiva ni sabe [272r] cultivar sus tierras ¿cómo ha de velar para que en el pueblo vaya en aumento la agricultura? El que bebe acuartillado de la taberna y que diariamente compra en las tiendas de aceite y vinagre lo que ha de consumir en casa ¿qué providencias dará para que en el pueblo florezca el comercio? Desengáñense los pseudopolíticos que la peste de los pueblos menores es la perpetuidad de los empleos y el que se hereden.

(§ 4008) No debe haber alcalde ni regidor que no sea añal, y cuando más, bienal. Ninguno debe haber para cuya elección no hay precedido la trina propuesta de todo el pueblo, toque a quien tocara la elección. A la propuesta debe preceder informe jurado de *vita et moribus* y, sin disputa, el de limpieza, según el *Estaduto de Toledo*. Siendo añales los regidores, todos meterán la mano en el gobierno de la república y se multiplicarán las ocasiones de conocer quiénes son más aptos para [272v] los empleos del pueblo y para ser reelegidos quedando siempre por lo menos un año de hueco.

(§ 4008bis) Los arcontes de Atenas solo eran dos, pero siempre añales. A su imitación, también eran dos los cónsules de Roma, y también añales, hasta que entró el desorden y la corrupción. Esto no quitaba la reelección. Tengo la serie de todos los arcontes y de los cónsules, y nunca se introdujo la barbarie de ser hereditarios esos empleos, ni aun vitalicios. Así, es pura invención de ambiciosos esa perpetuidad y herencia de los empleos para tiranizar la libertad de los pueblos. La prelatura de los mínimos solo es añal. La de otras religiones es trienal o cuadrienal. Y aun, a veces, es insuportable este periodo, en especial cuando los religiosos no pueden mudar de convento para huir de una persecución, lo que no sucedía en lo antiguo cuando las prelacias eran perpetuas. Pero aún no se inventó el ser hereditarias.

[273r] (§ 4009) A todo y contra todo hace la expresión castellana de arriba (“poner tontos en portillo”), para significar un total desgobierno en todo. El origen que el vulgo da a esa expresión es ridícula-

<sup>242</sup> Los hijos de los héroes degeneran. Erasmo, *Adagia* I, 6, 32. Cf. Feijoo, *Teatro crítico*, t. VII, *Dedicatoria que hizo el Autor al Sr. D. Francisco Javier de Goyeneche, Caballero del Orden de Santiago, Decano del Real Consejo de Indias, Marqués de Blezunce, Señor de las Villas de la Olmeda, del Nuevo Bastán, de Illana, de Saceda*, VIII: Fue proverbio de la antigüedad *Heroum filii noxae*, para denotar, que comúnmente los hijos de los hombres grandes degeneran. Con todo, aún entre los antiguos padeció el adagio muchos sectarios de la opuesta sentencia: *Fortes creantur fortibus, & bonis*, dijo Horacio.

<sup>243</sup> Como honor.



mente fingido. Dicen que para tapar un portillo que quedaba en la talanquera de una plaza de toros pusieron en él la estatua de un santo (san Blas, san Andrés o de otro santo), y ninguno se acordó de san Cristóbal, que era el más espectable para espantar un toro —o a san Lucas con el suyo. Llegó el toro al portillo y, no hallando resistencia, echó a rodar por el suelo al santo y se escapó. Y dicen que entonces se dijo la dicha expresión, con la blasfemia de llamar tonto al santo. De este género de falsos orígenes está emplastado el vulgo, porque a él no le toca averiguar los verdaderos. Tentaré decir algo de lo que se me ofrece en el asunto.

[273v] (§ 4010) Es notorio que de el latín *porta*, por puerta, se formó en la Media Edad *portellus* y *portella*, diminutivos. Hoy se conservan en Galicia *portelo* y *portela* y en castellano, *portillo* y *portilla*. En el castellano antiquísimo se escribía *portiello*. La significación es obvia, pero en los diccionarios castellanos no hallé la significación de *portillo* que debe hacer para entender la expresión “tontos en portillo”, aunque sí la de *aportellados* en general. He leído los Fueros manuscritos de Alarcón y los Fueros de Madrid que les dio don Alonso el de las Navas más hace de quinientos sesenta años. En ellos leí voces y frases castellanas muy singulares, y algunas muy difíciles.

(§ 4011) En uno y en el otro fuero se repiten muchas veces *portiello* y *portellum*, y siempre significan el lugar en donde se juntaban en concejo los repúblicos del pueblo para su gobierno político. Dice el Fuero de Alarcón: “Sea pregonado [274r] que daqui adelante no tenga portiello de Conceio e non sea recebido por testimonio”. El Fuero de Madrid dice: “Qui pro Alcaldía dederit aver, derribent suas casas ad terram, et nunquam habeat portellum”<sup>244</sup>. En otra parte dice: “Qui intraret in corare sine mandato”<sup>245</sup> del fiador, que toviere la porta, pectet, etc.; foras de los aportelados”. Basta lo citado para explicarme. En lo antiguo se administraba la justicia en las puertas de las villas. Allí había un grande corralón y dentro estaba la sala o consistorio, en donde se sentaban alcaldes, jueces, jurados y *aportellados* del concejo.

(§ 4012) La voz *portiello*, *portillo*, *portal*, *puerta*, etc. significan ‘por el concejo’, y es *tener voto en portillo* tener voto entre los del concejo, y esos eran los *portellados* y *aportellados*. Estos eran después de los alcaldes, merinos, jueces, justicias, y creo correspondían a los que después llamaron [274v] *regidores*, nombre antes inaudito. Y porque sonaba mal *aportellado*, se inventó el de *regidor*. Por los fueros citados se conoce que el concejo los podía privar y castigar. Así el Fuero de Alarcón: “Ni tenga portiello de Concejo... Pierdan su portiello e su oficio”. En el mismo fuero se supone que había juez añal. Esto prueba que justicias y regidores o *aportellados*, perpetuos y hereditarios, y menos venales, como consta del texto del Fuero de Madrid, sería monstruosidad política.

(§ 4013) Pocos años después de los dichos dos fueros se hizo la versión del Testamento Viejo, del original hebreo en castellano muy antiguo. El texto del Salmo 126: “Non confundetur cum loquetur inimicis suis in porta”<sup>246</sup>. La versión es en plural: “No se registrarán: cuando fablaren con enemigos en portal”. Esto es, por su inocencia y justicia no se correrán de vergüenza, ni mudarán el color, ni harán gestos, cuando en el portal, *portillo* y concejo defendieren su causa contra sus enemigos. Véase aquí el portal por ‘el corralón’, por ‘el portillo’ y por ‘el concejo’. Así la rúbrica del *corare* del Fuero de Madrid dice “corral”.

[275r] (§ 4014) No es menos del caso la versión castellana del verso del capítulo 31 de los Proverbios, cuando Salomón alaba a la mujer fuerte: “Nobilis in portis vir eius, quando sederit cum senatoribus

<sup>244</sup> El que por una alcaldía diese haber... derriben sus casas hasta los cimientos y no tenga portiello.

<sup>245</sup> El que entrase en el corral sin orden del fiador...

<sup>246</sup> No habrá de avergonzarse cuando hable a sus enemigos en la puerta. *Salmo CXXV* (CXXVI), 5.

<sup>247</sup> Noble es ante sus puertas su marido cuando se sienta junto con los ancianos en tierra. Proverbios 31, 23.

terrae”<sup>247</sup>. Parece texto muy literal. La versión es esta: “Conocido en consejos su marido, en su estar con viejos de la tierra”. Dice en breve que tenía voto en portillo, y que sentado con repúblicos ancianos proponía en concejo sus consejos. Aunque *senator* viene de *senior*; y esto significa ‘viejo’, más significa ‘*viejo*’ que ‘*senador*’. Un rapaz mocososo podrá ser senador por herencia, pero nunca por herencia podrá ser viejo y anciano. Los gallegos llaman con propiedad a esos repúblicos viejos *vedraños* y *vedrayos*, del latín *veteranos*. De esos se han de escoger los alcaldes y regidores, no de los que compran ni de los que heredan.

(§ 4015) Viendo el significado de *porta* y *portal* en la Escritura, y de *portiello* y *portillo* en castellano, sospecho que la voz *porta* y *diván* o Consejo de Constantinopla aludirá a la costumbre oriental de [275v] administrar la justicia a las puertas de las villas, en algún corralón. Porque esto consta del Fuero de Madrid, he conjeturado que ese corralón estaría en donde hoy está el que llaman *Portillo de Jerimon*, junto a San Francisco. El vulgo transformó en Jerimon el Portillo de Gil Ymon de la Mota, un ministro que vivía hacia ese portillo. Fúndome en que entre la puerta de Toledo y la de Segovia o de la Vega, no hay más portillo que el de Gil-Imon. Y esa fachada era lo más habitado de Madrid, y lo que con propiedad se debe llamar la *tela*, pues *tela*, en la *Crónica de Ávila*, no significa ‘planicie’, sino ‘fachada elevada o el lienzo o tela de una muralla’.

(§ 4016) En ese corralón, pues, o portillo, se juntaba el concejo, o el ayuntamiento, de la justicia y aportellados, para deliberar sobre el gobierno y para oír a los pleiteantes, y en especial a los aldeanos, que por no incomodarlos se establecía la Audiencia en las puertas de las villas [276r] o portillos. Solo el viernes estaba sigilado para esas audiencias y, si el pleiteante no quedaba contento, alzábale del juicio y apelaba para otro viernes. De ahí vino el juez de alzadas y la vulgar expresión “eso es cosa del otro viernes”. En conclusión, “poner tontos en portillos” es poner mentecatos, ineptos y viciosos en los empleos de justicia y de gobierno.

(§ 4017) ¿Quién creyera que la dicha expresión había de levantar tanta polvareda? Tampoco lo creyera yo. Sin querer vino a la pluma, y no quise perder la ocasión de divertirme con la lengua castellana y con reflexiones que no andan en los libros. Todos se quejan de que ya apenas se oye hablar en Madrid la lengua castellana, no siendo al ínfimo vulgo y a los aldeanos. Esta diversión, siempre que la ocasión se me venga a la pluma, ninguno me la podrá quitar, aunque todos se conjuren para que no se haga o se ridiculice todo lo que [276v] propongo en este escrito.

(§ 4018) Lo que podrá servir de consuelo al que le necesitare es que, siendo tan común la necesidad de poner tontos en portillo, no debe extrañar que necios, tontos e idiotas quieran tener voto en los escritos que hacen patente su ignorancia, avaricia, hilaza y consecuencias pestíferas. Por no confundir la memoria, van a la margen las doce pestes que se han seguido a la horrorosa peste universal del año de 1348 y las cuales pestes continuadas causan la total ruina y destrucción de España.

#### PESTE DE 1348

|                   |                         |
|-------------------|-------------------------|
| 1º Yermos baldíos | 7º Cristianos falsos    |
| 2º Latifundios    | 8º Mayorazgos           |
| 3º Arar con mulas | 9º Empleos hereditarios |
| 4º Mesta          | 10º Oficios venales     |
| 5º Langosta       | 11º Monipodios          |
| 6º Gitanos        | 12º Turba de plumas     |

Ninguna de esas doce pestes padecía España [277r] antes del siglo XIV. No puse más de doce pestes por no salir del número redondo. Cualquiera podrá contar muchas más, encadenadas con las dichas.

(§ 4019) A vista de tan visibles y tan perniciosas pestes de pestes, ¿qué cosa más ridícula que hablar de promover agricultura, población y comercio? He reflexionado que quien padece más con esas pestes es la agricultura, como son las cinco primeras y la octava. ¿Quién creará que la undécima es el mayor estorbo que la agricultura tiene? Mercaderes que traen medicinas de fuera, droguistas que las venden, médicos que las recetan y boticarios que las almodrotean a subido precio, son los cuatro enemigos mancomunados de la agricultura española. De ahí procede el que el estudio de la botánica y el curar con vegetables del país sea ciencia mágica, a no ser en la aldeas.

III. BOTÁNICA, FARMACOPEA, MEDICINA

*J. Martín Sarmiento*





## ESTUDIO DE LA BOTÁNICA: JOSEPH QUER

(§ 4020) La verdadera medicina está [277v] en el conocimiento de los vegetables patrios, no en los minerales, no en las piedras, no en las malignas destilaciones, no en los venenosos mixtos que se traen de fuera. La enfermedad que con el coste de menos que seis maravedises se curaría bien y prontamente, es forzoso gastar muchos pesos, no para curarla, sino para que cuando no acabe con el enfermo le meta el mixto extraño en el cuerpo una nueva enfermedad complicada, de la cual jamás se curará el enfermo. Si se promueve la agricultura en toda su extensión, claro está que se promoverá la botánica y se leerán los libros, y por consiguiente se sabrán los usos y virtudes medicinales de los vegetables de España.

(§ 4021) ¿Y qué harían entonces los mercaderes, droguistas, médicos y boticarios? Los dos primeros pensarían en traer otras drogas o bagatelas que, aunque gravosas para la bolsa, no serían perniciosas para la vida humana. Los otros dos, viendo [278r] que los que no eran de la facultad se dedicaban a la botánica y a curarse por sí mismos con las medicinas españolas, o habían de estudiar lo que despreciaban o habían de ser la irrisión de sanos y enfermos, y para evitar los dos extremos, mullirían lo posible para que en España no se introdujese el estudio de la botánica y de la historia natural del país. Que lo hayan conseguido hasta aquí se conoce en la miseria de libros que tenemos de esa noble facultad.

(§ 4022) El sistema de esos de las cuatro clases se vio demostrado en la persecución y odio *plusquam vatiniano*<sup>248</sup> que de ellos ha padecido y padece el que llaman *el médico del agua* —y esto no pudiendo negar las muchas y prodigiosas curas que ha hecho con el agua común. El mismo odio mostrarían contra otro cualquiera médico que curase con solos vegetables españoles del campo, del [278v] monte o de la huerta, y que no se compraban a precio subido para que los extraños sacasen de España esos doblones a trueque de encajarnos mixtos venenosos.

(§ 4023) Poco menor ha sido la persecución que ha padecido el cirujano y botanista don Joseph Quer porque quería abrir los ojos a los españoles, y esto era increparlos, porque no los abrían ellos para estudiar lo que no se enseña en las universidades ni en los recetarios y menos en la transitoria estancia a la cabecera recetando sangrías y purgas. Comenzó a dar a luz don Joseph Quer su *Flora española*, salieron tres tomos y al llegar al IV se murió, pero dejó manuscrito lo restante. Esta útil obra concitó la envidia de la familia hipocrática y, en especial, porque debajo de cada planta ponía las virtudes más ciertas que constan de los mejores autores que él poseía. Esto había de incomodar mucho a la ignorancia [279r] oculta y tolerada, si todos leyesen aquella *Flora* y se dedicaban a conocer las plantas que nacen en España y sus virtudes medicinales.

(§ 4024) Para dar sucesor al dicho don Joseph Quer en la plaza de botanista real en el Real Jardín Botánico y que no entrase algún tonto en aquel portillo, mandó su majestad que se abriese oposición para

<sup>248</sup> Odio más que Vatiniano, Catulo XIV, 3.

conferir esa plaza al más benemérito. Todos aplaudieron tan saludable y laudable providencia. Fijáronse los edictos de convocatoria para el mes de julio, habiendo sucedido la muerte el día de san Joseph. Después se dio aviso de que esa convocatoria se dilataba hasta noviembre. Todos extrañaron tanta dilación y cada uno discurrió a su modo, pero lo que más han extrañado todos es la condición de que el opositor haya de ser médico, cirujano o boticario [279v] y aprobado por el Protomedicato de tal —pero ninguno ha creído que el Rey pusiese tal condición exclusiva.

(§ 4025) ¿Qué significa esa exclusiva según el universal atraso de la botánica e historia natural en España, y con especialidad en los que por su oficio la deben saber, sino que se admitirán a la oposición los botanistas consumados que habrá, y que solo han de ser médicos, cirujanos y boticarios? Para ser uno excelente botanista e historiador natural, ¿qué necesita de recetas, lancetas y espátulas? Los que han de usar de esas armas deben saber a fondo la botánica, sin la cual serán unos estafermos. No así los botanistas necesitan manejar esas armas.

(§ 4026) Es más limpia que todo eso la botánica, pues no trata con cuerpos enfermos, sino con vegetales hermosos, sanos y floridos: “Considerate lilia agri, quomodo crescunt”<sup>249</sup>. Por ser así, se dedican a la botánica reinas (oí que la de Suecia es insigne botanista), señores, señoras, eclesiásticos, religiosos, etc., y no hay hombre de buen gusto en las naciones que no posea un excelente [280r] jardín botánico. Sobre todo nuestro Rey, que Dios guarde, ya hemos visto cuán aficionado es a la agricultura, tan conexas con la botánica. Si hiciese al caso pondría aquí una lista de los insignes botanistas que no han sido médicos, cirujanos ni boticarios, ni aprobados por Protomedicato alguno.

(§ 4027) El insigne botanista de Alemania, Alverto Haller, escribió *De methodico studio botanices absque praeceptore* y dice que hacen preciso ese estudio los errores de los boticarios: “Obstendunt errores pharmacopoliorum”<sup>250</sup>. Médico, cirujano y boticario no componen más que una facultad, y así esos errores son comunes a las tres partes de ella, y a esas tres partes los engañan mercaderes y droguistas. Experimentolo el mismo Galeno (libro I *De antidotis*): “Qui simplices Medicinas divendunt usque adeo, Callide illarum quasdam concinnat, ut Exercitatissimos etiam quosque, ea in re, viros, decipiant”<sup>251</sup>. Esto en el capítulo 2, y en el 5 pone esta precaución: “Medicus autem omnium stirpium si fieri potest, peritiam habeat consulo; sin minus, [280v] plurium saltem quibus frequenter utimur”<sup>252</sup>.

(§ 4028) Nótese que en tiempo de Galeno aún no se había inventado la bárbara e ignorantísima respuesta “esa no es oficial”, cuando se habla de una planta muy común en España y con virtudes notorias, pues el texto *omnium stirpium peritiam habeat* prueba que todas eran o debían ser medicinales oficiales. Y con razón se burla de los boticarios de Roma, que ignorando las plantas que nacían en los paseos de Roma y que el mismo Galeno cogió, las traían de Creta. Eso sería para venderlas caro, lo que no sucedería si se cogiesen en casa: “At in suburbanis urbis non paucas ex ipsis nascentes, prorsus ignorant”<sup>253</sup>. El caso es que no solo sucede lo mismo a los boticarios de España, sino que esos quisieran que todos ignorasen las plantas y virtudes de sus países.

<sup>249</sup> Considerad como crecen los lirios campestres. Mateo 6, 28.

<sup>250</sup> Lo demuestran los errores de los boticarios.

<sup>251</sup> Quienes venden simples medicamentos hasta tal punto preparan astutamente algunos, que incluso engañan a los más expertos en esta materia.

<sup>252</sup> Si puede existir un médico experto en todas estas clases, lo aconsejo. Si no puede ser, al menos que domine la mayor parte de las que se utilizan con más frecuencia.

<sup>253</sup> Desconocen buena parte de las que nacen en los arrabales.

JOSEPHI PITTON  
TOURNEFORT  
AQUISEXTIENSIS,

Doct̃oris Medici Parisiensis, Academiae Regiae Scientiarum  
Socii, & in Horto Regio Botanices Professoris,

INSTITUTIONES  
REI HERBARIÆ.

*Editio Tertia, Appendicibus aucta ab ANTONIO DE JUSSIEU,  
Lugdunao, Doctore Medico Parisiensi, Botanices Professore, Regiæ  
Scientiarum Academiae, & Regiæ Societatis Londinensis Socio.*

TOMUS PRIMUS.



*Lugduni juxta Exemplar*

PARISIIS,  
È TYPOGRAPHIA REGIA.

M. DCC. XIX.



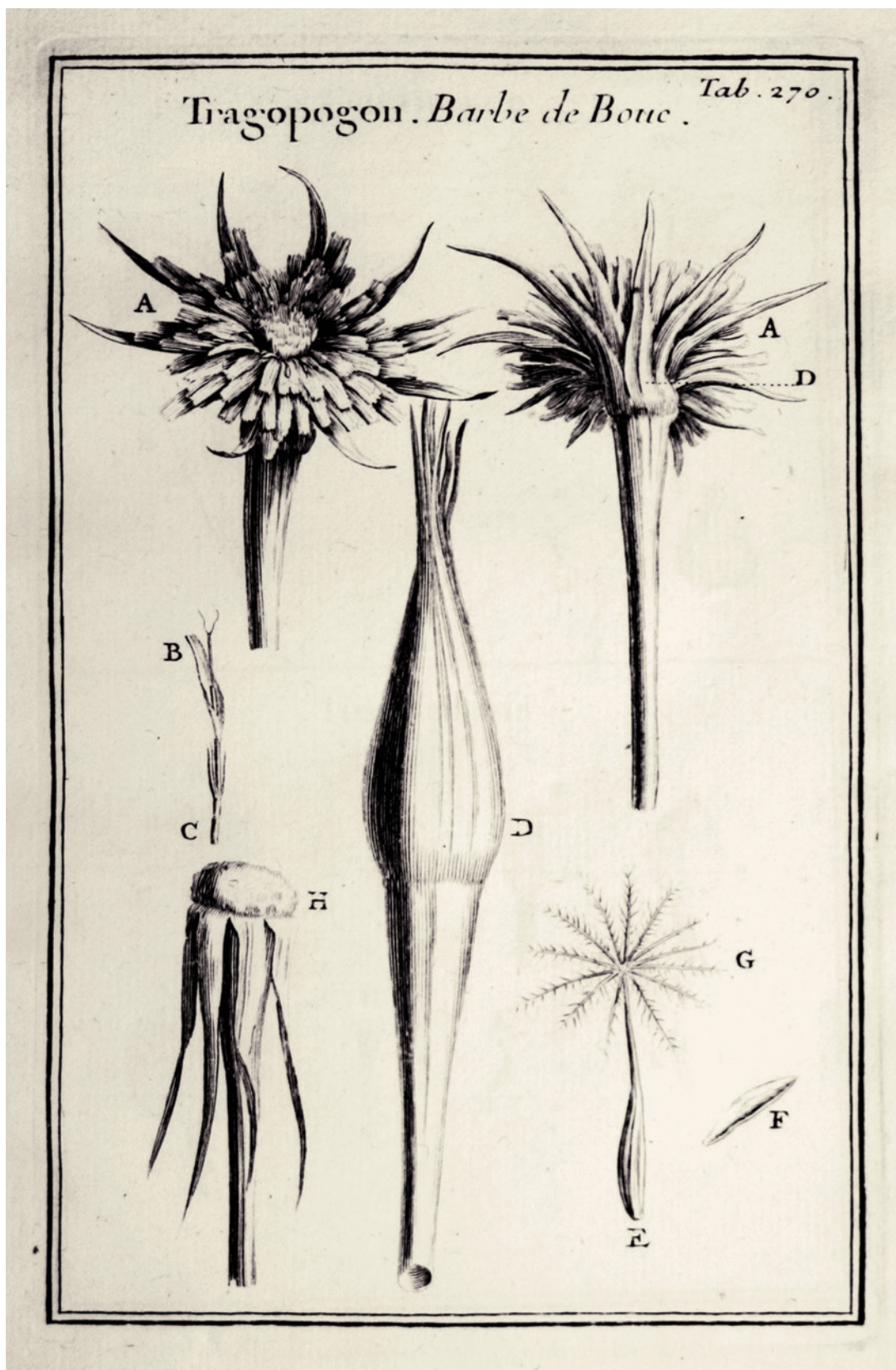


Tabla 270, tomo I *Institutiones rei herbariae*, Joseph Pitton de Tournefort, 1719

(§ 4029) Desconfiando, pues, Galeno de la pericia de los boticarios y droguistas de Roma, él mismo dice y jura *Dii norunt*<sup>254</sup> que navegó a la isla de Lemnos [281r] solo por conocer y enterarse de tierra lemnia o sigilada y de cuántos modos se contrahacía; pasó a Palestina para enterarse del bálsamo, y pasó a Chipre para informarse de todo género de metales y minerales, y trajo mucho a Roma (*inde multum asportavit*<sup>255</sup>). De manera que para no ser engañado Galeno de droguistas y boticarios, él mismo iba a buscar los mixtos extraños y cogía por sí mismo los del país. Aconseja por último a los médicos que se valgan de hombres de bien, de prefectos, de senadores, etc., que residen en las provincias, para que les remitan los mixtos, y supone que en ellas estaban asalariados por el César herbolarios para que remitiesen a Roma tiestos con las plantas más exóticas.

(§ 4030) Pregunto: ¿qué médico, cirujano o boticario galenista hace lo que Galeno hizo o aconsejó? Así pues, la condición de que haya de ser médico, cirujano o boticario el que ha de presidir en el Real Jardín Botánico es ridícula y superflua. Para ser uno un insigne [281v] botanista no necesita saber las dichas tres artes, y ninguno podrá saber las dichas tres artes si no es insigne botanista. Así sucede en las naciones cultas, en donde mirarían con el último desprecio al médico que no supiese botánica —como, por lo contrario, aplauden mucho a un excelente botánico aunque no sepa palabra de medicina.

(§ 4031) Aunque no es ridícula ni superflua, es diminuta la otra condición de los edictos que el examen se haya de hacer por Tournefort. Muy corto botanista será el que no supiere salir del sistema de Tournefort. Yo le debo apreciar y aprecio, pues con Tournefort y con los tres tomos en folio de Juan Bauhino que cuando estuve en Galicia tenía a mano, pude por mí mismo y *absque praeceptore*<sup>256</sup>, reconocer, discernir y fijar casi todos los muchos vegetables que he visto en Galicia y que jamás había visto antes. Leí después en Madrid las obras del famoso Linneo y me costó poco entender su sistema sexual, por lo mismo de haberme [282r] ejercitado ya en el de Tournefort.

(§ 4032) Es constante que ya hoy los mismos franceses han desamparado a Tournefort por seguir a Linneo. Monsieur Dalibard imprimió en 1749 su *Florae parisiensis prodromus* sin apartarse un ápice del método de Linneo. Esto prueba que si Linneo viniese a la oposición saldría reprobado. Hay muchos sistemas de botánica y cada día se forjan otros nuevos. Yo a todos los miro con indiferencia, pues conocidos bien los vegetables con todas sus circunstancias, cualquiera podrá formar después un sistema a su modo. Monsieur Fourmont da noticia de 389 Códices chinos que están en la Real Biblioteca de París. El 325, Puen, Çao, etc. trata de botánica y de medicina, y son 26 y habían de pasar de 31 volúmenes. Dice: “Quae de Medicina apud gentes plerasque scribuntur, a Botanica incipiunt. Nam scire potestates herbarum, voluere primitus”<sup>257</sup>.

(§ 4033) Esa inmensa colección de los chinos en tantos volúmenes comprende toda [282v] la botánica, toda la historia natural, la cirugía y la medicina, sin acordarse de los sistemas de Europa. Siempre he comparado el sistema de veinte mil vegetables a la coordinación o sistema de veinte mil libros en una biblioteca. Apenas concurrirán dos bibliotecarios si no se imitan en una coordinación: cada erudito los colocará a su modo, por el forro, por la marca, por materias, por naciones, por antigüedad, por alfabeto, etc. Sin fijar en nada de eso, podrá uno comprender todo un libro y leerle *de verbo ad verbum*<sup>258</sup>.

<sup>254</sup> Los dioses lo saben.

<sup>255</sup> De allí trajo mucho.

<sup>256</sup> Sin preceptor.

<sup>257</sup> Lo que se escribe acerca de Medicina entre muchos pueblos comienza por la Botánica. Pues de principio se han querido conocer los poderes de las hierbas.

<sup>258</sup> De principio a fin, palabra por palabra.



(§ 4034) Lo que yo quisiera saber es en qué universidad de España, colegio, o escuela, o academia se enseña y se estudia la Botánica e Historia natural, antes o después de estudiar Medicina. Sé que en las naciones hay cátedras dotadas para enseñar esas facultades, solo España tiene el privilegio de no haber pensado jamás en obras y cátedras tan útiles. Créanme los españoles que a esas cátedras de Botánica y [283r] Historia natural deben los extranjeros el adelantamiento de su agricultura y de la multiplicidad de sus frutos y géneros para su comercio tan lucrativo a costa de nuestra desidia.

(§ 4035) No dudo que la utilísima providencia del Rey para que se dé por oposición la cátedra de Botánica de su Real Jardín, abrirá los ojos a los españoles para que se aficionen a la agricultura y para que se introduzca entre los señores y adinerados la útil y divertida moda inocente de tener cada uno una quinta, huerta o jardín en que, sin atender a etiquetas de jardineros charlatanes, tengan árboles frutales selectos, arbustos delicados, verduras regaladas, flores exquisitas y plantas medicinales de las más raras. Hace más de veinte años que yo pensé que en las ciudades y en las villas que pasasen de ochocientos vecinos debía haber una biblioteca pública y junto a ella un jardín público botánico. Un solo *fiat*<sup>259</sup> del Rey con la expresión [283v] “será de mi real agrado” basta y sobra para que eso se consiga. Las utilidades que seguirán a ese establecimiento piden algunos pliegos de papel para contarse.

(§ 4036) Pero esas obras públicas solo han de depender del público en el modo que depende una cátedra de Gramática, de modo que médicos, cirujanos y boticarios no deben tener más uso del jardín que el que debe tener el más mínimo vecino. Esto para que los de esas tres artes no estanquen la racionalidad ni hagan monipodio contra la salud humana. Y ya que los que no son reyes han puesto el pegote a la oposición de que no se admita a ella el que no fuere médico, cirujano o boticario, yo pondría el pegote de que ninguno de esas tres clases pudiese ser director del jardín. Esos podrán tener aparte otro jardín médico y a su costa, que hartos chupan del público.

(§ 4037) Fúndome para esta próspera precaución en que la culpa de que hasta ahora [284r] no haya habido el estudio de la Botánica en España la han tenido médicos, cirujanos y boticarios unidos por tres fines. Primero, porque teniendo ellos obligación de estudiarla y habiendo abandonado del todo esa obligación, andarían corridos si otros la estudiaran. Segundo, porque si del jardín se tomasen las verdaderas medicinas, “nulla ars vilior fiat”<sup>260</sup> —que dijo Plinio— y porque no podrían traer medicamentos de fuera para venderlos al capricho de su avaricia. Tercero, porque usando el pueblo de medicinas caseras, viviría más y más sano, y eso no les convenía.

(§ 4038) No es razón que pierdan los pocos por los muchos, como no lo es que pierdan muchos por los pocos. Confieso que hay en España médicos, cirujanos y boticarios muy expertos porque, o por sí mismos o con la ayuda de algún maestro, o antes o después de haber estudiado su facultad, se aplicaron de veras a la Historia natural y Botánica por medio de selectos libros y peregrinando por montes, valles, campiñas y [284v] por las riberas de ríos y del mar de España. Pero esos son los pocos que no deben perder, ni hablo con ellos, por los muchos que a nada de aquello se han dedicado, siendo su principal obligación.

(§ 4039) También es moda de las naciones cultas el que en cada lugar mediano haya una biblioteca pública y un público jardín botánico para el uso de todos. Esto, además de las bibliotecas y jardines particulares de muchos vecinos curiosos. ¿Y cuándo en España ha de entrar esa útil moda? A no ser por esos jardines públicos y particulares tan multiplicados en las naciones, no se imprimirían en ellas tantos libros

<sup>259</sup> Hágase.

<sup>260</sup> Ningún arte será más barato. La cita literal es *nulla artium vilior fiat*. Plinio, *Naturalis Historia* XXIV, 1, 5.

de Agricultura, de Botánica y de Historia natural. El caso es que de esa afición a cultivar jardines y con todos los primores que los botanistas han descubierto y descubren cada día, pasó ese modo de cultivar a los labradores que cultivaban las heredades para todo género de granos, legumbres y verduras.

(§ 4040) ¿Qué primores han descubierto [285r] los médicos, cirujanos y boticarios de España en la Botánica y Agricultura? Tan lejos de descubrir nuevos primores, o no han saludado esas facultades, o solo van perpetuando los inveterados errores perniciosos de los facultativos de los siglos de la barbarie, y los más por tradición de mancebo en mancebo de botica. Ni puede ser otra cosa, pues fabricándose los más de los boticarios de unos páparos mancebos que ni saben romance ni latín, ni tienen ejercicio alguno de racionalidad, ni tampoco principios algunos de alguna arte o ciencia, ¿qué se esperará de esas tradiciones?

(§ 4041) Es cosa digna de lastimosa risa ver a un boticario aporreándose con un Dioscórides estropeado con Laguna o con Mathiolo, echando a pares o nones las plantas que leen y no entienden, y fundarse los médicos sobre esos falsos conocimientos para recetar. Dice Tournefort que Dioscórides dio noticia de casi 600 vegetables, que describió [285v] 410 y que de esas “*paucae occurrunt, quae nostris optime respondeant. De reliquis iudicium certum fieri nequit*”<sup>261</sup>. Y que solo se conocen los vegetables que por tradición, por ser tan obvios y por la identidad del nombre, conocen los niños y los rústicos sin libro alguno. Dioscórides escribió en griego y hay mil disputas sobre cuál será esta o la otra planta de que trató, por eso he dicho que ni Dioscórides es para boticarios ni los boticarios para Dioscórides.

(§ 4042) Véase aquí por qué las viejas, curanderas, albéitares y cirujanos de las aldeas tienen menos desaciertos en sus curas que los médicos, cirujanos y boticarios de los lugares populosos. Los de aquellas cuatro clases no dudan de la identidad de la planta, concuerdan en el nombre individual, y saben por tradición sin libro alguno la virtud que tiene para esta o la otra enfermedad, a puras experiencias repetidas. Así, curan no de otro modo que se curan [286r] los indios bravos que jamás conocieron libros, ni aun letras, ni han tenido comercio con europeo alguno. Los antiquísimos españoles, según Plinio, conocían cien plantas salutíferas con las cuales componían una singular bebida y con las cuales, verisímilmente, se curaban.

(§ 4043) Al contrario, los médicos, cirujanos y boticarios facultativos, separando los vegetables que conocen todos sin Dioscórides ni otro libro, si han de conocer otro por Dioscórides no darán paso que no sea falso, falaz y fallido. Jamás harán pie en la correspondencia de algún nombre vulgar con el nombre griego de Dioscórides. Por consiguiente, la virtud que Dioscórides señala es hipotética y equívoca, pues sobre dudarse de la virtud, se debe dudar si la virtud que tal planta tenía en el país de Dioscórides la tendrá también en España, por la grande diversidad y distancia de climas y terrenos.

[286v] (§ 4044) Reflexiónese en esta comparación y no se extrañará como paradoja el que yo diga que los médicos, cirujanos y boticarios imbuidos ya de la literatura española de esas facultades, son improprios para dirigir un jardín botánico y para enseñar la Botánica a los españoles. Esos solo enseñarán, aunque sin querer, los prejuicios y errores de que abunda la farmacia y medicina en España, por no preceder el conocimiento exacto de los simples. Si los tales, antes de ponerse a aquellas facultades, se hubiesen ejercitado dos o tres años en la Botánica y en algo de la Historia natural como se hace en las naciones, podrían servir de muchísimo al público. Pero la Botánica que recae sobre hombres talludos y preocupados de todos los errores de los boticarios que han confundido los simples y vegetables, solo servirá para perpetuar el error.

<sup>261</sup> Son pocas las que nos sirven de la mejor manera posible. Sobre el resto no puede hacerse un juicio certero.

(§ 4045) El fin del Real Jardín Botánico [287r] de Madrid, como así mismo el de los otros jardines públicos provinciales (si se establecen), ni es ni debe ser el de estancarlos para el solo uso de médicos, cirujanos y boticarios. Estos ya tenían y tienen en Madrid su particular jardín aparte, que llaman *de boticarios*, y se podrá llamar Jardín Médico, no Jardín Botánico —o por mejor decir, se debe llamar Jardín Médico *ad honorem* para rosas, violetas y otras hierbas que conocen los niños. La razón es palmaria. Léanse las recetas más comunes y no se hallará en ellas nombre de algún vegetable menos común. Con esas recetas del jardín se ganaría poco. Así, es preciso para ganar mucho que en las recetas entren simples del Levante, orientales y americanos, los cuales no se crían en España. De ese modo se venden a pedir de boca.

(§ 4046) Dirán los boticarios: con simples [287v] de España o del país respectivo no comemos, como dicen los mercaderes de géneros extraños y superfluos. Con géneros de España no podremos hacer inmensos caudales. Ni unos, ni otros ni el público se duelen de que con esa necedad se extraen de España millares de millares de doblones para dar armas a nuestros enemigos. Véase aquí por qué los médicos no recetan vegetables de España y por qué los boticarios no los buscan para venderlos, y por lo mismo por qué ni unos ni otros los conocen, engañando al público que los conocen, porque tienen obligación de conocerlos. Para tanta ignorancia no hallan mejor cobertura que el estancar la Botánica para que los no facultativos no la estudien y se descubra la ignorancia y la maraña.

(§ 4047) El difunto don Joseph Quer hizo traer de París la semilla del verdadero [289r] ruibarbo, que se había traído del Thibeto o de la China. Sembrola en el Real Jardín Botánico y pegó admirablemente, y en el Hospital General se experimentaron los mismos efectos que en el de la China. Diome un poco de semilla, que yo repartí por varias partes, y prendió del mismo modo. Esto desagradó a los boticarios, pues temían el no poder vender su ruibarbo de la China carioso ya y sin virtud, porque necesitó a lo menos tres años para llegar a la botica. Por eso afirmo que el que hubiere de tomar el ruibarbo debe preferir el fresco de España al añejo y casi podrido de la China.

(§ 4048) Lo mismo digo de otros cualesquiera vegetables que los boticarios traen de fuera, los cuales nacen en España y ellos no lo saben, y de los que todos saben que se trajeron de fuera y prendieron bien en España, verbigracia, el maíz. ¿No sería una necedad de marca mayor el que para [289v] alimento o para medicina se trajese de la América a Galicia una carga de espigas de maíz? ¿A cómo se vendería cada espiga traída de tan lejos? ¿Y cuánto añadirían de sobreprecio los comerciantes, droguistas y boticarios? En ese caso, alquilarían médicos y corredores que esparciesen el falso testimonio de que el maíz de Galicia no era tan bueno como el de la América —siendo para mí más que probable que para alimento y medicina de un gallego sería mejor y más a propósito el maíz de Galicia.

(§ 4049) En virtud de todo lo dicho bien reflexionado, propongo que ninguna persona que coma de ser médico, cirujano o boticario, no se debe admitir a dirigir jardín alguno puramente botánico, sea real o provincial. Esos, que se compongan con sus jardines médicos particulares y que se enseñen unos a otros. Confieso que es difícil hallar sujeto capaz de ser [290r] botanista para enseñar la Botánica a la juventud española y con el fin de que esta se extienda a la agricultura. Pero si de presente hay pocos en España que puedan ejercer ese empleo como yo quisiera, no dudo que a pocos años habrá muchos que le puedan ejercer con mucha utilidad del público.

(§ 4050) Lo primero que se debe saber es la agricultura delicada, esto es, proporcionar la tierra a cada vegetable; saber el cómo y el cuándo se ha de preparar, abonar, sembrar y regar, y saber en qué tiempo se ha de recoger la semilla; y sobre todo, a qué plaga o rumbo se ha de cultivar en campo descubierto. Todo esto es árabe para médicos, cirujanos y boticarios, por más examinados y aprobados que estén por pro-

tos medicatos que nada saben de esa algarabía o agricultura delicada y respectiva. Confieso que también es arábigo [290v] para mí, pero según la multitud de libros que hay de agricultura y jardinaje, si viviese de asiento en una espaciosa quinta podría hacer algo.

(§ 4051) Algunas veces vi y admiré el penoso trabajo y afán con que don Joseph Quer cultivaba el Real Jardín, hecho un perpetuo azacán expuesto a las inclemencias del tiempo. Confieso que no le tenía envidia a su trabajo, pero sí a su conocimiento de lo que hacía. Aquel trabajo, aunque tan penoso, es indispensablemente preciso para el empleo de un botanista maestro. Poco sabría un agricultor por conocer los granos, legumbres, frutales y verduras (y aun discernir unos de otros) si no supiese mucho del modo de cultivarlos y de los tiempos correspondientes a cada vegetable. Simon Pauli, en su tomo cuadripartito, distribuye todos los vegetables por las cuatro estaciones del año y a cada uno señala la que le corresponde para estar en [291r] sazón. Es libro muy útil para no buscar en la primavera los vegetables que son del otoño.

(§ 4052) La segunda circunstancia que debe tener un botanista maestro y que hoy es la más espectral por ser la de última moda en las naciones, se reduce a que debe conocer todos o casi todos los vegetables conocidos en el mundo. Debe, presentado un vegetable y a la primera inspección, distinguirlo y discernirlo de todos los demás, señalándole su género y especie y variedad, y colocándole en el sistema que sigue, o de Tournefort o de Linneo o de otro sistemista a su antojo. Claro está que esto es mucho pedir, pero en las naciones hay hombres capaces de responder, tanto es en ellas la afición a la botánica. Juan Scheuchzero en su tomo *Agrostographia* da noticia de cuatrocientos grámenes y juncos diferentes.

(§ 4053) El texto ya citado de Galeno [291v] “Medicus omnium stirpium, si fieri potest, peritiam habeat, consulo: sin minus, plurimarum saltem quibus frequenter utimur” prueba que era obligación del médico el saber y conocer todas las plantas y, a lo menos, muchísimas *plurimarum* de las que se usaban en su tiempo. También prueba que en tiempo de Galeno se curaba con hierbas, y no sé cómo podía ser sin conocerlas de raíz. El botanista español no debe pensar sino en los vegetables que, naturales o conaturalizados, nacen y se conservan en España, y no tendrá pocos que conocer. El conocer los extraños será curiosidad pero sin utilidad alguna, no siendo para traerlos al Jardín o a España para avencidarlos acá, como el ruibarbo.

(§ 4054) El atolladero de la Botánica es la nomenclatura, que es la tercera circunstancia que debe poseer el botanista maestro. Pertenece a la nomenclatura [292r] dar el nombre propio a cada especie de vegetable. La dificultad consiste en que cada vegetable tiene infinitos nombres sinónimos en los libros y más que infinitos en las lenguas vulgares y vivas del mundo, y por lo contrario, en que un mismo nombre individual se aplicó en los libros y en las lenguas vulgares a un mismo vegetable. Aún hay más: y en que la barbarie de los escritores de la Media Edad que no entendieron a los antiguos, griegos, latinos y árabes, y la ignorancia de los médicos, cirujanos y boticarios posteriores ha trastornado enormemente los significados de los nombres, llamando a las cebollas ajos, verbigracia, y a los ajos cebollas.

(§ 4055) Es terminante el mortal error de los boticarios que por muchísimos años dieron el venenoso ajo silvestre en lugar de la salubérrima planta de los antiguos, [292v] el *scordio*<sup>262</sup> —tan borrico era el médico que recetaba sin saber lo que escribía. Duraría mucho más ese error si, por un acaso, no hubiese descubierto el obispo de Mompeller el *scordio* verdadero. De ese género de errores más o menos perni-

<sup>262</sup> Del griego *sjordion*, lat. *Scordium*. Escordio, planta labiada del género *Teucrium* (*Teucrium scorodonia*), aromática, tónica, estimulante, que entra en la preparación del diascordio.

ciosos al género humano, aún hoy están en posesión muchos boticarios de España. ¿Qué traza de fiarse uno de ellos para estudiar la Botánica y tomar de ellos las medicinas?

(§ 4056) Hasta aquí el atoladero de causas involuntarias. Falta señalar sus causas voluntarias y caprichosas, que se han inventado después que entró la manía de los sistemas modernos. No contentos algunos sistemáticos con nombrar un vegetal con uno o dos renglones de voces sesquipedales, remedando el latín o violentando el griego a su arbitrio, dieron en otra manía más descomunal, bárbara y ridícula: esta es de llamar a las [293r] plantas con el nombre de algún protector, corresponsal, amigo, escritor o de algún hombre obscuro. El que más ha delinquido en esto es el famoso sueco Carlos Linneo. Erudito, a la verdad, ingenioso, metódico, botanista y naturalista universal, este redujo a sistema el pensamiento de los antiquísimos que suponían diversidad de sexos en los vegetables.

(§ 4057) Por esta razón, se llama el Sistema de Linneo el método sexual y es el que hoy brilla más en las naciones, y ya se va arrinconando el Sistema de Tournefort. Así, el determinar en los edictos que el opositor se haya de examinar por las *Institutiones* de Tournefort ha dado que discurrir a los que saben algo de botánica como hoy está en las naciones cultas. El botanista que desear tener ese nombre no ha de estar ligado a un sistema, ha de tener [293v] noticia de todos y no aferrarse en alguno. El fin de un botanista es conocer y discernir todos los vegetables como los chinos conocen los suyos sin noticia de Morison, Rivino, Rayo, Tournefort, Linneo, Haller, etc.

(§ 4058) Dos defectos tiene la nomenclatura de Linneo: primero, el haber desterrado los más de los nombres antiguos; segundo, el imponer nombres barbarísimos que no tienen conexión ni aun remota con el vegetal. Verbigracia, *Gmelina*, *Knautia*, *Frankenia*, *Isnardia*, *Fagonia*, *Hermannia*, *Escheuchzeria*, *Stachelina*, *Volkameria*, *Waltheria*, *Zannichelia*, *Rauwolfia* y otras muchas de este bárbaro jaez son los nombres que Linneo ha dado a muchos géneros de plantas en su tomo *Genera plantarum*. Pregunto: ¿qué más eficaz conjuro para expeler al diablo más reacio y remolón que inculcarle aquellos [294r] nombres? Ninguno de esos nombres alude a país, a tiempo, a estructura, a semejanza, a olor, color y sabor, a propiedad alguna o virtud medicinal de la planta. ¿Qué instrucción, pues, se sacará de esta jerga de capricho?

(§ 4059) Los nombres de los vegetables deben ser instructivos de algo al punto que se oyen. Así son los nombres antiguos si se penetra su origen y etimología. No me opongo a los nombres que Tournefort y Linneo dan a los vegetables, compuestos de muchas dicciones, porque incluyen una descripción. Estos instruyen mucho, pero son ineptos para retener en la memoria y para el comercio humano. Mejor se comunican y se entienden los que no son botanistas con sus nombres vulgares que los botánicos con su jerga y jerigonza. Digo, pues, que esta es una charlatanería insufrible [294v] para aterrar a los hombres y que no se dediquen a la botánica.

(§ 4060) Es perniciosísimo error para la sociedad humana y para el bien público de un estado el tolerar que médicos, cirujanos, boticarios, botanistas e historiadores naturales quieran estancar esos conocimientos, persuadiendo que esos no son para todos sino para los que se juntaron en algún género de monopolio: “Felix qui rerum potuit cognoscere causas”<sup>263</sup> no se ha dicho de ninguna cofradía, sino de todo el género humano y de todos los racionales. Esas ciencias ni son de universidades, ni de gabinetes, ni de un solo pelotón de hombres, son de los que por sí mismos se quisieren dedicar a ellas sin pedagogo, *absque praeceptore*<sup>264</sup>. Esta útil máxima se debe introducir y familiarizar en toda España y sacudirse del error vulgar que Dios repartió la racionalidad [295r] al arbitrio de los hombres.

<sup>263</sup> Feliz quien pudo conocer las causas. Virgilio, *Geórgicas* II, 490.

<sup>264</sup> Sin preceptor.



(§ 4061) ¿Qué primores no se ven en españoles que, sin maestros, han ejecutado por sí mismos porque no estaban preocupados del error? Por mí digo y dije en un numeroso concurso que si sé alguna cosilla con fundamento es la que por mí mismo he estudiado, y que todo cuanto me enseñaron los maestros es lo que no supe, ni sé, ni sabré jamás, si antes no me sacudo de los errores y prejuicios que de buena fe me embocaron. Y el desimpresionarse de esas maulas que se imprimieron en la juventud, es empresa heroica sobre mis fuerzas: tan tímido me considero hoy a cocos, espantajos y fantasmas nocturnas como cuando tenía 7 años, porque entonces, para que no saliese de casa, me atemorizaban con muchos terribulamentos de los que aún no me he desimpresionado.

(§ 4062) Un buen maestro que sepa [295v] educar la juventud, es una alhaja preciosa. Pero como en España hay regimientos de maestros, así sale la educación. Lo mismo digo de un médico cuando es bueno. Pero si el maestro y el médico es de los enregimentados, como suizos y valones, mejor es recurrir a la racionalidad y a la naturaleza que hacerse idiota y enfermizo. Lo mismo se debe entender de uno que se mete a maestro de Botánica que es un papanatas y aspira a enseñar la juventud, porque es empleo que vale mucho.

(§ 4063) Todo viene a parar en que la tercera circunstancia no hay ni puede haber botanista en el mundo que pueda cumplir con ella en toda su amplitud, si no tiene revelación divina. Restringiéndola, pues, a España solamente, será la cuarta circunstancia para mi asunto. Digo que el que ha de ser maestro [296r] de Botánica en el Real Jardín ha de saber todos los nombres vulgares que en España tienen los vegetales, y qué nombres latinos les corresponden en los autores. No solamente los nombres puramente castellanos, sino también los nombres vulgares de las provincias y aun de los particulares territorios. Aún hay más: no solo se ha de saber un solo nombre vulgar; si en una provincia tiene un solo vegetal ocho o diez nombres sinónimos, todos se han de apuntar en el papel cuando no se puedan conservar en la memoria con distinción y claridad.

(§ 4064) Tengo por totalmente indispensable esta circunstancia cuarta, con mayor o menor extensión, en el que ha de enseñar la Botánica a los españoles. Y porque Tournefort, Linneo y los demás ni han tenido ni tienen esta circunstancia, de ninguno de ellos echaría yo [296v] mano para que a los españoles populares enseñasen la Botánica. Son, sin duda, excelentes botánicos y los más excelentes médicos. Nada hacemos con eso para enseñar Botánica, si no saben los nombres vulgares españoles. Tournefort pone los vulgares franceses y Linneo los vulgares suecos en su *Flora suecica*. ¿Y en dónde se han de leer los vulgares españoles?

(§ 4065) En esto se ha pensado poco en España porque se ha pensado menos en la Botánica; y sacando a Laguna, que pone algunas voces vulgares españolas, apenas hay cosa escrita que pueda satisfacer a esta cuarta circunstancia. Pocos vegetales nacerán en España que no tengan algún nombre vulgar, sino en Castilla, en alguna de las provincias de España. Esos nombres solo se hallan en la boca, no en lo escrito. ¿Y por qué no así? [297r] Por la suma desidia en orden a la Botánica y su nomenclatura, ¿y qué médico, cirujano o boticario y aun alguno que se precie de botanista podrá señalar a cualquiera planta dada su nombre vulgar español y el nombre que en latín le corresponde en los libros? Aún no ha nacido ese sujeto.

(§ 4066) Don Joseph Quer, al cual traté mucho, era insigne botanista, era cirujano, conocía infinitos vegetales que nacen en España, cogió y recogió por sí mismo muchos. Era diestro en la agricultura, para cultivarlos con acierto. Sabía los nombres que andan en los libros y, por consiguiente, los usos y virtudes que en ellos se les atribuyen, etc., pues poseía una numerosa y selecta librería. No obstante todo lo dicho, tenía poca afición a saber e inquirir los nombres [297v] vulgares españoles, ya castellanos, ya provincia-

les, de los mismos vegetables que cogía, manoseaba, disecaba y conocía con todos los nombres de los libros. Criose entre los que están persuadidos y quieren persuadir a otros que la botánica solo es ciencia de eruditos y de gabinete, y no de la multitud.

(§ 4067) Nunca me he criado ni entre botanistas ni entre facultativos. No estoy descontento, pues de ese modo no se me ha pegado aquel garrafal prejuicio que yo miro como un fantástico error. Habiendo puesto Dios a Adán al oficio de agricultor, ¿quién duda que le infundiría el amor a la botánica? Habiendo presentado Dios a Adán los más de los vivientes para que él les pusiese los nombres, ¿quién duda que le infundiría el amor a la Historia natural? ¿De dónde viene, sino de ahí, el amor, deseo y apetito, [298r] que todo hombre tiene a saber? *Quid fortius desiderat anima quam veritatem?*<sup>265</sup> ¿Y qué verdades han de ser esas? Las que pertenecen, sin duda, al conocimiento de lo que Dios ha criado, para por ello conocer al Criador y amarle. *Invisibilia Dei* —dice san Pablo— *per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur*<sup>266</sup>.

(§ 4068) De todas esas verdades, las principales y primitivas son las que derechamente pertenecen a la Agricultura, Botánica e Historia natural, no las opiniones y antojos de los hombres que o inventaron esas futilidades para formar cofradías o han querido estancar lo que pertenece a todo el género humano por derecho divino, natural y heredado desde Adán. Sobre que la Botánica está tan olvidada y despreciada en nuestra Península por la tolerada incuria de médicos, cirujanos y boticarios ¿quién llevará a bien que estos [298v] la quieran estancar, queriendo el Rey que se restablezca por toda España para excitar el amor a la agricultura? ¿Quién tiene autoridad para hacer ese estanco y monopolio con exclusiva de los demás racionales para su connatural empleo?

(§ 4069) Pregunto: ¿quién se ha de dedicar de veras a la Botánica, si sabe que para el único empleo tiene exclusiva no siendo médico, cirujano y boticario? ¿Qué conexión tiene la Botánica verdadera con esa facultad triforme? Los de esa facultad deben, en conciencia, estudiar la Botánica e Historia natural para no confundir los mixtos que recetan y manipulan. Al contrario, los botanistas para maldita la cosa necesitan el título de médico, cirujano y boticario, como ni el que ha de ser buen agricultor o jardinero. Tampoco necesita de ese título el botanista que ha de ser [299r] lenguaraz o polígloto. Esto es, que además de los nombres de los libros, sepa todos los nombres vulgares que en todas las provincias de España se dan a los mixtos de los tres reinos de la historia natural, vegetable, animal y mineral.

(§ 4070) La quinta circunstancia que debe tener el maestro de Botánica es que sepa todo lo que toca a la física experimental de las plantas. Tampoco nada de esto se enseña en universidad alguna de España. Eso se ha de saber por los libros de los extranjeros modernos, y para entender esos libros no se necesita ser médico, cirujano, ni boticario. No es preciso que ese conocimiento sea consumado. Bastará cualquiera mediano conocimiento, que se podrá aplicar a la agricultura para perfeccionarla. En los libros se hallan [299v] muchísimos primores para esto, que, con solo leerlos, están entendidos.

(§ 4071) La sexta circunstancia es que el maestro de Botánica sepa las propiedades y usos domésticos de los vegetables, o por los libros o de propia observación. Linneo escribió su *Flora oeconomica*. Sobre ese pie se ha de escribir en España, y el maestro debe enseñar a la juventud los usos económicos y útiles de los vegetables de España. Verbigracia, para maderas, para tejidos, para tintes, para curiosidades y para

<sup>265</sup> ¿Qué puede desear con más fuerza el alma que la verdad? Cf. Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, tratado xxvi, 4-6. “*Quid enim fortius desiderat anima quam veritatem?*”, expresión posteriormente casi proverbial.

<sup>266</sup> Las cosas que son invisibles por parte de Dios se hacen visibles a la inteligencia a través de sus obras. Pablo, *Epist. Rom.* 1, 20. Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theol.* II, IIae Q. lxxxii, art. vii.

alimentos, etc. A los cocineros se deben atribuir muchas tempranas muertes de España porque, como tan idiotas en la botánica, dan sin querer mixtos venenosos por mixtos salutíferos. Esta sexta circunstancia es la clave para adelantar las fábricas, manufacturas y el comercio.

(§ 4072) La séptima circunstancia que [300r] podrá tener o no tener el maestro de Botánica es el conocimiento de las virtudes medicinales de los vegetales de España. Esto es inconexo con la Botánica, por la total incertidumbre de esas virtudes. Todos debemos confesar que Dios ha comunicado a los vegetales muchas virtudes y que en el buen uso de ellos consiste la principal y verdadera medicina, no solo para los hombres, sino también para los animales. La duda es si las virtudes de los libros y recetarios son dadas por Dios o inventadas por los hombres. Aténgome a esto último, según la charlatanería de los impostores. Sobre todo, hoy ya no se cura con vegetales de España, y así no hay cosa más inepta para la Botánica española que un médico, cirujano o boticario.

(§ 4073) Las seis circunstancias dichas [300v] o tienen objeto fijo o se podrá fijar. No así la séptima, pues depende de la mayor o menor credulidad de los enfermizos. Al fin, el que tuviere las seis circunstancias de botanista no necesita especial estudio para saber la séptima, teniendo libros de los más clásicos autores, pues tampoco se estudia en las universidades de España y mejor se sabe peregrinando por las aldeas en donde no hubiere boticas. Córrase la medicina de que muchas virtudes las tomaron de los animales y que las virtudes que hace creer tienen los mixtos que los droguistas hacen venir de la Asia, África y América, las ha mendigado de los bárbaros más bárbaros.

(§ 4074) A esos mixtos y vegetales han dado los boticarios el privilegio de que sean oficinales, que nunca lo [301r] han sido, porque con el cohecho con los médicos que los receten y hagan medicinas de moda y de ricos, los venderán por las nubes. Y si alguno les presenta algún vegetal de España con notoria virtud y experimentada, le desprecian con el fatuo escarnio de que no es oficial —esto es, que no puede ser marsupial para ellos si es común en España. Los que siguen este avariento sistema ¿qué cuidado podrán tener de que en un Real Jardín Botánico o en otro provincial se cultiven los vegetales de España con preferencia a otros desconocidos?

(§ 4075) Por lo mismo, abran ya los ojos los celosos españoles y sepan que médicos, cirujanos y boticarios han sido, son y siempre serán los mayores enemigos de la Botánica española, si no se toma una fuerte providencia. [301v] Que lo hayan sido se prueba con la profunda ignorancia que hay de ella, perteneciendo a su obligación el que floreciese. Que lo son se conjetura por las exclusivas de los edictos. Y que lo serán, cualquiera lo pronosticará, viendo cuán encarnizado está cada uno de ellos en el útil que traen las medicinas costosas por forasteras, aun clamando los autores que las más son venenosas, “ut Canis a Corio nunquam absterrebitur uncto”<sup>267</sup>. Con mandar el Rey que en los lugares populosos haya algunas boticas puramente españolas, en donde solamente se vendan y se manipulen vegetales y mixtos criados en España, y con médicos que solo puedan recetar en ellas, se remediará mucho. Y si lo mismo se hace con tiendas de mercaderes que solo puedan vender géneros españoles, tendrán menos enemigos las fábricas.

\* \* \*

#### MEDICAMENTOS, MÉDICOS Y BOTICARIOS

[302r] (§ 4076) Asunto es este fecundo de combinaciones, reparos y reflexiones, y que pedía mucha extensión. En un papel aparte he escrito sobre el asunto. En él noto la barbarie de recetar en latín, que ni

<sup>267</sup> Como el perro nunca se alejará de una piel untada.

entiende el boticario ni el enfermo, ni aun, talvez, el médico mismo. No hay cosa más fácil que recetar en latín. Con copiar a la letra una receta latina, está sabido el misterio. Anda un tomo en cuarto con el título *Thesaurus secretorum*. Allí hay recetas multiplicadas para todo género de enfermedades. Calculelas a buen ojo, y contiene el tomo cinco mil recetas de las más escogidas.

(§ 4077) Si se recetase en castellano, serían menos y mejores las recetas y las entenderían todos. Los griegos y latinos recetaban en la lengua vulgar, y sería fatuidad que uno recetase en [302v] una lengua muerta o, aunque viva, totalmente extraña para la multitud. El enfermo, los asistentes, los interesados y otro cualquiera tienen derecho a ver la receta, leerla, entenderla y corregirla o censurarla, si es disparatada. Pase que los irracionales no pregunten al albéitar qué es lo que les da como medicina o se les aplica como remedio.

(§ 4078) ¿Pero no es una barbarie activa y pasiva que un racional con barbas haya de tomar un medicamento o almodrote compuesto de diferentes simples, que jamás ha oído en su lengua nativa? Dirán los recetistas que no hay voces castellanas para los simples. Es error de los que lo dicen. Digan que no lo saben y se les preguntará: ¿y por qué no?, ¿y qué han estudiado si no saben los nombres vulgares de los simples? Apedrearían [303r] a Hipócrates, Cornelio Celso y otros, si respondiesen que no sabían los nombres vulgares y recetasen en lengua egipciaca, que no entendiese el pueblo. Los dos tomos de Madama Fouquet, con el precioso título *Ahorro de médicos, cirujanos y botica*, cuyas recetas están en castellano, prueban que es una solapada charlatanería recetar en latín.

(§ 4079) He pensado en el origen de esa charlatanería y creo que he conjeturado bien. Antiguamente, como consta de Casiodoro, solo eran médicos los eclesiásticos —y siempre lo han sido en las antiquísimas naciones, ya cultas, ya bárbaras, los que tenían el cuidado de la religión. Duró esto hasta el siglo XII, cuando los judíos, que en España tenían el ejercicio libre de su ley, con las alas que les dio el manejo de todas las rentas reales y el usurario comercio [303v] de mercachifles, se avanzaron a meter el hocico en la salud de los cristianos españoles, metiéndose a médicos y a entrarse en los palacios con ese título.

(§ 4080) Cuanto imprudentes han sido los españoles en confiar a los judíos el manejo de todo el dinero, tanto y más han sido en confiarles sus propias vidas. La barbarie de los siglos concurrió a que no tuviesen presente el canon 11 de la Sexta Sínodo. En ese canon se prohíbe que ningún eclesiástico o secular *iudaeorum azyma comedat, vel ullam cum eis familiaritatem ineat* —atención— *vel in morbis accersat, vel ab eis medicinas accipiat, vel una cum eis in Balneis lavetur*<sup>268</sup>. No puede estar más claro el canon del Tercero Concilio General Constantinopolitano del año de 680, de ciento cincuenta obispos. Pero los cristianos no pudieron ser más indiscretos en admitir [304r] por sus médicos a sus más irreconciliables enemigos.

(§ 4081) En cuanto al baño público, se observaba el canon en tiempo de don Alonso el de las Navas, porque los judíos nada se interesaban en que no se observase. En los Fueros de Alarcón, ya citados, se determina que los hombres vayan al baño público el martes, jueves y sábado; que las mujeres vayan el lunes y miércoles, y que los judíos vayan el viernes y domingo. Este texto prueba convincentemente que o es falso que don Alonso el VI prohibió los baños públicos porque se afeminaban los soldados, o que si publicó tal ley le sucedió lo que a otras muchas. Harto mejor sería que intimase el canon de la Sexta Sínodo y que todos los demás reyes sucesores le fuesen intimando, y no entraría en España la peste de los médicos judíos.

<sup>268</sup> Coma el pan ázimo de los judíos o tenga familiaridad alguna con ellos, les auxilie en sus enfermedades o acepte medicinas de ellos o se bañe junto a ellos en los baños. Sínodo VI (803), c. 11.

[304v] (§ 4082) Entre los cristianos españoles no había entonces escuela alguna de medicina ni se había inventado el Protomedicato de hoy. ¿En dónde, pues, estudiaban los judíos su medicina? ¿En dónde estudiaban la Botánica y la Historia natural? ¿Cómo no se halla médico alguno judío, de aquellos tiempos, que haya escrito libro alguno de botánica o medicina en lengua castellana? De manera que, porque los castellanos cristianos no eran médicos y porque los judíos, que lo eran, no escribieron, no se halla autor de medicina en español antes del siglo XVI, siendo así que hay muchos médicos de otras naciones.

(§ 4083) Voy a descubrir el origen. Desde el siglo IX y en adelante florecían en Córdoba escuelas de todas facultades, y se comunicaron a Toledo. A Córdoba concurrían a estudiar sujetos de varias naciones. Llegó esa fama a los judíos del Levante y, más por la oportunidad que Córdoba les daría para el comercio y usuras que por estudiar, se embocaron [305r] en Córdoba hacia los años de mil. Sabían su lengua hebrea y les era vulgar la lengua árabe. Por razón de la hebrea, escribieron mucho sobre la Escritura. Por razón de la árabe, se hicieron con los moros de Córdoba; y para introducirse entre los cristianos, aprendieron lo bastante del vulgar castellano para entender y darse a entender.

(§ 4084) Ni por sueño pensaron en estudiar la lengua latina y menos la lengua griega. Antes bien, porque el judío Rabí Moisés bar Maimón, cordobés, se dedicó a la literatura de los cristianos, le excomulgaron los demás judíos, teniéndole por profano, si bien no le faltaron defensores. Ese vivió en el siglo XII y es el más docto rabino de todos, y era médico y pasó a Egipto a serlo del soldán. Es inconcuso entre cristianos y judíos que los más doctos rabinos en la Escritura han sido españoles, y que los más selectos y correctos [305v] códices hebreos manuscritos son los que se han escrito en España. Pero su literatura se reducía, la mejor, al sentido literal del Testamento Viejo. La restante, a los desatinos de su Talmud, de su cábala, etc.

(§ 4085) Los moros de Córdoba y los andaluces eran anteriores a los rabinos en la literatura y también en la medicina. Don Sancho, rey de León, llamado *el Gordo* por ser enormemente obeso, no recurrió a judíos para curarse, sino a los moros de Córdoba, a donde pasó en persona y allí le curó un moro con una hierba cuyo nombre no se sabe. Nótese que esto sucedió a la mitad del siglo X y que las más tremendas enfermedades se curaban (y del todo) con hierbas.

(§ 4086) La lengua dominante y vulgar en Córdoba era la árabe y, porque sus reyes tenían tantos dominios, se escribían en ese idioma muchos libros en todas facultades, que aún hoy existen manuscritos, [306r] y entre esos muchos de botánica, historia natural, medicina y cirugía. Beithar, moro malagueño, añadió a Dioscórides dos mil simples. Y antes Averroes, cordobés, había escrito de eso muchísimo, y todo está impreso, traducido al latín. Y después el moro español Alzaharabio, que también está impreso. Y otros muchos que omito. También los judíos de aquellos tiempos escribieron de medicina, pero, porque solo escribieron en árabe o en hebreo (como se podrá ver en el tomo IV de Bartolocio y en Herbelot) con razón se diría que todo estaba en árabe.

(§ 4087) Mientras los moros y judíos españoles sobresalían en su literatura respectiva y se ejercitaban en la medicina —aquellos, por lo común, solo entre sí, y los otros, entre sí y topando a todo y a todos— los pobres españoles cristianos gemían debajo del yugo de sus dos más irreconciliables y mortales enemigos. Los moros los oprimían con [306v] guerras, gabelas y tributos, y los judíos con sus usuras, con sus inicuas exacciones con capa de reyes cristianos, chupándoles todo el dinero y disponiendo de sus vidas con capa de médicos curanderos. Aun esa poca y chapucera medicina la tenían estancada entre sí. Y como les era familiar la lengua hebrea, de esa se valían para ocultarla en sus escritos.

\* \* \*



(§ 4088) Imitaban a los gitanos, que, para comunicarse unos con otros y que no los entiendan los que no son gitanos, han fingido un idioma que llaman *jerga* o *germania*, porque en su origen vinieron de la Germania, o Alemania, y —como dije con Wagenselio— descendientes de los judíos que en la terrible peste de 1348 se refugiaron a las grutas huyendo de los cristianos que los perseguían, porque echaban la culpa a los judíos de que habían envenenado las aguas, a lo que se siguió la peste. Y nótese que todas las habilidades de los gitanos se reducen a una suma ociosidad, [307r] a no cultivar la tierra, a comerciar trocando borricos, a hurtar y asesinar de todos modos y a hacer de sabios en la quiromancia y en otras artes vanas y fútiles.

(§ 4089) ¿Quién duda que este carácter de los gitanos es el carácter idéntico de los judíos? La lengua hebrea que estos usan es una jerga o germanía compuesta de sesenta leches. Esto es, una coluvie de voces vulgares y bárbaras de todas las naciones por donde, como los gitanos, han peregrinado y peregrinan. Esa lengua se llama talmúdico-rabínica y de la cual Buxtorfio compuso un inmenso lexicón. También trastornaron los caracteres hebreos, cuadrados y hermosos, en unos caracteres cursivos y feos, que llaman *caracteres rabínicos*, con los cuales están escritos el Talmud y otras muchas obras que no sean el texto puro del Testamento Viejo. Con esos caracteres hebreos cursivos y en el idioma espurio y híbrido o hebreo-bárbaro, está escrito todo cuanto los [307v] judíos han escrito de medicina.

(§ 4090) Es del caso suponer, con los intérpretes cristianos y aun con los mismos intérpretes rabinos, que casi todos los significados de las voces originales del puro texto hebreo de la Escritura que aludan a botánica y a mixto alguno de la historia natural o se han perdido del todo o ni aún hoy se entienden con certeza. Por dos razones. Primera, porque la lengua hebrea pura es cortísima y no hay más hebreo puro que el que se halla en los libros del Testamento Viejo, del canon de los hebreos. Segunda, porque los judíos de la dispersión no cuidaron de conservar por tradición los verdaderos y genuinos significados de las voces hebreas pertenecientes a la historia natural y botánica.

(§ 4091) He visto la reciente instrucción que en Dinamarca se ha dado a la Compañía de Viajeros Curiosos, que por orden del Rey han ido a registrar toda la Arabia y todas las costas orientales y occidentales [308r] del mar Bermejo. Lo que más se les encarga es que procuren averiguar y fijar los significados de las voces hebreas de la Escritura que aluden a la historia natural. Esto por medio de la lengua árabe vulgar, que se habla en los más retirados rincones de las Arabias, pétrea, desierta y feliz. Es un arbitrio admirable, y espero que con él se descubrirá mucho bueno.

(§ 4092) Para que todos me entiendan, pondré un ejemplo. Siempre que una lengua matriz se dividió en varios dialectos que aún hoy se hablan, el modo de averiguar los significados de la lengua matriz que se han perdido, será consultar los dialectos. Es inconcuso que la lengua árabe es un solo dialecto de la lengua hebrea primitiva. Luego, es consiguiente que tal voz hebrea pura, cuyo significado se ignora, se conserve aún hoy de viva voz en algún territorio en donde es vulgar el dialecto árabe, y que, por comparación, analogía [308v] y crítica se averigüe el perdido significado. Esto con más razón y verisimilitud cuando las voces del dialecto significan mixtos de la historia natural, que son las voces más primitivas, que menos se alteran y que más se conservan en las aldeas.

(§ 4093) No había nacido aún el rey de Dinamarca cuando ya había pensado yo lo mismo que se propone en la dicha instrucción, pues sabía muy bien que la lengua árabe era un dialecto de la hebrea, pero con innumerables voces. Deseaba que para penetrar el significado de la voz hebrea tocante a la historia

natural se consultase no solo el arábigo de los libros, sino también el arábigo vulgar de los rincones más retirados de las tres Arabias. Yo no podía tentar esa empresa, porque ni sabía el hebreo ni el arábigo de los libros, ni había peregrinado por las Arabias. Samuel Bochart dio a luz el *Hieroicoicon* en dos tomos en folio. Su asunto [309r] es averiguar los significados de las voces hebreas de la historia natural por medio de las lenguas orientales que eran dialectos de la hebrea.

(§ 4094) Este autor se ciñó únicamente al reino animal. Dijo buenas cosas, y hubiera dicho muchas más, y con más acierto, si hubiese peregrinado por las Arabias. Así, es laudabilísima la providencia de rey de Dinamarca. Y esa la habían de haber tomado ya los judíos que saben hebreo, y en varias partes del Levante saben el vulgar arábigo. Debían, como tan errantes y vagabundos, haber pateado las tres Arabias y averiguar lo que van averiguar los viajeros dinamarqueses. Pero en esos países no hallarían la cucaña que han hallado y se les ha tolerado en España por tantos siglos.

(§ 4095) Al primer pensamiento mío, aunque para mí imposible, se siguió otro muy posible para muchos y nada imposible [309v] para mí. Parecerá paradoja, y es evidente este problema: restaurar las voces latinas puras, pero perdidas, por medio de los dialectos vulgares de la lengua latina, su matriz. Digo que el español, italiano, francés, etc., cuyos idiomas son dialectos del latino (separo el vascuence y el bajo bretón), si penetran esos dialectos y si descienden a penetrar los subdialectos de sus provincias respectivas, podrán descubrir muchas voces latinas puras ya perdidas, porque no se hallan en los libros que subsisten.

(§ 4097) La lengua que se escribe, cuando es vulgar, siempre es más diminuta de voces que la que se habla. Muchas voces de la lengua que se escribe no son de la lengua, son unos pegotes que ninguno de la multitud entiende. Esos no se transmiten a la posteridad de labio en labio y de viva voz, ni tampoco se perpetúa en los libros su significación, pues son [310r] como las modas. Pero pase que todas esas voces espurias sean de la lengua. Pregunto: ¿cuántos centenares de libros de pura latinidad se han perdido y con ellos infinitas voces puras latinas? ¿Y qué consecuencia hay de que, perdidos aquellos libros por incuria, se debiese perder la lengua vulgar coetánea a ellos?

(§ 4098) Es pura materialidad para mi problema, el que ese vulgar se haya alterado en la inflexión y que se haya aumentado con voces bárbaras. Lo primero es lo que constituye dialecto. Lo segundo es lo que le barbariza. No hablo de esas voces bárbaras, sino de las que legítimamente han quedado de la matriz: y esas son las que se deben observar para el caso. La lengua gallega es la que hoy conserva más raíces latinas puras, porque ni allí hay voces arábicas, y los suevos y godos no introdujeron su lengua, sino que [310v] se acomodaron a la latina y, aunque mezclaron algunas voces bárbaras, son pocas.

(§ 4099) He ocupado algunos ratos perdidos en observar el origen latino de la lengua gallega, y, si cada español se dedica a hacer lo mismo en el dialecto de su provincia, se descubrirán muchos tesoros en la lengua española en general, y en particular en sus dialectos provinciales. Esta utilidad animará al que ha de ser maestro de Botánica española a saber, recoger y apuntar todos los nombres vulgares castellanos y provinciales de todo vegetable y mixto de la historia natural de España. Hecho ese trabajo, se abrirá un grande campo para restaurar muchas voces perdidas de la pura latinidad. Mientras, jamás sabremos el idioma español, que es fecundísimo de voces primitivas.

(§ 4100) Tiempo han tenido los médicos [311r] judíos de España, cuando tenían libre el ejercicio público de su religión y estaban esparcidos por todas sus provincias, para haber recogido los nombres vulgares de todos los simples nativos de España, como era de su obligación. Debieran haber imitado a Galeano, que, como ya hemos visto, buscaba y recogía los simples y nos conservó sus nombres vulgares en su

excelente obra *De simplicibus*. ¿Pero cómo aquellos judíos habían de hacer este bien al público, si solo eran unos médicos precarios que lo poco que sabían lo habían mendigado de los moros? Eran unos chabacanos curanderos que tomaban el título de médicos para sus depravados fines. Eran unos fanáticos supersticiosos, que, con recetas cabalísticas y con amuletos y sellos planetarios, hacían que curaban, y solo era de la vena del arca.

(§ 4101) Y esos han sido los que, levantando mil imposturas a los eclesiásticos, hicieron ridículo el citado canon de la [311v] Sexta Sínodo Ecuménica y se entremetieron en el apostólico empleo de curar a los cristianos con remedios simples y caseros: “Curate infirmos”, “Infirmatur quis in vobis? Inducat presbyteros ecclesiae, et orent super eum, etc.”<sup>269</sup>, “Alli gratia sanitatum: numquid omnes gratiam habent curationum?”<sup>270</sup>. ¿En dónde tenían entonces los ojos los españoles que, a vista de estos y de otros textos, trocaron los ojos por la cola? Esto es, que trocaron la medicina de los eclesiásticos por la fútil medicina de los judíos.

(§ 4102) La gracia de curar enfermos es *gratis data*. Dícese de algunos médicos que saben mucho, pero que no tienen acierto. De otros, que saben mucho menos pero que son felices y que tienen mucho acierto en la práctica. Yo creeré que en estos habrá mucho de *gratia gratis data*, y en los otros, mucho de bone-te y borla, por su dinero. ¿No es más creíble que la *gratia curationum* se hallase en los eclesiásticos [312r] y no en los judíos? ¿No es más creíble que las oraciones de los médicos eclesiásticos concurrirían tanto y más que los remedios para la salud —*Oratio fidei salvabit infirmum, et alleviabit eum Dominus*<sup>271</sup>— que no la terca incredulidad de los judíos con sus visionarios remedios y con sus conjuros mágico-cabalísticos?

(§ 4103) Hoy hay muchos médicos eclesiásticos y sacerdotes que curan por dispensa del Papa, y no hay cosa más fácil y menos costosa que obtener esas bulas. Más hay, y es que muchos médicos aspiran al sacerdocio y después a algún curato para ser médicos espirituales y corporales de sus feligreses. Conozco a uno de esos que, además de lo dicho, todo cuanto lícitamente adquiere lo da de limosna a los más pobres. Esta clase de médicos se debe restablecer en España y sacudirse de las imposturas que los judíos, falsamente, impusieron a los eclesiásticos para usurparles el cristiano y caritativo [312v] empleo de curar a los cristianos. Si hoy se cohonestara aquel ejercicio con una bula a vuelta de correo, más han sido alharacas y *tolle, tolle*<sup>272</sup> de judíos que razones contra los eclesiásticos.

(§ 4104) Es verdad que el canon IX del Concilio General Lateranense II del año 1139 se prohíbe a eclesiásticos y religiosos el ejercicio de la medicina. Solo habla de los benedictinos y de los canónigos regla-res de San Agustín. Pero igualmente se les prohíbe el ejercicio de legistas. *Leges temporales et Medicinam, gratia lucri temporalis addiscunt*<sup>273</sup>. El *gratia lucri* explica todo el canon y, desterrando el *gratia lucri*, todo

<sup>269</sup> Curad a los enfermos. Lucas 10, 9. Cf. *Infirmos curate*. Cf. Mateo 10, 8. ¿Está enfermo alguno de vosotros? Condúzcalo a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él. Santiago, *Epist.* 5, 14-1: *infirmatur quis in vobis? inducat presbyteros ecclesiae et orent super eum unguentes eum oleo in nomine Domini*.

<sup>270</sup> A uno fe, en el mismo Espíritu, a otro, el don de sanar en el único Espíritu. ¿Acaso todos tienen el don de curar? *Ileri fides in eodem Spiritu, alii gratia sanitatum in uno Spiritu. Numquid omnes virtutes, numquid omnes gratiam habent curationum, numquid omnes linguas loquuntur, numquid omnes interpretantur*. Pablo 1. Cor. 12, 30.

<sup>271</sup> Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo reanimará. Santiago, *Epist.* Iac. 5, 15. 15: *et oratio fidei salvabit infirmum, et alleviabit eum Dominus: et si in peccatis sit, remittentur ei*.

<sup>272</sup> Mátales, mátales. Juan 19, 15.

<sup>273</sup> Añaden las leyes civiles y la medicina, por lucro temporal. Cf. Actas del Concilio de Clermont v, 385, fol. CXXXR, *Liber II Antiquitatum Cathedralis Barcinonensis*.

se podrá componer. Además del *gratia lucri*, se añade para la medicina la indecencia. Esta no mira a los médicos, sino a los cirujanos, pero esos podrán ser eclesiásticos sin ser sacerdotes, como hoy se ve en los religiosos de San Juan de Dios y en otros [313r] hospitalarios.

(§ 4105) No obstante, leí en privilegios de Toledo que Hugon, cluniacense y abad de Batres, era cancellor y médico del emperador don Alonso el Séptimo, por los años, creo, de 1150 —once años después del dicho canon. El hecho es que tocante a legistas no ha tenido ni tiene ese canon observancia alguna. Vemos que los juristas aspiran al estado eclesiástico para aspirar a los empleos pingües, “*Gratia lucri temporalis, absurdum, immo et opprobrium esse clericis, si peritos se velint disceptationum esse forensium*”<sup>274</sup> —dice el canon.

(§ 4106) No desagradará al lector ver aquí las principales épocas para el asunto. Por los años de 840 vivía Almamon, califa de Babilonia. Quiso restablecer las ciencias entre los árabes y, valiéndose de las versiones siríacas que ya había de muchos libros griegos, mandó que todos se tradujesen en [313v] árabe. Valiose de Hoanin, cristiano, y de otros para eso. Isaak, hijo de Hoanim, y toda su familia han sido los mejores traductores. Hipócrates, Aristóteles, Euclides, Ptolomeo, Galeno, etc., se tradujeron en arábigo, como dice monsieur Freind. Y así pasó la literatura griega a los árabes y se extendió por todos los mahometanos, y tardó poco en comunicarse a Córdoba, y de allí a Toledo. Era costumbre de los mahometanos fundar un hospital y una escuela pública cuando se fabricaba una mezquita.

(§ 4107) Toledo se conquistó el año de 1085, y ya había 200 años que la literatura y medicina florecían en Córdoba. Aún no había traducciones latinas de los libros árabes. Esas comenzaron en Salerno, en tiempo de Constantino Africano, Casinense, y el cual fundó la Escuela Salernitana con el favor de Roberto Guiscard, que murió en 1087. Siguiéronse las Cruzadas, y con esa ocasión vinieron del Levante muchos judíos a España [314r] haciendo de médicos. Introdujeron en las boticas los simples orientales, que casi todos son nocivos —como ya dije con Stencelio.

(§ 4108) Las traducciones latinas de los libros árabes han sido la peste de la medicina en Europa. Los traductores sabían poco latín y poco arábigo. Los traductores árabes sabían poco griego. Así, hasta que en los siglos adelante, en la pérdida de Constantinopla el año de 1453, trajeron los griegos fugitivos a Europa los originales griegos y se hicieron en derecho nuevas y exactas traducciones, no había en que atar un grano de sal ni seguridad en la medicina y farmacéutica. Y entonces hacían los judíos en España de médicos y escualpios, siendo unos pobres idiotas curanderos que solo sabían desopilar las bolsas.

(§ ↓4110) Al fin, solo esos judíos públicos eran los médicos, y acaso los boticarios, hasta el año de 1492, cuando los Reyes Católicos [314v] los expelieron de España y también a los moros. Monsieur Freind, página octava, pone un Estatuto de la Escuela o Universidad Salernitana (que se intitulaba *Civitas hippocratica*) y es el siguiente: “Que el que se había de graduar de médico debía jurar obediencia y fidelidad al gremio, y de no tomar dinero a los pobres y de no ir a partir en algún modo la ganancia de los boticarios”. Tan antiguo como eso era el cohecho de médicos y boticarios, cuando se puso la ley. Esto entre cristianos, ¿y qué sería entre judíos? Véase aquí por qué los españoles no han tenido en los libros Historia natural y Botánica española, y hay tantos contrarios para que no la tengan.

<sup>274</sup> Por lucro temporal. Absurdo, y un oprobio para los clérigos, si quisieran ser expertos en las disquisiciones forenses. Cf. Actas del Concilio de Clermont V, 385, fol. CXXXR, *Liber II Antiquitatum Cathedralis Barcinonensis*.

(§ 4111) ¿Qué ganancias partirán los boticarios con los médicos, si las medicinas se tomasen de los vegetales conocidos del campo o de la huerta, y de los mixtos más triviales de España —agua, verbigracia, leche, [315r] manteca, vino, vinagre, miel, aceite, etc.? La terrible persecución que médicos y boticarios han suscitado contra el médico que llaman *del agua* ha sido porque no tenían ganancias que partir. Y porque no las tendrían tampoco si Cristo, sus apóstoles, sus santos y los que tuviesen *gratia curationum* curasen a los enfermos, se levantaría contra ellos una persecución terrible.

(§ 4112) Es de notar que los judíos del tiempo de Cristo y de los apóstoles nunca formaron acusación contra ellos porque curaban sin título y porque no recetaban en la botica: acusaron a Cristo porque curaba *in sabatho*. Ni negaban ni acriminaban la cura, sino el tiempo, por causa de religión mal entendida —como les convenció Cristo con el acaso de caer un pollino en un pozo el día sábado. Esa circunstancia del tiempo no tiene conexión alguna con la medicina, ni con médicos y boticarios.

(§ 4112bis) Es chistoso el dístico leonino [315v] que se formó a la caída de un judío en un pozo el día sábado. El tal, que se llamaba Salomón, cayó por acaso un sábado en un pozo lleno de inmundicias y de estiércol. No quería salir ni levantarse de allí, ni quiso que los cristianos le sacasen del pozo, y instándole, dijo: “Sabatha Sancta colo, de stercore surgere nolo”<sup>275</sup>. Vino el domingo, y ya quería y pedía a los cristianos que le sacasen, y estos dijeron: “Sabatha nostra quidem, Salomon, celebrabis ibidem”<sup>276</sup>. De manera que el inmundo y soez judío se estuvo dos días, sábado y domingo, revolcando en el estiércol. No hay que decir que Cristo y los apóstoles curaban por milagro. Es así. Pero los judíos no creían eso. ¿Y qué saben los médicos y boticarios, si muchos que curan sin título, curan por milagro o por la *gratia curationum*?

(§ 4113) Lo especial es que Cristo Señor Nuestro, los apóstoles, los discípulos y una infinidad de santos no cobraban dinero por curar [316r] ni iban a medias con los boticarios, según se lo intimó Cristo en el capítulo 10 de san Mateo: “Infirmos curate, mortuos suscite, leprosos mundate, daemones eiicite. Gratis accepisti, gratis date”<sup>277</sup>. Por lo mismo, no recetó Cristo ni causó gastos para los medicamentos. Con un poco de lodo y su saliva formó una especie de ungüento, con el cual untó los ojos del ciego *a nativitate*<sup>278</sup>, mandole que fuese a lavarse y bañarse en la piscina de Siloé, hízolo el ciego y vio como los demás: —*Vade et lava in natatoria Siloe. Abiit ergo et lavit, et venit videns*<sup>279</sup>.

\* \* \*

#### AGUAS Y BEBIDAS MEDICINALES, INFUSIONES

(§ 4114) No dice el texto que el ciego bebió las aguas. Las aguas de la fuente de Siloé, que forma un arroyo y de ese se forma la piscina famosa son salitrosas, según Monconio, citado por Calmet. Esas tomadas por la boca serían nocivas, como lo serían las aguas del mar, siendo así que para baños son salutíferas. No estoy bien con que se beban las aguas minerales, y no me opongo [316v] a que los baños en algunas sean saludables. Pero si el que receta las aguas no tiene comprendidas sus calidades y el individual carácter de la enfermedad, y la proporción entre esta y las aguas, será remitir al enfermo *ad aquas mortis*<sup>280</sup>. Cada día se ven de esos lastimosos y funestos casos.

<sup>275</sup> Respeto el sagrado sábado, no quiero salir del estiércol. Cf. Monasticon de Melsa II. 134, 137.

<sup>276</sup> Nuestro santo sábado, Salomón, vas a respetarlo también. Cf. Monasticon de Melsa II. 134, 137.

<sup>277</sup> Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad demonios. Gratuitamente lo habéis recibido, otorgadlo gratuitamente. Mateo 10, 8.

<sup>278</sup> De nacimiento. Juan 9, 6.

<sup>279</sup> Ve y lávate en la piscina de Siloe. Fue, se lavó, y regresó viendo. Juan 9, 7, *et dixit ei: Vade, lava in natatoria Siloe (...). Abiit ergo, et lavit, et venit videns*.

<sup>280</sup> A las aguas de la muerte.



(§ 4115) La aversión que tengo a tomar por la boca aguas minerales se funda en libros y en experiencias y en razón. Todo metal y mineral es deleterio y corrosivo, tomado interiormente. Luego, las aguas que estuviesen impregnadas de sus partículas harán el mismo efecto, más o menos nocivo, y a la corta o a la larga. Por no atener a esto último, pasan en la medicina muchos gatos por liebres, y se venden bien caro en las boticas por antidotos muchos lentos venenos ultramarinos. Si en España se introduce el serio estudio de la Botánica y de la Historia natural española, se sacudirán los españoles de muchos errores mortales, [317r] y solo se valdrán de las aguas minerales para rastrear por su curso el sitio de las mineras o canteras, aprovechando sus mixtos para otros usos domésticos.

(§ 4116) No sé cuándo he de oír hablar de las aguas vegetables y medicinales de tal y tal país de España; sé en donde he leído que las aguas de Baena eran específicas para el mal de piedra, a causa —dice el autor— que esas aguas venían raspando las raíces del hibisco o malvavisco que era común en el territorio y que sin duda es un vegetable contra el mal de piedra. No sé si hoy son celebradas esas aguas, porque el autor castellano es del siglo XVI. Si se perdió la memoria, es fácil restaurarla plantando o sembrando mucho malvavisco en el territorio por donde corre el agua.

(§ 4117) ¿Y qué necesitamos de recurrir [317v] a Baena para tener en cualquiera parte de España unas aguas vegetables y medicinales contra la piedra? El que padeciere esa terrible enfermedad escoja un pedazo de territorio retirado por donde corra un arroyuelito derivado de una fuente, y cuya agua sea sin olor, color y sabor, y sin impresión alguna extraña, y por eso potable. Haga o mande hacer dos surcos en la tierra de modo que el arroyo los bañe. Plante o siembre el vegetable malvavisco en esos dos surcos, y beba a pasto de esa agua. Los surcos y sementera también se podrán hacer antes de la fuente, y de ese modo en la fuente se tomará la agua medicinal.

(§ 4118) Este ejemplo es un fecundísimo principio natural para tener en España todo género de aguas vegetables y medicinales para las más de las enfermedades que no sean *ad mortem*. Todo consiste en conocer los vegetables que en los libros se [318r] admiten inconcusamente como específicos para esta o la otra enfermedad, y sembrarlos, como el malvavisco o *althaea*. Puse el ejemplo en este solo vegetable, pero no quita el que con él se siembren otros vegetables que tengan la misma virtud nefrítica —y no hay duda que la tiene el espárrago y otros vegetables. La agua que pasare por las raíces de esos vegetables embebe en sí sus virtudes. Como, por lo contrario, los que beben de continuo la agua que pasa por las raíces de los nogales contraen la enfermedad que llaman paperas.

(§ 4119) Pide la analogía que, como puede haber aguas vegetables medicinales, haya también leche vegetable medicinal. Cérquese un prado de buena tierra, y que tenga regadío, árese o cávese antes que sus hierbas tengan la semilla para extirpar todo género de hierbas que no [318v] han de hacer al caso. Siémbrese ese prado de uno, dos o tres vegetables que tengan reconocida virtud en los libros para tal enfermedad, y que solo esas hierbas se críen en el prado. Dispóngase que una vaca solo paste en ese prado, y que de noche se le dé esa misma hierba, o seca o verde. Supongo que esa vaca ha de estar parida. Digo que su leche será vegetable medicinal para la enfermedad para la cual es buena la hierba. Lo mismo digo de la manteca, queso y aun de las carnes.

(§ 4120) Si se quiere leche de cabra o de oveja, el cercado ha de ser más grande, el terreno seco. Los vegetables para las cabras han de ser arbustillos cuyas hojas tengan virtud para tal enfermedad. El cercado para ovejas también ha de ser seco y los vegetables han de ser pequeñitos, pero que tengan virtud para la enfermedad que se padece. ¿Quién duda que [319r] la leche de vaca, cabra y de oveja que solo han pacido vegetables casi-específicos para tal determinada enfermedad, no será una leche muy medicinal y

como-específico para ella? Para ese *chilo* o esa bebida ni concurre el fuego ni el boticario, sino la misma naturaleza.

(§ 4121) Es sin duda cierto que la miel se saca de los vegetales, y que no solo es golosina y alimento, sino que también es condimento y medicamento. Aún se conserva el *Arte de cocina* de los romanos que escribió Apicio. Lefle, y en todos sus guisados entra la miel, sin noticia alguna del azúcar, pues jamás le usaron los romanos en los alimentos. No por eso dejaban de tener opíparos banquetes y brutales comilonas y borracheras, que excedían a las de hoy, pues si a estas se les separa el azúcar serán insípidas. La bebida de los antiquísimos españoles, [319v] que Plinio supone se componía de cien plantas diferentes, era, a mi ver, una especie de *hidro-mel*, *oxy-mel* o *aloxa*, y que a las plantas salutíferas sucedieron las dañosas especias del Oriente, para contemplar a droguistas.

(§ 4122) Es muy precioso el texto de Plinio que dice que cuando el sol está en su mayor altura meridiana, no tanto fabrican las abejas miel cuanto medicamentos: “Medicamenta, non mella”<sup>281</sup>. Las abejas no hacen más que manipular el dulce jugo que sirve de alimento a las flores. A ese jugo llama Linneo *néctar*, el cual está en el fondo del cáliz de la flor. Esto bien lo saben los niños, cuando chupan el cáliz de la flor de la pasión, el del jazmín, el de la madreselva, etc. Por eso esta planta se llama en Galicia *chupa-mel* y en Castilla *chupa-miel*. Por lo mismo se llama el *hypocisto* [320r] en Galicia *ameleyra*, porque los niños y pastores le chupan.

(§ 4123) Así, es muy fácil tener una miel vegetal medicinal, si se saben escoger las flores de plantas que tengan virtud inconcusa en los libros para tal o tal enfermedad. Esas plantas y no otras se han de sembrar en un cercado que tenga un hilo de agua y que mire al mediodía. En ese cercado se han de colocar algunas colmenas, y es consecuencia que la miel que las abejas fabricaren del néctar de las flores de las dichas plantas sea un excelente remedio específico para la supuesta enfermedad.

(§ 4123bis) La mayor o menor bondad de la miel depende de las calidades de las flores. La flor más exquisita para las abejas es la del toronjil. Llámase esa planta *melisa*, que también significa ‘la abeja’ —en latín *apiastrum*, en gallego *abelleyra* y en castellano *toronjil*, porque huele a toronja. Si en un cercado en donde haya colmenas [320v] se siembra todo de toronjil, insisto en que la miel tendrá las virtudes mismas que la planta tiene en los libros. Verbigracia, la melisa o toronjil, según Lemery, fortifica el corazón, el cerebro, el estómago, excita los meses: aplícase en la apoplejía, en la epilepsia, en los vértigos, en la melancolía, en las fiebres malignas y en la peste. Esas virtudes, pues, y con más excelencia, tendrá la miel.

(§ 4124) Debo advertir que la melisa es uno de los 43 géneros de vegetales que componen la cuarta clase del sistema de Tournefort, y en la cual se comprenden 424 especies. Siguiendo el Sistema de Linneo, es el toronjil uno de los 33 géneros de vegetales que componen la clase catorce del Sistema de Linneo, y en la cual se comprenden 170 especies. Así Linneo, como Tournefort, hablan siempre de vegetales que tienen la flor de una sola pieza, con la boca como con labios, y con cuatro granos descubiertos en el fondo, que en jerga botánica llaman, a la griega, *tetra-gymnosperma* y en castellano quiere decir [321r] ‘cuatro-desnudas-semillas’.

(§ 4125) Es constante que todo vegetal cuya flor es monopétala (de una pieza) y *labiata*, y que en el fondo tiene cuatro semillitas solas, siempre desnudas y descubiertas al aire, es salubérrimo y salutífero. En esa clase ningún vegetal es venenoso o nocivo y que, más o menos activas, todos tienen unas mismas virtudes medicinales. Y por lo mismo, sin algún peligro de error, se podrá tomar un vegetal por

<sup>281</sup> Medicamentos, no miel. Plinio, *Naturalis Historia* XI, 14, 37.

otro de las 424 ó 170 especies. Esta máxima, fácil de conservar en la memoria, es fecundísima para saber cuáles vegetables jamás serán nocivos. De los que no son de esa clase, unos son saludables, otros nocivos, otros venenosos y otros indiferentes.

(§ 4126) Las pobres abejas no chupan en las flores el néctar, del cual fabrican la miel y el polvillo de los estambritos (del cual manipulan la cera para contemplar a los hombres), sino para alimentarse en verano y reservar para alimentarse en invierno, usando de la cera para fabricar [321v] sus habitaciones. Sucede a las abejas lo que a otros vivientes, que, cuando no hallan su alimento proporcionado, se tiran a todo por no morir de hambre —cuando la zorra no puede cazar gallinas ni pollos anda a caza de grillos. Los 43 géneros dichos de vegetables, o sus 424 especies, son el principal alimento de las abejas, y otros pocos vegetables. Pero cuando no hallan ni unos ni otros, se tiran a toda flor, y tal vez al néctar venenoso de algunas.

(§ 4127) Tan cierto es que la calidad de la miel depende de las flores que se han chupado: “tantumque pabulum refert —dice Plinio, libro 21, capítulo 13— ut mella quoque venenata fiant”<sup>282</sup>. Por no atender a esto, se ve que hay mala leche, malas carnes, mala miel en este o en el otro país. En el prolijo papel que escribí sobre el asunto, ideé que cada pobre labrador tuviese media docena de colmenas en un cercadito y que en él sembrase los 43 géneros de vegetables, pues todos caben desahogadamente en veinte pies en cuadro [322r] de tierra, y que a ese cercado vaya un hilito de agua, para que no se ausenten las abejas.

(§ 4128) Entre esos 43 géneros entra el toronjil, el romero, la salvia, el tomillo, el cantueso, el hisopo, el orégano, el camedrio, la hiedra terrestre, la mejorana, el marrubio, la ajedrea, etc. —todos vegetables comunes de España y que los rústicos conocen muy bien, sin necesitar de médicos, cirujanos y boticarios. Por lo mismo, he sospechado que esos 43 géneros, o 100 especies de ellos, harían el número de las cien plantas que los antiquísimos españoles conocían y usaban. Si hay panacea en el mundo, digo que lo será la miel de ese cercadito de pobre, el cual tendrá en él golosina para los niños, condimento para sus guisados, alimento y hierbas para el puchero, cera para vender, y medicamentos en las hierbas y en la miel.

(§ 4129) A imitación de las aguas vegetables medicinales, de la leche y de la miel [322v] que he propuesto, es consiguiente decir aquí algo del vino vegetal medicinal. Advierto que no es lo mismo agua, leche, miel y vino con la mezcla de algún vegetal salutífero para esta o la otra enfermedad, que vino vegetal en el sentido en que voy hablando. Columela (desde el capítulo 32 de su libro XII), trata del modo de adobar vinos con vegetables, que sean medicina para determinadas enfermedades. Y de esto están atestados los libros, como así mismo de aguas y de otros licores usando de los vegetables en infusión y decocción, que es el verdadero modo de utilizar las virtudes de las plantas, y que sirvan de alimento y de medicamento. Toda otra manipulación son *commenta officinarum, immo avaritiae*<sup>283</sup>, de químicos, boticarios, impostores y charlatanes, para vender más caro el almodrote.

(§ 4130) Hablo de las destilaciones de botica que trastornan y echan a perder los vegetables y a veces transmutan sus virtudes en malignidades. ¿Qué es el aguardiente, [323r] sino un veneno que por el alambique resultó de la virtud natural del vino? Nicolás Lemery se apasionó por las análisis y destilaciones, pero monsieur Lemery, su hijo, las persiguió de muerte, como consta de la Academia Real de las Ciencias

<sup>282</sup> Tanto impregna la comida, que también la miel sale envenenada. Plinio, *Naturalis Historia* XXI, 54, 74.

<sup>283</sup> Ficciones de boticas, o mejor dicho, de la avaricia. Plinio, *Naturalis Historia* XXI, 56, 117.

del año 1720, muerto ya su padre. Prueba que destiladas dos plantas, una venenosa y otra saludable, las dos dan unos mismos principios. Y esto y el oponerse a la opinión de su padre dice mucho.

(§ 4131) Pero ya cien años antes que Lemery el hijo había ridiculizado las destilaciones boticales el insigne boticario y religioso de Burgos fray Esteban de Villa en su buscado libro *Ramillete de plantas*. En la página 26 dice que la agua de ajenjos que se saca, aunque sea por alambique, no es tan eficaz como la de infusión y el vino. Habla de otras plantas y dice: “Me parece vano el destilarlas, y más acertado usar de sus cocimientos”. Habrá siete años que vi y leí un libro francés en octavo con el título *Chymique hydraulique*, [323v] cuyo asunto es sacar la sustancia y virtudes de los vegetables no por medio del fuego y alambiques, sino por medio de la agua común en unas tinajas que se muevan.

(§ 4132) No hablo, pues, de las infusiones ni de los cocimientos de los vegetables: esas manipulaciones mejor las hacen cocineros y cocineras que no los mancebos de botica. El hecho es que hay muchos que tienen horror innato a tomar por la boca agua, caldo o guisado de botica, y ninguno tiene aversión probar y gustar un pucherito, aunque sea olla podrida de cocinero. Tampoco hablo de las destilaciones por alquitara o alambique. No pocos tienen alambique en sus casas, y sacan o pueden sacar con él aguardiente u otro cualquier licor destilado mejor que un bozal mancebo idiota, sollastre del mal cocinado de galeno. Esas destilaciones las inventaron los árabes más para sus olores y perfumes que para preparar alimentos o medicamentos.

(§ 4133) Tuvo, pues, mucha razón aquel [324r] boticario papanatas, del cual dije que había respondido a un boticario docto que le persuadía que comprase buenos libros, que para su oficio de boticario tenía bastantes libros con Jerónimo de la Fuente y Molina *De oración*. No dejaría de conocer y discernir con esos dos libros todos los vegetables de España *omnium stirpium* —según Galeno, ya citado—saber sus nombres vulgares, su género, especie y variedades, y hacer crítica de las virtudes que se les atribuyen en los libros y recetarios. Apostaré que ese escotó no poco dinero para solicitar que las comunidades no tengan boticas, porque tendrán más libros que Jerónimo de la Fuente y Molina *De oración*.

(§ 4134) Hablo aquí precisamente del vino que, al exprimirse de la uva, salga ya medicinal para tal enfermedad determinada. Es observación constante que los vegetables que están muy vecinos comunican entre sí propiedades y virtudes, ya buenas, ya malas. La especie de *gramen* que Juan Scheuchzero [324v] describe en la página 89 es el que en los puertos de mar de Galicia llaman *lesta*, excelente para dar un oloroso gustillo al tabaco, “gramen pomum et melilotum redolens”<sup>284</sup>. Huele mucho al meliloto, y ese mismo olor comunica a las plantas vecinas: “Hunc etiam odorem plantis reliquis quas interiacet facile etiam comunicat”<sup>285</sup>.

(§ 4135) Esta planta *lesta* o no se conoce o es rara en Castilla. Traje de Galicia la planta con su semilla en sazón, y la entregué a don Joseph Quer, el cual la plantó en el Real Jardín Botánico, y prendió admirablemente. Sospecha el dicho Scheuchzero que el grato olor que despiden el heno seco viene de que había nacido en terreno que abundaba de *lesta*. El meliloto es planta muy olorosa y medicinal. ¿Y qué inverosimilitud hay en que si en un pago de viñas se siembra mucha *lesta* y meliloto, salga el vino con un gusto y olor especial, y que sea medicinal para la enfermedad para la cual es bueno [325r] el meliloto, y aun para echar unas goticas en un bote de tabaco? Muchos que tienen voto me dijeron que no habían olido

<sup>284</sup> Hierba que huele a fruta y meliloto.

<sup>285</sup> Comunica fácilmente este olor a las plantas vecinas entre las que se encuentra.

cosa tan grata. Lo mejor es que ese subido olor ni ofende la cabeza ni a las mujeres, pues en Santiago se esparce por las iglesias en las fiestas principales.

(§ 4136) Voy a una experiencia constante. Aunque el vino de Ribadavia y de Amandi son buenos, el vino más exquisito de Galicia es el que llaman *de Requián* y *de la Falcoeira*. Caminando de Trivis al Santuario de Las Ermitas se va costeando el famoso río Bibey (*Bilbilis*). Entre las revueltas y meandros de ese río se levantan unos altos montes de tierra colorada. En sus caídas —o mejor, precipicios— al río, y que miran al mediodía, están plantadas las viñas. En ese terreno hay dos sitios o lugares, uno Requián y otro Falcoeira, y el vino de esos dos sitios es el vino tan [325v] ponderado en Galicia.

(§ 4137) El nombre de *Requian* es suevo y *Falcoeira* latino. Rechila, rey de los suevos y padre del rey Reccario, se declina como otros *Rechilanus*, *Rechilani*. Ese nombre pasó a serlo de muchos particulares gallegos. Uno de esos tendría allí una casería o villa y se llamaría *Villa* o *Casale Rechilani*, y perdida la *l* entre dos vocales, a la gallega, resultó *Rechiani*, *Requian*. De esto procede que haya en Galicia muchos lugares con el nombre *de Requián*, y todos tienen el mismo origen y etimología.

(§ 4138) Del latín *Falx*, *alcis*, ‘la hoz’, se formaron muchos derivados, como *Falcatus*, etc. Y entre ellos, para mi asunto, *Falco*, *Falconis*. Esta voz significa, en general, ‘todo género de ave rapiña’, por tener las uñas corvas como hoz, y en particular significa el verdadero ‘falcón o halcón’. En los Fueros de Madrid se usa por *alguacil* la voz *azor*, aludiendo a que agarra [326r] y prende. En uno de los dos sitios elevados habría halcones, y por eso se llamaría *Falconaria*, y de ahí *Falcoeira*. No se extrañe que hacia allí haya halcones. En un manuscrito de cetrería de don Pedro López de Ayala leí que un conde de Monterrey había llevado halcones a las montañas de sus estados, y que habían probado bien, y del capítulo 7 de la *Cetrería* impresa del duque de Béjar, que en Viana del Bollo, por donde pasa el Bibey, había buenos halcones.

(§ 4139) Lo que hace al caso es que con ser el vino de *Requián* y de la *Falcoeira* tan excelente, todos dicen que “sabe a la estepa”, porque allí hay abundancia de este vegetable, que en latín llaman *cistos*, en Andalucía *jara* y en Galicia *esteba*. Esto prueba evidentemente que cuando el vino se exprime de las uvas, ya saca contraídas las virtudes buenas o malas de los vegetables que se crían entre las cepas. Ya veo que [326v] esto de criarse vegetables entre las cepas se tendrá por paradoja en Castilla, en donde no se deja crecer vegetable alguno en las viñas. ¿Qué importa si los gallegos de las costas marítimas se ríen de esa paradoja y de los que la creen?

(§ 4140) En las dichas costas, todas las viñas están emparradas. Si una viña no diese allí más que vino, sería un grande gabarro para el dueño. Una viña ha de dar allí y da frutales y arbustos, legumbres, hortaliza y todo género de pepinería. Y, sobre todo, es un prado continuo, que se siega a menudo. Y, no obstante, da más vino en igualdad de tierra que otro tanto viñado en Castilla. No será tan bueno como el de Castilla la Nueva, pero para ser mejor que el de Castilla la Vieja le sobra mucho de su calidad. Si en Castilla se hiela una viña, acabose del todo la viña grande. En Galicia se perderá el vino, pero no los cuatro o seis [327r] frutos restantes.

(§ 4141) Si los castellanos y gallegos tuviesen exacto conocimiento de los vegetables de sus países y de sus virtudes buenas o malas, arrancarían de las viñas las malignas plantas y las substituirían sembrando hierbas benéficas y saludables. Lechetreznas, ranúnculos, cicutas, eléboros, beleños, solanos, gamones, helechos, etc., todos son peste que podrán viciar el vino. No así otros muchos vegetables salutíferos que le podrán perficionar y aun hacerle medicinal. El *opulus*, el olmo y el fresno son los tres árboles que Columela supone como amigos de las viñas. El olmo y el fresno son conocidos, no tanto el ópulo. Era raro en



Roma y muy común en Galicia en los jardines. Es especie de saúco y se llama *saúco real*, *saúco fino*, *saúco palustre* y *flores de mayo*.

[327v] (§ 4142) El vegetable *cistus* o estepa, es obscuro, feo y melancólico. No le hay en los puertos de mar, pero infinito en donde hay montes con venas de hierro. No sé si el vino de Requián y Falcoeira, por saber a estepa, trae buenas o malas consecuencias. Eso se sabrá en el país, pues yo nunca le he bebido. Si son malas, se ha de extirpar de las viñas esa planta, y, si son buenas, se ha de plantar en ellas. En Galicia oí llamar a una especie de *cisto*, *carroucha das viñas*, porque se supone que la tierra que cría esa planta es buena para vino.

(§ 4143) La estepa o *cisto* produce tres mixtos famosos: el *hypocisto*, el *maná* y el láudano. El *hypocisto*, sobre las raíces, entra en la triaca. Lllaman en Galicia *póutegas* en donde hay infinitas por mayo, y así mismo en Sierra Morena, etc. No obstante, los boticarios le traen de fuera para extraer el dinero y vender el mixto [328r] bien caro. El segundo mixto es un pegajoso resudor de toda la planta en verano. A ese llaman *maná* y en Asturias *mangla*. Y así en Asturias como en Andalucía se purgan con ese *maná* de la jara o estepa. Pero no es el verdadero *maná* de Calabria, que resuda de la especie de fresno, orno, y que pinta Micheli.

(§ 4144) El tercer mixto que da la jara, estepa o *cisto* es el tan decantado láudano, del cual en España se pueden cargar flotas, y, no obstante, los boticarios le hacen venir de Creta, por no ser inferiores a los boticarios de Roma en la barbarie y avaricia —los cuales (como hemos visto con Galeno) no conocían los vegetables que nacían en los arrabales de Roma, y esos mismos hacían venir de Creta para venderlos como cosa extraña. Ese láudano es el resudor pegajoso y viscoso que resudan las hojas de la estepa, al cual se atribuyen diferentes [328v] virtudes. El modo antiguo de recogerle en Creta era echar a pacer cabras y cabrones al terreno que abundaba de estepas. A las barbas y lana de estos animales se pegaba el láudano y, cuando volvían a casa, los peinaban, recogían el láudano, y lo hacían pasta y lo vendían.

(§ 4145) Dioscórides dice que el mejor láudano era el de Chipre, y que también le recogen pasando por encima de las hojas del *cisto* unas como tomizas de junco (Laguna tradujo *cordeles*) a las cuales se pega el láudano. Después las raspan y hacen la pasta para vender. Monsieur Tournefort estuvo en Creta. En la Epístola 2 de su *Viaje al Levante* trata con extensión del vegetable *cisto*, del láudano, del instrumento que allí usan para recogerle, y le dibuja. Llámale *fouet* o *azote*, pues consta de muchas correas colgando de una vara atravesada en un astil, y con las cuales van azotando las hojas para que la grasilla [329r] se pegue a las correas que después raspan.

(§ 4146) Laguna, sobre el libro 1 de Dioscórides, capítulo 109 del *ládano*, *ledo*, *láudano*, en castellano *jara* y en portugués *esteba*, está a matar con que se use el láudano recogido de las cabras, porque parece una cosa sucia, fea, abominable, peinar la barba y lo demás al cabrón y porque, por más que se purifique ese láudano, “siempre hiede al cabruno”. Quiere que el láudano se saque “echando en agua muy hirviente la jara y sacando después la grasa, que, a manera de aceite, nada por encima del cocimiento”. Dice que el año de 1539 vio en Segovia que un boticario había sacado de este modo más de diez libras de láudano perfectísimo de la jara que hay en las sierras de Guadarrama.

(§ 4147) Tournefort trajo a París la planta y pegó bien, y también trajo el [329v] instrumento para recoger el láudano. Añade que el oque, peso de tres libras o de cincuenta onzas de láudano, se vende en donde se coge por un escudo o por doce reales poco más o menos. Vaya un cálculo. En el arancel de 1628 se tasa la libra médica, o doce onzas de láudano depurado, a ocho reales la libra. En Creta se venden cua-

renta y ocho onzas de láudano por doce reales. Luego doce reales en Creta equivalen a treinta y dos en las boticas. No sé a qué precio se vende hoy en las boticas la onza de láudano. Lo que sé es 32 con 8 es 400 por 100. Y si “chento por chento” es —como dicen— “moderata gananza”, ¿qué hay que admirar que los boticarios hagan excesivos caudales con sus ganancias inmoderadas?

(§ 4148) Pregunto: ¿y si en las sierras de Guadarrama se recogiese el láudano por cocimiento, como propuso Laguna, a cómo se debía vender en Madrid? [330r] La mayor parte del combustible que se gasta en la fábrica de tejas y ladrillos en los arrabales de Madrid, es estepa o jara, y más jara. ¿Cómo, pues, no se utiliza ese vegetable para el láudano y este se ha de traer de fuera? ¿No anda en manos de todos Dioscórides con Laguna? ¿Qué se necesita ser médico, cirujano ni boticario, para hacer un cocimiento de la estepa o jara, y sacar el láudano perfectísimo?

(§ 4149) Por lo mismo que no se necesita, han amañado los de aquella triforme facultad que no se sepa, que no se recete ni se use ese láudano español, pues de ese modo saldrá fuera más dinero y serán más locas las ganancias. Este ejemplo aplíquese a otros infinitos mixtos de que abunda España y que se traen de fuera, como, para el caso, el *hypocisto*, y cualquiera se convencerá que los mayores enemigos [330v] que tienen el conocimiento, cultivo, uso y utilidades de los vegetables de España y el adelantamiento de la medicina española, son médicos, cirujanos y boticarios. ¡Qué traza de escoger de esos el que ha de enseñar la Botánica española a la juventud curiosa!

(§ 4150) Debo advertir que Tournefort usa de dos nombres para discernir dos géneros de *cistos*. El uno es *cistus*, del cual pone 21 especies y todas son especies de jara, estepa (y en gallego, *estebo* y *estebe* para macho y hembra). Y porque da el láudano, se llama *Cistus ladanifera*. Pero el *hypocisto* no nace de sus raíces, que yo sepa, sino de otra planta muy humilde que es el *cisto* o *chamaecistus*, esto es, humilde y casi-rastrero *cisto*. Tournefort le llama *heli-anthemo*, esto es, *solis flos*, y pone 51 especies. Los gallegos a este *helianthemo* o *cisto* pequeño, que en sus raíces da el *hypocisto* [331r] o *póutegas*, llaman *carpaza* y *carpazo*, también *chaguazo*. Esta advertencia es precisa para no confundir la estepa con la *carpaza*.

(§ 4151) Me he detenido en el láudano y *hypocisto* porque hacen papel en la medicina y porque los vinos de Requian y de la Falcoeira saben a la estepa o jara del láudano, a causa de que ese vegetable es frecuente entre las viñas. Si el vino es tan excelente por causa del láudano, muchos vinos se podrán adobar en Galicia antes que se expriman de las uvas. Pero a la verdad, tierra de estepas no es tierra de viñas. Eso no quita el que se pueda tener vino vegetable medicinal para esta o la otra enfermedad en virtud de vegetables apropiados.

(§ 4152) Dije que el agua que corriere por raíces del malvavisco y de espárragos será agua nefrítica o contra todo mal de piedra. El autor que no cité hablando [331v] de las aguas de Baena es Julián Gutiérrez de Toledo, médico de los Reyes Católicos, que escribió un tomo en folio *Cura de la piedra y dolor de la hijada y cólica y renal*. Son 38 pliegos, y sería muy útil que se reimprimiesen. Pone infinitos remedios, pero no se acuerda del abedul. El árbol que en latín se llama *Betula* se llama en castellano *abedul*, en gallego *bidueiro*, y en francés, *bouleau*. Ese precioso árbol se llama en Van Helmont —y después acá en todos— el palo nefrítico de Europa, y con mejores y visibles efectos que el palo nefrítico que se trae de la América para venderle caro porque es ultramarino.

(§ 4153) Por ser el malvavisco y el abedul tan específicos contra el mal de piedra o anti-nefríticos, será del caso que en el camino que trae el agua hasta la fuente y en el que lleva desde allí abajo se planten a trechos entre los malvaviscos [332r] algunos abedules para tener una agua vegetable medicinal anti-nefrí-

tica. Es constante que el arbusto taray es esplenético o contra las enfermedades del bazo, y por lo mismo, la agua que pasa por las raíces del taray es anti-esplenética, como se ve en la ligereza de los tojos del río Jarama, cuyas orillas abundan de mucho taray. Al modo de la agua anti-nefrítica, se podrá tener también un vino anti-nefrítico natural, que usen a pasto los que padecen mal de piedra.

(§ 4154) El modo de lograr ese vino medicinal será plantar a trechos entre las cepas algunos abedules que no se les deje echar copa, podándolos y haciéndolos enanos. En las caídas de Asturias para el Bierzo se hacen pipotes para conservar el vino de tablas o *doelas* de abedul, y oí a uno muy inteligente que esos pipotes son mejores que los de cerezo. Y yo le dije que aquel vino conservado en pipote de abedul sería excelente contra el mal de piedra, al modo que [332v] la agua o vino que de continuo se bebe por copa de taray es cosa especial contra las enfermedades del bazo.

(§ 4155) En el *Colegio curioso de Alemania*, decuria segunda, año sexto, observación 170, refiere Gabriel Claudero un fenómeno que prueba la singular amistad (o llámese *sympathia*) que hay entre la cepa y el abedul. A una cepa nuevecita se le arrimó una estaca seca de abedul por marzo. A pocos meses, un sarmiento de la cepa taladró por medio de la estaca de abedul seca, y salido de la otra parte produjo hojas de parra; pero, al fin, no duró mucho. Sería bueno observar si, arrimando bien a un abedul nuevecito que aún no levante una vara, una estaquilla de un sarmiento seco le taladra alguna ramita del abedul. De ese modo, se formará alguna idea de los poros y del jugo nutricio de la cepa y del abedul.

(§ 4156) No hay misterio en que una estaca, aunque seca, si se planta en terreno húmedo, produzca hojas de su especie. Pero hay alguno en que del corazón de la estaca salga una [333r] rama de vegetable diverso. El hecho es que cuando lloran o lacriman las viñas, también lloran los abedules. Este licor es potable y salutífero para la piedra, y si en él se empapa el cuajo de la leche para los quesos, estos —según Ray— jamás criarán gusanos. Nada se perderá tampoco en que en una viñita separada se planten los 43 géneros de vegetables homogéneos de toda la clase cuarta de Tournefort y los mismos que propuse para el jardin-cito de las abejas y para una miel medicinal. Si solo se dejan criar y crecer en la viña esos 43 géneros todos salutíferos ¿quién duda que saldrá muy medicinal el vino en general?

(§ 4157) Muy rudo o perezoso ha de ser el rico que vive en casa de campo si a vista de lo que aquí he apuntado de la agua, leche, miel y vino medicinales, no piense hacer por sí mismo otras infinitas observaciones y combinaciones semejantes. Dirá que no sabe las virtudes de los vegetables específicas *vel quasi* para tal y tal enfermedad. Pregunte [333v] a médicos, cirujanos y boticarios por dónde las saben ellos. Pocos dirán que por los libros, y los más por los recetarios que se heredan y cuyos significados o no entienden o jamás han visto.

(§ 4158) Pregúnteles más, si tienen privilegio exclusivo para que los que no son de su farándula, si son ricos y racionales, no puedan comprar libros, ni leerlos, ni entenderlos, ni valerse de su doctrina como —y acaso mejor— que ellos mismos. Hay peste de recetarios impresos y esa ocasiona otra peste de malos médicos. No hace mucho que una gravísima y numerosa comunidad escribió a un médico distante para que escogiese y le remitiese un buen médico. Remitíole un chocolatero pero cargado de recetas para que con ellas curase a Dios te la depare y san Antón te la bendiga.

(§ 4159) Nicolás Myrepsio, griego bárbaro de la Media Edad, es el príncipe de los boticarios, de las recetas y de los almodrotes. Pone 2667 recetas de esos guisados. Hace [334r] doscientos años que Leonardo Fuchsio, insigne botanista y médico, sacó, y con notas, la obra del dicho Myrepsio. Su prólogo, traducido en castellano, se debía leer al ofertorio, pues en él descubre toda la ignorante hilaza y su origen en

cuanto a los simples, que es mi asunto. Habla de los médicos, que “eo stupiditatis plurimi illorum perveniunt, ut hanc rem ad se non pertinere existiment”<sup>286</sup>, creyendo que pueden descansar sobre los indoctísimos boticarios y estos en los mercaderes, *omnino avarissimos*<sup>287</sup>, y en las viejas supersticiosas. Pronostica la ruina por estar el conocimiento de los simples “in mercatorum, muliercularum, et imperitorum seplasiourum manibus”<sup>288</sup>.

(§ 4160) Toda la desidia de los españoles en estudiar la Historia natural y Botánica española les vino del Levante, y de haber admitido por médicos a los judíos, excluyendo a los eclesiásticos. Esos judíos, como libres, públicos y publicanos, eran comerciantes [334v] droguistas, médicos y boticarios. Y en todo, *omnino avarissimi*<sup>289</sup>. Iban por sí o por tercera persona al Levante, y de allí traían los simples, agáricos, *turbithes*, escamoneas, etc., que hoy componen las venenosas zupias de las boticas —como ya dije con Stencelio— para venderlos al antojo de su avaricia, teniendo estancado ese comercio usurario que los cristianos tanto aborrecían.

(§ 4161) No se componía bien con esa malvada y pérfida conducta el que los españoles cristianos fuesen historiadores naturales y botánicos, que conociesen los simples de España y que se curase con ellos. De este modo, así judíos como cristianos dejaron perder el conocimiento de los simples españoles, y hoy se conserva esa profunda ignorancia en el mismo grado de ignorancia que entonces. Exceptúo tales cuales curiosos y los aldeanos, que conservan su antigua medicina casera, sin necesitar de ningún simple levantisco.

(§ 4162) Al fin llegó el año de 1492, en el cual por el mes de mayo expidieron los Reyes Católicos su real decreto para que [335r] todos los judíos saliesen de España dentro de cuatro meses, en cuyo tiempo pudiesen vender sus bienes o llevarlos consigo. Ya en tiempo del rey godo Sisebuto, por los años de 616, se habían expelido también de toda España a todos los judíos. En esta expulsión obligaron a muchos judíos a que se bautizasen y gran número de judíos se bautizó —dice Mariana— algunos de corazón, los más fingidamente y por acomodarse al tiempo. En la expulsión del tiempo de los Reyes Católicos a ningún judío se le obligó a que se bautizase y se hiciese cristiano.

(§ 4163) Pero —dice el mismo Mariana— “muchos de ellos, por no privarse de su patria y por no vender en aquella ocasión sus bienes a menos precio, se bautizaron. Algunos con llaneza, otros por acomodarse con el tiempo y valerse de la máscara de la religión cristiana, los cuales, en breve, descubrieron lo que eran y volvieron a sus mañas, como gente compuesta de falsedad y de engaño”. Yo no dijera que “volvieron a sus mañas”, sino que nunca las dejaron, verificándose en esos pérfidos el [335v] dicho *quien malas mañas ha*, etc. Lo que yo quisiera saber es si esos cristianos fingidos continuaron en sus oficios o a qué oficios se aplicaron. Supongo que no se aplicaron a oficio penoso y de trabajo que haga sudar.

(§ 4164) Lo que se debe creer es que más daño hicieron a España esos fingidos cristianos y tenaces judíos ocultos que sus antepasados cuando eran judíos públicos. Los que han leído la *Biblioteca hebrea* de Juan Cristóforo Wolfio concordarán en esto. A pocos años después, fue preciso que el señor Siliceo pusiese el estatuto en Toledo, y que le hay en otras iglesias, y el cual tuvo tantas contradicciones. El año de 1553 se imprimió en París un grueso volumen latino en cuarto cuyo título es *Apología*, el autor fray Henrique Mauroy, y el asunto impugnar el estatuto del señor Siliceo. Hace más de 200 años hasta hoy que ese

<sup>286</sup> Muchos de ellos llegan a tal grado de estulticia, que creen que a ellos no les atañe este asunto.

<sup>287</sup> Absolutamente avaros.

<sup>288</sup> En manos de mercaderes, mujerzuelas e ignorantes...

<sup>289</sup> Absolutamente avaros.

estatuto se conserva *in viridi observantia*<sup>290</sup>, prueba de que la dicha *Apología* por los neófitos circuncidados y que hacían de cristianos solo paró en papel mojado.

[336r] (§ 4165) Ahora entiendo mejor la penúltima epístola de Hernando de Pulgar al Gran Cardenal Mendoza. No pone fecha, pero habiendo muerto el Cardenal por el enero de 1495, se conoce que se escribió antes. Supone al Cardenal sabidor de aquel nuevo estatuto hecho en Guipúzcoa en que ordenaron que no fuésemos allá a casar, ni morar, etc. Ridiculiza con gracia y hace escarnio de semejante estatuto, hecho sin licencia de los Reyes. Compara ese estatuto, para ridiculizarle más, a la ordenanza que hicieron los pedreros de Toledo de no amostar en oficio a confeso ninguno. Esos confesos eran los judíos recién convertidos, o en burlas o en veras. Esa ordenanza la debían haber hecho entonces los gremios en que se gana mucho y se trabaja poco (y no es de esos el oficio de pedrero).

(§ 4166) Estoy aturdido de que sabiendo los reyes aquel estatuto no mandasen, por el talión, que se estableciese en todas las provincias a donde no pudiesen ir a casarse [336v] y a morar los guipuzcoanos, y no se vería que los de un rincón de España que se comen todo lo suyo se vengan a las demás provincias a agarrar con los más pingües empleos eclesiásticos y seculares, con casi todo el comercio y con chupar todo el dinero para hacer con él la guerra y tiranizar a las demás provincias que cargan con todo el peso de la Corona.

(§ 4167) Si la fecha del dicho insolente estatuto fuese después de la expulsión de los judíos se diría que se hizo porque allá no fuesen los neófitos judíos, y la ordenanza de los pedreros porque no se viciasen las familias, y el Estatuto de la Iglesia de Toledo por conservar en ella el viejo y rancio cristianismo. El año de 1547 se puso ese Estatuto, y entonces aún vivían muchos circuncidados que se habían vuelto cristianos de burlas, y a título de esa máscara querían meter el hocico en las rentas pingües eclesiásticas para tiranizar la bolsa, la vida y el alma de los verdaderos cristianos. Pisa, en la *Historia de Toledo*, libro IV, capítulo 36, pone toda la [337r] historia del Santo Niño de la Guardia, al cual crucificaron los judíos el año 1490, dos años antes que se expeliesen de España. Acaso prevenían la expulsión y se querían vengar con atrocidades.

(§ 4168) De los judíos que concurrieron a la muerte del Niño de la Guardia hubo uno que prometió preparar un hechizo con el corazón de un niño y con una hostia consagrada para envenenar las aguas, y en especial a los inquisidores, por el mucho daño que les podía suceder de entablado el Santo Tribunal —añade Pisa. El fin era que los inquisidores y otros cristianos quedasen rabiando y prevaleciese la ley de Moisés. A esto han aspirado siempre y aspiran hoy los judíos, ya públicos, ya encubiertos con la máscara de la religión cristiana. A evitar estas solapadas maldades atendió el cardenal don Juan Silíceo, arzobispo de Toledo, para establecer el estatuto que había comenzado su antecesor el cardenal Tabera.

[337v] (§ 4169) El estatuto se reduce a que no haya en la Iglesia de Toledo ningún descendiente de judíos, moros o herejes o pueda obtener allí oficio eclesiástico alguno —según Pisa, libro IV, capítulo 22. Hácese cargo el doctor Pisa de la prolija *Apología* de Mauroy (aunque no le nombra) de quien se tuvo sospecha que era español y aun desta ciudad de Toledo. Es cierto que siempre me pareció autor pseudónimo, alquilado, bien pagado y acaso *eiusdem furfuris*<sup>291</sup>. Ojalá que con el rigor con que aún hoy se conserva y observa el Estatuto en Toledo, se entablase el mismo y se observase para dar otros empleos, así

<sup>290</sup> En observancia plena.

<sup>291</sup> De esta guisa.



eclesiásticos como seculares, a sujetos de quienes han de depender los verdaderos cristianos. Asunto es este de mucha consideración, y porque eso no es el asunto mío, vuelvo a la botánica española.

(§ 4170) Ha sido muy del caso manifestar de raíz el origen de la continuada ignorancia y barbarie de España, por tantos siglos, en orden a la historia natural y botánica de [338r] nuestra Península. Dicen hoy algunos médicos cordatos que no recetan mixtos españoles, aunque los conozcan, porque los boticarios ni los tienen, ni los conocen, ni les está a cuento ni a cuenta de su avarienta ganancia el tenerlos y venderlos. Dicen los boticarios que no piensan en tener semejantes simples del país ni en conocerlos, porque los médicos no los recetan, y no los recetan porque tampoco los conocen ni jamás han tenido ese estudio. Este es el entremés del pastelero. El muchacho que había hurtado los pasteles juraba que no los tenía y el que los tenía juraba que no los había hurtado.

(§ 4171) El médico jurará que no receta porque el boticario no tiene tal mixto y jurará el boticario que no lo tiene porque nunca el médico le receta. Mientras, corra la necedad y la colusión de que el boticario tenga y el médico recete aquellos [338v] mixtos o simples que Dios ha criado en países distantes a mil y a dos mil leguas de España, cuando más para medicinas de los naturales respectivos y nunca para medicinas de los españoles. Esto se palpa en la pepita de san Ignacio, que se cree ser medicina para los filipinos y se experimenta que en España y en la Europa es veneno. De este calibre son muchos mixtos extraños, como ya dije con Stencelio. ¿Y cómo conocerán y entenderán esos mixtos los que ni conocen ni entienden los mixtos que diariamente ven y pisan en su país?

(§ 4172) Dirá alguno: ¿y cómo se han de remediar estos bárbaros abusos? Los pasados ya no tienen remedio, para los futuros no hay otro remedio sino la voluntad del Rey. Mande suprimir cátedras de fruslerías y de inutilidades y que se les sustituya, con el mismo estipendio, cátedras de Física experimental, de Historia [339r] natural y Botánica, como las tienen las naciones cultas —sobre las cuales fundan la felicidad de su agricultura, población, fábricas, manufacturas y comercio— y presto se verá que España podrá disputar con esas naciones *de felicitate*<sup>292</sup>.

(§ 4173) Mande su majestad que, establecidas las dichas cátedras, se introduzca la medicina española y las boticas de solos mixtos nacidos en España. Esto es, que en los lugares en donde hay médico o médicos asalariados por el público, haya botica o boticas en donde, debajo de graves penas, ni se prepare ni se manipule simple alguno que, o natural o ya avecindado, no haya nacido en España. Y que los médicos asalariados no puedan, debajo de la pena de perder el oficio, recetar sino alguno o algunos de esos simples españoles. En ese caso se acabó el entremés del pastelero, pues el médico recetará lo que [339v] debe tener el boticario y el boticario tendrá lo que debe recetar el médico. A eso se seguirá que médicos, cirujanos y boticarios estudien indispensablemente los simples de España para curar, y no nos apeararán con simples exóticos.

(§ 4174) Dije “no nos apeararán” y no me retracto. La langosta camina de poniente a oriente, al contrario de la peste, que siempre viene del oriente al poniente. Del Levante vino la peste del tiempo de Hipócrates y la del tiempo de Galeno. La terrible peste del año 1348 entró en España en unos fardos que entraron por Almería. La peste de Marsella del año de 1720 también vino del Levante en unos fardos. ¿Y cuántas pestes habrán entrado en España en los medicamentos que se traen del Levante? En esto no se ha pensado, como ni en que muchos de ellos vendrán ya podridos o secos, o sin virtud, [340r] y que vienen

<sup>292</sup> Acerca de la felicidad.

al pudridero de las boticas. Porque esos simples se compraron caros no es conveniencia rehacerse de otros cada día, y así han de esperar diez o doce años para venderse mucho más caros.

(§ 4175) Nada de lo dicho podrá suceder a los simples de la tierra. Nunca se podrán comprar muy caros, ni muy añejos, ni podridos, ni apestados. El corto o ningún precio de ellos, si el boticario los coge por sí mismo, facilitará el tenerlos siempre frescos y que nunca pasen de un año. No ha de haber detenidas aguas compuestas, pues a poco se corrompen y son malignas si se toman por la boca. Esto mismo sucede a las bebidas compuestas de botillerías. Lo principal consistirá en que si el médico y el boticario saben la botánica e historia natural que deben saber, ni se engañarán entre sí ni el uno al otro, ni a los dos, mercaderes y droguistas, idiotas o malignos, ni viejas y rústicos ignorantísimos, [340v] como ya dije con Leonardo Fuchsio.

(§ 4176) No dudo que en España hay no pocos aficionados a la botánica, ya extranjeros, ya patriotas, ya médicos, cirujanos, albéitares, boticarios, herbolarios, barberos, sangradores, ya curanderos, ya químicos tunantes impostores y charlatanes que componen la familia hipocrática, ya otros que no necesitan de esas facultades *de pane lucrando* para comer, ser racionales, tener algunos libros y salir al campo a divertirse entre los vegetales. Todos esos sirven de poco o nada para el adelantamiento de la historia natural, agricultura y botánica, que son los tres elementos del verdadero comercio que España no tiene. Todos los dichos saben lo que saben para sí, no para utilidad del público.

(§ 4177) Parécense a los mercaderes y comerciantes millonistas y a los mesteros que tienen infinito ganado, los [341r] cuales, tan lejos de ser útiles al público, son la mayor corma que el público tiene y que no le deja adelantar un paso en la felicidad de un Estado que tanto la necesita. Procede de que así estos como los dichos no piensan comunicar lo que saben a la multitud, quieren poseerlo estancado y como sacramento para sí solos. Creen que es alguna álgebra abstracta o geometría sublime, que solo se enseña y se estudia en un gabinete. Ya dije cuán errónea es esta creencia, y que la historia natural y botánica es facultad ingénita a todo el género humano y a cualquiera individuo.

(§ 4178) No caminando sobre este pie fijo para establecer *a fundamentis* en España el estudio y afición a una botánica que sea útil para todos, lo demás será estancarla en la familia hipocrática —no para que esta la estudie, pues tiempo ha tenido para haberlo hecho en tantos siglos, sino [341v] para que a ella no se dedique la multitud y se descubra la hilaza pretérita, presente y futura. De ese modo, prosiguiendo la barbarie en los pueblos, los podrán tiranizar a su salvo y limpiarles la bolsa y la vida con extraños medicamentos que no entienden ni se crían en España. Y si huyen de aplicar simples españoles, ¿a qué fin han de estudiar esa materia?

\* \* \*

#### USO DE LA LENGUA VULGAR EN BOTÁNICA

(§ 4179) Las lastimosas quejas de una familia que haya tenido uno o dos enfermos son que ha quedado arruinada y pobre con los excesivos gastos de médicos y de botica. No habría esas quejas si en España se estableciese una pura medicina española y boticas de simples españoles solamente, y que sus médicos respectivos recetasen siempre en castellano para que todos, todos, entendiesen las recetas y conociesen los simples. Los chinos y todas las naciones recetan en su lengua vulgar. ¿Quién inventó, pues, la barbarie de [342r] recetar en latín? La misma barbarie y la ignorancia de no saber la lengua vulgar castellana que juega en la botánica y en la historia natural.

(§ 4180) Hemos llegado a la circunstancia más climatérica que debe tener el que ha de ser maestro de Botánica en el Real Jardín y los que han de tener el mismo empleo en los jardines públicos de las provincias para enseñar a la juventud y a todos la Botánica en lengua vulgar, antes de inculcarles voces latinas. ¿No sería una necedad de marca mayor que el que había de enseñar la agricultura, el arte pastoril, el arte de pescar y de cazar, el oficio de platero, cerrajero, carpintero, zapatero, sastre, etc., usase de voces latinas habiendo voces vulgares? Es necedad semejante a la que hay en Galicia de enseñar a los muchachos el latín, que no saben, por medio de otra lengua, que tampoco saben, cual es la [342v] castellana, como si el latín no se pudiese enseñar en lengua gallega.

(§ 4181) El muchacho portugués, francés, italiano, inglés, alemán, etc., estudia el latín mediante su sola lengua vulgar, y lo mismo el castellano. Pero el pobre muchacho gallego no ha de hacer caso de su lengua nativa y vulgar, pena de repetidas palmetas, y ha de coger de memoria dos voces de dos lenguas diversas, cuyo significado no entiende ni el maestro se lo sabrá explicar —y, a veces, ni el maestro lo sabe tampoco. Toma, verbigracia, de memoria, como un papagayo *quercus*, *us*, ‘la encina’. Tan ignota es para él la voz *encina* como la voz *quercus*. Y sobre todo cogerá de memoria un desatino. La encina es *Ilex*, *icis*, no *quercus*. Esta voz significa ‘el roble’ y ‘el carballo’, tan trivial en Galicia.

(§ 4182) Cuando los gallegos escribían su lengua estudiaban la latina mediante la lengua vulgar que hablaban, y la [343r] aprenderían con más facilidad y menos tiempo por la mayor conexión del dialecto gallego con su matriz el latino. El gallego que supiere qué voces latinas corresponden a sus voces gallegas no necesita del castellano para saber latín. Y he notado que los gallegos que hablan y escriben mejor en castellano jamás han visto a Nebrija ni se aporrearón la memoria con gerundios y supinos.

(§ 4183) Lo mismo que con el latín en Galicia, por no enseñarse en el vulgar gallego que sabe y habla la juventud, sucede con la botánica en Castilla por no enseñarse en la lengua vulgar. Los botanistas modernos casi abandonaron la nomenclatura de los antiguos y han fingido otra híbrida, bárbara, tosca y que a ningún idioma pertenece. Gracias a Dios que nada de eso se fingió en España. Así se podrá fundamentar una nomenclatura [343v] universal de los vegetales españoles, para que no aterre el tedio que causa aquella bárbara nomenclatura. No me opongo a que esa la sepan y estudien los maestros, pero no para usar de ella en la enseñanza de la multitud. A esta se la ha de enseñar pan por pan, vino por vino. La *flor de la pasión*, *pasionaria* y *granadilla* son tres voces vulgares de una flor muy conocida y la voz de nueva fábrica, *pasi-flora*, ninguno la entenderá.

(§ 4184) Los botanistas huyen del idioma vulgar porque no los entiendan todos sus paisanos y se refugian a su jerga, como los gitanos. Al contrario, quiero yo que los futuros botanistas españoles huyan de aquella jerga y jerigonza de gitanos y se aferren en su lengua vulgar siempre que en ella se halle voz propia para algún mixto o vegetal español visible. Y si hubiese muchos nombres, escójase el [344r] más común y trivial. Hablo en general de la lengua castellana, pero si no se descubriere nombre en ella y se hallare en alguna de sus provincias, se debe preferir ese nombre a otro cualquiera extraño.

(§ 4185) Dirán que no será fácil hallar un maestro de Botánica española que sepa el idioma vulgar de España y de sus provincias perteneciente a los vegetales. Confieso que habrá pocos o ninguno que sepa aquel vulgar idioma. Pero también aseguro que dentro de poco tiempo habrá muchos que le sepan, si se entabla el estudio de la botánica. Supongo que el dicho botánico maestro ya tiene las seis circunstancias que ya propuse y que ya conoce de raíz casi todos los vegetales de España y que tiene presentes todos sus nombres, que se hallan esparcidos en [344v] todos los autores antiguos y modernos escritos en latín.

(§ 4186) También supongo que ese mismo botanista palpará mil contradicciones en los libros y que necesitará mucho estudio, meditación y crítica para desembarazarse de ellas. Estoy firme en que el modo de lograrlo será recurriendo al idioma vulgar que se habla en toda España. Distingo los nombres vulgares verdaderos de los nombres de los libros vulgarizados en bocas de los que son de la familia hipocrática. De estos segundos no se debe hacer mucho caso, pues, como ninguno pensó seriamente en estudiar la lengua vulgar botánica, usaron de los nombres de los libros y los vulgarizaron en corrillos, recetas y escritos, y se pegaron al vulgo sin ser nombres vulgares.

(§ 4187) No será pequeño estudio el discernir bien estos dos géneros de voces vulgares españolas, así en Castilla como [345r] en las provincias. A esas voces espurias, estropeadas del latín y que ya ni son latinas ni castellanas, llamo yo vulgarizadas y mal aplicadas o mal entendidas. Así, cuando yo estuve en Galicia a divertirme y me divertí en manosear y recoger vegetales y en apuntar sus nombres vulgares verdaderamente tales, hice estudio particular de no preguntar cosa alguna a los de la familia hipocrática, pues me hubiera llenado esta cabeza de necedades garrafales. A uno que se preciaba de esculapio hice se le presentase una planta y que dijese el nombre, y respondió que se llamaba *bryonia*, y era la reseda, que se parece a la *bryonia* como una albahaca a una cepa de viña.

(§ 4188) Después supe, preguntando, que en alguna parte se llama *herba das nacidas*, y es la reseda de Plinio, que se halla en los autores. Para asegurar, pues, el acierto, solo preguntaba a viejos y [345v] viejas, a rústicos y rústicas, y a niños y niñas de las aldeas más retiradas a donde no llegan los hipocráticos y en donde se conservan las verdaderas voces vulgares por una constante e inmemorial tradición. Lo mismo hubiera hecho si se me hubiese proporcionado ocasión tan oportuna de andar despacio por Castilla y por otras provincias de España, y recoger todos los nombres vulgares que no se hallan en los libros.

(§ 4189) Habiendo dominado tantos siglos en España los romanos y con especialidad en Galicia, se debe creer que los nombres verdaderamente vulgares de los mixtos de la historia natural y de los vegetales de España son, por la mayor parte, derivados de los nombres latinos que en España usaron los romanos. Por lo mismo, cualquiera de esas voces de un dialecto provincial tiene tanto derecho a que se mire como voz española cuanto podrá tener una voz de Burgos, Valladolid y de lo que llaman [346r] Castilla la Vieja, y mucho más en Toledo o Castilla la Nueva. Antiguamente se consultaba el lenguaje de Toledo cuando había duda, más porque era corte que por otra cosa.

(§ 4190) Tengo por error consultar cortes para fijar lo puro y castizo de una lengua, pues cada corte es una Babilonia que no tiene lengua fija ni acento singular, ni trajes constantes, ni costumbres arregladas, ni frases duraderas, como de todo he visto en Madrid y cada día se va viendo más. Dentro de las dos Castillas se ven muchos subdialectos en voces, frases, pronunciación y acento. Pregunto: ¿y cuál es el castizo y puro idioma castellano? ¿Y cuál es su acento? Tan cierto es que los que quieren preferir el idioma castellano confunden el idioma de los libros con el idioma de la viva voz. El idioma de los libros ninguno le habla naturalmente ni tampoco le entienden los puros castellanos [346v] vulgares que no saben leer, ni escribir, ni han salido de su país.

(§ 4191) El leer y escribir una lengua es puro accidente de ella. En la América hubo muchas lenguas sin que hubiese escritura. La lengua castellana de los libros es híbrida y espuria respecto de la lengua castellana que se usa de viva voz entre los aldeanos. Los que escriben en castellano, o copiaron de otros o introdujeron voces que nunca han sido castellanas, y muchas de todo género de naciones, de modo que, con los libros y escritura se formó un idioma facultativo que ningún castellano rústico entenderá. Y si no, escójase un escrito en castellano de la moda, léase entre media docena de capas pardas, y a todos parecerá arábigo.

(§ 4192) ¿Qué castellano, pues, es aquel idioma que los mismos castellanos no le entienden? De eso ha resultado que el idioma facultativo castellanizado de los [347r] libros cada día se aumente más, y que las voces nativas castellanas cada día vayan a menos en los libros. ¿Y esto por qué? Porque los que han escrito libros en castellano no han pensado en fecundarse de voces castellanas nativas y que aún hoy se usan de viva voz, y solo procuraron acomodarse al más reciente idioma facultativo de los libros y, si son traducciones, mocosonando las voces extranjeras porque ignoran las propias y nativas.

(§ 4193) He deseado muchas veces que en un lugar de aldea, el más castellanísimo que se quiera, se escojan seis u ocho repúblicas de capa parda y de cuatro orejas y de buena razón, que sepan leer y escribir pero que jamás hayan leído libro alguno más que el catecismo, ni que sean escribanos ni entes de pluma. Quisiera que cada uno de esos tomase por asunto escribir uno o dos cuadernos en [347v] castellano sobre cualquiera asunto que gustasen y pudiesen hablar de él con gusto y extensión. Paréceme sería asunto útil el que escribiesen de su agricultura, ganado, caza, mezclando refranes y frases triviales y nombrando sus frutos, frutas y vegetales que conocen y de los ajuares de su casa.

(§ 4194) Bien seguro es que las voces de esos cuadernos, que serán purísimas castellanas, pasarán por bárbaras en los ojos de los que barbarizan el castellano en sus escritos con voces que nunca han sido castellanas. Esto es hablando de las voces castellanas en general. Pero mi asunto solo se ciñe a las voces castellanas que signifiquen algún mixto o cosa visible de las infinitas que Dios ha criado en España. De esas voces están muy escasos los libros escritos en castellano, porque los escritores no sabían historia natural ni botánica española y si alguna vez se les ofrece hablar en ese asunto o dicen lastimosos desaciertos o se valen de voces [348r] totalmente forasteras cuyo genuino significado ignoran.

(§ 4195) Gerónimo de Huerta era castellano y de Escalona. Era insigne médico del Rey, muy docto y que tenía muchos libros. El año de 1629 imprimió dos tomos en folio, traducción en castellano de toda la obra de Plinio. No tenemos cosa mejor, pero todo es poco para mi asunto, que mira a las voces españolas ya en común, ya de las provincias. Huerta usó de las mismas voces de Plinio, sin darles el equivalente en el castellano. Mucho se adelantaría si tuviésemos una exacta traducción de Plinio con los justos equivalentes castellanos. Pero Huerta no tenía noticia de las voces castellanas, que le hubieran servido de mucho. Y mientras no se averigüe esto, siempre viviremos en una obscura ignorancia.

(§ 4196) Es inconcuso que las voces más primitivas y originales de cualquiera lengua son las que significan cosas naturales y visibles de las que Dios ha criado en cada [348v] país. Cuando se ha de comparar una lengua con otra y se ha de averiguar la conexión o inconexión de las dos, solo se ha de atender a las voces de cosas naturales que las dos lenguas tienen de inmemorial antigüedad. En el caso presente, porque ya se supone la antigua conexión del castellano y del dialecto de cualquiera provincia de España (fuera del idioma vizcaíno) con la lengua latina, se ha de suponer que las voces latinas de cosas naturales se conservarán en España, o en el castellano o en algún dialecto.

(§ 4197) Explicareme con un ejemplo. Plinio (libro XI, capítulo 14) habla de la *miel anthina*, (*Mel anthinum*). Vino Huerta y tradujo en castellano (a lo mocosueno, mocosuenas) *mel anthino*. El significado es obvio, de *anthos*, 'flor'. Ni Huerta supo ni acaso alguno lo sabrá que esa es voz purísima castellana vulgar y que aunque en ella no se conserve hoy, se conserva hoy en toda Galicia, en donde el panal de miel se llama *entena*. Véase [349r] aquí una voz antiquísima que si el castellano la tuvo y la perdió se debe introducir en la botánica española, distinguiendo el panal de la primavera, que es el *anthino*, del panal de miel del otoño.



(§ 4198) Bien conozco que la voz *anthino* no es de las perdidas en el latín ni tampoco en el español, pues se conserva hoy en el dialecto gallego. Pondré un ejemplo de una voz perdida en el latín y conservada en el gallego vulgar. Vi en Valdeorras una hermosa planta a la cual llamaron muchos *cóscara* y *cóscora*. Sábese que la *x* se deshace en el castellano en *sc*. Restitúyase, pues, el *sc* de *cóscara* a su origen *x*, y resultará *cóxara* y *coxaria*, por ser buena para la *coxa* y *sciatica*. En el latín no se halla *coxaria* por hierba, pero se halla *morbi coxaris*.

(§ 4199) Al caso. En el latín hubo la voz *coxaria*. Perdióse. Pero se conserva en Galicia en la voz *cóscara* o *cóscora*, que [349v] significa ‘una planta buena para la enfermedad *coxaria*’. Un pliego escribí sobre esa hermosa planta *cóscara*. Es especie del *Umbilicus veneris*. Tournefort le llama *Geum*, y mal, porque el *Geum* ya estaba aplicado antiguamente a otra planta, y Linneo le aplica a la *Caryophyllata*, y llama a la *cóscara*, *saxifraga*. Sé otros muchos nombres gallegos de la *cóscora* y no sé ninguno castellano, ni sé si la hay en Castilla, aunque en Galicia no es rara.

(§ 4200) Véase aquí como por la voz *cóscara* gallega se restituye la voz *coxaria*, latina. Con la misma, se aumentará la lengua castellana en el número de voces proprísimas de la botánica. Lo primero servirá mucho para las etimologías. Pero ese estudio de averiguar las voces latinas que se han perdido por medio de las voces vulgares que se conservan en los dialectos del latín y en especial en los dialectos provinciales españoles, y con más especialidad en el dialecto vulgar gallego, no tiene [350r] conexión con la botánica. Así, el maestro botanista podrá descuidar de este estudio y dejar a los filólogos desocupados que se diviertan en él. Y si a eso se dedicasen los que enseñan gramática no se gastaría tanto tiempo en estudiar latín.

(§ 4201) Al contrario. Al maestro de Botánica española pertenece, por razón de la nomenclatura, el averiguar, entender, juntar y escribir en un libro aparte todos los nombres vulgares, castellanos y provinciales, que hoy se usan de viva voz en España. El botanista, que por sola su curiosidad quisiere serlo, no necesita abrazar tanto. Pero los que han de enseñar la botánica lo principal que deben saber son los nombres vulgares españoles. Llamo *nombre vulgar español* al que, aunque no sea castellano, se habla en alguna provincia. Así, dividiré los nombres en *castellanos* y *provinciales*. Y aun estos se subdividirán en nombres de tal o tal territorio.

(§ 4202) Regla general: mientras que [350v] un mixto natural o vegetable español tuviere nombre propio castellano, no se debe usar de otro en la lengua y escritura. Si no le tiene, se le debe buscar, pregrinando por Castilla y, si no se le halla, se debe echar mano de un nombre vulgar que signifique el mismo vegetable y que se use en alguna provincia más o menos circunvecina a Castilla. Dicta la razón que, si en Castilla no hay tal o tal género comestible y le hay en alguna provincia comarcana, se traiga de esa a Castilla y no se vaya a buscar fuera de España. Lo mismo, de los nombres.

(§ 4203) Por no haber atendido a esto, está tan pobre la lengua castellana en los libros de voces que signifiquen cosa natural de las que se crían en Castilla y a lo menos en España. Dije en los libros, pero yo estoy firme en que la lengua castellana vulgar que se habla en donde no hacen papel los libros, es abundante de nombres de vegetables. El caso es que aún los nombres castellanos de los libros están los más puestos al revés, porque, aunque [351r] Laguna era médico docto, no era muy versado en la botánica, como advirtió Bauhino. Hizo mucho Laguna en la traducción castellana de Dioscórides, y hubiera hecho más si hubiera parado ahí y no hubiese adaptado los nombres españoles que antes no había averiguado por sí mismo. Y como Dioscórides con Laguna es el breviario de médicos, cirujanos y boticarios, median- te estos se comunicaron muchos errores a los libros romancistas.

(§ 4204) Pondré un ejemplo, con el cual haré patente cuán poco se debe confiar el que ha de ser maestro de Botánica española en los libros castellanos que tratan de botánica. La voz vulgar *quixones* (que se usa en el país de Toledo y que he visto) no tiene el latín *caucalide*, como quiso Laguna, sino *scandix*, como afirma Dodoneo, que peregrinó por España. Al *scandix* llama Laguna *scandice*, y no le pone nombre castellano. Celébrala y dice que se debía plantar en [351v] todo el mundo. La *scandice* y la *caucalide* se distinguen por unas como agujas que tiene la *scandice* al modo de las que tiene el *geranium*, que el castellano llama *pico de cigüeña* —y siendo *pelargos* la cigüeña, y la grulla *geranos*, es mejor nombre *pico de grulla*.

(§ 4205) Este geranio es el verdadero *aguja de pastor*, y el llamar también *aguja de pastor* al *scandice* es porque tiene agujas, como el geranio. Nada de eso tiene la *caucalide*, a la cual llama Laguna *quixones*, mal llamado y mal escrito. Débese escribir en castellano *quijones*, pues es diminutivo de *acus*, ‘la aguja’, como *agujuelas* y *aguijones*. Y de *aguijones*, *quijones*. En La Rioja llaman al quijón o *scandix*, *malpique*, aludiendo o al sabor o al pico y aguja. Los demás nombres latinos no son del caso.

(§ 4206) Véase aquí desenmarañada la confusión de los quijones, y como por la etimología se descubre la verdad. Quede, pues, [352r] fijo que *scandix* y *quijones* son dos nombres, latino y castellano, de un mismo vegetable español, que conocen los niños, pues le comen crudo. Esto es lo primero que se debe fundamentar en España, fijando el nombre vulgar y la identidad de la planta antes de consultar los libros, llenos de errores. Después, por ellos, se ha de fijar el latín correspondiente. Sabido el latín, es fácil saber los usos y virtudes del vegetable que constan de los libros, averiguando antes qué usos y virtudes le atribuyen los vulgares iliteratos, que para el país serán los ciertos.

(§ 4207) Este ejemplo de los quijones, y otros que pudiera poner, convencerán cual ha estado y está la botánica en España. Para establecerla se debe hacer antes la hipótesis de que ni hay libro alguno de botánica ni hay más vegetables en el mundo que los que se crían en España. No desprecio los libros, pero esos se han de consultar después. No se ha de pasar de los libros al campo, montes y valles [352v] de España, sino de estos a los libros. Tampoco se ha de pasar de los nombres de los libros a los nombres vulgares, sino al contrario, de los vulgares a los de los libros, para saber la historia y virtudes y para hablar un poquillo de sistemas y de nomenclaturas nuevas y disparatadas, que echaron a perder la botánica verdadera.

\* \* \*

#### VIRTUDES MEDICINALES DE LAS AGUAS

(§ 4208) Todo cuanto hay escrito (y no tiene número) de los vegetables de la Asia, África, América y de Europa, exceptuando la España, no vale un comino para una completa botánica española. El saber eso será curiosidad si antes se saben todos los vegetables de España o si se piensa traer algunos extraños para plantarlos y avecindarlos en nuestra Península y que se hagan españoles (como el maíz, etc.). ¿Qué hará uno con saber los vegetables de la China, Malabar, Ceilán, Molucas, Tartaria, Siberia, Mogol, etc., que, ni naturalmente ni por industria nacen en España?

(§ 4209) El confuso conocimiento de esos [353r] vegetables exóticos que no nacen en España, pica en charlatanería de botanistas, que no saben los que nacen en su país ni sus nombres vulgares, y en avaricia de mercaderes, droguistas y boticarios, mancomunados con los médicos, que les levantan falsos testimonios de que tienen grandes virtudes, para engañar a los enfermos y estafarles los caudales a título de que se traen de lejos. O no hay medicina en los libros o no ha habido, ni hay, ni habrá enfermedad alguna en España que no tenga en los libros trescientos remedios más o menos eficaces sin salir de los vegetables conocidos que nacen en España, y que cada día se podrán coger frescos y casi de balde.

(§ 4210) Desengáñense los españoles que mientras no abran los ojos para mirar por su vida, salud y bolsa, dedicándose por sí mismos a la botánica e historia natural de España sin confiarse a ciegas en la familia de Hipócrates, o siempre [353v] estarán enfermos, si una vez enferman, o enfermarán de vez, si se dejan llevar de almodrotes de botica compuestos de simples que vinieron de lejos y que ninguno entiende. El médico de Carlos V, Luis Lobera en el folio 83 del *Mal de Buas* refiere que el Cardenal de Sevilla afirmaba que, si hubiese dos Valladolides en todo iguales, que en uno hubiese médicos y en el otro Valladolid no, en este moriría menos gente que en el otro.

(§ 4211) Allí distingue Lobera los médicos malos de los buenos. Yo hago lo mismo. Con razón se exacerba contra los malos, y refiere dos chistes. “Yo he visto —dice— uno que se llamó bachiller en un barrio y, mudándose a otro, sin más título, se llamó Doctor”. El segundo es: “Y otro conozco que ayer fue ropavejero y otro día de mañana fue físico y zurujano, teniendo licencia para ello del protomédico”. Y así anda la cosa tan corrupta que, si no se provee de remedios, habrá mucho trabajo. El autor [354r] no puede ser de mayor autoridad y condecoración, escribió como médico muchos tratados curiosos y un antidotario o recetario, pero en lengua castellana. Tengo todos esos tratados juntos, lo que es difícil de encontrar. Sobre todo su *Vergel de sanidad* o *Banquete de caballeros* es muy útil, pues es una como Escuela Salernitana Española.

(§ 4212) En su libro de *Experiencias*, folio 20, dice que, estando en La Coruña el año de 1520 haciendo de protomédico de Carlos V (al tiempo de quererse embarcar para ir a Alemania a coronarse), al cual acompañó el dicho médico Lobera, mandó prender a un hombre que andaba a curar lobanillos (él dice *lobinillos*). Pero añade: “E vi tantos testimonios e testigos de personas que había curado de lobinillos con esta recepta, que le mandé soltar”. La receta se reduce a poner sobre el lobanillo sucesivamente unas tajadas del nabo de la nueza asadas. La nueza o *noza* —que creo viene del latín *nautea*— es el vegetable que llaman *brionia*. Ese cría [354v] un nabo inmenso, con el cual, si el de La Coruña curaba lobanillos, un viejo de Pontevedra curaba lamparones.

(§ 4213) A ese viejo, que llamaban Benito Taboada, conocí yo en Lerez, paseo de Pontevedra, y al cual, sin ser rey de Francia, concurrían muchos (y aun de Portugal) para que les curase los lamparones. Nunca descubrió lo que les aplicaba, pero yo pude averiguar que lo principal era una tajada del nabo de la nueza. Confirmeme en que tierra adentro la planta se llama *nabo de norza* y *nabo caíño* (‘canino’) y que con él se curan los lamparones. Es cierto que los lamparones son una especie de lobanillos menudos amontonados, y pide la analogía que ese mismo nabo pueda servir para curar otros bultos duros y cirrosos, y acaso los carbúnculos.

(§ 4214) Lo que causa risa es que, no sabiendo Lobera curar los lobanillos, mandase prender al que los sabía curar. Es creíble que los médicos y boticarios de La Coruña acusasen [355r] al hombre que curaba los lobanillos porque nada gastaba de la botica, y en España subsiste la necedad que Plinio acriminaba en los romanos, que, aun para curar el más mínimo tumorcillo, era forzoso que el remedio se hiciese venir a toda costa del Mar Bermejo. Atiendan a lo que hizo Lobera con aquel curandero —dejándole andar libre y que curase, después que averiguó sus ciertas curas— los que persiguen al médico del agua porque apenas gasta botica.

(§ 4215) Estoy seguro que no le perseguiría el protomédico Lobera, pues vio maravillosas curas con solo el agua. En el folio 35 de su *Vergel* dice: “Esto del agua se note mucho, porque he visto grandes y buenos efectos en fiebres, dándola como conviene y en la cantidad que conviene. Y he visto muchos enfermos, con solo el beber de la agua fría en su tiempo, sin otra medicina ninguna, quedar sanos, y por esto

le soy apasionado”. Siendo, pues, Lobera tan apasionado por el agua como medicina, hoy sería, como [355v] protomédico, grande protector de don Vicente Pérez, que llaman ‘el médico del agua’. Ninguno cree que la persecución es porque cura con agua, sino porque no hace que cura con zupias de la botica, y porque se ridiculizan con su método.

(§ 4216) Yo no tomo partido en estas disputas. Para mí solo es médico el que cura: “Non quaerit aeger —dice Séneca— medicum eloquentem sed sanantem”<sup>293</sup>. Lo que sé es que solo la agua es *simul*<sup>294</sup> elemento, alimento, condimento y medicamento. Juan Alberto Fabricio sacó un precioso libro, *Teología del agua*. Ríese, con razón, de los impostores y charlatanes que prometen remedios universales, y fija en que, si hubiese algún remedio universal en la naturaleza (que no le hay) solo había de ser la agua común potable. Pero tiene la desgracia que no es oficial ni se pueden aumentar los caudales con botes o botijones de agua. La dosis de la agua toca al médico y, principalmente, a la complexión del enfermo y, sobre todo, luego se sabe con la experiencia. [356r] Lo mismo sucede con el vino. Una cántara de vino no hace daño a unos y a otros les hace grave daño un azumbre. No sé qué dosis usó el médico que curó una fiebre del rey don Fernando el IV de Castilla con solo el agua fría. Pondré la historia.

(§ 4217) En la *Bibliotheca arábico-hispana escurialensi* de don Miguel Casiri, en la página 314, se da noticia del códice manuscrito arábigo que está en El Escorial. Es en octavo y le cuenta Casiri número 888. Es de medicina y con este título: *Regia medicina practica Castellae*. Contiene diez partes, y la octava es *De aquae gelidae potu atque usu sanitatis et morbi tempore*<sup>295</sup>. El autor era toledano, pero médico y judío, aunque anónimo. Dice ese médico que él curó al rey don Fernando el IV de unas ardientísimas fiebres, haciéndole beber y a menudo mucha agua fría. Pondré el latín.

(§ 4218) “Mea aetate accidit ut Rex iuvenis Ferdinandus Domini Sanctii Regis filius, ardentissima febris correptus, media nocte [356v] acciri me iuberet. Quem, quum ardenti febre, non sine magna animi exagitatione atque anxietate afflictiare comperissem: Auctor fui ut aquam gelidam large crebroque perpotaret, hac vero perpotata, ab exagitatione illa recreatus obdormivit; adeo ut postridie mane sommo solutus levi duntaxat febre teneretur”<sup>296</sup>. Esto sucedería cerca del año de 1300. Y puedo deponer que por los años de 1740 fui a ver a uno que tenía un terrible tabardillo en Madrid. Tomele la mano y me parecía que tocaba un pedazo de hielo. Admirelo y me dijeron que un médico italiano le había atestado, y a menudo, de agua garapiñada; y el enfermo estaba hecho una garapiña, y sanó del todo y vivió muchos años después.

(§ 4219) Estos ejemplos palmarios y otros que pudiera citar, copiándolos de los dos tomos en octavo, cuyo título es *Virtudes medicinales del agua común*, me persuaden que las alharacas contra el médico del agua proceden de poca lectura o de mucha ignorancia o, lo que es más creíble, de mucha avaricia. Restituyendo el mejor [357r] febrífugo y el remedio casi-universal, que es el agua, se cerrarían las boticas y no se abrirían tantas sepulturas, apostrofando a las Parcas con el verso “Claudite iam Parcae nimium resera-

<sup>293</sup> No busca el enfermo un médico que sepa hablar, sino que sepa sanar. Séneca, *Epistulae Morales ad Lucilium* IX, 75, 6.

<sup>294</sup> Al mismo tiempo.

<sup>295</sup> Acerca del beber agua fría y de su utilización en circunstancias de buena salud o de enfermedad.

<sup>296</sup> En mi época sucedió que el joven rey Fernando, hijo del Señor Rey Sancho, afligido por una fiebre ardientísima, mandó llamarme en medio de la noche. Cuando comprendí que estaba afectado por una fiebre ardiente, y también con gran agitación y ansiedad anímicas, actué de forma que bebiese larga y abundantemente agua helada. Tras haberla bebido, quedó libre de aquella agitación y consiguió dormir de tal modo que a la mañana siguiente, al despertar del sueño, apenas sí tenía una leve fiebre.

ta sepulchra”<sup>297</sup>. La pasmarota de que solo los médicos saben determinar la dosis, así del agua como de otros medicamentos, es un despreciable espantajo. La dosis que prescriben los médicos o la leyeron en los libros o la copiaron de algún recetario. ¿Y qué se necesita de médicos y boticarios para leer y entender esos libros?

(§ 4220) El citado arriba Simon Pauli, desde la página 571 de su *Quadripartito*, trata con extensión de las *Doses* de los simples y compuestos, y pone la variedad de los médicos clásicos sobre ellos. Comienza por el agárico, que es un hongo del árbol lárice, y malignísimo, y pone quince *doses* diversas, según quince diversos médicos famosos. Ríese Plinio (libro XXIX, capítulo 1) de que [357v] el antídoto mitridático se compusiese de cincuenta y cuatro simples en almodrote, y que ninguno entra con la dosis de otro: “nullo pondere aequali”<sup>298</sup>, y que de algunos solo entraba la sexagésima parte de un denario (casi un real de plata). Y con razón escarnece Plinio de esa miniatura: “Quo Deorum perfidiam istam monstrante? Hominum enim subtilitas tanta esse non potuit”<sup>299</sup>.

(§ 4221) Pero a donde no alcanza la verdadera sutileza de los hombres, alcanza y sobrepuja la falsedad, embuste y perfidia de los fementidos impostores avarientos, que parece han nacido para engañar al género humano. La dosis nunca se puede saber por ciencia, sino tentando con experiencias repetidas. Siendo la agua tan inocente y saludable, nunca podrá haber peligro en su dosis, a no ser una cantidad exorbitante, la que yo jamás tomaré por la boca. Por lo mismo, cuando oigo que fulano, que pasó a tomar tales o tales aguas minerales, y que bebía [358r] tantos y tantos cuartillos de agua cada día, jamás lo aprobaba, pues era meter otra nueva enfermedad en el cuerpo, con la cual o muere en las aguas o viene a morirse a su casa, como cada día sucede.

(§ 4222) Lo que yo observo es que el médico del agua comienza por donde acaban los demás médicos. Estos, cansados ya de mortificar a sus enfermos con sangrías, purgas, pócimas, brebajes, zupias, quinas y con otra metralla de Galeno, y después de haber empobrecido a los enfermos para enriquecer a los boticarios, recurren a la *sacra anchora* de remitirlos a tomar los aires patrios, a tomar estos o los otros baños y a tomar por la boca tales y tales aguas que sean de la última moda. El chiste está en que los médicos no han visto los aires patrios, ni los baños, ni [358v] las aguas, y solo recetan de oídas a pegue o no pegue. Si las aguas son minerales, reniego de ellas. Si son comunes, recurran al médico del agua.

(§ 4223) ¿Y por qué no se persigue a los que recetan aguas potables en mucha cantidad y se persigue al médico que con método receta el agua? La razón es obvia: los que recetan aguas ya chuparon lo que habían de chupar, y dejan pagados los derechos en la botica; el médico *del agua* está exento de esos derechos. Lo que se infiere es que el agua es el principal y más natural de los remedios que nunca es nocivo, y el remedio de las aguas minerales siempre es peligroso y no pocas veces mortal. Dije minerales pues si —como propuse— se formase una fuente de aguas vegetables medicinales, esas servirían para beber y, recogidas en un estanque, para bañarse.

(§ 4224) Siendo, pues, el agua el mejor [359r] remedio de los caseros y el más barato, aténgome a él, acompañándole con una dieta que no mate. Es notorio que los médicos de los siglos pasados mataban a sus enfermos con una rabiosa sed. Corra, pues, el siglo en el cual ningún enfermo lleve sed al otro mundo,

<sup>297</sup> Cerrad ya, Parcas, los sepulcros demasiado abiertos. Ovidio, *Ibis* 73.

<sup>298</sup> Desigual en toda su medida y peso. Plinio, *Naturalis Historia* XXIX, 8, 24.

<sup>299</sup> ¿Mostrando con él esa perfidia de los dioses? La sutileza de los hombres no ha podido ser tanta. Plinio, *Naturalis Historia* XXIX, 8, 24-25.



a no ser un rico avariento: “Sepultus est in inferno, crucior in hac flamma”<sup>300</sup>. Lo que por incidencia he dicho de la agua común como del primero y primitivo medicamento (aunque no le crea remedio universal, porque ese no le hay, sino en la fantasía de charlatanes) digo, a proporción, de los demás mixtos, ya líquidos, ya sólidos, que, por hallarse tan a mano, se podrán llamar caseros. En esos está la verdadera y segura medicina, no en las hornachas químicas ni en las boticas de la moda.

\* \* \*

#### NOMENCLATURA Y DESCRIPCIÓN BOTÁNICA

(§ 4225) Esos remedios caseros se llaman *euporistos*<sup>301</sup> en griego y, en latín *parabiles*, [359v] para lo que se cita un texto de Cicerón al caso (libro I, *De finibus*): “Ipsa Natura Divitias, quibus contenta est, et Parabiles et terminatas habet”<sup>302</sup>. De esos remedios domésticos habla Plinio (libro XXIV, capítulo 1): “Remedia parata vulgo inventu facilia ac sine impendio ex quibus vivimus”<sup>303</sup>. Todo lo demás es invención y engaños de los hombres que inventaron las boticas: “Officinas invenere istas... Cum remedia verax quotidie pauperrimus quisquis cenet”<sup>304</sup>. Solo llama remedios verdaderos a los que cualquiera pobre podrá tener, y esos son los *euporistos* o *facile parabiles*. La expresión *ex quibus vivimus* prueba que el verdadero medicamento ha de ser *simul* alimento. Esta natural máxima, que siempre se tenga presente, echará a pasear toda botica que no sea cocina y a todo médico que no sea buen cocinero.

(§ 4226) La edición magistral y mejor de las obras de Dioscórides es la que Juan Antonio Saraceno dio a luz en Francfort [360r] el año de 1598, en un tomo en folio y *graeco-latino*. Es edición completa, pues contiene todas las obras ciertas y dudosas, y que no se hallan en Laguna, verbigracia, los dos libros *De facile parabilibus tam simplicibus quam compositis medicamentis*<sup>305</sup>. El griego de *facile parabilibus* es *euporiston*. Algunos niegan que sea obra de Dioscórides, pero Gesnero, Saraceno y otros afirman que sí, aunque está interpolada. Pero todos concuerdan en que es obra antiquísima y, sobre todo, utilísima para los remedios caseros. He leído que en Valencia se había traducido en castellano y se había impreso allí, pero no vi ese libro.

(§ 4227) De ese género de libros útiles de *euporistos* siempre ha habido muchos, y hoy hay infinitos, para ahorro de médicos, cirujanos y boticarios, como dice Madama Fouquet en sus tomos en castellano que, con propiedad, son tomos manuales de *euporistos*. He oído a una persona [360v] que, estando enfermo, vino a visitarle un médico francés y que, para recetar, sacó de la faltriquera un libro y que de él copió la receta sin reserva alguna. Los tres tomos de monsieur Chomel impresos en 1730, son otro tanto oro para esos médicos, y, si los entienden, no serán los peores. Pero están en francés, y usa de muchísimos vegetales, y así no son para médicos de sangrese y púrguese, que apenas conocen las malvas. Toda esa

<sup>300</sup> Está sepultado en el Infierno, me torturo en este fuego. Lucas 16, 24.

<sup>301</sup> Que se adquieren fácilmente.

<sup>302</sup> La Naturaleza misma ofrece las riquezas de las que se enorgullece de modo que son fácilmente adquiribles y rematadas. Cicerón, *De finibus* I, 13, 45.

<sup>303</sup> Remedios preparados para el vulgo, fáciles de encontrar y sin ser caros, por los que vivimos. Plinio, *Naturalis Historia* XXIV, 1, 4.

<sup>304</sup> Cuando todo el mundo, incluso hasta el más pobre, cena verdaderos remedios. Plinio, *Naturalis Historia* XXIV, 1, 5.

<sup>305</sup> Acerca de los preparados que se adquieren fácilmente, medicamentos tanto simples como compuestos. Dioscórides, *Iani Antonii Saraceni lugdunaei scholia in Dioscoridis de materia medica libros V. et eiusdem de Venenis Lib. II. / Pedacii Dioscoridis Anazarbei de facile parabilibus tam simplicibus quam compositis medicamentis, ad Andromanchum libri duo*. Lyon-Frankfurt, Ex off. Hered. André Wechel, 1598.

ignorancia de los mixtos procede de la ignorancia de los nombres. Así, quiero entretenerme en escribir de raíz de toda la nomenclatura.

(§ 4228) Dos nomenclaturas hay, como ya dije, de los mixtos naturales. Una casi infinita, y es la que anda en los libros, y otra comprensible, y es la que se conserva de viva voz en los pueblos de una nación o en alguna de sus provincias. La nomenclatura de los libros abraza nombres orientales, griegos, latinos, siríacos, árabes, etc. Después se siguen los nombres de la Media Edad, que [361r] o son bárbaros o trastornados de los nombres antiguos. Y finalmente, reinan hoy los nombres barbarísimos de estudio, para que el conocimiento de los mixtos no se trasluzca a los vulgares. Así pues, ese conocimiento debe comenzar por la nomenclatura vulgar, y que los eruditos se diviertan con la nomenclatura de los libros.

(§ 4229) El que conociere bien un vegetable español, de modo que le pueda describir y aun dibujar, si sabe, tiene cuanto puede necesitar para ser verdadero botanista, aunque no le sepa nombre alguno o no le tenga. Los nombres no los necesita ese botánico para sí, sino para darse a entender a otros. Un mudo que ande por el campo podrá ser botanista si sabe dibujar, y podrá enseñar a otro el mismo vegetable llevándole al sitio en donde le halló y está, y con solo demostrarle con el dedo, que es la lengua primitiva. Si una exacta pintura de un vegetable hecha por un mudo, cae en manos de uno que no sea mudo y sepa botánica, conocerá este qué [361v] vegetable es y le dará el nombre que le pareciere.

(§ 4230) El que no fuere mudo y no fuere botánico hará lo mismo que el mudo, añadirá la descripción por escrito y el dibujo, y, o le dará el nombre del país, si le tiene, o le llamará anónima, o le pondrá un nombre proporcionado según su arbitrio. La primera vez que en Galicia vi la planta reseda, no le sabía nombre alguno. Noté que la bolsita en donde tiene la semilla estaba abierta, y se me representó como una manga de fraile; y así, mientras averigué qué planta era, le llamé, interinamente y para mí solo, *manga de fraile*. Este arbitrio interino tomé para otros vegetables vistos la primera vez. ¿Y quién no podrá usar del mismo arbitrio mientras no sabe el nombre vulgar ni el de los libros?

(§ 4231) Los libros se han de consultar con el vegetable a la vista, o con él en la mano o con su dibujo en el papel, o con su descripción en la prosa, o con una viva [362r] y pronta impresión de todo él en la fantasía. Todo lo dicho se podrá conseguir en un campo sin saber antes nombre alguno, ni literato ni vulgar. Eso vendrá después. Tampoco se necesitará saber sistema alguno. Los sistemas se han formado considerando estas o las otras partes principales de los vegetables, y por eso todos son diminutos. El verdadero sistema será aquel que abrace todos los sistemas, pretéritos, presentes y futuros. Parecerá paradoja y no es sino una evidencia. Mayor paradoja parecerá lo que se sigue: esto es, que Pedro, si es racional, podrá por sí mismo cumplir con todo.

(§ 4232) Ese Pedro, puesto en un campo, ve un vegetable que jamás ha visto ni tiene noticia de él ni por libros ni de viva voz; que jamás oyó hablar de sistemas; que jamás leyó la nomenclatura de los libros, ni tampoco sabe el nombre vulgar del dicho vegetable; en breve, que nada sabe de la jerga botánica. [362v] Digo que ese arranque el vegetable cuando tiene flor y está fructificando y tiene algunas semillas, digo que ante todas las cosas haga un dibujo del dicho vegetable, después tome y apunte en un papel todas las dimensiones justas, señale el sitio y el día y la plaga a donde mira y la calidad del terreno.

(§ 4233) Después, desde la más mínima raíz hasta la más mínima hojita del remate, ha de ir repasando y repasando, escribiendo todas las partes y figuras del vegetable que tiene a la vista. Debe cargar la mano a la estructura de la flor y a las partecitas que la componen, contando los estambritos y los pistillos; a la figura del receptáculo de la semilla; a la figura y magnitud del fruto; a la configuración de las hojas y

a su colocación; a la distribución de ramas y ramitos; sobre todo debe atender al color, olor, sabor, dureza y peso de todo el vegetal y de cada una de sus partes, y a la [363r] consistencia de la corteza, etc. Para nada de lo dicho necesita ser agricultor, ni físico, ni botánico, ni haber visto libro alguno ni sistemas ni nomenclaturas. Bastarale ser racional, tener ojos y manos y saber leer, escribir y contar, y saber algo de dibujo.

(§ 4234) Pregunto: ¿la descripción que hiciese el dicho Pedro de aquel vegetal no sería más exacta que la que tuviere en los libros? Yo no lo dudo, pues esa descripción abrazará todos los sistemas pretéritos, presentes y futuros. Pedro no sabrá a cuál sistema pertenece. ¿Qué le importa eso? Eso toca porfiarlo a los sistemáticos. La misma descripción la aplicará Tournefort a su sistema por razón de la flor, Linneo al suyo por razón de los estambres y pistillos, otros a otro por razón del cálize, semillas, frutos, hojas, etc. A ese tenor, unos le darán un nombre y otros, otros. Todo eso es faramalla y querer echar tierra en los ojos de la multitud porque no se dedique a la botánica.

[363v] (§ 4235) Hasta aquí por lo que toca a estudiar la botánica sin maestro. Después, averiguaré Pedro si el dicho vegetal tiene nombre vulgar en el territorio o si le tiene en las vecindades, enseñándole a muchos. Si tiene nombre vulgar, es señal que tiene algún uso útil y especial o alguna especial medicina. Los pueblos no ponen nombres al aire y por antojo a las cosas inútiles, y si a tal vegetal pusieron algún nombre, éntrese suponiendo que en el lugar o en los comarcas tiene alguna utilidad, o doméstica y económica, o para alimento y medicina. Al contrario, los botanistas de la moda cargan de nombres y más nombres a la más mínima piltrafa vegetal, sin pensar averiguar sus usos y virtudes.

(§ 4236) He notado que aun para los usos y virtudes de los vegetales más visibles y de mayor forma, no adelantan un paso los botanistas modernos: en conclusión, vienen a parar en copiar a los antiguos (Teofrasto, Dioscórides, Plinio, Galeno, Avicena, etc.). Y cuando esos no han escrito de algún vegetal, [364r] se le pone la nota muy frecuente: “Nullius usus in Medicina”<sup>306</sup>. Del pseudoligustro dice Dodoneo que no se le conoce uso en la medicina, y es el mismo árbol, cerezo racemoso, que en Galicia tiene tres nombres (*árbol de san Gregorio*, *virgondoyro* y *árbol de la rabia*) porque su conocimiento es el mayor específico y experimentado contra el terrible mal de rabia, así para racionales como para brutos.

(§ 4237) Esta virtud no se ha descubierto por los libros, ni por sistemas, ni por análisis, ni por receptarios ni, finalmente, meditando mucho con los codos sobre la mesa. Hoy se sabe en Galicia esa excelente virtud —como las de otros vegetales— por tradición de madres a hijas. Esas tradiciones y los nombres vulgares debían ocupar la atención de los botanistas modernos y, en especial, en sus países respectivos. En un país, o como reino o como provincia, se debe poner especial cuidado en saber todos los nombres vulgares del país y todos los [364v] usos y medicinas que los aldeanos atribuyen a sus vegetales nativos, siguiendo una inmemorial tradición oral: en esas tradiciones está la verdadera medicina.

(§ 4238) Las virtudes que Dioscórides atribuye a los vegetales no las inventó de su cabeza ni las estudió en las escuelas, en donde todo se disputaba y nada se sacaba en limpio. Peregrinó por varias provincias observando y preguntando a los rústicos los nombres vulgares, los usos y las virtudes medicinales que la multitud atribuía a sus vegetales, que tenían presentes como si no hubiese más vegetales en el mundo. Algo de esa conducta he observado yo en el corto número de meses que peregriné por Galicia, no solo en orden a los vegetales gallegos, sino también en orden a los demás mixtos de la historia natural.

<sup>306</sup> De ningún uso en medicina.

(§ 4239) No pasó ese mi estudio de una pura diversión. Y si hubiese vivido en Galicia una media docena de años, hubiera recogido selectos materiales para formar un tomo en folio de la historia natural y botánica de Galicia, con una copiosa nomenclatura de [365r] infinitos nombres vulgares puramente gallegos y con la noticia de muchas medicinas usuales y caseras que, incontestablemente, se usan en los pueblos retirados y que allí se experimentan con buen suceso. Y nada de lo cual se hallará en los libros, sino en la tradición, porque (y no sé por qué) no se escribe el idioma gallego. Si los proyectados maestros de Botánica en los jardines públicos provinciales, para enseñar a la juventud se dedicasen a hacer de estudio en sus respectivas provincias lo mismo que yo hice por diversión en Galicia, y con pluma en mano, presto tendríamos una historia natural española.

(§ 4240) ¡Para maldita la cosa necesita nuestra España de botanistas e historiadores naturales de gabinete y de sistema o partido, por más rodeados que estén de libros! Esos serán laudables por su término y totalmente inútiles para promover la felicidad de España si, *a fundamentis*<sup>307</sup>, no conocen lo que se cría en España, cómo, cuándo, en dónde y con sus nombres vulgares, y con los [365v] vulgares usos y virtudes. A esos que saben (o se jactan saber) mucho de lo que nace fuera de España, y que ignoran lo más de lo que se cría en ella, se les debe aplicar el proverbio griego vulgarizado: “Ecce Rhodus: ecce saltus”<sup>308</sup>. Díjose de un baladrón que se jactaba de que en Rodas había dado unos saltos disformes. Haz de caso —le dijeron los incrédulos— que aquí estamos en Rodas, veamos como aquí das esos saltos.

(§ 4241) A los que blasonan de que saben mucha botánica porque saben los vegetables de países remotos, se les debe decir: “Haced de caso que nuestra España es país remoto, veamos cuántos y cuáles vegetables conocéis aquí”. Los más enmudecerán, porque no creen que España sea el mejor teatro para saber la botánica. ¿Qué mayor charlatanería que descuidar de los vegetables de su país y poner tanto cuidado en hallar en algún rincón retirado una hierbezuela inútil, despreciable y sin nombre, y meter mucho ruido con ese ridículo hallazgo?

\* \* \*

#### INVESTIGACIONES Y VIAJES BOTÁNICOS

(§ 4242) Increpaba Cristo a los fariseos [366r] —por san Mateo, capítulo 23— que vagaban por todo el mundo para hacer un prosélito y, después de hecho, o es inútil o le hacéis más perverso, al doble que vosotros mismos: “Quia circuitis mare et aridam ut faciatis unum proselytum: et cum fuerit factus, facitis eum filium Gehennae, duplo quam vos”<sup>309</sup>. El caso es que a veces esa hierbezuela que se halló en país remoto y se ostenta como un prosélito singular, suele ser comunísima en España, y que entre los rústicos tiene algún nombre y algún uso que no se halla en los libros. Dice Amato Lusitano que la *camariñeyra* solo se halla en Lisboa. Y las costas de mar de Galicia abundan de ese hermoso vegetable, y yo le cogí detrás del Ferrol, en donde tiene dos nombres, y el de *camariña* pasó de Galicia a Portugal.

(§ 4243) Deseo que España se utilice en esas peregrinaciones para adelantar su botánica española. De esos que andan por el mundo, unos son mercaderes y comerciantes. Estos han echado y echan a perder esa botánica [366v] con traer a España mixtos exóticos que venden muy caro a los que los han de vender

<sup>307</sup> Desde sus cimientos.

<sup>308</sup> Aquí está Rodas, da aquí el salto. Derivado de una fábula de Esopo. Proverbial. Vid. Michael Apostolios, *Michaelis Apostolii Proverbiorum*, Centuria X, 42; Erasmo, *Adagia* 3.3.28: *hic Rhodus, hic saltus*.

<sup>309</sup> Recorréis la tierra y el mar para ganar un prosélito, y cuando ya lo es, le hacéis digno del Infierno, el doble que vosotros. Mateo 23, 14-15.

mucho más, y que por lo mismo son interesados en que ni se usen ni aun se conozcan nuestros mixtos —todos conspiran a mantener la barbarie. Otros andan por el mundo a título de curiosos; otros andan a título de misioneros —estos podrán sernos utilísimos si antes de ponerse a ese empleo estudiasen algo de historia natural y de botánica de su país. Y este mismo estudio les podrá servir mucho para su empleo de hacer prosélitos.

(§ 4244) Los más de los misioneros que pasan al Levante y al Oriente hallan fácil entrada con los bárbaros haciéndose médicos, o porque ya lo son, o porque logran pasar por tales aunque no lo sean, a trueque de con recetario de faltriquera. No de otro modo que cuatro tunantes extranjeros se vienen a España, y en especial a Madrid y lugares populosos, diciendo en lengua champurrada que son grandes médicos [367r] y que saben curar de todas enfermedades. Todos los bobarrones los creen, y muchos que no son bobarrones. Y en esto se conoce que todo el mundo es uno y el mismo que el mundo engañado por los falsos médicos de Gazola.

(§ 4245) Esos misioneros, pues, han de tener un mediano conocimiento de los vegetables de su país y aun de sus virtudes, por si se les ofrece hacer de médicos aunque no lo sean. Han de curar con los vegetables de su país, si los hallan en el país de las misiones. Pero deben observar si los bárbaros atribuyen otras virtudes que acá no se conocen, a nuestros dichos vegetables. Esas virtudes vulgares se han de recoger como oro en paño y traerlas al país de los misioneros —a España, verbigracia. Si en el país de las misiones hay otras plantas a las cuales los bárbaros atribuyen especiales virtudes se deben traer las semillas [367v] a España, con sus nombres vulgares y virtudes por escrito, y solicitar que en España se siembren, por si pegan.

(§ 4246) Pondré dos palmarios ejemplos, uno para el primer caso y otro para el segundo. Para el primero sirva la carqueja, y en gallego la *carqueixa*. El país de los chacos, hacia las serranías de Paraguay, al norte o hacia el polo Ártico, es el país y centro de la barbarie. En *La historia del Chaco* que dio a luz el padre Lozano, y en la página 32, dice así: “La carqueja (o *carqueixa*) se da mucha por la parte del Chaco que mira a las serranías, con admirable eficacia para curar llagas y cerrar heridas. Hay de ella varias especies”. En España hay abundancia de carqueja, y también en Sierra Morena la hay. Y porque el padre Lozano la conocía, se alegró de verla en el Chaco, y notó las virtudes que le atribuían los bárbaros.

(§ 4247) Esas dos virtudes de curar llagas y cerrar heridas, sabemos ya que tiene la [368r] *carqueixa* por experiencias de los bárbaros, que no tienen libros. Véase ahí la bárbara satisfacción de los boticarios, que se burlan de la *carqueixa* porque no es oficinal ni se halla en los recetarios o, por mejor decir, porque no se trae del Chaco para venderla a subido precio como otros simples extraños. Yo escribí un papel en diez pliegos que, con el vegetable, flor y semilla, se remitió a México, por haberla pedido el señor arzobispo, a quien le fue bien con la *carqueixa*.

(§ 4248) Si los españoles que han andado por el mundo hubiesen tenido presentes, y con conocimiento, muchos vegetables de sus países respectivos, hubieran sido más útiles a España que con traer mucho oro y plata. Es naturalísimo el gozo de ver uno en un país de bárbaros un vegetable que vio frecuentemente en su país. Acababa de venir de Chile a Madrid un chileno original. Vio por acaso en un tiesto de mi [368v] ventana un pie de maíz. Al punto se tiró a él con un indecible gozo y alegría, voceando: “¡Ay, el maíz! ¡El maíz!” Y a un religioso americano que no había visto maíz en España, le di dos espigas, que estimó más que si fuesen de plata, para consolarse con la viva memoria de su tierra. Los que en semejantes circunstancias no perciben un sentimiento de regocijo, los tendré por insensatos.

(§ 4249) Y si la mera consideración de que Dios haya criado en países tan remotos y de bárbaros muchos de los vegetables que el peregrino dejó en su país le causa tanto gozo, ¿qué será cuando, informado de los bárbaros del país, supiere que tal o tal vegetal de los dichos tiene tal uso económico y tal virtud medicinal experimentada? Entonces debe el peregrino apuntar en un cuaderno el nombre peculiar bárbaro del país, el sitio individual, el vulgar nombre o el de los libros que el [369r] vegetal tiene en su país, y los usos y virtudes que los bárbaros de común acuerdo le atribuyen. Y si en su país no se le conocen esos usos y virtudes, traerá mucho de bueno para su tierra. Eso hizo el padre Lozano con la *carqueixa*, que, aunque acá tiene muchas virtudes, no se le sabía su admirable eficacia para curar llagas y cerrar heridas, como la sabían los bárbaros del Chaco.

(§ 4250) La virtud de quitar la malignidad al sen purgante que tiene la escrofularia acuática, comunísima en España, se descubrió en el Brasil y de allí se trajo a Europa, con el nombre *iquetaia*. Los de la Canadá descubrieron el secreto de curar la mordedura de la culebra de cascabel con la hierba polígala, que es común en Pontevedra. Las virtudes de la canchalagua las teníamos en la centaurea menor y solo nos vino de la América el nombre, pues la planta es una misma.

[369v] (§ 4251) Para el segundo punto viene al caso la persicaria oriental. Cuando Tournefort estuvo en Tiflis vio en el Jardín Real una planta con una hermosísima flor. Creyó que por tan hermosa se conservaba en el Jardín. Pero le dijeron que no por eso, sino por la selecta virtud que tenían sus hojas para curar de la gangrena. Puso Tournefort especial cuidado en recoger la semilla para que se remitiese a París, y que allí se sembrase. Sembrose, pegó, y ya se ha comunicado a otras partes. Y yo la vi en un jardín de Pontevedra y en el Real Jardín de Madrid. En el tomo de la *Historia académica* de 701 está lo de la *iquetaia* y en el del año de 703 está lo de la persicaria oriental.

(§ 4252) A imitación de la persicaria oriental que Tournefort trajo de Tiflis a París, trajo monsieur Frezier a París desde Chile las fresas de Chile, que llaman [370r] *frutilla*. No sé por dónde vinieron a Galicia, en donde son comunes esas disformes fresas. Danse en Pontevedra en cualquiera huerta. Comilas allí y, habiendo pesado una sola mediana, pesó cinco reales de plata. Después traje sus raíces en tierra de Pontevedra a Madrid, y las repartí al Real Jardín y al de Aranjuez, y prendieron. Aquí se descubren dos utilidades que perfeccionan mucho la botánica española y que si se pone cuidado cada día se perficionará más. La una es traer de fuera a España nuevos usos económicos y nuevas virtudes medicinales de un vegetal nativo de España que no se sabían, como dije de la *carqueixa* y de la escrofularia acuática.

(§ 4253) La otra es traer de fuera a España los vegetales que no hay y que tienen singulares usos económicos, y se les atribuyen diferentes virtudes en los países remotos, como dije de la persicaria oriental [370v] y de las fresas de Chile. No hay cosa más fácil que traer a España las semillas. Harto más útil será el comercio de traer las semillas que no los vegetales, o que si se traen estos, se traigan sus semillas juntamente, para que, si prende la semilla, se reconozca la planta exótica y extraña. Más cuidadosos en esto han sido los conquistadores de la América, que llevaron allá todo género de semillas y muchos vivientes útiles de España, y trajeron a España de la América muchas semillas y algunos útiles vivientes.

(§ 4254) Regístrense los vegetales de España y se hallarán muchísimos entre ellos que jamás han sido naturales de España, sino que se han traído de América, África, Asia y Europa. Aún hay infinitos vegetales útiles que se deben avecindar en España. Y a eso miran mis deseos, para que se aumente en géneros la botánica española y haya más con que [371r] comerciar. Y a todo será consiguiente que la agricultura de Castilla salga de las calzas atacadas de cultivar solo trigo y cebada y, cuando más, de trabajar muy mal algunas viñas.



(§ 4255) El principal motivo de traer a España vegetales y mixtos extraños debe ser el visible útil de ellos para los usos domésticos y económicos. Verbigracia, para tejidos, maderas, alimentos, tintes y colores, y para especial hermosura de la botánica española. Sobre esos usos no puede haber disputa, ni engaño, ni falencia alguna, ni tampoco peligro especial después de ya experimentados. El título de medicinas para traerlos es el más falso, falaz y fallido, pues, o son dudosas o falsas las virtudes, o, cuando tengan buen efecto en su clima respectivo, ninguno puede probar que le tenga en España, como dije de la pepita de san Ignacio. Permito, empero, [371v] que si se traen a España sus semillas y prevalecen bien, no serán tan peligrosos esos vegetales, como se ve en el maíz, que es muy saludable.

(§ 4256) Pero si los vegetales que se traen de fuera tienen la nota característica de ser malignos y nocivos tomados por la boca, serán malignos en su clima y en el clima de España, por más que los comerciantes, droguistas y boticarios ponderen sus virtudes, y por más que los médicos recetistas y los enfermos ricos enclenques las crean. Todo vegetable lactiginoso (o que tiene leche) y, en especial, si es de los que se enredan, es por lo común purgante o catártico maligno y deletéreo. Es un tártago violento, pues, al fin, el castellano *tártago* es voz recortada de la voz *ca-thartico*. Y el *tithymalo* o *lechitrezna*, con el nombre *lathyrus* (y en gallego, *herba rateyra*, porque mata los ratones) es el verdadero *tártago* en lengua castellana.

[372r] (§ 4257) La escamonea, el turbith, etc., que se traen del Levante, y el mechoacán, etc., que se trae de la América, son unos tártagos que se venden en las boticas, como si en España no los hubiese en las huertas con abundancia. La *parreyra brava* del Brasil y la zarzaparrilla son especie de nuezas o brionias. La zarzaparrilla —esto es, parrita espinosa, como zarza—, cuyo latín es *Smilax aspera*<sup>310</sup>, es común en España, y, naturalmente, nace en Galicia y en otras partes. Laguna, sobre el capítulo 146 del libro IV de Dioscórides, advierte que la zarzaparrilla nace copiosamente por los setos y por las zarzas y, así, no cumple ir por ella a las Indias. Pero los boticarios aún no se dan por advertidos, porque con mixtos patrios no se enriquecen de la noche para la mañana.

(§ 4258) El otro maligno tártago que [372v] se trae de la América es la jalapa. Es un vegetable que tiene muchos nombres. En la página 279 del *Thesaurus* de Francisco Hernández está una larga descripción del vegetable jalapa, con el nombre mexicano *tlaquilin*, en Madrid *maravillas de Indias*. Unos le llaman *jazmín*, y Tournefort, *solanum*, etc. Sea lo que fuere, no hay duda que ese vegetable ya está avecindado en España, como el tomate, que se trajo de México. Echa muchas, varias y hermosas flores, y son las que llaman *diegos de noche*. Se da en cualquiera jardín y es comunísimo en Galicia. Su raíz es gruesa y resinosa, y en ella está la virtud: o esa virtud es falsa y el todo dañoso y no se necesita, o es cierta e inocente y no necesitamos que de la América venga la jalapa, pues ya la tenemos española. Esto mismo dije del ruibarbo.

(§ 4259) Los vegetales que de fuera se [373r] han traído a España, por razón de sus bellísimas flores siempre están bien traídos y avecindados, aunque no se piense en sus virtudes o, por otra parte, sean malignos. A esta clase pertenece la jalapa, por razón de sus flores, y el que llaman *árbol de la seda*, por sus flores y por su seda. Ese arbusto es el *apocino* o *mataperros*, que todo él es lechitrezno, como la higuera, etc. A la voz *lacticino* se le entremetió una *r*: *lactricino*. De *tricino* se formó *trezno*, como de *ricino*, *rezno*, que es el fruto de la *palma Christi* —purgante diabólico, hermano mayor del tártago. Así, de *lactricina* se formó *lechitrezna*, como del *lobito*, *lupicino*, se formó *lobezno*, y de *mauricino*, el diminutivo *morezno*.

<sup>310</sup> Zarza morisca, zarzaparrilla.

(§ 4260) Ayer tarde estuvo conmigo el caballero don Francisco Arguedas, limeño, y que peregrinó mucho por el Paraguay. [373v] Hablando de la *carqueixa* me certificó que en el país del Potosí, ciento y tantas lenguas del país del Chaco, había mucha carqueja y que hacia el Potosí era común curar los costados con la *carqueixa*. Prometiome dar la receta que había traído del dicho país. Nótese aquí una nueva virtud del comunísimo vegetable *carqueixa* de Galicia y de otras provincias. Cuando escribí mi papel no sabía esta propiedad excelente, y así la pongo aquí. Yo asiento a esa virtud por lo que experimenté en una grande caída que, sin sangría y con la sola *carqueixa*, me liberté de que la sangre se estancase y levantase inflamación.

(§ 4261) Debo, pues, concluir que lo que se ha de traer de países remotos a España todo ha de ser útil, o de presente o de futuro, y solo cosas que no tengamos, verbigracia, maderas, colores, alimentos, etc. Ítem, [374r] todo género de vegetables que no sean venenosos; no tanto los mismos vegetables, cuanto sus semillas para sembrarlas por toda España en los climas proporcionados. Ítem, todo género de animalitos que no sean nocivos y todo género de aves que no sean de rapiña, para solicitar que en España procreen. Ítem, todas cuantas virtudes y usos económicos que se observase tener, los vegetables, animales y aves que son de la misma especie de los que ya tenemos acá y estamos ignorantes de esos usos y virtudes. Ítem, los nombres vulgares de los dichos mixtos que se trajeren, por bárbaros que sean, según se pronuncian en el país en donde se cogieren y, si pudiere ser, una explicación de esos nombres.

(§ 4262) En lo que no se debiera pensar es en traer a España, con el falso título de medicinas, todos los mixtos de botica que no son naturales de España, no siendo [374v] para avecindarlos. De ese modo, se dedicarán médicos y boticarios a estudiar la historia natural y botánica de España y sabrán escoger lo que han de recetar y manipular, pues *quod extra nos, nihil ad nos*<sup>311</sup>. Lo mismo, a proporción, se ha de entender de las provincias de España, comparando unas con otras. Ninguna provincia debe traer de otra lo que tiene o puede tener con abundancia. Ningún vegetable se ha de traer, no siendo en semillas. Si a un vegetable se le descubre en tal provincia una virtud que no se sabe en otra, se debe comunicar esa noticia.

(§ 4263) No quiero creer que los de una provincia de España necesiten para curarse de traer los medicamentos de otras provincias. En cada cual de ellas nacen los vegetables suficientes para curar cualquiera enfermedad que no sea *ad mortem*. O miente toda la medicina, [375r] o no habrá provincia en donde no nazcan vegetables que en los libros tengan a docenas las virtudes para todas las enfermedades del país. A la sola betónica se le atribuyen cuarenta y siete virtudes en el librito que unos atribuyen a Apuleyo y otros a Antonio Musa, médico de Octaviano César Augusto. El alemán Juan Franco pone treinta virtudes a la verónica, que la hace el té de Europa, y tiene por maligno el té oriental. Yo recogí de los libros treinta virtudes para el abedul o *bidueyro*; y cuarenta y siete para el *Chamaedrys* fruticoso, que en Galicia, en donde es común, llaman *seyxebra*.

(§ 4264) Acabo de saber que hacia Mondoñedo se usa también el dicho frúctice *seyxebra* para el mal de piedra y de orina. Con esto me ratifico en que la voz latina *saxi-fraga* está rebozada en la gallega *seyxebra*: al *saxo* latino [375v] llama el gallego *seyxo*, y mudando la *ph* o *p* en *b*, *seyxebraga* y *seyxebrega* y *seyxebra*. Los cuatro vegetables —betónica, verónica, *bidueyro* y *seyxebra*— son en Galicia muy comunes y lo podrán ser en cualquiera provincia de España, y de ellos se sacan 154 virtudes. ¿Y qué diremos del romero, que dio motivo al dicho “Tiene más virtudes que el romero”? ¿Qué diremos de la salvia, cuyas virtu-

<sup>311</sup> Lo que está fuera de nosotros, en nada nos incumbe. Proverbial.

des dieron materia al verso “Cur moriatur homo cui salvia crescit in horto?”<sup>312</sup>. Galeno escribió un libro de la sola centaurea menor, que nace en cualquiera parte.

(§ 4265) No acabaría de escribir pliegos, si quisiese contar las virtudes que en los libros se atribuyen a los vegetales más comunes en España para todo género de enfermedades españolas. Luego, dejemos que japones, chinos, mogoles y tártaros del Oriente, como así mismo [376r] brasileños, peruanos, mejicanos y californianos del Occidente curen sus enfermedades con los vegetales de sus países, y cúrense los españoles con los suyos. Contra lo dicho solo podrán oponer los comerciantes, droguistas, médicos, cirujanos y boticarios que esas virtudes de los libros son falsas. Luego miente toda la medicina y mienten todos los que la profesan.

(§ 4266) Yo no juraré por todas las virtudes de los libros y menos juraré por todos los recetarios. Lo que cualquiera podrá jurar es que esa evasión ridícula procede de una profunda ignorancia supina de lo que se cría en España y de una avaricia summa en traer de países muy remotos los simples que se pueden vender carísimos y cuyas virtudes quieren que se crean, porque lo ha dicho un impostor comerciante, el primero; y [376v] después pasó a los recetarios la avarienta impostura. Si las virtudes que los libros atribuyen a los mixtos de España son falsas, fijemos en la *Toxicología* ya citada de Stenzelio, que cuenta cerca de 150 mixtos, o malignos o venenosos, que se recetan y venden en las boticas.

(§ 4267) No hay principio alguno natural teórico, ni axioma del *synderesis*, del cual pueda el hombre deducir con evidencia la más mínima virtud medicinal de un mixto, si no recurre a sus cinco sentidos y a la experiencia repetida y continuada por algunos siglos. Los antiguos atribuyeron a los dioses y a los oráculos el descubrimiento de las virtudes medicinales, no a los médicos, pues ninguno tuvo en su mano la revelación —digo que de Dios abajo las virtudes las descubrieron los animales mediante su instinto. De esto hay mucho en los libros. Y como los redondamente bárbaros y salvajes casi obran por instinto, esos son los que han [377r] descubierto muchas virtudes, como se ve en las que vienen arrimadas a los mixtos que se traen de países bárbaros y que hoy son de la moda.

(§ 4268) Las viejas rústicas y aldeanas, y como un medio, por idiotas, entre los salvajes y literatos, también han descubierto muchas, que conservan tenazmente para curarse y curar a su familia y a otros, por tradición y por experiencia. Hasta los niños han descubierto algunos, o por el acaso, o por el casi instinto. Tal es la virtud saponaria de la escrofularia acuática, para lavarse las manos del negror que les comunican las nueces verdes; pues, temiendo que en casa los castiguen, buscan la hoja en la orilla del río para enjugarse con ella, y esta en su manoseo hace espuma como una bola de jabón.

(§ 4269) Después de animales, salvajes, viejas y niños, se sigue el hombre, que hace de muy racional, pero *tanquam tabula rasa*, y en el asunto para maldita la cosa, si no lo roba de animales, salvajes, viejas [377v] y niños. En estas cuatro clases de entes ni hay disputas, ni opiniones, ni sectas, ni sistemas, ni porfías, ni modas, ni inconstancias. Todo se conserva constante y perpetuo sin salir de los mixtos del país. El árbol de la rabia, del cual hablé, se llama en Mondoñedo *de Santoutel* (esto es, ‘de san Eleuterio’). Avisan de allí que cuando el ganado está mordido de un perro rabioso, procura buscar el dicho árbol y por el instinto se tira a morder y a comer su corteza, y no rabia. Creíble es que de ver esa experiencia aprendiesen los hombres la singular virtud de ese árbol.

<sup>312</sup> ¿Por qué debe morir el hombre al que le crece salvia en su huerto? Adagio médico de la escuela salernitana.

(§ 4270) Por ser la hidrofobia o el mal de rabia una enfermedad tan terrible, diré aquí lo que dice Plinio (libro XXIV<sup>313</sup>, capítulo 1). Mordido un soldado español de un perro rabioso, reveló no sé qué dios a su madre, que estaba en España, que el remedio era la raíz del frútice del *cynorrhodon*, y de hecho hizo efecto. *Cynorrhodos* o rosa de perro: el *cynobatos* o zarza perruna; en castellano *escaramujo*; en gallego *silva macho* y en [378r] francés *eglantier*, todos son nombres de un mismo vegetable comunísimo, cuya raíz bebida cura del mal de rabia. Oí en Pontevedra a un militar saboyano que en su país ningún mordido rabiaba, porque se le socorría con la dicha raíz.

(§ 4271) En Galicia hay otros tres frútices cuyo conocimiento de su raíz o madera también es bueno contra la rabia, verbigracia, el *cythisus* (en gallego, y en castellano antiguo *codeso*). El *piorno*, con el latín *pluviurno*. Y el *toxo*, cuyo latín botánico es *Genista spinosa*. Nótese que esos tres casi son símbolos en la flor con la *carqueixa*. Yo aplicaría esos vegetables, pero mandaría que el mordido se bañase antes en agua del mar si estaba cerca. Creo que los cinco vegetables obran por un sumo amargor, bien combinado, que excita un vómito fuerte, y con él el fermento de la rabia.

(§ 4272) Esta primavera hubo en Madrid una epidemia de perros, con la cual murieron millares como tontos y atolondrados, [378v] sin que se les hallase remedio. Esa epidemia de perros también la hubo en el obispado de Mondoñedo, pero los más de ellos rabiaron. El chiste está en que un perro que tiene don Bartolomé Iglesias, contador de salinas en Madrid, sintiéndose enfermo de la epidemia se fue al rastro y trajo a casa un grande cuerno de buey. Retirose a un rincón y sin comer ni beber se puso muy despacio a morder, roer y comer del dicho cuerno, y sanó y hoy vive sano. Y corriendo la voz, otros perros sanaron también con la dieta y con un cuerno. Por ser el cuerno tan absorbente y de partes alcalinas, dije entonces que esas iban absorbiendo los ácidos del fermento que causaba la enfermedad. Véase ahí que el instinto hizo más que toda la medicina.

(§ 4274) Me he detenido en estas menudencias por ser instructivo, para desjarretar y ridiculizar la bribia y charlatanería de algunos aventureros, tunos e impostores que andan por España haciendo de médicos —y acaso algunos serían ayer ropavejeros [379r] como el que conoció tal el médico Luis Lobera citado— y para hacer patente la insolente ignorancia de algunos satisfechos boticarios, que, siendo ayer unos mancebos ganapanes, solo hoy hacen de boticarios porque se han casado con la ama. Estos, con su Jerónimo de la Fuente y Molina *De oración*, y aquellos con un recetario de faltriquera, tienen bastante para sus oficios y para hacer caudales excesivos.

\* \* \*

#### DICCIONARIO LATINO-VULGAR DE LOS MIXTOS

(§ 4275) Es ignominia oír decir a un boticario, cuando se le presenta una planta selecta de España para que diga su nombre: “Esa no es oficial”. Sucedió como me lo contó don Joseph Quer que, yendo

<sup>313</sup> Cita errónea: Plinio, *Naturalis Historia* XXV, 6, 17-18: *insanabile ad hosce annos fuit rabidi canis morsus, pavorem aquae potusque omnis adferens odium. nuper cuiusdam militantis in praetorio mater vidit in quiete, ut radicem silvestris rosae, quam cynorrhodon vocant, blanditam sibi aspectu pridie in fructo, mitteret filio bibendam. in Laetania res gerebatur, Hispaniae proxima parte, casuque accidit, ut milite a morsu canis incipiente expavescere aquas superveniret epistula orantis, ut pareret religioni, servatusque est ex insperato et postea quisquis auxilium simile temptavit. Alias apud auctores cynorrhodi una medicina erat spongiolae, quae in mediis spinis eius nascitur, cinere cum melle alopecias capitis expleri. in eadem provincia cognovi in agro hospitis nuper ibi repertum dracunculum appellatum caulem pollicari crassitudine, versicoloribus viperarum maculis, quem ferebant contra omnium morsus esse emedio, alium quam quos in priore volumine eiusdem nomine diximus.*

a pedir a un boticario la hierba lombriguera, le respondió frunciendo su supina ignorancia: “Hábleme usted en botánico”. Si en botánico le pidiese el *abrotanum*, le diría: “Hábleme vuestra merced en castellano”. Rabsaces habló en hebreo a los embajadores de Ezechias, que era el vulgar (4 Reyes, capítulo 18), y estos le suplicaron que, porque no lo entendiese el pueblo [379v] que estaba en la muralla, les hablase en siríaco, que bien le entendían: “Precamur ut loquaris nobis servis tuis syriace; si quidem intellegimus hanc linguam”<sup>314</sup>. Y no quiso Rabsaces sino hablar hebreo que aun entonces era el vulgar del pueblo.

(§ 4276) Médicos y boticarios deben saber latín y aun griego y algo de arábigo, pues Hipócrates, Galeno y Dioscórides escribieron en griego y en arábigo, Avicena —y por no salir del texto, Mesué (que es el príncipe de los boticarios y almodrotistas) escribió en siríaco; y Nicolás Myrepsio las 2267 confecciones de su *Antidotario* en griego de la Media Edad. Vea la familia hipocrática cómo entenderá aquellos originales sin saber las lenguas respectivas. Pero que esas se sepan o no, ¿quién duda que a un zaparrastroso latín de boticario se debe preferir un vulgar castellano que entienda todo el pueblo? “Hábleme usted en botánico” —que respondió aquel mamacallos [380r] a uno del pueblo— significa que el pueblo debe saber la jerga de médicos y boticarios siendo, por lo contrario, preciso que esos estudien y sepan el idioma vulgar de la multitud.

(§ 4277) En tiempo del rey Ezechias era el idioma vulgar el hebreo o judaico, el cual a pocos años, en la transmigración de Babilonia, se perdió y pasó de lengua viva a lengua muerta de los libros y doctos, y entonces los caracteres primitivos hebreos (que eran como los samaritanos de hoy) se perdieron y se tomaron los caracteres asirios o caldeos. Así, los caracteres hebreos de hoy en los libros no son hebreos, sino caldeos. El dicho Rabsaces, que era asirio y capitán del rey Sennacherib, que venía contra Jerusalén, sabía su lengua vulgar caldea y la lengua hebrea como extraña. Los tres embajadores que Ezequias envió a Rabsaces [380v] sabían su lengua nativa y vulgar, que era la hebrea y, además de esa, sabían la lengua caldea, asiriaca o, según la *Vulgata*, siríaca.

(§ 4278) Quería Rabsaces persuadir al pueblo que se rindiese a Sennacherib, y como sería necedad hablarle el caldeo —pues el pueblo no entendía ese idioma— les habló en su vulgar hebreo. Y entonces le dijeron los embajadores que hablase en caldeo o siríaco y no en el vulgar hebreo, porque no lo entendiese el pueblo: “audiente populo qui est super murum”<sup>315</sup>. Pero como Rabsaces no venía a persuadir sino al pueblo, persistió en hablar, y a voces, en hebreo: “Et clamavit voce magna iudaice: Audite verba regis magni, regis assyriorum”<sup>316</sup>, etc. He leído de Themistocles que, por no fiarse en intérpretes en su embajada a Persia, había estudiado antes la lengua persiana.

[381r] (§ 4279) Es derecho de las gentes y aun natural que al pueblo se le hable siempre en su lengua vulgar nativa, o sea instruyéndole, o persuadiéndole, o enseñándole, o comerciando, o conversando. El pueblo no sabe más que su idioma. Y siendo la historia natural en toda su extensión de agricultura, botánica, etc., no ciencia de gabinete, sino objeto de todo el género humano, se debe hablar y contratar con el pueblo solamente en lengua vulgar. Y si no la sabe el que ha de contratar, que la estudie o deje el empleo. La hierba lombriguera es el abrótno, y así se halla en Laguna (sobre el tercero de Dioscórides, capítulo 27) tratando del abrótno “el cual mata las lombrices del vientre, de donde nace que a cada uno de ellos llaman algunos *yerba lombriguera* en Castilla”. ¿No está esto en castellano y en libro que debe estar en el mostrador de las boticas?

<sup>314</sup> Te rogamos que digas a tus siervos que nos hablen en siríaco pues entendemos esta lengua. 2 Reyes 18, 26.

<sup>315</sup> El pueblo que está sobre el muro. 2 Reyes 18, 26.

<sup>316</sup> Y gritó en hebreo con voz potente: oíd la palabra del gran rey, del rey de los Asirios. 2 Reyes 18, 27.

[381v] (§ 4280) ¿No está también en castellano y es harto vulgar el libro que el médico del Rey escribió de los dos abrótanos? Digo del médico Tomás de Murillo. Este, en la página tercera, hizo escarnio en profecía del idiota que dijo “hábleme usted en botánico”: “Gran lástima es que haya boticarios que no conozcan las hierbas y plantas, y aun las muy ordinarias; mire como conocerán las extraordinarias, porque las compran de herbolarios rústicos y sin hacer más reparo las entran en las composiciones”. Esta mortífera ignorancia abraza el estilo botánico de latinajos chapuceros y el estilo botánico de la pura lengua castellana. Dudo que haya lengua más pobre que la castellana de nombres escritos que signifiquen mixtos de la historia natural española.

(§ 4281) Dije nombres escritos, pero si se atiende a los nombres de viva voz [382r] y que no se escriben, creo que la lengua castellana a ninguna debe ceder en la copia, y que si se le agregan las voces provinciales excederá a otra cualquiera. Debe, pues, tomar el Ministerio las providencias para que en España se forme un diccionario polígloto-provincial de todos los nombres escritos y no escritos (pero vulgares) de cosas naturales que en España se crían. En primer lugar, se han de colocar los nombres puros castellanos de los libros. En segundo, los nombres puros castellanos que solo se hablan.

(§ 4282) En tercer lugar se colocarán los nombres vulgares que se hablan en cada provincia. Poco se perderá, antes se ganará muchísimo en que con tantos nombres suba ese diccionario a un tomo en folio, pues será un tesoro en folio de la lengua castellana y de la lengua española en todas sus provincias. Y no exceptúo el [382v] vulgar vascuence, pues, aunque no es dialecto de la lengua latina, por estar la Vizcaya dentro de la Península tendrá su útil el tener todos juntos los nombres vulgares vascongados que signifiquen mixtos de la historia natural de España. Si aún no se tentó por este medio averiguar el origen del vascuence, se ha andado por las ramas. Ya dije que solos los nombres de cosas naturales de un país podrán servir para conjeturar la conexión de un idioma con otro.

(§ 4283) Dije y repito que cuando en la lengua castellana, ya escrita ya solo hablada, no se hallare voz vulgar que signifique tal o tal mixto de la historia natural de España, se debe echar mano, para incorporarla en la lengua castellana, de la voz vulgar de una provincia que le signifique. *Abadejo* es voz gallega [383r] y ya se incorporó. Lo mismo digo del reo, en cuya voz se conserva el céltico-latino *redo* de Ausonio, que no entienden sus comentadores. La lengua griega tiene cuatro dialectos y el común que tomó de todos. No es lo mismo tomar un contexto seguido de un solo dialecto o solo tomar esta o la otra voz separada. Esto hizo Dioscórides y esto hizo Plinio.

(§ 4284) Diecinueve hojas en folio graeco-latinas se hallan en la famosa edición de Dioscórides de Saraceno del año 1598. En ellas están muchos nombres extraños para cada vegetable. Llámense *los nombres espurios de Dioscórides* porque no los puso él, sino que se le agregaron. Entre esos hay nombres de varias naciones: egipcios, celtas, españoles, romanos, tracios, africanos, etruscos, dacios, etc., y aun los mágicos. Allí se pone [383v] *sistrameor* como voz céltica, y en Galicia se conserva la voz *sixtra* o *xistra* para significar lo mismo, que es el *meum*.

(§ 4285) Todos esos nombres son antiquísimos, pues la edición de Apuleyo *De herbis*, tiene 24 hojas en folio y en latín, tratando de las virtudes de las plantas y con muchísimos nombres bárbaros para cada una, a imitación de los espurios de Dioscórides. Estas voces de Dioscórides y de Apuleyo se deben incorporar debajo de cada planta y formar un solo librito, y afirmo que podrá servir de mucho a los que tuvieren genio para averiguar el origen y etimología de los nombres de los vegetables en general. Dodoneo suele usar de los espurios de Dioscórides para abultar los sinónimos de muchos vegetables. Lo que no tiene



duda es que esos nombres de Dioscórides y de Apuleyo son muy anteriores a la medicina [384r] árábica en Europa y a toda la canalla de voces árabigas que con ella se introdujeron.

(§ 4286) Al principio del siglo XIV y en el año 1317 escribía Matheo Sylvatico. Como él mismo dice, era médico, y escribió su *Opus pandectarum*, y por eso se cita ‘El Pandectario’. Era médico y mantuano. Su obra es un diccionario en folio y en latín y por el alfabeto, en el cual pone infinitas voces latinas, griegas, siríacas, árabigas, persianas y bárbaras que se hallaban en los escritos de historia natural, botánica y medicina. Y de camino inserta los mortales errores de los boticarios, como el de tomar el ajo silvestre, venenoso, por la salutífera planta ‘el *scordio*’, y él vivía en el mismo error. Si esa obra estuviese bien hecha, sería un tesoro para la nomenclatura [384v] de toda la historia natural, pero es un *chaos, rudis indigestaque moles*<sup>317</sup>, a causa de la variedad de escribir y de pronunciar las voces orientales.

(§ 4287) Fernando de Sepúlveda, segoviano, médico y boticario, compendió las dichas Pandectas de Sylvático por el abecé y con el título *Manipulus medicinarum*. Imprimiose en Salamanca en folio, año de 1523. Lo singular de este libro consiste en que el autor pone los nombres vulgares castellanos de los simples que explica y a los cuales señala sus virtudes. Además de esta precisa curiosidad, señala los precios según entonces se vendían. Antes de Sylvático ya Simon Januense había sacado un semejante diccionario con el título *Clavis Sanitatis*.

(§ 4288) El médico Juan Ruiz de Fontecha imprimió el año 1606 en Alcalá [385r] un *Diccionario médico* que ocupa 158 hojas en cuarto. Es a imitación de las Pandectas, y tiene de más el que a las voces latinas y bárbaras pone muchos nombres castellanos correspondientes y vulgares, verbigracia: “*abrotanum*, la yerba lombriguera, tomillo perruno en algunas tierras”. Yo oí llamarle en El Espinar *escobas mujeriegas* y el mismo nombre le dio el segoviano Sepúlveda en la voz *abrotanum*. En Madrid se llama *matoca* y *matueca*, y por ser común ese vegetable en el paseo que llaman *de las Batuecas* —y ser símbolos la *m* y *b*, no es inverisímil que *batuecas* venga de *matuecas*, y esta voz del latín *macta* y del castellano *mata*. Tengo los espurios de Dioscórides, Apuleyo, Sylvático, Sepúlveda y Fontecha, y lo que más estimo en los dos últimos son las voces vulgares castellanas. A este tenor del abrótono [385v] es mi pensamiento que se forme un diccionario polígloto latín-vulgar y vulgar-latino de los mixtos naturales de España.

(§ 4289) Vean aquí los que son de la cofradía o gremio de aquel boticario batueco o batuecario que, pidiéndole la hierba lombriguera, respondió: “Hábleme vuestra merced en botánico”. Al vulgar no toca hablar en botánico, pero al botánico toca responder en vulgar. La conjetura de que *batueca* y *matueca* son dos nombres de la misma planta, abrótono silvestre, comunísimo en España y en Madrid, excitó en mí otra conjetura nada inverisímil, esta es, que el país o Valle de las Batuecas en Extremadura tomó el nombre de la abundancia del dicho vegetable. Tengo evidencia de que los más de los sitios [386r] geográficos de España han tomado el nombre de algún vegetable que en ellos nacía (aunque hoy no nazca) con abundancia, o de otro mixto natural.

(§ 4290) Es verdad que después de Felipe II, en cuyo tiempo se forjó la fábula, embuste o comedia de las Batuecas, se aplica la voz *batuecas* y *batuecos* a los bárbaros rústicos y a un país de tales. El nombre de Batuecas, cuya capital es la Alberca, es anterior a la fábula y al impostor. Este no fingió el nombre sino la increíble aventura de que era un país hasta él desconocido, estando en un camino real. Con el mismo ningún fundamento se pudo haber introducido significar a un páparo con la expresión “es un alberco”.

<sup>317</sup> Caos, ruda y compleja masa. Ovidio, *Metamorfosis* I, 7.

(§ 4291) En Galicia es común decir de un páparo y muy rústico “es un *laverco*”. Esto alude al pescado *laverco*, que es [386v] el sábalo cuando es totalmente insípido, inútil y que ya ninguno le come. Lo que se llama *zancado* en los salmones se llama en los sábalos *laverco*. Traje este símil por la semejanza de *laverco* con *alberco*, pues sé muy bien que *alberca* es árabe y significa ‘estanque’ y *laverco* es gótico y que alude a la *cugujada*, que en gótico y en gallego se llama *laverca*. Pero *batueca* es latín y diminutivo de *macta*, vegetable en general, y del cual, mediante *mata*, se formó *matorral*, etc. y *matica*.

(§ 4292) Los cuatro nombres vulgares castellanos del abrotano están bien puestos. *Lombriguera*, porque con su sumo amargor mata las lombrices. *Tomillo perruno*, porque se parece al tomillo silvestre (aunque es de género distinto). *Escobas mujeriegas*, porque de sus ramas [387r] hacen las mujeres unas escobitas manuales. No quiero omitir lo que me ha pasado viniendo a Madrid. Al pasar por el Santo Cristo del Caloco vi allí abundancia del dicho vegetable. Tomé una rama, y habiendo preguntado a un arriero si le sabía algún nombre, me dijo que se llamaba *mesariegas*. Preguntele de dónde era y me dijo que era de Ladrada, en tierra de Madrid.

(§ 4293) Puesto ya en Madrid, pregunté a muchos por el nombre *mesariegas*, y ninguno me respondió, y tan exótica les parecía la voz como a mí. Pero leyendo, por acaso, en el citado Sepúlveda noté que al latín *abrotanum* pone el vulgar castellano correspondiente *escobas mujeriegas*. Al punto salí de la duda y volviendo después por el mismo sitio y a comer a El Espinar, enseñé el mismo vegetable a una mujer [387v] y me dijo que se llamaba *escobas mujeriegas*. Con esto acabé de ratificarme y me acordé que siendo Sepúlveda segoviano puso el vulgar castellano de su país.

(§ 4294) Este incidente no deja de ser instructivo para penetrar los nombres vulgares españoles. Es regla general que muchas voces, no solo de la historia natural sino también de la vulgar locuela, son puramente adjetivos, habiéndosele perdido el sustantivo correspondiente. Así, de *escobas mujeriegas* solo se usa en algún país el adjetivo *mujeriegas*, y por no entender o trastornar el origen dicen *mesariegas*. La voz *matueca*, aunque es de origen latino, es muy vaga. Lo insufrible es que algunos en Madrid tengan a la *matueca* por la manzanilla. ¿Qué se podrá esperar [388r] de esos ignorantísimos batuecos? La manzanilla no tomó el nombre de los botones, sino del olor a manzana. Este distintivo debe advertir a los que tienen narices.

(§ 4295) Dirán algunos que mi modo de discurrir en la nomenclatura es largo y muy enredoso y que tan lejos de imitarle otros, aun se aterrorarán de leerle. El reparo es justo si pensase en que la multitud de los vulgares españoles se dedicasen a concordar los nombres antiquísimos orientales de la Media Edad y de los modernos que andan en los libros. No he soñado tal cosa. Antes mi deseo es de quitar todos esos espantajos y hacer fácil el estudio de la historia natural y botánica española. La literatura de los Salmasios, Vosios, Bochartes, etc., no es para médicos, [388v] cirujanos y boticarios adocenados, y menos para los españoles del pueblo que no saben más que su idioma vulgar.

(§ 4296) Pero el que ha de ser maestro de Botánica en el Real Jardín de Madrid debe manejar los libros que traen aquella infinidad de nombres y averiguar todos los nombres vulgares castellanos y provinciales que no se hallan en los libros sino en la viva voz de los pueblos. No dudo que con el tiempo habrá muchos españoles que den razón de los nombres de los libros y de los vulgares correspondientes. Creo que de presente habrá tal cosa, pero confieso que a ninguno conozco ni he conocido.

(§ 4297) Hay infinitos que hablarán mucho de los nombres de los libros y apenas podrán hablar de los nombres vulgares. Habrá otros que sabrán muchos nombres vulgares de [389r] vegetables y aun sabrán

sus virtudes, pero no habrá que hablarles de nombres de los libros, a no ser aquellos que coinciden con los mismos nombres vulgares, como chelidonia, peonia, marrubio, salvia, etc. Ninguno de esos dos son suficientes para enseñar bien la botánica española a los españoles. El maestro ha de saber para sí y para enseñar a otros. Para sí y para comunicar con los eruditos ha de estar enterado de los nombres y virtudes de los autores, y para comerciar con el pueblo ha de saber los nombres del pueblo.

(§ 4298) Pongamos que en Madrid haya tres sujetos muy doctos en todo lo que consta de los libros de vegetables e historia natural, con los nombres, usos y virtudes —el maestro del Real Jardín, un médico y un curioso—, pero que ninguno de los tres hizo caso de saber los nombres vulgares castellanos y los provinciales. Pregunto: ¿cómo esos tres se han de comunicar por escrito con los españoles [389v] que ni son médicos ni botánicos ni saben latín ni tienen libros? Esta clase de personas que es a contar por millones, es la que constituye la nación española. A estos el escribirles en latín es fatua pedantería. El escribirles en latín botánico es escribirles en tupinambo o en jerigonza. A esos se debe escribir en vulgar y con voces puramente vulgares de la historia natural y de los vegetables de España.

(§ 4299) Escribe uno de aquellos romancistas a uno de los tres de la suposición pidiéndole una planta para tal enfermedad y que la pueda coger fresca, ¿será respuesta al caso escribirle que tome el cocimiento de la *vitis idaea*? No, por cierto. Pero si el que pregunta es castellano de las montañas de Burgos y se le responde que tome la planta de los ráspanos; si es asturiano y se le dice que tome la de los arándanos; y si es gallego que tome la de los arandos, se explicará con [390r] todos y todos le entenderán. Véanse ahí tres voces vulgares: *ráspanos*, *arándanos* y *arandos*. Y siendo *ráspano* castellano puro, ¿cómo no se halla en los diccionarios?

(§ 4300) La razón es palmaria. Los autores de los diccionarios se han fiado ciegamente en los escritores de botánica y de historia natural. Estos huyeron de los nombres vulgares poco comunes y solo se engolfaron en el inmenso océano de la nomenclatura latina o alatinada en el cual no se puede hacer pie fijo para la fija correspondencia de los nombres latinos con los vulgares. Sin asentar esta fija correspondencia, toda la botánica de los libros no sirve para saber la botánica del campo en tal o tal país de España. Primero se debe saber la botánica de tal país y con sus nombres vulgares y después se podrán consultar los libros.

(§ 4301) Pongo el ejemplo por el lado [390v] opuesto. El que conoce el ráspano informa a uno de los tres de la planta, nombre vulgar y de sus usos y virtudes. Dícele que es un singular específico experimentado para tal enfermedad, pero que desea saber el nombre de los libros. ¿Qué ha de responder el que recibe la pregunta? No digo que responderá “esa no es oficial” o “hábleme o escríbame usted en botánico”. Esas respuestas las tienen estancadas los boticarios batuecos. Lo que responderá es que no viendo la planta no puede adivinar el latín correspondiente a *ráspanos*, pues no le ha hallado en sus libros.

(§ 4302) ¿Y por qué no se halla en los libros, a lo menos en los españoles, siendo tan común en los montes de España ese vegetable? Los niños, pastores y otros le conocen, le comen y aun su frutilla se vende en los mercados. ¿Qué botanista castellano puede ser el que ignora esto? Esto es lo primero que debe saber. Con saber *vitis idaea* no se hace idea [391r] de ráspano, pues se aplica a la gayuba o *uva ursi* y a otros. Al contrario, *ráspano* solo se aplica al *arándano* de Asturias o al *arando* de Galicia. Ninguno, pues, puede dudar de la identidad del vulgar ráspano, y sobre el latín *vitis idaea* no se puede hacer pie fijo.

(§ 4303) Cuando oí la voz castellana vulgar *ráspano*, como esdrújulo, me dio golpe, por lo mismo que no se me ofrecía su origen. Lo primero que se ofrece es que se derive de *raespante*, por ser astringente. Pero

el esdrújulo *ráspero* me hizo pensar en otro origen: *mespilus* (el árbol) y *mespilum* (el fruto), ‘níspero’, son estípticos y astringentes cuando verdes. El fruto se llama también *níscolo*. El tránsito de *l* a *n* y de *n* a *r* no es raro, luego vale *ríspono*. Y si se dijo antes *níscolo*, se formó con el tiempo *ríspero* y al fin *ráspero*. A una *vitis idaea* llama Lemery *mespilus fructu nigro*. Clusio, página 61, pone la historia de esa *vitis* [391v] *idaea*, pero no pone nombre vulgar.

(§ 4304) El níspero y el ráspero o *arando* en nada se parecen y solo convienen de algún modo en la estipticidad. Poco importa que guste o no guste esta etimología mientras no se señale otra que me guste a mí. Una de las principales obras que faltan en la República Literaria es un libro que trate de la imposición de los nombres, haciendo sistema de los muchos, varios y aun disparatados modos que ha habido de poner nombres a las cosas. En el mismo libro se deben poner los modos que hay de trasladar la significación primitiva y propia de una voz a otras significaciones (segunda, tercera y cuarta, etc.), en las cuales se fundan las metáforas.

(§ 4305) He observado que los castellanos usan las más de sus voces en la significación metafórica en segundo, tercero o cuarto grado, y que usan pocas en su significación primitiva, [392r] no siendo las voces que significan mixtos naturales. Esta gravísima dificultad en penetrar las significaciones metafóricas y en discernirlas supone la otra dificultad de averiguar el motivo de haberse puesto tal nombre a tal cosa. Unos motivos serán propios y justos, otros fortuitos y casuales, otros ridículos y otros fundados en la ignorancia de las cosas.

(§ 4306) El libro que tratase de todo lo dicho con método, claridad y exactitud sería un tesoro sin igual para penetrar la lengua castellana y para proceder con seguridad en averiguar el origen y etimología de sus voces vulgares y de las de las provincias de España. Ya veo que este estudio no es para todos y menos para médicos, cirujanos, boticarios y botanistas de comunidades. La razón es porque mal podrán pensar en averiguar el origen de las voces castellanas de la botánica e historia [392v] natural española los que nunca han oído esas voces vulgares y aun huyen de saberlas por no manchar los armiños de su bárbara, chapucera y chanflona latinidad, la cual solo les sirve para llenar sus cabezas de errores y contradicciones.

(§ 4307) No se dejarían preocupar de tanta broza que hay en los libros si antes hubiesen conocido los mixtos naturales españoles y con sus nombres vulgares castellanos, y para entenderlos mejor, con los nombres vulgares provinciales de los mismos mixtos. Con los nombres vulgares —aunque algunos estén mal puestos— como se concuerde en los significados, no se puede originar error ni contradicción alguna. Al contrario, confiándose en los solos nombres de los libros, será quimérico ya el concordarlos. Estoy en que la voz castellana *madroño* no está bien aplicada al arbusto *arbutus*, ¿qué importa si todos concuerdan [393r] en el significado?

(§ 4308) Una de las especies del níspero es en Dioscórides *mespilus aronia*. A eso es consiguiente que hubiese *malus aronia* y *malum aronium* para el fruto, llamándose este *malo aronio* o *malaronio*, mudando la *l* en *d* (que es trivial) resultó sin violencia *madaronio*, y al fin *madroño* en castellano. El verdadero *aronio* es el *acerolo* (en italiano *azarolo*), voz árabe de *zarur*; y de hecho el *acerolo* es especie de níspero con variedad de hojas y se arrima más al arbusto espinoso de majuelas cuyo latín es *oryacantha*. A su frutilla, que hacia Talavera llaman *guindas de Nuestra Señora*, llama el padre Alcalá *majuetas* en castellano, y en morisco *zaror*.

(§ 4309) Ya se ve que el *acerolo* no tiene conexión con el *arbutus* latino, [393v] al cual algún médico castellano llamaría *madroño*, y al cual siguieron todos. Pero no los gallegos y asturianos y bercianos. *Madroño* no es voz gallega, y le repugna la terminación. Los gallegos conservan el latín *arbutus* en su vul-

gar *erbedo*, *erbedeyro*, *erbedosa*, *erbedal* y *erberedo*, de *arbutetum*, latín, que hubo y se ha perdido. Los asturianos y los del Bierzo llaman a los arbustos *borrachines*, porque atolondran y emborrachan. Pero es muy del caso que en el Bierzo se usa la voz *madroño* y *madroñero*, pero no tan mal aplicado como el *madroño* castellano al *arbutus*, sino al latín *sorbus*, que es el árbol serbal, cuya fruta son las serbas. Diré por qué está bien puesto el nombre.

(§ 4310) El espino de majuelas, el acerolo, el serbal hortense, el níspero, el *sorbus aucuparia* —en gallego *cancereyxo* [394r] y *cornabudo*— todos son parecidos y ni remota conexión tienen con el *arbutus*. Luego, el madroño está mejor aplicado al serbal que no al *arbutus*, que también es *unedo* en latín y *cómāros* en griego. Estoy en que, aunque el acerolo le hay en el Bierzo, es árbol que vino de fuera de España, y si fuese antiquísimo le llamarían *maloaronio* o *madroño*. Como no se conocía, se aplicó a bulto el nombre *madroño*. Este rasgo crítico de la nomenclatura ni se estudia ni se enseña en las universidades ni se sabe sentado en una silla rodeado de muchos libros. Es preciso peregrinar por España.

(§ 4311) Confieso que yo únicamente he peregrinado por Galicia lo bastante en cuanto al terreno, aunque en cuanto al tiempo, poco. También confieso que más y mejor me he instruído a toca teja y con la vista de ojos que retirado en [394v] Madrid con los codos sobre la mesa deshojándome y hojeando bastantes libros. Es verdad que después leí los libros con mucho aprovechamiento. Hice estudio de no preguntar cosa alguna a los de la familia hipocrática, sino a los rústicos y aldeanos. Estos me enseñaban el mixto y a veces me daban el nombre vulgar gallego del país y me decían los usos y virtudes medicinales que tenía entre los aldeanos por tradición, y esas tres cosas eran las que yo deseaba saber.

(§ 4312) En cuanto a los nombres vulgares no pudo haber falencia, porque veía los mixtos y vegetales, los manoseaba, oía los nombres, los entendía, los apuntaba y los tomaba de memoria. No me aterraba el que un mismo vegetable tuviese muchos y diferentes nombres vulgares, según la diversidad de países de Galicia. Antes bien, gustaba de oírlos todos, por si en alguno descubría vestigios de la Antigüedad. [395r] En Galicia, a dos o tres leguas de distancia de un lugar a otro, ya muchos mixtos tienen nombres diferentes. Esto sucede también en León, Castilla, Andalucía, etc. ¿Y dejarán por eso de ser todos puros nombres españoles? ¿No deben ser esos preferidos a los nombres bárbaros de los libros de botánica que o no se entienden o se confunden?

(§ 4313) En cuanto a los usos domésticos y económicos de los mixtos, tampoco hubo ni podrá haber falencia o engaño. Eso dependerá de la visible y constante experiencia, que no admite duda. Si los aldeanos de la aldea o jurisdicción testifican unánimes que los tales mixtos les sirven para fábricas, para tejidos, para tintes, para leña o carbón, para enredos y golosinas de niños y para alimentos de todos, no se necesita consultar los libros que pongan o no pongan los mismos usos. Si ponen otros más, no se deben [395v] admitir en el lugar hasta después de repetidas experiencias. En los libros hay no pocas mentiras, y en la experiencia, ninguna. Este ramo de averiguar por todos los rincones de España los usos de sus mixtos (en lo que ninguno ha pensado y menos en juntarlos todos) dará un grande realce al comercio.

(§ 4314) El tercer punto que se debe averiguar pertenece a las virtudes medicinales de los mixtos españoles. En esta materia hierven las mentiras en los libros y recetarios: errores, falencias, falsedades, engaños, engañifas, imposturas, baladronadas —y por razón de algunos mixtos venenosos que se ignoran, muchos errores lastimosos y mortales. Todo eso hay en los libros y en la experiencia. Por eso es tan falaz la medicina, porque, cuando más, solo se estudia en ese género de libros de los cuales pocos o ninguno se han escrito [396r] para España. Así, he dicho algunas veces que falta medicina española, botánica española, boticario español y médico español.

(§ 4315) Y repasando las provincias digo que falta medicina gallega, botánica gallega, botica gallega y médico gallego. La voz *gallego* no la aplico a personas, sino a los mixtos de Galicia. No pido más, sino lo que el más mínimo chinés tiene sin pedirlo, que es medicina china, botánica china, botica o géneros chinos y médico chinés. Para reducirlo a breves palabras, digo que falta en España un Dioscórides español y aun un Plinio español también. A tener estos dos autores se debe aspirar.

\* \* \*

### DIOSCÓRIDES

(§ 4316) Dioscórides no tanto ha sido autor original cuanto un curioso y laborioso colector de los nombres vulgares [396v] y de las medicinales virtudes que pudo recoger peregrinando por su país, que era Cilicia (en la Asia Menor) y por otras partes, como militar que era. No escribió como un metafísico y disputante perenne adicto a una escuela y de asiento en una aula. Contra esos declama el mismo Dioscórides en su Prólogo, que no atendían a la experiencia: “Medicamentorum vero facultates et examina cursim tradiderint; ac minime vim eorum ad experientiae normam examinantes”<sup>318</sup>. Es precioso lo que añade: “Sed inania in assignandis causis; verba funditantes singula in controversiarum acervum extulerint: praeter quam quod alia pro aliis descripserunt”<sup>319</sup>.

(§ 4317) La expresión *in controversiarum acervum* o ‘el montón de controversias y disputas’ y con una verbosidad sin significado —*inania verba*— prueban lo [397r] poco que se puede esperar de patadas y silogismos no consultando antes la experiencia. Dice Dioscórides que mucho de lo que escribe lo vio por sí mismo (*oculata fide*). Otro lo tomó de la historia en que concordaban todos (*ex concordia apud omnes historia*). Y que lo otro lo aprendió de las prácticas domésticas y vulgares (*quae apud singulos essent domestica atque vernacula perdidicerimus*). No creo que Laguna en la versión castellana que hizo del Prólogo de Dioscórides cometiese el craso error que se halla en la reimpresión que de Dioscórides hizo el médico Ribera.

(§ 4318) No tengo más texto castellano que el que sacó Ribera. Este imprimió: “Porque —según tú bien sabes— mi vida siempre fue familiar”. ¿Qué quiere decir esto? Substitúyase “vida militar” y será conforme al original griego y a las traducciones [397v] latinas. El último texto le tradujo Laguna así: “Y, finalmente, entendido algunas de la relación que me hicieron los habitantes de los lugares a donde ellas nacen, después de haber sido por sí preguntados”. Véase aquí como Dioscórides compuso su obra botánico-médica. Confiesa que desde niño se dedicó a saber esa materia, que ha sido militar, que ha peregrinado mucho, que tomó de los aldeanos muchas cosas, que otras muchas cosas las vio por sí mismo, y que siempre consultó la experiencia.

(§ 4319) En cuanto a la nomenclatura pondré aquí una reflexión. Mal pudiera Dioscórides usar de tanta multitud de nombres griegos si únicamente se hubiese ceñido al lenguaje griego común de los libros escritos antes de él. Luego, no pudo menos de adoptar muchísimas voces griegas vulgares de las provincias. [398r] Así pues, todo nombre griego que signifique mixto natural y que no se halla en los libros griegos anteriores a Dioscórides es verisímil que este le tomase de los rústicos en sus peregrinaciones —los cuales nombres vulgares, incorporados ya con el griego común, hoy pasan por griegos puros. Lo mismo sucederá con los nombres vulgares de las provincias de España.

<sup>318</sup> Pues las facultades de los medicamentos y su examen curso por curso los describieron, y muy poco examinaron su poder según la norma de la experiencia.

<sup>319</sup> Sino arrojando una verbosidad sin significado en asignar las causas, llevaron cada una al montón de las controversias, además de que unas las describieron por otras.



(§ 4320) Los nombres sobreañadidos a los de Dioscórides y que llaman espurios prueban lo dicho. Viendo los escritores posteriores a Dioscórides que este había puesto los nombres vulgares, fueron añadiendo más y más, no solo vulgares en la Grecia sino también en África, Egipto, celtas, españoles, romanos, etc. Yo estaba en que la voz castellana *veleño* venía del latín *veneno* por ser veneno *pro famosiori*. Ya lo dudo. El *veleño* se llama en los libros [398v] *hyos-cyamos* (*porci-faba*, porque mata los puercos), en latín *herba apollinaris*. Entre los espurios de Dioscórides se dice que los galos, que eran los celtas, le llamaban entonces *Belinuntia*: “*Galli, belinuntiam*”<sup>320</sup>.

(§ 4321) Esa planta estaba dedicada a Apolo, y los celtas llamaban a Apolo, Beleno. Hay inscripciones: *Beleno Apollini*, y otras que se pueden ver en Elias Schedio, que se acuerda de la *Hierba belinuntia*. Es muy creíble que siendo el *veleño* y la *apolinar* una misma planta mortífera, que la voz *veleño* haya quedado de *Beleno*. Por eso se debe escribir con *b* (*beleño*) como quieren algunos, pero no por la razón que dan, que se deriva del árabe *Bengi*. No hay tal cosa. El árabe del *veleño* en el padre Alcalá es *çayquaran*. Es verdad que Golio en la columna 328 pone al *Hyoscyamo* el árabe *Banj*, [399r] pero esa voz corresponde al *Bangue* de los orientales, que es como cáñamo en todo y da cáñamones. Cristóbal de Acosta trata del *bangue*, y le copió Clusio. Es planta soporífera, pero en nada se parece al beleño.

(§ 4322) Por no perder esta ocasión de corregirme a mí mismo pondré esta reflexión: el gallego puro del *veleño* es *meimendro*, y de Galicia pasó a Portugal. Siendo planta tan venenosa y peligroso el manosearla, pensé que se le habría puesto un nombre que advirtiese a los niños y a los incautos. Sé que una planta espinosa tiene el nombre de *abreojo* y otra, *abrepuño*. El frútice espinoso *brusco* se llama en gallego *mezquita*, y vi escrito en instrumento muy antiguo *met-quita* o *mete-quita*. Los franceses llaman al feroz pescado tiburón [399v] *requiem*. Creí, pues, que el *veleño* se llamaría *memento*, después *meimendo* y *meimendro*. Después, leí que en Matheo Sylvatico se llama el veleño, *milimandrum*, y que cita a san Isidoro. Así, me inclino mucho más a que *meimendro* viene de *milimandro*, aunque no sé el origen de esa voz.

(§ 4323) Del mismo modo que Dioscórides, para enriquecer la lengua griega y quitar equivocaciones, tomó muchos nombres vulgares de los pueblos y aldeas por donde peregrinaba, así aprendió de los mismos muchas virtudes medicinales para aumentar la verdadera medicina experimental. Dije verdadera y no me retracto, porque asiento a lo que dice Plinio: “cum remedia vera pauperrimus quisque cenet”<sup>321</sup>. De los orientales dice Estrabón (página 713): “Medicinam plurimum per [400r] cibos perfici; non autem per medicamenta”<sup>322</sup>. Todo medicamento interior que *simul*<sup>323</sup> no sea o no pueda ser alimento, le tengo por muy sospechoso.

(§ 4324) Al contrario, de cualquiera cosa que sea o pueda ser alimento, creeré que tiene muchas virtudes medicinales y que esos serán los verdaderos medicamentos, *remedia vera*. Repásense los alimentos

<sup>320</sup> Los galos, belinuntia.

<sup>321</sup> Cuando todo el mundo, incluso el más pobre, cena verdaderos remedios. Vid. Supra. Plinio, *Naturalis Historia* XXIV, 1, 5. Cf. Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, t. 1, *Discurso quinto De medicina* 49: “Los remedios costosos, y raros son del gusto de muchos Médicos, y del de todos los Boticarios. No les falta ya a algunos más que recetar, como dijo Plinio, las cenizas del Fénix: *Petitis etiam ex nido Phoenicis, cinereque medicinis*. Lo mismo digo de los remedios exóticos, y que vienen de lejas tierras. En ellos tienen sus cuentos los Médicos para la ostentación de su Arte, y los Droguistas para aumento de su caudal; pero, como dice el mismo Plinio en otra parte, y la experiencia enseña, son mucho más útiles, y seguros los remedios baratos, y caseros: *Ulceri parvo medicina à rubro mari imputatur; cum remedia vera pauperrimus quisque caenet*”.

<sup>322</sup> Entre la mayor parte se asume la medicina a través de la comida, y no tanto de los medicamentos.

<sup>323</sup> Al mismo tiempo.

más triviales —agua, verbigracia, pan, leche, manteca, miel, vino, vinagre, agraz, aceite, harina, verduras, frutas, etc.— que entran en las cenas de los pobres, y ninguno podrá contar los infinitos remedios que contienen esos mixtos. De esos se componen los remedios *euporistos* o caseros, y, cuando más, con este o con el otro vegetable patrio, *facile parabilis*<sup>324</sup>. De estos materiales caseros formó Dioscórides lo mejor de su obra.

[400v] (§ 4325) Los babilonios tenían la ley —según Heródoto, libro I— de exponer los enfermos en la plaza, porque no tenían médicos, para que cada vecino los observase y dijese su dictamen según las enfermedades que habían visto semejantes, y decían el cómo se habían curado: “Legem aegrotos efferendi in forum (neque enim medicis utuntur) ut de eorum languore consulant qui eos adeunt; si quis et ipse eundem passus est morbum aut alium vidit patientem”<sup>325</sup>. Estrabón (libro XVI, página 746) copió de Heródoto la misma ley, pero no sé de quién copió la equivalente ley que dice tenían los españoles septentrionales (libro III, página 155): “Aegrotos vetere aegyptiorum consuetudine, in viis deponunt ut qui eum morbum experti sunt iis consulant”<sup>326</sup>. En esto se ve que más antigua es la medicina española casera que la de los libros.

[401r] (§ 4326) A eso alude lo que Plinio dice de los españoles antiguos: que hacían una bebida de 100 plantas diferentes. ¿Quién duda que si conocían 100 plantas para un alimento no las conocerían para medicamentos domésticos y *euporistos*? Aún hoy se conserva algo de aquellas leyes. No hay ninguno que visite a un enfermo que no le prescriba algún remedio con el cual le ha ido bien en semejante enfermedad. Si algunos muertos resucitasen, serían más instructivos advirtiéndole que con tales remedios de los libros y de recetas los mataron.

(§ 4327) Para despreciar y ridiculizar los remedios caseros han inventado los médicos el falso sonsone te que “son remedios de viejas”, que para mí corresponde a “son remedios fáciles y experimentados por tradición”. A esos me atengo y no a los de los libros o de la nueva [401v] fábrica para hacer experiencia en el primero que enfermarse, y caiga quien cayere. Nótese que ninguna vieja usará de metal o mineral para remedio interior, y menos de pócimas de botica o de venenos químicos. Tampoco piensan en sangrías y, si juzgan a propósito el purgarse, echan mano de algún vegetable que *simul* sea alimento y un purgante muy benigno. Y si no fuera por algunos idiotas cirujanos entremetidos y avarientos, vivirían los de las aldeas o eternamente o muy sanos los días de su vida, pues su pobreza los libra de los errores de médicos.

(§ 4328) El remedio casero que más se usa en Galicia es el *viño quente* o *cocido*. Compónese de vino, miel y manteca, todo cocido. ¿Quién dudará que ese cocimiento o caldo es una sustancia muy alimentosa? Pues ese mismo cocimiento es el remedio que usan, bebido, para curar los tabardillos, por lo mucho que [402r] excita el sudor. Además de lo dicho, ese mismo licor sirve de regalo. No hay pobre, por infeliz que sea, que no se regale con *viño quente* la noche de Navidad, como otros beben hipocrás. A esa composición de vino y miel llama Dioscórides *oeno melites*, y el latín *mulsum*, y Laguna, libro V, capítulo 9, *vino mulso*. Esta bebida viene de muy antiguo.

(§ 4329) Plinio es el otro autor que hace mucho al caso para la nomenclatura vulgar de la botánica e historia natural del mundo. No hay escritor latino que nos haya conservado tantos nombres como Plinio

<sup>324</sup> De fácil preparación.

<sup>325</sup> La ley de conducir a los enfermos a la plaza —pues no se sirven de médicos— de modo que quienes pasan junto a ellos les aconsejan sobre su mal, en caso de que alguno hubiese sufrido la misma enfermedad, o viese padecerla a otro. Heródoto, *Historia* I, 197.

<sup>326</sup> Según la costumbre egipcia, exponen a los enfermos en los caminos para que quien haya padecido su enfermedad pueda aconsejarlos. Estrabón, *Geographia* III, 7.

en su *Historia natural*. Tuvo presentes dos mil autores griegos y latinos, los más de los cuales se han perdido del todo y solo se conservan los nombres de todos. Si se hubiese perdido la *Historia natural* de Plinio, quedaría la lengua latina hecha un esqueleto y muy pobre de voces significativas de cosas naturales.

(§ 4330) Lo que hace a mi asunto es que Plinio ingirió en su puro latín muchas [402v] voces vulgares de todo el Imperio romano. Y al modo que latinizó muchas voces griegas también latinizó muchas voces vulgares, las cuales, ya incorporadas, pasan por latinas. Hay en Plinio muchas voces que solo se hallan en él. Y como dije de Dioscórides, se deben mirar como voces vulgares las más de aquellas que no se hallan en escritor latino anterior a Plinio. La lengua latina es muy corta de voces de la historia natural, y, así, ha mendigado las más de la lengua griega, de los dialectos de la latina y del idioma vulgar de las provincias.

(§ 4331) Las voces *alauda* por la cugujada; *betula* por el abedul; *ganta* por el ganso; *raphio* por el lobo cervical, etc. son voces gálicas o célticas. *Nabis* por la jirafa, o *struthis* (camello) y *celtis* por *lotus* (árbol) son africanas. Expresamente dice (libro X, capítulo 22) que los españoles llamaban *avestardas* a unos pajarotes que el griego llama *otidas*: “Quas Hispania aves tardas appellat Graecia [403r] otidas, damnatas in cibis”<sup>327</sup>. Esto prueba que *avutarda* era voz española. La voz *ulex* solo se halla en Plinio, y por eso la entienden pocos. Era voz gallega que aún hoy se conserva en el vegetable trivial *urce*, de *ulice*, y que el leonés traspuso en *vrezo* o *brezo*.

(§ 4332) Plinio tuvo muchos empleos políticos y militares. Ha sido procurador en España. Peregrinó mucho por mar y por tierra, y a fin murió en la terrible erupción de las llamas e irrupción de las cenizas del Vesubio, que abismaron la ciudad de Herculano (que hoy se va descubriendo) en tiempo del emperador Tito. Escribió mucho y de todo. Pero todo se ha perdido y solo ha quedado y se conserva entera sus 37 libros de la *Historia natural*, que es un tesoro de la lengua latina y de lo que Dios ha criado.

(§ 4333) Trató Plinio de los tres reinos de la historia natural: del vegetable, animal y mineral. Lo que más hace a mi principal asunto es el reino vegetable y el medio por donde Plinio llegó a instruirse y [403v] a saber tanto de ese reino. Había en Roma en tiempo de Plinio un insigne botanista llamado Antonio Castor. Este tenía un huerto o jardín botánico suyo en el cual cultivaba muchos vegetables en la edad de más de 100 años, y el cual jamás estuvo enfermo ni le flaqueó el cuerpo ni la memoria. ¡Cosa prodigiosa! Siendo tan inteligente de los vegetables, o no enfermaría preservándose de las enfermedades con las virtudes de los vegetables, o curándose con solos vegetables, si le acometió alguna. Este, pues, Antonio Castor ha sido el maestro de Plinio.

(§ 4334) El mismo Plinio refiere esta historia en el libro xxv, capítulo 3. Supone que Castor era el primer botánico de su tiempo: “Cui summa auctoritas erat in ea arte nostro aevo”<sup>328</sup>. Dice que, excepto pocos vegetables los demás los vio, contempló y estudió Plinio en el jardín de Castor: “Nobis certe exceptis admodum paucis contigit reliquas [404r] contemplari scientia Antonii Castoris visendo hortulo eius, in quo plurimas alebat; centesimum aetatis annum excedens etc.”<sup>329</sup>. No creo que un médico en una botica, o en un laboratorio químico, o en la casa de un droguista, conserve 100 años, sin alteración, su vida, como Antonio Castor la conservó metido en su jardín, entre los solos vegetables que en él se criaban.

<sup>327</sup> Las aves que en Hispania se denominan tardas, en Grecia se llaman Otides, y se matan para comer en las comidas. Plinio, *Naturalis Historia* X, 29, 57: *moriuntur contumacia spiritu revocato. proximae iis sunt quas Hispania aves tardas appellat, Graecia ωτιδες, damnatas in cibis*.

<sup>328</sup> En esta disciplina él era la máxima autoridad en nuestra época. Plinio, *Naturalis Historia* xxv, 5, 9.

<sup>329</sup> Exceptuados unos pocos, la ciencia de Antonio Cástor permitió contemplar el resto viéndolas en su huerto, en el que cultivaba muchas; pasaba de los cien años.

(§ 4335) Acaben de abrir ya los ojos los españoles y sepan que la verdadera medicina está en los vegetales, que podrán nacer en un huerto o jardín, y estén advertidos de la trapaza que descubrió Plinio: “Si ex horto petantur aut herba vel frutex quaeratur, nulla artium vilior fiat —habiendo dicho antes que todo almodrote de botica no es sino una impostura y avaricia— officinarum haec immo verius avaritiae, commenta sunt”<sup>330</sup>. Todos los hombres apetecen vivir sanos y vivir mucho. Eso mejor se conseguirá viviendo como Antonio Castor, divertidos en una casa de campo entre vegetales que conozcan, que no [404v] en el bullicio de las cortes enredados entre mil enemigos del cuerpo y del alma.

(§ 4336) A la vida frugal, al ánimo quieto y a la abstracción de todo negociado que conturbe se debe atribuir el que muchos labradores lleguen a 80, 90, 100 años haciendo alimento de solos los frutos caseiros y haciendo remedios en sus enfermedades de los mismos alimentos con elección (*cum remedia vera quotidie pauperrimus quisque cenet*). No dudo que en el jardín de Castor habría plantas y vegetales muy extraños, pero, al fin, ya eran naturales, pues se daban bien: *in quo plurimas alebat*<sup>331</sup>. No para alimento o medicamento sino para hermosura y variedad, y para enseñarlos. Según lo que dice Plinio, discípulo de Castor, ni uno ni otro creían en los medicamentos que venían de lejos.

(§ 4337) Dice Plinio que de estudio no hace mención de las medicinas atribuidas a los mixtos de Arabia, de Indias y aun de más lejos: “Nos nec Indicarum Arabicarumque [405r] Mercium (drogas) aut Exerini Orbis attingimus medicinas”<sup>332</sup>. Da la razón porque ni aun los que venden esas drogas creen sus virtudes: “Non placent remedia tam longe nascentia. Non nobis gignuntur; imo ne illis quidem alioquin non venderent”<sup>333</sup>. Antonio Castor era griego, pero ciudadano romano. Como era centenario, instruiría de muchas cosas a su discípulo Plinio y, en especial, de la nomenclatura y de la correspondencia entre los nombres griegos y latinos y de muchos nombres vulgares de una y de otra lengua.

(§ 4338) Ni el botanista centenario Antonio Castor ni el omniscio historiador natural Plinio, ninguno era médico, cirujano ni boticario. Estos oficios los ejercían en Roma como oficios *de pane lucrando*<sup>334</sup> y para comer los más advertidos esclavos, pero Castor y Plinio eran libres y caballeros romanos. Tampoco han [405v] sido médicos, cirujanos o boticarios de oficio y de gremio los muchos doctísimos que ha habido en el mundo en agricultura, botánica e historia natural: papas, reyes, caballeros, eclesiásticos, religiosos y filósofos que se dedicaron a aquel estudio, porque eran racionales. De todos se podría hacer un prolijo catálogo si hiciese a mi asunto.

\* \* \*

#### PROYECTO PARA JARDINES BOTÁNICOS

(§ 4339) Lo que sí hace es que en la *Biblioteca botánica* de Segur, que ocupa un tomo en cuarto, hay muchísimos escritores con el título *Botanices Professor* o *Professor Botanices* en tal o tal universidad. Pero debe causar vergüenza que entre todos no haya un médico, cirujano o boticario español con el título de *Botanices Professor*. Dirán que en España no hay cátedras de Botánica ni de Historia natural como en todas las

<sup>330</sup> Estas son, verdaderamente, ficciones de boticas o mejor dicho, de la avaricia. Plinio, *Naturalis Historia* XXII, 56, 117.

<sup>331</sup> En el que cultivaba muchas. Plinio, *Naturalis Historia* XXV, 5, 9.

<sup>332</sup> No hacemos referencia a las mercancías de la India, ni de Arabia, ni a los medicamentos más allá del mundo conocido. Plinio, *Naturalis Historia* XXII, 56, 118.

<sup>333</sup> No gustamos de remedios que se producen tan lejanamente. No se dan entre nosotros, y es más, ni siquiera a aquellos no los venderían en ningún lugar. Plinio, *Naturalis Historia* XXII, 56, 118.

<sup>334</sup> Para ganarse el pan.

demás naciones cultas. ¿Ha podido llegar a más la desidia española? Abran los ojos los españoles y clamen [406r] contra esta desidia vergonzosa. Como traen de fuera medicamentos nocivos porque son de la moda, ¿por qué no traen la moda de establecer aquellas tan útiles cátedras para reconocer los mixtos españoles?

(§ 4340) “No conviene” —dirán los que como el perro del hortelano se interesan en que no comiendo ellos las berzas, no las coman otros. Las cátedras de Botánica y de Historia natural en España abrirán los ojos a los españoles y conseguirán que también nosotros los abramos, so pena de que se nos descubra la ciega ignorancia. Ya no estamos en términos de estudiar ahora lo que ya debíamos saber indispensablemente antes de ponernos al oficio que ejercemos. Disimulable es que así piensen los que hoy viven, y ya adelantados en edad, pero no es disimulable que piensen así para los futuros, sean o no sean de la familia hipocrática. Para ese divertido estudio no hay más familia que la que descende de [406v] Adam.

(§ 4341) Ya habrá notado el lector lo mucho que me he detenido en aclarar el real ejemplo que nuestro Rey, que Dios guarde, dio a los labradores segovianos para que se aplicasen a segar sus trigos: tomó una hoz y segó delante de ellos mostrando su vivo desagrado de que los gallegos viniesen de tanta distancia a segar los trigos ajenos, viéndolo los mismos que los habían sembrando. A la verdad no se podrá dar mayor verbigracia a la desidia y holgazanería de los labradores castellanos. El otro real ejemplo que el Rey dio a uno que no sabía plantar un árbol, tomando con sus reales manos un azadón y cavando una profunda fuesa, acusó la ignorancia española en orden a los plantíos.

(§ 4342) Pero lo que dio más motivo y más materia para extenderme ha sido la providencia que el Rey ha dado para que por muerte de don Joseph Quer se abriese [407r] oposición para conferir su empleo en el Real Jardín Botánico de Madrid. Y sobre todo porque debió disgustar a todos la condición puesta en los edictos que no se admitiría a la oposición el que no fuese médico, cirujano o boticario y tuviese la aprobación del Protomedicato. Esa condición, con tan injusta exclusiva, es totalmente opuesta a los buenos intentos de Su Majestad, que son el que por toda España se establezca el estudio de la Botánica con el fin de promover la agricultura.

(§ 4343) No digo que se pusiese exclusiva a médicos, cirujanos y boticarios, pero se debe extrañar que se haya puesto esa exclusiva solapada a todos los que no lo son —y aunque se hubiese puesto la exclusiva a solos los médicos, cirujanos y boticarios, habría menos que extrañar. Los premios que se proponen en París para el que mejor resolviera algún problema [407v] entran con la exclusiva de que ningún francés pueda optar a ellos: solo deben optar los extranjeros eruditos; los franceses optarán a los premios de otras naciones. De ese modo se entretiene el comercio literario en toda Europa y se adelantan las artes y ciencias.

(§ 4344) Mal se podrá adelantar en España la historia natural, botánica y agricultura si el estudio de esas facultades, casi desconocido hasta aquí, se estanca en la sola familia hipocrática, con exclusiva de todos los demás. La razón es evidente: ese estudio ha estado estancado hasta aquí en esa familia, no como en estanco de donde tomasen todos, sino como en un estanque o profundo pozo de donde ni unos ni otros podían beber. Pregunto: ¿qué pasos adelante han dado la botánica, agricultura e historia natural? ¿Es esto lo que desea el Rey? No, por cierto.

[408r] (§ 4345) Lo que desea el Rey, como tan aficionado a la agricultura, botánica e historia natural, sin ser médico, cirujano, ni boticario, ni tener del protomedicato título alguno, es que todos sus vasallos le imiten. De ese modo, siendo esos casi infinitos, cada día se descubrirán en esas facultades nuevos primores y nuevas combinaciones utilísimas para el estado y para el público. Se debe, pues, representar al Rey por sujetos que no han de comer del mayorazgo que fundó Hipócrates, que el modo de conseguir su

intento ha de ser fundando cátedras de Agricultura, Botánica y Historia natural en las universidades, aplicándoles las mismas rentas de otras cátedras inútiles y suprimiendo estas por tales. Asimismo, ha de mandar que en los lugares populosos y que tienen suficientes propios haya jardines.

[408v] (§ 4346) El Real Jardín Botánico de Madrid ha de ser, con proporción, la norma de todos los jardines botánicos provinciales y de los lugares cabezas de partido. Los jardineros de estos jardines pequeños han de mantener correspondencia en lo preciso y cuando se les ofrezca fácil ocasión con el jardinero del Real y Grande Jardín Botánico de Madrid. Propongo esto a fin de que, con esta correspondencia a tiempos, pueda el jardinero real botánico instruirse y enterarse de toda la nomenclatura española, así castellana como de las provincias, de todos los vegetables de España y de todos los usos y virtudes que cada uno tiene en el más mínimo rincón de España, no por mano de hipocráticos, sino por la tradición que conservan los aldeanos y viejas de cada aldea respectiva.

(§ 4347) A los jardineros provinciales solo les pertenecerá recoger todos los nombres vulgares que se usan [409r] en su partido, todos los vegetables de su partido dicho y todos los usos y virtudes que los puros aldeanos y viejas atribuyen a cada vegetable. Es quimérico que el jardinero real pueda andar por toda España herborizando y recogiendo nombres, usos y virtudes, pero con la distribución que yo hago por partidos todo se podrá conseguir en poco tiempo.

(§ 4348) Los jardineros de partido han de escribir todo lo dicho que les pertenece con distinción y claridad y, a su tiempo, remitirán al jardinero real un compendio. Ese ha de ir escribiendo en un tomo en folio todo lo que ha recibido, coordinando los materiales por provincias y partidos y sacando a un índice por el Abc todos los nombres vulgares españoles. Véase en esta llana el fácil modo de tener una nomenclatura española, una botánica española y una útil economía [409v] española usufructuada de solos los vegetables españoles. ¿Qué más se podrá desear?

(§ 4349) Pregunto: ¿y qué se necesita de médicos, cirujanos y boticarios para nada de lo dicho? ¿Qué falta harán esos para que el Rey mande lo propuesto, para que se ejecute y para que, a poco tiempo de ejecutado, se vea toda España floreciente en botanistas? Antes bien, conviene que los jardines y jardineros provinciales únicamente dependan de la justicia ordinaria y del gobierno público de los pueblos en donde están, no de otro modo que un hortelano de una huerta, que sea propio del lugar. No me meto con el Jardín Real Botánico ni con sus directores; solo hablo de los públicos jardines de los lugares en los cuales ninguno de la familia de Hipócrates ha de tener intervención alguna para nada.

(§ 4350) En donde hay boticas suelen tener los boticarios un jardincillo para hacer [410r] que hacemos. No me opongo a eso. Pero, habiéndonos enseñado la experiencia que con esos jardincillos no se ha sacudido la ignorancia de los vegetables en España, es preciso para sacudirla recurrir a mi proyecto de los jardines botánicos provinciales. Queden, pues, en pie esos jardines particulares de boticarios —que a la verdad se reducen a rosas, violetas, borrajas y a tales cuales plantas muy conocidas—; estos no tienen conexión con los jardines públicos en donde ha de haber todo género de vegetables patrios.

(§ 4351) De manera que esos jardines públicos y del público *in solidum* invendibles e inenajenables podrán servir de unas boticas vivas cuyos vegetables vivos, frescos y que no se podrán confundir, se darán de balde siempre que se ofreciere ocasión de usar de sus virtudes medicinales conocidas por tradición en el país. Los herbolarios, sobre ser unos ignorantes [410v] que enormemente confunden las plantas y los nombres y que las cogen como la guadaña con que se siega un prado, las tienen secas y, si no se venden en un año, las conservan muchos años colgadas por no salir a coger otras nuevas. Los boticarios que se



fían en esos herbolarios idiotas y de los cuales compran las hierbas a bulto, que a bulto las manipulan y que a bulto las venden, no cuidan sino de leer el rótulo del bote que se estampó en Talavera, y todo es hipotético y no apotético.

(§ 4352) La voz *botica* se formó así: del griego *theca*, que significa ‘caja, vaina o armario’, se compuso *apotheca* o ‘repositorio’; de *apotheca*, mudada la *p* en *b*, *abotheca* y, perdida la *a*, *botheca*: de *boteca*, *bodega* y *botica*, y de *apothecario*, *boticario*. De la misma raíz *apotheca* formó el francés su *boutique* para significar cualquiera tienda en [411r] donde se venden géneros. Por lo mismo el tabernero es boticario o bodeguero; el bodegonero es boticario; el de tienda de aceite y vinagre es boticario. Y en Francia llaman *boutique* a la tienda de un librero. En los instrumentos antiguos de Galicia se llama la bodega *adega*, de la misma raíz *apotheca*, suprimido el *-po-*.

(§ 4353) A los jardines llamé con razón boticas vivas, pues las comunes son boticas muertas *active*<sup>335</sup> y *passive*<sup>336</sup>. No siendo una pronta infusión o un pronto cocimiento de un fresco mixto, que se hace o se podrá hacer en cualquiera cocina —que también se podrá llamar botica de alimentos—, todo lo demás es podredumbre, a lo menos por razón del tiempo. En los jardines públicos todo estará vivo, fresco y se cogerá en sazón y a tiempo. Y lo más útil para el público será el que todo se ha de dar de caridad y de balde. Del mismo [411v] modo se han de dar de balde las semillas de los vegetables que algún patriota quisiere sembrar en su huerta.

(§ 4354) Esta gratuita comunicación de vegetables y este gratuito comercio de semillas de todo género de vegetables en los jardines públicos será el cimiento de introducir en España el buen gusto y la afición a la botánica. El botanista provincial ha de registrar por sí mismo todos los vegetables que naturalmente se crían en su partido o distrito, con sus nombres en él vulgares, sus usos y sus virtudes experimentadas allí por tradición. Esto, ante todas cosas. Y eso no quita el que traiga de otras partes los vegetables de las comarcas de singulares usos y virtudes para avecindarlos y connaturalizarlos en el jardín.

(§ 4355) Esto mismo hacía el difunto don Joseph Quer en el Real Jardín Botánico: cada día enriquecía más y más [412r] el dicho Real Jardín con nuevos y exquisitos vegetables, ya de España ya traídos de fuera. Comunicaba fuera las semillas y le correspondían remitiéndole otras distintas. Muchos de Madrid le pedían semillas para sembrar o en sus jardincillos o en sus tiestos, de manera que en el poco tiempo que tuvo el empleo, ya en Madrid se hablaba más de vegetables que se había hablado hasta entonces. De todo soy testigo, y no dudo que al hablar se siga la afición; a esta, la aplicación; a esta, el serio cuidado de cultivar la tierra y, a este, un grande aumento de la agricultura, formando quintas, como ya se ha comenzado en Madrid.

(§ 4356) Este bien y utilidad ha producido el Real Jardín Botánico de Madrid. ¿Y cuántos bienes y utilidades se podrán esperar si se establecen por toda España los jardines que yo propongo? [412v] Yo los propongo por este orden: en primer lugar, el Real Jardín Botánico de Madrid —y convendrá que se le agregue más terreno para que en él tengan lugar muchísimos más vegetables españoles. Ojalá se escoja para suceder en el empleo de don Joseph Quer algún Antonio Castor cuyos discípulos sean otros tantos Plinios.

(§ 4357) Después del Real Jardín, en cada universidad en donde se estableciere cátedra de Botánica e Historia natural se ha de fundar un espacioso jardín de muchos vegetables. A ese ha de concurrir el cate-drático con sus discípulos para demostrarles y explicarles los vegetables cuando están en flor y algunos ya

<sup>335</sup> Por activa.

<sup>336</sup> Por pasiva.

con semillas o fruto. Ante todo, les ha de inculcar los nombres vulgares y los nombres latinos más correspondientes en los libros. Si el catedrático no los sabe, será de su obligación el averiguarlos, [413r] no solo los castellanos, sino también los vulgares del país. Tal cual vez, ha de sacar los discípulos al campo con título de paseo, y todos han de herborizar. De camino han de ir observando los mixtos de la historia natural que se presentaren.

(§ 4358) En cada ciudad episcopal ha de haber un jardín botánico público para que a él concurran los curiosos desocupados a instruirse medianamente de los vegetables. Lo mismo propongo de los pueblos grandes y murados de cada provincia de España: cada uno debe tener también su jardín público botánico para instrucción de la juventud y recreación de los adultos. Aún faltan más jardines: propongo que en cada aldea de España que tuviere cura párroco haya un jardincillo público para el uso de los aldeanos —y por eso los más de los vegetables han de ser los medicinales, ya experimentados en el país. Ese jardín se ha [413v] de colocar en el terreno del iglesiario o en terreno incorporado a él, y al cura tocará la elección del jardinero.

(§ 4359) Esta providencia de tantos jardines públicos botánicos, ya mayores ya menores, insensiblemente excitará en los señores, eclesiásticos, caballeros e hidalgos el buen gusto de formar un jardín botánico particular para sí, para sus usos medicinales y económicos, para su paseo y recreación de los cinco sentidos y para, si es curioso, hacer algunas observaciones físicas y botánicas. No propongo cosa que no hiciesen los más cultos señores romanos y los más racionales de los antiguos, y lo que hoy hacen en las naciones más cultas del mundo los que se quieren distinguir de los salvajes, ociosos y aversos a la agricultura.

(§ 4360) Están atestados los libros de las descripciones de esos jardines particulares o de esas quintas. A estas llamaban *villas*, no en la significación común de la [414r] agregación de muchas casas, sino en la significación primitiva de una casería sola con todas las conveniencias, como verbigracia: *villa Ciceronis*, *villa Luculli*, *Metelli*, *Maecenatis*, *Hadriani*, *Martialis*<sup>337</sup>, etc. Con el tiempo, se perdió la voz *villa*, y los genitivos solos servían para distinguir los sitios de las quintas, casales, caserías, casas de campo, casas de placer, posesiones, etc. Todos esos nombres se expresaban entre los romanos con la voz *villa*, y el casero se llamaba *villicus* y el adjetivo era *villaticus*.

\* \* \*

#### ESTUDIOS DE BOTÁNICA E HISTORIA NATURAL

(§ 4361) Esta advertencia me ha servido mucho para la geografía y para averiguar la etimología de los nombres de los lugares, aldeas y pagos de España, y en especial de Galicia. Como los romanos vivieron en Galicia tantos siglos y los suevos y godos se acomodaron a su lengua y costumbres, se acomodaron también en la imposición de los nombres a las aldeas y pagos. Era frecuente entre los romanos ponerles [414v] nombre aludiendo al vegetable del cual abundaba el sitio y terreno, o a la abundancia de algunos animales, aves o de otro mixto alguno de la historia natural. Nada de eso alteraron los godos.

(§ 4362) De esto se infiere que el que no está enterado de la nomenclatura latina y vulgar de los vegetables y de los mixtos de la historia natural de España, no podrá hablar sin desvarío del origen de los nombres geográficos de las aldeas y pagos de Galicia y de España. Esto bien lo han manifestado los genealogistas: por no tener presente que los más de los apellidos se tomaron de los lugares y que estos tomaron el nombre de algún vegetable o mixto natural, por eso, han llenado los libros de orígenes insulsos y de armas ridículas con título de parlantes.

<sup>337</sup> Villa de Cicerón, villa de Lúculo, de Metelo, de Mecenas, de Hadriano, de Marcial.

(§ 4363) El otro modo de averiguar el origen de los nombres geográficos es suponer que esos nombres están en genitivo de persona y que se perdió el sustantivo *villa* o *domus* [415r] o *casale*, *possesio*, etc. Esas personas o han sido romanas o suevas o godos. Los genitivos romanos son de fácil inteligencia: ya al primer folio se distinguen de los góticos. Verbigracia, para el latín: *Mourente*, *Pompeán*, *Osebe*, de *villa Maurentii*, *villa Pompeiani*, *villa Eusebii*. Y, para suevos y godos: *Lebosende*, *Creiximir*, *Fefinanes*, *Requián*, de *villa Leobesindi*, *villa Crescimiri*, *villa Fafuilanis* (en Castilla, *Villafáfila*), *villa Rechilani*, etc.

(§ 4364) A este tenor tengo observado el origen de una multitud de nombres geográficos que tomaron el nombre o de un vegetal, o de un mixto natural, o de un fundador o poseedor romano, o de un fundador o poseedor suevo y godo y, finalmente, aludiendo a la natural disposición del terreno que tienen las aldeas. Véase aquí cuán útil es para todo el conocimiento individual de la historia natural y botánica española y de los [415v] nombres antiguos latinos y de los nombres vulgares sus correspondientes. Esto no es para médicos, cirujanos y boticarios ya talludos, si antes no lo han estudiado.

(§ 4365) Pero ese estudio podrá ser para esos mismos en la edad juvenil y para cualquiera español racional si se dedican y aplican a él. Se debía poner por ley que a ninguno se le admita a estudiar Medicina, Cirugía, Farmacéutica, si antes no presenta el testimonio de haber cursado dos o tres años oyendo al catedrático de Historia natural y Botánica sin divertirse a otro estudio. Esto, con precisa obligación a los que han de seguir las banderas de Hipócrates, y también será muy útil para los que nunca las han de seguir.

(§ 4366) ¡Cuánto útil no percibirá con el tiempo el padre de familias que procurare que sus hijos —o antes o después de la gramática— se instruyan en la botánica e historia natural! Cuando esos [416r] lleguen a ser padres de familias podrán enseñar a sus hijos y utilizarse en el cultivo de sus tierras. De camino les enseñará, por medio de la nomenclatura, los nombres latinos, los vulgares castellanos y vulgares de su país —lo que hasta ahora no se ha enseñado en la gramática ni en las artes porque los maestros no lo sabían o lo confundían. ¿Qué gramática y filosofía son esas que no enseñan los nombres de las cosas que Dios ha criado ni averiguan las calidades, usos y virtudes de las mismas cosas? ¿Qué se ha adelantado en España con tantos silogismos y caballones y con tantos entes de razón que aún se duda si los hay?

(§ 4367) Esto sirva de respuesta a los que me opusieren que en España hay muchísimos que tienen quintas, huertas, huertos y jardines. Es ciertísimo que los hay, y ¿cuántos de esos podrán dar razón clara e individual de todo lo que les nace en ellos? [416v] No dudo que muchos son muy curiosos, y en especial en orden a hortalizas, frutas, injertos y flores, pero no darán razón de los demás vegetales, ni siquiera les darán nombre alguno. Harto más curiosas son las viejas que, en sus huertecillos, no dejarán de tener las plantas medicinales para sus enfermedades mujeres y para sus medicamentos caseros y *euporistos*, que el vulgo de los médicos llama por escarnio *remedios de viejas* o *remedios de aldea*.

(§ 4368) ¿Y qué harían los médicos si no se valiesen de esos remedios que son los verdaderos y primitivos? Óigase la confesión de Simón Schultzio (en la observación 155 del año III de la centuria I del *Colegio curioso de Alemania*). Este trata *De calculi remediis*, trata del árbol *betula* (abedul y *bidueyro*) al cual con otros muchos atribuye el ser específico contra el mal de piedra. Dice que así se cura en las [417r] aldeas y que ese remedio se trajo de las aldeas a las ciudades: “Istud calculi remedium ex pagis nunc quoque ad urbes translatum est, quo se plurimi a calculo preservant”<sup>338</sup>, etc. ¿Qué significa *pagis*? ¿Qué significa *urbes*?

<sup>338</sup> Este remedio de los cálculos ahora se ha trasladado asimismo de las aldeas a las ciudades, con el que muchos se cuidan de enfermar de cálculos.

(§ 4369) Espero que si se entablan los jardines provinciales y la correspondencia de sus jardineros con el maestro de Botánica del Real Jardín Botánico de Madrid, descubrirán muchos remedios en las aldeas que o de ellas los han tomado los médicos que han escrito de medicina, o los deben tomar y traer a las ciudades “ex pagis ad urbes”. ¿Y cuáles son los remedios de las ciudades? Sangrías y purgas a bulto, quina, opio, cantáridas, y quimiquerías que son las quimeras de la medicina y que no se han traído de las aldeas y que las viejas no han heredado de sus trigésimas abuelas, ni tampoco de Paracelso ni de otros fanáticos visionarios [417v] impostores.

(§ 4370) El que hubiere de ser maestro de Botánica española en el Real Jardín debe saber todo lo que aquí va propuesto. No digo que todo lo sepa de presente, sino que eso es a lo que debe aspirar saber con el tiempo. Tres sujetos eran los que se sellaron para demostradores, jardineros, directores y botánicos del Real Jardín, de los cuales era el primero don Joseph Quer, que Dios haya. Yo he usado indiferentemente de esos cuatro nombres por no fastidiar con la repetición. Todos cuatro vienen al caso (y aun muchos más), pues no solo el primero, sino también los otros dos han de ser agricultores, hortelanos, jardineros, herboristas, botánicos y maestros que puedan enseñar.

(§ 4371) Los mozos y hortelanos del Jardín Real son los primeros a los cuales los maestros hayan de enseñar sus oficios y el conocimiento general de los vegetables [418r] para que por sí mismos puedan enseñar cualquiera vegetable que en el jardín se les pida. El maestro primero debe tener muchas más luces: supuesto el idioma latino y castellano, debe saber el francés y el italiano, ya para entender los libros, ya para entender a los extranjeros que fueren a ver el jardín y a pedir algún vegetable.

(§ 4372) También el primer maestro de botánica ha de saber algo del idioma griego y ha de tener una tinturilla del árabe, no para ostentar charlatanería sino para saber buscar una voz en los diccionarios y penetrar mejor los nombres de la historia natural. Teofrasto, Dioscórides y Galeno escribieron en griego, lo mismo Aecio, Oribasio, Egineta y los príncipes que escribieron *De simplicibus*. Plinio escribió en griego latinizado y Huerta en un [418v] latín castellanizado. Avicena y todos los demás árabes escribieron en árabe. A causa de lo dicho, toda la nomenclatura está erizada de voces exóticas, antiguas y de otras caprichosas modernas, por eso es preciso tener y consultar muchos libros cuya inteligencia pide un políglotismo diverso para manejarlos.

(§ 4373) Ese políglotismo (o corta noticia de diferentes lenguas) no es lo que más hace al caso, pero sí el políglotismo español de los dialectos de España. A los que han de estudiar la botánica les basta saber los nombres vulgares y un solo nombre latino, pero el que la ha de enseñar como maestro a la juventud española ha de saber, o de memoria o consultando el manuscrito de la nomenclatura, todos los nombres vulgares de España o, consultando los más de los impresos, todos los nombres griegos, latinos, árabes, bárbaros, [419r] exóticos, y toda la jerga de la nomenclatura moderna. Nada de esta jerga sabe un botanista chino, japon, mogol, tártaro, abisino, etc. A esos les basta saber sus nombres vulgares. Y ¿por qué no bastará a un español para su botánica nacional?

(§ 4374) Después que los franceses han dado y prosiguen en poner en su idioma francés todas las artes y ciencias, infeliz el más rústico zapatero de viejo francés que no pueda hablar y bien de botánica, historia natural, agricultura y medicina. Y ¿por qué? Porque tienen a centenares los libros que tratan y en francés vulgar de esas facultades. No creo que los franceses tengan más voces vulgares de los mixtos españoles. La diferencia está en que aquellos recogieron los suyos y los pasaron a los libros [419v] y los españoles no han pensado en eso.

(§ 4375) De eso depende el que haya tanta peste de charlatanes. Y entre esos muchos que conocen los vegetables con sus nombres vulgares, usos y virtudes, el caso es que son pocos los que hayan estudiado gramática ni leído libro latino alguno. Con tener a Tournefort, Lemery, Pomet, Chomel, Geofrois, Gari-del, etc., cualquiera francés podrá hablar más y mejor de botánica que los más satisfechos hipocráticos de España. Con el *Diccionario económico* de Chomel y con el de *Comercio* de Savary, con la *Quintenie*, *Diccionario de agricultura* y otros muchos, hablará el francés con mucho acierto de la agricultura y de la historia natural.

(§ 4376) Y ¿qué ha de hacer un español para que el francés no le aturda? Rogar [420r] a Dios que se tome la providencia de que en España se escriba en vulgar todo lo perteneciente a Artes y Ciencias naturales. Con esta ocasión se desenterrarán muchos nombres vulgares que no andaban en los libros y se enriquecerá grandemente la lengua castellana y la española en general. De ese modo se comunicará la afición a la botánica, a la historia natural y a la agricultura. Antes de recoger todos los nombres vulgares españoles es por demás pensar en traducciones ni del latín ni del francés o italiano o inglés al castellano.

(§ 4377) Estas traducciones serán enigmáticas para el pueblo, que ni sabe latín ni francés, pues no se le habla en lengua que entienda ni jamás se sabrá de cuál vegetable se le habla. Pondré un ejemplo palmario. La obra [420v] de monsieur Geoffroy añadida de la *Materia medica* en francés y en 16 tomos en doceavo es completa y muy curiosa. Los cuatro tomos primeros tratan de los mixtos exóticos, los seis que se siguen tratan de las plantas indígenas o naturales de Francia, y los seis últimos tratan de insectos, aves, animales y peces. Esta selecta obra que debía traducirse en castellano, se traducirá muy mal si no se saben bien los nombres vulgares.

(§ 4378) Trata Geoffroy de la *vitis idaea*. Pónele muchos nombres en latín y en francés, pero ninguno en español. Pone sus usos y virtudes, etc. ¿Qué importa si Juan labrador no sabe de qué planta se le habla? Añádanse entre los nombres en castellano *ráspanos*, en Asturias *arándanos*, en Galicia, *arandos* y se entenderá la traducción [421r] de Geoffroy. Lo mismo digo de otras plantas que hay en España y tienen nombre vulgar. Por no saber bien los nombres vulgares españoles son casi inútiles los más de los libros para el pueblo. Todo cuanto hay escrito en favor del árbol *betula* ha sido inútil hasta que yo descubrí el año de 1723 que su nombre vulgar en Asturias era *abedul* y en Galicia *bidueyro*. Y no se sabían los usos y virtudes de ese precioso árbol porque no se sabía el latín correspondiente *betula* para buscar y leer en los libros su historia.

(§ 4379) Debe, pues, el que ha de ser maestro de Botánica en Madrid, para enseñarla a los españoles, atender mucho a recoger nombres vulgares así castellanos como provinciales y a buscarles sus correspondientes latinos en los autores. Para esto es indispensable [421v] que tenga una buena porción de libros de botánica y de historia natural, cual la poseía el difunto don Joseph Quer que a la verdad tenía una numerosa y selecta biblioteca curiosa. Para recoger nombres vulgares no se necesitan libros sino repetidas preguntas herborizando por todos los rincones de España. Lo que digo del maestro mayor de Botánica se debe aplicar con proporción a los proyectados catedráticos de Botánica en las universidades y aun a otros jardineros menores.

(§ 4380) Tournefort, que era médico y un tan insigne botanista, no hubiera sido tan excelente sino hubiese peregrinado y herborizado. Quiso registrar todos los vegetables que nacen en las cercanías de París. Escogió un terreno de una jornada de semidiámetro y en él hizo seis herborizaciones, repasando todas [422r] las plantas, de las que hay dos tomos en doceavo. Después Sebastián Vaillant escribió su tomo *Botanicon parisiense*, que imprimió Boerhaave en folio y con láminas finísimas de los vegetables de

las cercanías de París. Y en 1749 dio a luz monsieur Dalibard su *Florae parisiensis prodromus*, según el sistema de Linneo y sin láminas.

(§ 4381) Pero el que escribió más a mi asunto es monsieur Garidel, el cual en un grueso volumen en folio y con láminas da noticia de los vegetales que nacen en las cercanías de Aix-en-Provenza. Pone tres índices: uno de los nombres latinos, otro de los franceses, y el tercero de los nombres vulgares provenzales. Y advierto de paso que los *quijones* en castellano —y en latín *scandix*— de los cuales ya dije algo, se llaman en el vulgar de Provenza *aquillon* y *aguillon*, lo que confirma mi etimología de *quijones*. Quiero, pues, [422v] que en cada provincia de España haya otro Garidel que ponga los latines, los castellanos y los nombres vulgares de la provincia.

(§ 4382) El fin de mi proyecto de que se establezcan jardines provinciales es para que se sepan todos los vegetales que nacen en España con sus nombres vulgares y con los latines correspondientes. De ese modo se podrán imprimir botánica castellana, botánica gallega, botánica asturiana, botánica extremeña, botánica catalana, botánica aragonesa, botánica vizcaína, botánica andaluza, etc. Luego hará 400 años que Juan de Aviñón escribió la *Medicina sevillana* que tengo impresa; también serán útiles botánicas particulares, como botánica sevillana, botánica matritense, botánica valenciana, etc. Son muchísimas las botánicas con el nombre de *Flora* [423r] y de *Hortus*, verbigracia: *Hortus malabaricus* doce en folio, *Hortus amboinensis*, seis en folio, y el *Hortus chiffortianus* que tanto honor dio a Linneo.

(§ 4383) El mismo Linneo en su *Flora suecica* pone los nombres vulgares suecos y los de sus provincias, y en su *Flora lapponica* pone los nombres vulgares y peregrinos de aquellos países remotos de la Laponia. Todo esto no lo supo Linneo por los solos libros, sino peregrinando y herborizando por sí mismo por muchas regiones. Y como no pudo andar por regiones muy remotas, tomó el arbitrio de escoger doce discípulos botanistas y esparcirlos por todo el mundo para que como emisarios le recogiesen exquisitos vegetales y curiosos mixtos de la historia natural y se los remitiesen a Suecia.

(§ 4384) Dos de esos doce discípulos han estado conmigo en Madrid. El primero ha sido el sueco [423v] Juan Leofling, el cual por orden del Ministerio de España vino a Madrid y desde aquí le envió a la América con otros para que registrase lo que Dios ha criado en nuestras Indias, y en donde murió hecho católico. El segundo ha sido otro sueco, Claudio Alstroemer, que anduvo por España, Europa y Asia. Vean en esto los españoles como yo no les propongo paradojas sino lo que han ejecutado y ejecutan las naciones más cultas de Europa. Su noble fin es para promover la botánica, la historia natural y el lucrativo comercio de sus géneros y frutos.

\* \* \*

#### NOMENCLATURA BOTÁNICA

(§ 4385) A conseguir tan útil y noble fin deben conspirar todos los españoles celosos del bien público. Dije españoles y no precisamente castellanos. Este escrito habla de toda la península de España que rodean el Océano y Mediterráneo y una línea que pasando por las cumbres de los Pireneos junta los dos mares. Ni estorba el que Portugal no sea de la Corona y Vizcaya no sea de la lengua. De las voces del vascuence se hará un apéndice, y [424r] otro del portugués que en el fondo primitivo no es sino un subdialecto de la lengua gallega al modo que el vulgar andaluz no es sino un subdialecto de la lengua castellana por razón de las conquistas. Aquí distingo la colección de voces que signifiquen cosas naturales de las demás voces que signifiquen cosas de la invención de los hombres.





Tabla 285, tomo 1 *Institutiones rei herbariae*, Joseph Pitton de Tournefort, 1719





Tabla 345, tomo I *Institutiones rei herbariae*, Joseph Pitton de Tournefort, 1719

(§ 4386) También distingo, como ya queda propuesto, la lengua escrita de la lengua que solo se habla. Alguno preguntará cuál es la lengua natural y primitiva, si la que solo se escribe o la que solo se habla. Yo no dudo que es esta. El hablar es primero que el escribir. Los bárbaros tienen lengua y no tienen escritura. Por eso todas las voces que significan cosa natural, sean en esta o en la otra provincia, todas son de la lengua española y deben ser de la lengua castellana las que signifiquen cosa que no tiene nombre alguno en el castellano.

(§ 4387) La lengua castellana escrita es muy escasa de voces que signifiquen cosa natural, [424v] y muy viciosa y abundante de voces que signifiquen invenciones de los hombres. Así, aquella escasez se ha de suplir por las voces vulgares castellanas solo habladas y por las voces vulgares de otras provincias. Porque una voz se halla escrita en un libro castellano no se infiere que sea voz castellana, pero se infiere que lo es si en esta o en la otra parte de Castilla la habla la multitud. No puede ser una lengua abundante de voces de cosas naturales cuando el país en donde se habla carece totalmente de esas cosas. Luego, para significarlas es preciso mendigar las voces de las provincias en donde hay abundancia de ellas. Esto lo dicta la razón, y que como hay comercio de géneros haya también comercio de voces.

(§ 4388) Es cosa ridícula que si uno escribe algún libro que no sea de pura fórmula sino que toque diferentes puntos y materias se venga un *nescio quis* a censurar esta o la otra voz sobre si es o no es castellana castiza. ¿Qué quiere decir castellano castizo? Este no [425r] se ha de buscar en los libros castellanos, sino en el labio de los castellanos castizos de las aldeas y entre los cuales se halla la botánica castiza y la castiza medicina. El lenguaje de los libros que llaman castellanos es una coluvie de voces de todas las naciones y de unos pegotes al castellano castizo y lo que menos se hallan en ellos son las voces castizas castellanas. Véanse los diccionarios y cualquiera se convencerá de lo que digo.

(§ 4389) Ni puede ser otra cosa, porque siendo tan poco el castellano castizo que se escribe es preciso echar mano de cualquier arrapiezo de voz que nunca ha sido castellana ni aun española. No me meto en la sintaxis ni en la pronunciación, ni en el acento o tonillo, sino en las voces; ni tampoco en las voces familiares, sino en las voces que significan cosas de la historia natural, botánica y agricultura. Con este género de voces quiero que se enriquezca la lengua castellana, o con sus voces que se hablan y no se escriben, o a falta, con las voces [425v] de las provincias que en ellas sean castizas y vulgares.

(§ 4390) Más digo. En los instrumentos antiguos castellanos se hallan muchas voces primorosas y muy significativas que o aún hoy se hablan en el vulgo o han sido vulgares y castizas y se han perdido. Y ¿por qué? Porque los que imprimen se bandean con solos dos o tres centenares de voces de tornillo porque no saben más. Si oyesen cuatro viejas castellanas sabrían que les eran voces castizas. Dice Cicerón que cuando oía hablar a su suegra Laelia le parecía que oía hablar a Plauto o a Naevio, autores del latín castizo (III *De oratore*, número 45); y da la razón porque las mujeres conservan más tenazmente la lengua pura y castiza, y no así los hombres.

(§ 4391) Tampoco hablo aquí de los vegetables y de los mixtos de la historia natural que se han traído a España de la Asia, África, América y Europa y que ya están connaturalizados en ella. A esos se les debe conservar [426r] su nombre bárbaro vulgar de sus países respectivos. Lo mismo digo de los que se han de traer en adelante. Por la misma barbarie de sus nombres se conocerá que han venido de fuera, lo que no se sabrá por un nombre latino que jamás pudieron tener. Todos entienden las voces *tabaco*, *cacao*, *jalapa*, *tomate*, *maíz*, etc. como suenan, y pocos entenderán sus nombres latinos que inventó algún botanista.

(§ 4392) Entre los nombres vulgares de las provincias, se tropezará con muchos que no son castellanos. En las provincias del mediodía serán muchos arábigos o moriscos. No importa. El castellano tiene insertas muchas voces arábigas. Luego, no importa que adopte más cuando no hay otras. La Montaña, Rioja y Navarra tendrán no pocas voces vizcaínas. Valencia y Cataluña tendrán algunas voces arábigas y muchas provenzales, lemosinas y francesas. Todo es del caso, una vez que todas sean vulgares y se hablen, aunque no se escriban, pues al fin son voces [426v] españolas.

(§ 4393) Debo advertir que muchas voces pasan por arábigas y no lo son. Unos cuatro que se metieron a arabizarlo todo (Alcalá, Urrea, Guadix y Tamariz) sabrían mucho arábigo pero sabían poco latín. A saberlo no dirían muchos desatinos. Hay voces latinas arabizadas, otras estropeadas a lo morisco y otras con solo el artículo *al* al principio, y todas son latinas. Es tontería creer que toda voz que comienza con *al-* es arábiga. En griego, latín y gótico hay muchas voces que comienzan con *al-* antes que naciese Mahoma. Pero es sin duda que en España hay muchas voces árabes verdaderas.

(§ 4394) Otras cosas curiosas hay más que advertir para el caso de la nomenclatura. La lengua arábiga, en sí abundantísima, es muy corta de voces para significar los vegetales y mixtos naturales de Europa y de la Grecia. Y por no tener los traductores de Dioscórides y de Galeno al arábigo voces [427r] arábigas correspondientes a las voces griegas de esos dos autores, estropearon a la arábiga las voces griegas, escribiéndolas con caracteres arábigos. Aunque no sé el arábigo, podré señalar en el lexicon arábigo de Golio muchas voces escritas en arábigo y las cuales son puramente griegas trastornadas enormemente en la boca de los árabes.

(§ 4395) Lo mismo sucedió con la lengua castellana y española que querían hablar o escribir los moros. Sabían muchas voces españolas que significaban plantas y mixtos naturales de España. No tenían voces equivalentes en su idioma, y así arabizaban y estropeaban las nuestras en el escrito. De manera que cuando los moros entraron en España arabizaron muchas voces latinas de las que usaban los godos y después con el tiempo arabizaron muchas voces castellanas que usaban los españoles. Así, arabizaron voces griegas, latinas y españolas y las incorporaron en sus [427v] escritos con caracteres arábigos.

(§ 4396) Al contrario, con la irrupción de los mahometanos en el Imperio Oriental, grecizaron los griegos de la Media Edad muchos nombres arábigos. Con la irrupción de la medicina arábiga en Europa después que Constantino Africano tradujo autores árabes en latín y le siguieron otros, se latinizaron muchas voces arábigas. Y con el comercio y comunicación de los españoles con los moros, se españolizaron y castellanizaron muchos nombres árabes o moriscos. Pero ninguna se galleguizó ni asturianizó, porque no hubo tal comunicación. Por eso en Galicia, Asturias y en parte de León no hay ninguna voz vulgar que huela a arábiga.

(§ ↓4398) El estilo de la traducción vulgar del libro de leyes del *Fuero juzgo* que imprimió Villa Diego no es castellano sino leonés. Por eso no se hallan en él voces de origen arábigo y se hallan en Berceo, en la *Biblia ferrariense*, [428r] en las *Partidas* y en la *Crónica general*, siendo así que esas cinco obras todas son del siglo XIII. Las voces arábigas se introdujeron en el español y castellano al paso que se iban conquistando de los moros los países meridionales. Y cuanto más al mediodía un país o al oriente de Madrid tanto más abundará ese país de voces arabescas vulgares.

(§ 4399) Nada sobra de lo dicho para poseer la clave de discernir en la nomenclatura los nombres de vegetales y de los mixtos de la historia natural, cuáles son griegos, latinos, arábigos y españoles puros y cuáles son los que están estropeados combinando los cuatro idiomas entre sí. Es preciso tener los dos

tomos en folio de monsieur Du Cange *Glossarium Mediae et Infimae Graecitatis* para las voces griegas; las Pandectas de Sylvatico para las latinas; y el *Vocabulario* de Fontecha para las españolas [428v] pertenecientes a la historia natural y a la botánica.

(§ 4400) En Fontecha y en Sylvatico hay muchas voces arábicas estropeadas, muchas en los dos *Indices* de Avicena y muchísimas en Alzaravio impreso que no andan en los dichos diccionarios. Todos esos libros los debe tener para consultar el que ha de ser maestro de Botánica española, de Historia natural y aun de Medicina, para no confundir enormemente la nomenclatura. Quisiera saber quiénes, cuáles y cuántos médicos, cirujanos y boticarios hay en España y con títulos del Protomedicato que sepan manejar, escudriñar y rectificar con crítica esta espinosa nomenclatura. Sin eso, todo irá en falso por más títulos que se presenten.

(§ 4401) Mucho se pudiera ahorrar de estudio para la historia natural y botánica española en cuanto a la [429r] nomenclatura si estuviese traducida e impresa la insigne obra del famoso árabe español de Málaga Beithar. En la página 276 del tomo I de la *Bibliotheca arabico hispana escurialensis* que dio a luz el presbítero don Miguel Casiri, siromaronita y doctísimo en la lengua árabe, está la vida y escritos de ese insigne botánico Beithar, en el código 834. Esa vida está sacada de los autores árabes. Y añade otra vida atribuida a Juan León Africano, moro granadino que imprimió Hottingero y reimprimió Fabricio.

(§ 4402) Tengo estos dos autores y por haber leído en Hottingero que el Beithar manuscrito de El Escorial había añadido dos mil nombres de vegetables, de animales y minerales de los cuales ni Dioscórides ni Galeno ni otros se había acordado, al punto se me excitó el vivo deseo [429v] de que toda esa obra se tradujese e imprimiese. El título es *Collectio magna simplicium medicamentorum*, tres códigos en folio, y todo por el orden alfabético. Los mismos deseos explica el señor Casiri. Ese Beithar murió en tiempo de san Fernando. Es ciertísimo que con esa obra se podrán rectificar y entender los nombres efesios de todos los diccionarios.

(§ 4403) Yo he descubierto otra razón fuertísima para que en España se traduzca toda esa obra de Beithar. Jacob Golio tuvo presente el texto árabe de Beithar para componer su precioso y raro *Lexicon arabico-latinum*: cítele a menudo siempre que trata de algún mixto natural. Procuró Beithar poner los nombres vulgares de esos mixtos y entre ellos los vulgares españoles a los cuales llama andalusíos o andaluces. Verbigracia, pone el nombre árabe de *heliotropium* y añade [430r] que los españoles andaluces le llaman *tornasol*, y todo con caracteres árabes. A vista de esto, ¿qué tesoros no estarán escondidos en Beithar para rastrear la antigüedad de la lengua española y castellana?

(§ 4404) La voz *tornasol* es voz española castellana, y francesa *tourmesol*, porque la planta se mueve en torno del sol o en giro. De ahí *girasol* que, por extensión, significa el altísimo girasol de Indias. Pregunto: ¿y qué antigüedad tiene esa voz *tornasol*? En lo escrito, poca, y, en lo hablado, mucha. Y según Beithar ya era vulgar en España antes que el español vulgar se escribiese. No dudo que en Beithar habrá otras muchas voces españolas vulgares de las mismas circunstancias, y las cuales se debían recoger en la nomenclatura como las voces más primitivas españolas [430v] vulgares. ¿Quién creyera que por los escritos en árabe se podrá enriquecer la lengua castellana o española?

(§ 4405) Por no atender a las utilidades que trae consigo el conocimiento de los nombres vulgares que solo se hablan y no están aún escritos, no salen los botánicos de un lenguaje híbrido y fingido que de nada sirve para herborizar y para comunicarse con la multitud. No atendió a esto Tournefort, cuando, en su *Viaje al Levante*, dijo que había notado más de quinientos nombres grecovulgares de plantas y de mixtos,



con los cuales se podrían rectificar muchos nombres griegos de los antiguos, pero ninguno escribió. ¡Qué lástima que no escribiese esos quinientos!

(§ 4406) Más provecho haría con ese catálogo que con todos los vegetables que trajo sin esos nombres vulgares, y con algunos de su invención, como *gundelia*, [431r] *morina*, etc. Si uno va al país en donde se hallaron y pregunta, o a griegos o a turcos, por la planta *morina* o por la *gundelia*, ¿qué le responderán? Nada. Al contrario, si les pregunta con el nombre vulgar, o griego o turco, no podrá menos de dar con esas plantas. Luego, todos esos nombres fingidos solo sirven para hacer ridículo el estudio de la botánica y hacer esa arte o ciencia, que debe ser de todos, una jerga de gitanos o de cuatro compadres solos.

(§ 4407) El que ha de ser maestro de Botánica en Madrid, y que la ha de enseñar a la juventud española, se debe sacudir antes de esas preocupaciones insulsas e inútiles, y de esa nomenclatura de charlatanería de la moda. Bueno es que la sepa, pero para solo despreciarla. Desengañémonos, que no puede haber botánica ni agricultura útiles al público si no hay comercio recíproco [431v] de los botánicos teóricos con el pueblo, rústicos y aldeanos. Estos no saben más nomenclatura que los nombres vulgares que han oído a sus abuelos y que se conservan de viva voz por tradición. A vuelta de eso también saben por tradición los usos domésticos y las virtudes medicinales de los mixtos. Si el maestro de Botánica no los entiende su lenguaje, todo se reducirá al *Entremés de los sordos*.

(§ 4408) Ese comercio convendrá mucho al que ha de dirigir el Real Jardín Botánico de Madrid. De ese modo no necesitará peregrinar por toda España para traer al jardín los más raros vegetables que se crían en nuestra Península. Con escribir a los jardineros provinciales que le remitan aquellos vegetables que tienen nombres vulgares, con unas hojas, flor y semilla, y con el nombre, usos y virtudes en el país, sabrá de un golpe muchas cosas y le buscará el latín correspondiente [432r] en los libros. Y si siembra la semilla, se entenderá de cuanto hay que saber y averiguará si el vegetable es raro o si aún no hay noticia de él en los autores.

(§ 4409) Los vegetables de España son los que se han de cultivar en el jardín, porque de esos se debe instruir la juventud. Los vegetables exóticos se han de cultivar aparte, más para la vista y curiosidad que porque traigan utilidades y virtudes ciertas. Ya se ve que en el jardín no cabrán todos los vegetables. Eso se compone con que se cultiven los más escogidos y raros. Otros vegetables no querrán prender. De esos se ha de remitir la semilla a otras partes. Tampoco prenderán los que piden mucho frío y montaña. De estos bastará saber que se crían en tales y tales partes. Pero se han de recoger todos sus nombres vulgares, todos sus usos económicos y todas sus virtudes medicinales. Voy ya a decir algo de los [432v] particulares jardines.

(§ 4410) Poco se adelantará en España la botánica y agricultura con el solo jardín botánico de Madrid, si por todas las provincias no se establecen multiplicados jardines botánicos, particulares pero públicos. Cada uno de estos ha de ser una como escuela respectiva de donde se tome la instrucción. El Real Jardín de Madrid nunca será más que uno, y con ese solo no se puede hacer mucho. En Madrid no puede haber mucha agricultura, que es el fin de la botánica, y esta no debe estar ceñida a un rincón de Madrid. Bien está que ese Real Jardín sea magnífico, real y muy surtido de vegetables. Pero no se debe creer que eso baste para la instrucción de la juventud española.

\* \* \*

#### LUGARES POPULOSOS

(§ 4411) Nunca he sido de los que totalmente [433r] creen que como en Madrid haya abundancia de todo, está remediada la pobreza y miseria de España. Al contrario, cuanto mayor es la abun-



dancia en Madrid de todo (personas, alimentos, géneros, caudales, vanidades y lujo, etc.), tanto y mayor es la necesidad, el hambre, la desnudez, la pobreza y la miseria de los pueblos, sin los cuales no podrá subsistir Madrid. La despoblación de España es efecto de la mucha población hacinada en la media legua cuadrada del terreno de Madrid. De las cien personas que comen en Madrid, las sesenta sobramos y somos inútiles, y no lo seríamos tanto si estuviésemos distribuidos por montes, valles y campiñas.

(§ 4412) Atiéndase a un labrador que siembra su trigo. Nótese que procura sembrarlo esparcido para que el grano no se amontone uno sobre otro. [433v] Póngase la hipótesis de que el labrador, por su capricho, deje caer en un solo pie de tierra un celemn de trigo, ¿qué utilidad sacará el labrador de haber poblado aquel pie de tierra de tantos granos apiñados y mal unidos? Ese pie de tierra es el ejemplar de los lugares muy populosos, que no son sino gomia de los trabajos de los labradores y corma de la población de España. No es increíble lo que se dice, que llegando un pasajero jinete en una mula que no había comido la noche antes, a almorzar a una venta, comió y bebió a pedir de boca sin apearse. Y después de bien comido y bien bebido, dijo: “Vaya! que con esto ya podrá andar bien y tirar la mula hasta la posada”.

(§ 4413) No solo toda España, sino también casi toda Europa, gran parte de Asia, África y América concurren para que sus alimentos, regalos y géneros [434r] vengán a Madrid —y de la América y de toda España vengán también todos los caudales. Este grande atractivo hace que se despueblen los lugares y que los viciosos, ociosos, traviesos, y aun los que experimentan que no pueden vivir de su trabajo por más que suden, vienen a amontonarse en el pie de tierra de Madrid, como los granos de trigo del celemn que dejó caer el caprichoso labrador, en vez de sembrarlos esparcidos para que cada uno fructificase a su tiempo. Esparcidas por España todas las bocas que sustenta la harina en Madrid, no necesitarían que el alimento, y aun el regalo, les viniese de lejos.

(§ 4414) Podré calcular que en el corto terreno que ocupa el regimiento de milicias de Pontevedra, que apenas tendrá nueve leguas en cuadro, se alimentan más bocas que en todo Madrid, [434v] sin que los alimentos les vengán de fuera. Antes bien, del mismo terreno salen para las bocas de Madrid muchos alimentos regalados, y para otros lugares muy populosos. Tan cierto es que los lugares de excesivo vecindario caminan por la posta a su ruina. ¿Y por qué? El vicio, ociosidad, lujo, vanidad y profusión atrae los habitantes que vivían esparcidos, y los que esparcidos eran muy útiles para sí y para el público, así amontonados, son, por la mayor parte, inútiles para todo.

(§ 4415) Atenas, Alejandría, Antioquía y otras ciudades populosísimas que hoy son aldeas no las acabó el tiempo, sino tanto peso de vecindario en un pie de tierra, al cual se siguió el lujo, vicio, ociosidad, fausto y todo género de maldades. El tiempo no acaba los lugares muy grandes, pues no [435r] puede acabar los lugares pequeños. La pequeñez de estos es eterna y la grandeza de los otros es transitoria y como una llamarada. Lo que digo de Madrid, digo también de París, Londres, Amsterdam, Petersburgo, etc. Y, pasando al Oriente, Constantinopla, Ispahán, etc., “*tolluntur in altum*” de presente; “*ut lapsu graviore ruant*”<sup>339</sup>. Son como los cometas que solo lucen el tiempo que corren, por la corta porción de su órbita excéntrica.

(§ ↓4417) De Roma ya saben todos que comenzó por una mala aldea, que subió a ser cabeza del orbe, y que al fin vino a parar, como la estatua de Nabucodonosor, en el suelo. Y a no ser por el privilegio “*por-*

<sup>339</sup> Llévanse a lo alto, para caer con más fuerza por su peso. Claudiano, *In Rufinum* 1, 22.

*tae inferi non praevalerunt adversus eam*<sup>340</sup>, hoy se diría de ella como de Troya “*hic seges ubi Roma fuit*”<sup>341</sup>, y acaso como de otras ciudades: “*etiam periere ruinae*”<sup>342</sup>. Soy testigo de que en los cuatro años que la corte estuvo en Sevilla, se iba haciendo ya Madrid otro Caramanchel para que [435v] se contasen tres. Cuando los romanos primitivos vivían esparcidos por la campiña de Roma cultivando sus tierras, eran romanos. Después que todos se unieron en el recinto que había demarcado el arado o *urbo* —de donde le vino el nombre de *urbe*— conquistaron todo el *orbe*, adoptaron todos sus vicios y no desecharon sus supersticiones “*nullam respuebat falsitatem*”<sup>343</sup> —como dice san León.

(§ 4418) En Suetonio y en otros se leen los vicios, lujo, lujuria, glotonerías, fausto, orgullo, tiranías, crueldades y vanidades de los romanos después que abandonaron el *urbo* o *arado* —si bien han sido los que más tardaron en descuidar de la agricultura, como consta del precioso texto repetido de Tertuliano. Pero no se puede leer lo que en el siglo IV dice Ammiano Marcelino en el libro XIII del lujo de los romanos, sin acordarse de lo que se oye decir del lujo de París, Londres, Lisboa, etc., y del de Madrid, más por remedar y por moda que por otro motivo alguno.

(§ 4419) Ocupa Ammiano Marcelino [436r] dos llanas en folio en describir aquel fausto, lujo y bambolla en vestir, en la mesa, en la calle, en el juego, en el séquito, en los domésticos. Declama contra él, aunque era pagano, pero mejor declamaron los godos cuando dieron al traste con el imperio, con los cobardes romanos y con todo su lujo escandaloso. Este paradero tiene el inmoderado lujo, que solo se halla en los lugares muy populosos. No puede haber mucha población útil en donde hubiere muchos lugares de excesivo vecindario, en donde solo se ara el vicio y ociosidad y se siegan maldades.

(§ 4420) De nada sustancial sirven los lugares muy populosos. En verdad que los mejores soldados se sacan del arado —no del teatro, ni de los paseos, ni de los banquetes, ni del juego, ni de las serenatas, ni de los galanteos, ni de los que andan, visten, comen y bailan según todo el rigor de la moda. Las fábricas mejor están en los despoblados que en los lugares populosos, para facilitar [436v] los alimentos y los precios, y que no se les pegue la contagiosa ociosidad y se pierda el tiempo en concurrir a toda fiesta. En breve: las aldeas para maldita la cosa necesitan de lugares grandes, sino para que a sus aldeanos les hagan injusticias y extorsiones, y sin los aldeanos no podrán subsistir los lugares grandes.

\* \* \*

#### IMPORTACIONES SUPERFLUAS

(§ 4421) Acabo de oír que en el párrafo de Londres de la *Gaceta de Madrid*, de este martes, 4 de septiembre de 764, viene una reprensión que el rey de Inglaterra dio a sus palaciegos y a los caballeros de corte, porque se presentaron a besar su mano vestidos de telas de fuera del Reino, quejándoseles que con eso empobrecían las fábricas de sus vasallos y enriquecían a sus enemigos —y esto, a vista de las excelentes fábricas de Inglaterra. No pueden ser más justas las quejas.

(§ 4422) Y, siendo tan notorio, laudable y visible que nuestro Rey se viste de los géneros de España, se debe pasar el dicho párrafo de Londres al párrafo de Madrid, y [437r] será un tapaboca para los que

<sup>340</sup> Las puertas del Infierno no prevalecerán sobre esta. Mateo 16, 18.

<sup>341</sup> Un campo de labor donde estuvo Roma. Variante de Ovidio, *Heroidas* 1, 1, 53: *iam seges est, ubi Troia fuit*.

<sup>342</sup> Incluso las ruinas han perecido. Lucano, *Farsalia* IX, 969.

<sup>343</sup> No respondía ninguna falsedad. Cf. León Magno, *Tract.* 82, 2.

quisieren extrañar que el Rey mande que todos sus vasallos se vistan y coman de los géneros del país, ya para que haya fábricas, habiendo consumo, ya para que de España no se extraigan tantos millones de reales a título de cosas superfluas y acaso nocivas, pues al fin casi todas esas sumas salen del sudor de los pobres y de los pueblos —y más, siendo constante que estos no envían dinero fuera de España. Si a todos los mercaderes se les intimase debajo de graves penas que no pudiesen vender sino géneros de España, estaba remediado más de la mitad del enorme daño y perjuicio que España recibe de esos factores de los extranjeros.

(§ 4423) Esos chamarilleros, con título de comerciantes, son los mayores enemigos, ya ocultos ya manifiestos, que tienen las pocas fábricas y manufacturas que han quedado y que pudiera haber. Las exorbitantes ganancias que se toman, sin Dios ni ley, los hacen en breve muy adinerados. Con esas armas se hacen insolentes [437v] y temibles, y en nada tropiezan para llegar al grado de millonistas. A estos les conviene el monopolio y solicitan ser *moni-compros* y *moni-vendos* —permítanse las voces, pues son muy expresivas— o, para que se entiendan mejor, *solí-compros* y *solí-vendos*. Solos ellos quieren comprar y solos ellos quieren vender. Solos ellos, o su avaricia, quieren poner la tasa y los precios a pedir de bolsa y, sin ser reyes ni el público, echan tributo sobre los géneros que ni compran ni venden.

(§ 4424) Por lo mismo de estancar todo el dinero, les es fácil valerse del cohecho para salirse con todo, aunque notoriamente sea contra el Rey y contra el bien público. Establecidas y multiplicadas las fábricas y manufacturas en España, y con tasa pública de los géneros del país, llevó el diablo toda la artimaña de comprar y vender géneros de fuera sin tasa ni medida. Con los géneros de España no es tan fácil el monopolio ni el tasarlos a [438r] discreción usuraria. Con esos, cualquiera podrá ahorrar mucho dinero en las compras, sin necesitar de zabarderos, regatones y revendedores, contra los cuales hay tantas leyes penales.

(§ 4425) Pedro, verbigracia, necesita de un género que se fabrica en tal parte, o de frutos que nacen en tal país. Con disponer que se compren en la primera mano, con pagar los derechos al Rey y con pagar el porte al arriero, que son sabidas y tasadas, no concurrirá Pedro ni al monopolio ni a criar *ex nihilo*<sup>344</sup> millonistas, ni a que estos enriquezcan a nuestros enemigos y a que empobrezcan los pueblos de España cada día más y más. Hablando claro: los que han de sostener el comercio que dure son los arrieros que portean los géneros de una parte a otra por precio sabido, no los que sin tener cosecha los compran aquí por cuatro para venderlos en otra parte por doce.

(§ 4426) No hemos visto hasta ahora [438v] que ningún arriero haya fundado mayorazgo ni haya hecho grandes caudales. Se tiene por feliz el que saca su jornal para ganar su vida y mantener su familia, enseñando el oficio a sus hijos para que en su vejez le mantengan a él. Así, hay países en donde de padres a hijos se mantienen casi todos de la arriería sin salir de una medianía decente. Esto hacían los maragatos al principio de este siglo, y guardaban una inviolable fe, que pasó a ser ejemplar. Ya se acabó ese ejemplar después que los maragatos pasaron de arrieros a ser mercaderes y comerciantes. No sería tan malo si antes hubiesen abandonado el oficio de arrieros, pero siendo arrieros y comerciantes en los mismos géneros que portearan para otros, truécenlos, y los buenos los venden, y con los malos cumplen con el que les paga el porte.

(§ 4427) Y, para no pagar los derechos de los que venden, fingen testimonios de que los portean de regalo. Aún hay más, [439r] viéndose ya con caudales que no ha tenido toda su generación, se avanzan a atravesar todo un barco de géneros ultramarinos (bacallao, verbigracia, aceite, jabón, etc.), los compran a un bajo precio y después los portean tierra adentro para venderlos a precio subido. De manera que el ser arrieros es pretexto para imitar a los comerciantes que aspiran a ser muy ricos.

<sup>344</sup> De la nada.

(§ 4428) Esta iniquidad de atravesar entre dos o tres un barco de géneros que vienen para que todos compren y todos se abastezcan es otra tal que la de atravesar, entre dos o tres, una feria o un mercado. Y no se distingue de la que hacen los revendedores, que salen a los caminos a atravesar estos o los otros alimentos para venderlos a su capricho. Engelberto Kaempfer, en la *Historia del Japón* (libro IV), pone el modo y rigor con que los japones admiten los holandeses al comercio. Estos no deben [439v] hacer señal alguna de cristianos, ni aun la señal de la cruz. No entran en tierra, sino que quedan como prisioneros en la isleta, con puente a tierra, que llaman *Désima*, enfrente de Nangasaki. Se les registran todos los géneros, se almacenan en una grande y pública sala, y allí van a comprar todos los del pueblo. Y, así, dura mucho la venta.

(§ 4429) Esta justísima precaución se debe tener en todos los puertos cuando a ellos aporta algún barco con géneros para abastecer el pueblo. Deben estar de venta por menor algunos tantos días (en el Japón están los holandeses algunos meses) para que compren antes todos los del pueblo, y se debe castigar, con rigor, a los que quisieren atravesar todo el barco. Y, si ya le han comprado, se les deben confiscar todos los géneros y se deben vender a un precio moderado; la mitad para el Rey y la otra mitad para hacer alguna obra pública que sirva de escarmiento de los [440r] monipodistas, estancadores, usureros y enemigos capitales del bien común. Esta ley es común en las leyes y fueros de España, pero el cohecho hace que se disimule su insolente inobservancia.

(§ 4430) Esta tolerada iniquidad de que solo vendan de segunda mano los que se han enrollado o alistado en una especie de gremio, cofradía o pandilla de un pelotón de personas pelonas es la causa principal —aunque no la única— de la destrucción de España. A esa se debe atribuir el que no haya comercio verdadero y lícito; el que no puedan subsistir fábricas ni manufacturas; el que salga tanto dinero de España por cosas que tenemos acá, o por bagatelas y fruslerías que nunca se habían de permitir; el que en ventas y compras haya tantas vejaciones, y el que ninguno tenga modo —ni aun el más lícito— de ganar su vida.

(§ 4431) No contentos los dichos para lo [440v] dicho, con el esfuerzo que pueden poner por sí mismos llegaron a conseguir que en Madrid se oyese la máxima de que no convenía que en España hubiese fábricas y manufacturas, para que de ese modo subiesen las aduanas. Los que lo han dicho saben poco de la verdadera economía, que es no traer de fuera lo que se tiene o puede tener en casa. El párrafo de Londres prueba que los ingleses, que tanto entienden de la economía, política y bien común de un estado, debían servirnos de ejemplo. Y supongo que también hay aduanas en Inglaterra. Aduanas de salida, cuanto mayores, mejor; pero aduanas de entrada, cuanto mayores, prueban que las necesidades son muchas, y de todo.

(§ 4432) Pide la equidad y la crítica que las palabras escritas de un autor y las palabras de viva voz que falsa o verdaderamente se atribuyen a un hombre, no se interpreten a capricho, [441r] sino que se entiendan en algún sentido, recto y santo. Todo autor que escribe tiene derecho para que no se meta a leerle el que no tiene principios para entenderle, según el sentido en que abunda. Esto no se sabe con leer uno u otro período desfalcado, es preciso leer todo el escrito para saber en que sentido abunda el escritor, sin lo cual no se entenderán (o se entenderán al revés) sus expresiones. Por no atender a esto, hay tanta peste de escritos de impugnadores o erísticos, que suelen convertirse en infamia de esos moscardones, cuando sale a luz una apología del impugnado por mal entendido.

(§ 4433) Y si esto sucede en lo escrito, que siempre está permanente, ¿qué sucederá en lo hablado, siendo cierto que *volat irrevocabile verbum*<sup>345</sup>? No sé si alguno dijo o no —de primera mano— la mons-

<sup>345</sup> Vuela irrevocable la palabra. Horacio, *Epistulae* 1, 18, 71: *Semel emissum volat irrevocabile verbum*.

truosa paradoja política de que no conviene que España tenga fábricas propias. [441v] De pocos años a esta parte se ha desenfrenado en Madrid el prurito de mentir y de levantar falsos testimonios. He llegado a creer que hay una compañía o regimiento formado de mentirosos de raza, de estudio, unos por ociosos y otros por asalariados, para que, por tertulias, corrillos, tabernas, hosterías y bodegones, siembren las mentiras más garrafales y sin fundamento alguno.

(§ 4434) La paradoja, según lo que suena, jamás pudo ofrecerse seriamente a racional alguno, ni aun a los mismos que la inventaron y esparcieron por medio de sus emisarios. Por razón de los particulares intereses que ocasionará la paradoja establecida, hace años que los extranjeros, los viles y venales factores que tienen en España, y los que componen la gavilla de traer géneros de fuera para que salga fuera el dinero, la han querido y solicitan establecer en España. Con fábricas de España —dirán— no nos podemos [442r] hacer ricos, porque no los podemos vender a nuestro antojo, ni nos conviene arreglarnos a tasa o arancel alguno. Es cosa vergonzosa que unas pobres fruterías hayan de tener patente la tasa y postura, y no la tengan los que traen a vender costosas quinquillerías de fuera. Parece esto a la reforma del mundo que los filósofos hicieron en el *Parnaso* de Bocalini, que solo vino a parar en poner tasa a las verduleras.

(§ ↓4436) La dicha paradoja tiene un sentido muy sano, y en el cual acaso la dijo —si la dijo— el sujeto a quien se le atribuyó. Después que se han introducido compañías con el pretexto de reales y han tomado a su devoción estancar los géneros de algunas fábricas, de algunas manufacturas, de algunos mixtos o de algunos frutos de la tierra, todo va hacia atrás y todo va contra el Rey, contra el bien público, contra los pobres y contra el Estado. Valga el diablo el oficio que no se puede ejercer [442v] sin que el Rey apronte mucho dinero, sin que el Rey conceda muchos privilegios —y entre ellos, el de exclusiva para ejercer el oficio, no siendo de los de la cofradía, sin que el Rey funde de nuevo un privativo tribunal para ella, eximiéndola de la jurisdicción ordinaria, y solo con el conque de que puedan vender los géneros a su arbitrio, etc.

(§ 4437) De manera que ha mostrado la experiencia que solo se inventaron esas compañías, fábricas y gremios para subir enormemente los precios. Esto se ha visto en el cacao, azúcar, seda, pergaminos, papel, etc. Ese género de fábricas y compañías, y en ese tono, no conviene que las haya en España. Y convendrá infinito que, sin necesitar del Rey para nada, se reduzcan esas pomposas compañías a infinitas compañías particulares pequeñas, y de tres o cuatro [443r] individuos que unidos ganen su vida, sujetos a la jurisdicción ordinaria. En esos no tiene lugar el monopolio ni la exclusiva, ni el vender según un avariento capricho.

(§ 4438) Para el oficio de labrador, que es el principal y superior al de mercaderes, aún no se inventó compañía, ¿por qué, pues, se ha de tolerar que haya esas perjudiciales compañías? Cada buhonero venda sus agujetas como cada labrador vende sus frutos. Venda cada mercader sus géneros sin conexión con otro alguno. Y sépase que cualquiera se puede poner al oficio de labrador, de buhonero y de mercader sin estar sujeto a leyes de alguna cofradía, sino a las divinas y a las de la jurisdicción ordinaria. El texto “turba medicorum perii”<sup>346</sup>, se debe aplicar a la turba de tribunales que cada día se inventan, y que [443v] diga la justicia: “turba tribunalium perii”<sup>347</sup>.

\* \* \*

<sup>346</sup> He muerto a manos de una multitud de médicos. Cf. Feijoo, *Teatro crítico*, t. 1, Discurso 5, 1: “siendo cierto, que como el Emperador Adriano se puso por inscripción sepulcral: Turba Medicorum perii”. Cf. Petrarca, *Famil.* 19, 4.

<sup>347</sup> He muerto a manos de una multitud de tribunales.



(§ 4439) Muy semejante a la dicha paradoja es otra que dicen se ha oído en Madrid. Es tricépito o de tres cabezas, y por eso tan monstruosa —no como parto de algún Gerión, concorde en la unión de tres hermanos, sino como aborto de las tres bocas del can Cerbero, que con ellas ladra, blasfema y muere de lo que debiera saber y no sabe. Primera cabeza, es decir que la botánica de nada sirve para la medicina. Segunda, que es muy excusado en Madrid el Real Jardín Botánico. Tercera, que ese jardín estaría mejor en la capital de tal provincia. Atiendan a esto los sanos para cuando estén enfermos, y los enfermos que quisieren estar sanos, y se desengañarán unos y otros de la ciega confianza que ponen en médicos que confiesan y publican que su medicina no necesita de botánica. Vean [444r] si se confiarán en uno que se jacte de que es excelente platero para que le trabaje una alhaja curiosa, confesando el platero que no conoce ni ha visto jamás más plata que la de las pesetas.

(§ 4440) Menor paradoja sería decir que para ser un insigne botánico e historiador natural, de maldita la cosa se necesita de la medicina de borla y patadas, ni de todos los silogismos que se extripan en las escuelas, y más siendo voz pública que los médicos más infelices y de más desaciertos mortales son los que por mañana y por tarde van a la aula a curar entes de razón, y a soltar los diques de su bárbara elocuencia como si estuviesen a la cabecera de un mentecato enfermo, haciendo del Doctor Gerundio. El ente de razón goza perfecta salud, y así no necesita de médico. Y ya en tiempo de Séneca no buscaban los enfermos [444v] “*medicum eloquentem sed sanantem*”<sup>348</sup>.

(§ 4441) Desde Noé acá ha habido botánicos en todo el mundo con este o el otro nombre, y los hay hoy en las naciones más bárbaras. Y el mundo ha estado muchos siglos sin saber qué cosa era médico de borla. Los babilonios —como dije con Heródoto— no usaban médicos, como ni tampoco los gallegos —como dije con Estrabón. En tiempo de Plinio había millares de gentes que no tenían médicos: “*Ceu vero non millia gentium sine medicis degant, nec tamen sine medicina*”<sup>349</sup> (libro XXIX, capítulo 1). Con razón distingue los médicos de la medicina: esta siempre la hubo, que solo era aplicación de la botánica, o de las plantas y simples. Conque si esto no sirve, ¿qué ha de servir?

(§ 4442) En los siglos heroicos no hay noticia de tales médicos. Mutuamente se curaban unos a otros sus heridas, más como cirujanos naturales que como [445r] médicos de profesión. En los casi seiscientos años de la fundación de Roma, no hubo tales médicos —Plinio extiende más ese tiempo: “*Sicut populus romanus ultra sexcentessimun annum*”<sup>350</sup>—, y es cierto que en esos seis siglos florecieron los romanos en robustez, vigor, conquistas y victorias, sin médicos que los hiciesen enclenques, y para nada; pero no sin medicinas caseras, tomadas de los vegetables de una huerta. Los soldados llevaban consigo esas plantas para curarse de las heridas que habían de llevar, sin necesitar de médicos, cirujanos ni boticarios.

(§ 4443) Dos eran las más comunes. La *scrofularia*, que por eso tomó el nombre de *castrangula* y *mille-morbia*, por razón de sus muchas virtudes. La otra era el *millefolium*, que llamaron por eso *militaris*, y en griego *stratiotes*, que es lo mismo. De eso ha procedido [445v] que para el mismo efecto echasen mano de otras plantas, y a eso se debe atribuir que tengamos tantos específicos vulnerarios. Por lo mismo, los primeros médicos que vinieron a Roma se llamaron *vulnerarios*, que en el fondo son lo mismo que cirujanos, y es indisputable que estos precedieron muchos siglos a los médicos de escuela.

<sup>348</sup> A un médico que sepa hablar, sino que sepa sanar. Séneca, *Epistulae Morales ad Lucilium* IX, 75, 6.

<sup>349</sup> O miles de personas que viven sin médicos, y es más, sin medicina. Plinio, *Naturalis Historia* XXIX, 5, 11.

<sup>350</sup> Como el pueblo romano hasta el año seiscientos. Plinio, *Naturalis Historia* XXIX, 5, 11.

(§ 4444) Pocos saben que hay tres Plinios. El primero, el Mayor, de la *Historia natural*. El segundo, Júnior, de las *Epístolas*: este era sobrino del Mayor, y asistió a su tragedia y la describe cuando, por querer ir a registrar el incendio del Vesubio, quedó sepultado en sus cenizas; y, cuando con ellas y con el terremoto, se abismó y se sepultó la ciudad de Herculano, que hace tiempo que se está desenterrando. El tercer Plinio es otro que vivió doscientos años después de los dos, llámase Plinio Valeriano. Este escribió cinco libros *De re medica*. [446r] Podrá pasar por un compendio de Plinio que copió o perifrasede añadiendo de suyo otras cosas más. Estos cinco libros, añadidos a los de los *euporistos* atribuidos a Dioscórides, componen un cuerpo de remedios caseros para no necesitar de médicos, cirujanos ni boticarios.

(§ 4445) En el libro III, capítulo 29, perifrasede este Plinio Valeriano un texto del capítulo 11 del libro XX de Plinio el Mayor. Y dice así, tratando de *cauliculo*, o de las coles y berzas: “Cato tradit populum romanum sexcentis fere annis medicina brassicae usum, nondum enim in urbem commeaverant medici qui in artem redegerunt quemadmodum magno sanitas constet; et peregrina secum pigmenta attulerunt, ut illis imponerent pretia quae vellent. Ceterum militares viri gloriosas cicatrices, gratuito holere curabant, eodem horto cura usi ad salutem, dum illos pascit et sanat”<sup>351</sup>. Había dicho en el prefacio que emprendía esta obra porque en sus enfermedades, y de sus amigos, había experimentado varias trapacerías de los médicos: “Varias fraudes medicorum experiscerem”<sup>352</sup>. Cuéntalas, y viene a parar que eran [446v] “saeviores ipsis morbis”<sup>353</sup>.

(§ 4446) Véase en este texto mucho de lo que apunté en este asunto sobre traer de lejos mixtos extraños para ponerles los precios a devoción de la estafa y avaricia. Trata Valeriano de la berza, y la llama *el antidoto de Catón* (el que murió el año 605 de Roma), porque, como ya dije, Catón escribió de las virtudes de la berza. Del mismo asunto escribió Crisipo, y el médico Dieuches. Apostaré que no se hallará en los recetarios la voz *berza* o *brassica*. ¿Qué se diría si un médico de borla recetase berzas? Léanse todas las virtudes que pone Valeriano, que tiene más que todo cuanto se vende en la calle de las Postas.

(§ 4447) De aquellos malvados médicos que traían consigo mixtos extraños para venderlos por lo sumo, supongo que habla Plinio el Mayor, cuando en el libro XIV, capítulo 1, refiere que los médicos griegos se habían conjurado entre sí de matar a todos los romanos por medio de su medicina: “Iurarunt inter se barbaros necare omnes medicina. Et hoc ipsum mercede faciunt ut fides iis sit, et [447r] facile disperdant. Nos quoque dictitant barbaros et spurcius nos, quam alios opicos appellatione foedant”<sup>354</sup>. Este texto se podría glosar mejor en el siglo XIV, cuando Europa estaba en el auge de su barbarie, que no en tiempo de los romanos. Pero dudo mucho que en ese bárbaro siglo se haya proferido la paradoja.

(§ 4448) La segunda cabeza de la paradoja médica es decir que no conviene que en Madrid haya algún Real Jardín Botánico. En esto no había dado Galeno con toda la *turba medicorum*, con todos sus once libros que escribió *De simplicium medicamentorum facultatibus*, ni cuando dice que el médico haya de

<sup>351</sup> Catón cuenta que el pueblo romano llevaba seiscientos años utilizando la col, pues aún no habían entrado en la ciudad los médicos que trajeron esta arte del modo que consta su sanidad. Y trajeron también ungüentos extranjeros, de modo que les ponían el precio que querían. Por lo demás, los militares curaban sus valerosas cicatrices con una hortaliza que no les costaba nada, puesto que utilizaban sus mismos huertos para su curación, mientras los alimenta y sana. Cf. Plinio Valeriano, *parafr. loc. cit.* Plinio, *Naturalis Historia* XX, 33, 78.

<sup>352</sup> He experimentado engaños varios de los médicos.

<sup>353</sup> Más crueles que las enfermedades mismas.

<sup>354</sup> Se juraron matar a todos los bárbaros a través de la medicina, y esto mismo lo hacen cobrando, de modo que les tienen fe y así fácilmente a nosotros nos tachan de bárbaros y más cochínamente que a otros nos insultan con el baldón de opicos. Plinio, *Naturalis Historia* XXIX, 7, 14.

conocer todas las plantas y, cuando no todas, a lo menos muchísimas. Ni tampoco Avicena, cuando dejó escritos 756 capítulos, y cada uno de un simple diferente. No se dará médico que no haya escrito antes *de simplicibus*, o que no tenga en la memoria esa precisa materia. Y si esos simples no se hallan en un Real Jardín Botánico, ¿en dónde se han de recetar?

[447v] (§ 4449) Fácil es descubrir la añagaza. Diciendo que la botánica no es precisa para un médico, ninguno extrañará que el médico de borla no conozca las berzas. Y logrando que en Madrid no haya jardín botánico, se quita la ocasión de que los curiosos y advertidos de Madrid se aficionen a la botánica, lean los libros, usen las virtudes de los vegetables, y se descubra la crasa y profunda ignorancia de los médicos y boticarios. ¿Y qué diremos de tantos millares de jardines botánicos que hay en las cortes, en las ciudades, villas y aldeas de todo el mundo? ¿Y qué dirán del jardín botánico que Antonio Castor tenía en Roma y en donde estudió Plinio?

(§ 4450) Dirán la tercera cabeza de la paradoja. Esta es, que en caso de haber jardín botánico, no ha de estar en Madrid, sino allá en la capital de una provincia. ¡Rara contradicción! Si la botánica no hace al caso para la medicina, ni conviene que esté en Madrid el Jardín, ¿por donde convendrá que esté allá en esa capital? Fácil es la respuesta. [448r] Estando el Jardín muy lejos de Madrid, no incomodará sino a los médicos de la capital —no a los médicos de Madrid, que se hallan bien con su supina ignorancia de la botánica e historia natural que debían saber. Reparen los enfermos de Madrid las pocas veces que oyen hablar a los médicos de algún vegetable, estando en esos la medicina.

(§ 4451) Es muy verisímil que los que han dicho las paradojas (si las dijeron), las hayan proferido en algún sentido sano y recto, pues no hay cosa que no tenga dos asas y muchos visos. Todas las artes y ciencias tienen sus quimeras para divertir a los profesores. Fabricio escribió un opúsculo *De chimaeris scientiarum*, y cita a monsieur Fontenelle. Pero cualquiera que tenga mediana lectura contará esas quimeras, y yo no tenía mucha cuando había observado que la quimera de la geometría es la cuadratura del círculo; la de la mecánica el movimiento perpetuo [448v] artificial; el círculo en la música es su quimera; la piedra filosofal es la quimera de los químicos; el remedio universal es la quimera de la medicina; la de la cosmografía, las longitudes; y Fontenelle añade que la quimera de la filosofía moral es el perfecto desinterés y la perfecta amistad. Y yo digo que esta quimera es fecunda, y madre de la de querernos embocar por afecto al bien público y común: el desordenado afecto a solo mirar por el bien e interés particular, queriendo chupar todos los bienes del público.

(§ 4452) De manera que en cada ciencia o facultad se han de considerar tres cosas: sus principios y teoremas indisputables, sus quimeras inasequibles y la charlatanería de sus profesores. El principal estudio ha de ser de los teoremas y principios. Algo se adelantará tentando vencer, como Belerofonte, la quimera respectiva, y el tiempo que se diere a ese [449r] estudio no siempre será perdido. De esos Belerofontes de buena voluntad, unos creen que vencieron la quimera, como el padre Gregorio de San Vicente la cuadratura del círculo —quedose como estaba, pero tropezó con mil primores geométricos evidentes.

(§ 4453) Otros conocen la dificultad, pero se ejercitan en ella, o creyendo que la han vencido, como los que se ejercitaron en las longitudes; o creyendo que la dejaron intacta, pero que sacaron utilidad de haberse ejercitado. Entre estos últimos, quise también yo meter la pluma, como se ve en los 60 pliegos que dejo escritos sobre la longitud. Entré en la suposición de que no la había de hallar. ¿Qué importará que no, si me ejercité e instruí en esa materia? Algo tenté también entrando con la misma suposición sobre la cuadratura. ¿Qué importará que no la haya hallado si me instruí [449v] y enteré de la misma dificultad o quimera, y me familiaricé con muchos teoremas ciclométricos en los que nunca había pensado? Por eso

soy de dictamen que para penetrar una ciencia, se ha de ejercitar uno en querer vencer su quimera, entrando suponiendo que no la ha de vencer.

(§ 4454) La insufrible consideración es la tercera de la charlatanería de los profesores. Ya Menckenio dio a luz su librito *De charlataneria eruditorum*. Mucho asunto para tan pequeño libro. Se debía formar un corpulento tomo en folio que contuviese la historia general de toda la charlatanería, no solo de los eruditos, sino también de los majaderos, satisfechos y baladrones en todo género de ciencias, artes, facultades, oficios, empleos; y aun de los más ínfimos y mecánicos. A esto alude el dicho: “Dios me libre de un hombre de un libro” —y yo añado: “y de hombre de un solo oficio y facultad”. Hace años que oí a uno que había confesado a otro que se le confesó de que [450r] tenía grande vanidad. “¿Y en qué te fundas?”, le preguntó, y dijo: “Señor, en que, en un cuarto de hora, desuello más carneros que los compañeros de mi oficio”.

(§ 4455) Apunte cada uno lo que ha oído a polítricos mentecatos, a militares cobardes, a teólogos adocenados, a médicos de la legua, a juristas sin ser letrados, a boticarios de esquina, a gramáticos de supinos, a químicos de carbón y cisco, a filósofos de silogismos en Barbara, y en Frisesomorum, a historiadores de Dextro y Luitprando, a literatos de taránganas literarias de la moda, etc., y a todo género de menestrales y artesanos, y se hallará con materiales para formar por sí mismo un tomo de la vanidad y charlatanería insufrible y fastidiosa de todos ellos.

(§ 4456) De estudio dejé para lo último la charlatanería de los botánicos. En mi sentir es esa la facultad en que hay más charlatanería. En otras facultades toca [450v] a este o al otro individuo. En la botánica es trascendente a todos los que siguen un sistema, de manera que en ella es sistemática y multiplica la charlatanería. Los españoles están bien, pues tienen pocos charlatanes a quienes oír, y los libros, o no los tienen, o no los leen, o no los entienden. Los botanistas quieren apurar tanto el número y las más mínimas piltrafas de los vegetables, que hacen ridícula e inaccesible la botánica, en sí y en su nomenclatura. Monsieur Guetard dio a luz dos tomos del vello y piltrafillas de las plantas, mezclando los dos sistemas, de Tournefort y de Linneo. ¿Qué es esto sino una charlatanería inútil e insufrible?

(§ 4457) Acaso los que dijeron la paradoja aludirían a esta botánica tan nimiamente especulativa y en idioma tupinambo. Es verdad que la botánica en este sentido no es necesaria para médicos, cirujanos ni boticarios, ni aun para verduleras y cocineros. ¿A qué fin, [451r] pues, se ha puesto que el que se ha de oponer a la cátedra de Botánica en el Real Jardín haya de ser médico, cirujano o boticario? ¿En qué tribunal se aprueban agricultores, jardineros, cocineros y verduleras? ¿Qué se necesita de Hipócrates, Galeno ni Avicena, para que uno sea excelente agricultor, jardinero curioso, exquisito cocinero y una inteligente verdulera en fresco, cuyo marido sea un insigne herbolario en seco?

(§ 4458) Estas cinco clases de personas no han necesitado para maldita la cosa disfrutar las pingues dotaciones de tantas cátedras como hay de Medicina, y que son totalmente inútiles si no precede el conocimiento de la botánica e historia natural y alguna práctica de los cinco ejercicios de arriba. El reino vegetable está en el medio del reino mineral y del reino animal. Dios no crió el reino mineral ni para alimentos ni para medicamentos, sino para utilidades económicas del hombre. Para esas, para [451v] alimentos y para medicamentos de los individuos del reino animal, crió Dios el reino vegetable, y para que el hombre conociese esos mixtos, “differentias virgultorum, et virtutes radicum” (*Sapient.* 7, v. 20)<sup>355</sup>. La voz *radicum* supone aquí por el todo del vegetable.

<sup>355</sup> Las diferencias de los árboles y las virtudes de las raíces. *Sabiduría* 7, 20.

(§ 4459) Es de notar que la voz *paraíso* es hebrea, pérsica y oriental, y que significa ‘huerto o jardín’. Puso Dios a Adán en un jardín o paraíso, y no le colocó en canteras de metales o minerales. Así, cualquiera jardincillo o huerto está avisando a los hombres de sus primeros principios y del oficio principal a que Dios los puso, que es el de agricultor en toda su extensión. De las frioleras de una mala metafísica que ha inventado la charlatanería de los griegos —la cual ha llegado hasta nuestros tiempos— no se debe hacer caso. Esas fruslerías ociosas ni son medicina ni botánica ni historia natural, [452r] ni sirven de cosa para la agricultura; solo sirven para entablar un estanco contra la voluntad de Dios.

(§ 4460) El modo de ridiculizar esos estancos de una ciencia que no hay, y que solo han servido en España de arraigar en ella una inveterada barbarie y una profunda ignorancia de todo cuanto Dios ha criado en nuestra Península, debe ser entablar mi proyecto de los muchos jardines botánicos provinciales, en la conformidad que ya los propuse, y con exclusividad, por la ley del talión, de todo médico, cirujano y boticario que quiera cucharetear en esos jardines públicos. La experiencia de que esos huyen de usar de simples que no vengan de fuera de España para venderlos a su antojo, la certeza de que por todos casos, y a costa de paradojas, solicitan que los españoles no se dediquen a la [452v] botánica e historia natural, y la sospecha de que no podrán enseñar a la juventud sino sus ignorancias envejecidas, sus mortales errores y sus prejuicios indesarraigables, justifican la exclusividad.

(§ 4461) Al examen que se debe hacer de los opositores a la cátedra de Botánica de Madrid, deben concurrir todos los que no son de la familia hipocrática y tienen algún mediano conocimiento de la botánica española. Esos son los que han de examinar preguntando, a vista de mucho pueblo. Por eso la oposición se ha de hacer en público, en el medio del Real Jardín Botánico y en tantas tardes o mañanas continuadas y a horas determinadas. El modo del examen ha de ser el siguiente.

(§ 4462) Cualquiera rústico, artesano o caballero que tuviere conocimiento [453r] de vegetables, tomará una planta de las cercanías de Madrid o del mismo jardín botánico, como no sea de las recién traídas de fuera de España. Presentará la planta al opositor en público y le preguntará que diga el nombre vulgar, el nombre latino correspondiente, si es común o rara, qué autores tratan de ella, en qué paraje la ha visto, cuáles son sus virtudes y en qué autores las ha leído, cuál es su flor y su fruto o semilla, qué usos domésticos tiene en todas sus partes, en qué tiempo florece; si se le ha de examinar por sistemas, que diga a qué clase pertenece de Tournefort y a qué clase de Linneo, y, si hay allí esos dos, que señale el lugar.

(§ 4463) Toda España se interesa, no menos que en la salud pública, en que no se dé carta de examen de médico, cirujano y boticario a tanto idiota como hasta aquí se ha dado y se da cada día a trueque de que pagan las propinas. Eso tiene el hacer el examen a cencerros tapados. Hágase [453v] enhorabuena así en orden a la facultad que saben los examinadores. Pero en cuanto a lo indispensable y preciso, cual es la botánica, para las tres facultades, el primer examen debe ser en público y en el Real Jardín Botánico, y en donde cualquiera pueda hacer juicio de la suficiencia o ineptitud de los que vienen a examinarse. El grado de universidad, sin preceder este examen de lo que en ella ni se estudia ni se enseña, no vale un bledo.

\* \* \*

#### MEDICINA EMPÍRICA Y EXPERIMENTAL

(§ 4464) La medicina no tiene axiomas ni teoremas absolutos impresos e infijos en la razón natural. Todos son hipotéticos y fundados en la práctica y observación. No ignoro que Archibaldo Pitcarnio dio a luz un tomo en cuarto con este título: *Elementa medicinae physico-matematica*. Nada de todo cuanto dice es absoluto, sino hipotético, aunque el autor ha remedado el método de los *Elementos* de Euclides. No

obstante, [454r] el autor es curioso y claro. Pone cuatro postulados, cien definiciones y doscientas proposiciones. El caso es que, por más contingente que sea una materia, se podrá tratar modo geométrico en sentido hipotético, no absoluto. Y ese método es muy de mi gusto.

(§ 4465) No hay medicina que no esté fundada en la práctica y observación. Así, la medicina primitiva, verdadera y de todas naciones ha sido y es la medicina empírica o experimental. Y si hay médicos empíricos idiotas y majaderos —que no lo dudo—, tampoco dudo que es mayor el número de los que huyen de ser empíricos para obrar según sus sueños. Al fin, estos, por más que discurran, no tienen teoremas sobre qué fundar; y los empíricos, a mediano discurso, se podrán fundar en unos teoremas hipotéticos que les enseñó la repetida experiencia. El curar con [454v] la quina, hipecacuana, etc., ¿qué es sino curar a lo empírico?

(§ 4466) Lo mismo se debe entender de otros muchos mixtos que los médicos de Europa han hurtado de los más bárbaros salvajes empíricos. ¿No es insolencia que siendo hoy la moda de usar de esos mixtos se declame contra los empíricos? Marcelo Empírico ha sido el médico de Teodosio el Grande (no se confunda *Espagórico* con *Empírico*). Este curaba con medicamentos experimentados y caseros y, por lo común, con vegetables. Los espagóricos son los secuaces del iluso, fanático y diabólico Teofrasto Paracelso, que podremos llamar empíricos de muerte que, con sus quimiquerías —que todas, a la corta o a la larga, son venenos empíricos y quieren hacerlos caseros. Todo lo gobierna la avaricia desalmada para vender muy caro aun esos venenos.

(§ 4467) Lo más deplorable es que esos [455r] que tanto declaman contra los empíricos o remedios caseros, euporistos y experimentados, porque se les refrena en las exorbitantes ganancias, son tan empíricos como ellos: aquellos *ad vitam*, y estos *ad mortem*. Han experimentado, y también las parroquias, los centenares de enfermos que echan al otro mundo en la flor de su edad, por haberlos sangrado, purgado, atestado de quina y cicatrizado de cantáridas, a la más ligera enfermedad de un flato, asiento o constipado. No por eso escarmentan, porque quieren ser empíricos *ad mortem*.

(§ 4468) Bien seguro es que si los empíricos *ad vitam*, que curan con remedios caseros, experimentan en alguno de ellos esa repetida desgracia funesta, escarmentarán y echarán mano de otros remedios, habiendo infinitos entre los vegetables. Esto mismo hace cada uno en la elección de los alimentos, y aun eso mismo hacen [455v] los animales. Aquí vuelve el dicho que cité del médico Luis Lobera, que si hubiese dos Valladolides igualísimos en clima, gente y años de edad, y en uno hubiese muchos médicos y en el otro ninguno, moriría menos gente en este que en el otro. Por ser imposible la hipótesis, supla saber que el año de 63 murieron en Madrid 29 203 personas. Y que, si muriesen otros tantos en el corto terreno del regimiento de milicias de Pontevedra (que tiene igual vecindario al de Madrid) pasaría por peste.

(§ 4469) La peste o es universal y ecuménica, cuales han sido las de los tiempos de Hipócrates, de Galeno, de san Gregorio, de don Alonso el Último —en el siglo XIV, de la cual murió, y que ha sido más terrible que todas las demás después del Diluvio—, o es endémica, peculiar de alguna nación —como la *consumpcion* en Inglaterra y el *colton*, o *plica polona*, de los polacos—, [456r] o es epidémica —como catarrros, viruelas, costados, garrotillos, etc., que reinan *ad tempus* en un corto territorio. Pero hay otra peste que se podrá llamar doméstica o económica: es la que ocasionan malos médicos, peores boticarios, pésimos cirujanos y repésimos y pestíferos tunantes impostores que andan por el mundo como los de tutilimundi y de la Mormota, haciendo de químicos, secretistas y vendiéndose por esculapios.

(§ 4470) La multitud de esas cuatro clases de entes son las causas eficientes de muchas pestes económicas de los lugares muy populosos con sus ignorancias, con sus errores, con sus brebajes y recetas, que



no entienden para enfermedades que no podrán entender. Y se debe notar que jamás recetan cosa que sea alimento, de manera que los enfermos padecen tres enfermedades: [456v] la que Dios les da, la que esos avechuchos les meten de nuevo en el cuerpo y la avaricia de esas harpías, que si no matan de pronto es porque piensan heredarlos en vida. Estos son más crueles que la enfermedad. “Saevioresque ipsis morbis”<sup>356</sup> —dijo con Plinio Valeriano, y añadido con el mismo que lo que se pudiera curar en pocos días, y aun en pocas horas, alargaban la cura los médicos de su tiempo, para que no cesasen los réditos “et aegros suos diu in reditu haberent”<sup>357</sup>.

(§ 4471) En curar al público de esta peste no se ha pensado hasta ahora. El verdadero antídoto es la pobreza. Porque en los países de aldeas hay poco dinero, tampoco hay médicos que le puedan chupar. Y esos pobres, si viven sin dinero, viven (y sanos) larga vida, solo con sus medicinas caseras, que les sirven *simul*<sup>358</sup> de alimento: “Dum illos pascit et sanat”<sup>359</sup> —dijo el dicho Plinio de los soldados que se curaban con un vegetable que nada les costaba: “gratuito holere curabant”<sup>360</sup>. Y creo que [457r] esa hortaliza era la berza, pues pone la berza en primer lugar: “Catonis antidotum quod ille ex brassica componendum putabit”<sup>361</sup>.

(§ 4472) Nótese que entre los pobres ostiarios que andan por Madrid, la mayor parte es de viejos que pasan de setenta años, y no pocos son nonagenarios. ¿Y esto por qué? Porque siempre han vivido pobres y sin dinero para pagar médicos, cirujanos y boticarios que acabasen con su vida y con su dinero. Los más de esos pobres son aldeanos y, si alguna vez enfermaron, es cierto que, pues viven, se han curado de veras con los vegetables de un huertecillo y con medicinas caseras que no cuestan un maravedí. Y, al fin, medicinas de viejas, por lo mismo que son de mujeres ya viejas, prueban que son medicinas con que ellas han llegado a tanta edad. No podrán decir otro tanto los médicos ni los ricos que se entregan en sus manos y en sus uñas. Ni estos, ni aun los mismos médicos, llegan a edad avanzada, porque siempre entran en la danza medicinas de mozos.

[457v] (§ 4473) Reflexionen en esta los ricos y consuélense con esto los pobres, y repitan estos mil gracias a Dios porque ha criado tantos vegetables en su país respectivo con tantas y tan específicas virtudes para todo género de enfermedades de las que Dios envía (no hablo de la última de la muerte). Y aquellos acusen su riqueza porque solo les sirve para vivir enclenques y morir temprano, y para que el médico que ayer andaba en una mula que podía hacer cuaternión con las tres mulas de Tinoco, pueda ya andar a su costa rodando en coche, con bastón, sortijón, peluca y pelucones.

(§ 4474) A mí solo me toca, en virtud del trabajo y asunto que me he propuesto, el pensar en un remedio que lo abrace todo, ya para promover y perficionar el primitivo uso de los pobres aldeanos, ya para desterrar el nuevo abuso de los cortesanos ricos en orden a medicarse. Ese remedio se ha de fundar en la multiplicidad de los jardines botánicos por toda España. Y haré patente [458r] que, entablados esos, se seguirá la promoción y perfección de la agricultura, que a esa se seguirá la población y que a todo se seguirá la multiplicidad de géneros para el comercio.

<sup>356</sup> Y más crueles que las enfermedades mismas.

<sup>357</sup> A sus enfermos los tenían durante largo tiempo para su lucro. Plinio Valeriano, *loc. cit.*

<sup>358</sup> Al mismo tiempo. Plinio Valeriano, *loc. cit.*

<sup>359</sup> Mientras los alimenta y sana. Plinio Valeriano, *parafr. loc. cit.* Plinio, *Naturalis Historia* xx, 33, 78.

<sup>360</sup> Curaban con una hortaliza que no les costaba nada. Plinio Valeriano, *parafr. loc. cit.* Plinio, *Naturalis Historia* xx, 33, 78.

<sup>361</sup> El antídoto de Catón que pensó que había que elaborar a base de berzas. Plinio Valeriano, *loc. cit.*

(§ 4475) Después, o antes, de entablado el Real Jardín Botánico de Madrid, lo que más insta es que el Rey funde una cátedra de Botánica e Historia natural; o refundiendo en ella una de las muchas cátedras que sobran en todas las universidades de España, mayores y menores. Dije “o antes”, porque, según estoy informado, después de la muerte de don Joseph Quer, en 19 de marzo, parece que el Real Jardín cada día va a menos, y según las demoras que se van dando, creo se podrá esperar *ad kalendas graecas*. Esto prueba cuántos enemigos ocultos y manifiestos tiene en Madrid el bien público en España, por los muchos que se interesan en que todo se traiga de fuera para enviar fuera más dinero. Es preciso que algún español celoso represente al Rey [458v] esta añagaza, y con el ejemplar de que ya Su Majestad descubrió la que querían embocar en el Real Palacio Nuevo después de treinta años.

(§ 4476) Por algo dije que los jardines provinciales no deben de depender de alguno de la familia hipocrática, y ahora digo lo mismo del Real Jardín Botánico, pues mal cuidará el lobo de los cachorrillos que le han de hacer guerra llegando a edad. Como en los sitios de los jardines provinciales no pueden estar tan apiñados sus enemigos, se debe comenzar por ellos. Esos no han de tener más superior que el Rey y la justicia ordinaria y el público.

(§ 4477) No quiero que el catedrático que propongo tenga tantas circunstancias como el que ha de ser maestro de Botánica en el Real Jardín, pero ha de tener las bastantes para enseñar a la juventud todos los vegetables de su distrito y todos los mixtos de la historia natural que se crían en él. Todo lo que naciere fuera de su distrito lo debe mirar como si no existiese en el mundo. Esto para que no se divierta [459r] a averiguar mixtos ni vegetables exóticos. Y para contemplar su curiosidad, se le debe permitir que lea algunos de esos libros no para enseñar, sino para su instrucción particular.

(§ 4479) Harto tendrá que estudiar y que enseñar a la juventud del país, si llega a conocer todo cuanto Dios ha criado en él, en la tierra, en el agua y en el aire. Y, si le toca costa marítima, satisfará más su curiosidad. Y aunque viva cien años, siempre tendrá que observar mixtos raros y nuevos. El asunto de esos catedráticos o maestros no ha de ser especulaciones áridas ni disputas o porfías sobre sueños y fantasías que han inventado los hombres que jamás pensaron en conocer lo que Dios ha criado en sus países y que siempre pudieron ver, tocar, palpar, gustar, oler y aun oír. Si los hombres no tienen materia cierta, visible, constante, indisputable, sobre su existencia e identidad, ¿sobre qué han de discurrir y engarzar [459v] especulaciones? Esto, que lo palpan los niños, lo miraron los que se llamaron sus maestros como cosa de niños para despreciarlo.

(§ 4480) El punto más esencial para la felicidad de un Estado es la educación de la juventud. Hace mucho tiempo que he notado que esa educación de fórmula y de chorrillo, se entabla totalmente al revés, no para enseñar a los niños, sino para alucinarlos, alerarlos y confundirlos. Todos hemos sido niños, y como se dice en *La comedia de Baldovinos*: “Marqués: todos hemos sido mozos, y en verdad, no fuimos lerdos” —habla Carlos Magno con el marqués de Mantua. No creo que Carlos Magno haya sido lerdo siendo mozo. Pero Cáncer le propone en la comedia como el más lerdo, fatuo, bausán y bobarrón, cargado ya de barbas y de coronas.

(§ 4481) Repase cada barbado los años de su niñez y juventud y note qué es lo que fue sabiendo con la edad, y no hallará cosa de sustancia, sino lo que por sí [460r] mismo adquirió con los sentidos exteriores, sin enseñanza alguna, sino con el trato con los demás niños de su edad. Unos a otros se enseñan un poquito de historia natural, cuyos mixtos, o los engolosinan, o los deleitan, o les sirven para sus enredos. Así, conocen no pocos vegetables y frutas, muchas flores y pajarillos, y muchos pescaditos y animalitos, y el tiempo de todos sus juegos.

(§ 4482) Este niño —que en esta edad y con estas cortas luces, pero evidentes, naturales y conformes a su genio e inclinación, sería en lo adelante un hombre muy advertido y útil al público, si le educasen cultivando su genio y promoviendo su natural inclinación— se pierde entre otros infinitos, desde que le ponen al oficio y carrera de las espinosas especulaciones inútiles e ininteligibles. ¿Qué es esto sino haber inventado una educación que tome las cosas totalmente al revés? ¿Qué es esto sino reducido a arte lo mucho que ha de costar a los niños el ser insensatos y lerdos en toda la flor de su edad? Acabado ese tiempo, se hacen ya los hombres [460v] incapaces de proseguir sus verdaderos conocimientos primitivos de la niñez, y de proseguir con gusto y aplicación genial en los áridos estudios, que los han pegado el petardo de no haberles instruido en cosas de sustancia, de gusto y de utilidad.

(§ 4483) Búrlase, con razón, Plinio Valeriano, en el lugar que ya cité, de los médicos griegos charlatanes que, haciendo irrupción en Roma, después de casi seiscientos años que los romanos vivían sanos y sin médicos, con la sola medicina a la gallega de sus berzas y de otros vegetables alimentosos de sus huertos, redujeron y formaron en arte el costoso modo de perder la salud y la vida: “Nondum enim in urbem commea verant medici, qui, in artem redegerunt quemadmodum magno sanitas constet”<sup>362</sup>. Y para que los enfermos no conociesen los medicamentos que les aplicaban, sino al tiempo de pagarlos a subido precio, porque los traían de longas tierras: “Peregrina secum pigmenta attulerunt, ut illis imponerent praetia, quae vellent”<sup>363</sup>.

[461r] (§ 4484) Pasose de las saludables berzas a los venenosos mixtos extraños. El Catón que murió ciento cincuenta años antes de Cristo, y que escribió de las virtudes de la berza, propone de ella un fácil purgante, y execra la escamonea y el eléboro: “Nulla res tam bene purgabit, neque helleborum, neque scamoneum, et sine periculo. Et scito salubre esse corpori”<sup>364</sup>. Hace mil novecientos años que dijo esto Catón, ¿y habrá paciencia para tolerar que no haya purga sin escamonea? Sí, que esa se trae del Levante, y las berzas nacen en cualquiera huerta y son alimento.

Este tercer volumen comprende 91 pliegos del original.

<sup>362</sup> Aún no habían llegado a la ciudad los médicos. Plinio Valeriano, *parafr. loc. cit.* Plinio, *Naturalis Historia* xx, 33, 78.

<sup>363</sup> Traían consigo ungüentos extranjeros, para poder ponerles el precio que quisieran. Plinio Valeriano, *parafr. loc. cit.* Plinio, *Naturalis Historia* xx, 33, 78.

<sup>364</sup> Nada resultará tan buen purgante, ni el eléboro ni el escamondo, y sin peligro alguno. Pues es enormemente saludable para el cuerpo. Catón, *De agri cultura* 157, 12.

[final 1r]

## Índice de lo más notable de este tercer volumen

## A

- Atalaya, su etimología § 3448  
 Agricultura, doce leyes de la invención del autor para su aumento §§ 3532, 3568  
 Alquimia, refutada § 3653  
 Arbitrio del autor para beneficiar al Rey § 3804  
 Akakia, su significado § 3838  
 Aduanas, el crecimiento de su renta, perjudicial al Rey y al reino § 3870  
 Agricultura, favorecida por nuestro Rey § 3873  
 Aguas minerales, no aprueba que se beban § 4114  
 Abedul, contra la piedra § 4152  
 Agua, remedio de muchas enfermedades § 4218  
 Animales, bárbaros y niños han enseñado la medicina § 4267  
 Árbol de la seda § 4259  
 Ajo silvestre, confundido con el escordio § 4055  
 Árabis, voces castellanas que lo parecen y no lo son § 4393

## [final 1v] B

- Bilbilis, este río está en Galicia y no en Aragón § 3412  
 Bowls (Mr.), metalurgo § 3611  
 Bochart (Samuel), de qué trató en sus libros § 3615  
 Bayona, islas § 3617  
 Boticas, debían estar en las comunidades religiosas § 3764  
 Baldíos, su origen § 3952  
 Botánica, sus utilidades § 4028  
 Botanista, cómo se ha de examinar § 4051  
 Botanista, instrucción para que todo hombre lo sea §§ 4232, 4172  
 Batuecas, su etimología § 4288  
 Beleño, su etimología § 4320  
 Botica, su etimología § 4352  
 Betula, hasta el año de 723 no se supo el nombre vulgar que descubrió el autor § 4378  
 Beithar, su obra de botánica § 4401  
 Berza, sus virtudes § 4445

## [final 2r] C

- Cobre, de este y no del hierro hacían los antiguos sus armas § 3393  
 Comercio de España, ruinoso §§ 3399, 3451  
*Castellanos de Orense*, escribió un pliego sobre este dicho § 3429  
 Chinos, descienden de los egipcios § 3466  
 Cádiz, su comercio solo interesa a los extranjeros § 3497  
 Conducción del dinero, sale más barata porteándole que girándole en letras § 3496  
 Columnas de Hércules en el Estrecho, lo que tienen de histórico § 3595

Compañías de comercio exclusivas, son la peste del reino §§ 3687, 3733, 3798, 4437  
 Cobre, pernicioso a la salud en vasijas § 3757  
 Coches, su desaforada multitud § 3812  
 Cetro, su hechura § 3840  
 Corte, debían salir de ella los señores para sus tierras § 3848  
 Censores, debían serlo los señores en las provincias § 3857  
 Comercio, no lo es el que hay en España sino un monipodio § 3865  
 Casas las que vivas, etc. § 3943  
 Chiste para condenar la perpetuidad de los empleos § 4003  
 Córdoba, estudios que en ella hubo en tiempo de moros § 4083  
 [final 2v] Cóscara, escribió sobre esta hierba un pliego § 4198  
*Carqueixa*, escribió diez pliegos sobre esta planta § 4247; cura las llagas y el costado § 4260  
 Canchelagua, es la centauro § 4250  
 Charlatanería en las ciencias § 4454; ridículos motes que da a sus profesores § 4455  
 Cátedras de metafísica, inútiles § 4459

#### [final 3r] D

Dinero, daños que ha ocasionado en el mundo § 3455  
*Dat veniam corvis*, etc. § 3547  
 Desert, nombre de moda § 3590  
 Digresiones, vindicadas §§ 3635, 3685  
 Destajo § 3862  
 Dioscórides, dificultad de entenderle § 4041  
 Diccionario de nombres de mixtos naturales, falta en España § 4282  
 Dioscórides español, falta § 4315

#### [final 3v] E

Etimologías, su utilidad §§ 3409, 3637  
 Eclesiásticos, no es excesivo su número en España §§ 3556, 3994; ni su hacienda § 3992  
 España, su mucha población antigua § 3572  
 Estaño, rico y abundante en Galicia §§ 3604, 3671  
 Extranjeros que se traen a España para enseñar alguna arte, no lo hacen fielmente § 3746  
 Estancos de cosas, las más ridículas § 3835  
 Excusado, quitado a las iglesias, daños que ocasiona § 3845  
 España, su vecindario § 3994  
 Empleos del gobierno, deben ser añales § 4006  
 Eclesiásticos, eran antiguamente los médicos §§ 4079, 4101  
 Estepa o jara, en latín *cistos* § 4139  
 Estatuto de la iglesia de Toledo, para no admitir en su cuerpo descendientes de judíos §§ 4164, 4169  
 Entena, su significado § 4197  
 Españoles, abran los ojos contra los médicos y boticarios § 4210  
 Escamonea § 4257

**[final 4r] F**

Ferías, su utilidad §§ 3485, 3554  
 Fábricas de España, quiénes las arruinan § 3869  
*Filii herum noxe* § 4005  
 Fontecha, alabado § 4288  
 Fábricas del reino, se deben fomentar § 4423  
 Fantasmas, las teme el autor sin creerlas § 4061  
 Flora española de don Joseph Quer §§ 4023, 4066, 4475

**[final 4v] G**

Geografía antigua de España, su oscuridad § 3450  
 Ganado, se aumenta no en rebaños sino en pequeñas porciones § 3578  
 Gitanos §§ 3958, 4088  
 Galeno, su aprecio por la botánica § 4448

**[final 5r] H**

Hierro, sus usos para el comercio §§ 3451, 3692  
 Hipocisto, hay infinito en España § 3781  
 Halcón, su etimología § 4138  
 Hierba lombriguera § 4279  
 Herbolarios, ignorantes § 4351  
 Historia natural, modo de adelantarla § 4345

**[final 5v] I**

Inglaterra, profetiza el autor su próxima ruina § 3588  
 Incrédulos de este siglo, subversión de imperios que amenazan § 3889  
 Yuguero, es de 50 hanegas § 3945  
 Iglesias (don Bartolomé), caso de un perro suyo que se curó de la rabia § 4273

**[final 6r] J**

Jurisdicciones, su multitud, dañosa § 3508  
 Jerarquías en la república, cómo las quiere el autor § 3580  
 Judíos, se levantaron con el comercio y usuras que en él hacen §§ 3882, 3970  
 Judíos, son fingidos sus bautismos § 3978  
 Jubileo, para el retorno de las tierras a las familias § 3982  
 Jalapa, es el dondiego de noche § 4258  
 Jardín botánico, quiénes le han de dirigir §§ 4343, 4460

**[final 6v] L**

Lucrecio, pasaje suyo en que refiere las armas que usaron los antiguos § 3393  
 Lujos, perjudicial al comercio §§ 3399, 3814, 4418  
 Lastanosa, corregido § 3447  
 Leyes que hacen falta en España § 3479



Labradores, su miseria contrapuesta a la riqueza de un cambista §§ 3503, 3507, 3881  
 Leyes generales para toda España, son impracticables § 3527  
 Loriga o peto § 3674  
*Laudato ingentia rura* § 3939  
 Lengua hablada, es más pura que la escrita §§ 4096, 4387  
 Leche medicinal, artificial § 4120  
 Láudano, se cría infinito en España § 4144  
 Laguna, ilustrador de Dioscórides § 4203  
 Lobera (Luis), médico celebrado § 4210  
 Lobanillos, su cura §§ 4212, 4257  
 Lamparones, su remedio § 4212  
 Lozano, *Historia del Chaco* § 4246  
 Libro que falta para la lengua castellana § 4304  
 Linneo, discípulos suyos que estuvieron con el autor § 4384

### [final 7r] M

Miño, es el río Sil, sobre que escribió tres pliegos § 3429  
 Meandros o giros § 3434  
 Monedas, cuándo se introdujo su uso § 3455  
 Moneda de España, para que no se saque debe bajarse de ley § 3484  
 Mosquera (don Luis) § 3723  
 Médicos y boticarios, su ignorancia de la historia natural §§ 3758, 3787, 4439, 4220  
 Millonistas, detestados §§ 3825, 3841, 3900  
 Mercaderes de Madrid, estancan el comercio §§ 3829, 3861, 3864, 4430  
 Mercaderes, por qué no se pueden poner un hábito § 3882  
 Mayorazgos, sus daños §§ 3971, 3990  
 Médicos judíos, prohibidos a los cristianos § 4080; historia del tiempo que ejercieron la medicina § 4106  
 Medicinas caseras, las repugnan los médicos y porqué §§ 4110, 4225  
 Malvavisco, contra la piedra § 4117  
 Mal de rabia, su remedio § 4236  
 Madroño, su etimología § 4307  
 Madrid, su mucha población daña a la del reino § 4411; número de personas que murieron en 763 § 4468  
 Médicos, siglos y países en que no los hubo § 4441  
 Médicos empíricos, preferidos a los teóricos § 4465  
 Mesta, sus daños § 3537  
 [final 7v] Maestros, con ellos no se aprende casi nada § 4061

### N

Nabucodonosor, sí vino a España § 3592  
 Nomenclatura de los botanistas modernos, confusa §§ 4056, 4183, 4228  
 Níspero § 4310  
 Niño de La Guardia, su martirio § 4167

## [final 8r] O

Ortega (don Joseph), elogiado § 3788  
 Ostracismo, se debía introducir en España § 3827

## P

Piedra de toque, su falacia § 3400  
*Populus me sibilant*, etc. § 3490  
 Pontevedra, fábrica de armas que allí hubo § 3695  
 Pérez (don Vicente), médico del agua §§ 3781, 4022, 4215, 4222  
 Pragmática que se debía publicar arreglando trajes § 3815  
 Pobres mendigos, causas de su multitud § 3843  
 Portugueses, males que han introducido en España § 3910  
 Pena de muerte, debía abolirse § 3931  
 Población antigua de Castilla § 3945  
 Peste del año 1348 §§ 3950, 4018  
 Portillo (poner salvajes en) § 4009

## Q

Química, condenada § 4129  
 Quimeras, cuales son las de cada ciencia § 4451

## [final 8v] R

Renta de las tierras, debía ser en frutos §§ 3460, 3493  
 Recetas, debían estar en vulgar, escribió sobre esto un papel aparte §§ 4076, 4127  
 Regalía, cuál es § 3840

## S

Sequía de 26 años, fabulosa § 3661  
 Silio Itálico, debía estar en castellano § 3672  
*Seyxebra*, escribió sobre esto 64 pliegos §§ 3761, 4263

## T

Trigo, su extracción debía prohibirse §§ 3795, 4341, 3796  
 Tabaco, perjudicial al labrador § 3555  
 Taray, cura la enfermedad del bazo § 4153

## V

Valdeorres, escribió un pliego sobre esta voz § 3406  
 Villa, significa granja §§ 3530, 4360  
 Vizcaínos, cargan con todos los empleos §§ 3834, 4166



TABLA DE CONTENIDOS

*J. Martín Sarmiento*



# DE HISTORIA NATURAL Y DE TODO GÉNERO DE ERUDICIÓN OBRA DE 660 PLIEGOS

## VOL. III (Colección Medina-Sidonia, tomo XV)

### I. PROSIGUE EL REINO MINERAL

|   |           |
|---|-----------|
| Metalurgia y minas en la Galicia romana                                     | 3390-3521 |
| Doctrinal de labradores   | 3522-3582 |
| Sobre la historia del comercio: excursio sobre las islas Casitérides y Cíes | 3583-3637 |
| Etimologías   | 3638-3659 |
| Silio Itálico: comento a sus noticias sobre Galicia y los gallegos          | 3660-3684 |
| Exploración de minas y explotación del hierro                               | 3685-3757 |

### II. COMERCIO, AGRICULTURA Y POBLACIÓN

|                                       |           |
|---------------------------------------|-----------|
| Venenos, boticarios y médicos         | 3758-3791 |
| Mercaderes                            | 3792-3844 |
| Residencia de los señores en la Corte | 3845-3860 |
| Comercio                              | 3861-3903 |
| Segadores gallegos y esclavos negros  | 3904-3922 |
| Gallegos en Portugal                  | 3923-3934 |
| Latifundios                           | 3935-3957 |
| Judíos                                | 3958-3980 |
| Mayorazgos                            | 3981-4019 |

### III. BOTÁNICA, FARMACOPEA, MEDICINA

|   |           |
|---|-----------|
| Estudio de la botánica: Joseph Quer     | 4020-4075 |
| Medicamentos, médicos y boticarios      | 4076-4087 |
| Lenguas y traducciones                  | 4088-4113 |
| Aguas y bebidas medicinales, infusiones | 4114-4178 |
| Uso de la lengua vulgar en botánica     | 4179-4207 |
| Virtudes medicinales de las aguas       | 4208-4224 |
| Nomenclatura y descripción botánica     | 4225-4241 |
| Investigaciones y viajes botánicos      | 4242-4274 |
| Diccionario latino-vulgar de los mixtos | 4275-4315 |
| Dioscórides                             | 4316-4338 |
| Proyecto para jardines botánicos        | 4339-4360 |
| Estudios de botánica e historia natural | 4361-4384 |
| Nomenclatura botánica                   | 4385-4410 |
| Lugares populosos                       | 4411-4420 |
| Importaciones superfluas                | 4421-4438 |
| Real Jardín Botánico de Madrid          | 4439-4463 |
| Medicina empírica y experimental        | 4464-4484 |





- 26 Portada *Congeturas sobre las medallas de los reyes godos y suevos en España*, Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores, 1759
- 27 *Congeturas sobre las medallas de los reyes godos y suevos en España*, Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores, 1759
- 43 Anteportada tomo I *Oedipus Aegyptiacus*, Athanasius Kircher, 1652
- 44 Portada tomo I *Oedipus Aegyptiacus*, Athanasius Kircher, 1652
- 55 Portada *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Enrique Flórez, 1757
- 56 Tabla I, *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Enrique Flórez, 1757
- 57 Tabla xv, *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Enrique Flórez, 1757
- 58 Mapa de los pueblos..., *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Enrique Flórez, 1757
- 161 Portada tomo I *Institutiones rei herbariae*, Joseph Pitton de Tournefort, 1719
- 162 Tabla 270, tomo I *Institutiones rei herbariae*, Joseph Pitton de Tournefort, 1719
- 229 Tabla 285, tomo I *Institutiones rei herbariae*, Joseph Pitton de Tournefort, 1719
- 230 Tabla 345, tomo I *Institutiones rei herbariae*, Joseph Pitton de Tournefort, 1719





ISBN 978-84-96530-37-9



9 788496 530379 >

ISBN 978-84-00-08749-4



9 788400 087494 >

Martín Sarmiento (1695-1772) es uno de los personajes más importantes de la cultura española del siglo XVIII, no solo en el campo literario y humanístico, sino también en el social y científico, y además es una figura fundamental en la creación de un saber y una conciencia específicamente gallegos. Así, a pesar de que en vida solo dio a la prensa su defensa del *Teatro crítico* de Feijoo (de quien fue estrechísimo colaborador), los más cualificados especialistas están de acuerdo en considerarlo una de las lumbreras del siglo XVIII español. Sin embargo, de la obra de Sarmiento (que permanece en gran parte inédita) solo es conocida –y parcialmente– su importantísima contribución a los estudios filológicos; el resto es prácticamente inaccesible al público e incluso a los estudiosos. Por esta razón, el Consello da Cultura Galega puso en marcha en 2002 el proyecto ‘Obras de Martín Sarmiento’, que comienza a ver la luz con la publicación, en coedición con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de la que el autor denominó *Obra de 660 pliegos*, y que por amor a la claridad aparece con el título *De historia natural y de todo género de erudición*.

La *Obra de 660 pliegos* ocupa cinco gruesos volúmenes de la Colección Medina Sidonia (la recopilación más importante de los escritos de Sarmiento), lo que supone una cuarta parte del total. Una mínima porción de esta obra fue publicada fragmentariamente. Redactada entre 1762 y 1766, constituye una especie de compendio de su obra y, por lo tanto, uno de los trabajos más significativos del autor. De acuerdo con la preocupación erudita y la dimensión enciclopedista de los escritos de Sarmiento, en su estilo típicamente digresivo, y sin perder de vista la preocupación por el progreso del país, en la *Obra de 660 pliegos* se tocan una gran variedad de asuntos, desde la historia natural a la economía o la educación, pasando por la agricultura o los orígenes de la poesía. La publicación consta de la transcripción íntegra de los tomos acompañada de la reproducción de las figuras y dibujos que se encuentran en el original, así como de una selección de láminas citadas por el autor.



CONSELLO  
DA CULTURA  
GALEGA



CONSEJO SUPERIOR  
DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

as y benicistas, las Copias que se hacen de los Inro